DAVID NICHOLLS

SIEMPRE EL MISMO DÍA

«Un libro maravilloso,
sabio, divertido y perspicaz.»
The Times

Emma y Dexter se conocen la noche del 15 de julio de 1988, durante su fiesta de graduación en la Universidad. Tienen 20 años, acaban de licenciarse y el futuro parece ofrecerles todas las posibilidades que brinda el mundo a los jóvenes. Su entendimiento es inmediato y sin embargo las diferencias entre ellos son numerosas.

Dexter es de familia acomodada, despreocupado y aficionado a las fiestas y a las relaciones de una sola noche. Pero se siente atraído por el idealismo de Emma, una chica de clase trabajadora, amante de la literatura y de sutil inteligencia. Sin embargo, aquel mismo verano, Dexter se marcha a recorrer Europa durante un año, mientras Emma debe quedarse en Edimburgo. A lo largo de veinte años, veremos cómo evoluciona esta historia de amor, sus separaciones y altibajos, pero también reencuentros y alegrías.

David Nicholls

Siempre el mismo día

ePub r1.3
Edusav 07.11.16

Título original: *One Day*
David Nicholls, 2001
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: Edusav
Primer editor: leandro (r1.0 a 1.2)
ePub base r1.2

Para Max y Romy, cuando seáis mayores.
Y para Hannah, como siempre

«¿Para qué sirven los días?
Los días son donde vivimos.
Vienen y nos despiertan
una y otra vez.
Están para nuestra felicidad.
¿Dónde vivir, sino en los días?

Ah, para resolver esa cuestión
el médico y el cura
se ponen sus largos abrigos
y con prisas recorren los campos».

PHILIP LARKIN, «Días».

Primera parte

1988-1992

Veintipocos

«Fue un día memorable, pues obró grandes cambios en mí. Pero ocurre así en cualquier vida. Imaginémonos que de ella arrancáramos un día especial y pensemos en lo distinto que podría haber sido su curso. Deténgase el lector y piense por un momento en la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o flores que, de no ser por la formación del primer eslabón en un día memorable, jamás le hubiese atado».

CHARLES DIKENS, *Grandes esperanzas*

Capítulo 1

El futuro

VIERNES 15 DE JULIO DE 1988

Rankeillor Street, Edimburgo

—Supongo que lo importante es aportar algo —dijo ella—. Cambiar las cosas, vaya.

—¿En qué sentido, el de «cambiar el mundo»?

—No, todo el mundo no, sólo la pequeña parte que te rodea.

Estuvieron un momento sin decirse nada, con los cuerpos abrazados en la cama individual. Después les ganó la risa, una risa ronca, de final de madrugada.

—Me parece mentira haberlo dicho —gimió ella—. ¿Verdad que suena un poco cursi?

—Un poco.

—¡Intento ser estimulante! Intento elevar tu alma ordinaria para la gran aventura que te espera. —Se giró para mirarlo—. Aunque tampoco es que lo necesites. Me imagino que ya tendrás perfectamente planeado todo tu futuro. Seguramente has hecho un esquema cronológico, o algo por el estilo.

—Para nada.

—Bueno, ¿qué, qué vas a hacer? ¿Cuál es el gran plan?

—Pues… mis padres pasarán a recoger mis cosas, lo dejarán todo en su casa, y yo estaré un par de días en su departamento de Londres, viendo a algunos amigos. Luego Francia…

—Muy bonito…

—Después puede que a China, para ver qué tal, y luego igual doy un salto a la India y viajo un poco por la zona…

—Viajar —suspiró ella—, qué previsible.

—¿Qué tiene de malo viajar?

—Dirás huir de la realidad.

—A mí la realidad me parece que está sobrevalorada —dijo él, con la esperanza de dar una impresión oscura y carismática.

Ella hizo una mueca de desdén.

—Supongo que está bien, para el que se lo pueda permitir. ¿Por qué no dices «me voy dos años de vacaciones», que es lo mismo?

—Porque viajar da amplitud de miras —dijo él, apoyándose en un codo para besarla.

—Huy, creo que tú ya eres un poco amplio de miras —dijo ella, apartando la cara (al menos de momento). Volvieron a apoyarse en la almohada—. Pero bueno, no te preguntaba qué harás el mes que viene; me refería al futuro, cuando tengas… no sé… —Hizo una pausa, como si evocase una idea fabulosa, una especie de quinta dimensión—. Cuarenta años, o por ahí. ¿Tú qué quieres ser a los cuarenta?

—¿Cuarenta? —Por lo visto a él también se le dificultaba el concepto—. Ni idea. ¿Puedo decir «rico»?

—Muy, pero muy superficial.

—Bueno, pues «famoso». —Le empezó a acariciar el cuello con los labios—. Un poco morboso, todo esto, ¿no?

—No, morboso no…, emocionante.

—¡Emocionante!

Le estaba imitando la voz, su leve acento de Yorkshire, para hacerla quedar como una tonta. Ella ya estaba acostumbrada a que los niños bien pusieran voces raras, como si los acentos tuvieran algo inusitado, y pintoresco. No era la primera vez que la tranquilizaba sentir por él una punzada de antipatía. Se apartó con los hombros, hasta apoyar la espalda en lo fresco de la pared.

—Sí, emocionante. Se supone que tenemos que estar emocionados, ¿no? Con tantas posibilidades… Es lo que dijo el rector: «Las puertas de la oportunidad abiertas de par en par…».

—«Sus nombres son los de la prensa del día de mañana…».

—Lo veo difícil.

—Bueno, pero ¿tú estás emocionada o no?

—¿Yo? ¡Para nada! Muerta de miedo es lo que estoy.

—Yo también. Caray… —Él se giró de golpe y recogió los cigarrillos del suelo, al lado de la cama, como si se hubiera puesto nervioso—. Cuarenta años. Cuarenta. La puta madre.

Su ansiedad la hizo sonreír. Decidió agravarla.

—Lo dicho: ¿qué harás a los cuarenta?

Él encendió el cigarrillo, pensativo.

—Pues mira, Em, la cuestión…

—¿«Em»? ¿Quién es «Em»?

—Te llaman Em. Lo he oído.

—Sí, es como me llaman mis amigos.

—¿Entonces? ¿Te puedo llamar Em?

—Vamos, sigue, «Dex».

—Resulta que he estado pensando un poco en lo de «hacerse mayor», y he decidido que me gustaría quedarme exactamente como soy ahora.

Dexter Mayhew. A través del flequillo, Emma lo vio apoyarse en la barata cabecera de vinil capitoné, e incluso sin lentes tuvo clara la razón de que quisiera seguir siendo exactamente el mismo. Con los ojos cerrados, el cigarrillo

lánguidamente pegado al labio inferior, y la luz del alba infundiendo calidez a un lado de su cara por el filtro rojo de las cortinas, tenía el don de que pareciera que posaba a perpetuidad para un fotógrafo. A Emma Morley, «apuesto» le parecía una palabra tonta, decimonónica, pero a decir verdad no había ninguna otra, salvo «bello», quizá. Tenía una de esas caras en las que se perciben los huesos por debajo de la piel, como si su propio cráneo ya fuera atractivo por sí mismo, al desnudo. Una nariz bien formada, con cierto brillo de grasa, y piel oscura debajo de los ojos, que casi parecían amoratados, de tanto fumar y trasnochar perdiendo adrede al *strip poker* con chicas de colegios liberales. Tenía algo de felino: cejas finas, boca de una sensualidad estudiada, labios tal vez demasiado oscuros y carnosos, pero que ahora estaban secos y agrietados, con un carmín de vino tinto búlgaro… Menos mal que tenía un pelo desastroso, corto por detrás y por los lados, pero con un fleco espantoso por delante. Del gel que solía ponerse no quedaba nada. Ahora el fleco se veía suelto y fofo, como un absurdo sombrerito.

Dexter echó el humo por la nariz, sin abrir los ojos. Se notaba que sabía que lo estaban mirando, porque se metió una mano por la axila e hinchó los pectorales y los bíceps. ¿De dónde sacaba tanto músculo? De hacer deporte no, seguro, a menos que entrase en la definición nadar desnudo y jugar al billar. Probablemente sólo fuera ese tipo de buena forma física que pasa de padres a hijos, junto con las acciones y los muebles buenos. Apuesto, pues, incluso bello, con sus bóxers de paramecios bajados hasta las caderas, compartiendo por alguna razón la cama individual del cuartito alquilado de Emma, después de cuatro años de universidad. ¿«Apuesto»? Pero ¿qué te crees, acaso Jane Eyre? No seas infantil. Ten cabeza. No te dejes llevar.

Le quitó el cigarrillo de la boca.

—Yo te imagino a los cuarenta —dijo, con un toque malévolo en la voz—. Como si lo estuviera viendo.

Él sonrió sin abrir los ojos.

—Pues bien, dilo.

—De acuerdo. —Emma se incorporó en la cama, con el edredón debajo de los brazos—. Vas en un deportivo convertible por Kensington, Chelsea o algún sitio de esos, y lo increíble del coche es que no hace ruido, como todos los coches en…, no sé…, ¿cuándo, 2006?

Dexter contrajo los párpados para hacer la suma.

—2004.

—El coche va flotando por King’s Road, a quince centímetros del suelo. Tú tienes una barriguita embutida debajo del volante de cuero, como un cojín. Llevas guantes abiertos por detrás. Poco pelo y papada. Eres un tipo grande en un coche pequeño, tan moreno que pareces adobado…

—Bueno, ¿qué, cambiamos de tema?

—Al lado hay una mujer con lentes de sol: tu tercera… no, tu cuarta esposa, muy guapa, modelo… no, ex modelo, veintitrés años, la conociste echada en el cofre de un

coche, en una feria en Niza, o algo así. Es guapísima, y tonta como la que más…

—Muy bonito. ¿Hijos?

—No, ninguno, sólo tres divorcios; es un viernes de julio, van a una casa de campo, y en la minicajuela del coche flotante llevas raquetas de tenis, mazos de croquet y una cesta grande llena de vinos buenos, uvas de Sudáfrica, codornices (¡pobres!), espárragos… El viento te marca las entradas. Estás requetesatisfecho de ti mismo. Tu mujer número tres, o cuatro, o lo que sea, te sonríe con unos doscientos dientes blanquísimos y relucientes, y tú le sonríes a ella, intentando no pensar en que no tienen nada, pero nada de nada, que decirse.

Se calló de golpe. Pareces una loca, se dijo. Intenta no hablar como una loca.

—¡Claro que, si te sirve de consuelo, para entonces ya hará mucho tiempo que nos habremos muerto todos en una guerra nuclear! —dijo alegremente; pero él seguía ceñudo, mirándola.

—No sé si irme, oye. Ya que soy tan superficial y corrupto…

—No, no te vayas —dijo ella, demasiado rápido—. Son las cuatro de la madrugada.

Él se incorporó en la cama, hasta tener la cara a pocos centímetros de la de Emma.

—No sé de dónde sacas esta idea de mí, si casi no me conoces.

—Conozco el tipo.

—¿El tipo?

—Los he visto por la Facultad de Lenguas Modernas, de gallitos, berreando y haciendo fiestas de etiqueta…

—Si ni siquiera tengo traje. Y te aseguro que no berreo…

—Yendo en yate por el Mediterráneo en las vacaciones, «o sea, te lo juro»…

—Pues si soy tan horrible…

La mano de él estaba en la cadera de ella.

—… Que lo eres…

—… ¿Por qué dormimos juntos?

En la carne del muslo, caliente y blanda.

—Yo contigo, que yo sepa, no he dormido. ¿O sí?

—Bueno, depende. —Se inclinó para darle un beso—. Define los términos.

Su mano estaba en la base de la espalda, y su pierna, deslizándose entre las de Emma.

—A propósito… —masculló ella, apretando su boca contra la de él.

—¿Qué?

Dexter sintió que la pierna de Emma se ceñía a la suya, para estar más pegados.

—Te tienes que lavar los dientes.

—A mí me da lo mismo que no te los laves.

—Es horrible, en serio —se rio ella—. Sabes a vino y tabaco.

—Pues perfecto. Tú también.

La cabeza de Emma se apartó de golpe, interrumpiendo el beso.

—¿Ah, sí?

—No me molesta. A mí el vino y el tabaco me gustan.

—Ahora mismo vuelvo.

Se deshizo del edredón, y trepó por encima de Dexter.

—¿Adónde vas?

Él le puso una mano en la espalda desnuda.

—No, nada, al meadero —dijo ella, agarrando los lentes de la pila de libros de al lado de la cama: grandes, negras, de la Seguridad Social.

—«Meadero», «meadero»… Perdona, pero no capto…

Se levantó con un brazo cruzado en el pecho, dándole la espalda a propósito.

—No te vayas —dijo al salir descalza de la habitación, metiendo dos dedos por la goma de los calzones para bajarse la tela por los muslos—. Y nada de tocarte mientras estoy fuera.

Él expulsó aire por la nariz, y al incorporarse en la cama echó un vistazo a la mísera habitación de alquiler, sabiendo con certeza absoluta que entre las postales artísticas y los carteles fotocopiados de obras de teatro de protesta habría una foto de Nelson Mandela, como un novio soñado, ideal. Había visto muchos dormitorios así en los últimos cuatro años, salpicando la ciudad como lugares del delito: cuartos donde nunca se estaba a más de un metro y medio de un disco de Nina Simone; y aunque en pocas ocasiones hubiera visto dos veces la misma habitación, le resultaba todo demasiado familiar. Lámparas de noche requemadas, y tristes plantas en maceta; olor a detergente en polvo en sábanas baratas, que no se ajustaban al colchón. Emma también tenía la típica pasión de las de letras por los fotomontajes: fotos con *flash* de amigos de la universidad, y de parientes, mezcladas entre los Chagall, Vermeer, Kandinsky, Che Guevara, Woody Allen, Samuel Beckett… No había nada neutral. Todo exhibía alguna filiación, o algún punto de vista. El cuarto era un manifiesto. Suspirando, la reconoció como una de esas que usaban «burgués» para insultar. Entendía que «fascista» pudiera tener connotaciones negativas, pero a él le gustaba la palabra «burgués», y todo lo que implicaba. Seguridad, viajes, buena comida, buenos modales, ambición… ¿De qué tenía que disculparse?

Vio la espiral de humo al salir de su boca. Al buscar un cenicero a tientas, encontró un libro al lado de la cama. *La insoportable levedad del ser*, con el lomo marcado en las partes «eróticas». El inconveniente de esas individualistas tan feroces era que parecían todas exactamente iguales. Otro libro: *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Qué tipo más tonto, pensó, con la seguridad de que ese error él no lo cometería nunca.

A los veintitrés años, la visión de su futuro que tenía Dexter Mayhew no estaba más clara que la de Emma Morley. Esperaba triunfar, dar motivos de orgullo a sus padres, y acostarse con más de una mujer a la vez, pero ¿cómo compatibilizar las tres cosas? Quería salir en artículos de revista, y albergaba la esperanza de merecer tarde

o temprano una retrospectiva de su obra, sin tener una idea clara de cuál podía ser la obra en cuestión. Quería vivir a tope, pero sin líos ni complicaciones. Quería vivir de tal manera que si le hicieran una foto al azar, fuera una foto atractiva. Todo tenía que quedar bien. Diversión. Tenía que haber mucha diversión, y no más tristeza de la estrictamente necesaria.

Como plan no era ninguna maravilla, y Dexter ya había cometido algún desliz. Estaba claro, por ejemplo, que esa noche tendría repercusiones: lágrimas, llamadas incómodas, reproches… Probablemente lo mejor fuera irse cuanto antes. Miró su ropa, preparando la huida. En el lavabo se oyó el traqueteo de advertencia de una cisterna antigua. Dejó rápidamente el libro en su sitio, y encontró debajo de la cama una latita amarilla de mostaza Colman's, que, según confirmó al abrirla, contenía condones, efectivamente, así como los restos grises de un cigarro de mariguana, con pinta de caca de ratón. La posibilidad conjunta de sexo y droga en una latita amarilla alentó nuevas esperanzas. Decidió quedarse un poco más, como mínimo.

Dentro del baño, Emma Morley se limpió los restos de pasta de dientes de la boca, con el temor de estar cometiendo un grave error. Después de cuatro años yermos románticamente, por fin estaba en la cama con alguien que le gustaba de verdad; alguien que le había gustado desde una fiesta de 1984, pero que tardaría pocas horas en irse. Probablemente para no volver. Parecía difícil que le propusiera ir a China con él. Además, ella les hacía boicot a los chinos. Y eso que no estaba mal, ¿eh? Dexter Mayhew. Para ser franca, Emma sospechaba que no era muy inteligente, y que estaba un poco pagado de sí mismo, pero era popular, gracioso y (para qué negarlo) muy apuesto. Entonces, ¿por qué estaba tan susceptible, y tan sarcástica? ¿Por qué no podía ser segura y divertida, como las chicas pulcras y pizpiretas de las que solía rodearse Dexter? Vio la luz del alba por la ventana del minúsculo baño. Sobriedad. Hizo una mueca, rascándose su horror de pelo con las puntas de los dedos. Estiró la cadena de la cisterna antigua y volvió al dormitorio.

Desde la cama, Dexter la vio aparecer en la puerta con la toga y el birrete que les habían obligado a alquilar para la ceremonia de licenciatura, pegando una pierna al marco de la puerta, en un gesto cómico de vampiresa, y con el título enrollado en una mano. Emma miró por encima de los lentes, y se bajó el birrete hasta taparse un ojo.

—¿Qué te parece?

—Te queda bien. Me gusta lo del birrete caído. Ahora, quítatelo y vuelve a la cama.

—Ni hablar, que me costó treinta billetes y lo pienso amortizar.

Le dio vuelo a la toga, como si fuera una capa de vampiro. Dexter la atrapó por una esquina, pero ella lo azotó con el título enrollado, antes de sentarse al borde de la

cama, plegar los lentes y quitarse la toga. Dexter vislumbró por última vez su espalda desnuda y la curva del pecho, antes de que desaparecieran bajo una camiseta negra que exigía el desarme nuclear unilateral. Adiós, pensó. No había nada menos conducente al deseo sexual que una camiseta negra y larga con consigna política, salvo quizá el disco de Tracy Chapman.

Resignado, recogió del suelo el título de Emma, deslizó la liga por el rollo y anunció:

—Doble especialidad en Filología Inglesa e Historia, *cum laude*.

—Lee y enfurécete, que tú sólo tienes un «bien». —Ella le arrancó el rollo—. Eh, no lo estropees.

—Lo vas a enmarcar, ¿no?

—Mis padres van a usarlo de papel tapiz. —Lo enrolló al máximo, dándole unos golpecitos en cada extremo—. Van a encargar salvamanteles. Mi madre se lo va a tatuar en toda la espalda.

—Oye, hablando de padres, ¿los tuyos dónde están?

—Aquí, en el departamento de al lado.

Dexter dio un respingo.

—¡Dios mío! ¿En serio?

Emma se rio.

—No. Han vuelto en coche a Leeds. Papá dice que los hoteles son para ricos. —El rollo quedó guardado debajo de la cama—. Venga, hombre, muévete —dijo, empujándole hacia el lado frío del colchón.

Él la dejó subir, le pasó un brazo por los hombros, con algo de torpeza, y se aventuró a besarle el cuello. Emma se giró para mirarlo, metiendo la barbilla.

—¿Dex?

—Mmm.

—¿Nos acurrucamos un poco?

—Claro. Si quieres… —dijo él galantemente, aunque en realidad nunca le hubiera visto mucho sentido a lo de acurrucarse. Eso era para tías abuelas y ositos de peluche. A él le daba calambres. Así las cosas, lo mejor era darse por vencido y volver lo antes posible a casa. Emma, sin embargo, le estaba apoyando la cabeza en el hombro, posesivamente. Se quedaron en la misma postura, rígidos y poco naturales, hasta que ella dijo:

—Me parece mentira haber usado el verbo «acurrucarse». ¡Carajo, «acurrucarse»! Perdona.

Él sonrió.

—No pasa nada. Al menos no has dicho «hacer mimitos».

—«Mimitos» es fatal.

—O «arrumacos».

—«Arrumacos» da repugnancia. Vamos a prometer que nunca nos haremos arrumacos.

Emma se arrepintió enseguida del comentario. ¿Juntos, ellos dos? No parecía muy viable. Volvieron a quedarse en silencio. Llevaban ocho horas hablando y dándose besos, y acusaban los dos en todo el cuerpo ese cansancio profundo propio del amanecer. En el jardín trasero, infestado de maleza, cantaban mirlos.

—Me encanta oírlo —masculló él, con la boca en su pelo—. Mirlos al amanecer.

—Pues yo lo odio. Me hace pensar que me arrepentiré de algo que he hecho.

—Por eso me encanta —dijo él, buscando otro efecto oscuro y carismático. Al cabo de un rato añadió—: Pero ¿lo has hecho?

—¿Qué?

—Algo de lo que te arrepientas.

—¿Esto, dices? —Emma le apretó la mano—. Bueno, supongo. Todavía no lo sé. Pregúntamelo por la mañana. ¿Por qué? ¿Tú sí?

Él le puso la boca en la coronilla.

—Pues claro que no —dijo, pensando: esto no se tiene que repetir.

Ella se arrimó un poco más, contenta de la respuesta.

—Deberíamos dormir un poco.

—¿Para qué? Mañana no tenemos nada. No hay que entregar nada, no hay que estudiar…

—Sólo tenemos toda la vida por delante —dijo ella, medio dormida, respirando el delicioso olor de Dexter, cálido y rancio, a la vez que sentía un estremecimiento de ansiedad en los hombros al pensarlo: vida adulta independiente. Ella no se sentía adulta. No estaba preparada, en ningún sentido. Era como si se hubiera disparado una alarma antiincendios en plena noche, y ella estuviera en la calle, con la ropa en las manos. ¿Qué iba a hacer, si no estudiaba? ¿Cómo llenaría los días? No tenía ni idea.

El truco, se dijo, es ser valiente, audaz, y aportar algo; no exactamente cambiar el mundo, sino sólo la pequeña parte que te rodea. Echarse a la calle con su doble *cum laude, su* pasión y su nueva máquina de escribir eléctrica Smith Corona, y trabajar duro… en algo. Cambiar vidas a través del arte, tal vez. Escribir bien. Cuidar las amistades, ser fiel a los principios, vivir apasionadamente, bien, con plenitud… Experimentar cosas nuevas. Querer, y ser querida, si fuera posible. Comer con sensatez. Cosas así.

Como filosofía de vida no era ninguna maravilla; tampoco se podía compartir, y menos con un hombre como Dexter, pero era en lo que creía Emma. De momento, las primeras horas de vida adulta independiente habían estado bien. Por la mañana, después del té y de una aspirina, quizá hasta se armara de valor para pedirle que volvieran a la cama. Entonces estarían los dos sobrios, lo cual no facilitaría las cosas, pero cabía la posibilidad, incluso, de que disfrutase. Las pocas veces que se había ido a la cama con un chico siempre habían acabado en risitas o llanto. Podía estar bien probar un punto medio. Se preguntó si había condones en la lata de mostaza. No tenía por qué no haberlos, ya que la última vez que había mirado, estaban: febrero de 1987, Vince, un químico con la espalda peluda que se había sonado en la funda de la

almohada de Emma. Qué tiempos…

Fuera empezaba a hacerse de día. Dexter veía filtrarse el color rosado del amanecer por las tupidas cortinas de invierno que ya venían con la habitación de alquiler. Estiró el brazo con cuidado, para no despertar a Emma. Tiró la colilla en el tazón de vino, y se quedó mirando el techo. Difícilmente volvería a dormirse. Decidió buscar formas en la textura del falso techo gris hasta que ella se hubiera dormido del todo, y entonces, irse sin despertarla.

Claro que irse implicaba no volver a verla… Se preguntó si a ella le importaría. Supuso que sí. Solía importarles. Pero ¿le importaría a él? Había vivido cuatro años sin ella, y tan tranquilo. Hasta la noche anterior, creía que su nombre era Anna. Sin embargo, durante la fiesta no se había cansado de mirarla. ¿Por qué no se había fijado hasta entonces? Examinó su cara dormida.

Era guapa, pero parecía que le molestase serlo. Se teñía de pelirroja, y parecía cortarse mal el pelo adrede, probablemente ella misma, delante del espejo, o Tilly no sé cuántos, su compañera de departamento, aquella chica grandota que hablaba tan alto. La palidez abotargada de su piel era señal de demasiado tiempo en bibliotecas, o bebiendo cerveza en los pubs. Sus lentes le daban pinta de matadita, y de mojigata. Tenía la barbilla redondeada, con algo de papada, aunque quizá sólo fuera grasa adolescente. (¿O ya no se podía decir «papada» ni «grasa adolescente», de la misma manera que a ella ya no se le podía decir que tenía unos pechos fabulosos sin que se enojara, aunque fuera cierto?).

Pero a lo que iba, a su cara: la punta de la nariz, pequeña y bien formada, tenía un brillo un poco graso, y la frente unas cuantas manchas rojas, muy pequeñas, pero aparte de eso no se podía negar que su cara… pues que su cara era una maravilla. Viendo sus ojos cerrados, se dio cuenta de que no recordaba exactamente su color; sólo que eran grandes, brillantes y graciosos, como las dos arrugas que enmarcaban su ancha boca: profundos paréntesis que se marcaban aún más al sonreír, lo cual parecía hacer a menudo. Mejillas lisas, rosadas, con manchitas: cojines de carne que daban visualmente una impresión de calor. Sin lápiz labial, pero con unos labios suaves de color frambuesa que apretaba mucho al sonreír, como si no quisiera enseñar los dientes —un poco desproporcionados con la boca, con los incisivos ligeramente mellados—, dando la sensación de que se guardaba algo: una risa, o un comentario ingenioso, o un chiste secreto fabuloso.

Si Dexter se iba, probablemente no volviese a ver aquella cara, excepto tal vez diez años después, en alguna horrenda reunión: oronda, desilusionada, reprochándole su despedida a la francesa. Era mejor irse discretamente, y nada de reuniones. Adelante, mirando al futuro. Si algo no faltaba, eran caras.

Sin embargo, justo cuando se decidía, la boca de ella se ensanchó en una gran sonrisa, y dijo sin abrir los ojos:

—¿Qué, Dex, a ti qué te parece?

—¿Qué, Em?

—Lo de nosotros dos. ¿Tú crees que es amor?

Se rio en voz baja, con la boca bien cerrada.

—Haz el favor de dormirte.

—Pues para de mirarme la nariz. —Emma abrió los ojos, azules y verdes, brillantes y sagaces—. ¿Mañana qué día es? —masculló.

—¿Hoy, quieres decir?

—Hoy. Este día nuevo y luminoso que nos espera.

—Viernes. Viernes todo el día. San Suituno, para que lo sepas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es una tradición. Si hoy llueve, lloverá los próximos cuarenta días, o todo el verano, o algo por el estilo.

Emma frunció el ceño.

—No tiene sentido.

—Ni debe tenerlo. Es una superstición.

—Que lloverá ¿dónde? Siempre llueve en algún sitio.

—Sobre la tumba de san Suituno. Está enterrado fuera de la catedral de Winchester.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Es donde fui al colegio.

—¡Caramba, qué nivel! —murmuró ella en la almohada.

—Si por san Suituno llueve / No sé qué ta-ra-ra-ra-ra.

—Qué poema más bonito.

—Es que hice una paráfrasis.

Emma volvió a reírse y levantó la cabeza, adormilada.

—Pero Dex…

—¿Qué, Em?

—¿Y si hoy no llueve?

—¿Mmm?

—¿Qué harás luego?

Decirle que tiene un compromiso.

—Pues no gran cosa —dijo él.

—¿Hacemos algo, entonces? Juntos, digo.

Espera a que se duerma, y vete disimuladamente.

—Ah, bueno… Está bien, hacemos algo.

Emma dejó caer otra vez la cabeza en la almohada.

—Un nuevo día —murmuró.

—Un nuevo día.

Capítulo 2

Vuelta a la vida

SÁBADO 15 DE JULIO DE 1989

Wolverhampton y Roma

Vestuario de chicas
Instituto Secundario Stoke Park
Wolverhampton
15 de julio de 1989

Ciao, Bello!

¿Cómo estás? ¿Qué tal Roma? Mucho hablar de la Ciudad Eterna, pero yo llevo dos días en Wolverhampton, y se me ha hecho bastante eterno. (Aunque puedo revelarte que aquí el Pizza Hut es de primera, de primera).

Desde la última vez que nos vimos decidí aceptar el trabajo que te comenté, el de la cooperativa teatral Sledgehammer, y llevamos cuatro meses preparando, ensayando y de gira con Cargamento cruel, una superproducción subvencionada por el Arts Council sobre la trata de esclavos, explicada con historias, canciones populares y unas dosis bastante impactantes de pantomima. Te adjunto un folleto mal fotocopiado, para que veas que la cosa es de nivel.

Cargamento cruel es una obra TE —o sea, Teatro Educativo— dirigida a chicos de entre once y trece años, que parte de una idea tan provocadora como que el esclavismo era malo. Yo hago de Lydia, el… mmm… pues sí, el papel PROTAGONISTA, la hija mimada y creída del pérfido sir Obadiah Kruell —¿te das cuenta por el nombre de que no es buena persona?—, y en el momento culminante de la función caigo en cuenta que todo lo bonito que tengo, todos mis vestidos —señalar vestidos— y joyas —ídem—, están comprados con la sangre del prójimo (¡bua, bua!), y que me siento sucia (mirar manos fijamente, como si VIERAS LA SANGRE), sucia hasta la MÉÉÉDULA. Es un material con mucha fuerza, aunque ayer por la noche lo estropearon unos niños tirándome Maltesers a la cabeza.

No, ahora en serio, tampoco está tan mal, en su contexto, y no sé por qué me pongo cínica; será un mecanismo de defensa. La verdad es que los niños que la ven reaccionan muy bien —los que no tiran nada—, y luego hacemos

unos talleres muy interesantes en los colegios. Es alucinante lo poco que saben estos niños de su patrimonio cultural, y de dónde vienen, incluidos los caribeños. También he disfrutado al escribirlo. Me ha dado muchas ideas para otras obras, y otras cosas. O sea, que considero que vale la pena, aunque a ti te parezca una pérdida de tiempo. Yo creo que sí que podemos cambiar las cosas, Dexter, de verdad. Vaya, que en la Alemania de los años treinta había mucho teatro radical, y mira tú si no fue decisivo. Vamos a eliminar los prejuicios raciales de los West Midlands, aunque sea niño por niño.

En el reparto somos cuatro. Kwame es el Esclavo Noble, y aunque yo haga de ama y él de criado la verdad es que nos llevamos bien, aunque el otro día le pedí que me trajera una bolsa de papas fritas en un bar y me miró como si lo OPRIMIERA*, o algo así. Pero bueno, es simpático, y se toma el trabajo en serio, aunque es verdad que en los ensayos lloró mucho, y me pareció que se pasaba. Es un poco llorón, no sé si me entiendes. En la obra se supone que hay una gran tensión sexual entre los dos, pero en este caso la vida tampoco imita al arte.*

Luego está Sid, que hace de Obadiah, mi malvado padre. Ya sé que tú, de niño, lo único que hacías era jugar al criquet en unos prados de manzanilla alucinantes, y que nunca hiciste nada tan desclasado como ver la tele, pero Sid se hizo bastante famoso en una serie policiaca que se llamaba City Beat, y se nota que le da asco verse reducido a ESTO. Se niega rotundamente a hacer pantomima, como si fuera indigno de él salir con un objeto que no está realmente allí, y empieza una de cada dos frases diciendo «cuando salía por la tele», que es su manera de decir «cuando era feliz». Sid mea en los lavabos, y lleva unos pantalones de poliéster tremebundos, porque en vez de lavarlos LES PASA UN TRAPO*. Se alimenta de empanadas de las gasolineras. Kwame y yo sospechamos que en realidad es racista, aunque lo disimule, pero aparte de eso es un encanto, el hombre, un verdadero encanto.*

Después tenemos a Candy. Ah, Candy… A ti te gustaría. Es digna de su nombre. Hace de Criada Descarada, de una Dueña de Plantación y de sir William Wilberforce; es muy guapa y muy espiritual, y aunque no me guste la palabra, una puta redomada. Se pasa el día preguntándome los años que tengo de verdad, y diciéndome que se me ve cansada, o que si me pusiera lentes de contacto podría estar bastante guapa, cosas que a mí me ENCANTAN*, por supuesto. Insiste mucho en dejar claro que ella todo esto sólo lo hace para obtener la tarjeta del sindicato de actores y matar el tiempo en espera de que la descubra algún productor de Hollywood, supongo que de paso por Dudley un jueves lluvioso por la tarde, buscando nuevos talentos en el TE; porque, claro, el teatro es una porquería… Al fundar STC (Sledgehammer Theatre Co-operative) nos interesaba mucho que fuera un colectivo teatral*

progresista, sin toda esa mierda de soy el mejor, salgo en la tele, mira qué guapo soy; sólo queríamos hacer teatro político, teatro del bueno, emocionante, original. Igual a ti te parece una tontería, pero era nuestra intención. El problema de los colectivos democráticos igualitarios es que tienes que escuchar a inútiles como Sid y Candy. Si Candy supiera actuar, no me molestaría, pero tiene un acento de Newcastle increíble, como si le hubiera dado una embolia o algo así, y encima tiene la manía de entrar en calor haciendo yoga en lencería. ¿Qué, te llamó la atención, eh? Es la primera vez que veo hacer el Saludo al Sol con liguero y corsé. ¿Verdad que no es normal? El pobre Sid casi no puede masticar su rebanada de res al curry. No acierta a metérsela en la boca. Cuando llega el momento de que Candy se vista, y salga al escenario, suele silbarle alguno de los niños, o algo por el estilo, y luego, en el minibús, ella siempre se hace la indignada, la feminista. «Odio que me juzguen por mi aspecto, toda la vida me han encasillado por mi cara de muñeca y mi cuerpo joven y terso», dice ajustándose el liguero, como si fuera una gran cuestión POLÍTICA*, y tuviéramos que hacer teatro de calle para concienciar sobre la dura situación de las mujeres que tienen la desgracia de ser bustonas. ¿Desvarío? ¿Ya te enamoraste de ella? Puede que te la presente cuando vuelvas. Te imagino mirándola de esa manera tuya, con la mandíbula tensa, jugando con los labios y preguntándole por su carreeeeeera. Igual ni te la presento…*

Emma Morley puso el papel boca abajo al ver entrar a Gary Nutkin, flaco y nervioso. Era la hora de la arenga previa a la función por parte del director y cofundador de la cooperativa Sledgehammer. El camerino unisex, de camerino no tenía nada; sólo era el vestuario de chicas de un instituto suburbano, que incluso los fines de semana tenía ese olor de colegio del que se acordaba Emma: hormonas, jabón líquido rosa y toallas enmohecidas.

Gary Nutkin carraspeó en la puerta: pálido, con la cara irritada por la afeitada, y la camisa negra abrochada hasta el último botón; un hombre cuya gran referencia de estilo era George Orwell.

—¡Un gran lleno! ¡Casi la mitad, que visto lo visto no está nada mal! —No aclaró qué era lo visto, tal vez porque le distraía Candy con sus giros pélvicos en *body* de topos—. Vamos, que nos salga una función de poca madre. ¡Que se caigan de espaldas!

—Ya me gustaría tumbarlos de espaldas —gruñó Sid, mirando a Candy a la vez que recogía migas de empanadilla—. Con un bate de *criquet* lleno de clavos. Desgraciados…

—Haz el favor de ser más positivo, Sid —imploró Candy, en una espiración larga y controlada.

Gary continuó.

—Acuérdense de que tiene que salirles fresco, sin nada que los distraiga. Que tenga vida. Reciten el texto como si fuera la primera vez, y lo más importante de todo: no dejen que los intimide el público, ni que los provoque de ninguna manera. La interacción está muy bien, pero las represalias no. No dejen que los enfaden. No les den ese gusto. ¡Un cuarto de hora, por favor!

Sid inició su calentamiento de todas las noches, un conjuro en voz baja de «odio este trabajo odio este trabajo». Detrás de él estaba Kwame, compungido, con el pecho desnudo, los pantalones rotos, las manos en las axilas y la cabeza hacia atrás, meditando, o quizá intentando no llorar. A la izquierda de Emma, Candy entonaba canciones de *Los miserables* con voz inexpresiva de soprano ligera, mientras se tocaba los dedos en martillo, herencia de dieciocho años de ballet. Emma se giró hacia su reflejo en el espejo agrietado, se ahuecó las mangas abullonadas de su vestido de corte imperio, se quitó los lentes y suspiró a lo Jane Austen.

El último año había sido una sucesión de giros erróneos, malas elecciones y proyectos a medias: estaban el grupo femenino donde había sido bajista, de nombre variable (Throat, Slaughterhouse Six y Bad Biscuit), e indecisión no limitada al nombre, sino extensiva a la orientación musical; la sesión en un club alternativo a la que no había ido nadie, la primera novela abandonada, la segunda novela abandonada, y varios trabajos de verano míseros, vendiendo ropa de cachemira y tartán a los turistas. En su momento más bajo incluso había hecho un cursillo de circo, hasta que constató que no servía para eso. La solución no era el trapecio.

El tan cacareado Segundo Verano del Amor había sido de melancolía, y pérdida de empuje. Hasta su amada Edimburgo había empezado a aburrirla y deprimirla. Vivir en la ciudad de su universidad era como quedarse en una fiesta después de que se fuera todo el mundo. Por eso en octubre se había ido del departamento de Rankeillor Street y se había instalado otra vez en casa de sus padres, para un invierno largo, tenso y lluvioso de recriminaciones, portazos y tardes de tele en una casa que ahora le parecía de una pequeñez insoportable. «¡Pero si eres doble *cum laude*! ¿Qué le ha pasado a tu doble *cum laude*?», le preguntaba su madre a diario, como si la licenciatura de Emma fuera un superpoder que se obstinaba en no usar. De noche venía su hermana pequeña, Marianne, enfermera felizmente casada, con un bebé recién nacido, sólo para regodearse en la humillación de la niña de los ojos de mamá y papá.

Suerte que de vez en cuando estaba Dexter Mayhew. Los últimos días de calor del verano de su licenciatura los había pasado en Oxfordshire, en casa de la familia de Dexter; una casa muy bonita, que a ella le parecía una mansión. Espaciosa, de los años veinte, con alfombras descoloridas, grandes lienzos abstractos y cubitos de hielo en las bebidas. En el jardín, grande y con olor a plantas aromáticas, habían pasado un día largo y lánguido, entre la alberca y la cancha de tenis (la primera que veía que no estuviera construida por algún ayuntamiento). Bebiendo *gin-tonics* en sillones de mimbre, y mirando el paisaje, se había acordado de *El gran Gatsby*. Por supuesto, lo

había estropeado: poniéndose nerviosa y bebiendo demasiado durante la cena, y gritándole al padre de Dexter —un hombre moderado, sencillo y de lo más sensato— sobre Nicaragua mientras Dexter la miraba con cara de afectuosa decepción, como a un cachorro que ha ensuciado la alfombra. Le parecía mentira haberse sentado a la mesa de los Mayhew, haber comido su comida y haber tratado a su padre de fascista. De noche, en el cuarto de invitados, aturdida y llena de remordimientos, esperaba unos golpes en la puerta que evidentemente nunca llegarían; esperanzas románticas sacrificadas en aras de los sandinistas, que difícilmente se lo agradecerían.

Habían vuelto a verse en Londres, en abril, durante la fiesta de su común amigo Callum, que cumplía veintitrés años, y todo el día siguiente lo habían pasado juntos en los jardines de Kensington, bebiendo vino de la botella y conversando. Emma, evidentemente, estaba perdonada, aunque en contrapartida se habían instalado en la exasperante familiaridad de la amistad; exasperante al menos para ella: tumbados en la hierba fresca de la primavera, con las manos a punto de tocarse, mientras él le hablaba de Lola, una chica española increíble a quien había conocido esquiando en los Pirineos.

Y luego, Dexter otra vez a viajar, a ampliar todavía más sus miras. China había resultado demasiado ajena e ideológica para su gusto. En vez de eso se había embarcado en un año de visitas relajadas a lo que las guías llamaban «ciudades de juerga». En suma, que ahora eran amigos por correspondencia, y Emma componía cartas largas e intensas, rebosantes de chistes y de subrayados, de ironías forzadas y añoranza mal disimulada; manifestaciones de amor en dos mil palabras por correo aéreo. Tanto las cartas como las recopilaciones de música en casete eran en realidad vehículos para emociones no expresadas. Estaba claro que invertía demasiado tiempo y energía en ellas. A cambio, Dexter le mandaba postales con franqueo insuficiente: «Ámsterdam es una LOCURA», «Barcelona DEMENCIAL», «Dublín, JUERGA a tope. Mañana de RESACA». Como escritor de viajes no era Bruce Chatwin. A pesar de todo, Emma guardaba las postales en el bolsillo de su abrigo y daba largos y melancólicos paseos por Ilkley Moor, buscando algún significado oculto en «¡¡¡¡VENECIA TOTALMENTE INUNDADA!!!!».

—Oye, ¿quién es este Dexter? —le preguntaba su madre, espiando el dorso de las postales—. ¿Tu novio, o qué? —Y, con mirada de preocupación—: ¿Se te ha ocurrido buscar trabajo en la compañía de gas?

Emma se puso a trabajar en el pub del pueblo, sirviendo cervezas. Pasó el tiempo, y notó que se le empezaba a ablandar el cerebro, como cuando olvidas algo al fondo del refrigerador.

Después la había llamado Gary Nutkin, el trotskista flaco que en el 86 la había dirigido en una versión desnuda e intransigente de *Terror y miseria del Tercer Reich*, de Brecht, antes de besarla durante tres horas desnudas e intransigentes en la fiesta de la última noche. Poco después la había llevado a un programa doble de Peter Greenaway, y había esperado cuatro horas para levantar la mano y depositarla

distraídamente en su pecho izquierdo, como quien ajusta un potenciómetro. Por la noche habían hecho brechtianamente el amor en una cama individual roñosa, bajo un cartel de *La batalla de Argel*, y Gary se había esmerado de principio a fin en no tratarla como un objeto. Luego nada, ni palabra, hasta la llamada nocturna de mayo, y las palabras vacilantes en voz baja:

—¿Te gustaría entrar en mi cooperativa de teatro?

Emma no tenía aspiraciones de actriz, ni le apasionaba especialmente el teatro salvo como vehículo de transmisión de palabras e ideas. Sledgehammer tenía que ser un nuevo tipo de cooperativa teatral progresista, en la que se compartirían intenciones y celo, con un manifiesto por escrito, y el compromiso de cambiar vidas jóvenes por la vía del arte. Puede que también tenga su parte romántica, se había dicho Emma, o como mínimo sexual. Así que a hacer la mochila, a despedirse de sus escépticos mamá y papá y a subirse al minibús como si se embarcase en una noble causa, una especie de Guerra Civil española en teatro, subvencionada por el Arts Council.

Ahora, tres meses después, ¿qué quedaba del calor, la camaradería y el sentimiento de valor social, de mezcla de ideales elevados con diversión? En principio eran una cooperativa. Era lo que ponía en un lado de la camioneta. Lo había escrito ella misma con plantillas.

—«Odio este trabajo, odio este trabajo» —decía Sid.

Emma se tapó las orejas con las manos, y se hizo unas cuantas preguntas fundamentales.

¿Por qué estoy aquí?

¿De verdad aporto algo?

¿No se podría vestir un poco?

¿A qué huele?

Ahora mismo ¿dónde quiero estar?

Quería estar en Roma, con Dexter Mayhew. En la cama.

—Shaf-tes-bury Avenue.

—No, Shafts-bu-ry. Tres sílabas.

—Lychester Square.

—Leicester Square, dos sílabas.

—¿Por qué no es Ly-chester?

—Ni idea.

—Pero si eres mi profesor… Deberías saberlo…

—Lo siento —dijo Dexter, encogiéndose de hombros.

—Pues me parece un idioma tonto —dijo Tove Angstrom, antes de darle un puñetazo en el hombro.

—Un idioma tonto. Totalmente de acuerdo. Ahora bien, no hace falta que me des puñetazos.

—Me disculpo —dijo Tove, besándolo en el hombro, y luego en el cuello y la boca.

Dexter volvió a darse cuenta de lo gratificante que podía ser la enseñanza.

Estaban tumbados entre un montón de cojines, sobre el suelo de terracota de la diminuta habitación de Dexter, tras descartar la cama individual por no ajustarse a sus necesidades. En el folleto de la Percy Shelley International School of English se describían las viviendas de los profesores como «cómodas en ciertos aspectos, con muchos atenuantes», lo cual constituía un resumen perfecto. Su habitación en el Centro Storico era sosa e institucional, pero al menos tenía balcón, una repisa de algo más de un palmo de ancho que daba a una plaza pintoresca, la cual, muy a la romana, también servía de estacionamiento. Cada mañana le despertaba el ruido de los oficinistas chocando briosamente los unos contra los otros al dar marcha atrás.

Ahora, en plena tarde húmeda de julio, sólo se oían ruedas de maletas de turistas traqueteando por los adoquines. Abiertas las ventanas, se besaban perezosamente, con el pelo de ella en la cara de él, recio, oscuro, con olor a algún champú danés: pino artificial, y humo de cigarrillo. Tove tendió el brazo por encima del pecho de Dexter para agarrar la cajetilla del suelo, encender dos cigarrillos y pasarle uno. Dexter se incorporó en los cojines, dejando colgar el cigarrillo del labio como Belmondo, o alguien de una película de Fellini. Él nunca había visto nada de Belmondo ni de Fellini, pero sí había visto las postales: con estilo, en blanco y negro. No le gustaba considerarse creído, pero estaba claro que a veces le habría gustado tener cerca a alguien que le hiciera una foto.

Después de otro beso, se hizo la vaga pregunta de si la situación tenía alguna dimensión moral o ética. Naturalmente que el momento de preocuparse por los pros y contras de acostarse con una alumna habría sido después de la fiesta del colegio, mientras Tove, precariamente al borde de la cama de él, se bajaba el cierre de las botas que le llegaban hasta las rodillas. Incluso entonces, en plena confusión de vino tinto y deseo, se le había ocurrido preguntarse qué diría Emma Morley. Mientras Tove le metía la lengua en la oreja, él presentaba su defensa: tiene diecinueve años, es adulta, y además, yo no soy profesor de verdad. Por otro lado, Emma estaba muy lejos, cambiando el mundo desde un minibús, en la carretera de circunvalación de alguna ciudad de provincias. Y en definitiva, ¿qué tenía que ver Emma? Las botas de Tove ya estaban tiradas en un rincón del cuarto, en un hostal en el que estaba rigurosamente prohibido que pasaran la noche las visitas.

Movió el cuerpo a un trozo más fresco de la terracota, y miró por la ventana para intentar evaluar el tiempo a partir del pequeño recuadro de intenso cielo azul. El ritmo de la respiración de Tove estaba cambiando con la llegada del sueño. Pero él tenía una cita importante. Dejó caer los últimos cinco centímetros de cigarrillo en una copa de vino, y estiró el brazo en busca del reloj, puesto sobre *Si esto es un hombre* de Primo Levi, sin leer.

—Tove, tengo que irme.

Ella protestó con un gruñido.

—Quedé de ver a mis padres. Tengo que irme ahora mismo.

—¿Puedo ir?

Él se rio.

—Me parece que no, Tove. Además, el lunes tienes examen de gramática. Vete a repasar.

—Examíname tú. Examíname ahora.

—Bien. Verbos. Presente del indicativo.

Tove le rodeó con una pierna, y la usó como palanca para situarse encima.

—Yo beso, tú besas, él besa, ella besa…

Dexter se incorporó sobre los codos.

—En serio, Tove…

—Diez minutos más —le susurró ella al oído.

Dexter se dejó caer al suelo, pensando: ¿por qué no? A fin de cuentas estoy en Roma, y hace buen día. Soy un hombre de veinticuatro años, sin problemas económicos y sano. Estoy haciendo algo que no debería hacer, y tengo mucha mucha suerte.

Probablemente el atractivo de una vida dedicada a las sensaciones, los placeres y el yo se desgastará algún día, pero aún faltaba mucho.

¿Qué tal Roma? ¿Qué tal La Dolce Vita? (Búscalo). Ahora mismo te imagino sentado en un café, bebiéndote uno de esos cappuccini de los que tanto se oye hablar, y silbándole a todo. Probablemente te hayas puesto lentes de sol para leer esto. Pues quítatelos, que te ves ridículo. ¿Recibiste los libros que te envié? Primo Levi es un escritor italiano muy bueno. Es para recordarte que en la vida no todo son helados y alpargatas. La vida no puede ser siempre como el principio de Betty Blue. ¿Qué tal las clases? Prométeme que no te acuestas con alumnas, por favor. Sería tan… decepcionante…

Tengo que irme. Se avecina el final de la página, y oigo en la otra sala el fascinante rumor de nuestro público al tirarse sillas los unos a los otros. MENOS MAL *que dentro de dos semanas acabo este trabajo. Gary Nutkin, nuestro director, quiere que después prepare un espectáculo sobre el apartheid para colegios de educación infantil. ¡Y encima con* MARIONETAS*! ¡Carajo! Seis meses yendo y viniendo por la M6 con una marioneta de Desmond Tutu en las rodillas. Igual paso. Además, he escrito una obra para dos actrices sobre Virginia Woolf y Emily Dickinson, que se llama Dos vidas (o eso, o Lesbianas deprimidas). Puede que la monte en algún pub teatro. Cuando le expliqué a Candy quién era Virginia Woolf, dijo que tenía muchísimas ganas de hacer el papel, pero sólo si se puede quedar desnuda de cintura para arriba. Pues nada, ya tengo el casting resuelto: yo haré de Emily Dickinson y me dejaré la blusa puesta. Ya te reservaré boletos.*

De momento tengo que elegir entre empadronarme en Leeds o en Londres. Decisiones, decisiones… Yo intentaba no irme a vivir a Londres (es tan PREVISIBLE *irse a vivir a Londres), pero a Tilly Killick, mi ex compañera de piso —¿te acuerdas? Lentes rojas grandes, siempre a la contra, patillas—, le sobra un cuarto en Clapton. Lo llama «el trastero», cosa que no presagia nada bueno. ¿Qué tal es Clapton? ¿Tú volverás pronto a Londres? ¡Eh! ¿Y si compartiéramos departamento?*

¿Compartir departamento? Emma vaciló, sacudió la cabeza y gimió antes de escribir: «¡¡¡¡Es broma!!!!». Otro gemido. «Es broma» era justo lo que se escribía al decir algo en serio. Ya no estaba a tiempo de borrarlo. ¿Cómo despedirse? «Atentamente» era demasiado formal, «tout mon amour», demasiado afectado, «con amor», demasiado cursi, y ya volvía a estar Gary Nutkin en la puerta.

—¡Bueno, todos a escena!

Les detuvo tristemente la puerta, como si les esperara un pelotón de fusilamiento. Emma escribió deprisa, antes de poder arrepentirse:

Te echo tanto de menos, Dex…

Un solo beso profundamente grabado en el papel azul claro para correo aéreo.

En la Piazza della Rotonda, la madre de Dexter descansaba en la terraza de un bar, con una novela apenas sujeta entre las manos, los ojos cerrados y la cabeza ladeada y hacia atrás, como un pájaro aprovechando los últimos rayos de sol. En vez de llegar directamente, Dexter se reservó un momento para sentarse entre los turistas de los escalones del Panteón y ver acercarse al mesero, que sobresaltó a su madre al recoger el cenicero. Se rieron. Al verla mover teatralmente la boca y los brazos, Dexter supo que estaba hablando en su horrendo italiano, entre palmaditas coquetas al brazo del mesero, que pese a no tener ni idea de qué le habían dicho —saltaba a la vista—, sonrió y le siguió el coqueteo. Luego se fue, lanzando una mirada por encima del hombro a la inglesa guapa que le había tocado el brazo, y a quien no se le entendía nada.

La escena hizo sonreír a Dexter. La vieja idea freudiana —conocida entre susurros en el internado— de que los niños tenían que enamorarse de sus madres y odiar a sus padres le parecía posible. Nunca había conocido a nadie que no se enamorase de Alison Mayhew. Y lo mejor era que Dexter también quería mucho a su padre; en eso, como en tantas cosas, lo mimaba la suerte.

Cenando, o en el jardín grande y frondoso de la casa de Oxfordshire, o de vacaciones en Francia, mientras ella dormía al sol, Dexter solía sorprender miradas de muda admiración en los ojos de sabueso de su padre. Stephen Mayhew, quince

años mayor que ella, alto, de cara alargada e introvertido, no parecía dar crédito a su suerte. En las fiestas que a menudo organizaba ella, si Dexter se estaba lo bastante quieto para que no le mandaran a la cama, veía formarse un obediente y devoto círculo de hombres a su alrededor; hombres inteligentes y capaces, médicos, abogados, gente que hablaba por la radio, reducidos a adolescentes soñadores. La veía bailar con los primeros discos de Roxy Music y un vaso de coctel en la mano, ebria y autosuficiente, ante las miradas de las otras esposas, que en comparación parecían rechonchas y poco inteligentes. También sus amigos del colegio, hasta los vacilones y complicados, se convertían en caricaturas en torno a Alison Mayhew, con quien flirteaban en un toma y daca, haciéndola participar en guerras de agua y felicitándola por ser tan mala cocinera: esos huevos revueltos hechos desganadamente, esa pimienta negra como ceniza de cigarrillo…

Había estudiado moda en Londres, pero ahora que vivía en el campo tenía una tienda de antigüedades, y sus alfombras caras y sus candelabros gozaban de gran éxito entre el Oxford de postín. Pese a mantener el aura de haber sido alguien en los años sesenta —Dexter había visto fotos, y recortes desvaídos de suplementos a color —, no se le veía triste ni arrepentida de haber renunciado a ello en aras de una respetable, segura y cómoda vida familiar. Era como si hubiese intuido el mejor momento para irse de la fiesta, algo típico de ella, por cierto. Dexter albergaba la sospecha de que de vez en cuando tenía aventurillas con los médicos, los abogados y los que hablaban por la radio, pero aun así le costaba enfadarse con ella. Además, la gente siempre decía lo mismo: que él lo había heredado. Nadie concretaba qué, pero era como si todos lo supieran; la belleza, por supuesto, y la energía y la salud, pero también cierto aplomo displicente, el derecho a estar en el centro de todo, en el equipo ganador.

Incluso en aquel momento, con su vestido veraniego de un azul descolorido, hurgando en busca de cerillos en su enorme bolsa, parecía el eje de toda la actividad de la Piazza: ojos cafés, perspicaces, en una cara en forma de corazón, bajo un despeinado caro de peluquería, con el vestido desabrochado un botón más de la cuenta y un desaliño irreprochable. Viendo acercarse a Dexter, se le abrió toda la cara en una gran sonrisa.

—Tres cuartos de hora tarde, joven. ¿Dónde estabas?

—Aquí, viéndote de charlar con los meseros.

—No se lo digas a tu padre. —Al levantarse para darle un abrazo, su cadera chocó contra la mesa—. Pero ¿de dónde vienes?

—No, nada, de preparar las clases.

Dexter tenía el pelo mojado, del baño compartido con Tove Angstrom. Cuando su madre se lo apartó de la frente, y le puso cariñosamente una mano en la mejilla, él se dio cuenta de que ya estaba algo bebida.

—Muy despeinado. ¿Quién te ha despeinado? ¿Qué travesuras has estado haciendo?

—Ya te lo dije, preparar las clases.

Ella hizo un mohín de escepticismo.

—¿Y ayer por la noche? Te estuvimos esperando en el restaurante.

—Perdona, es que me retrasé. La disco del colegio.

—Una disco. Qué 1977. ¿Cómo era?

—Doscientas escandinavas borrachas bailando el *vogue*.

—El *vogue*. Me alegra reconocer que no me suena de nada. ¿Y era divertido?

—Infernal.

Le dio una palmadita en la rodilla.

—¡Oh, pobrecito!

—¿Dónde está papá?

—Tuvo que irse al hotel, para la siestecita de siempre. Con este calor, y las sandalias, que le rozaban… Ya conoces a tu padre. Es tan galés…

—¿Y qué hicieron?

—Nada, dar un paseo por el Foro. A mí me ha parecido bonito, pero Stephen se ha aburrido como una ostra. Todo tirado por el suelo, lleno de columnas… Sospecho que él preferiría que pasaran una aplanadora y pusieran un buen invernadero, o algo así.

—Deberían ir a ver el Palatino. Está sobre la colina…

—Dexter, sé dónde está el Palatino; estuve en Roma antes de que nacieras.

—¿Ah, sí? ¿Quién era el emperador entonces?

—Ja. Oye, ayúdame con el vino; no dejes que me acabe yo sola la botella.

Poco le faltaba. Aun así, Dexter echó los dos o tres últimos centímetros en un vaso de agua y le agarró los cigarrillos. Alison chasqueó la lengua.

—¿Sabes qué? Que a veces me parece que hemos ido demasiado lejos con lo de ser padres liberales.

—Totalmente de acuerdo. Me echaron a perder. Pásame los cerillos.

—No es muy inteligente, la verdad. Te debes de creer que pareces un actor de cine, pero qué quieres que te diga; te ves mal.

—Pues ¿por qué fumas tú entonces?

—Porque a mí me queda sensacional. —Se puso un cigarrillo entre los labios, que Dexter le encendió con su cerillo—. Además, voy a dejarlo. Es el último. Bueno, rápido, aprovechando que no está tu padre… —Se acercó un poco más, conspiradora —. Cuéntame tu vida amorosa.

—¡No!

—¡Vamos, Dex! Ya sabes que no tengo más remedio que vivir a través de mis hijos, y tu hermana es tan virginal…

—¿Está usted borracha, señora?

—Nunca entenderé que haya tenido dos hijos…

—Estás borracha.

—Te recuerdo que no bebo. —Una noche, cuando Dexter tenía doce años, su

madre se lo había llevado a la cocina, y en voz baja, ceremoniosamente, le había enseñado a preparar un dry martini, como si fuera un rito solemne—. Vamos, suéltalo; y no te escondas ni un detalle jugoso.

—No tengo nada que decir.

—¿Nadie en Roma? ¿Ninguna católica modosa?

—No.

—Alumnas tampoco, espero.

—Pues claro que no.

—¿Y en casa? ¿De quién son esas cartas tan largas y manchadas de lágrimas que te reenviamos constantemente?

—No te importa.

—¡No me hagas volver a abrirlas con vapor! ¡Cuéntamelo!

—No hay nada que contar.

Se apoyó en el respaldo.

—Pues me decepcionas. ¿Y aquella chica tan bonita que vino unos días a casa?

—¿Qué chica?

—Una guapa, muy seria, del norte, que se emborrachó y empezó a pegarle gritos a tu padre sobre los sandinistas.

—¿Ésa? Emma Morley.

—Emma Morley. Me cayó bien. A tu padre también, aunque lo tratase de fascista burgués. —Dexter se estremeció al acordarse—. A mí me da igual. Al menos tenía un poco de chispa, y de pasión; no como las tontas macizas que solemos encontrarnos en la mesa, al desayunar. «Sí, señora Mayhew; no, señora Mayhew». Piensa que por las noches te oigo ir de puntillas al cuarto de invitados…

—Estás borracha de verdad, ¿no?

—Bueno, y Emma ¿qué?

—Sólo es una amiga.

—¿Ah, sí? Pues no estoy yo tan segura. De hecho, me parece que le gustas.

—Les gusto a todas. Es mi desgracia.

Mentalmente le había sonado bien, con un toque insolente y de no tomarse en serio, pero al quedar los dos en silencio, volvió a tener la sensación de hacer el tonto, como en las fiestas en las que su madre le dejaba sentarse junto a los mayores, y él le fallaba con su presunción. Ella le sonrió con indulgencia, apretando su mano encima de la mesa.

—Sé buen chico, ¿de acuerdo?

—Ya lo soy. Yo siempre soy buen chico.

—Pero tampoco demasiado; vaya, que no te tomes lo de ser buen chico como una religión.

—Tranquila.

Dexter empezó a mirar la Piazza, incómodo.

Su madre le tocó el brazo.

—Bueno, ¿quieres otra botella de vino o volvemos al hotel, a ver cómo anda tu padre de los juanetes?

Callejearon hacia el norte, hacia la Piazza del Popolo, en paralelo a la Via del Corso. Dexter, que adaptaba el recorrido sobre la marcha para hacerlo lo más pintoresco posible, se empezó a encontrar mejor, disfrutando de la satisfacción de conocer bien una ciudad. Su madre se le colgó del brazo, algo bebida.

—¿Y qué, cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé. Puede que hasta octubre.

—Pero luego volverás a casa y sentarás cabeza, ¿no?

—Sí, claro.

—No quiero decir que vivas con nosotros. Eso nunca te lo haría. Pero ya sabes que te ayudaríamos con la fianza del departamento.

—No hay prisa, ¿no?

—Bueno, Dexter, ya ha pasado todo un año… ¿Cuántas vacaciones necesitas? Porque en la universidad tampoco es que te deslomases…

—¡Si no estoy de vacaciones, estoy trabajando!

—¿Y el periodismo? ¿No habías dicho algo de que querías ser periodista?

Lo había comentado de pasada, pero sólo para despistar, como coartada. Al acercarse a los veinte años, había tenido la impresión de que se restringían gradualmente las posibilidades. Ahora ya había varios trabajos con buena pinta —cardiocirujano, arquitecto— que le estarían vedados permanentemente, el periodismo parecía ir por el mismo camino. No escribía especialmente bien, sabía poco de política, hablaba un francés malo, de restaurante, carecía de formación y de currículum, y sus únicas cartas eran un pasaporte y una imagen muy clara de sí mismo fumando en el trópico bajo un ventilador, con una Nikon hecha polvo y una botella de whisky al pie de la cama.

Lo que de verdad quería ser era fotógrafo, claro. A los dieciséis años había hecho un proyecto, «Texturas», lleno de primeros planos en blanco y negro de cortezas y conchas, que por lo visto había dejado «alucinado» a su profesor de arte. Desde entonces no había hecho nada que le satisficiera en la misma medida que «Texturas», con sus imágenes muy contrastadas de la escarcha en las ventanas y la grava en el camino de la casa. Ser periodista entrañaba tener que lidiar con algo tan difícil como las palabras y las ideas. En cambio, se veía capacitado para dar la talla como fotógrafo, aunque sólo fuera por lo que consideraba un sentido muy marcado de cuándo estaban las cosas en su sitio. En ese momento su principal criterio para elegir profesión era que sonase bien en un bar, gritada en la oreja de una chica, y no podía negarse que «soy fotógrafo profesional» era una frase estupenda, casi a la altura de «soy corresponsal de guerra» o «pues mira, hago documentales».

—El periodismo es una posibilidad.

—O una empresa. ¿No iban a poner tú y Callum una empresa?

—Nos lo estamos planteando.

—Suena un poco vago lo de «empresa», en general.

—Te digo que nos lo estamos planteando.

Lo cierto era que Callum, su ex compañero de piso, ya había montado la empresa sin él: algo de reciclaje de computadoras que Dexter no había tenido fuerzas para entender. A los veinticinco serían millonarios, decía y repetía Callum, pero ¿cómo habría sonado en un bar? «Pues mira, reciclo computadoras». No, lo más seguro era la fotografía profesional. Resolvió decirlo en voz alta, como prueba.

—La verdad es que me estoy planteando la fotografía.

—¿La fotografía?

Su madre soltó una risa exasperante.

—¡Eh, que soy buen fotógrafo!

—… Cuando te acuerdas de quitar el dedo del objetivo.

—¿No deberías darme ánimos?

—¿Fotógrafo de qué tipo? ¿De desnudos? —Una risa ronca—. ¿O piensas seguir con lo de «Textura»? —Tuvieron que pararse un buen rato en la calle, mientras ella se reía, agarrada del brazo de su hijo para no caerse—. ¡Todas esas fotos de gravilla! —Cuando se le pasó, se irguió y se puso seria—. Perdona, Dexter, perdona…

—Pues resulta que ahora lo hago mucho mejor.

—Ya lo sé. Lo siento. Perdóname. —Siguieron caminando—. Si es lo que quieres, Dexter, lo tienes que hacer. —Le apretó el brazo con el codo, pero Dexter estaba resentido—. Siempre te hemos dicho que puedes ser lo que quieras, a condición de que te esfuerces.

—Sólo era una idea —dijo él, malhumorado—. Me limito a sopesar opciones.

—Eso espero, porque el oficio de profesor no tiene nada malo, pero ¿verdad que no es tu auténtica vocación? Enseñar canciones de los Beatles a nórdicas apáticas…

—Hay que trabajar mucho, mamá. Además, así tengo un colchón.

—Ya… Pues mira, a veces me pregunto si no tendrás demasiado colchón.

Lo dijo mirando el suelo, en cuyas losas pareció que rebotase el comentario. Caminaron un poco antes de que Dexter contestara.

—¿Qué quería decir eso?

—No, nada; sólo lo he dicho… —Ella suspiró, y le apoyó la cabeza en el hombro —. Sólo lo he dicho porque en algún momento te tendrás que plantear la vida en serio. Eres joven, tienes salud, y feo supongo que no eres, con luz tenue… Parece que caes bien, y eres inteligente, o lo bastante inteligente; puede que no en el sentido intelectual, pero entiendes las cosas. También has tenido suerte, Dexter, muchísima suerte, y te han protegido de muchas cosas: la responsabilidad, el dinero… Pero ahora eres adulto, y es posible que algún día no sea todo tan… —Miró a su alrededor, en alusión a la callecita pintoresca por donde la había llevado Dexter—. Tan sereno. No estaría de más que te sorprendiera preparado. Te iría bien tener más bagaje.

Dexter frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Una profesión?

—En parte.

—Pareces papá.

—¡Vaya por Dios! ¿En qué sentido?

—Un trabajo como está mandado, un colchón, una razón para levantarse cada día…

—No sólo eso; no sólo un trabajo. Una dirección. Un objetivo. Un poco de impulso y de ambición. Yo, a tu edad, quería cambiar el mundo.

Dexter hizo un ruido despectivo con la nariz.

—De ahí la tienda de antigüedades.

Su madre le clavó el codo en las costillas.

—Cada cosa tiene su momento. Y conmigo no te hagas el listo. —Le tomó el brazo. Reemprendieron lentamente su camino—. Sólo quiero estar orgullosa de ti. Bueno, orgullosa ya lo estoy, de ti y de tu hermana, pero bueno… Ya me entiendes. Estoy un poco borracha. Cambiemos de tema. Quería hablarte de otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Huy, demasiado tarde.

Ya tenían el hotel a la vista: tres estrellas, elegante pero sin ostentación. Al otro lado del cristal tintado, en una butaca del vestíbulo, Dexter reconoció a su padre en pleno examen de la planta de un pie, encogiendo una de sus piernas largas y delgadas, y arrugando en la otra mano el calcetín.

—¡Madre mía! ¡Se está tocando los callos en la recepción del hotel! Un poco de Swansea en Via del Corso. Encantador, realmente encantador. —Alison descolgó su brazo del de su hijo y le tomó la mano—. Mañana comemos juntos, ¿de acuerdo? Mientras tu padre se dedica a tocarse los callos en una habitación oscura, salimos tú y yo solos. En alguna plaza bonita, con mantel blanco. Algo caro. Invito yo. Puedes traerme fotos de piedras interesantes.

—Bueno —dijo él de mal humor. Su madre sonreía, pero también fruncía el ceño, y le apretaba un poco la mano. Dexter se inquietó de golpe—. ¿Por qué?

—Porque quiero hablar con este hijo tan guapo que tengo, y creo que ahora mismo estoy demasiado borracha.

—¿Qué pasa? ¡Dímelo ahora mismo!

—Nada, nada.

—¡No se irán a divorciar!

Se rio en voz baja.

—No digas tonterías. Pues claro que no. —Su padre los había visto desde la recepción, y se estaba levantando para tirar de la puerta donde decía «empujar»—. ¿Cómo voy a separarme de un hombre que se mete la camisa por dentro de los calzoncillos?

—Pues entonces dime qué pasa.

—Nada malo, cariño, nada malo. —Con una sonrisa de consuelo, y una mano en el corto pelo de la nuca de Dexter, le hizo agacharse hasta que sus frentes se tocaron

—. Tú no te preocupes por nada. Mañana. Ya hablaremos mañana como Dios manda.

Capítulo 3

El Taj Mahal

DOMINGO 15 DE JULIO DE 1990

Bombay y Camden Town

—¡ATENCIÓN, POR FAVOR! ¿Pueden estar atentos? Un poco de atención, si no es mucho pedir. ¿Me pueden escuchar? Por favor. Sin tirar nada. Atentos, por favor. ¿ATENCIÓN? ¿POR FAVOR? Gracias.

Scott McKenzie se sentó en su taburete y miró a sus ocho subordinados: todos menores de veinticinco años, todos con jeans blancos y gorras de béisbol de la empresa, y todos muertos de ganas de estar en cualquier sitio menos donde estaban, un domingo, en el turno del almuerzo de Loco Caliente, un restaurante *tex mex* de Kentish Town Road donde todo hacía honor a su nombre, la comida y la climatización.

—Bueno, a ver: antes de que abramos las puertas para el *brunch*, me gustaría repasar los llamados «platos del día», si no les importa. ¡De sopa tenemos una reincidente, la de elote, y de segundo plato, un delicioso y suculento burrito de pescado!

Scott expulsó aire por la boca y esperó a que se apagaran los gemidos y las falsas arcadas. Era un hombre bajo, pálido, de ojos rojizos, licenciado en Dirección de Empresas por Loughborough, y con aspiraciones, en sus tiempos, de magnate de la industria. Él, que había llegado a imaginarse jugando al golf durante los congresos o subiendo decidido a un jet privado, esa mañana había sacado del desagüe de la cocina un tapón de grasa de cerdo amarilla del tamaño de una cabeza humana. Con sus propias manos. Todavía notaba la grasa entre los dedos. Tenía treinta y nueve años, y no estaban saliendo las cosas como tenían que salir.

—Viene a ser el típico burrito de ternera barra pollo barra cerdo, pero (cito) con «deliciosos y jugosos trozos de bacalao y salmón». Hasta puede que les caiga algún camarón.

—Pues… qué horror —se rio al otro lado de la barra Paddy, mientras cortaba gajos de limón para los cuellos de las botellas de cerveza.

—Un toquecito del norte del Atlántico a la gastronomía latinoamericana —dijo Emma Morley, anudándose su delantal de mesera, y viendo aparecer a alguien por detrás de Scott: un hombre alto y corpulento, con el pelo bastante rizado y la cabeza grande, cilíndrica.

El nuevo. Los demás lo miraron con recelo, sometiéndole a un repaso digno del módulo de presos peligrosos.

—Pasando a temas más agradables —dijo Scott—, os presento a Ian Whitehead, que se incorpora a nuestro feliz equipo de personal altamente calificado.

Ian se puso la gorra reglamentaria en la cabeza, muy echada hacia atrás, y levantó un brazo para saludar, chocando entre sí sus palmas al aire.

—¡Qué pasa, amigos! —dijo, con un acento que podía pasar por americano.

—¿«Qué pasa, amigos»? ¿De dónde saca Scott a esta gente? —se burló Paddy detrás de la barra, con el volumen justo para que le oyera el nuevo.

Scott sobresaltó a Ian con una palmada en el hombro.

—¡Bueno, te dejo en manos de Emma, que es nuestra empleada más antigua!

Estremecida por el elogio, Emma sonrió al nuevo como si se justificara. Él también le sonrió, apretando los labios: sonrisa de Stan Laurel.

—… Y que te enseñará lo básico. Bueno, chicos, nada más. ¡Acuérdense! ¡Burritos de pescado! ¡Música, por favor!

Paddy encendió el casete aceitoso de detrás de la barra. Empezó a sonar la música, tres cuartos de hora de mariachi sintético que se repetía exasperantemente, y cuyo principio no podía ser más oportuno: *La cucaracha*, doce veces cada turno de ocho horas. Doce veces por turno, veinticuatro turnos al mes, desde hacía ya siete meses. Emma miró la gorra que tenía en la mano. El logo del restaurante, un burro de dibujos animados, la miraba desde debajo de un sombrero mexicano, con cara de borracho, o de loco. Se ajustó la gorra en la cabeza y se deslizó del taburete como quien se mete en agua helada. El nuevo la esperaba sonriendo mucho, con el gesto cohibido de meter los pulgares en los bolsillos de sus blanquísimos jeans. Emma se preguntó una vez más qué estaba haciendo exactamente con su vida.

Emma, Emma, Emma. ¿Cómo estás, Emma? ¿Qué estás haciendo, ahora, este segundo? Aquí en Bombay vamos seis horas adelantados, o sea, que con algo de suerte aún estarás en la cama, con resaca de domingo. En tal caso, ¡DESPIERTA, QUE SOY DEXTER*!*

Esta carta te llega de un hostal del centro de Bombay con colchones tremebundos y un montón de turistas australianos en las regaderas comunes. Según mi guía, tiene carácter, es decir, roedores, pero mi habitación también tiene una mesita de plástico de picnic junto a la ventana, y fuera llueve una barbaridad, aún más que en Edimburgo. Está LLOVIENDO A CÁNTAROS*, Em, tan fuerte que casi no oigo el casete que me grabaste, el cual, dicho sea de paso, me gusta mucho, menos toda la paliza indie, porque, después de todo, no soy una* CHICA*. También he estado intentando leer los libros que me diste en Pascua, pero tengo que reconocer que Howards End se me atraganta un poco. Parece que lleven doscientas páginas bebiéndose la misma taza de té. Me paso el rato esperando que alguien saque un cuchillo, o una invasión de*

extraterrestres, o lo que sea, pero no sale nada de eso, ¿verdad? Y digo… ¿cuándo dejarás de intentar culturizarme? Espero que nunca.

A propósito, por si no lo hubieras adivinado por mi Exquisita Prosa y todos estos GRITOS, escribo borracho. ¡Las cervezas de la comida! Ya te habrás dado cuenta de que no soy muy buen escritor de cartas, a diferencia de ti —qué graciosa, la última—, pero me limitaré a decir que la India es increíble. Al final ha resultado que no poder seguir enseñando Inglés como Lengua Extranjera es lo mejor que podía pasarme. (Aunque sigo creyendo que exageraron. ¿Moralmente inadecuado? ¿Yo? ¡Si Tove tenía veintiún años!). No te aburriré con la típica prosa de amanece en el Hindukush, salvo para decirte que todos los tópicos son ciertos —pobreza, trastornos estomacales, bla bla bla. Aparte de ser una civilización rica y antigua, te quedarías ALUCINADA de lo que se vende sin receta en las farmacias.

Vaya, que he visto cosas increíbles, y aunque no siempre sea divertido, es una Experiencia. También he hecho miles de fotos, que te enseñaré muuuuuy, muuuuy despacio cuando vuelva. Hazte la interesada, ¿de acuerdo? Piensa que también me hice el interesado cuando me metiste el rollo sobre las manifestaciones de la Poll Tax[1]*. Bueno, el caso es que el otro día le enseñé algunas de mis fotos a una productora de la tele que conocí en el tren —no es lo que te piensas: vieja, de unos treinta y cinco años—, y me dijo que podía ser profesional. Había venido a producir una especie de programa sobre jóvenes viajando, y me dio su tarjeta diciéndome que la llamase en agosto, cuando hayan vuelto, o sea, que igual investigo un poco, o hasta filmo.*

¿Tú de trabajo qué tal? ¿Alguna obra entre manos? En Londres me gustó muchísimo lo de Virginia Woolf y Emily no sé qué. Ya te dije que me parecía muy prometedor, y aunque suene falso, no lo es. Lo que me pareció un acierto es que ya no actúes; no porque no lo hagas bien, sino porque se nota que lo odias. Candy estuvo muy amable, mucho más de lo que dabas a entender. Dale recuerdos. ¿Vas a montar alguna otra obra? ¿Aún vives en el trastero? ¿El piso todavía huele a cebolla frita? ¿Tilly Killick aún deja esos brasieres grises tan enormes en remojo dentro del fregadero? ¿Tú sigues en Mucho Loco, o como se llame? Qué risa me dio tu última carta, Em… De todos modos, deberías dejarlo, que aunque dé para muchos chistes, espiritualmente es fatal. No puedes desperdiciar años de tu vida sólo por una anécdota graciosa.

Lo cual me lleva a la razón de que te escriba. ¿Estás preparada? Quizá sea mejor que te sientes…

—Bueno, Ian… ¡Bienvenido al cementerio de las ambiciones!

En cuanto empujó la puerta de empleados, Emma volcó el tarro que había en el

suelo, con los cigarrillos de la última noche flotando en cerveza. La visita guiada oficial les había llevado al húmedo cuartito de empleados, desde donde ya se veía Kentish Town Road plagada de estudiantes y turistas de camino a Camden Market para comprarse sombreros de copa enormes, forrados de piel, y camisetas con caras sonrientes.

—Esto se llama Loco Caliente por dos razones: porque no funciona el aire acondicionado, y porque hay que estar loco para comer aquí. O para trabajar, dicho sea de paso. Muy muy loco. Voy a enseñarte dónde puedes dejar las cosas. —Se abrieron camino hasta una alacena polvorosa, apartando a patadas el mantillo de periódicos de la semana anterior—. Éste es tu locker. La llave no cierra. No se te ocurra dejar de un día para otro el uniforme, que te lo sustraería alguien, a saber para qué. Si pierdes la gorra, enojo en dirección. Te hunden la cara en una tina de salsa barbacoa extra picante…

Ian soltó una risotada algo forzada. Emma suspiró y se giró hacia la mesa donde comían los empleados. Aún estaban los platos sucios de la noche anterior.

—Tenemos veinte minutos para comer. Se puede elegir lo que se quiera de la carta, menos los camarones gigantes, aunque, como suele decirse, no hay mal que por bien no venga. Si le tienes aprecio a la vida, los camarones ni tocarlos. Es como la ruleta rusa. Uno de cada seis mata.

Empezó a quitar la mesa.

—Déjame a mí… —dijo Ian, recogiendo con las puntas de los dedos una bandeja embadurnada de carne.

Aún le da asco, como a todos los nuevos, pensó Emma al mirarlo. Debajo de los rizos sueltos color paja había una cara ancha y agradable, con mejillas tersas y rosadas y una boca que en reposo se quedaba abierta. No era exactamente guapo, pero bueno…, robusto. Por alguna razón, no del todo benévola, su cara le hizo pensar en tractores.

De repente él la miró, y Emma soltó a bocajarro:

—¿Y qué, Ian, qué te trae por México?

—Bueno, mira… De alguna manera hay que pagar el alquiler.

—¿Y no tienes otra opción? No sé… Algún trabajo temporal, o vivir con tus padres…

—Tengo que estar en Londres, necesito un horario flexible…

—¿Por qué, cuál es tu barra?

—¿Mi qué?

—Tu barra. Aquí todos los empleados tienen alguna barra. Mesero barra artista, mesero barra actor… Paddy, el del bar, dice que es modelo, aunque yo no lo veo muy claro, la verdad.

—Pueeees —dijo Ian con lo que a Emma le pareció acento del norte—. ¡Supongo que tendría que decir comediante!

Se puso una palma a cada lado de la cara, sonriendo mucho, y las movió como un

actor de revista.

—Ya. Bueno, siempre está bien reírse un poco. ¿En plan monólogos, o qué?

—Sí, más que nada monólogos. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Tu barra. ¿Qué más haces?

A Emma se le pasó por la cabeza decir «dramaturga», pero después de tres meses conservaba en carne viva la humillación de hacer de Emily Dickinson para una sala vacía. Habría sido igual de verídico «astronauta» que «dramaturga».

—Ah, yo hago esto. —Le peló el caparazón de queso duro a un burrito pasado—. Es a lo que me dedico.

—¿Y te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! No soy de piedra. —Limpió la catsup del día anterior en una servilleta usada, y fue a la puerta—. Acompáñame para enseñarte el baño. Ármate de valor…

Desde el momento de empezar la carta, me he acabado (¿«acavado»?) dos cervezas más, o sea, que ya estoy preparado para decirlo. Ahí va. Em, hace cinco o seis años que nos conocemos, aunque de «amigos», que digamos, sólo dos, lo cual tampoco es tanto, pero creo conocerte un poco, y saber tu problema. Piensa que tengo un humilde «bien» en Antropología; vaya, que sé de qué hablo. Si no te interesa mi teoría, no sigas leyendo.

Bueno, allá va. Creo que te da miedo ser feliz, Emma. Creo que crees que lo más natural es que tu vida sea triste, gris y sosa, y odiar tu trabajo, odiar donde vives, no tener éxito, o dinero, o novio. (¡Lagarto, lagarto! Una pequeña discursión: todo ese rollo de menospreciarte por poco atractiva ya empieza a aburrir, te lo aseguro). Yendo aún más lejos, te diré que me parece que en el fondo disfrutas de estar decepcionada y no desarrollar tu potencial, porque es más fácil, ¿no? El fracaso y la infelicidad son más fáciles porque puedes hacer bromas. ¿Te molesta leerlo? Seguramente sí. Pues no he hecho más que empezar.

Em, me da mucha rabia imaginarte en ese departamento tan horrible, lleno de olores y de ruidos raros, con los focos pelones colgados del techo, o esperando en la lavandería automática, que, a propósito, hoy en día ya no tiene sentido que vayas a la lavandería; no tienen nada de enrollado, ni de político; son deprimentes, y punto. No sé, Em; eres joven, prácticamente un genio, pero tu idea de pasarla bien es darte el lujo de ir a la lavandería. Pues yo creo que te mereces algo más. Eres ingeniosa, divertida y buena —para mí, demasiado—, y de lejos la persona más inteligente que conozco. Otra cosa —me estoy bebiendo una cerveza más, respiro hondo—: también eres una Mujer Muy Atractiva. Sí —más cerveza—, eso incluye sexy, aunque me maree un poco escribirlo. Pues no pienso tacharlo porque sea políticamente

incorrecto llamar sexy a alguien, porque también es VERDAD. Estás impresionante, vieja bruja, y si sólo te pudiera hacer un regalo para el resto de tu vida, sería esto: confianza. Sería el regalo de la Confianza. O eso, o una vela aromatizada.

Por tus cartas, y por haberte visto después de la obra, sé que ahora mismo no tienes muy claro qué hacer con tu vida, que estás un poco falta de rumbo, de norte y de objetivo, pero no pasa nada, tranquila, es lo lógico a los veinticuatro. De hecho es como somos toda nuestra generación. Leí un artículo sobre esto, y es porque no hemos vivido ninguna guerra, o hemos visto demasiado la tele, o algo por el estilo; de todos modos, los únicos con rumbo, norte y objetivo son de un soso horrible, unos cuadrados y unos trepadores, como la Tilly Killick de mierda, o Callum O'Neill y sus computadoras recicladas. Yo, para empezar, no tengo grandes planes; ya sé que te crees que lo tengo todo muy claro, pero qué va, también me preocupo, lo que pasa es que no me preocupo por el desempleo, los departamentos de protección oficial, el futuro del partido laborista, dónde estaré dentro de veinte años ni si el señor Mandela se adapta bien o mal a la libertad.

Bueno, a respirar otra vez antes del próximo párrafo, que esto no ha hecho más que empezar. El clímax de esta carta es de los que te cambian la vida. No sé yo si estarás preparada.

Ian Whitehead aprovechó un resquicio entre el baño de empleados y la cocina para soltar su monólogo.

—¿Sabes cuando estás en el súper, en la cola de no más de diez artículos, y tienes delante una vieja que lleva once artículos? Y te pones a contarlos, y te enfadas, te enfaaadas…

—Ay, virgencita de Guadalupe —murmuró entre dientes Emma, antes de abrir de una patada la puerta basculante de la cocina, donde les picaron los ojos al recibir una bofetada de aire sofocante con olor a jalapeños y lejía caliente.

Con *acid house* a tope en un radiocasete destartalado, un somalí, un argelino y un brasileño abrían botes de plástico blanco con comida precocinada.

—Buenos días, Benoit, Kemal. Qué tal, Jesús —dijo Emma con simpatía.

Ellos sonrieron y la saludaron con la misma simpatía. Emma e Ian se acercaron a un tablón de anuncios, donde ella señaló un letrero plastificado con instrucciones por si a alguien se le atragantaba la comida.

—Que no me extrañaría.

Al lado había un documento grande, clavado con chinchetas: un mapa de pergamino de la frontera Texas-México, con los bordes irregulares. Emma le dio unos golpecitos con el dedo.

—¿Ves esto que parece un mapa del tesoro? Pues no te emociones, que sólo es la

carta. Aquí no hay oro, cuate; sólo cuarenta y ocho platos que cubren todas las combinaciones de los cinco grupos clave de la cocina tex-mex: ternera molida, frijoles, queso, pollo y guacamole. —Movió el dedo por el mapa—. Así que tenemos, de este a oeste, pollo con frijoles y queso encima, queso sobre pollo debajo de guacamole, guacamole sobre ternera sobre pollo debajo de queso…

—Ya lo entiendo.

—… De vez en cuando, para darle chispa, le echamos un poco de arroz o una cebolla cruda, pero lo emocionante de verdad es dónde lo metes. Todo depende de si es trigo o maíz.

—Trigo o maíz. Bien.

—Los tacos son de maíz, y los burritos, de trigo. Básicamente, si se parte y te quemas la mano, es un taco, y si se queda fofo y te llenas el brazo de mantequilla roja, un burrito. Mira… —Sacó una masa blanda de un paquete de cincuenta, y la sostuvo como un trapo mojado—. Esto es un burrito. Si lo rellenas, lo fríes y le deshaces queso encima, es una enchilada. Una tortilla rellena es un taco, y un burrito que te rellenas tú mismo, una fajita.

—¿Y una tostada qué es, entonces?

—Cada cosa a su tiempo. No nos precipitemos. Las fajitas se sirven en aquellas fuentes de hierro al rojo vivo. —Levantó a pulso una sartén de hierro con relieve, llena de grasa, que parecía salida de una herrería—. Ojo con esto, te sorprendería la cantidad de veces que hemos tenido que despegar a un cliente de uno de éstos, y luego no te dan propina. —Ian se había quedado mirándola, con sonrisa de tonto. Emma le hizo fijarse en la cubeta que tenían a sus pies—. Esto blanco de aquí es crema agria, pero que no es agria, sólo crema; creo que es una especie de grasa hidrogenada. Es lo que queda del proceso de hacer gasolina. Va bien si se te despega el tacón del zapato, pero aparte de eso…

—Tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Qué haces al salir de trabajar?

Benoit, Jesus y Kemal interrumpieron su trabajo al mismo tiempo. Emma recompuso su cara y se rio.

—Tú no pierdes el tiempo, ¿eh, Ian?

Ian, que se había quitado la gorra, la giró entre las manos, como un pretendiente de teatro.

—No es que quiera salir contigo ni nada de eso, ¿eh? ¡Si seguramente ya tienes novio! —Un paréntesis, esperando la respuesta, pero la cara de Emma no se movió —. Sólo he pensado que podía interesarte mi… —Voz nasal— estilo único de humor, pero nada más. Es que esta noche tengo una… —Comillas con los dedos— «presentación» en la Chirigota del Frog and Parrot de Cockfosters.

—¿La Chirigota?

—Sí, en Cockfosters. Es la Zona 3, que ya sé que un domingo por la noche es

como Marte, pero aunque yo sea una mierda, hay otros comediantes de primera, en serio. Ronny Butcher, Steve Sheldon, los Gemelos Kamikaze…

Oyéndolo hablar, Emma se dio cuenta de cuál era su acento de verdad: un ligero y agradable redoble en las erres, del suroeste, que la ciudad no había borrado aún del todo. Volvió a pensar en tractores.

—Esta noche estreno un número sobre la diferencia entre hombres y mujeres…

Estaba clarísimo. Le estaba pidiendo que salieran. Haría bien en ir. A fin de cuentas, tampoco se lo proponían muy a menudo, y ¿qué era lo peor que podía pasar?

—Y no te creas, que no se come mal. Lo típico: hamburguesas, rollitos primavera, papas en espirales…

—Suena genial, Ian, incluidas las papas en espirales, pero es que esta noche no puedo. Lo siento.

—¿De verdad?

—Misa de siete.

—No, en serio.

—Te agradezco la propuesta, pero salgo del turno destrozada. Lo que me gusta es ir directamente a casa, consolarme comiendo y llorar; vaya que lo siento, pero no podré.

—¿Y otro día? El viernes actúo en La Pera del Cheshire Cat de Balham…

Sobre el hombro de Ian, Emma veía muy atentos a los cocineros. Benoit se reía, tapándose la boca con la mano.

—Otro día puede que sí —dijo, amable pero terminante, antes de intentar cambiar de tema—. Bueno, este… —Dio puntapiés a otra cubeta—. Esta cosa de aquí es salsa. Procura que no te toque la piel. Quema.

La cuestión, Em, es que hace un rato, corriendo hacia el hostal bajo la lluvia —aquí la lluvia está caliente, a veces mucho, no como la de Londres—, estaba bastante borracho, ya te digo, y me ha dado por pensar en ti, en qué lástima que no esté Em para verlo, y vivirlo, y he tenido una revelación. Es la siguiente.

Deberías estar conmigo. Aquí, en la India.

He aquí mi gran idea, que puede que sea una locura, pero voy a echarlo al correo antes de arrepentirme. Sigue estas sencillas instrucciones:

1. Deja ahora mismo esa porquería de trabajo. Que se busquen a otro para derretir queso sobre nachos a 2.20 la hora. Métete una botella de tequila en la bolsa y cruza la puerta. Imagínate lo que sentirías, Em. Sal ahora mismo. Hazlo y ya está.

2. Creo que también deberías irte del departamento. Es un timo lo que te cobra Tilly por un cuarto sin ventana. No es que lo llame trastero, es que es un trastero. Deberías irte, y esos brasieres grises tan enormes que se los

aguante otro. Yo, cuando vuelva a lo que llaman el mundo real, me compraré un departamento, porque soy así, un monstruo capitalista hinchado a privilegios, y tú siempre serás bienvenida; para una temporada, o si quieres permanentemente, porque yo creo que nos llevaríamos bien. ¿Tú no? Como COMPAÑEROS DE PISO*, ya sabes. Eso a condición de que puedas vencer tu atracción sexual hacia mí, ja, ja. Si la cosa se pone muy mal, te encerraré con llave cada noche. Pero bueno, vamos al meollo…*

3. En cuanto leas esto, ve a la agencia de viajes para estudiantes de Tottenham Court Road y reserva un vuelo a Delhi con la VUELTA ABIERTA *para llegar lo más cerca posible del 1 de agosto, dentro de dos semanas, que, por si no te acuerdas, es mi cumpleaños. La noche antes, toma un tren a Agra y duerme en un motel barato. Por la mañana, levántate temprano y ve al Taj Mahal. Quizá te suene: un edificio grande y blanco, bautizado así en honor de aquel restaurante hindú de Lothian Road. Date una vuelta, y a las doce en punto del mediodía, ponte justo debajo del centro de la cúpula, con una rosa roja en una mano y una edición de Nicholas Nickleby en la otra. Iré a buscarte, Em. Yo llevaré una rosa blanca, y mi edición de Howards End, y cuando te vea te la tiraré a la cabeza.*

¿Verdad que es el mejor plan que has oído en tu vida?

Ah, típico de Dexter, dices. ¿No se le olvida algo? ¡El dinero! Los billetes de avión no crecen en los árboles. ¿Y la seguridad social, la ética laboral, etcétera, etcétera? Pues no te preocupes, que pago yo. Sí, pago yo. Te mandaré el dinero del boleto por giro telegráfico —siempre he querido hacer un giro telegráfico—, y a partir de tu llegada te lo pagaré todo; podrá sonarte ostentoso, pero no lo es, porque aquí está todo BARATÍSIMO*. Podemos vivir meses, Em, los dos, bajando hasta Kerala, o yendo hasta Tailandia. Podríamos ir a una fiesta de la luna llena. Imagínate: pasar la noche en vela, pero no porque te preocupe el futuro, sino por* DIVERSIÓN*. (¿Te acuerdas de la noche en vela que pasamos después de licenciarnos, Em? En fin, sigamos).*

Por trescientas libras de dinero ajeno puedes cambiar tu vida, y sin necesidad de preocuparte, porque la verdad es que yo tengo un dinero que no me he ganado, mientras que tú trabajas mucho y no tienes dinero, o sea, que es socialismo en acción, ¿no? Y si te emperras, ya me lo devolverás cuando te hayas hecho famosa con tus obras de teatro, o cuando te empiece a llegar el dinero de la poesía, o lo que sea. Además, sólo son tres meses. Yo en otoño tengo que haber vuelto. Ya sabes que mi madre ha tenido problemas de salud. Según ella, la operación ha ido bien. Puede que sea verdad, o que sólo lo diga para no preocuparme. En todo caso, acabaré teniendo que volver. (A propósito, mi madre tiene una teoría sobre tú y yo, que te contaré si vienes al Taj Mahal; si no vienes, no).

Aquí delante, en la pared, hay una cosa enorme, una especie de mantis religiosa, que me mira como diciendo que me calle, o sea, que me callo. Ya no llueve. Estoy a punto de irme a un bar y tomarme unas copas con unas nuevas amistades que he hecho, tres alumnas de medicina de Ámsterdam, que es todo lo que tienes que saber; pero de camino buscaré un buzón, y te mandaré esto antes de arrepentirme. No porque me parezca mala idea que vengas —al contrario, es una idea buenísima; tienes que venir—, sino porque creo que he dicho demasiado. Perdona si te he hecho enfadar. Lo principal es que pienso mucho en ti. Así de sencillo. Dex y Em, Em y Dex. Seré un sentimental, pero no hay nadie en el mundo a quien tenga más ganas de ver con disentería.

Taj Mahal, 1 de agosto, doce del mediodía.
¡Te encontraré!
Besos
D.

… Luego se desperezó, se rascó el cuero cabelludo, se acabó la cerveza, tomó la carta, cuadró las hojas y se puso el fajo delante con solemnidad. Se sacudió la mano, entumecida; once páginas escritas a gran velocidad, lo más largo que había escrito desde los exámenes finales. Al levantar los brazos sobre la cabeza, satisfecho, pensó: esto no es una carta, es un regalo.

Volvió a meter los pies en las sandalias. Después se levantó, tambaleándose, y se armó de valor para la regadera común. Estaba muy moreno, su gran proyecto de los últimos dos años, con un color profundamente incrustado en la piel, como la creosota de las vallas de madera. Un barbero callejero le había rapado casi al cero la cabeza. También había perdido algo de peso, pero en su fuero interno le gustaba el nuevo look: de una enjutez heroica, como recién rescatado de la selva. Para redondear su nueva imagen se había hecho un prudente tatuaje en el tobillo, un yin y yang poco comprometedor del que probablemente se arrepentiría en Londres, pero no pasaba nada; en Londres llevaría calcetines.

Más sobrio, a causa del regaderazo frío, regresó a la diminuta habitación y hurgó en las profundidades de su mochila en busca de algo que ponerse para las estudiantes de medicina. Olfateó cada prenda hasta haber formado una montaña húmeda y maloliente sobre la gastada alfombra de rafia. Se decidió por lo menos hediondo, una camisa de manga corta americana de estilo *vintage*. Después se puso unos jeans, cortados por los tobillos, sin ropa interior, para sentirse más audaz y temerario. Un aventurero, un pionero.

Entonces vio la carta. Seis hojas azules a doble cara, con letra pequeña. Se quedó mirándola como si se la hubiera dejado un intruso, y con su nueva sobriedad llegó la primera punzada de duda. La tomó con cuidado, miró una página al azar y apartó inmediatamente la mirada, frunciendo mucho los labios. Tantas mayúsculas, signos

de exclamación y chistes malos… La llamaba «sexy», y usaba una palabra inexistente: «discursión». Si a algo sonaba, era a alumno de bachillerato lector de poesía, no a pionero, a aventurero con la cabeza rapada, un tatuaje y sin calzoncillos debajo de los vaqueros. «Te encontraré, pienso mucho en ti, Dex y Em, Em y Dex…». ¿A quién se le ocurría? Lo que una hora antes parecía urgente y conmovedor ahora parecía sensiblero, torpe y a veces francamente engañoso; ni había una mantis religiosa en la pared, ni había escrito escuchando la recopilación en casete y el reproductor lo había perdido en Goa. Estaba claro que la carta lo cambiaría todo. ¿No estaban bien las cosas como estaban? ¿Tantas ganas tenía de que Emma viniera a la India, a reírse del tatuaje y hacer comentarios mordaces? ¿Y el aeropuerto? ¿Tendría que darle un beso? ¿Dormirían en la misma cama? ¿Realmente tenía tantas ganas de verla?

Sí, llegó a la conclusión de que sí, porque a pesar de la palmaria estupidez de lo que había escrito, contenía un cariño sincero, algo más que cariño. Decididamente, lo echaría esa noche al buzón. Si ella montaba un drama, siempre podía decirle que estaba borracho. Al menos en eso no mentía.

Sin más titubeos, metió la carta en un sobre de correo aéreo y lo guardó en su edición de *Howards End*, tras la dedicatoria escrita a mano por Emma. Luego se fue al bar, para reunirse con sus nuevas amigas holandesas.

Poco después de las nueve de esa noche, Dexter salió del bar con Renee van Houten, una estudiante de Farmacia de Rotterdam con *henna* descolorida en las manos, un bote de temazepam en el bolsillo y un tatuaje mal hecho del Pájaro Loco en la base de la espalda. Al dar tumbos por la puerta, Dexter vio que el pájaro lo miraba libidinosamente.

Con las ganas de irse, Dexter y su nueva amiga chocaron sin querer con Heidi Schindler, veintitrés años, de Colonia, estudiante de Química. Heidi le dijo una palabrota a Dexter, pero en alemán, y lo bastante bajo como para no ser oída. Después de abrirse paso entre el gentío del bar, se bajó de los hombros su inmensa mochila y echó un vistazo, en busca de algún sitio donde dejarse caer. Las facciones de Heidi eran rojas y redondas, como una serie de círculos superpuestos, efecto exagerado por sus lentes redondos, que con el calor y la humedad del bar se habían empañado. Irritable, hinchada de Diocalm, enfadada con los amigos que siempre la dejaban sola, se derrumbó de espaldas en un decrépito sofá de ratán y contempló en toda su magnitud su triste situación. Se quitó los lentes empañados, los limpió con el borde de la camiseta, y al acomodarse en el sofá notó algo duro en la cadera. Dijo otra palabrota en voz baja.

Entre los cojines de espuma medio rotos había una edición de *Howards End* con una carta metida entre las primeras páginas. Aunque estuviera dirigida a otra persona, el borde rojo y blanco del sobre de correo aéreo la llenó enseguida de emoción. Sacó

la carta, la leyó hasta el final, y después la releyó.

El inglés de Heidi no era especialmente bueno. Había palabras que desconocía —por ejemplo, «discursión»—, pero entendió bastante para darse cuenta de que era una carta de cierta importancia, de las que le gustaría recibir algún día. Sin ser del todo una carta de amor, no estaba lejos. Se imaginó a la tal «Em» leyéndola y releyéndola, exasperada, pero también un poco complacida. Se imaginó su reacción: dejar su horrible departamento y su asco de trabajo, y cambiar de vida. Heidi se imaginó a Emma Morley, no muy distinta a ella, esperando en el Taj Mahal, mientras se le acercaba un rubio guapo. El beso imaginado la empezó a animar. Decidió que Emma Morley debía recibir la carta a toda costa.

Sin embargo, no había dirección en el sobre, ni remitente del tal «Dexter». Buscó pistas en la carta, como por ejemplo el nombre del restaurante donde trabajaba Emma, pero no contenía nada de provecho. Resolvió preguntar en la recepción del hostal de la acera de enfrente. Más, a fin de cuentas, no podía hacer.

Ahora Heidi Schindler es Heidi Klauss. A sus cuarenta y un años, vive en los alrededores de Frankfurt con su marido y sus cuatro hijos, y es razonablemente feliz; más, en todo caso, de lo que esperaba ser a los veintitrés. La edición de bolsillo de *Howards End* sigue en el librero del cuarto de invitados, olvidada y sin leer, con la carta pulcramente metida detrás de la portada, junto a una dedicatoria en letra pequeña y cuidada que reza así:

Para mi querido Dexter. Una gran novela para tu gran viaje. Que viajes bien, y vuelvas sano y salvo, sin tatuajes. Sé bueno, o todo lo bueno que puedas. Te echaré de menos, qué caray.

Con todo el cariño de tu buena amiga Emma Morley, Clapton, Londres, abril de 1990.

Capítulo 4

Oportunidades

LUNES 15 DE JULIO DE 1991

Camden Town y Primrose Hill

—¡ATENCIÓN, POR FAVOR! ¿Pueden estar atentos? Atento todo el mundo. Paren de hablar, parad de hablar, paren de hablar. ¿Por favor? ¿Por favor? Gracias. Bueno, sólo quería repasar la carta de hoy, si puede ser. Primero los platos del día. Tenemos sopa de elote y chimichanga de pavo.

—¿Pavo? ¿En julio? —dijo en la barra Ian Whitehead, cortando gajos de limón para meterlos en los cuellos de las botellas de cerveza.

—Hoy es lunes —siguió Scott—. Debería ser un día tranquilo, o sea, que no quiero ni una mancha. Miré los turnos y te toca a ti el baño, Ian.

Los demás empleados se burlaron.

—¿Por qué siempre a mí? —se quejó Ian.

—Porque lo haces de maravilla —dijo su mejor amiga, Emma Morley.

Ian aprovechó la ocasión para pasarle un brazo por detrás de los hombros encorvados, y mover en broma el cuchillo como si la apuñalase.

—Emma, ¿podrías venir a verme a mi despacho cuando hayan acabado? —dijo Scott.

Los demás empleados soltaron risitas insinuantes, mientras Emma se zafaba de Ian, y Rashid, el mesero, encendía el casete aceitoso de detrás de la barra: *La cucaracha*, un chiste que ya no tenía gracia, repetido hasta el infinito.

—Bueno, vamos al grano. Siéntate.

Scott encendió un cigarrillo. Al otro lado de la mesa, amplia y desordenada, Emma se encaramó al taburete. Una pared de cajas de vodka, tequila y cigarrillos —lo que se consideraba más «atractivo» del almacén— no dejaba penetrar el sol de julio en un cuartito oscuro que olía a ceniceros y desilusión.

Scott puso los pies sobre la mesa.

—La cuestión es que me voy.

—¿Te vas?

—Los de la central me han pedido que me ponga al frente del nuevo Ave César de Ealing.

—¿Qué es el Ave César?

—Una nueva cadena muy grande de italianos contemporáneos.

—¿Y se llama Ave César?

—Exacto.

—¿Y por qué no Mussolini?

—Van a hacer con lo italiano lo mismo que han hecho con lo mexicano.

—¿Qué, joderlo?

Scott puso cara de ofendido.

—No me agobies, ¿de acuerdo, Emma?

—Lo siento, Scott. En serio. Felicidades. Muy bien, de verdad…

Se calló de golpe, al comprender lo que se avecinaba.

—La cuestión… —Scott entrelazó los dedos y se inclinó sobre la mesa, como si se lo hubiera visto hacer a algún empresario por la tele, y sintió una inyección de poder un poco afrodisiaca—. Me han pedido que nombre yo mismo al encargado que me sustituirá. Por eso quería hablar contigo. Busco a alguien que no se marche; alguien de confianza, que no se escape a la India sin avisar como Dios manda, ni lo deje todo por algún trabajo más interesante. Alguien con quien pueda contar para quedarse un par de años, y dedicarse a fondo a… Emma, ¿estás…? ¿Estás llorando?

Emma se protegió los ojos con las manos.

—Perdona, Scott; es que me agarraste en mal momento, pero no pasa nada.

Scott frunció el ceño, estancado entre la compasión y la irritación.

—Toma. —Sacó un rollo de papel de cocina, azul y basto, de una caja del *catering*—. Tranquilízate. —Lo lanzó por la mesa, haciéndolo rebotar en el pecho de Emma—. ¿Es por algo que haya dicho?

—No, no, no, es por algo personal, privado. Me da de vez en cuando. Qué vergüenza… —Emma se apretó en los ojos dos montoncitos de papel azul rasposo—. Perdona, perdona, perdona… ¿Decías?

—Es que con esto de que llores perdí el hilo.

—Creo que me estabas diciendo que no voy a ninguna parte.

Emma se echó a reír y llorar al mismo tiempo. Agarró otro trozo de papel de cocina y se lo puso en la boca.

Scott esperó a que ya no le temblaran los hombros.

—Bueno, ¿te interesa o no el trabajo?

—¿Quieres decir… —Emma puso una mano en un bote de veinte litros de salsa Mil Islas— que algún día todo esto puede ser mío?

—Emma, si no quieres el puesto, lo dices y ya está, aunque yo llevo cuatro años…

—Y lo has hecho muy bien, Scott…

—No está mal pagado, nunca más tendrías que limpiar los baños…

—Y te agradezco la oferta.

—Pues entonces ¿a qué viene el llanto?

—Es que llevo unos días un poco… deprimida, pero no pasa nada.

—Deprimida.

Scott frunció el ceño, como si nunca hubiera oído la palabra.

—Sí, ya me entiendes: un poco triste.

—Ah, de acuerdo. —Se le ocurrió rodearle paternalmente los hombros, pero como habría implicado subirse a un bote de mayonesa de cuarenta y cinco litros, prefirió inclinarse más sobre la mesa—. ¿Es por algo… de chicos?

Emma se rio una sola vez.

—Más bien no. Tranquilo, Scott; me agarraste con las defensas bajas, pero no pasa nada. —Sacudió vigorosamente la cabeza—. ¿Lo ves? Ya se me pasó. Estoy como unas castañuelas. No le des más vueltas.

—Bueno, pues ¿qué te parece? Lo de ser encargada, digo.

—¿Lo puedo pensar, y te digo algo mañana?

Scott asintió, con una sonrisa benévola.

—¡Bien! Descansa un poco. —Tendió un brazo hacia la puerta, y añadió con infinita compasión—: Agarra unos nachos.

En el cuarto de empleados vacío, Emma fulminó con la mirada el humeante plato de queso y tiras de maíz, como si fuera un enemigo al que derrotar.

De repente se levantó, fue a la locker de Ian y hundió la mano en los pliegues apretados de mezclilla hasta encontrar cigarrillos. Tomó uno, lo encendió, se levantó los lentes e inspeccionó sus ojos en el espejo roto, chupándose el dedo para limpiar las manchas delatoras. Llevaba el pelo largo, sin estilo, de un color que ella llamaba «cafesoso». Sacó un pelo de la liga que lo sujetaba y lo recorrió con el índice y el pulgar, sabiendo que dejaría gris el champú cuando se lo lavase. Pelo de ciudad. Estaba pálida, por exceso de turnos de noche, y gorda; ya llevaba algunos meses poniéndose las faldas por la cabeza. Les echaba la culpa a los frijoles refritos, pasados una y otra vez por la sartén. Gorda —pensó—. Gorda asquerosa: una de las consignas que le pasaba últimamente por la cabeza, junto a «un tercio menos de tu vida», y «¿qué sentido tiene todo?».

A Emma, rondar los veinticinco le había aportado una segunda adolescencia, todavía más ensimismada y trágica que la primera.

—¿Por qué no vuelves a casa, cielo? —le había dicho su madre por teléfono la noche anterior, con su voz temblorosa de cuando estaba preocupada, como si a su hija la tuvieran secuestrada—. Aún tienes tu habitación, y en los Almacenes Debenham’s buscan gente.

Por primera vez le había tentado la idea.

En otros tiempos se había visto capaz de conquistar Londres. Se había imaginado un torbellino de salones literarios, compromiso político, fiestas informales y agridulces noviazgos a la orilla del Támesis. Pensaba formar un grupo de música,

rodar cortos y escribir novelas, pero dos años no habían engordado su flaco libro de poemas, y en el fondo no le había pasado nada bueno desde los porrazos de las manifestaciones de la Poll Tax.

La había derrotado la ciudad, como le habían anunciado. Nadie se había fijado en su llegada, ni se fijarían si se iba, como en una fiesta a reventar de gente.

Y no por no esforzarse. La idea de entrar en una editorial había asomado por sí sola la cabeza. Su amiga Stephanie Shaw había encontrado trabajo al licenciarse, y parecía otra. Que ya no contasen con ella para los tarros de cerveza con jarabe de casis. Ahora bebía vino blanco, llevaba unos trajes preciosos de Jigsaw, y ponía papas fritas de la marca Kettle en las fiestas. Por consejo de Stephanie, Emma había mandado cartas a varias editoriales y agencias, y luego a librerías, pero nada. Era época de recesión, y la gente se aferraba con adusta determinación a sus empleos. Pensó en refugiarse en los estudios, pero el gobierno ya no daba becas, y pagando ella salía demasiado caro. Otra opción era el voluntariado, por ejemplo en Amnistía Internacional, pero el alquiler y los desplazamientos consumían todo su dinero, y Loco Caliente, todo su tiempo y energía. Le rondaba una idea fantasiosa, leerles libros a los ciegos, pero ¿era un trabajo de verdad, o sólo lo había visto en alguna película? Ya lo averiguaría cuando tuviera fuerzas.

El queso industrial se había solidificado como plástico. En un ataque de repugnancia, Emma lo apartó y metió la mano en la bolsa para sacar su nueva libreta, cara, de cuero negro, con una pluma corta prendida a la tapa con un clip. Abrió una página en blanco de papel color crema y empezó a escribir rápidamente.

NACHOS

Fueron los nachos.
Masa humeante de colores, deshecha, como su vida, evocando todos los defectos
de
su
vida.
«A cambiar tocan», dice la voz de la calle.
Fuera, en Kentish Town Road, se oyen risas,
Pero aquí, entre el humo del cuarto del desván,
sólo hay
nachos.
Como la vida, el queso se ha
endurecido y
enfriado
como plástico,
y arriba, en el cuarto, no se ríe nadie.

Dejó de escribir y, apartando la mirada, se quedó observando el techo, como si estuviera dando tiempo de esconderse a alguien. Después volvió a mirar la página, con la esperanza de que la sorprendiera la calidad de lo escrito.

Se estremeció, con un largo gemido. Luego, entre risas, sacudió la cabeza a la vez que tachaba meticulosamente los renglones, rayándolo todo hasta que no quedase ni una sola palabra. En poco tiempo, la tinta traspasó el papel. Retrocedió una página y echó un vistazo al texto manchado por las filtraciones.

EDIMBURGO, 4 DE LA MAÑANA

Acostados en la cama individual, hablamos del
futuro, hacemos conjeturas,
y mientras habla le miro y pienso
«apuesto», qué palabra más tonta, y pienso
«¿será esto? ¿Lo inefable?».
Fuera cantan mirlos, y el
sol calienta las cortinas…

Otro estremecimiento, como si hubiera mirado debajo de una venda. Cerró la libreta de golpe. «Lo inefable». Madre mía… Había llegado a un punto de inflexión. Ya no creía que se pudiera mejorar una situación dedicándole un poema.

Después de guardarse la libreta, tomó el *Sunday Mirror* del día anterior y empezó a comerse los nachos, los inefables nachos, sorprendiéndose una vez más de lo reconfortante que podía ser la comida basura.

Apareció Ian en la puerta.

—Ha vuelto el tipo ese.

—¿Qué tipo?

—Tu amigo, el guapo. Está con una chica.

Emma supo inmediatamente a quién se refería.

Pegando la nariz al grasiento cristal de la ventana redonda de la cocina, los vio insolentemente arrellanados en el reservado del medio, tomando bebidas de colores y riéndose de la carta. Ella era larga, delgada, de tez clara, con sombra de ojos negra y un pelo negrísimo, que llevaba corto y caramente asimétrico. Mallas negras finas en sus largas piernas, y botas largas. Los dos, algo borrachos, tenían la actitud de desenfreno y dejadez conscientes de la gente que sabe que la observan: una actitud de video pop. Emma pensó en el gusto que le daría irrumpir en la sala y empezar a zurrarles con burritos del día, bien enrollados.

Dos manos grandes le cubrieron los hombros.

—¡Fiiiiuu! —Silbó Ian, apoyando la barbilla en su cabeza—. ¿Quién es la chica?

—Ni idea. —Emma frotó la marca que había dejado su nariz en el cristal—. Ya me perdí.

—Pues entonces es nueva.

—Dexter tiene muy poca capacidad de atención. Como los bebés. O como los monos. Tienes que ponerle algo brillante en las narices.

Supongo que es lo que es la chica, pensó: algo brillante.

—¿Tú crees que es verdad lo que dicen, que a las mujeres les gustan los cabrones?

—Dexter no es un cabrón. Es un idiota.

—Pues los idiotas.

Dexter se había metido la sombrilla del coctel por detrás de la oreja, genialidad que tenía embelesada de risa a la joven.

—Al menos lo parece —dijo Emma.

Le extrañaba esa necesidad de restregarle en la cara su nuevo cosmopolitismo. Nada más ver a Dexter en el aeropuerto, de vuelta de Tailandia, flexible, moreno y con la cabeza rapada, Emma se había dado cuenta de que entre los dos no había ninguna posibilidad de relación. A él le habían pasado demasiadas cosas, y a ella demasiado pocas. Aun así, debía de ser la tercera novia, amante o lo que fuera que veía en los últimos nueve meses. Dexter se las traía como un perro con una paloma en la boca. ¿Sería una especie de venganza morbosa? ¿Por haberse licenciado con peor nota que ella? ¿No se daba cuenta de cómo se sentía al verlos en la mesa nueve, sobándose las entrepiernas?

—¿No puedes ir tú, Ian? Es tu zona.

—Preguntó por ti.

Suspiró y se limpió las manos en el delantal. Después se quitó la gorra de béisbol para reducir la vergüenza al mínimo y empujó la puerta basculante.

—¿Qué pasa, que quieres que te cante los platos del día?

Dexter se levantó rápidamente, desenredándose de las largas piernas de la chica, y le echó los brazos al cuello a su amiga de siempre, de toda la vida.

—¡Pero bueno, Em! ¡Qué tal! ¡Dame un buen abrazo!

Desde que trabajaba en el mundo de la tele, tenía la manía de los abrazos, o mejor dicho, de los «buenos abrazos». Se le había contagiado por vivir rodeado de presentadores, y cada vez le hablaba menos como a un amigo de toda la vida y más como a nuestro siguiente invitado, alguien muy especial.

—Emma… —Puso una mano en el hombro desnudo y huesudo de la chica, formando una cadena—. Te presento a Naomi, que se pronuncia Nomi.

—Hola, Nomi —dijo Emma, sonriendo.

Naomi correspondió a su sonrisa, sin soltar el popote de entre sus blancos dientes.

—¡Oye, tómate una margarita con nosotros!

Dexter estiró la mano de Emma, ebrio y sentimental.

—No puedo, Dex; estoy trabajando.

—¡Vamos, sólo cinco minutos! Quiero invitarte una poca. ¡Una copa! Quería decir una copa.

Se acercó Ian, con la libreta a punto.

—¿Les traigo algo de comer, chicos? —preguntó cordialmente.

La chica arrugó la nariz.

—¡Me parece que no!

—A Ian ya lo conoces, ¿no, Dexter? —dijo rápidamente Emma.

—La verdad es que no —dijo Dexter.

—Sí, nos hemos visto varias veces —dijo Ian.

Se quedaron callados un momento, empleados y clientes.

—Oye, Ian, ¿nos puedes traer dos…, no, tres margaritas de los de Recuerda el Álamo? ¿Dos o tres? ¿Te apuntas, Em?

—Ya te lo dije, Dexter. Estoy trabajando.

—De acuerdo, pues entonces, ¿sabes qué? Que no nos traigas nada. Sólo la cuenta, por favor, mmm… —Ian se fue. Dexter le hizo señas a Emma de que se acercara, y le dijo en voz baja—: Oye, ¿hay alguna manera de que…? Bueno, de…

—¿De qué?

—De darte a ti el dinero de las copas.

Emma le miró sin entender.

—No sé qué dices.

—Lo que quiero decir es si… si hay alguna manera de que te…, de que te dé propina, vamos.

—¿Darme propina?

—Exacto, darte propina.

—¿Por qué?

—Por nada, Em —dijo Dex—. Es que tengo muchas muchas ganas de darte propina.

Y Emma sintió que se le caía otro trocito de alma.

En Primrose Hill, Dexter dormía al sol del atardecer, con la camisa desabrochada, las manos bajo la cabeza y una botella de vino blanco del supermercado medio vacía, que se estaba calentando mientras él salía de la resaca de la tarde para meterse en otra borrachera. La hierba seca y amarillenta de la colina estaba poblada de jóvenes profesionales, que en muchos casos venían directamente del despacho: voces, risas, tres equipos de música distintos compitiendo entre sí, y en medio de todo, Dexter soñando con la televisión.

La idea de ser fotógrafo profesional había sido abandonada sin gran resistencia. Sabía que era un aficionado muy correcto, y que probablemente lo siguiera siendo toda la vida, pero convertirse en un Cartier-Bresson, un Capa o un Brandt habría implicado mucho trabajo, rechazos y penurias, y él no estaba seguro de estar hecho para las penurias. En cambio la televisión…, la televisión lo estaba buscando. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Desde su infancia siempre había tenido tele en casa,

pero por alguna razón no era del todo sano verla. De pronto, en los últimos nueve meses, su vida se había visto dominada por ella. Era un converso, y la pasión del nuevo recluta se había visto acompañada de una emoción considerable por el medio en sí, como si al fin hubiera hallado un hogar espiritual.

De acuerdo, no tenía la chispa artística de la fotografía, ni la credibilidad de ser corresponsal de guerra, pero la tele influía, la tele era el futuro: democracia en acción. Incidía con la mayor inmediatez posible en la gente, moldeando opiniones, provocando, entreteniendo y movilizando con mucha más eficacia que todos esos libros que no leía nadie, o todas esas obras de teatro que no iba a ver nadie. Emma podía decir lo que quisiera de los *tories* (Dexter tampoco era ningún fan, aunque más por razones de estilo que de principios), pero lo que era la tele estaba claro que la habían revolucionado. Hasta hacía poco parecía un mundo acartonado, digno y aburrido; algo dominado por los sindicatos, gris, funcionarial, lleno de veteranos con barba, progresistas y ancianitas empujando el carrito del té; una especie de rama de la función pública relacionada con el espectáculo. En cambio Redlight Productions formaba parte del *boom* de las nuevas empresas jóvenes, independientes y de capital privado que les estaban arrancando los medios de producción a aquellos dinosaurios tan probos y tan rancios. El audiovisual movía dinero; se veía en las oficinas con colores primarios y planta abierta, dotadas de sistemas informáticos de última tecnología y generosos refrigeradores comunes.

Su ascenso en aquel mundo había sido meteórico. Su conocida del tren indio, la de la media melena negra y reluciente y los lentecitos, le había dado su primer empleo de recadero; luego en documentación, y ahora como ayudante de producción (Ay Prod) de *A POR TODAS*, un programa de variedades de fin de semana que mezclaba música en vivo y humor ácido con reportajes sobre temas «que afectan de verdad a la juventud de hoy»: las enfermedades de transmisión sexual, las drogas, la música *dance*, las drogas, la brutalidad policial, las drogas… Dexter producía clips hiperactivos sobre bloques de departamentos siniestros, en tomas extremadas con objetivo de ojo de pez, acelerando las nubes con banda sonora *acid house*. Hasta estaban hablando de ponerlo ante las cámaras en la siguiente temporada. Se lucía, estaba volando, y parecía muy a su alcance ser motivo de orgullo para sus padres.

«Trabajo en la tele»: el mero hecho de decirlo ya era una satisfacción. Le gustaba caminar deprisa por Berwick Street, a un estudio de edición, con cintas de video en un sobre acolchado, saludando con la cabeza a otros como él. Le gustaban las bandejas de *sushi* y las fiestas de presentación; le gustaba beber de los dispensadores de agua, y pedir mensajeros, y decir cosas como «tenemos que perder seis segundos». Secretamente, le gustaba que fuera una de las industrias de mayor atractivo visual y que valorase la juventud. En aquel feliz mundo de la tele no había ninguna posibilidad de entrar en una sala de reuniones y encontrarse con una tormenta de ideas de sesentones. ¿Qué se hacía con los de la tele al llegar a cierta edad? ¿Adónde iban? Lo mismo daba; a él le parecía perfecto, al igual que la preponderancia de

chicas jóvenes como Naomi: duras, ambiciosas, cosmopolitas. En sus pocos momentos de inseguridad, Dexter había temido que sus carencias intelectuales le impidiesen progresar en la vida, pero ahora tenía un trabajo en el que lo principal eran la confianza y la energía, por no decir cierta arrogancia; cualidades, todas ellas, a su alcance. Había que ser listo, sí, pero no a la manera de Emma; sólo diplomático, astuto y ambicioso.

Le encantaba su nuevo departamento cerca de Belsize Park, todo de madera oscura y acero, y le encantaba Londres, que en aquel día de san Suituno se extendía a sus pies, vasto y brumoso; y tenía ganas de compartir todas esas emociones con Emma, dándole a conocer nuevas posibilidades, nuevas experiencias y nuevos círculos sociales; haciendo que su vida se pareciese más a la de él. Hasta era posible que ella y Naomi acabaran siendo amigas. A saber.

Serenado por tales pensamientos, a punto de dormirse, le despertó el paso de una sombra por su cara. Miró hacia arriba por un ojo entreabierto.

—Hola, guapísima.

Emma le dio una patada en la cadera.

—¡Ay!

—¡No lo hagas nunca más!

—¿Qué?

—¡Ya lo sabes! Como si estuviera yo en un zoológico, y tú riéndote mientras me pinchas con un palo…

—¡Yo no me reía de ti!

—Te he estado mirando. Sentado encima de tu novia, todo el rato de risitas…

—No es mi novia, y nos reíamos de la carta…

—Te reías de donde trabajo.

—¿Y qué? ¡Como tú!

—Sí, porque es donde trabajo. Me río ante la adversidad. ¡Tú sólo te ríes en mi cara!

—Em, que yo nunca, nunca…

—Es lo que parece.

—Pues te pido perdón.

—Muy bien. —Emma se sentó a su lado, con las piernas cruzadas—. Ahora, abróchate la camisa y pásame la botella.

—Y no es mi novia, en serio. —Dexter se abrochó los tres últimos botones de la camisa, en espera de que mordiera el cebo, pero como no lo mordía, la aguijoneó un poco más—. Nos acostamos juntos de vez en cuando, pero nada más.

Una vez diluida la posibilidad de salir juntos, Emma se había propuesto inmunizarse contra la indiferencia de Dexter, y ahora un comentario así no le dolía más, por decir algo, que una pelota de tenis en la nuca. Ahora casi no se inmutaba.

—Seguro que les va de maravilla. —Se echó vino en un vaso de plástico—. Pues si no es tu novia, ¿cómo la llamo?

—No sé. ¿«Amante»?

—¿No implicaría cariño?

—¿Y «conquista»? —Dexter se rio, burlón—. ¿Hoy en día se puede decir «conquista»?

—O «víctima». A mí me gusta «víctima». —Emma se echó hacia atrás de golpe, encajando los dedos con torpeza en los bolsillos de los jeans—. Esto te lo puedes quedar.

Le tiró al pecho un billete de diez libras muy doblado.

—Ni hablar.

—Sí hablar.

—¡Es tuyo!

—Escucha, Dexter: a los amigos no se les da propina.

—No es una propina, es un regalo.

—Y no se regala dinero. Si quieres comprarme algo está muy bien, pero dinero no. Resulta violento.

Dexter suspiró, y se guardó el dinero en el bolsillo.

—Te pido perdón. Otra vez.

—Perfecto —dijo ella, tumbándose a su lado—. Vamos, cuéntamelo.

Dexter se apoyó en los codos, con una gran sonrisa.

—Pues este fin de semana estábamos en una fiesta de fin de rodaje…

Fin de rodaje… —pensó ella—. Ahora es de los que van a fiestas de fin de rodaje.

—… Y como la había visto en la oficina, fui a decirle hola, bienvenida al equipo, muy formal, con la mano tendida; y ella me sonrió, me guiñó el ojo, me puso una mano en la nuca, me hizo bajar la cabeza y… —Su voz se convirtió en un susurro emocionado—. Me dio un beso, ¿de acuerdo?

—¿Que te dio un beso, de acuerdo? —dijo Emma al siguiente pelotazo.

—… Y me metió algo en la boca con la lengua. Yo le dije: «¿Qué es?», pero ella lo único que contestó, guiñando el ojo, fue: «Ya te enterarás».

Un momento de silencio, hasta que Emma dijo:

—¿Era un cacahuate?

—No…

—Un cacahuate tostadito…

—No, era una pastilla…

—¿Como un tic-tac, o algo así? ¿Para el mal aliento?

—Yo no tengo mal…

—Además, ¿no me lo habías contado?

—No, eso era otra chica.

Ahora las pelotas de tenis caían muy cerradas, con alguna que otra de *criquet*. Emma se desperezó y se concentró en el cielo.

—No tienes que seguir dejando que las mujeres te metan drogas en la boca, Dex, es antihigiénico. Y peligroso. Un día será una cápsula de cianuro.

Dexter se rio.

—Bueno, qué, ¿quieres saber lo que pasó?

Emma se puso un dedo en la barbilla.

—¿Que si quiero? No, creo que no. No, seguro.

Aun así se lo dijo, la típica historia de salas oscuras en clubes, llamadas de madrugada y taxis al alba por la ciudad; el bufet libre sin fin que era la vida sexual de Dexter. Emma hizo un esfuerzo consciente por no escuchar, fijándose sólo en su boca. Seguía tan bonita como la recordaba. Si ella hubiera sido tan atrevida, descarada y asimétrica como la tal Naomi, se habría inclinado para darle un beso. Cayó en la cuenta de que nunca le había dado un beso a nadie, vaya, que nunca había empezado ella a besar. A ella sí se los habían dado, por supuesto, chicos en fiestas, bruscamente, demasiado fuerte: besos caídos del cielo como puñetazos. Hacía tres semanas que lo había intentado Ian mientras ella fregaba la cámara de la carne. Se le había echado encima con tanta brusquedad que a punto había estado de darle un cabezazo. Hasta Dexter le había dado un beso, hacía muchos muchos años. ¿Tan raro sería devolvérselo? ¿Qué pasaría si lo hacía en ese momento? Tomar la iniciativa, quitarse los lentes, agarrarle la cabeza mientras hablaba y besarlo, besarlo…

—… Total, que me llama Naomi a las tres de la mañana y me dice: «Toma un taxi. Sí, ahora mismo».

Tuvo una imagen mental clarísima de Dexter pasándose el dorso de la mano por la boca: un beso como un pastel de crema. Dejó rodar la cabeza hacia el otro lado, para mirar a la gente en la colina. Ya se estaba apagando la luz del crepúsculo, y había doscientos jóvenes pudientes y atractivos tirando *frisbees,* encendiendo parrillas de usar y tirar y haciendo planes para la noche. Se sentía tan lejos de ellos, con sus trabajos interesantes, sus reproductores de CD y sus bicis de montaña, como si fuera un anuncio de la tele, de vodka, por ejemplo, o de un deportivo pequeño. «¿Por qué no vuelves a casa, cielo? —le había dicho su madre por teléfono la noche anterior—. Aún tienes tu habitación…».

Volvió a mirar a Dexter, que seguía relatando su vida amorosa, y después, por encima del hombro de él, a una pareja joven que se besaba agresivamente, ella sentada encima de él, él con los brazos hacia atrás, rindiéndose, los dos con las manos enlazadas.

—… Básicamente no salimos de la habitación de hotel como en tres días.

—Perdona, es que hace un rato que no escucho.

—Sólo decía…

—¿Tú qué crees que ve en ti?

Dexter se encogió de hombros, como si no entendiera la pregunta.

—Dice que soy complicado.

—Complicado. Tú eres como un rompecabezas de dos piezas… —Emma se sentó y se limpió la espinilla de hierba de conglomerado grueso. Se subió un poco los jeans por las piernas.

—Mira qué piernas. —Se agarró unos cuantos pelos con el índice y el pulgar—. Tengo piernas de excursionista de cincuenta y ocho años. Parezco la presidenta del Club Excursionista.

—Pues depílatelas, peluda.

—¡Dexter!

—Además, tienes unas piernas preciosas. —Dexter se inclinó para pellizcarle las pantorrillas—. Estás divina.

Ella le apartó el codo, haciéndole caer en la hierba.

—Me parece increíble que me hayas llamado peluda. —La pareja de detrás de él seguía besándose—. Mira a esos dos. Discretamente. —Dexter echó un vistazo por encima del hombro—. Se oye desde aquí. Con lo lejos que estamos y oigo la succión, como de alguien desatascando un fregadero. ¡Discretamente, he dicho!

—¿Por qué? Estamos en un sitio público.

—¿Qué sentido tiene ir a un sitio público para eso? Parece un documental de animales.

—Igual están enamorados.

—¿Y el amor tiene esta pinta, bocas mojadas y la falda subida?

—A veces sí.

—Parece que se esté intentando meter toda la cabeza del tipo en la boca. Como no tenga cuidado, se dislocará la mandíbula.

—Pues ella no está mal.

—¡Dexter!

—Es verdad. Sólo era un comentario.

—¿Sabes que a algunos podría parecerles un poco rara esta obsesión tuya por estar en permanente acto sexual? A algunos podría parecerles un poco desesperado, y triste…

—Qué raro… Yo no me encuentro triste. Ni desesperado.

Emma, que sentía ambas cosas, no dijo nada. Dexter la tocó con el codo.

—¿Sabes qué deberíamos hacer, tú y yo?

—¿Qué?

Dexter sonrió.

—Tomar E juntos.

—¿E? ¿Qué es E? —preguntó ella inexpresivamente—. Ah, sí, me parece que lo leí en un artículo. No te creas, que yo no estoy hecha para las sustancias químicas que hacen alucinar. Una vez dejé abierto el corrector líquido y creía que mis zapatos me iban a comer. —Dexter la complació riéndose. Ella escondió su sonrisa en su vaso de plástico—. De todos modos, prefiero el mareo puro y natural del alcohol.

—Desinhibe mucho, el E.

—¿Por eso no paras de abrazar a todo el mundo?

—Sólo lo decía porque me parece que te la pasarías bien.

—Ya me la paso bien. No te imaginas cuánto.

De espaldas, mirando el cielo fijamente, se sintió observada.

—Bueno, ¿y tú? —dijo Dexter, con lo que le pareció a ella su voz de psiquiatra —. ¿Alguna novedad? ¿Algo de movimiento? En el aspecto amoroso.

—Huy, ya me conoces. Yo no tengo emociones. Soy un robot. O una monja. Una monja robot.

—Mentira. Haces ver que sí, pero no.

—No, si me da igual. Me gusta bastante envejecer sola…

—Em, que tienes veinticinco años…

—… Con mis libros como único sostén.

Pese a no entender del todo la expresión, Dexter sintió una punzada de excitación pavloviana al oír la palabra «sostén». Mientras Emma hablaba, se la imaginó con un brasier de lencería fina rojo, o negro, como los que se había puesto alguna vez Naomi; todo ello antes de concluir que quizá no captase el auténtico significado de la referencia a «los libros como único sostén». Las ensoñaciones eróticas de aquel tipo ocupaban grandes franjas de la energía mental de Dexter. Se preguntó si no tendría razón Emma, si no le tendría demasiado absorto el lado sexual de las cosas. Le idiotizaban constantemente las vallas publicitarias, las portadas de revista, unos centímetros de tira roja del brasier de alguien que pasaba por la calle… En verano aún era peor. Seguramente no era normal tener todo el rato la sensación de acabar de salir de la cárcel. Concentración. Una persona a quien tenía un gran cariño estaba sufriendo algún tipo de crisis nerviosa. Era en eso en lo que había que concentrarse, no en las tres chicas que acababan de empezar una guerra de agua a espaldas de Emma…

¡Concentración! Concentración. Alejó sus pensamientos del tema del sexo, con la agilidad mental de un portaaviones.

—¿Y aquel tipo? —dijo.

—¿Qué tipo?

—El del trabajo, el mesero. Parece el capitán del equipo de informática.

—¿Ian? ¿Qué pasa con él?

—¿Por qué no sales con Ian?

—Cállate, Dexter. Ian sólo es un amigo. Pásame la botella, ¿de acuerdo?

La vio sentarse a beber vino, que a esas alturas ya estaba caliente, como un jarabe. Aunque Dexter no fuera un sentimental, a veces se podía quedar mirando cómo se reía Emma, o cómo explicaba algo, y tener la absoluta certeza de que no conocía a nadie que se le pudiera comparar. A veces casi tenía ganas de decirlo en voz alta, interrumpirla y decírselo de sopetón. Sin embargo, no era el caso. Lo que hizo fue pensar en lo cansada que se le veía, triste y pálida. Al mirar al suelo, se le empezaba a marcar la papada. ¿Por qué no se ponía lentes de contacto, en vez de aquellos anteojos tan grandes y feos? Ya no era estudiante. ¿Y las ligas de pelo aterciopeladas? No la favorecían en absoluto. Ardiendo de compasión, pensó que lo que le hacía falta de verdad a Emma era alguien que la tomara de la mano y desvelase

todo su potencial. Se imaginó una especie de montaje, de él mirando paternal y bondadoso mientras ella se probaba una serie de vestidos increíbles. Sí, la verdad era que debería hacerle más caso a Emma; y si en ese momento no estuviera ocupado en mil cosas, se lo habría hecho.

¿Pero no había nada que pudiera hacer a corto plazo para que estuviera más a gusto consigo misma, para animarla y darle una inyección de confianza? Tuvo una idea. Le tomó la mano y anunció solemnemente:

—Mira, Em, si a los cuarenta sigues soltera, me casaré contigo.

Ella lo miró, sinceramente disgustada.

—¿Eso ha sido una declaración, Dex?

—Ahora no; algún día, si estamos los dos desesperados.

Se rio amargamente.

—¿Y por qué crees que querría casarme contigo?

—Bueno, lo doy por supuesto, por así decirlo.

Sacudió lentamente la cabeza.

—Pues lo siento, pero tendrás que ponerte a la cola. Mi amigo Ian dijo exactamente lo mismo mientras desinfectábamos la cámara de la carne. Aunque él sólo me dio de plazo hasta los treinta y cinco.

—Pues mira, no es para ofender a Ian, pero yo tengo muy claro que deberías reservarte otros cinco años.

—¡No pienso reservarme para ninguno de los dos! Además, yo no me casaré.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Me lo dijo una gitana vieja y sabia.

—Supongo que lo rechazas por razones políticas, o algo por el estilo.

—No, es que… no es para mí.

—Te estoy viendo: un vestido blanco enorme, damas de honor, niños haciendo de pajes, una liga azul…

«Liga». Se le prendió el cerebro a la palabra como un pez al anzuelo.

—Resulta que considero que en la vida hay cosas más importantes que las «relaciones».

—¿Cómo cuál? ¿Tu carrera? —Emma lo miró con mala cara—. Perdona.

Volvieron a observar el cielo, que se estaba oscureciendo. Al cabo de un momento, ella dijo:

—Pues mira, por si te interesa, hoy mi carrera ha dado un vuelco positivo.

—¿Te han echado?

—Ascendido. —Se empezó a reír—. Me ofrecieron el puesto de encargada.

Dexter se incorporó de golpe.

—¿Allá, en ese sitio? Tienes que rechazarlo.

—¿Por qué tengo que rechazarlo? No tiene nada de malo trabajar en un restaurante.

—Em, mientras seas feliz, por mí como si sacas uranio con los dientes, pero tú odias ese trabajo. Lo odias cada segundo.

—¿Y qué? La mayoría de la gente odia su trabajo. Por eso se llama trabajo.

—A mí me encanta mi trabajo.

—Ya, pero bueno, tampoco podemos trabajar todos en los medios de comunicación…

A Emma le dio mucha rabia su tono, despectivo y amargo, pero lo peor fue que notó que se le empezaban a formar lágrimas calientes e irracionales detrás de los ojos.

—¡Oye, igual puedo conseguirte trabajo!

Se rio.

—¿Trabajo de qué?

—¡Conmigo, en Redlight Productions! —Dexter se empezó a entusiasmar con la idea—. En documentación. Tendrías que empezar de mensajera, que está muy mal pagado, pero lo harías tan bien…

—Gracias, Dexter, pero no quiero trabajar en los medios de comunicación. Ya sé que hoy en día se supone que nos morimos todos de ganas de trabajar en los medios de comunicación, como si los medios de comunicación fueran el mejor trabajo del mundo… —Pareces histérica, se dijo; celosa e histérica—. De hecho, ni siquiera sé qué son los medios de comunicación… —Para de hablar. Tranquila—. Vaya, que no sé qué hacen todo el día aparte de beber agua de botella, tomar drogas y fotocopiarse las partes…

—Oye, Em, que se trabaja mucho…

—Vaya, si la gente tuviera el mismo respeto por…, no sé, la enfermería, o el trabajo social, o la enseñanza, que por los medios de comunicación de nada…

—¡Pues hazte profesora! Serías una profesora buenísima…

—¡Quiero que escribas en el pizarrón: «No daré consejos de trabajo a mi amiga»!

Ahora hablaba demasiado alto, casi a gritos. Siguió un largo silencio. ¿Por qué se ponía así? Dexter sólo quería ayudarla. ¿Qué beneficios sacaba él de esa amistad? Haría bien en levantarse e irse. Era lo mejor. Se giraron a mirarse al mismo tiempo.

—Perdona —dijo él.

—No, perdona tú.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Que te haya dado la lata como una… vieja loca. Perdona. Estoy cansada, he tenido un mal día, y siento ser tan… aburrida.

—No eres tan aburrida.

—Sí, Dex. Te juro que me aburro hasta a mí misma.

—Pues a mí no me aburres. —Dexter le tomó la mano—. Nunca podrías aburrirme. Como tú no hay nadie, Em.

—Como yo hay a montones.

Le dio una patada en el pie.

—¿Em?

—¿Qué?

—Tranquila, ¿de acuerdo? Cállate y aguántate.

Se observaron un momento. Después él volvió a tumbarse. Al cabo de un momento, Emma hizo lo mismo, y dio un respingo al darse cuenta de que Dexter le había pasado un brazo por la espalda. Se quedaron los dos cohibidos. Después Emma se puso de lado y se acurrucó contra Dexter, que la abrazó con fuerza y habló con la boca en su coronilla.

—¿Sabes qué no entiendo? Te dicen todo el rato lo fantástica que eres, que si lista, divertida, con talento y todo eso… Constantemente, oye; yo hace años que te lo repito. Entonces ¿por qué no te lo crees? ¿Por qué piensas que lo dice la gente, Em? ¿Qué te crees, que es una conspiración, y que se han puesto de acuerdo en secreto para ser amables contigo?

Emma le apretó el hombro con la cabeza para que se callara, porque, si no, temía echarse a llorar.

—Eres muy bueno, pero tengo que irme.

—No, quédate un poco más. Iremos a buscar otra botella.

—¿No te espera Naomi en algún sitio? Con toda la boquita llena de drogas, como un hámster drogadicto.

Infló las mejillas. Dexter se rio. Emma empezaba a encontrarse mejor.

Se quedaron un rato donde estaban. Luego bajaron caminando a la licorería y subieron otra vez a la colina para ver ponerse el sol en la ciudad, bebiendo vino y sin comer nada más que una bolsa grande de papas fritas caras. Se oían ruidos raros de animales en el zoológico de Regents Park. Al final ya no quedaba nadie en toda la colina.

—Tendría que irme a casa —dijo ella, mareada al levantarse.

—Si quieres, puedes dormir en la mía.

Pensó en el viaje a casa, en la Línea Norte, en el piso de arriba del autobús N38, y luego en la larga y peligrosa caminata hasta el departamento que por alguna misteriosa razón olía a cebolla frita. Al final, cuando llegara a casa, probablemente estuviera puesta la calefacción central, y se encontraría a Tilly Killick con la bata abierta, pegada a los radiadores como una salamanquesa, comiendo pesto del tarro. Habría marcas de dientes en el cheddar irlandés, y *Treinta y tantos* por la tele, y Emma no tenía ganas de ir.

—¿Prestar un cepillo de dientes? —dijo Dexter, como si le leyera el pensamiento —. ¿Dormir en el sofá?

Se imaginó pasar la noche haciendo crujir el cuero negro del sofá modular de Dexter, con la cabeza dando vueltas por el alcohol y la confusión, hasta que decidió que la vida ya era bastante complicada. Tomó una resolución en firme, una de las resoluciones que últimamente tomaba casi a diario. Se había acabado lo de pasar la noche en casa ajena, escribir poesía y perder el tiempo. Era hora de ordenar su vida. De empezar de cero.

Capítulo 5

Las Reglas del Juego

MIÉRCOLES 15 DE JULIO DE 1992

Archipiélago del Dodecaneso, Grecia

Y luego hay días en que te despiertas y todo es perfecto.

Aquel día soleado de san Suituno se encontraron bajo un inmenso cielo azul, sin el menor riesgo de lluvia, en la cubierta del *ferry* a vapor que cruzaba lentamente el Egeo. Tumbados uno al lado del otro, al sol de la mañana, con lentes de sol nuevos y ropa de vacaciones, dormían la resaca de la última noche en la taberna. Segundo día de unas vacaciones de isla en isla, y aún resistían las Reglas del Juego.

Las Reglas, una especie de Convención de Ginebra en platónico, eran un conjunto de prohibiciones básicas elaborado antes de salir de viaje para garantizar que no se les «complicasen» las vacaciones. Emma volvía a estar soltera; su breve y deslucida relación con Spike, un reparador de bicicletas cuyas manos olían constantemente a 3 en 1, había acabado poco menos que en la indiferencia mutua, aunque al menos había servido para darle a ella una inyección de confianza. Además, nunca había tenido la bici en tan buen estado.

Por su parte, Dexter había dejado de salir con Naomi porque, según él, «se estaba poniendo la cosa demasiado intensa», que a saber qué diablos significaría eso. Desde entonces había pasado por Avril, Mary, una Sara, una Sarah, una Sandra y una Yolande, hasta aterrizar sobre Ingrid, una ex modelo muy feroz, ahora estilista de moda, a quien —según dijo a Emma la propia interesada, sin pestañear— habían obligado a no seguir desfilando porque «tenía los pechos demasiado grandes para la pasarela»; palabras que a Dexter parecían a punto de hacerle estallar de orgullo.

Ingrid era el tipo de chica segura de sí misma en lo sexual que se ponía el brasier sobre la blusa, y aunque no tuviera razones para preocuparse por Emma ni por nadie, todo fuera dicho, las partes implicadas habían acordado que sería conveniente aclarar un par de cosas antes de desvelar los trajes de baño, y beberse los cocteles. No porque fuera a pasar nada, ya que esa ventanita hacía años que se había cerrado, y ahora se eran mutuamente inmunes, bien asentados en los límites de una sólida amistad. Aun así, un viernes de junio por la noche, Dexter y Emma se habían sentado a compilar las Reglas a la salida del pub de Hampstead Heath.

Número Uno: dormitorios separados. Al margen de lo que ocurriese, nada de compartir cama, ni doble ni individual; nada de acurrucarse ni abrazarse borrachos, que ya no eran estudiantes.

—De hecho, yo no le veo el sentido a lo de acurrucarse —había dicho Dexter—. Sólo sirve para que te den calambres.

Y Emma, mostrándose de acuerdo, había añadido:

—Y coquetear tampoco. Regla Número Dos.

—Bueno, yo es que nunca coqueteo… —dijo Dexter, frotándole la pantorrilla con el pie.

—No, ahora en serio: nada de tomarse unas copas y ponerse juguetón.

—¿«Juguetón»?

—Ya me entiendes. No quiero cosas raras.

—¿Contigo, dices?

—Ni conmigo ni con nadie. De hecho es la Regla Número Tres. No quiero tener que quedarme con cara de tonta mientras le pones crema a Lotte, de Stuttgart.

—Eso no va a pasar, Em.

—Pues no, porque es una Regla.

La Regla Número Cuatro, por insistencia de Emma, era la cláusula contra la desnudez. Prohibido bañarse desnudo. Pudor y discreción física en todo momento. No quería ver a Dexter en calzoncillos, ni en la regadera, ni mucho menos en el inodoro. La represalia de Dexter fue proponer la Regla Número Cinco: prohibido el Scrabble. Cada vez lo jugaban más amigos suyos, de manera cómplice e irónica, hambrienta de triple palabra, pero a él le parecía un juego concebido expresamente para hacerle quedar como un tonto, y aburrirlo. Ni Scrabble ni Boggle, que aún no se había muerto.

Ahí estaban, por lo tanto, en el Segundo Día, con las Reglas intactas, en la cubierta del vetusto y oxidado *ferry* que cubría laboriosamente la distancia entre Rodas y las islas pequeñas del Dodecaneso. La primera noche la habían pasado en el casco antiguo de Rodas, bebiendo cocteles dulzones en piñas vaciadas, sin poder parar de sonreírse mutuamente por lo novedoso que era todo. El *ferry* había salido de Rodas antes del amanecer. Ahora eran las nueve de la mañana, y esperaban tranquilamente a que se les pasara la resaca, acusando el traqueteo de los motores en los líquidos revueltos de sus respectivos estómagos, comiendo naranjas, leyendo en silencio y exaltándose en silencio, totalmente felices de no decirse nada.

El primero en ceder fue Dexter, que suspiró y se puso el libro en el pecho: *Lolita*, de Nabokov, regalo de Emma, a quien competía la selección de lecturas vacacionales (un gran bloque de cemento hecho de libros, una biblioteca móvil que casi ocupaba toda su maleta).

Pasó un momento. Suspiró otra vez, enfáticamente.

—¿Qué te pasa? —dijo Emma sin apartar la mirada de *El idiota*, de Dostoievski.

—Que no me entra.

—Es una obra maestra.

—Me da dolor de cabeza.

—Tendría que haber traído algo con dibujos, o desplegable…

—No, si gustar me gusta…

—*La mariposa golosa*, o algo así.

—Pero es que lo encuentro un poco denso. Todo el rato el mismo tipo pegando el rollo sobre lo cachondo que está.

—Creía que te identificarías. —Emma se levantó los lentes de sol—. Es un libro muy erótico, Dex.

—Sólo si te gustan las niñas.

—A ver, vuelve a explicarme por qué te echaron de la escuela de idiomas de Roma.

—¡Ya te dije que ella tenía veintitrés años, Em!

—Pues entonces duerme. —Volvió a agarrar su novela rusa—. Filisteo.

Dexter volvió a apoyar la cabeza en su mochila, pero se le había puesto al lado una pareja que le hacía sombra en la cara: ella era guapa y nerviosa; él, grandote y pálido, de un blanco casi de magnesio bajo el sol de la mañana.

—Perdón —dijo ella con tono afectado.

Dexter se hizo pantalla con la mano, y les sonrió efusivamente.

—Hola.

—¿Tú no eres el de la tele?

—Podría ser —contestó, sentándose y quitándose los lentes con un gesto insolente.

Emma gimió en voz baja.

—¿Cómo se llama? *¡marcha loca!*

El nombre del programa se escribía todo en minúsculas, que estaban más de moda que las mayúsculas.

Dexter levantó una mano.

—¡Me declaro culpable!

Emma se rio un poco por la nariz. Él la miró.

—Está gracioso —explicó ella, señalando el Dostoievski con la cabeza.

—¡Ya sabía que te había visto por la tele! —La chica tocó a su novio con el codo —. ¿Verdad que te lo dije?

El hombre pálido cambió de postura, masculló algo y se quedó otra vez en silencio. Dexter tomó conciencia del traqueteo de los motores, y de *Lolita*, abierto encima de su pecho. Lo guardó discretamente en la mochila.

—¿Qué, de vacaciones? —preguntó.

Pregunta redundante, por supuesto, pero que le permitía adoptar su identidad televisiva, la de tipo simpático y campechano a quien acabas de conocer en un bar.

—Sí, de vacaciones —masculló el hombre.

Otro vacío.

—Les presento a mi amiga Emma.

Emma miró por encima de los lentes de sol.

—Hola.

La chica la miró atentamente.

—¿Tú también sales por la tele?

—¿Yo? ¡No, qué va! —Emma abrió mucho los ojos—. Aunque es mi sueño.

—Emma trabaja en Amnistía Internacional —dijo Dexter, orgulloso, poniéndole una mano en el hombro.

—Sólo unas horas. Trabajo sobre todo en un restaurante.

—De encargada, pero está a punto de dejarlo. Se está preparando para empezar de profa en septiembre. ¿A que sí, Emma?

Emma le miró, muy compuesta.

—¿Por qué hablas así?

—¿*Cuála*?

Dexter le sonrió, desafiante, pero la joven pareja empezaba a estar incómoda. El chico miraba por la borda, como si se estuviera planteando saltar. Dexter decidió poner el colofón a la entrevista.

—Pues nada, ya nos veremos en la playa, ¿eh? A ver si nos echamos unas cervezas.

La pareja sonrió y volvió a su banca.

Dexter nunca se había propuesto ser famoso…, aunque siempre había querido tener éxito, y ¿qué sentido tenía el éxito en privado? Tenían que enterarse los demás. Ahora que conocía la fama, sí le veía cierto sentido, como si fuera una extensión natural de la popularidad en el colegio. Tampoco se había propuesto ser presentador de tele (¿se lo proponía alguien?), pero le encantaba que le dijeran que estaba hecho para ello. Ponerse delante de la cámara había sido como sentarse por primera vez al piano y descubrir que era un virtuoso. Era un programa menos temático que otros en los que había trabajado; en el fondo se limitaba a una sucesión de grupos en vivo, exclusivas en video y entrevistas a famosos. De acuerdo, no le exigía demasiado; en realidad sólo tenía que mirar a cámara y gritar «¡que se les oiga!», pero le salía tan bien, con tanto atractivo, gallardía, encanto…

Lo que seguía siendo una experiencia nueva era que le reconocieran. Dexter se conocía lo bastante como para saber que tenía cierta facilidad para lo que Emma habría llamado «endiosarse». Teniéndolo en cuenta, se había esforzado interiormente en decidir qué hacía con su cara. Deseoso de evitar a toda costa una imagen afectada, insolente o falsa, se había forjado una expresión que decía: «Eh, que no es nada del otro mundo, sólo la tele». Fue la que adoptó al volver a ponerse los lentes y seguir leyendo.

Emma asistió divertida a su interpretación: la naturalidad forzada, el leve ensanchamiento de la nariz, la sonrisa flotando en las comisuras de los labios… Se subió los lentes de sol hasta la frente.

—¿Verdad que no te cambiará?

—¿Qué?

—Ser muy, pero muy, pero muy poco famoso.

—Es una palabra que odio. «Famoso».

—Ah, pues ¿qué preferirías? ¿«Conocido»?

—¿Y «de dudosa reputación»? —sonrió Dexter, burlón.

—¿Y «pesado»? ¿Qué te parece «pesado»?

—Para ya, ¿está bien?

—Y hazme el favor de ahorrarme lo otro.

—¿Qué?

—El acento barriobajero. ¡Que fuiste al Winchester College, hombre!

—Yo no hablo con acento barriobajero.

—Sí, cuando eres el de la tele sí. Hablas como si acabaras de irte del taller para hacer un programa *mu güeno* por la tele.

—¡Pues tú tienes acento de Yorkshire!

—¡Porque soy de Yorkshire!

Dexter se encogió de hombros.

—Es como tengo que hablar. Si no, el público se distancia.

—¿Y si me distancio yo?

—Seguramente sí, pero no eres uno de los dos millones que ven mi programa.

—Ah, porque ahora es «tu» programa.

—El programa de televisión donde salgo.

Emma se rio y siguió leyendo la novela. Al cabo de un rato, Dexter volvió a hablar.

—Bueno, pero ¿sí o no?

—¿Qué?

—Que si me ves. En *marcha loca*.

—Lo he tenido puesto alguna vez, de fondo, mientras hago cuentas.

—¿Y qué te parece?

Emma suspiró y clavó la mirada en el libro.

—No es mi rollo, Dex.

—Bueno, pero dímelo.

—Yo no sé de tele.

—Di lo que piensas y ya está.

—Bueno, pues me parece que el programa es como estar una hora con un borracho que te grita y te enfoca con una luz estroboscópica, pero ya te digo que…

—Bien, ya lo capté. —Tras un vistazo al libro, Dexter volvió a mirar a Emma—. ¿Y yo?

—Tú ¿qué?

—Que… si lo hago bien. Como presentador.

Emma se quitó los lentes.

—Mira, Dexter, debes de ser el mejor presentador de programas juveniles que ha habido en este país, y eso no lo digo yo cada día.

Dexter se apoyó orgulloso en un codo.

—La verdad es que prefiero considerarme periodista.

Emma sonrió y pasó de página.

—Me lo imagino.

—Es que es eso, periodismo. Tengo que investigar, preparar la entrevista, hacer las preguntas pertinentes…

Emma se aguantó la barbilla con el índice y el pulgar.

—Sí, sí, creo que vi tu reportaje a fondo sobre MC Hammer. Muy incisivo y provocador…

—Cállate, Em.

—En serio. Qué manera de meterte en su piel, sus influencias musicales, sus pantalones… Fue…, cómo te lo diría…, contundente.

Dexter le pegó con el libro.

—Cállate y lee, ¿de acuerdo?

Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Emma le miró de reojo para comprobar que estaba sonriendo, y también sonrió.

Faltaba poco para mediodía. Mientras Dexter dormía, Emma vio por primera vez adónde iban: una masa de granito azul grisáceo saliendo del mar más transparente que había visto en su vida. Siempre había supuesto que aquel tipo de agua era una mentira de los folletos, un truco a base de filtros y objetivos, pero la tenía delante, reluciente, verde esmeralda. La isla, a simple vista, parecía deshabitada, con la excepción de un grupo de casas que partía del puerto, edificios blancos y rosas, como chucherías. Se sorprendió riendo en voz baja al verlo. Hasta entonces, viajar siempre había sido un agobio. Cada año, hasta los dieciséis, dos semanas en Filey, peleándose con su hermana en una casa sobre ruedas, mientras sus padres bebían sin parar y miraban llover, como si fuera un duro experimento sobre los límites de la proximidad humana. Durante la universidad se había ido de campamento a los Cairngorms con Tilly Killick: seis días dentro de una tienda que olía a sopa de sobre; unas vacaciones de broma, de ésas tan horribles que te ríes, pero que al final sólo habían sido horribles.

De pie en la borda, viendo cómo se iba perfilando el pueblo, empezó a entender la gracia de viajar; nunca se había sentido tan lejos de la lavandería automática, el piso alto del autobús nocturno y el trastero de Tilly. Era como si se respirase otro aire; no sólo su sabor u olor, sino el elemento en sí. En Londres, el aire era algo a través de lo que tenías que mirar, como una pecera mal cuidada. Aquí todo era luminoso y contrastado, limpio, claro.

Oyó el ruido de una cámara, y estuvo a tiempo de girarse y ver que Dexter le sacaba otra foto.

—Estoy horrible —dijo como reflejo, aunque tal vez no fuera cierto.

Dexter se acercó y puso las manos en el barandal, una a cada lado de la cintura de Emma.

—Qué bonito, ¿eh?

—No está mal —dijo ella, incapaz de recordar un momento en el que hubiera sido más feliz.

Nada más desembarcaron —era la primera vez que tenía la sensación de haber «desembarcado»—, se encontraron con mucho ajetreo en el muelle: turistas y mochileros, empezando a competir por la mejor habitación.

—Y ahora ¿qué?

—Voy a buscar algún sitio. Tú espérame en el bar de allá, volveré a buscarte.

—Que tenga balcón…

—A sus órdenes.

—Y vista al mar, por favor. Y escritorio.

—A ver qué consigo.

Dexter se fue tranquilamente hacia el gentío del muelle, arrastrando las sandalias.

—¡Y no te olvides! —le gritó ella.

Él se giró a mirarla: de pie en el muro del puerto, sujetándose el sombrero de ala ancha en la cabeza, bajo una brisa caliente que le pegaba al cuerpo el vestido azul claro. Ya no llevaba lentes, y tenía unas pecas en el pecho que él nunca le había visto. Su piel desnuda pasaba gradualmente del rosado al café al desaparecer bajo el escote.

—Las Reglas —dijo Emma.

—¿Qué les pasa?

—Necesitamos dos habitaciones, ¿de acuerdo?

—Clarísimo. Dos habitaciones.

Dexter sonrió, y se metió entre la gente. Después de seguirle con la vista, Emma arrastró las dos mochilas por el muelle, hasta un bar pequeño y ventoso. Allí metió la mano en su bolsa y sacó un bolígrafo y un cuaderno, uno caro con encuadernación de tela, que era su diario de viaje.

Lo abrió por la primera página en blanco y buscó algo que escribir, alguna reflexión u observación más allá de que iba todo muy bien. Iba todo muy bien, y tenía la sensación, extraña y novedosa, de estar justo donde quería estar.

Dexter y la dueña estaban en el centro de la desnuda habitación: paredes encaladas y un suelo de piedra fresca, sólo ocupado por una enorme cama doble con estructura de hierro, un escritorio pequeño con su silla y un jarrón con flores secas. Cruzando la doble puerta de listones, Dexter salió a un balcón grande, pintado a juego con el cielo, con vistas a la bahía. Era como salir a un escenario fabuloso.

—¿Cuántos son? —preguntó la dueña, de unos treinta y cinco años, y bastante atractiva.

—Dos.

—¿Y para cuánto tiempo?

—Aún no lo sé; cinco noches, o más…

—Pues esto es perfecto, me parece, ¿eh?

Dexter se sentó en la cama matrimonial y probó a dar unos saltos.

—Es que mi amiga y yo sólo somos…, pues eso, amigos. Necesitaríamos dos habitaciones…

—Ah. Está bien. Tengo otra habitación.

Emma tiene unas pecas que nunca le había visto a lo ancho del pecho, justo encima del escote.

—O sea, que sí tiene dos habitaciones.

—Sí, claro, tengo dos habitaciones.

—Traigo noticias buenas y malas.

—Dilas —dijo Emma, cerrando su cuaderno.

—Pues mira, he encontrado un sitio fantástico, con vistas al mar y balcón, subiendo un poco por el pueblo; tienes tranquilidad para escribir, si quieres, y hasta hay un escritorio. Lo tienen libre para cinco días, y si queremos más, pues más.

—¿Y lo malo?

—Que sólo hay una cama.

—Ah.

—Ah.

—Ya.

—Lo siento.

—¿Seguro? —dijo ella, desconfiada—. ¿Sólo un dormitorio en toda la isla?

—¡Es que es temporada alta, Em! ¡He preguntado en todas partes!

Tranquilo. No te exaltes. A ver si jugando la carta de la culpabilidad…

—Ahora, que si quieres que siga buscando…

Hizo ademán de levantarse, cansado.

Ella le puso una mano en el antebrazo.

—¿Cama individual o doble?

Parecía que pasaba la mentira. Dexter volvió a sentarse.

—Doble. Y grande.

—Pero tendría que ser enorme, ¿no? Para cumplir las Reglas, digo.

—Bueno… —Dexter se encogió de hombros—. Creo que yo prefiero verlas como pautas orientativas.

Emma frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es que si a ti no te importa, a mí tampoco, Em.

—No, si a ti ya sé que no te importa…

—Pero si realmente no te ves capaz de no ponerme las manos encima…

—Huy, yo sí puedo; el que me preocupa eres tú…

—Porque te digo ahora mismo que como me toques, aunque sea con un dedo…

A Emma le encantó la habitación. Salió al balcón y escuchó las cigarras, un ruido que hasta entonces sólo había oído en las películas, y sobre el que albergaba la vaga sospecha de que era una ficción exótica. También se alegró de ver limones en el jardín; limones de verdad, en árboles; parecían pegados. Para no parecer provinciana, que era algo que quería evitar a toda costa, se lo calló y se limitó a decir:

—Muy bien. Nos la quedamos.

Luego, mientras Dexter hablaba con la dueña, entró en el baño para seguir peleándose con los lentes de contacto.

En la universidad, Emma había albergado convicciones muy firmes sobre la inutilidad de los lentes de contacto, en la medida en que alimentaban nociones convencionales de belleza femenina idealizada. Unas buenas gafas de la seguridad social, resistentes, útiles y sin doblez, eran señal de que a una no le importaban fruslerías tan tontas como estar guapa, porque pensaba en cosas más elevadas. Sin embargo, en los años transcurridos desde la licenciatura, le había empezado a parecer una argumentación tan abstracta y especiosa que al final había sucumbido a la insistencia de Dexter y se había puesto los malditos lentes de contacto, momento en que se había dado cuenta, cuando ya era demasiado tarde, de que lo que de verdad había intentado evitar tantos años era aquella escena de película: la bibliotecaria se quita los anteojos y se sacude el pelo. «¡Pero qué guapa es usted, señorita Morley!».

Ahora se veía rara en el espejo, con la cara al desnudo, vulnerable, como si llevara nueve meses sin quitarse los anteojos. Los lentes de contacto tendían a crearle propensión a unos espasmos faciales aleatorios y alarmantes, como parpadeos de rata. Se le pegaban al dedo y a la cara como escamas de pez; eso cuando no se resbalaban por debajo del párpado, como en ese momento, para alojarse al fondo del cráneo. Tras un severo acceso de contorsión facial, y de algo que le pareció una operación quirúrgica, logró recuperar el pedacito y salió del lavabo con los ojos rojos, llorosa, parpadeando.

Dexter estaba sentado en la cama, con la camisa desabrochada.

—¿Em? ¿Lloras?

—No, pero aún es temprano.

Salieron a la hora de comer, con un calor asfixiante, y encontraron un camino en la larga curva de arena blanca que, partiendo del pueblo, se extendía a lo largo de casi dos kilómetros. Llegó el momento de desvelar las prendas de baño. Después de darle muchas vueltas —tal vez demasiadas— a qué traje de baño se ponía, Emma se había inclinado por uno de John Lewis, negro y sin adornos, cuyo nombre podría haber sido «1900». Al empezar a quitarse el vestido, se preguntó si a Dexter le parecería una cobardía no llevar biquini, como si un traje de baño de una pieza hiciera juego con los anteojos, las botas de gamuza y los cascos de ciclista como algo mojigato, cauteloso y no del todo femenino. Tampoco le importaba; pero sí se preguntó, al sacarse el

vestido por la cabeza, si Dexter acababa de mirarla de reojo, o se lo inventaba ella. En todo caso, fue una satisfacción observar que él se había decidido por el look de bermudas anchas. Tenderse una semana junto a Dexter con traje de baño tipo Speedo habría sido más incómodo de lo que podía aguantar.

—Perdone —dijo él—, ¿no es usted la Chica de Ipanema?

—No, soy su tía.

Emma se sentó, e intentó ponerse crema protectora en las piernas sin que se le movieran los muslos de manera fofa.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Factor treinta.

—Para eso te podrías poner debajo de una manta.

—No quiero pasarme, sólo es el segundo día.

—Es como pintura de pared.

—No estoy acostumbrada al sol. No como tú, trotamundos. ¿Quieres un poco?

—No me sienta bien la crema para el sol.

—Mira que eres cabeza dura, Dexter.

Él sonrió y siguió mirándola desde detrás de sus lentes oscuros, fijándose en que el brazo, al subir, levantaba el pecho contra la tela negra del traje de baño, y viendo sobresalir la carne suave y clara en el escote de elástico. El propio gesto tenía algo: la cabeza ladeada, la manera de apartar el pelo al ponerse crema en el cuello… Sintió las agradables náuseas vinculadas al deseo. Dios mío, pensó, ocho días más así. Por detrás, el traje de baño tenía un corte bajo. A lo máximo que llegaba Emma era a darse toquecitos poco eficaces en la parte inferior.

—¿Quieres que te la ponga en la espalda? —dijo él. Brindarse a poner crema era un truco barato de toda la vida, que no estaba a su altura, francamente. Consideró que lo mejor era disfrazarlo de preocupación médica—. No sea que te quemes.

—Bueno.

Emma se acercó sin levantarse, y se sentó entre las piernas de Dexter con la cabeza apoyada en las rodillas. Dexter le empezó a poner crema, con la cara tan cerca que Emma casi percibía su aliento en la nuca, mientras que él sentía rebotar el calor en la piel de ella. Los dos ponían todo su empeño en dar la impresión de que era un acto de lo más cotidiano, no una clara contravención de las Reglas Dos y Cuatro, las que prohibían coquetear y llamaban al pudor.

—Es muy bajo este corte, ¿no? —dijo Dexter, muy consciente de estar tocando la base de la espalda.

—¡Menos mal que no me lo puse al revés! —dijo ella.

Siguió un silencio, en el que pensaron ambos: ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío, Dios mío…

Ella, para distraerse, le puso una mano en el tobillo y lo estiró.

—¿Qué es esto?

—Mi tatuaje. De la India.

Lo frotó con el pulgar, como si quisiera eliminarlo.

—Se ha borrado un poco. Es un yin y yang —explicó él.

—Parece una señal de tráfico.

—Significa la unión perfecta de los contrarios.

—Significa «final de la restricción nacional de velocidad». Significa ponte calcetines.

Dexter se rio y le puso las manos en la espalda, alineando los pulgares con los huecos de los omóplatos. Pasó un momento.

—¡Ya está! —dijo alegremente—. Ya tienes la primera mano. ¡Vamos, a nadar!

Y así, despacio, fue pasando un día largo y caluroso. Nadaron, durmieron y leyeron, y cuando ya no hacía un calor tan brutal, y se empezó a llenar la playa, quedó de manifiesto un problema. El primero en darse cuenta fue Dexter.

—Oye, ¿veo mal o…?

—¿Qué?

—¿En esta playa están todos desnudos?

Emma levantó la mirada.

—Ah, sí. —Siguió leyendo—. No te quedes embobado, Dexter.

—No me quedo embobado, observo. ¿No te acuerdas de que soy antropólogo titulado?

—Con calificación de «bueno», ¿no?

—No, de «bueno más». Mira, nuestros amigos.

—¿Qué amigos?

—Los del *ferry*. Allá, haciendo una parrillada.

El chico estaba a veinte metros, en cuclillas, pálido y desnudo junto a una bandeja de aluminio de la que salía humo, como si tuviera frío; en cuanto a la chica, los saludaba de puntillas: dos triángulos blancos y uno negro. Dexter le devolvió el saludo con animación:

—¡Que no llevan nada enciiiima!

Emma apartó la mirada.

—Mira, yo eso no lo podría hacer.

—¿Qué?

—Una parrillada desnuda.

—Es que eres tan convencional, Em…

—Eso no es convencional, es salud básica. Es higiene alimentaria.

—Yo sí haría una parrillada desnudo.

—Es la diferencia entre los dos, Dex; que tú eres tan oscuro, tan complicado…

—No sé si deberíamos ir a saludar.

—¡No!

—Sólo a decirles cuatro cosas.

—¿Con un muslo de pollo en una mano y el pito de él en la otra? No, gracias. Además, ¿no es infringir el protocolo nudista, o algo así?

—¿Qué?

—Hablar con alguien desnudo, y no estarlo nosotros.

—No lo sé. ¿Sí?

—Tú concéntrate en tu libro, ¿de acuerdo?

Emma se giró hacia la línea de los árboles, pero los años le habían dado tal grado de confianza con Dexter que oía entrar las ideas en su cerebro, como cuando se tira una piedra al lodo. En efecto:

—¿Qué, qué te parece?

—¿Qué?

—¿Lo tendríamos que hacer?

—¿Qué?

—Quitarnos la ropa.

—¡No, no tendríamos que quitarnos la ropa!

—¡Pero si se la ha quitado todo el mundo!

—¡No es ninguna razón! ¿Y la Regla Cuatro?

—Regla no, pauta orientativa.

—No, regla.

—¿Y qué? Pues nos tomamos algunas libertades.

—Si te tomas libertades, ya no es una regla.

Se dejó caer otra vez en la arena, malhumorado.

—Es que no me parece de muy buena educación. Sólo lo digo por eso.

—Perfecto, pues tú haz lo que quieras. Intentaré apartar la mirada.

—Si sólo lo hago yo, ya no tiene sentido —masculló, enfadado.

Emma se tumbó otra vez.

—Dexter, ¿se puede saber por qué estás tan desesperado por que me quite la ropa?

—Es que he pensado que sin ropa podríamos estar más relajados.

—Increíble. Francamente increíble.

—¿Tú no crees que estarías más relajada?

—¡NO!

—¿Por qué no?

—¡Da igual por qué! Además, no creo que le gustase mucho a tu novia.

—A Ingrid no le importaría. Ingrid es muy amplia de criterio. Sería capaz de quitarse la parte de arriba en el puesto de prensa y libros del aeropuerto…

—Mira, Dex, siento decepcionarte…

—No me decepcionas…

—Pero hay una diferencia…

—¿Qué diferencia?

—Pues para empezar, que Ingrid ha sido modelo…

—¿Y qué? Tú también podrías ser modelo.

Emma se rio estridentemente.

—¿Lo dices en serio, Dexter?

—De catálogos, o algo. Tienes muy buen tipo.

—«Muy buen tipo». Válgame Dios…

—Todo lo que digo es objetivo al cien por ciento. Eres una mujer muy atractiva…

—… ¡Que se va a dejar la ropa puesta! Si tantas ganas tienes de ponerte morenas tus partes, por mí perfecto. Bueno, ¿podemos cambiar de tema?

Dexter se giró y se tumbó al lado, boca abajo, con la cabeza apoyada en los brazos y el codo en contacto con el de Emma, que volvió a oír el ruido de sus pensamientos. Él le clavó un poco el codo.

—Claro que tampoco es nada que no hayamos visto.

Ella dejó lentamente el libro, se subió los lentes por la frente y apoyó la cabeza en los antebrazos, como un reflejo de él.

—¿Perdón?

—Sólo digo que ninguno de los dos tiene nada que no haya visto el otro. En términos de desnudez. —Se quedó mirándola—. ¿No te acuerdas de la noche aquella, después de la fiesta de licenciatura? ¿Nuestra única noche de amor?

—¿Dexter?

—Sólo digo que tampoco es que nos reservemos ninguna sorpresa, genitalmente hablando.

—Creo que voy a vomitar…

—Ya me entiendes…

—De eso hace mucho tiempo…

—Tampoco tanto. Si cierro los ojos, aún puedo verlo…

—No lo hagas…

—Sí, eres tú…

—Estaba oscuro…

—Tampoco tanto…

—Yo estaba borracha…

—Eso dicen todas…

—¿Todas? ¿Quiénes?

—Y tampoco estabas tan borracha…

—Lo bastante como para bajar el listón. Además, que yo recuerde no pasó nada.

—Bueno, tanto como «nada» no diría yo, al menos desde la prespectiva que tenía. ¿«Perspectiva»? ¿«Prespectiva» o «perspectiva»?

—Perspectiva. Yo era joven, y no me enteraba de nada. De hecho lo he borrado de mi memoria, como un accidente de coche.

—Pues yo no. Si cierro los ojos, te veo ahora mismo recortada en la luz de la mañana, con el overol provocativamente tirado en la alfombra india de Habitat…

Emma le dio un buen golpe en la nariz con el libro.

—¡Ay!

—Oye, que no me voy a quitar la ropa, ¿de acuerdo? Ni llevaba overol. No he llevado overol en toda mi vida.

Volvió a tomar el libro, y empezó a reírse sola, en voz baja.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó él.

—Lo de la alfombra india de Habitat. —Emma se rio, y lo miró con cariño—. A veces me haces reír.

—¿Ah, sí?

—Muy de vez en cuando. Deberías salir por la tele.

Él sonrió, complacido, y cerró los ojos. Era cierto que conservaba una imagen mental muy nítida de Emma aquella noche, tumbada en la cama individual, sin más ropa que la falda levantada, levantando los brazos sobre la cabeza mientras se besaban. Pensando en ello, acabó por dormirse.

Volvieron a la habitación a media tarde, cansados, pegajosos y escocidos por el sol, y allí seguía: la cama. Rodeándola, salieron al balcón con vistas al mar, que ahora estaba brumoso, bajo un cielo que pasaba gradualmente del azul al rosado del anochecer.

—Bueno, ¿quién se baña primero?

—Empieza tú. Yo voy a sentarme fuera, a leer.

Emma se arrellanó en la silla de sol descolorida, en la penumbra del crepúsculo, oyendo correr el agua, e intentando concentrarse en la diminuta letra de su novela rusa, que parecía reducirse a cada página. De repente se puso de pie y fue al minibar que habían llenado de agua y de cerveza. Al agarrar una lata, se fijó en que la puerta del baño se había abierto sola.

La regadera no tenía cortina. Vio a Dexter de pie, bajo el agua fría, cerrando los ojos contra el chorro, con la cabeza hacia atrás y los brazos levantados. Se fijó en sus omóplatos, en su espalda larga y morena, y en los dos hoyuelos de encima del trasero, blanco y pequeño. Pero… ¡ay, Dios mío!, se estaba girando. La lata de cerveza se deslizó entre las manos de Emma y, en una efervescente explosión de espuma, se propulsó ruidosamente por el suelo. Emma le echó encima una toalla, como si capturase algún roedor salvaje. Después, al levantar la mirada, vio a Dexter, su amigo platónico, desnudo, pero poniéndose la ropa por delante.

—¡Se me resbaló! —dijo, recogiendo la espuma de cerveza con la toalla a la vez que pensaba: ocho días y noches así, y me incendiaré yo sola.

Luego le tocó a ella bañarse. Cerró la puerta, se limpió las manos de cerveza e hizo contorsiones al tratar de desvestirse en aquel baño minúsculo y húmedo, que aún olía al *aftershave* de Dexter.

La Regla Cuatro obligó a Dexter a salir al balcón mientras Emma se secaba y se vestía, pero después de experimentar un poco descubrió que si se dejaba puestos los lentes de sol y giraba la cabeza en un determinado ángulo, la veía reflejada en la puerta de cristal, untándose dificultosamente crema en la parábola inferior de su

espalda, recién bronceada. Vio agitarse sus caderas cuando se puso los calzones. Vio la curva cóncava de su espalda y el arco de los omóplatos al abrocharse el brasier, antes de que los brazos levantados, y el vestido azul de verano, bajaran como un telón.

Emma se reunió con él en el balcón.

—Quizá deberíamos quedarnos aquí —dijo Dexter—. En vez de saltar de isla en isla, descansar una semana aquí, volver a Rodas, y a casa.

Emma sonrió.

—Sí, puede ser.

—¿No crees que te aburrirías?

—Lo dudo.

—O sea, que estás contenta…

—Bueno, me noto la cara como un jitomate a la parrilla, pero aparte de eso…

—Déjame ver.

Emma se giró hacia él, cerrando los ojos, y levantó la barbilla, con el pelo mojado y peinado hacia atrás, dejando la cara despejada, brillante y limpia. Era Emma, pero distinta, luminosa. Dexter pensó en la expresión «besada por el sol», y luego pensó: Dale un beso. Agárrale la cara y dale un beso.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Y ahora?

—Lo que quieras.

—¿Una partida de Scrabble?

—Tengo mis límites.

—Bien, pues ¿qué te parece si cenamos? Se ve que hacen una cosa que se llama ensalada griega.

Los restaurantes del pueblo llamaban la atención por ser todos idénticos. El aire estaba lleno de humo de cordero quemado. Se sentaron en un local tranquilo, al final del puerto, donde empezaba la curva de la playa, y bebieron vino blanco con sabor a pino.

—Árboles de Navidad —dijo Dexter.

—Desinfectante —dijo Emma.

Se oía música de unos altavoces escondidos en las parras de plástico: el *Get into the Groove* de Madonna tocado con cítara. Cenaron panecillos pasados, cordero quemado y una ensalada embebida de vinagre balsámico, todo ello muy sabroso. A partir de un momento, incluso el vino estuvo delicioso, como un enjuague interesante, y Emma no tardó en sentirse dispuesta a infringir la Regla Dos. Prohibido coquetear.

—Tengo una idea.

—A ver.

—Pues mira: si nos quedamos ocho días, se nos acabarán los temas de conversación, ¿no?

—No necesariamente.

—Bueno, pero para prevenir. —Se inclinó y le puso a Dexter una mano en la muñeca—. Creo que deberíamos contarnos algo que el otro no sepa.

—¿Como un secreto?

—Exacto, un secreto; una cosa sorprendente cada noche, hasta que se acaben las vacaciones.

—¿Un poco como el juego de la botella? —Dexter abrió mucho los ojos. Él se consideraba un as del juego de la botella—. De acuerdo, tú primero.

—No, tú primero.

—¿Por qué primero yo?

—Porque tienes más dónde elegir.

Era verdad: Dexter tenía reservas casi inagotables de secretos. Podía contarle que esa misma noche la había espiado vistiéndose, o que al bañarse había dejado adrede la puerta del baño abierta. Podía contarle que había fumado heroína con Naomi, o que justo antes de Navidad se había acostado, deprisa y sin gracia, con la compañera de departamento de Emma, Tilly Killick; un masaje de pies que se le había ido de las manos de la peor manera, mientras Emma estaba en Woolworths, comprando luces para el árbol. De todos modos, quizá fuera mejor inclinarse por algo que no le dejara como una persona superficial, sórdida, embaucadora o fatua.

Pensó un rato.

—Bueno, de acuerdo. —Carraspeó—. Hace unas semanas me ligué a un hombre en un club.

Emma se quedó boquiabierta.

—¿Un hombre? —Se echó a reír—. Me quito el sombrero, Dex. La verdad es que estás lleno de sorpresas.

—Bueno, tampoco pasó nada; sólo un besuqueo, y yo iba drogado.

—Eso dicen todos. A ver, explícame qué pasó.

—Pues mira, era Sexface, la noche gay *hardcore* de un club de Vauxhall que se llama Strap…

—¡«Sexface en Strap»! ¿Ya no hay discos que se llamen Roxy, o Manhattan?

—No es ninguna «disco», es un club gay.

—¿Y tú qué hacías en un club gay?

—Siempre vamos. La música es mejor. Más *hardcore* y menos mierda de esa *house*…

—Qué mal estás…

—Total, que fui con Ingrid y su grupo, y cuando estaba bailando va y se me acerca un tipo y me empieza a besar; y supongo que…, vaya, que le seguí el rollo.

—¿Y te…?

—¿Qué?

—¿Te gustó?

—Estuvo bien. Un simple beso. Total, las bocas son bocas, ¿no?

Emma soltó una fuerte risotada.

—Dexter, tienes alma de poeta. «Las bocas son bocas». ¡Pero qué cosa más bonita! Precioso. ¿No es de *As Time Goes By*?

—Tú me entiendes.

—Las bocas son bocas. Deberían grabarlo en tu lápida. ¿Y qué dijo Ingrid?

—Nada, se rio. No le molestó. De hecho le gustó bastante. —Dexter se encogió de hombros, como de vuelta de todo—. Además, Ingrid es bisexual, o sea, que…

Emma puso los ojos en blanco.

—¡Cómo no va a ser bisexual!

Dexter sonrió como si la bisexualidad de Ingrid hubiera sido idea suya.

—Oye, que no pasa nada, ¿eh? A nuestra edad, lo normal es experimentar con la sexualidad.

—¿Ah, sí? Es que nadie me dice nada.

—Tienes que ponerte al día.

—Una vez dejé la luz encendida, pero prefiero que no se repita.

—Pues más vale que te pongas las pilas, Em. Déjate de inhibiciones.

—Si es que lo que no sepas tú de sexo, Dex… ¿Y tu amigo de El Strap qué llevaba?

—No, El Strap no, sólo Strap. Arnés y pantalones de cuero. Era un ingeniero de la British Telecom, y se llamaba Stewart.

—¿Y crees que volverán a verse, tú y Stewart?

—Sólo si se me estropea el teléfono. No era mi tipo.

—Tengo la impresión de que tu tipo es todo el mundo.

—Sólo fue un episodio pintoresco. ¿De qué te ríes?

—Es que se te ve taaaan pagado de ti mismo…

—¡Mentira! Homófoba.

Dexter empezó a mirar por encima del hombro de Emma.

—¿Qué pasa, que le estás echando los canes al mesero?

—Intento que nos traigan otra copa. Te toca. Tu secreto.

—Huy, no, me rindo; con eso no puedo competir.

—¿Ningún rollo chica chica?

Emma sacudió la cabeza, resignada.

—¿Sabes que un día se lo dirás a una lesbiana de verdad y te partirá la cara?

—O sea, que nunca te ha atraído ninguna…

—No seas patético, Dexter. Bueno, ¿quieres que te cuente mi secreto o no?

Llegó el mesero con un par de copas de aguardiente griego invitación de la casa, el tipo de bebida que sólo se puede regalar. Emma bebió un sorbito e hizo una mueca. Después se apoyó suavemente la mejilla en una mano, sabiendo que era un gesto que insinuaba intimidad y un punto de embriaguez.

—Un secreto. A ver, a ver…

Se dio golpecitos con el dedo en la mejilla. Podía contarle que lo había mirado en la regadera, o que sabía lo de Tilly Killick en Navidad, el masaje de pies que se había

ido de las manos de la peor manera. Hasta podía decirle que en 1983 le había dado un beso a Polly Dawson en su dormitorio, pero era consciente de que entonces Dexter se pasaría la vida tomándole el pelo. Además, ya sabía lo que quería contar desde el principio de la velada. Mientras la cítara tocaba *Like a Prayer*, se humedeció los labios y puso una mirada sensual, junto con varios pequeños ajustes que, sumados, compusieron lo que consideraba su mejor cara, la más atractiva, la que usaba para las fotos.

—Cuando nos conocimos, en la universidad, antes de ser… colegas, vaya, estuve un poco enamorada de ti. Bueno, un poco no, perdidamente. Me duró muchísimo tiempo. Hasta escribía tonterías en verso.

—¿En verso? ¿De verdad?

—No es que me enorgullezca.

—Ah, ya. Ya. —Dexter se cruzó de brazos, los apoyó en el borde de la mesa y bajó la mirada—. Pues lo siento, Em, pero eso no vale.

—¿Por qué no?

—Porque has dicho que tenía que ser algo que yo no supiera.

Sonreía de oreja a oreja. Para Emma fue un recordatorio más de su capacidad casi ilimitada de decepcionar.

—¡Pero qué rabia me das!

Le dio un golpe con el dorso de la mano donde más le había quemado el sol.

—¡Ay!

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo dijo Tilly.

—Qué simpática es Tilly.

—Bueno, y ¿qué pasó?

Emma miró el fondo de la copa.

—Pues que es de esas cosas que se curan con el tiempo, supongo, como un herpes.

—No, en serio, ¿qué pasó?

—Que te conocí. Tú me curaste de ti.

—Pues yo quiero leer los poemas. ¿Con qué rima «Dexter»?

—«Peste». Es una rima asonante.

—Lo digo de verdad. ¿Dónde están?

—Ya no existen. Los quemé hace años. —Sintiéndose tonta y defraudada, Emma bebió otra vez del vaso vacío—. Demasiado aguardiente. Tendríamos que irnos.

Buscó al mesero con cara de agobiada, y Dexter también empezó a tener la sensación de estar haciendo el tonto. Con tantas cosas como podía haber dicho, ¿a qué venía tanta suficiencia y displicencia, tan poca generosidad? Ansioso de encontrar la manera de congraciarse con ella, le dio un empujoncito en la mano.

—¿Qué, vamos a pasear?

Ella titubeó.

—Bien, vamos a pasear.

Se fueron por la bahía, dejando atrás las casas a medio construir con las que el pueblo se extendía por la costa: una nueva urbanización para turistas que deploraron convencionalmente. Mientras hablaban, Emma resolvió en silencio ser más sensata en el futuro. En el fondo, la audacia y la espontaneidad no iban con su forma de ser. No le salían bien. El resultado nunca era el que esperaba. Su confesión a Dexter le había dado la sensación de golpear con todas sus fuerzas una pelota, verla subir por los aires, y poco después, oír un ruido de cristales rotos. Resolvió mantenerse serena y sobria durante el tiempo que les quedaba juntos, y acordarse de las Reglas. Acordarse de Ingrid, la hermosa, desinhibida y bisexual Ingrid, que esperaba a Dexter en Londres. No más revelaciones inapropiadas. De momento no tenía más remedio que arrastrar aquella estúpida conversación por donde fuera, como un trozo de papel de baño pegado al talón.

Ya estaban fuera del pueblo. Dexter le tomó la mano para que no se cayera al ir medio borrachos, dando tumbos, por las dunas secas, que aún conservaban el calor del sol; al llegar al mar, donde la arena estaba húmeda y firme Emma observó que Dexter aún le tomaba la mano.

—Por cierto, ¿adónde vamos? —preguntó, oyéndose hablar raro.

—Yo a nadar. ¿Vienes?

—Estás mal de la cabeza.

—¡Anda!

—Me ahogaré.

—Qué va. Mira qué bonito.

El mar estaba muy tranquilo y transparente, como un maravilloso acuario color jade, de un fulgor fosforescente; si uno intentara tomarlo con las manos, seguramente tendría luz propia. Dexter ya se estaba quitando la camisa por la cabeza.

—Venga, que así se nos pasa la borrachera.

—Es que no llevo el traje de ba… —Se dio cuenta de golpe—. Ah, ya lo entiendo. —Se rio—. Ya veo lo que pasa.

—¿Qué?

—He caído con todas las de la ley, ¿eh?

—¿Qué?

—El viejo truco de nadar desnudos. Emborrachas a una chica y buscas la extensión de agua que te quede más cerca.

—Pero qué mojigata eres, Emma. ¿Por qué eres tan mojigata?

—Ve tú, yo te espero.

—Bueno, pero te arrepentirás.

Ahora Dexter estaba de espaldas, quitándose los pantalones, y después la ropa interior.

—¡Déjate los calzoncillos! —exclamó ella, mirando su espalda, larga y morena, y su trasero blanco al irse con paso decidido hacia el mar—. ¡Que no estás en Sexface!

Dexter se lanzó de cara a las olas. Emma se quedó donde estaba, balanceándose sobre sus pies, con una sensación de soledad y absurdo. ¿No era precisamente una de las experiencias que anhelaba? ¿Por qué no podía ser más espontánea y atrevida? Si le daba miedo nadar sin traje, ¿qué esperanzas tenía de decirle a algún hombre que quería darle un beso? No había acabado de pensarlo y ya tenía las manos en el borde del vestido. Se lo quitó por la cabeza de un solo movimiento. Después se quitó la ropa interior y la arrojó por los aires de una patada, sin recogerla. Corrió hacia el borde del agua, riéndose y diciendo palabrotas.

Dexter, que ya no se atrevía a ir más lejos, estaba de puntillas, quitándose el agua de los ojos, contemplando el mar y preguntándose qué pasaría. Reparos. Sentía nacer los primeros reparos. Se avecinaba una Situación. ¿No había resuelto hacer lo posible por evitar las Situaciones, y ser menos atrevido y espontáneo? A fin de cuentas se trataba de Emma Morley, y Em era un tesoro, probablemente su mejor amiga. ¿E Ingrid, más conocida como Ingrid la Tremenda en su círculo íntimo? Oyó en la playa una atropellada risa de entusiasmo, y al girarse casi estuvo a tiempo de ver a Emma cayéndose desnuda al agua, como si la hubieran empujado por detrás. Sinceridad y franqueza: ésa sería su divisa. Emma chapoteó hacia él, con un torpe crol. Dexter decidió ser franco y sincero, para variar, a ver adónde lo llevaba.

Emma llegó jadeando. De pronto se había dado cuenta de la translucidez del mar, y estaba buscando la manera de aguantarse en el agua con un brazo cruzado sobre el pecho.

—¡O sea, que es esto!

—¿Qué?

—¡Bañarse desnuda!

—Sí. ¿Qué te parece?

—Está bien, supongo. Muy refrescante. ¿Ahora qué tengo que hacer, jugar con el agua, salpicarte, o qué? —Ahuecó una mano y le tiró un poco de agua a la cara—. ¿Lo hago bien?

Justo después la corriente la llevó hacia Dexter, sin que él tuviera tiempo de contraatacar. Él se quedó donde estaba, con los pies plantados en el fondo. La abrazó, y sus piernas se enroscaron como dedos entrelazados. Sus cuerpos se tocaron y volvieron a apartarse, como dos bailarines.

—Qué cara más pensativa —dijo ella para romper el silencio—. ¡Oye, no te estarás meando en el agua!

—No…

—Pues ¿entonces?

—Pues que te quería decir que lo siento. Lo que he dicho antes…

—¿Cuándo?

—En el restaurante, para hacerme el interesante, o no sé qué.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada.

—Y también que yo pensaba lo mismo. En esa época. Quiero decir, que me

gustabas; «románticamente», quiero decir. No es que escribiera poemas, pero pensaba en ti; quiero decir, que pienso en ti, en los dos. Quiero decir, que me gustas.

—¿En serio? Ah… ¿En serio? Ya. Ah. Ya.

Al final va a pasar —pensó Emma—; aquí y ahora, desnudos en el mar Egeo.

—El problema que tengo es que… —Dexter suspiró, y sonrió con un lado de la boca—. ¡Pues que supongo que me gusta casi todo el mundo!

—Ya —fue lo único que pudo decir ella.

—… Cualquiera, en serio. Voy por la calle y… es lo que has dicho tú de que mi tipo es todo el mundo.

—Pobrecito —dijo ella inexpresivamente.

—Lo que quiero decir es que no creo que estuviera, que esté, preparado para… lo de novio y novia, ¿sabes? Creo que querríamos cosas diferentes. De una relación.

—¿Porque… eres gay?

—Te estoy hablando en serio, Em.

—¿Ah, sí? Nunca lo tengo claro.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡No! ¡Me da igual! Ya te dije que fue hace mucho mucho tiempo…

—Ahora… —Bajo el agua, las manos de él buscaron la cintura de ella y la abrazaron—. Ahora, que si quisieras divertirte un poco…

—¿Divertirme?

—Infringir las Reglas…

—¿Jugar al Scrabble?

—Ya me entiendes. Una aventurilla. Sólo ahora, de viaje, sin obligaciones, y sin decirle nada a Ingrid. Como un secreto entre los dos. Yo me apuntaría. Nada más.

Emma hizo un ruido gutural, con algo de risa y de gruñido. «Me apuntaría». La sonrisa de Dexter era expectante, como la de un comercial ofreciendo un muy buen crédito bancario. «Un secreto entre los dos», a añadir a muchos más, probablemente. Se acordó de una frase: las bocas son bocas. Sólo podía hacer una cosa. Sin pensar en que estaba desnuda, saltó fuera del agua y hundió la cabeza de Dexter en el mar con todo su peso, manteniéndola dentro. Empezó a contar despacio. Uno, dos, tres…

Creído, más que soberbio…

Cuatro, cinco, seis…

Y tú qué mujer más tonta, qué tonta por gustarte un tipo así, qué tonta por pensar que a él le gustabas…

Siete, ocho, nueve…

Se mueve mucho. Lo mejor será dejarlo salir y tomárselo a broma, tomárselo a broma…

Diez. Le apartó las manos de la cabeza y le dejó saltar hacia la superficie. Dexter se reía, sacudiéndose el agua del pelo y de los ojos. Emma también se rio: un tenso «ja jaja».

—Supongo que eso es que no —dijo él finalmente, sonándose el agua salada de la

nariz.

—Me parece que sí. Creo que hace tiempo que se nos pasó el momento.

—Ah, bueno… ¿Estás segura? Porque yo creo que estaríamos mucho más tranquilos si nos lo quitáramos de encima.

—¿Quitárnoslo de encima?

—Bueno, es que creo que estaríamos más unidos. Como amigos.

—¿Te preocupa que no acostarnos juntos pueda estropear nuestra amistad?

—No me estoy expresando muy bien…

—Dexter, te entiendo perfectamente. Eso es lo malo.

—Si te da miedo Ingrid…

—No es que me dé miedo, es que no estoy dispuesta a hacerlo sólo para que podamos decir que lo hemos hecho. Tampoco pienso hacerlo si lo primero que dices tú después es «no se lo digas a nadie, por favor», o «vamos a hacer como si no hubiera pasado nada». ¡Si tienes que mantener algo en secreto, es que no deberías hacerlo, para empezar!

Dexter, sin embargo, ya no la miraba; miraba hacia la playa, contrayendo los párpados. Emma se giró justo a tiempo para ver que alguien bajito y delgado corría por la arena a gran velocidad, llevando victoriosamente algo sobre la cabeza, como una bandera conquistada: una camisa y unos pantalones.

—¡EEEEEHH! —gritó Dexter, lanzándose hacia la orilla y berreando con la boca llena de agua.

Llegó a la playa con unas zancadas asombrosas, levantando mucho las rodillas, para correr con todas sus fuerzas tras el ladrón que le había robado toda la ropa.

Cuando volvió, rabiando y sin respiración, Emma estaba sentada en la playa, vestida de los pies a la cabeza, y sobria.

—¿Has encontrado algo?

—¡No! ¡Nada! —dijo él trágicamente—. Estoy jodido.

Hizo falta algo de brisa para recordarle que estaba desnudo. Se puso una mano entre las piernas, enojado.

—¿Se llevó tu cartera? —preguntó ella, con un rictus de seriedad pegado a la cara.

—No, sólo un poco de dinero; no sé, unos diez o quince billetes. Qué cabrón.

—Bueno, supongo que es uno de los peligros de bañarse desnudo —masculló ella, con un temblor en las comisuras de la boca.

—Lo que me jode son los pantalones. ¡Eran de Helmut Lang! Y los calzoncillos, de Prada. Treinta billetes, los putos calzoncillos. ¿Qué te pasa? —Emma no podía hablar de la risa—. ¡No tiene gracia, Em! ¡Acaban de robarme!

—Ya lo sé. Perdona…

—¡Eran de Helmut Lang, Em!

—¡Ya lo sé! Es que… así, tan enfadado, y… sin ropa…

Emma se puso en cuclillas y apoyó los puños y la frente en la arena, hasta que se

cayó de lado.

—Ya, Em. No tiene gracia. ¿Emma? ¡Emma! ¡Para ya!

Cuando Emma pudo levantarse, caminaron un poco en silencio por la playa. De pronto Dexter estaba frío y reservado. Emma se adelantó discretamente, mirando la arena, e intentando aguantarse.

—Hay que ser muy cabrón para robarle los calzoncillos a alguien —murmuraba Dexter—. ¿Sabes qué voy a hacer para encontrar al desgraciado ese? ¡Pues buscar al único cabrón bien vestido de toda la puta isla!

Emma volvió a tirarse por la arena, con la cabeza entre las rodillas.

En vista de que la búsqueda no daba resultado, peinaron la playa en busca de ropa de emergencia. Emma encontró un saco de plástico azul resistente. Dexter se lo puso delicadamente en la cintura, como una minifalda, mientras Emma le proponía hacer dos agujeros y convertirlo en un jumper, y hecha la propuesta, volvió a derrumbarse.

De vuelta pasaron por el puerto.

—Hay mucha más gente de lo que me esperaba —dijo Emma.

Dexter compuso sus facciones para que pareciera que se burlaba de sí mismo, y pasó al lado de las mesas del bar sin girar la cabeza, ignorando los silbidos. Entraron en el pueblo, y de repente, al meterse por una callejuela estrecha, se toparon con la pareja de la playa, rojos de beber y de tomar el sol, ebriamente agarrados, dando tumbos hacia el puerto por los escalones. Se quedaron mirando con perplejidad la minifalda de lona azul de Dexter.

—Me robaron la ropa —explicó él lacónicamente.

Asintieron, compasivos. Después de arrimarse a la pared para poder pasar, la chica se giró y dijo en voz alta:

—¡Bonito saco!

—Es de Helmut Lang —dijo Emma, y Dexter entornó los ojos ante su traición.

Le duró el mal humor todo el camino. Luego, en la habitación, fue como si compartir cama hubiera perdido toda su importancia. Emma fue a cambiarse al baño. Al salir, con una vieja camiseta gris, el saco de plástico azul estaba al pie de la cama, tirado por el suelo.

—Deberías colgarlo —dijo, empujándolo con el pie—. Se te arrugará.

—Ja —dijo él, tumbado en la cama con nuevos calzoncillos.

—¿Son éstos?

—¿El qué?

—Los famosos calzoncillos de treinta billetes. ¿Qué pasa, que están forrados de armiño?

—Vamos a dormir, ¿de acuerdo? ¿Qué lado?

—Éste.

Se dieron la espalda, en paralelo. Emma disfrutó con el contacto de las sábanas blancas y frías en la piel irritada.

—Qué día más bueno —dijo.

—Menos el final —masculló él.

Emma se giró para mirarlo: la cara de perfil, malhumorado, contemplando el techo. Le empujó un poco el pie con el suyo.

—Sólo son unos pantalones y unos calzoncillos. Te compraré unos nuevos que estén bien. Un *pack* de tres calzoncillos de algodón.

Dexter resopló. Emma le tomó la mano por debajo de la sábana y se la apretó con fuerza, hasta que él giró la cabeza para mirarla.

—En serio, Dex —dijo ella, sonriendo—. Me alegro mucho de estar aquí. Me la estoy pasando muy bien.

—Sí, yo también —masculló él.

—Ocho días más —dijo ella.

—Ocho días más.

—¿Te ves capaz de aguantarlo?

—Ya veremos. —Dexter sonrió afectuosamente. Para bien o para mal, volvía a ser todo como antes—. Bueno, esta noche ¿cuántas reglas hemos infringido?

Emma pensó un poco.

—La Uno, la Dos y la Cuatro.

—Pero al menos no hemos jugado al Scrabble.

—Ya habrá tiempo mañana.

Emma levantó una mano por encima de la cabeza, apagó la luz y se acostó de lado, dándole la espalda. Era todo como antes. No supo muy bien cómo tomárselo. Al principio le preocupó no poder dormir, por estar pensando en el día, pero no tardó en sentir con gran alivio que la vencía el sueño, deslizándose por sus venas como un anestésico.

Dexter se quedó mirando el techo bañado en luz azul, con la sensación de no haber tenido una velada muy brillante. Estar con Emma requería ciertos modales, y él no siempre estaba a la altura. Al mirarla de reojo, con el pelo sobre la nuca, y el bronceado reciente de la piel contra el blanco de la sábana, se planteó tocarle el hombro para disculparse.

—Buenas noches, Dex —murmuró ella, mientras aún podía hablar.

—Buenas noches, Em —contestó él; pero ya no lo oía.

Quedan ocho días —pensó—. Ocho días enteros. En ocho días podía pasar casi de todo.

Segunda parte

1993-1995

Veintimuchos

«Gastábamos cuanto podíamos, obteniendo a cambio tan poco cuanto la gente quería darnos. Siempre estábamos más o menos disgustados y la mayoría de nuestros conocidos estaban en situación parecida. Reinaba entre nosotros la alegre farsa de que nos divertíamos constantemente y la verdad nuda y cruda era que jamás lo conseguíamos. Y tengo entendido que, con respecto a esto último, nuestro caso era bastante común».

CHARLES DIKENS, *Grandes esperanzas*

Capítulo 6

Química

JUEVES 15 DE JULIO DE 1993

Primera parte: La versión de Dexter

Brixton, Earls Court y Oxfordshire

Últimamente, las noches y las mañanas tienden a fundirse. Han quedado obsoletos los anticuados conceptos de mañana y tarde, y Dexter está viendo muchos más amaneceres de lo que tenía por costumbre.

El 15 de julio de 1993, el sol sale a las 5.01. Dexter lo ve desde la parte trasera de una camioneta destartalada, volviendo de Brixton, del departamento de un desconocido; bueno, no exactamente un desconocido, sino una muy reciente amistad, una de las muchas que hace últimamente, esta vez un tal Gibbs, o Gibbsy (¿o Biggsy?), diseñador gráfico, y la loca de su amiga, Tara, una cosita diminuta, como un pajarito, con ojos de dormida y una boca ancha y roja, que no habla mucho; prefiere comunicarse por medio de masajes.

A quien conoce primero es a Tara, justo después de las dos de la madrugada, en el club que hay en los arcos del viaducto del tren. Lleva toda la noche viéndola en la pista, con una gran sonrisa en su bonita cara de duende, apareciendo inesperadamente detrás de algún desconocido cuyos hombros, o base de la espalda, empieza a frotar. Finalmente le llega el turno a Dexter. Asiente, sonríe y espera a que se haga lentamente la luz. Y sí, en efecto: ella frunce el ceño, se pone los dedos casi en la punta de la nariz y dice lo que últimamente dicen todos, que es:

—¡Tú eres famoso!

—¿Y tú quién eres? —grita él por encima de la música, tomándole las manos, pequeñas y huesudas, y separándolas, como si fuera un gran reencuentro.

—¡Me llamo Tara!

—¡Tara! ¡Tara! ¡Hola, Tara!

—¿Eres famoso? ¿De qué eres famoso? ¡Dímelo!

—Salgo por la tele. Salgo en un programa de la tele que se llama *marcha loca*. Hago entrevistas a cantantes.

—¡Lo sabía! ¡Sí eres famoso! —grita ella, encantada. Se yergue de puntillas y le da un beso en la mejilla, tan amablemente que Dexter se siente impulsado a gritar por

encima de la música:

—¡Eres un encanto, Tara!

—¡Soy un encanto! —grita ella—. Soy un encanto, pero no soy famosa.

—¡Pues deberías ser famosa! —grita Dexter, poniéndole las manos en la cintura —. ¡Yo creo que debería ser famoso todo el mundo!

Es un comentario hecho sin pensar, y que no quiere decir nada, pero parece que a Tara la conmueve la actitud, porque dice:

—¡Aaaaaaaah! —Se pone de puntillas y le apoya en el hombro su cabecita de elfo —. Me pareces súper encantador —le grita al oído.

Dexter no se lo discute.

—Tú a mí también —dice.

Se atascan en un círculo de «eres un encanto» potencialmente infinito. Ahora bailan juntos, con las mejillas pegadas y sonriéndose sin parar. A Dexter vuelve a sorprenderle lo fáciles que pueden ser las conversaciones cuando nadie está del todo bien de la cabeza. Antiguamente, cuando el único recurso de la gente era el alcohol, hablar con una chica entrañaba mucho contacto visual, invitar copas y horas de preguntas educadas sobre libros, películas, padres y hermanos. En cambio ahora se puede pasar casi enseguida de «¿cómo te llamas?» a «enséñame tu tatuaje», por ejemplo, o «¿qué ropa interior llevas?». Tiene que ser un adelanto, seguro.

—Eres un encanto —grita él. Ella le pega las nalgas a los muslos—. Eres pequeñísima. ¡Como un pájaro!

—Pero fuerte como un buey —grita ella por encima del hombro, flexionando un buen bíceps, del tamaño de una mandarina. Es tan pequeño, su pequeño bíceps, que Dexter se ve impulsado a besarlo—. Qué guapo eres. Eres más guapo…

—Tú también eres maja —replica él, pensando: pero qué increíblemente va esto, qué gusto de intercambio. Tara es tan pequeña y mona que le recuerda a un pajarito, un reyezuelo, pero como no encuentra la palabra «reyezuelo», le toma las manos, se las estira y le grita al oído—: ¿Cómo se llama ese pájaro diminuto que cabe en una caja de cerillos?

—¿Qué?

—UN PÁJARO QUE METES EN UNA CAJA DE CERILLOS CABE EN UNA CAJA DE CERILLOS UN PÁJARO MUY PEQUEÑO PARECES UN PAJARITO QUE NO ME ACUERDO DE CÓMO SE LLAMA. — Separa dos o tres centímetros el índice y el pulgar—. UN PÁJARO PEQUEÑO MUY PEQUEÑO TÚ TE PARECES.

Ella mueve la cabeza, para decir que sí o por seguir la música. Sus párpados caídos empiezan a temblar. Tiene las pupilas dilatadas y se le ponen los ojos en blanco, como a las muñecas de la hermana de Dexter. Él ya no se acuerda de qué se trataba la conversación; por un momento no entiende nada, y por eso cuando Tara le toma las manos, y se las aprieta, y le dice otra vez que es un encanto y que tiene que conocer a sus amigos, porque también son un encanto, no se opone.

Mira a todas partes buscando a Callum O’Neill, su antiguo compañero de

departamento de la universidad. Lo ve poniéndose el abrigo. De ser el hombre más perezoso de todo Edimburgo, Callum ha pasado a tener éxito en los negocios: hombre grandote, de trajes caros, enriquecido gracias al reciclaje de computadoras. Pero al éxito le ha acompañado la moderación; nada de drogas, y no pasarse de alcohol las noches de entre semana. En este ambiente se le ve incómodo, cuadrado. Dexter se acerca y le toma las manos.

—¿Adónde vas, colega?

—¡A casa! Son las dos de la madrugada. Tengo trabajo.

—Ven conmigo. ¡Quiero presentarte a Tara!

—Dex, no quiero conocer a ninguna Tara. Tengo que irme.

—¿Sabes qué? ¡Que eres un peso pluma!

—Y tú estás un poco eufórico. Anda, haz lo que tengas que hacer. Mañana te llamo.

Dexter le da un abrazo a Callum, y le dice que es un tipo genial, pero Tara vuelve a tirarle de la mano, así que se gira y se deja llevar entre la gente hacia uno de los espacios *chill-out*.

Es un club caro, supuestamente de nivel, aunque últimamente Dexter casi nunca paga nada. También está demasiado tranquilo para un jueves por la noche, aunque al menos no ponen esa música *tecno* tan horrible, ni hay de esos niñitos espantosos, de esos huesudos y con la cabeza rapada que se quitan la camisa y te ponen la cara en las narices, enseñando los dientes y apretando las mandíbulas. Lo que hay, principalmente, son muchos veinteañeros agradables y de clase media, la gente con la que se identifica Dexter, como los amigos de Tara, sin ir más lejos: retozando sobre grandes cojines, fumando, hablando y mascando. Conoce a Gibbsy (¿o Biggsy?), al Encanto de Tash y a su novio Stu Stewpot, y a Spex, que lleva lentes, y a su novio Mark, que parece que se llama sólo Mark, qué decepción; y todos le ofrecen su chicle, agua y Marlboro Lights. A la amistad siempre se le da mucho bombo, pero la verdad es que aquí parece increíblemente fácil, y en poco tiempo Dexter se empieza a imaginar que se van juntos de vacaciones en una casa sobre ruedas, y que hacen parrilladas en la playa mientras se pone el sol, y a ellos parece que también les cae bien, le preguntan cómo es salir por la tele, a qué otros famosos conoce, y él les cuenta algunos chismes verdes, y todo el rato Tara encaramada a su espalda, haciéndole masajes en el cuello y los hombros con sus dedos pequeños y huesudos, provocando pequeños estremecimientos de euforia, hasta que de repente, sin saber por qué, se para la conversación, unos cinco segundos de silencio, pero suficientes para que le asalte por sorpresa un destello de sobriedad, y se acuerda de lo que tiene que hacer mañana, no, mañana no, hoy, ay, Dios mío, dentro de unas horas, y siente el primer escalofrío de pánico y miedo de la noche.

Pero tranquilo, que no pasa nada, porque Tara está diciendo vamos a bailar antes de que se nos pase, así que van todos y forman un grupo no muy compacto en los arcos del viaducto, frente al DJ y a las luces, y bailan un rato en el hielo seco,

sonriendo mucho, asintiendo con la cabeza y mirándose con esas caras raras, tensas, cejijuntas; pero ahora, más que de euforia, asienten y sonríen por necesidad de que les aseguren que aún se están divirtiendo, que no está a punto de acabarse. Dexter no sabe si quitarse la camisa, a veces ayuda, pero ha pasado el momento. Alguien grita cerca de él, pero sin ganas, y no convence a nadie. El enemigo, la conciencia de sí mismo, avanza lentamente; el primero en sucumbir es Gibbsy, o Biggsy, diciendo que la música es una mierda, y todos paran de bailar de golpe, como si se hubiera roto un conjuro.

Yendo hacia la salida, Dexter se imagina el trayecto a su casa, la masa amenazante de taxis ilegales que habrá fuera del club, el miedo irracional a ser asesinado, el departamento vacío de Belsize Park, y horas de insomnio lavando la ropa y ordenando sus discos de vinil hasta que deje de latirle la cabeza y pueda dormir y hacer frente al día, y siente otra oleada de pánico. Necesita compañía. Mira a su alrededor, buscando una cabina telefónica. Podría ver si Callum aún está despierto, pero ahora no le vale la compañía masculina. Podría llamar a Naomi, pero estará con su novio, o a Yolande, pero está de rodaje en Barcelona, o a Ingrid la Tremenda, pero dijo que si volvía a verle, le sacaría el corazón, o a Emma, eso, Emma, no, Emma no, en estas condiciones no, no lo entiende ni le parece bien. Sin embargo, a quien más ganas tiene de ver en este momento es a Emma. ¿Por qué no está con él? Tiene muchas cosas que preguntarle, como por qué nunca han estado juntos, sería genial, un equipo, una pareja, Dex y Em, Em y Dex, lo dice todo el mundo. Le toma por sorpresa este ataque repentino de amor a Emma. Decide tomar un taxi a Earls Court y decirle lo genial que es, que la quiere de verdad, y qué *sexy* es, cómo es posible que no se dé cuenta, y por qué no lo hacen y ya está, a ver qué pasa, y si no funciona nada, si se quedan hablando, al menos será mejor que pasar la noche solo. Pase lo que pase, no puede estar solo…

Ya tiene el teléfono en la mano cuando, menos mal, Biggsy, o Gibbsy, les propone ir todos a su casa, no queda lejos, así que salen del club y vuelven a Coldharbour Lane con la seguridad de cuando se va en grupo.

El departamento es un espacio grande sobre un viejo pub. Cocina, salón, dormitorio, cuarto de baño… Todo junto, sin paredes ni concesiones a la intimidad salvo la cortina de baño semitransparente que rodea el inodoro. Mientras Biggsy prepara el equipo de música, los otros se echan todos sin orden ni concierto en una cama enorme con dosel, cubierta de irónicas pieles de tigre acrílicas y sábanas negras sintéticas. Encima de la cama hay un espejo semicursi. Se quedan mirándolo con los párpados caídos, admirándose desparramados, con cabezas en regazos y manos que buscan a tientas otras manos, jóvenes y listos, atractivos y con éxito, informados y no del todo bien de la cabeza, pensando en lo guapos que están y en lo muy amigos que serán de ahora en adelante. Habrá picnics en Hampstead Heath, largos domingos matando el tiempo en el pub, y Dexter vuelve a divertirse.

—Me pareces increíble —le dice alguien a alguien; da igual quién, porque son

todos increíbles, de verdad; la gente es increíble.

Pasan las horas sin que nadie se dé cuenta. Ahora hay alguien hablando de sexo, y compiten en hacer revelaciones personales de las que se arrepentirán por la mañana. Hay gente que se besa, y Tara le sigue toqueteando el cuello, clavando sus dedos duros y pequeños en la parte superior de la columna, pero ya se ha pasado todo el efecto de las drogas, y lo que era un masaje relajante se convierte en una serie de golpes y pinchazos, y al levantar la mirada hacia la cara de duende de Tara, de pronto la ve tensa y amenazadora, con la boca demasiado grande y los ojos demasiado redondos, como una especie de mamífero sin pelo. También se da cuenta de que es mayor de lo que se pensaba —por Dios, pero si debe de andar sobre los treinta y ocho —, y de que tiene una especie de pasta blanca entre los dientes, como masa, y Dexter ya no puede controlar que suba por su columna el pavor al día que tiene por delante, miedo, aprensión y vergüenza que se manifiestan como un pegajoso sudor químico. De repente se sienta, tirita y se pasa lentamente las manos por la cara, de arriba abajo, como si se la limpiase de algo tangible.

Empieza a hacerse de día. En Coldharbour Lane cantan mirlos, y tiene la sensación —tan nítida que casi es una alucinación— de estar completamente hueco; vacío, como un huevo de Pascua. Tara, la masajista, le ha creado un nudo grande y enredado de tensión entre los hombros; se ha parado la música, y en la cama alguien pide té, y todos quieren té, té, té, así que Dexter se suelta y va al enorme refrigerador, el mismo modelo que tiene él, siniestro e industrial, como salido de un laboratorio de genética. Abre la puerta y mira fijamente. Hay una ensalada que se está pudriendo en la bolsa, con el plástico inflado, a punto de reventar. Le tiemblan los ojos en las órbitas, provocando un último espasmo visual. Al enfocarlos, ve una botella de vodka. Escondido tras la puerta del refrigerador, se bebe unos cinco centímetros, y para que pase mejor se toma un trago de jugo de manzana agrio que le pica en la lengua, repulsivamente. Hace una mueca y se lo traga, junto con el chicle. Alguien vuelve a pedir té. Encuentra el *tetrapack* de la leche, lo sopesa y tiene una idea.

—¡No hay leche! —grita.

—Debería haber —grita Gibbsy o Biggsy.

—No. Vacía. Voy por más. —Vuelve a meter en el refrigerador el cartón lleno, sin abrir—. Vuelvo en cinco minutos. ¿Alguien quiere algo? ¿Cigarros? ¿Chicles?

A falta de respuesta por parte de sus nuevos amigos, se va discretamente, baja por la escalera dando tumbos y sale a la calle, embistiendo la puerta como si le faltara oxígeno. Luego echa a correr, y no vuelve a ver nunca a esa gente tan increíble.

En Electric Avenue encuentra una central de minitaxis. El 15 de julio de 1993, el sol sale a las 5.01, y Dexter Mayhew ya está en el infierno.

Emma Morley come bien, y bebe con moderación. Últimamente duerme sus buenas ocho horas, y se despierta ella sola sin problemas, justo antes de las seis y media.

Entonces se bebe un gran vaso de agua: los primeros 250 ml de su litro y medio diario, servidos de una jarra recién comprada, en un vaso a juego que recibe un haz de luz matutina al lado de su cama doble, limpia y caliente. Una jarra. Posee una jarra. Apenas puede creer que sea verdad.

También tiene muebles en propiedad. Veintisiete años son demasiados para hacer vida de estudiante. Ahora es dueña de su propia cama, grande, de hierro forjado y mimbre, comprada durante las rebajas de verano en una tienda de mobiliario colonial de Tottenham Court Road. Es el modelo Tahití, y ocupa todo el dormitorio de su piso de al lado de Earls Court Road. El edredón es de plumón de oca, y las sábanas, de algodón egipcio, que, según le informó la vendedora, es el mejor algodón que se conoce; todo ello representa una nueva época de orden, independencia y madurez. Los domingos por la mañana se tumba a solas en la Tahití, como si fuera una balsa, y escucha *Porgy and Bess*, Mazzy Star, el Tom Waits de antes y un LP de las suites para violonchelo de Bach, con los chasquidos entrañables del vinil. Bebe litros de café, y escribe pequeñas observaciones e ideas para relatos con su mejor pluma, en páginas blanco lino de cuadernos caros. A veces, si le sale mal, duda de si lo que toma por amor a la palabra escrita no será, en realidad, simple fetichismo por los artículos de escritorio. Los escritores de verdad, los que lo son de nacimiento, garabatean en trozos de basura, en el dorso de boletos de autobús, en las paredes de las celdas… Emma, con un gramaje menor de 120, ya no sabe qué hacer.

Otras veces, en cambio, se pasa horas escribiendo tan feliz, como si las palabras estuvieran allí desde siempre, satisfecha y sola en su departamento de un solo dormitorio. Sola, pero no porque se sienta así, o casi nunca. Sale cuatro noches por semana, y si quisiera, podría salir más. Conserva sus viejas amistades, y también tiene otras nuevas, entre sus compañeros de clase de la Facultad de Pedagogía. Los fines de semana aprovecha a fondo las guías del ocio, todo menos la sección de salir de noche, que con su jerga es como si estuviera escrita en rúnico. Tiene la sospecha de que ella no bailará nunca jamás en brasier en una sala llena de espuma. Mejor. En vez de eso, va con sus amigos a cines de arte y galerías, cuando no alquilan una casa, se dan buenos paseos por el campo y fingen que es donde viven. La gente le dice que tiene mejor aspecto, más segura de sí misma. Ha renunciado a las ligas de pelo aterciopeladas, el tabaco y la comida a domicilio. Tiene cafetera, y es la primera vez en su vida que se está planteando invertir en bolsas de hierbas aromáticas.

Suena el radiodespertador, pero Emma se da el lujo de quedarse en la cama, escuchando las noticias. John Smith tiene problemas con los sindicatos. Para ella es desgarrador, porque le gusta John Smith; parece buena persona, sabio, como un director de colegio. Hasta su nombre hace pensar en firmes principios de hombre del pueblo. Una vez más, toma nota mentalmente de estudiar la posibilidad de afiliarse al Partido Laborista; así quizá no tenga tan mala conciencia, ahora que ya no es de la Campaña por el Desarme Nuclear. No es que no simpatice con sus objetivos, pero empieza a parecerle un poco ingenuo exigir el desarme multilateral, un poco como

exigir la bondad universal.

A sus veintisiete años, Emma se pregunta si no se estará haciendo mayor. Antes estaba orgullosa de no querer ver los dos lados de una discusión, pero ahora cada vez acepta más que todo es más ambiguo y complejo de lo que le parecía. Está claro que no entiende las siguientes dos noticias, que son sobre el Tratado de Maastricht y la guerra en Yugoslavia. ¿No debería tener opinión, tomar partido, boicotear algo? Al menos con el *apartheid* tenías las cosas claras. Ahora hay guerra en Europa, y ella, personalmente, no ha hecho nada en absoluto para remediarlo. Demasiado ocupada comprando muebles. Desazonada, se quita de encima el nuevo edredón y, encajonándose en el minúsculo pasillo que forman el lado de la cama y las paredes, avanza de lado hacia el vestíbulo, para entrar en un baño diminuto, en el que nunca tiene que esperar, puesto que vive sola. Tira la camiseta en la cesta de mimbre de la ropa sucia —mucho mimbre en su vida desde aquellas rebajas tan determinantes de Tottenham Court Road—, se pone los lentes de siempre y se planta desnuda ante el espejo, echando los hombros hacia atrás. Podría ser peor, piensa, y entra en la regadera.

Desayuna mirando por la ventana. El departamento está en un sexto piso de un edificio de época, hecho de ladrillo rojo, con vistas a un bloque de ladrillo idéntico, también de época. A ella no le gusta especialmente Earls Court: muy venido a menos, y provisional, como vivir en el cuarto de invitados de Londres. Por otro lado, se paga una locura por vivir sola en un departamento. Es posible que tenga que mudarse a algo más barato cuando le salga su primer trabajo como profesora, pero de momento le encanta estar tan lejos de Loco Caliente, y del duro realismo social del trastero de Clapton. Emancipada de Tilly Killick tras seis años de convivencia, le encanta saber que no habrá ropa interior acechando en el fregadero, ni marcas de dientes en el cheddar.

Y es que ya no le da vergüenza cómo vive. Hasta ha dejado que la visiten sus padres: Jim y Sue ocupando la Tahití, mientras Emma dormía en el sofá. Durante tres conflictivos años, no se cansaron de hacerle comentarios sobre la mezcla étnica de Londres y lo que valía una taza de té, y aunque no hayan llegado a manifestar en voz alta que les parece bien su nuevo estilo de vida, al menos su madre ya no le insinúa que vuelva a Leeds, a trabajar en la compañía de gas. «Felicidades, Emmy», le susurró su padre al despedirse en la estación de King’s Cross. ¿Felicidades? Pero ¿por qué? Tal vez por estar viviendo finalmente como una persona adulta.

Claro que novio sigue sin tenerlo, pero tampoco le importa. De vez en cuando, muy de vez en cuando, digamos que un domingo de lluvia a las cuatro de la tarde, le da un ataque de pánico, y casi le deja sin aliento la soledad. Se sabe que ha agarrado una o dos veces el teléfono para asegurarse de que no esté estropeado. A veces piensa en lo bonito que sería que la despertase de noche una llamada: «toma un taxi ahora mismo», o «tengo que verte, tenemos que hablar». Pero en sus mejores momentos se siente como un personaje de novela de Muriel Spark: independiente, aficionada a la

lectura, de inteligencia viva y secretamente romántica. A sus veintisiete años, Emma Morley tiene una doble especialidad en Filología e Historia, una cama nueva, un departamento de salón y dormitorio en Earls Court, muchas amistades y un posgrado en Pedagogía. Si sale bien la entrevista de hoy, tendrá trabajo como profesora de lengua y teatro, temas que conoce, y que le encantan. Está en el umbral de una nueva carrera como profesora que estimula a sus alumnos, y por fin hay un poco de orden en su vida.

También hay una cita.

Emma tiene una cita formal, como Dios manda. Va a sentarse en un restaurante con un hombre, y a verle comer y hablar. Alguien quiere subir a bordo de la Tahití, y esta noche Emma decidirá si lo deja. De pie junto a la tostadora, cortando un plátano en rodajas —primera de las siete porciones de fruta y verdura de hoy—, mira fijamente el calendario. 15 de julio de 1993, un signo de interrogación, y otro de exclamación. Ya falta poco.

La cama de Dexter es de importación, italiana: una plataforma baja y negra, sin adornos, como un escenario o un ring de lucha, funciones ambas que a veces desempeña. Es donde está tumbado a las 9:30, despierto, con una mezcla de aprensión, odio a sí mismo y frustración sexual. Tiene las terminaciones nerviosas de punta y un gusto desagradable en la boca, como si le hubieran bañado la lengua en laca de pelo. Se levanta de golpe y va descalzo a la cocina sueca, por un suelo de tablas barnizadas de negro. Encuentra una botella de vodka en el congelador de su gran refrigerador industrial, y después de echarse un par de dedos en el vaso, añade la misma cantidad de jugo de naranja. Se consuela con la idea de que como aún no ha dormido, no es la primera copa del día, sino la última de la noche anterior. Además, todo ese tabú sobre beber alcohol de día es una exageración. En Europa lo hacen. El truco es aprovechar el subidón del alcohol para contrarrestar el bajón de las drogas; él se está emborrachando para seguir sobrio, lo cual, bien pensado, es bastante razonable. Animado por esta lógica, se echa otros dos dedos de vodka, pone la banda sonora de *Reservoir Dogs* y se va a la regadera, dándose aires.

Media hora después aún está en el cuarto de baño, preguntándose qué hacer para no seguir sudando. Se ha cambiado dos veces de camisa y se ha bañado con agua fría, pero sigue brotando transpiración en su espalda y su frente, aceitosa y viscosa como vodka, cosa que bien podría ser. Mira su reloj. Ya llega tarde. Decide intentar conducir con las ventanillas abiertas.

Hay un paquete del tamaño de un ladrillo al lado de la puerta, para no olvidárselo; un paquete de envoltorio muy elaborado, a base de capas de papel de seda de distintos colores. Lo recoge, cierra el departamento con llave y sale a la avenida sombreada donde le espera su coche, un Mazda MRII convertible de color verde. Sin sitio para pasajeros, ni posibilidad de portaequipaje, y ya no digamos un carrito de

bebé, con el espacio justo para un neumático de repuesto; es un coche que grita juventud, éxito y soltería. En la guantera hay un cambiador de CD escondido, un milagro futurista hecho de muelles diminutos y plástico negro mate. Elige cinco CD —gratis, de las compañías, otra ventaja del trabajo— y desliza los relucientes discos en la caja, como si cargase de balas una pistola.

Escucha a The Cranberries, a la vez que recorre las calles anchas y residenciales de St. John's Wood. No es lo que más le gusta, pero es importante estar al día cuando se forjan los gustos musicales de la gente. El tráfico de la Westway ya no es el de la hora pico. Antes de que se acabe el disco, ya está en la M40, yendo hacia el oeste por los polígonos de industria ligera y las urbanizaciones donde vive con tanto éxito, y tan a la moda. El suburbio tarda poco en dejar paso a las plantaciones de coníferas que pasan por ser el campo. En el equipo de música suena Jamiroquai. Ahora Dexter se encuentra mucho, pero mucho mejor, insolente y juvenil con su modelo deportivo. Sólo le queda un poco de mareo. Sube el volumen. Conoce al cantante del grupo, le ha hecho varias entrevistas, y aunque no llegaría al extremo de decir que son amigos, conoce bastante bien al que toca las congas, y experimenta cierto vínculo personal al oírles cantar sobre la emergencia en el planeta Tierra. Es la versión extendida, muy extendida. El tiempo y el espacio adquieren una cualidad elástica, mientras Dexter tiene la impresión de pasarse muchas muchas horas tarareando, hasta que su vista se pone borrosa y palpita por última vez con los restos de las drogas de la noche anterior en las venas; y se oye una bocina, y se da cuenta de que está conduciendo a ciento ochenta kilómetros por hora en el centro exacto de dos carriles.

Deja de tararear e intenta volver al carril del medio, pero descubre que se le ha olvidado conducir; los brazos tiesos, doblados por los codos, tratando de arrancar físicamente el volante de algo invisible que lo sujeta. De pronto la velocidad de Dexter se ha reducido a noventa y tres kilómetros por hora, los pies simultáneamente en el freno y el acelerador, y se oye otra bocina, la de un camión grande como una casa que ha aparecido por detrás. Ve el rostro crispado del camionero en el retrovisor: un hombre corpulento, con lentes negros de espejo, que le grita; su cara, tres huecos negros, como una calavera. Dexter da otro golpe de volante, sin mirar siquiera qué hay en el carril de baja velocidad, y de repente está seguro de que se morirá, aquí y ahora, dentro de una bola de fuego abrasador, escuchando un remix extendido de Jamiroquai. Por suerte el carril de baja velocidad está vacío. Respira bruscamente por la boca, una vez, dos, tres, como un boxeador. Apaga la música y conduce en silencio, sin subir ni bajar de los ciento diez, hasta que llega a su salida.

Exhausto, encuentra estacionamiento en Oxford Road, reclina el asiento y cierra los ojos con la esperanza de dormir, pero sólo ve los tres huecos negros del conductor del camión gritándole. Fuera hay demasiado sol, demasiado ruido de tráfico, y además tiene algo de miserable y de malsano este joven nervioso que se agita en un coche estacionado a las once cuarenta y cinco de una mañana de verano, así que se incorpora, suelta una grosería y sigue conduciendo hasta encontrar un pub de

carretera que conoce desde la adolescencia. El White Swan es una cadena donde se puede desayunar durante todo el día, y comer bistec con papas a precios imposiblemente baratos. Se estaciona, toma el paquete de regalo del asiento de al lado y entra en la gran sala que tanto conoce, con olor a limpiamuebles, y a los cigarrillos de la noche anterior.

Dexter se apoya llanamente en la barra, y pide un tarro de cerveza clara y un doble *vodka-tonic*. Se acuerda del mesero, de cuando venía a beber con sus amigos, a principios de los ochenta.

—Yo hace años venía mucho —dice cordialmente.

—¿Ah, sí? —contesta el mesero, enjuto y tristón.

Si le reconoce, no lo dice. Dexter agarra un vaso en cada mano, se va a una mesa y bebe en silencio, con el regalo delante, un paquetito de alegría en medio de la sordidez ambiental. Mira a su alrededor, pensando en lo lejos que ha llegado en los últimos diez años, y en todo lo que ha conseguido: presentador de la tele famoso, sin haber cumplido ni los veintinueve.

A veces piensa que las virtudes medicinales del alcohol bordean lo milagroso, porque a los diez minutos ya se va tan campante hacia su coche, y vuelve a escuchar música: los Beloved, trinan que te trina; deprisa como va, en otros diez minutos se mete en el camino de grava de la casa de sus padres, un edificio grande y apartado de los años veinte, con un entramado de falsas vigas de madera en la fachada, para hacerlo parecer menos moderno, cuadrado y macizo de lo que es. Una casa familiar cómoda y alegre en las Chilterns, que Dexter observa con aprensión.

Ya está su padre en la puerta, como si llevara años en el mismo sitio. Va demasiado tapado para julio, con el faldón de la camisa por fuera del suéter, y una taza de té en la mano. De niño, a Dexter le parecía un gigante, pero ahora se le ve encorvado y fatigado, con palidez y arrugas en su larga cara ajada, por los seis meses que lleva empeorando la salud de su mujer. Levanta la taza para saludar. Dexter se ve un momento a sí mismo a través de los ojos de su padre, y hace una mueca, avergonzado por su camisa brillante, su manera informal de conducir el cochecito deportivo, el ruido chabacano que hace al frenar en la grava y el *chill-out* relajante de los altavoces.

Relax a tope.

Idiota.

En el éxtasis.

Bufón.

Alucinado, payaso, que eres un payaso barato.

Apaga el CD, separa el frontal extraíble del tablero y se queda mirándolo en la mano. Relájate, que estás en las Chilterns, no en Stockwell. Tu padre no te va a robar el equipo de música. Relájate. Su padre, en la puerta, levanta otra vez la taza. Dexter suspira, toma el regalo del asiento de al lado, invoca toda su capacidad de concentración y baja del coche.

—Qué auto más ridículo —le regaña su padre.

—Bueno, no tienes que conducirlo tú, ¿no?

A Dexter le tranquiliza la naturalidad del número de siempre: el padre serio y cuadrado, el hijo irresponsable y descarado.

—Tampoco creo que cupiese. Son juguetes de niños. Te esperábamos hace un buen rato.

—¿Qué tal, viejo? —dice Dexter, con un ataque de cariño a su querido y viejo padre.

Le rodea instintivamente la espalda, se la frota, y después —agonía— le da un beso en la mejilla.

Se quedan los dos de piedra.

Por alguna razón, Dexter ha desarrollado el reflejo de besar. Ha hecho el ruido de «mmmua» en la peluda oreja de su padre. Una parte inconsciente de su ser cree que vuelve a estar en los arcos del viaducto, con Gibbsy, Tara y Spex. Se nota los labios mojados de saliva, y se da cuenta de la consternación con que su padre mira a su hijo, con mirada del Antiguo Testamento. Los hijos dando besos a los padres: se ha infringido una ley de la naturaleza. Aún no ha cruzado ni la puerta de la casa, y ya está rota la ilusión de sobriedad. Su padre resopla, sea de asco o para oler el aliento de su hijo; Dexter no sabe muy bien qué es peor.

—Tu madre está en el jardín. Lleva toda la mañana esperándote.

—¿Cómo está? —pregunta.

Quizá le conteste que «mucho mejor».

—Ya la verás. Voy a poner el agua a hervir.

Después de tanto sol, el pasillo se nota oscuro y fresco. En ese momento entra del jardín trasero su hermana mayor, Cassie, con una bandeja en las manos, irradiando capacidad, sensatez y piedad en el rostro. A sus treinta y cuatro años ya se ha encasillado en el severo papel de jefa de enfermeras, que le va muy bien. Con una sonrisa que también es de reproche, acerca la mejilla a la suya.

—¡Ha vuelto el hijo pródigo!

La confusión mental de Dexter no llega al extremo de no saber reconocer una pulla; aun así, ignora el comentario y mira la bandeja. Un plato gris cafesoso de cereales disueltos en leche, con la cuchara al lado, sin usar.

—¿Cómo está? —pregunta.

Quizá le diga que «muy mejorada».

—Ya la verás —dice Cassie.

Al arrimarse a su hermana para pasar, se pregunta: ¿por qué no me dice nadie cómo está?

La mira desde la puerta. Está sentada en un antiguo sillón de orejas, que han sacado para contemplar la vista de campos y bosques, con la mancha gris borrosa de Oxford a lo lejos. Desde esta perspectiva, le tapan la cara el sombrero ancho y los lentes de sol (últimamente le molesta la luz), pero Dexter ve por sus brazos delgados,

y por cómo le cuelga la mano en el brazo acolchado del sillón, que ha cambiado mucho en las tres semanas que lleva sin verla. De repente le entran ganas de llorar. Le gustaría acurrucarse como un niño pequeño, y sentir que lo acuna en sus brazos. También tiene ganas de irse corriendo lo más deprisa que pueda, pero no es posible ni lo uno ni lo otro, así que baja por los escalones con paso saltarín y alegría artificial de presentador de tertulia.

—¡Hoolaaaa!

Ella sonríe como si ya tuviera que esforzarse hasta para sonreír. Dexter se agacha por debajo del ala del sombrero, y al darle un beso encuentra una frialdad, una tersura y un brillo de lo más desconcertantes en la piel de la mejilla. Debajo del sombrero hay un pañuelo atado, para disimular la caída del pelo, pero Dexter procura no escrutarle la cara demasiado de cerca al agarrar rápidamente una silla de jardín medio oxidada. La acerca ruidosamente y la orienta hacia fuera, para que vean los dos el paisaje, aunque se siente observado por su madre.

—Estás sudando —dice ella.

—Es que hace calor.

No parece muy convencida. Hay que esforzarse más. Concéntrate. Ten presente con quién hablas.

—Estás empapado.

—Es la camisa. Fibra artificial.

Su madre levanta una mano y le toca la camisa con el dorso. Arruga de asco la nariz.

—¿De dónde?

—Prada.

—Muy caro.

—Siempre lo mejor. —Dexter, que no ve la hora de cambiar de tema, toma el paquete del muro de rocalla—. Un regalo para ti.

—Qué bien.

—No es mío, es de Emma.

—Ya se ve en el envoltorio. —Ella deshace con cuidado el lazo—. Los tuyos siempre están en bolsas de basura cerradas con cinta adhesiva.

—No es verdad.

Dexter sonríe, sin abandonar el registro ligero.

—Y tampoco es que hagas muchos.

Empieza a ser difícil mantener la sonrisa. Por suerte, su madre mira el paquete al retirar escrupulosamente el envoltorio, destapando varios libros de bolsillo: Edith Wharton, un par de Raymond Chandler y F. Scott Fitzgerald.

—Qué detalle. ¿Le darás las gracias de mi parte? Emma Morley. Es un encanto. —Mira la cubierta del de Fitzgerald—. *Hermosos y malditos*. Somos tú y yo.

—Pero ¿quién es qué? —dice él sin pensar.

Por suerte no parece que lo oiga. Está leyendo la tarjeta, un *collage agit-prop* en

blanco y negro del 82.

—«¡Fuera Thatcher!». —Se ríe—. Qué buena chica. Y qué graciosa. —Toma la novela y mide su grosor con el pulgar y el índice—. Aunque un poco optimista. No estaría de más que de ahora en adelante la orientases hacia los relatos cortos.

Dexter sonríe y resopla, obediente, aunque el humor macabro es algo que odia. Se supone que es una demostración de agallas, para no ponerse triste, pero a él le parece tonto y aburrido. Preferiría dejar sin decir lo indecible.

—Por cierto, ¿cómo está Emma?

—Creo que muy bien. Ya obtuvo el título de profesora. Hoy tiene una entrevista de trabajo.

—Eso sí que es una profesión. —Su madre se gira para mirarlo—. ¿Tú no quisiste ser profesor? ¿Qué pasó?

Dexter reconoce la provocación.

—No era para mí.

—No —se limita a decir ella.

Durante un momento de silencio, Dexter tiene la impresión de que el día se le va otra vez de las manos. La tele y las películas le habían hecho creer que lo único bueno de las enfermedades es que acercan a la gente, y que habría una apertura, un entendimiento sin esfuerzo; pero entre ellos dos siempre ha habido proximidad y apertura, mientras que ahora, en vez de la comprensión de siempre, hay amargura y resentimiento, rabia en ambas partes por lo que sucede. Lo que deberían ser encuentros llenos de cariño y de consuelo se ven rebajados a riñas y reproches. Hace ocho horas, Dexter estaba contando sus secretos más íntimos a gente a la que no conocía de nada. Ahora no puede hablar con su madre. Hay algo que no funciona.

—Oye, el otro día vi *marcha loca* —dice ella.

—¿Ah, sí?

Ante el silencio de su madre, Dexter no tiene más remedio que añadir:

—¿Y qué te pareció?

—Creo que tú lo haces muy bien. Muy natural. Se te ve muy simpático en pantalla. El programa ya te dije que no me gusta mucho.

—Bueno, es que en el fondo no se dirige a gente como tú…

La frase hace encresparse a su madre, que gira imperiosamente la cabeza.

—¿Qué quieres decir con gente como yo?

Él se pone nervioso.

—No, que sólo es un programa de madrugada tonto, para después de salir…

—O sea, que no estaba bastante borracha para disfrutarlo.

—No…

—Yo mojigata no soy; no me molesta la vulgaridad, pero es que no entiendo que de repente haga falta humillar constantemente a los demás…

—Si en el fondo no se humilla a nadie; es divertido…

—Hacen concursos para encontrar a la novia más fea del país. ¿Eso no te parece

humillante?

—No, en el fondo no…

—Pedirles a los hombres que manden fotos de novias feas…

—Es divertido. La cuestión es que ellos las quieren, aunque sean…, aunque no sean convencionalmente atractivas. ¡La cuestión es ésa! ¡Es divertido!

—No paras de decir que es divertido. ¿A quién intentas convencer, a mí o a ti?

—Vamos a dejar el tema, ¿de acuerdo?

—¿Y tú crees que a ellas les parece divertido, a las novias, las «horripilantes»…?

—Mamá, yo sólo presento a los grupos. Sólo les pregunto a los cantantes por su maravilloso nuevo video. Es mi trabajo. Es un medio, no el fin.

—Pues ¿cuál es el fin, Dexter? Nosotros siempre te hemos inculcado que podías hacer lo que quisieras. Ahora, no me había imaginado que quisieras hacer… esto.

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé; algo que esté bien.

De repente su madre se pone la mano izquierda en el pecho, y se apoya en el respaldo.

Después de un rato, Dexter sigue hablando.

—Esto está bien, a su manera. —Ella hace una mueca—. Es una tontería, un programa de entretenimiento, y está claro que tiene cosas que no me gustan, pero es una experiencia, y llevará a otras cosas. Además, no sé si sirve de algo, pero yo estoy convencido de que lo hago bien. Y además disfruto.

Su madre espera un momento y dice:

—Pues entonces supongo que tienes que hacerlo. Tienes que disfrutar con lo que hagas. No, si yo ya sé que más adelante harás otras cosas, pero es que… —Le toma la mano, dejando la idea en el aire. Después se ríe, sin aliento—. Sigo sin ver la necesidad de que te hagas el barriobajero.

—Es mi voz de hombre de la calle —dice él.

Ella sonríe; una sonrisa muy débil, a la que Dexter, pese a todo, se aferra.

—No deberíamos discutir —dice ella.

—No es una discusión, es un debate —dice él, a sabiendas de que sí discuten.

Ella se lleva una mano a la cabeza.

—Me estoy poniendo morfina. A veces no sé lo que digo.

—No has dicho nada. Yo también estoy un poco cansado.

El sol se refleja en las losas del suelo. Dexter tiene la clara sensación de que le hierve y se le quema la piel de la cara y de los antebrazos, como a un vampiro. Siente avecinarse otra oleada de sudor y náuseas. Tranquilo, se dice, que sólo es química.

—¿Te has ido tarde a dormir?

—Bastante.

—De juerga loca, ¿no?

—Un poco.

Se frota las sienes en señal de que le duelen, y dice sin pensar:

—Supongo que no te sobrará un poquito de morfina, ¿no?

Ella no se digna ni mirarlo. Pasa el tiempo. Últimamente, Dexter nota que se está idiotizando poco a poco. Le está fallando la determinación de mantener la lucidez y los pies en el suelo, y ha observado con bastante objetividad que se está volviendo más desconsiderado y egoísta, y haciendo cada vez más comentarios tontos. Ya ha intentado remediarlo, pero casi parece que ya no dependa de él, como la calvicie hereditaria. Entonces, ¿por qué no resignarse a ser idiota? Y no darle más vueltas. Pasa el tiempo, y se fija en que han empezado a brotar césped y hierbajos por la superficie de la pista de tenis. Se está cayendo a trozos, literalmente.

Al final habla su madre.

—Te aviso de que la comida corre a cargo de tu padre. Estofado de lata. Te quedarás a dormir, ¿no?

Dexter piensa que podría quedarse. Es la oportunidad de hacer las paces.

—Pues la verdad es que no —dice.

Ella gira a medias la cabeza.

—Es que esta noche tengo entradas para *Parque Jurásico*. La estrenan hoy. ¡Irá Lady Di! Me apresuro a añadir que no conmigo… —La voz que oye al hablar es la de alguien a quien desprecia—. No me lo puedo perder. Es por trabajo. Hace siglos que está organizado. —Los ojos de su madre se cierran casi imperceptiblemente. Rápidamente, para suavizarlo, Dexter dice una mentira—. ¿Sabes qué pasa? Que he quedado con Emma. Yo me lo perdería, pero es que ella tiene muchas ganas de ir.

—Ah, bueno.

Silencio.

—Es tu ritmo de vida —dice ella, con calma.

Otro silencio.

—Dexter, me vas a tener que perdonar, pero estoy agotada de toda esta mañana. Lo siento, pero tendré que subir a dormir un poco.

—Bien.

—Necesitaré que me ayuden.

Dexter mira nerviosamente a su alrededor, buscando a su hermana o a su padre, como si tuvieran alguna titulación de la que él careciese, pero no los ve por ningún lado. Su madre ya ha puesto las manos en los brazos del sillón, y hace esfuerzos inútiles. Dexter se da cuenta de que no hay remedio. Débilmente, sin convicción, pasa un brazo por debajo del de ella y la ayuda a levantarse.

—¿Quieres que…?

—No, para entrar no tengo problemas; sólo necesito ayuda en la escalera.

Cruzan el patio, con la mano de Dexter rozando la tela del vestido azul que cuelga de su madre como una bata de hospital. Es exasperante lo despacio que camina, una afrenta personal.

—¿Cómo está Cassie? —pregunta, por decir algo.

—Ah, muy bien. Yo creo que disfruta demasiado de mangonearme, pero es muy

atenta. Ahora come esto, ahora tómate esto, ahora duerme… Estricta, pero justa. Tu hermana es así. Se está vengando de que no le compráramos el poni.

Pues si a Cassie se le da tan bien, ¿dónde está cuando la necesitan? Es la pregunta que se hace Dexter. Ya están dentro, al pie de la escalera. Nunca se había fijado en que hubiera tantos escalones.

—¿Cómo…?

—Lo mejor es que me lleves en brazos. Ahora no peso mucho.

Esto me supera. Soy incapaz. Creía que podría, pero no. Me falta algo, y no puedo.

—¿Te duele en algún sitio? Quiero decir que si hay alguna parte donde…

—Tú tranquilo.

Ella se quita el sombrero y se arregla el pañuelo. Él la agarra con más fuerza por debajo del omóplato, alineando los dedos de la mano con los surcos de las costillas. Luego se agacha, doblando las rodillas, nota en el antebrazo la parte trasera de las piernas de su madre, lisa y fresca por debajo del vestido, y cuando considera que está preparada, la levanta en brazos, sintiendo que relaja el cuerpo. Ella espira largamente, un aliento dulce y cálido en la cara de Dexter. O pesa más de lo que se esperaba, o él es más flojo de lo que pensaba. Choca con el hombro en el poste de la escalera. Cambia de postura y se pone de lado al empezar a subir. Tiene la cabeza de su madre apoyada en el hombro, y el pañuelo en la cara, pegajoso. Parece la parodia de la típica escena de película, como la del novio entrando en casa con la novia en brazos. Se le ocurren varios comentarios graciosos, que en ningún caso facilitarían la situación. Es ella, en cambio, quien tiene el detalle al llegar al pasillo.

—Mi héroe —dice mirándole, y sonríen.

Dexter abre con el pie la puerta de la oscura habitación, y la deja en la cama.

—¿Te traigo algo?

—No, estoy bien.

—¿Te toca alguna cosa? ¿Algún medicamento, o…?

—No, estoy bien.

—¿Un dry martini con una rodaja de limón?

—Ah, sí, por favor.

—¿Quieres meterte en la cama?

—Sólo aquella manta, por favor.

—¿Las cortinas cerradas?

—Sí, por favor, pero deja la ventana abierta.

—Pues después nos vemos.

—Adiós, cariño.

—Hasta luego.

Le sonríe, tenso, pero ella ya se ha puesto de lado, dándole la espalda. Sale y cierra la puerta con descuido. Pronto, probablemente en menos de un año, saldrá de alguna habitación para no verla nunca más. Es una idea tan difícil de concebir, que se

la arranca de la cabeza y se concentra en sí mismo: su resaca, lo cansado que se siente y lo que le duelen las sienes al bajar rápidamente la escalera.

No hay nadie en la cocina, grande y desordenada. Se acerca al refrigerador, donde tampoco hay casi nada. Un corazón de apio mustio, restos de un pollo entero, latas abiertas y jamón en paquete familiar, señal, todo ello, de que las tareas domésticas han pasado a manos de su padre. En la puerta del refrigerador hay una botella de vino blanco abierta. La saca y bebe de ella, cuatro, cinco tragos de líquido dulce hasta que oye los pasos de su padre en el pasillo. Deja la botella en su lugar y se limpia la boca con la mano, justo cuando entra su padre, con dos bolsas de plástico del supermercado del pueblo.

—¿Y tu madre?

—Estaba cansada. La llevé arriba para dormir.

Dexter quiere que se note que es valiente, y maduro, pero su padre no parece impresionado.

—Ya. ¿Han estado hablando?

—Un poco. De todo y nada. —Se oye rara la voz en la cabeza, demasiado fuerte, pronunciando mal, sin naturalidad. Borracho. Se pregunta si su padre se da cuenta—. Ya hablaremos más cuando se despierte.

Vuelve a abrir la puerta del refrigerador, y finge ver por primera vez el vino.

—¿Puedo? —La coge, vacía el resto en una copa y se va hacia la puerta, pasando al lado de su padre—. Me voy un momento a mi cuarto.

—¿Para qué? —dice su padre, ceñudo.

—Estoy buscando algo. Libros viejos.

—¿No quieres comer? ¿Ni aunque sea para acompañar el vino?

Dexter echa un vistazo a las bolsas que ha dejado su padre en el suelo, con tantas latas que casi se rompen por el peso.

—Puede que más tarde —dice, ya en el pasillo.

Al pasar por el pasillo, ve que la puerta de la habitación de sus padres se ha abierto por sí sola. Entra otra vez, sin hacer ruido. La brisa de la tarde mueve las cortinas, y el sol va y viene sobre el cuerpo de su madre, que duerme bajo una manta vieja, con las plantas de los pies sucias a la vista, y los dedos encogidos. El olor que recordaba de su infancia, a cremas caras y polvos misteriosos, ha sido sustituido por otro como de verduras, en el que preferiría no pensar. El hogar de su infancia ha sido invadido por un olor de hospital. Cierra la puerta y va de puntillas al baño.

Mientras hace pipí, mira el botiquín: la abundancia de pastillas para dormir de su padre delata miedos nocturnos. Hay un viejo frasco de valium de su madre, con fecha de marzo de 1989, que hace tiempo que ha sido suplantado por medicación más potente. Toma dos de cada y se los guarda en la billetera. Luego otro valium, que se toma con agua de la llave, sólo para suavizar.

Ahora su cuarto se usa de trastero. Para entrar tiene que meterse entre un sillón viejo, un baúl y cajas de cartón. En las paredes, algunas fotos de familia con los

bordes gastados y las imágenes de conchas y hojas en blanco y negro que hizo de adolescente, pegadas defectuosamente y un poco desvaídas. Se acuesta en la vieja cama doble con las manos en la nuca, como un niño castigado en su cuarto. Siempre se había imaginado que en algún momento recibiría una especie de equipo mental emocional, a los cuarenta y cinco o los cincuenta, por ejemplo; una especie de kit que le permitiría encajar la pérdida inminente de uno de sus padres. Lástima que no tenga ese equipo, porque entonces iría todo sobre ruedas. Sería noble y abnegado, sabio y filosófico. Hasta podría tener hijos propios, y por lógica, la madurez que acompaña a la paternidad, el entender la vida como un proceso.

Pero no tiene cuarenta y cinco años, sino veintiocho, y su madre, cuarenta y nueve. Se ha producido un grave error. Está mal sincronizado. ¿Cómo pueden pedirle que lo acepte, ver decaer de esa manera a su increíble madre? No es justo para él, y menos teniendo tantas otras cosas en las que pensar. Es un joven muy ocupado, en el umbral de una carrera de éxito. Dicho con la mayor de las franquezas, tiene cosas mejores que hacer. Le acometen nuevas ganas de llorar, pero como hace quince años que no llora, lo atribuye a la química y decide dormir un poco. Pone la copa de vino en equilibrio al lado de la cama, encima de una caja de embalar, y se acuesta de lado. Hará falta esfuerzo y energía para ser buena persona. Un poco de descanso y saldrá a disculparse, a demostrarles lo mucho que los quiere.

Se despierta de golpe y mira su reloj. Vuelve a mirarlo. Las 18:26. Ha dormido seis horas; imposible, claro, pero al descorrer las cortinas ve que el sol empieza a bajar por el cielo. Aún le duele la cabeza. Se le han pegado los párpados, tiene un regusto metálico en la boca, y nunca había estado tan sediento ni hambriento. Cuando agarra la copa de vino, la nota caliente en la palma de la mano. Se bebe la mitad y da un respingo. Un moscardón muy gordo ha conseguido entrar en la copa, y le zumba contra el labio. Dexter la suelta, mojándose de vino la camisa, y la cama. Se tambalea al levantarse.

Se moja la cara en el lavabo. El sudor de la camisa se ha agriado, adquiriendo un hedor inconfundible a alcohol. Siente ciertas náuseas al embadurnarse con el viejo desodorante *roll on* de su padre. Abajo se oyen ollas y sartenes, y voces por la radio; ruidos de familia. Tú animado; animado, contento y educado, y luego bajas.

Sin embargo, al pasar junto a la habitación de su madre, la ve sentada de perfil al borde de la cama, mirando el campo, como si también lo hubiera estado esperando. Ella gira lentamente la cabeza, pero Dexter se queda en el umbral, como un niño.

—Te has perdido todo el día —dice ella en voz baja.

—Me quedé dormido.

—Ya lo veo. ¿Estás mejor?

—No.

—Bueno. Me temo que tu padre está un poco enfadado.

—Para variar. —Alentado por su sonrisa de indulgencia, Dexter añade—: Últimamente tengo la impresión de hacer rabiar a todo el mundo.

—Pobrecito Dexter —dice ella, se pregunta él si con sarcasmo—. Ven, siéntate. —Sonríe y pone una mano en la cama—. Aquí, a mi lado. —Él entra, obediente, y se sienta. Sus caderas se tocan. Su madre hace chocar la cabeza con el hombro de él—. ¿Verdad que no somos nosotros? Yo está claro que ya no soy la misma. Y tú tampoco. Ya no pareces tú, al menos como te recuerdo.

—¿En qué sentido?

—Pues… ¿te puedo ser franca?

—¿Tienes que serlo?

—Creo que sí. Es mi prerrogativa.

—Pues adelante.

—Yo creo… —Levanta la cabeza de su hombro—. Yo creo que tienes la capacidad de ser un chico maravilloso. Incluso excepcional. Siempre lo he pensado. Como todas las madres, ¿no? Pero creo que aún no lo eres. Todavía no. Creo que aún tienes camino por delante. Ya está.

—Ya.

—No te lo tomes a mal, pero a veces… —Le toma la mano y le frota la palma con el pulgar—. A veces tengo miedo de que ya no seas muy buena persona.

Se quedan un rato sentados, hasta que finalmente él dice:

—No tengo nada que contestar.

—No tienes nada que contestar.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Un poco. Claro que últimamente me enfado con casi todo el mundo. Con todos los que no están enfermos.

—Lo siento, mamá. Lo siento tanto, tanto…

Ella le clava el pulgar en la palma.

—Ya lo sé.

—Me quedaré a dormir. Esta noche.

—No, esta noche no, que estás ocupado. Vuelve y empieza de cero.

Dexter se levanta, le toma los hombros suavemente y hace que se junten sus mejillas. Puede oír su respiración, esa respiración caliente y dulce. Después camina hacia la puerta.

—Dale las gracias a Emma de mi parte —dice su madre—. Por los libros.

—Bien.

—Y dale recuerdos. Esta noche, cuando la veas.

—¿Esta noche?

—Sí. Se verán esta noche.

Se acuerda de la mentira.

—De acuerdo, sí, ya se los daré. Y perdona que hoy no haya estado… muy bien.

—Bueno, ya habrá tiempo, supongo —dice ella, y sonríe.

Dexter baja corriendo por la escalera, contando con que le mantenga de una pieza el impulso, pero en el vestíbulo está su padre, leyendo la prensa local, o simulándolo.

Vuelve a dar la impresión de esperarlo: un centinela de guardia, un policía con una orden de detención.

—Me quedé dormido —le dice Dexter a la espalda.

Él pasa una página del periódico.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no me despertaste, papá?

—No le veía mucho sentido. Además, no me parece que tenga que despertarte. —Otra página—. Ya no tienes catorce años, Dexter.

—¡Ya, pero es que ahora tengo que irme!

—Pues si te tienes que ir…

La frase se queda a medias. Dexter ve a Cassie en el salón, fingiendo leer, como su padre, roja de reproche y suficiencia moral. Vete ahora mismo, vete, que esto está a punto de venirse abajo. Pone una mano en la mesa del pasillo, buscando las llaves, pero no encuentra nada.

—Mis llaves del coche.

—Las escondí —dice su padre, leyendo el periódico.

A Dexter se le escapa la risa.

—¡No me puedes esconder las llaves!

—Pues mira, está claro que sí, porque lo hice. ¿Quieres jugar a buscarlas?

—¿Se puede saber por qué? —pregunta, indignado.

Su padre levanta la vista del periódico, como si olfatease el aire.

—Porque estás borracho.

En el salón, Cassie se levanta del sofá, va hacia la puerta y la cierra.

Dexter se ríe, pero sin convicción.

—¡Qué va!

Su padre mira por encima del hombro.

—Dexter, yo sé cuando alguien está borracho, sobre todo tú. Te recuerdo que llevo doce años viéndote borracho.

—Pero no estoy borracho; con resaca, pero nada más.

—Da igual. La cuestión es que a tu casa no te vas en coche.

Dexter suelta otra risa de burla y pone los ojos en blanco para protestar, pero lo único que le sale es un débil y agudo:

—¡Papá, tengo veintiocho años!

Su padre salta sobre sus palabras para contestar:

—Me habría podido confundir perfectamente.

Después se saca del bolsillo las llaves de su coche, y las lanza al aire y las recoge con jovialidad fingida.

—Vamos, te llevo a la estación.

Dexter no se despide de su hermana.

A veces tengo miedo de que ya no seas muy buena persona. Su padre conduce en silencio, mientras Dexter se impregna de vergüenza dentro del Jaguar grande y viejo. Cuando el silencio se hace insoportable, su padre habla en voz baja, con serenidad, sin apartar la vista de la carretera.

—Puedes venir el sábado a recoger tu coche. Cuando estés sobrio.

—Ya estoy sobrio —dice Dexter, oyéndose hablar con una voz que aún es quejosa y malhumorada, su propia voz a los dieciséis años—. ¡Hombre! —añade, de manera redundante.

—No pienso discutir contigo, Dexter.

Se arrellana indignado en el asiento, apoyando la frente y la nariz en el cristal, mientras pasan caminos rurales y casas elegantes. Su padre, que siempre ha aborrecido cualquier tipo de enfrentamiento, y que la está pasando pésimo —no hay más que verlo—, enciende la radio para tapar el silencio. Escuchan música clásica: una marcha, banal y ampulosa. Ya se acercan a la estación de tren. El coche se mete en el estacionamiento, donde ya no hay nadie que vuelva del trabajo. Dexter abre la puerta y pone un pie en la gravilla, pero su padre no hace ademán de despedirse, sino que se queda sentado, esperando, con el motor en marcha, neutral como un chofer, mirando fijamente el tablero y marcando con los dedos el ritmo de la marcha demencial.

Dexter sabe que debería aceptar el castigo e irse, pero se lo impide el orgullo.

—Bueno, ya me voy, pero te tengo que decir que estás teniendo una reacción completamente exagerada…

De repente la cara de su padre refleja auténtica rabia, con los dientes apretados y la voz quebrada.

—Ni te atrevas a insultar mi inteligencia o la de tu madre; ya eres adulto, no un niño.

La rabia se esfuma con la misma rapidez. A Dexter le parece que su padre podría estar a punto de llorar. Le tiembla el labio inferior. Tiene una mano crispada en el volante, y los largos dedos de la otra encima de los ojos, como una venda. Dexter se aparta rápidamente del coche. Cuando está a punto de erguirse y cerrar la puerta, su padre apaga la radio y vuelve a hablar.

—Dexter…

Dexter se agacha y lo mira. Tiene los ojos húmedos, pero la voz firme al decir:

—Dexter, tu madre te quiere mucho, muchísimo. Y yo también. Siempre te hemos querido, y siempre te querremos. Creo que ya lo sabes. Ahora bien, durante el tiempo que le quede a tu madre… —Le falla la voz. Baja la mirada, como en busca de palabras, y la vuelve a levantar—. Dexter, como vengas otra vez a ver a tu madre en este estado, te juro que no te dejaré entrar en casa. No dejaré que pases por la puerta. Te la cerraré en la cara. Lo digo en serio.

Dexter tiene la boca abierta, sin que salga ninguna palabra.

—Y ahora vete a casa, por favor.

Cierra la puerta del coche, pero no cierra bien. Da otro portazo justo en el momento en que su padre, que también está nervioso, hace saltar el coche, primero hacia delante y luego marcha atrás, y sale deprisa del estacionamiento. Dexter lo ve irse.

No hay nadie en la estación rural. Recorre el andén con la mirada, buscando la cabina, la vieja cabina de siempre, la que usaba cuando era adolescente para sus planes de huida. Son las 18:59 horas. Faltan seis minutos para que pase el tren de Londres, pero tiene que hacer una llamada.

A las 19:00 horas, Emma se mira por última vez en el espejo para comprobar que no parezca que haya hecho un esfuerzo. El espejo está precariamente apoyado en la pared, y aunque sea consciente de que la achaparra, con un efecto como de galería de espejos, chasquea la lengua al verse las caderas, y las piernas cortas por debajo de la falda de mezclilla. Hace demasiado calor para llevar mallas; aun así se las pone, porque no soporta verse las rodillas rojas y peladas. El pelo, recién lavado y con una fragancia que se llama «Frutos del bosque», se ha alaciado por sí solo. Se da unos toques con las puntas de los dedos para desarreglárselo un poco. Luego usa el meñique para quitarse manchas de lápiz labial del borde de la boca. Tiene los labios muy rojos. Se pregunta si no habrá exagerado. A fin de cuentas, lo más probable es que no pase nada, y que vuelva a las diez y media. Se acaba un *vodka-tonic* grande, cuya reacción metálica con la pasta de dientes le arranca una mueca. Agarra las llaves, las pone en su mejor bolsa y cierra la puerta.

Suena el teléfono.

No lo oye hasta haber recorrido la mitad del pasillo, frío e impersonal. Por un momento se le pasa por la cabeza volver corriendo y contestar, pero ya llega tarde, y probablemente sólo sean su madre o su hermana, para saber cómo le fue en la entrevista. Oye abrirse el elevador al fondo del pasillo. Corre a descolgarlo. La puerta del elevador se cierra justo cuando se pone en marcha la contestadora.

«… deja tu mensaje después de la señal y te contestaré en cuanto pueda».

—Hola, Emma, soy Dexter. Estoy en una estación de tren, cerca de casa. Vengo de casa de mi madre, y… y quería saber qué hacías esta noche. ¡Tengo entradas para el estreno de *Parque Jurásico*! Bueno, de hecho creo que ya no estamos a tiempo, pero ¿y la fiesta de después? ¿Tú y yo juntos? Estará la princesa Diana. Perdona, es que hablo por hablar, por si estuvieras en casa. Contesta el teléfono, Emma. Contesta contesta contesta contesta. ¿No? Está bien, ahora me acuerdo: era la noche de la cita, ¿no? Tu cita *sexy*. Bueno, pues… que te diviertas. Llámame al volver a casa, si es que vuelves. Explícame cómo te fue. Ahora en serio: llámame en cuanto puedas.

Se le traba la lengua. Recupera el aliento y dice:

—No te creerías la mierda de día que he tenido, Em. —Vuelve a trabársele la lengua—. Acabo de hacer algo fatal, fatal. —Debería colgar, pero no quiere. Quiere ver a Emma Morley para poder confesar sus pecados, pero Emma se fue a una cita con un hombre. Sonríe forzadamente y dice—: Te llamo mañana. ¡Quiero saberlo todo! Rompecorazones…

Cuelga. Rompecorazones.

Ya están haciendo ruido los rieles. Oye el murmullo del tren al acercarse, pero no puede subir, en este estado no. Tendrá que esperar al siguiente. Llega el tren de Londres, y parece que lo espera, con un tictac de buena educación, pero Dexter se queda donde está, escudado en el caparazón de plástico de la cabina de teléfono. Nota que se le descomponen las facciones, su respiración se vuelve irregular, y al echarse a llorar se dice que sólo es química, química, química.

Capítulo 7

Sentido del humor

JUEVES 15 DE JULIO DE 1993

Segunda parte: La versión de Emma

Covent Garden y King's Cross

Ian Whitehead, sentado solo en una mesa para dos en el Forelli's de Covent Garden, miró su reloj: cinco minutos tarde. Supuso que formaba parte del refinado juego del gato y el ratón en que consiste salir. Pues que empezaran los juegos. Mojó la chapata en el platito de aceite de oliva, como si cargase un pincel de pintura. Después abrió la carta y estudió qué se podía permitir de cena.

Su vida de comediante aún esperaba la riqueza y la presencia televisiva que prometía en otros tiempos. El dominical del periódico proclamaba que el humor era el nuevo *rock and roll*. Entonces ¿por qué seguía corriendo los martes por la noche a La Tabla Remonda, en la noche de aficionados? Había adaptado su repertorio a las tendencias del momento, reduciendo el material político y de observación, y ejercitándose en los monólogos de personajes, el surrealismo, las canciones cómicas y los *sketches*. No había manera de que se riesen. Su escarceo con un estilo más agresivo con el público le había deparado puñetazos y patadas. En cuanto a su etapa como parte de un grupo de comediantes que improvisaban los domingos por la noche, sólo había demostrado su capacidad de no hacer gracia de manera espontánea, no planificada. A pesar de todo, él seguía en la brecha, subiendo y bajando por la Northern Line y dando vueltas por la Circle en busca de carcajadas.

Quizá el nombre «Ian Whitehead» tuviera algo que lo hiciera reacio a ser escrito con neones. Hasta se había planteado cambiárselo por algo con más garra, juvenil, monosilábico —Ben, o Jack, o Matt—, pero mientras buscaba su identidad de comediante había encontrado trabajo en Sonicotronics, una tienda de electrónica de Tottenham Court Road donde varones jóvenes y poco saludables, en camiseta, vendían CD y tarjetas gráficas a varones jóvenes y poco saludables, en camiseta. El sueldo no era gran cosa, pero tenía las tardes libres para hacer presentaciones, y a menudo partía de risa a sus compañeros de trabajo con nuevo material.

Pero lo mejor de Sonicotronics, lo mejor de todo, era haberse encontrado por casualidad con Emma Morley durante la pausa de la comida. Ian estaba delante de la

sede de la Iglesia de la Cienciología, dudando en hacerse el test de personalidad, cuando la vio, casi invisible tras una enorme cesta de mimbre para la ropa sucia, y al echarle los brazos al cuello, Tottenham Court Road se iluminó de gloria, transformándose en una calle de ensueño.

Segunda cita, y ahora estaba en un italiano moderno y elegante cerca de Covent Garden. Los gustos de Ian tendían a lo picante y especiado, lo salado y crujiente. Él habría preferido un indio, pero estaba bastante versado en las extravagancias del sexo femenino para saber que Emma esperaría verdura fresca. Tras otro vistazo a su reloj —veinte minutos tarde—, sintió en el estómago una punzada que en parte era de hambre y en parte de amor. Hacía años que sentía el peso del amor a Emma Morley en el corazón y la barriga; no sólo amor platónico, sentimental, sino deseo carnal. Tantos años y aún llevaba dentro aquella imagen (que jamás olvidaría): Emma en ropa interior sin combinar, dentro del cuarto de empleados de Loco Caliente, iluminada por un rayo de sol vespertino, como por una luz de catedral, y gritándole que saliera y cerrara la puerta, carajo.

Ajena a los pensamientos de Ian sobre su ropa interior, Emma Morley le observaba desde el puesto del *maître*, tomando nota de la clara mejoría experimentada por su aspecto. Ya no tenía la corona de rizos rubios apretados; ahora lo llevaba corto y con un poco de gel, y se le había quitado la pinta de nuevo en la ciudad. De hecho, sin aquella ropa tan horrible, ni su manía de tener la boca abierta, sería incluso atractivo.

Pese a tratarse de una situación a la que no estaba acostumbrada, vio que era el restaurante típico para quedar con una chica: el punto justo de caro, sin demasiada luz, y ni pretencioso ni miserable. El tipo de sitios donde ponían arúgula en las pizzas. El local era cursi, pero no ridículo. Al menos no era un indio, ni burrito de pescado (vade retro, Satanás). Había palmeras y velas, y en la sala contigua, un hombre mayor tocaba las grandes canciones de Gershwin en un piano de cola: *I hope that he / turns out to be / someone to watch over me*[2].

—¿Está usted con alguien? —le preguntó el *maître*.

—Aquel hombre de allá.

La primera vez que habían quedado, Ian la había llevado a ver *Evil Dead III: el ejército de las tinieblas* en el Odeón de Holloway Road. A Emma, que no era miedosa ni esnob, le gustaban las películas de terror más que a la mayoría de las mujeres, pero aun así le había parecido una elección extraña, curiosamente segura de sí misma. En el Everyman ponían *Tres colores: Azul*, y ella ahí, mientras tanto, mirando a un hombre con una sierra eléctrica en vez de brazo, y encontrándolo extrañamente refrescante. Siguiendo las convenciones, había esperado ser llevada a un restaurante a la salida del cine, pero a Ian, por lo visto, no le parecía completa una salida al cine sin primer plato, segundo palto y postre dentro de la propia sala. Miraba el puesto como si fuera una carta de restaurante: para empezar unos nachos, de plato principal un hot dog, y de postre unos chocolates Revels; y para bajarlo, todo un

barreño de refresco tropical con hielo, grande como un torso humano, con el resultado de que las pocas escenas meditativas de *Evil Dead III* se habían visto acompañadas por el susurro cálido y tropical de Ian eructando con la mano en la boca.

Pero a pesar de todo (del amor a la ultraviolencia y a la comida salada, y de la mostaza en la barbilla), Emma se había divertido más de lo esperado. De camino al pub, Ian había cambiado de lado en la acera, para que a ella no la atropellase ningún autobús despistado —detalle curiosamente chapado a la antigua del que Emma nunca había sido objeto—, y habían comentado los efectos especiales, las decapitaciones y destripamientos, hasta que él, después de analizarlo, había declarado que era la mejor de la trilogía *Evil Dead*. En la vida cultural de Ian tenían un lugar preferente las trilogías y cajas recopilatorias, el humor y el terror. En el pub habían tenido un debate interesante sobre si una novela gráfica podía llegar a tener la misma profundidad y riqueza de significados que la popular serie *Middlemarch*, por ejemplo. Protector, atento, Ian era como un hermano mayor que sabía de muchas cosas francamente curiosas, con la diferencia de que se notaba que quería acostarse con ella. Su mirada era tan fija y entregada, que a menudo Emma se sorprendía tocándose la cara, por si tenía algo raro.

Era como le estaba sonriendo en el restaurante, mientras se levantaba con tal entusiasmo que sus muslos chocaron con la mesa, derramando agua de la llave en las aceitunas invitación de la casa.

—¿Pido un trapo? —dijo ella.

—No, no pasa nada; uso mi saco.

—No uses tu saco; toma mi servilleta.

—Pues ya jodí las aceitunas. ¡Me apresuro a añadir que no literalmente!

—Ah… Ya. Claro.

—¡Es un chiste! —bramó él, como gritando «¡fuego!».

No había estado tan nervioso desde la última y desastrosa noche de improvisación. Tranquilo, se dijo con firmeza al secar el mantel, y al levantar la mirada hacia Emma la vio quitarse el saco de verano, con ese echar los hombros hacia atrás y el pecho hacia delante que hacen las mujeres sin darse cuenta del ansia que despiertan. Allá estaba: segunda gran burbuja de amor y deseo a Emma Morley de la velada.

—Estás guapísima —le salió, sin poder aguantarse.

—¡Gracias! Tú también —dijo ella por puro reflejo.

Ian se había puesto uniforme de comediante: saco de lino arrugado y camiseta negra, que en honor de Emma no llevaba ningún nombre de grupo, ni ningún comentario irónico. Elegante, pues.

—Me gusta —dijo ella, señalando el saco—. ¡Tiene estilo!

Ian se frotó la solapa con el pulgar y el índice, como diciendo: «¿Qué, esto tan viejo?».

—¿Me da su saco, por favor? —dijo el mesero, guapo y elegante.

—Sí, gracias.

Emma se lo dio. Ian supuso que tendría que darle propina al final. No importaba. Emma lo valía.

—¿Quieren beber algo? —preguntó el mesero.

—Pues mire, creo que me tomaría un *vodka-tonic*.

—¿Doble? —dijo el mesero, tentándola a gastar aún más.

Cuando Emma miró a Ian, le vio una chispa de pánico en la cara.

—¿Es una imprudencia?

—No, no.

—¡Pues sí, uno doble!

—¿Y usted, señor?

—Yo espero el vino, gracias.

—¿Agua mineral?

—¡DE LA LLAVE! —bramó Ian. Luego añadió, más calmado—: De la llave está bien; bueno, si tú…

—De la llave está bien. —Emma le tranquilizó con una sonrisa. El mesero se fue —. Por cierto, no hace falta decirlo, pero esta noche pagamos a medias, ¿eh? Y no discutas. ¡Que estamos en 1993, hombre!

Ian sintió que la quería aún más. Decidió hacer un poco de teatro, para guardar las formas.

—¡Pero si eres estudiante, Em!

—Ya no. ¡Ahora soy profesora titulada! Hoy tuve la primera entrevista de trabajo.

—¿Y qué tal?

—¡Muy muy bien!

—Felicidades, Em, me alegro mucho.

Ian se arrojó sobre la mesa para darle un beso en la mejilla, no, uno en cada mejilla, no, un momento, sólo una mejilla, no, de acuerdo, las dos.

La carta ya estaba estudiada de antemano para dar pie al humor. Aunque Emma intentara concentrarse, Ian hizo el numerito y se embarcó en una selección de los mejores chistes: que si para antipásticos los meseros, que si la pasta al dente a duras penne se cuece… ¿Y los *frutti di mare*? ¿Desde cuándo se pescaban las manzanas? ¿Y qué manía tenían ahora con el ragú? ¿Qué les había pasado a los espaguetis con tomate de toda la vida? Se preguntó cómo habrían dicho sopa de letras: ¿pasta en forma albafética con su caldo? A saber.

Chiste a chiste, Emma fue perdiendo esperanzas de cara a la velada. Se cree que con tanta risa acabaremos en la cama, pensó, pero donde acabaré yo de verdad es en el metro, yendo a casa. Al menos en el cine Ian tenía los Revels y la violencia para distraerse, mientras que allá, cara a cara, todo era verborrea compulsiva. Todos sus compañeros del curso de adaptación pedagógica eran chistosos profesionales, sobre todo en el pub, después de unas cervezas; y aunque ella lo encontrase exasperante,

también se daba cuenta de que lo fomentaba: ellas sentadas y risueñas, y ellos haciendo trucos con cerillos y pegando rollos sobre programas infantiles u olvidadas chucherías de los setenta. La enfermedad de los caramelos, el desquiciante cabaret *non-stop* de los chicos en los pubs.

Se trincó el vodka. Ian ya tenía la carta de vinos, y estaba en pleno numerito sobre el esnobismo de aquel mundo: «una voluptuosa invasión de incendio en el bosque, con notas explosivas de manzana al *toffee*», etcétera. Aquella escena, el Do mayor del comediante aficionado, tenía el potencial de ser infinita. Emma se distrajo intentando imaginarse a un hombre teórico, una figura imaginaria que se limitase a mirar la carta de vinos sin montar el espectáculo, y pidiera uno sin pretensiones, pero con autoridad.

—… Aromas de trozos de tocino ahumado con un fondo suculento de jirafa…

Me está aturdiendo a risas, pensó Emma. Supongo que podría interrumpirlo, o tirarle un panecillo, pero se los comió todos. Miró a los demás comensales, todos en plena actuación, y pensó: ¿ya está? ¿El amor romántico se reduce a esto, a una demostración de talento? Cena, acuéstate conmigo, enamórate y te prometo años y años de material de primera como el que estás oyendo.

—¿… Imaginas que vendieran así la cerveza? —Acento de Glasgow—: «Nuestra Especial es de paladar sabroso, con francos matices de barrio popular, carrito de compras viejo y deterioro urbano. ¡Es ideal para la violencia doméstica!».

Se preguntó de dónde salía la falacia de que los hombres graciosos tienen algo irresistible. Cathy no pierde la cabeza por Heathcliff porque sea un chistoso. Lo más irritante de toda esa locuacidad era que Ian le caía bien, y que sus expectativas iniciales eran bastante altas, con cierta ilusión por volver a verle; a él, que ahora decía…

—… Nuestro jugo de naranja es de color naranja, con un fondo muy marcado de naranjas…

Bueno, ya está bien.

—… Ordeñada, no, sonsacada de ubres de vacas, la leche reserva 1989 se caracteriza por su lechosidad…

—Ian…

—¿Qué?

—¿Te puedes callar?

Siguió un silencio, en el que Ian puso cara de ofendido, y Emma se sintió violenta. Debía de haber sido el vodka doble. Intentó arreglarlo diciendo en voz alta:

—¿Y si pedimos un Valpolicella, y ya está?

Él consultó la carta.

—Moras y vainilla, pone aquí.

—¿Puede ser que lo hayan escrito porque es un vino que sabe un poco a moras y vainilla?

—¿A ti te gustan las moras y la vainilla?

—Me encantan.

Una mirada de reojo al precio.

—¡Pues lo pedimos!

Menos mal que a partir de ese momento la cosa empezó a mejorar un poco.

Hola, Em. Soy yo otra vez. Ya sé que has salido con el Risas, pero sólo quería decirte que cuando vuelvas, suponiendo que estés sola, he decidido que al final no iré al estreno. Me quedaré toda la noche en casa. Si quieres venir… Vaya, me gustaría. Yo te pago el taxi, y te podrías quedar a dormir. Pues eso. Cuando vuelvas, sea la hora que sea, llámame y toma un taxi. Ya está. Hasta luego, espero. Besos, y todo eso. Adiós, Em. Adiós.

Hablaron de los viejos tiempos, hacía ya tres largos años. Emma cenó sopa, y después pescado, mientras que Ian, que se había decidido por un surtido de hidratos de carbono, empezó con un enorme plato de pasta con carne, sobre la que hizo nevar parmesano hasta enterrarla. Sumada al vino tinto, le serenó un poco. También Emma se había relajado; de hecho, no andaba muy lejos de la borrachera. ¿Y por qué no? ¿No se lo merecía? Había dedicado los últimos diez meses a trabajar mucho en algo en lo que creía, y aunque algunas de las prácticas hubieran sido francamente aterradoras, era lo bastante lúcida como para darse cuenta de que lo hacía bien. Del mismo parecer habían sido en la entrevista de la tarde, evidentemente, visto cómo asentía y sonreía con aprobación el director. Aunque ella no se atreviese a decirlo en voz alta, sabía que el puesto ya era suyo.

Entonces ¿por qué no celebrarlo con Ian? Le examinó la cara mientras él hablaba, y llegó a la conclusión de que estaba más atractivo que antes, sin la menor duda; al verlo ya no pensaba en tractores. No tenía nada de refinado, ni de delicado; en un casting de película de guerra, podrían haberle dado el papel de inglés valiente que escribe cartas a su madre, mientras que Dexter…, ¿qué habría sido? Un nazi amanerado. Aun así, le gustaba su manera de mirarla. Cariñosa, he ahí la palabra. Cariñosa y borracha. También ella se sentía pesada, y sensual, y cariñosa.

Ian le sirvió lo que quedaba de vino.

—¿Y qué, de los del grupo ves a alguno?

—La verdad es que no. Me encontré una vez a Scott en Ave César, aquella porquería de italiano, y estaba bien. Aún le duraba el enojo. Por lo demás, procuro evitarlo. Es un poco como la cárcel: vale más no relacionarse con los otros ex presos. Menos contigo, claro.

—No estaba tan mal, ¿no? Trabajar allí.

—Bueno, son dos años de mi vida que no repetiría. —Dicha en voz alta, la observación la impactó, pero la ventiló con un encogimiento de hombros—. No sé. Supongo que no fue muy buena época, y ya está.

Ian empujó los nudillos de Emma con los suyos, con una sonrisa atribulada.

—¿Por eso no me contestabas cuando te llamaba?

—¿No te contestaba? No sé, es posible. —Emma se llevó la copa a los labios—. Ahora estamos aquí. Cambiemos de tema. ¿Cómo va la carrera de comediante?

—Bien, bien. Tengo unas presentaciones de improvisación donde se hace todo sobre la marcha, imprevisible al cien por ciento. ¡A veces no les hago ninguna gracia! Aunque supongo que es la emoción que tiene improvisar, ¿no?

Emma no estaba segura de que fuera así, pero asintió con la cabeza.

—También tengo una función los jueves por la noche en el Don Risas de Kennington. Es un poco más incisivo, más de temas. Como lo de Bill Hicks con los anuncios, ¿sabes? Los típicos anuncios tontos de la tele…

Volvió a hacer el numerito. Emma dejó su sonrisa en fotograma parado. Mejor no decírselo, porque la habría matado, pero desde que lo conocía, Ian debía de haberla hecho reír dos veces, una de ellas al caerse por la escalera del sótano. Era un hombre con mucho sentido del humor, pero al mismo tiempo no tenía ninguna gracia. A diferencia de Dexter. A Dexter no le interesaban para nada los chistes; probablemente el sentido del humor le pareciese un poco violento y no muy en la onda, como la conciencia política, pero en su compañía Emma se reía todo el rato, a veces histéricamente, hasta mearse un poco encima. Durante las vacaciones en Grecia se habían reído diez días seguidos, una vez zanjado el pequeño malentendido. Se preguntó dónde estaría Dexter en aquel momento.

—¿Y qué, lo has visto por la tele? —dijo Ian.

Emma dio un respingo, como si la hubieran atrapado.

—¿A quién?

—A tu amigo Dexter, en aquella tontería de programa.

—A veces; si está puesto, vamos.

—¿Y él cómo está?

—Ah, muy bien, como siempre; bueno, un poco loco, si quieres que te diga la verdad; un poco desquiciado. Tiene a su madre enferma, y bueno… no se lo está tomando muy bien.

—Cuánto lo siento. —Ian puso cara de preocupación, buscando la manera de cambiar de tema; no por insensibilidad, sino porque no quería que le estropease la velada la enfermedad de alguien a quien no conocía—. ¿Hablan mucho?

—¿Con Dex? Casi todos los días, aunque no lo veo mucho. Con tantos compromisos de la tele, y tantas novias…

—Ahora ¿con quién sale?

—Ni idea. Son como los peces que te compras en las ferias: no tiene sentido ponerles nombre, porque nunca duran mucho. —No era la primera vez que lo decía. Esperó que a Ian le gustara la frase, pero se quedó muy serio—. ¿Por qué pones esa cara?

—Supongo que es que nunca me cayó muy bien.

—Me acuerdo.

—Y eso que me esforzaba.

—Bueno, no te lo tomes como nada personal. Es que no sabe tratar con hombres. No le ve sentido.

—La verdad es que siempre me daba la impresión…

—¿De qué?

—De que te daba un poco por sentada.

¡Otra vez yo! Nada, sólo para ver si estabas. Un poco borracho, la verdad. Un poco sentimental. Eres de lo que no hay, Emma Morley. Estaría bien verte. Llama cuando llegues. ¿Qué más quería decir? Nada, sólo que eres de lo que no hay. Pues eso. Cuando llegues llama. Llámame.

Cuando llegaron los segundos *brandies*, ya no podía discutirse que estuvieran borrachos. Parecía borracho todo el restaurante, incluido el pianista canoso, que se enredaba con las teclas al tocar *I Get a Kick Out of You*, y le daba pisotones al pedal de sostenido como si le hubieran cortado el cable del freno. Emma, obligada a levantar la voz, que oía resonar en su cabeza al hablar con gran pasión y fuerza sobre su nueva carrera.

—Es en un instituto grande del norte de Londres, para dar lengua y literatura, y un poco de teatro. Un colegio agradable, con mezcla de verdad, no de esos de las afueras donde se pasan el día tratándote de usted. Vaya, que los chavos son un poco conflictivos, pero no pasa nada. A esa edad es como se tiene que ser. Bueno, lo digo ahora. Luego seguro que me comen viva, los muy cabroncetes. —Dio vueltas al brandy en la copa como había visto en las películas—. Me veo sentada al borde de la mesa, explicando que Shakespeare fue el primer rapero, o algo así, y un montón de niños mirándome con la boca abierta, hipnotizados. Como si me imaginara en andas sobre hombros jóvenes y exaltados. Será como me mueva por todo el colegio, por el estacionamiento, el comedor… Iré por todas partes a hombros de chicos que me adoren. Una profesora de esas de *carpe diem*.

—Perdona, ¿profesora de qué?

—De *carpe diem*.

—*¿Carpe…?*

—¡Sí, hombre, aprovecha el día!

—¿Quiere decir eso? ¡Yo creía que era aprovecha la carpeta!

Emma soltó un educado hipido de risa, que Ian se tomó como un pistoletazo de salida.

—¡Ahí fue donde me equivoqué! Si llego a saberlo, ¡qué diferente habría sido el colegio! ¡Uau! Tantos años llenando papeles…

Ya estaba bien.

—No lo hagas, Ian —dijo ella bruscamente.

—¿Qué?

—Ponerte a actuar. No hace falta, ¿sabes? —Ian puso cara de ofendido. Arrepentida de su tono, Emma se inclinó para tomarle la mano por encima de la mesa —. Sólo lo digo porque no hace falta que estés todo el rato observando, o haciendo comentarios ingeniosos, o contando chistes. Esto no es una improvisación, Ian; sólo es… pues eso, hablar y escuchar.

—Perdona, es que…

—No, si no eres sólo tú; son todos los hombres, que se pasan el día haciendo el numerito. Mira que… ¡No sé lo que daría por alguien que sólo hablase y escuchase! —Era consciente de estar hablando demasiado, pero la arrastraba su propio ímpetu—. Es que no entiendo qué hace falta. Esto no es ninguna prueba.

—Bueno, un poco sí, ¿no?

—Para mí no. No tiene por qué serlo.

—Perdona.

—Y no te disculpes todo el rato.

—Ah. De acuerdo.

Ian se quedó un momento callado. Ahora la que tenía ganas de disculparse era Emma. Hacía mal en decir lo que pensaba. Nunca servía de nada decir lo que se piensa. Justo cuando iba a disculparse, Ian suspiró y se apoyó la mejilla en el puño.

—Yo creo que es porque cuando vas al colegio, y no eres especialmente listo, guapo, simpático o lo que sea, si un día dices algo y se ríen… pues te aferras a eso, ¿no? Piensas: corro raro, tengo la cara grande y de tonto, los muslos gordos, y no le gusto a nadie, pero al menos puedo hacer reír a la gente. Y es una sensación tan agradable, hacer reír a alguien, que luego igual se crea un poco de dependencia. Parece que si no haces gracia ya no eres… nada. —Estaba mirando la mesa. Mientras formaba una pequeña pirámide de migas con las puntas de los dedos, dijo—: De hecho, pensaba que quizá lo supieras por experiencia.

Emma se puso una mano en el pecho.

—¿Yo?

—Lo de actuar.

—Yo no actúo.

—Lo de los peces de las ferias ya lo habías dicho antes.

—No, lo… ¿y qué?

—Pues que creo que nos parecemos. En algunos casos.

La primera reacción de Emma fue ofenderse. Mentira, tuvo ganas de decir; qué idea tan absurda; pero Ian le estaba sonriendo tan… ¿qué palabra era? Cariñosamente… Por otro lado, quizá hubiera estado un poco dura. Prefirió encogerse de hombros.

—Aunque no lo creo.

—¿Qué?

—Que no le gustaras a nadie.

Ian puso una voz cómica, nasal.

—Las pruebas documentales parecen indicar lo contrario.

—Yo estoy aquí, ¿no? —Silencio. Decididamente, Emma había bebido demasiado. Ahora era ella la que jugaba con las migas de la mesa—. Por cierto, estaba pensando que en los últimos tiempos has mejorado mucho de imagen.

Ian se agarró la barriga con las manos.

—Es que hago deporte.

Emma se rio, con naturalidad. Después le miró y llegó a la conclusión de que en el fondo no estaba mal de cara; no era una carita de niñito guapo, sino de hombre como Dios manda. Ya sabía que después de pagar la cuenta Ian intentaría darle un beso, y ella, esta vez, se dejaría.

—Nos tendríamos que ir —dijo.

—Voy a pedir la cuenta. —Ian le hizo al mesero la señal de firmar—. Es curiosa esta mímica que hace todo el mundo, ¿no? Me gustaría saber a quién se le ocurrió.

—Ian…

—¿Qué? Perdona. Perdona.

Cumpliendo su promesa, dividieron la cuenta a partes iguales. A la salida, Ian abrió la puerta y le dio una patada a la vez, para parecer que se había dado un golpe en la cara.

—Un poco de humor físico.

Fuera se había formado una densa cortina de nubes negras y moradas. El viento cálido tenía el regusto férreo que anuncia las tormentas. Cruzando la plaza hacia el norte, a Emma no le molestó el mareo, ni el sabor a brandy, sino todo lo contrario. Siempre había odiado Covent Garden, con sus grupos de peruanos con flautas de pan, sus malabaristas y su diversión forzada, pero aquella noche le pareció bien, del mismo modo que le pareció bien, y natural, ir del brazo de aquel hombre siempre tan amable e interesado por ella, aunque llevase el saco al hombro, cogido por la tira del cuello. Al mirar hacia arriba, le vio ceñudo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, apretándole el brazo con el suyo.

—No, nada, es que tengo la impresión de haberlo estropeado un poco, la verdad. Poniéndome nervioso, esforzándome demasiado, haciendo comentarios tontos… ¿Sabes lo peor de ser comediante de monólogos?

—¿La ropa?

—Que la gente siempre espera que estés actuando. Está todo el rato buscando ri…

Para cambiar de tema, entre otras cosas, Emma le puso las manos en los hombros y le usó como apoyo para ponerse de puntillas y darle un beso. Tenía la boca húmeda, pero caliente.

—Mora y vainilla —murmuró con los labios en los de Ian, aunque en realidad supiera a parmesano y alcohol.

Le dio igual. Él se rio en mitad del beso. Emma apoyó los talones en el suelo y le miró, tomándole la cara. Parecía a punto de llorar de gratitud. Estuvo contenta de

haberlo hecho.

—Emma Morley, ¿te puedo decir…? —Ian la miró con gran solemnidad—. Creo que eres una bomba.

—Tú siempre tan halagador —dijo ella—. ¿Vamos a tu casa? Antes de que empiece a llover.

Adivina quién soy. Las diez y media. ¿Dónde estás a estas horas, zorra? Bueno, nada. Llámame a la hora que sea, que yo de aquí no me muevo. Adiós. Adiós.

La única luz del estudio de Ian, situado en Cally Road, a la altura de la calle, eran los faroles de sodio, y de vez en cuando el foco de los autobuses de dos pisos que pasaban. Varias veces por minuto vibraba toda la habitación, sacudida por alguna, o varias, de las líneas Piccadilly, Victoria y Northern, y de las de autobuses 30, 10, 46, 214 y 390. En términos de transporte público, probablemente fuera el mejor departamento de Londres, pero sólo en esos términos. Emma notaba el temblor en la espalda, acostada en el sofá cama, con las mallas bajadas por las piernas.

—Éste ¿cuál era?

Ian escuchó el temblor.

—Piccadilly, hacia el este.

—¿Cómo lo aguantas, Ian?

—Te acostumbras. Además, tengo esto… —Señaló el alféizar, donde había dos gusanos gordos de cera gris—. Tapones de cera moldeables para las orejas.

—Ah, qué bonito.

—Lo que pasa es que el otro día olvidé quitármelos, y creía que tenía un tumor cerebral. Se puso todo un poco *Te amaré en silencio*, no sé si me entiendes.

Emma se rio, antes de gemir por la expulsión de otra burbuja de náuseas. Ian le tomó la mano.

—¿Te encuentras mejor?

—Perfecto, mientras no cierre los ojos.

Emma se volteó a mirar a Ian, y al apartar los pliegues del edredón para verle la cara le dio cierto reparo observar que el edredón carecía de funda, y tenía color de sopa de champiñones. La habitación olía a tienda benéfica, el olor de los hombres que viven solos.

—Creo que es culpa del segundo brandy.

Ian sonrió. En ese momento, sin embargo, barrió la habitación la luz blanca de un autobús, y Emma vio su cara de preocupación.

—¿Estás enfadado?

—Claro que no. Es que… darle un beso a una chica, y que se aparte porque tiene náuseas…

—Ya te dije que sólo es por haber bebido. Me la estoy pasando genial, de verdad.

Sólo necesito recuperar el aliento. Ven aquí…

Se sentó para besarlo, pero su mejor brasier se le había subido, clavándole el refuerzo metálico en las axilas.

—¡Ay, ay, ay!

Lo puso en su sitio. Luego se echó hacia delante, con la cabeza entre las rodillas. Ian le estaba frotando la espalda, como una enfermera. Emma se avergonzó de haberlo estropeado todo.

—Creo que es mejor que vaya yendo.

—Ah… Bueno, si es lo que quieres…

Escucharon el ruido de neumáticos en la calle mojada, mientras registraba la habitación otra luz blanca.

—¿Y éste?

—El 30.

Emma se subió las mallas, se levantó y se giró la falda, sin mucho equilibrio.

—¡Me la he pasado muy bien!

—Yo también…

—Lo que pasa es que bebí demasiado…

—Yo también…

—Me voy a casa, a que se me pase…

—Lo entiendo. Aunque es una pena.

Miró su reloj. Las 23:52 horas. Bajo sus pies retumbó un tren, recordándole que estaba en el centro exacto de un nudo de transportes muy considerable. Cinco minutos a pie hasta King’s Cross, la Piccadilly hacia el oeste, y a las doce y media en casa, como muy tarde. En el cristal de la ventana llovía, pero no mucho.

Se imaginó la segunda caminata, el silencio del piso vacío al intentar meter la llave, y la ropa mojada pegándose a la espalda. Se imaginó sola en la cama, con el techo dando vueltas y la Tahití corcoveando, entre náuseas y arrepentimientos. ¿Tan malo era quedarse, con un poco de calor, cariño e intimidad, para variar? ¿Tantas ganas tenía de ser de esas chicas que a veces veía en el metro, resacosas, pálidas, nerviosas, vestidas para la fiesta de la noche anterior? Las ventanas recibieron una ráfaga de lluvia, algo más fuerte que antes.

—¿Quieres que te acompañe a la estación? —dijo Ian, metiéndose la camiseta—. O…

—¿Qué?

—También puedes quedarte aquí a dormir, para que se te pase. Los dos acurrucados, y ya está…

—Acurrucados.

—Sí, acurrucados, abrazados. O ni siquiera eso. Si quieres nos pasamos toda la noche tiesos de vergüenza.

Emma sonrió. Él también, esperanzado.

—Solución para los lentes de contacto —dijo ella—. No tengo.

—Yo sí.

—No sabía que llevaras lentes de contacto.

—Pues ya ves, algo más que tenemos en común. —Ian sonrió. Ella también—. Si tienes suerte, hasta es posible que me sobren unos tapones de cera para las orejas.

—Pero qué labia tienes, Ian Whitehead.

—Contesta, contesta, contesta. Casi es medianoche. Cuando den las doce me convertiré en… ¿en qué? No sé…, probablemente en un idiota. Pero bueno, si oyes este…

—¿Hola? ¿Hola?

—¡Estás ahí!

—Hola, Dexter.

—No te he despertado, ¿no?

—Acabo de entrar. ¿Estás bien, Dexter?

—Sí, sí, perfecto.

—Es que suenas a hecho polvo.

—No, para nada, si estoy de fiesta. Yo solo. Una fiestecita privada.

—Pues baja la música, ¿de acuerdo?

—Mira, es que estaba pensando… espera, ya le bajo a la música… que si quieres venir. Hay champán, música, y puede que hasta droga. ¿Hola? ¿Hola? ¿Me oyes?

—Creía que habíamos decidido que no era buena idea.

—¿Ah, no? Pues a mí me parece una idea genial.

—No puedes llamar después de tanto tiempo y esperar que te…

—¡Venga, Naomi, por favor! Te necesito.

—¡No!

—En media hora puedes estar aquí.

—¡No! Llueve a cántaros.

—No quería decir caminando. Toma un taxi, y yo lo pago.

—¡Te dije que no!

—Es que necesito ver a alguien, Naomi, de verdad.

—¡Pues llama a Emma!

—Emma no está en casa. Y no me refiero a ese tipo de compañía. Ya me entiendes. La cuestión es que esta noche, como no toque a otro ser humano, creo que me moriré. En serio.

—…

—Sé que me escuchas. Te oigo respirar.

—Bueno.

—¿Bueno?

—Llego en media hora. Para de beber. Espérame.

—¿Naomi? ¿Te das cuenta, Naomi?

—¿De qué?
—¿Te das cuenta de que me estás salvando la vida?

Capítulo 8

Espectáculo

VIERNES 15 DE JULIO DE 1994

Leytonstone e Isle of Dogs

Emma Morley come bien, y sólo bebe con moderación. Duerme sus buenas ocho horas, y se despierta ella sola sin problemas, justo antes de las seis y media. Entonces se bebe un gran vaso de agua: los primeros 250 ml de su litro y medio diario, servidos del juego de vaso y jarra que recibe un haz de luz matutina al lado de su cama doble

Suena el radiodespertador. Emma se da el lujo de quedarse en la cama, escuchando los titulares. Murió el líder laborista John Smith. Informan de su funeral en la abadía de Westminster; respetuosos homenajes sin distinción de partidos, «el mejor primer ministro que hemos tenido», conjeturas discretas sobre quién lo sustituirá… Emma toma nota mentalmente una vez más de estudiar la posibilidad de afiliarse al Partido Laborista, ahora que ya hace tiempo que no es de la Campaña por el Desarme Nuclear.

La expulsa de la cama otra dosis de las interminables noticias sobre el Mundial. Se pone sus lentes de siempre, los de montura gruesa, y se encajona en el minúsculo pasillo que forman el lado de la cama y las paredes. Va al baño, diminuto, y abre la puerta.

—¡Un momento!

Vuelve a cerrarla, pero no lo suficientemente rápido como para no ver a Ian Whitehead inclinado hacia el inodoro.

—¿Por qué no cierras con pasador, Ian? —le grita Emma a la puerta.

—¡Perdona!

Emma se gira, va descalza a la cama y se tumba a escuchar de mal humor la previsión del clima, con el ruido de fondo de la cadena del inodoro: dos veces seguidas, y luego una especie de bocina, que es Ian sonándose. Otra vez la cadena. Finalmente aparece él en la puerta, con la cara roja, martirizado. No lleva ropa interior, sólo una camiseta negra que no le llega a las caderas. Es un look que no le sienta bien a ningún hombre del mundo. Aun así, Emma hace un esfuerzo consciente por no apartar la mirada de la cara de Ian, que expulsa lentamente el aire por la boca.

—Vaya. Qué experiencia.

—¿Qué, no te encuentras mejor?

Emma se quita los lentes, por si acaso.

—La verdad es que no —dice él, haciendo pucheros y frotándose la barriga—.

Ahora me duele la tripa.

Habla en voz baja, dolorida; y aunque Emma le considere un tipo maravilloso, la palabra «tripa» tiene algo que le da ganas de darle un portazo en la cara.

—Ya te dije que el tocino estaba pasado, pero no me hiciste caso…

—No es por eso…

—Ah, no, tú dices que el tocino no se pasa, que está curado.

—Yo creo que es un virus.

—Pues será el bicho que está corriendo por ahí. En el colegio lo tiene todo el mundo. Igual te lo pasé yo.

Ian no la contradice.

—No dormí en toda la noche. Me encuentro pésimo.

—Ya lo sé, cariño.

—Encima de resfriado, diarrea…

—Es una combinación que nunca falla. Como luz de luna y música.

—Odio resfriarme en verano.

—No es culpa tuya —dice Emma, sentándose.

—Para mí que es gripe gástrica —dice él, regodeándose en la unión de las palabras.

—Sí suena a gripe gástrica.

—Me encuentro tan… —Busca con los puños apretados la palabra que resuma toda esa injusticia—. Tan… ¡taponado! Así no puedo ir a trabajar.

—Pues no vayas.

—Es que tengo que ir.

—Pues ve.

—¿Cómo quieres que vaya? Es una sensación como de tener un litro de moco justo aquí. —Se cubre toda la frente con la mano—. Un litro de moco espeso.

—Me acordaré todo el día de la imagen, para animarme.

—Perdona, pero es la sensación que tengo.

Ian pasa de milagro al lado de la cama, y con otro suspiro de mártir se mete en su lado bajo el edredón.

Emma se arma de paciencia antes de levantarse. Es un gran día para Emma Morley, un día monumental, y no está para esas cosas. Por la noche se estrena el montaje de *Oliver!* del instituto de Cromwell Road, y el potencial de desastre es casi infinito.

También es un gran día para Dexter Mayhew. Enroscado en las sábanas húmedas, abre mucho los ojos al imaginarse todo lo que puede salir mal. Por la noche saldrá en vivo para todo el país, en un programa propio. Un vehículo. Es un vehículo para sus talentos, y de pronto no está seguro de tener ninguno.

La tarde anterior se acostó temprano, como un niño pequeño, solo y sobrio,

cuando en la calle aún era de día, con la esperanza de amanecer fresco de cara y rápido de reflejos mentales; pero ha estado despierto siete de las nueve horas, y los nervios lo tienen exhausto, mareado. Suena el teléfono. Se incorpora de golpe y escucha su voz por la contestadora. «¡Bueno, ya puedes hablar!», dice la voz, urbana y segura de sí misma. Piensa: tienes que cambiar de mensaje, idiota.

Un pitido de la contestadora.

«Ah. Bueno. Hola, soy yo».

Siente el alivio de siempre al oír la voz de Emma. Justo antes de ponerse, se acuerda de que discutieron, y de que debería estar enojada.

«Perdona que te llame tan temprano, y todo eso, pero es que algunos tenemos que salir a trabajar de verdad. Sólo quería decirte que esta noche es la gran noche, y que mucha mucha suerte, de verdad. En serio, mucha suerte. Te saldrá muy bien. Mejor que bien: genial. Tú ponte algo bonito, y no hables con esa voz tan rara. Ya sé que te molesta que no vaya, pero lo veré y gritaré como una idiota delante de la tele…».

Dexter ya está fuera de la cama, desnudo, mirando fijamente la contestadora. Se plantea contestar.

«No sé a qué hora volveré; ya sabes cómo pueden desmadrarse las actuaciones escolares. Esta locura que llamamos espectáculo. Luego te llamo. Buena suerte, Dex. Muchísimos besos. Por cierto, tienes que cambiar el mensaje de la contestadora».

Y cuelga. Dexter se plantea contestar enseguida, pero tiene la impresión de que tácticamente habría que prolongar un poco más el disgusto. Volvieron a discutir. Emma cree que a Dexter no le gusta su novio, y a pesar del apasionamiento con que lo desmiente Dexter, no se puede negar que no le gusta el novio de Emma.

Se ha esforzado, de verdad que sí. Han ido los tres al cine, a restaurantes baratos y a antros de mala muerte, donde Dexter miraba a Emma a los ojos y le sonreía con aprobación mientras Ian le acariciaba el cuello con la boca: el dulce amor de juventud con un par de cervezas encima. Se sentó a la minúscula mesa de la cocina del minúsculo departamento de Emma en Earls Court, a jugar una partida de Trivial Pursuit de una competitividad tan salvaje que era como boxear sin guantes. Incluso fue con los de Sonicotronics al Laboratorio de la Risa de Mortlake, para ver los monólogos costumbristas de Ian, con Emma al lado, sonriendo nerviosa, y dándole golpecitos con el codo para indicarle cuándo reír.

Pero por muy bien que se porte, la hostilidad es tangible, y mutua. Ian aprovecha cualquier ocasión para dar a entender que Dexter es un farsante, por la simple razón de que tiene presencia pública, y un esnob y un niño bien sólo porque prefiere los taxis a los autobuses nocturnos, los clubes exclusivos a los antros, y los restaurantes buenos a la comida para llevar. Y lo peor es que Emma le respalda en su constante menosprecio, recordándole sus fallos. ¿No se dan cuenta de lo difícil que es seguir siendo buena persona y tener la cabeza sobre los hombros cuando te pasan tantas cosas, y tienes una vida tan activa y llena? Si Dexter paga la cuenta después de cenar, o se brinda a pagar un taxi en vez de ir en autobús, los dos mascullan y ponen mala

cara, como si los hubiera insultado de alguna manera. ¿Por qué a la gente no le gusta que le vayan bien las cosas, ni le agradece su generosidad? El último espanto de velada: los tres en un sofá hecho polvo, mirando *Star Trek: la ira del Khan* y bebiendo latas de cerveza mientras un *curry* le manchaba de salsa fluorescente los pantalones de Dries van Noten… Eso fue la gota que colmó el vaso. En adelante, si ve a Emma, la verá a ella sola.

Contra toda razón y sensatez, se ha puesto… ¿Qué? ¿Celoso? No, celoso no; resentido, si acaso. Siempre esperaba que Emma estuviera disponible, un recurso del que echar mano a cualquier hora, como un servicio de urgencias. Desde el cataclismo de la muerte de su madre, la Navidad pasada, su dependencia de ella ha ido creciendo en proporción inversa a la de ella respecto a él. Antes Emma le devolvía enseguida las llamadas, mientras que ahora se pasa días sin dar señales de vida. Dice que ha estado «fuera, con Ian», pero ¿adónde van? ¿Qué hacen? ¿Comprar muebles juntos? ¿Ver pelis? ¿Ir a concursos de pub? Ian hasta ha conocido a los padres de Emma, Jim y Sue. Según ella, están encantados. ¿Cómo se explica que Dexter no conozca a Jim y Sue? ¿No estarían más encantados con él?

Lo más molesto de todo es que parece que Emma disfrute de haberse independizado. Dexter tiene la impresión de que le han dado una lección, y de que el nuevo estatus de Emma, tan satisfecha, le da bofetadas en la cara. «No puedes esperar que la gente haga su vida alrededor de ti, Dexter», se ha regodeado en decirle ella; y ahora han vuelto a discutir, sólo porque Emma no estará en el estudio para la transmisión en vivo del programa de Dexter.

—¿Qué quieres que haga, cancelar *Oliver!* porque sales por la tele?

—¿No podrías venir después?

—¡No! ¡Son kilómetros!

—¡Te mando un coche!

—Después tengo que hablar con los chicos, los padres…

—¿Por qué?

—¡No digas tonterías, Dexter! ¡Es mi trabajo!

Él es consciente de estar siendo grosero, pero le iría muy bien tener a Emma entre el público. Es mejor persona con ella cerca. ¿Los amigos no están para eso, para darte ánimos y sacar siempre lo mejor de ti? Emma es su talismán, su amuleto de la suerte. Ahora no estará, ni su madre, y Dexter se preguntará para qué lo hace.

Tras un largo baño, se encuentra algo mejor. Se pone un suéter de pico, ligero y de cachemira, sin camisa, y unos pantalones claros de lino, con cordón, sin calzoncillos; se calza unos Birkenstock, y en cuatro brincos baja al quiosco para leer los preestrenos de la tele y comprobar que hayan hecho su trabajo los de Prensa y Publicidad. El quiosquero sonríe a su cliente famoso tal como se merece la ocasión. Dexter regresa a casa con una montaña de periódicos. Ya se encuentra mejor, nervioso, pero también eufórico. Mientras la cafetera espresso se calienta, vuelve a sonar el teléfono.

Antes de que salte la contestadora, algo le dice que será su padre, y que él no levantará el auricular. Desde que se murió su madre, las llamadas se han vuelto más frecuentes y más acongojantes: balbuceos, vueltas a lo mismo, angustia… Parece que a su padre, el hombre hecho a sí mismo, ahora le supere hasta lo más sencillo. El luto lo dejó apático. Las pocas veces que ha ido a verlo, Dexter lo ha encontrado mirando la tetera con impotencia, como si fuera un artefacto extraterrestre.

«¡Bueno, ya puedes hablar!», dice el idiota de la contestadora.

«Hola, Dexter, soy tu padre. —La voz pesada de cuando habla por teléfono—. Sólo llamo para desearte buena suerte en el programa de esta noche. Te estaré viendo. Es muy emocionante. Alison habría estado muy orgullosa. —Un momento de pausa, mientras los dos se dan cuenta de que probablemente no sea verdad—. No quería decirte nada más. Ah, sí, una cosa: no hagas caso a los periódicos. Tú diviértete y ya está. Adiós. Adiós…».

¿Que no le haga caso a qué? Dexter se lanza hacia el teléfono.

«¡… Adiós!».

Su padre colgó. Primero puso el temporizador de los explosivos, y luego ha colgado. Dexter mira la montaña de periódicos, que ahora están llenos de amenazas. Se aprieta el cordón de los pantalones de lino y abre las páginas de Televisión.

Cuando Emma sale del baño, Ian está hablando por teléfono. Por su tono de voz, coqueto y cantarín, deduce que es con su madre. Lo de su novio con Sue roza la aventura desde que se conocieron, en Leeds, en Navidad. «Qué plantas más bonitas, señora M.», «Pero qué pavo más jugoso»… Sus ansias mutuas son eléctricas. Lo único que pueden hacer Emma y su padre es poner los ojos en blanco.

Espera pacientemente a que Ian se despegue del teléfono.

—Adiós, señora M. Sí, espero que sí. Sólo es un resfriado de verano. Ya se me pasará. Adiós, señora M., adiós.

Agarra el teléfono, mientras Ian, que vuelve a estar mortalmente enfermo, se arrastra hacia la cama.

Su madre está nerviosa, aturrullada.

—Qué buen chico. ¿Verdad que es buen chico?

—Sí, mamá.

—Espero que lo estés cuidando.

—Ahora tengo que ir a trabajar, mamá.

—Oye, y ¿para qué llamaba yo? Se me ha olvidado completamente para qué llamaba.

Llamaba para hablar con Ian.

—¿Para desearme buena suerte?

—¿Buena suerte para qué?

—La obra del colegio.

—Ah, sí, buena suerte. Perdona que no vayamos a verla. Es que Londres es tan caro…

Emma corta la llamada con la excusa de que se incendió la tostadora. Luego va a ver al paciente, que se está asando bajo el edredón en un intento de que «se le pase sudando». Tiene la conciencia, vaga y parcial, de estar fallando como novia. Para ella es un papel nuevo, y a veces se sorprende plagiando «actitudes de novia»: tomarse de la mano, hacerse arrumacos delante de la tele y cosas así. Ian la quiere; se lo dice él mismo si acaso con frecuencia algo excesiva. A Emma le parece que podrá corresponderlo, pero que le hará falta práctica. Está claro que lo piensa intentar. En un gesto de compasión forzado, se pega a Ian en la cama.

—Si no te ves capaz de venir esta noche a ver la obra…

Él se sienta, alarmado.

—¡No! No, no, no; voy seguro.

—Yo lo entendería…

—… Aunque tenga que ser en ambulancia.

—Si es una tontería, una obra de colegio. Con la pena ajena que dará…

—¡Emma! —Ella levanta la cabeza para mirarlo—. ¡Que es tu gran noche! No me lo perdería por nada del mundo.

Sonríe.

—Bueno. Me alegro.

Se agacha a darle un beso antiséptico, con los labios juntos. Luego toma su bolsa y sale del departamento de puntillas, preparada para su gran día.

En el titular dice:

¿EL HOMBRE MÁS ODIOSO DE LA TELE?

Y al principio Dexter cree que se han equivocado, imprimiendo su foto por casualidad debajo del titular, sobre una sola palabra: «Engreído», como si fuera su apellido: Dexter Engreído.

Sigue leyendo, con el pulgar y el índice muy apretados en torno a su tacita de espresso.

Esta noche

¿Hay alguien más presumido, engreído y pagado de sí mismo en la televisión actual que Dexter Mayhew? Una imagen subliminal de su cara de niño bonito nos da ganas de reventar la tele a patadas. En el colegio teníamos una frase para eso: mira, uno que se cree que es LO MÁS. Lo raro es que en MediaLand debe de haber alguien tan encantado con él como consigo mismo,

> porque después de tres años de *marcha loca* (¿a ustedes no les dan rabia las minúsculas? ¡Qué 1990!), ahora presenta su propio programa de música nocturno, *El After*. O sea…

Mejor no seguir leyendo, cerrar el periódico y pasar a otra cosa, pero su visión periférica ya ha atisbado una o dos palabras. Una de ellas era «inepta». Sigue leyendo…

> O sea, que si de verdad quieren ver a un niño bien con pretensiones de encarnar al hombre de hoy, pronunciando como si fuera de barrio bajo y coqueteando con las chavitas, uno que intenta estar en la misma onda que los chavos sin darse cuenta de que los chavos se ríen de él, aquí lo tienen. Tomando en cuenta que es en vivo, puede ser interesante observar su famosamente inepta técnica de entrevistador. Otra posibilidad es que se marquen la cara con una plancha a temperatura máxima. La copresentadora es la pizpireta Suki Meadows, y la música la ponen Shed Seven, Echobelly y los Lemonheads. No digan que no les advertimos.

Dexter tiene un archivo de recortes, una caja de zapatos Patrick Cox al fondo de un armario, pero este artículo decide no guardarlo. Se prepara otro espresso, haciendo mucho ruido y desordenándolo todo.

El síndrome de la mediocridad es lo que es, la enfermedad de este país —piensa —. Un poco de éxito y ya te quieren ver por los suelos pues a mí me da igual me gusta mi trabajo y lo hago de puta madre y es mucho más difícil de lo que se cree la gente los huevos de hierro debes tener para ser presentador de tele y el cerebro como un como un que piense rápido vaya además no hay que tomarse las críticas a pecho qué falta hacen los críticos nadie se ha despertado pensando quiero ser crítico pues mira prefiero poner yo la cara que ser un eunuco hablando mal de los demás por doce mil al año total a un crítico nunca le han hecho una estatua se van a enterar se van a enterar.

Este monólogo, con sus variantes, se repite en la cabeza de Dexter a lo largo del gran día: en el trayecto hacia las oficinas de la productora, yendo en un sedán con chofer al estudio de Isle of Dogs, durante el ensayo de la tarde, la reunión de producción, las sesiones de peluquería y maquillaje, y así hasta el momento de quedarse solo en su camerino, cuando por fin puede abrir la bolsa, sacar la botella que ha metido por la mañana, servirse un buen vaso de vodka, echarle jugo de naranja y empezar a beber.

—Pelea, pelea, pelea, pelea, pelea…

Tres cuartos de hora para que suba el telón, y se los oye corear en todo el salón de Lengua y Literatura.

—Pelea, pelea, pelea…

En el pasillo, por donde camina muy deprisa, Emma ve salir del vestidor a la señora Grainger, como si huyera de un incendio.

—He intentado pararlos, pero no me hacen caso.

—Gracias, señora Grainger. Seguro que puedo arreglarlo.

—¿Aviso al señor Godalming?

—No creo que pase nada. Usted vaya a ensayar con el grupo.

—Yo dije que esto era un error. —La señora Grainger se va deprisa, con la mano en el pecho—. Yo dije que no saldría bien.

Emma respira hondo, y al entrar ve a la horda: treinta adolescentes con chisteras, faldas de aros y barbas postizas, gritando y riéndose mientras Jack Dawkins le clava las rodillas en los brazos a Oliver Twist, y le pega la cara al suelo lleno de polvo.

—A ver, ¿qué está pasando aquí?

La turba victoriana se gira.

—Quítemela de encima, señorita —masculla Oliver con la boca en el linóleo.

—Se están peleando, señorita —dice Samir Chaudhari, de doce años, con enormes patillas.

—Gracias, Samir, ya lo veo.

Emma se abre camino para separarlos. Los dedos de Sonya Richards, la chica negra y flaca que hace de Jack Dawkins, aún se aferran al escalado rubio del pelo de Oliver. Emma la toma por los hombros, mirándola a los ojos fijamente.

—Suéltalo, Sonya. Suéltalo ya, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo?

Al final Sonya lo hace y retrocede, con los ojos empañados a medida que la rabia deja paso al orgullo herido.

Martin Dawson, el huérfano Oliver, parece atontado. Corpulento, metro ochenta de estatura, es más alto que el mismísimo señor Bumble, pero aun así el fornido pordiosero parece a punto de llorar.

—¡Empezó ella! —se lamenta, alternando bajos y agudos, mientras se pasa la base de la mano por la cara sucia.

—Bueno, Martin, ya está.

—Eso, Dawson, que te calles.

—Va en serio, Sonya. ¡Basta!

Emma está en el centro del círculo, con los adversarios agarrados por el codo, como un árbitro de boxeo. Se da cuenta de que para salvar el espectáculo tendrá que improvisar una arenga entusiasta, uno de los muchos momentos a lo Enrique V de los que está compuesta su vida laboral.

—¡Qué bien les queda el vestuario! ¡Fíjense en Samir, con ese pedazo de patillas! —Se ríen. Samir se presta al juego y se rasca el pelo falso—. Fuera tienen amigos y parientes, y todos van a ver una función buenísima, teatro del bueno. Al menos yo es

lo que creía. —Se cruza de brazos y suspira—. Aunque me parece que no habrá más remedio que suspenderlo…

Es un invento, naturalmente, pero el efecto es ideal: un gran gemido a coro de protesta.

—¡Si no hemos hecho nada, señorita! —protesta Fagin.

—Pues entonces ¿quién gritaba «pelea, pelea, pelea», Rodney?

—¡Es que a ésta se le fue la mano, señorita! —Trina Martin Dawson.

Sonya se le intenta echar encima.

—¿Qué pasa, Oliver, que quieres más?

Se oyen risas. Emma desempolva el discurso de triunfo contra la adversidad.

—¡Ya está bien! ¡Se supone que son una compañía, no una horda de bárbaros! Miren, no lo quiero esconder: aquí, esta noche, hay gente que no cree que les vaya a salir bien. No los ven capaces. Creen que es demasiado complicado para ustedes. ¡Que es Charles Dickens, Emma!, me dicen. No son bastante inteligentes. No tienen bastante disciplina para trabajar en grupo. No están a la altura de *Oliver!* Ponles algo más fácil.

—¿Quién lo dijo, señorita? —dice Samir, dispuesto a rayarles el coche con las llaves.

—Da igual quién lo haya dicho. Lo importante es lo que piensan. ¡Y puede que tengan razón! ¡Puede que sea mejor cancelarlo!

Hay un momento en el que tiene miedo de pasarse, pero es difícil sobrestimar la avidez adolescente por el drama: un gran gemido de protesta brota de todos a la vez, con sus cofias y chisteras. Aunque sepan que Emma está engañándolos, disfrutan con el riesgo. Emma hace una pausa teatral.

—Bueno, a ver. Ahora saldremos Sonya, Martin y yo a hablar un poco. Ustedes, mientras tanto, sigan preparándose. Luego se sientan sin hacer ruido, y piensan cada uno en su papel. Después ya decidiremos qué se hace. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo o no?

—¡Sí, señorita!

Al salir Emma tras los dos adversarios, el vestidor está en silencio, pero nada más cerrar la puerta vuelve a oírse ruido. Acompaña a Oliver y Jack Dawkins por el pasillo, pasando al lado del gimnasio, donde la señora Grainger está dirigiendo a la banda de música en un *Consider Yourself* de lo más disonante. Se pregunta una vez más en qué se ha metido.

Primero habla con Sonya.

—Bueno, ¿qué pasó?

La luz de la tarde entra al sesgo por las grandes ventanas reforzadas de 4D. Sonya se queda mirando el salón de ciencias, simulando aburrimiento.

—Nada, cosas que nos hemos dicho.

Se sienta al borde de una mesa, balanceando sus largas piernas, con viejos pantalones de colegio hechos jirones, y hebillas de papel de aluminio en unos tenis

negros. Se toca con una mano la cicatriz de la vacuna contra la tuberculosis, crispando como un puño su carita dura y guapa, como si avisara a Emma de que no le venga con esas tonterías de «aprovecha el día». A los otros les da miedo Sonya Richards. A veces, incluso Emma teme por su dinero para la comida. Es por su mirada imperturbable, y su rabia.

—No pienso pedirle perdón —le espeta Sonya.

—¿Por qué no? Y no digas «porque empezó él», por favor.

La cara de Sonya se abre de indignación.

—¡Es que es verdad!

—¡Sonya!

—Me dijo…

Se calla.

—¿Qué te dijo? ¿Sonya?

Sonya hace un cálculo, sopesando en una mano la deshonra de delatar, y en la otra el sentido de la justicia.

—Me dijo que si puedo hacer este papel es porque en el fondo no tengo que actuar, porque en la vida real también soy una tarada.

—Una tarada.

—Sí.

—¿Es lo que te ha dicho Martin?

—Me lo ha dicho y le pegué.

—Bueno. —Emma suspira, y mira al suelo—. Lo primero que hay que decir es que nunca se puede pegar a nadie, diga lo que diga.

Sonya Richards es su proyecto. Sabe que no debería tener proyectos, pero Sonya es de una inteligencia tan palmaria… La más inteligente de la clase, con diferencia, pero también una chica agresiva, un látigo de resentimiento y orgullo herido.

—¡Es que es un estúpido, señorita!

—¡Basta, Sonya, por favor! —dice Emma, pese a que en cierto modo le parece que Sonya tiene sus razones contra Martin Dawson: trata a los alumnos, los profesores y toda la enseñanza pública como un misionero que se ha dignado caminar entre ellos. La noche pasada, durante el ensayo general, lloró de verdad al cantar *Where is Love?*, sacando los agudos como piedras del riñón, y Emma no pudo evitar preguntarse qué se sentiría subiendo al escenario, poniéndole una mano en la cara y empujándole hacia atrás con firmeza. El comentario de la campesina le cuadra perfectamente. Aun así…

—Si es lo que te dijo…

—Sí, señorita.

—Voy a hablar con él, pero si es lo que te ha dicho, lo único que demuestra es que es un ignorante, y tú, igual de boba, por seguirle la corriente. —Topa con «boba», una palabra muy poco de barrio. Más calle, más calle, se dice—. Pero mira, si no podemos resolver este… embrollo, pues entonces se acabó la función, en serio.

La cara de Sonya vuelve a crisparse. Emma observa, sorprendida, que parece a punto de llorar.

—Eso no lo puede hacer.

—Quizá no tenga más remedio.

—¡Señorita!

—No podemos hacer la función, Sonya.

—¡Sí podemos!

—¿Para qué, para que luego te agarres a bofetadas con Martin durante *Who Will Buy*? —A Sonya se le escapa la sonrisa—. Tú eres lista, Sonya, muy muy lista, pero te ponen trampas y caes tú sola. —Sonya suspira, recupera la compostura y mira el pequeño rectángulo de césped seco que hay frente al salón de ciencias—. Con lo bien que podrías hacerlo… No sólo en la función, sino en clase. Este curso lo has hecho muy bien, con inteligencia, sensibilidad y pensando bien las cosas. —Como Sonya no sabe reaccionar a los elogios, se sorbe la nariz y pone mala cara—. El curso que viene lo puedes hacer aún mejor, pero tienes que controlar tu mal genio, Sonya. Tienes que demostrarles a los otros que tú no eres así. —Es otro discurso. A veces Emma piensa que gasta demasiadas fuerzas en hacer este tipo de discursos. Albergaba la esperanza de obtener algún tipo de efecto estimulante, pero la mirada de Sonya ha saltado por encima de su hombro, hacia la puerta del aula—. Sonya, ¿me estás escuchando?

—Está aquí Barbas.

Al girarse, Emma ve una cara peluda en el cristal de la puerta, y en medio del pelo oscuro, dos ojos como de oso curioso.

—No le llames Barbas, que es el director —le dice a Sonya.

Después le hace señas a él de que pase. De todos modos es verdad: la primera (y la segunda) palabra que le viene a la cabeza siempre que ve al señor Godalming es «barba». Es de esas barbas que parece mentira la cantidad de cara que tapan: cuidada, bien recortada, pulcra, pero negrísima, de conquistador español, con un par de ojos azules encima, como dos agujeros en medio de una alfombra. Total, que es el Barbas. Cuando entra, Sonya se empieza a rascar la barbilla. Emma abre mucho los ojos para avisarle.

—Buenas tardes —dice el director, con su voz campechana de cuando ya no hay clase—. ¿Qué tal? ¿Todo bien, Sonya?

—Está la cosa un poco peluda —dice Sonya—, pero creo que nos saldrá bien.

Emma resopla por la nariz. El director voltea a mirarla.

—¿Todo bien, Emma?

—Le estaba dando unos consejos a Sonya, para la función. ¿Quieres irte, Sonya, y así te sigues preparando? —Sonya baja de la mesa con una sonrisa de alivio, y se va alegremente hacia la puerta—. Dile a Martin que me espere, que son dos minutos.

Emma y el señor Godalming se quedan solos.

—¡Bueno! —dice él, sonriendo.

—Bueno…

En un ataque de informalidad, el señor Godalming va a sentarse al revés en una silla, como los actores; luego parece que se arrepintiera, pero llegara a la conclusión de que ya es demasiado tarde.

—Es toda una pieza, esta Sonya.

—Nada, fanfarronerías.

—Me dijeron algo de una pelea.

—No ha pasado nada. Los nervios de antes de la función.

La verdad es que es portentoso lo incómodo que se le ve con el respaldo por delante.

—Me dijeron que tu protegida le estaba zurrando a nuestro futuro delegado.

—La exaltación de la juventud. Además, no creo que Martin fuera del todo inocente.

—La palabra que he oído es bofetada.

—Lo veo muy bien informado.

—Bueno, es que soy el director.

El señor Godalming sonríe a través de su pasamontañas. Emma se pregunta si sería posible ver crecer el pelo, fijándose bastante tiempo. ¿Y qué habrá debajo de todo eso? ¿Y si resulta que el señor Godalming es guapo y todo?

El director señala la puerta con la cabeza.

—He visto a Martin en el pasillo. Está muy… sensible.

—Es que lleva seis semanas metido en el personaje. Está siguiendo el método Stanislavski. Para mí que si pudiera, tendría raquitismo.

—¿Es bueno?

—¡No, qué va, si es un horror! Donde mejor estaría es en un orfanato. Cuando cante *Where is Love?*, usted no dude en meterse trozos de programa en las orejas. —El señor Godalming se ríe—. En cambio, Sonya lo hace muy bien.

Cambia de postura, incómodo.

—¿Qué puedo esperar de esta noche, Emma?

—Ni idea. Puede pasar de todo.

—Personalmente, soy más de *Sweet Charity*. Recuérdame por qué no podíamos hacer *Sweet Charity*.

—Bueno, es que es un musical sobre prostitución, y…

El señor Godalming vuelve a reírse. Con Emma lo hace mucho. Ya se ha fijado más de uno. Corren rumores entre el personal, murmullos sórdidos sobre favoritismo, y es verdad que esta noche la está mirando muy fijamente. Pasa un momento. Emma mira otra vez hacia la puerta, por cuyo cristal se asoma lloroso Martin Dawson.

—Será mejor que vaya a hablar con Edith Piaf, antes de que le dé un ataque.

—Claro, claro. —El señor Godalming parece contento de descabalgarse de la silla —. Suerte para esta noche. Mi mujer y yo llevamos toda la semana esperándolo.

—No lo creo.

—¡Es verdad! Después de la función te la presento. ¿Qué te parece si Fiona y yo

tomamos algo con tu… prometido?

—¡No, por Dios, sólo novio! Ian…

—Luego, en las copas…

—Un vaso de naranjada en polvo diluida…

—La cocinera ha ido al súper…

—He oído rumores sobre croquetitas…

—Dando clases, ¿eh?

—Luego dice la gente que no tiene *glamour*…

—Por cierto, Emma, estás preciosa.

Emma abre los brazos. Se ha maquillado, sólo un poco de lápiz labial que combina con un vestido *vintage* con estampado de flores, de color rosa oscuro, y puede que un poco ceñido. Se mira el vestido, como si la hubieran tomado por sorpresa, aunque en realidad su desconcierto se debe al comentario.

—¡Muchas gracias! —dice, aunque él se ha dado cuenta de su titubeo.

Pasa un momento. El director mira la puerta.

—¿Le digo a Martin que entre?

—Sí, por favor.

Se para y se gira a medio camino.

—Perdona, pero ¿he infringido algún tipo de código profesional? ¿Eso se les puede decir a los subordinados? ¿Que están guapos?

—Pues claro —dice ella; pero los dos saben que la palabra no ha sido «guapa». Ha sido «preciosa».

—Perdone, estoy buscando al hombre más odioso de la televisión —dice en la puerta Toby Moray, con su estridente y quejumbrosa vocecita.

Lleva un traje de cuadros escoceses, y va maquillado para salir en pantalla, con un fleco de broma hecho con brillantina. Dexter tiene ganas de tirarle una botella.

—Creo que descubrirá que a quien busca no es a mí, sino a usted mismo —dice, perdiendo de golpe la capacidad de ser conciso.

—Vaya reaparición, superestrella —dice su copresentador—. ¿Qué, ya leíste los comentarios?

—Pues no.

—Porque si quieres te hago fotocopias…

—Sólo una mala crítica, Toby.

—O sea, que no has leído el *Mirror*. Ni el *Express*, ni *The Times*…

Dexter finge estudiar el guión.

—Nunca le han dedicado una estatua a ningún crítico.

—Es verdad, pero a un presentador de la tele tampoco.

—Vete a la mierda, Toby.

—¡Ah, *le mot juste*!

—Además, ¿qué haces aquí?

—He venido a desearte suerte.

Toby se acerca, le pone las manos en los hombros y se los aprieta. Rechoncho y cáustico, su papel en el programa es el de una especie de bufón irreverente que no se calla nada. Dexter siente a la vez desprecio y envidia por aquel personajillo exaltado que hace entrar al público en calor. En el programa piloto, y en los ensayos, Toby le ha dado mil vueltas, burlándose un poco de él, humillándolo y haciéndole sentir lento de palabra y pensamiento, tontorrón, un niño bonito que no piensa. Se quita de encima las manos de Toby con un encogimiento de hombros. Dicen que su antagonismo dará para tele de la buena, pero Dexter se siente paranoico, perseguido. Necesita otro vodka para recuperar el buen humor, pero eso, con la carita de sabiondo de Toby haciendo sonrisitas en el espejo, es imposible.

—Si no te importa, me gustaría ordenar un poco las ideas.

—Lo entiendo. Concentra ese cerebro.

—Luego nos vemos, ¿de acuerdo?

—Está bien, guapo. Buena suerte. —Toby cierra la puerta, pero la vuelve a abrir —. Lo digo en serio, ¿eh? Buena suerte.

Una vez seguro de estar solo, Dexter se llena el vaso y se mira al espejo. Camiseta rojo vivo con saco negro de esmoquin encima; debajo, jeans desteñidos y zapatos negros de punta. El pelo corto, con estilo: tiene que dar una imagen de hombre joven y dinámico, pero de repente se siente viejo, cansado y con una tristeza inverosímil. Se aprieta cada ojo con dos dedos, intentando explicarse la melancolía que le paraliza, pero le cuesta pensar racionalmente. Es como si le hubieran agarrado la cabeza y se la hubieran sacudido. Se le confunden las palabras, y no ve ninguna manera de superarlo. No te vengas abajo, se dice; no es el sitio ni el momento. Aguanta.

En la tele en vivo, sin embargo, una hora es mucho tiempo, más de la cuenta. Llega a la conclusión de que no le iría mal una ayudita. Hay una botella de agua en la mesa. La vacía en el lavabo y, mirando la puerta de reojo, vuelve a sacar la botella de vodka del cajón y se echa cuatro dedos, no, cinco de líquido viscoso en la botella, antes de taparla. La levanta hacia la luz. No se nota la diferencia. No es que se lo vaya a beber todo, claro, pero al menos lo tiene en la mano, para ayudarle a superar el trance. Es un engaño que le devuelve el entusiasmo y la confianza; vuelve a estar listo para demostrarles a los espectadores, y a Emma, y a su padre, en casa, de qué es capaz. No es un presentador cualquiera. Es un comunicador.

Se abre la puerta.

—¡UALA! —dice Suki Meadows, la copresentadora.

Es la novia ideal del país, una mujer que hace de lo pizpireto una forma de vida, lindante con un trastorno. Sería capaz de empezar una carta de pésame con la palabra «¡uala!». A Dexter, este alborozo a ultranza le habría cansado un poco, de no ser por lo atractiva que es Suki, y por lo enamorada que está por él.

—¿QUÉ TAL, CARIÑO? ¡ESTARÁS QUE NO CABES DEL MIEDO, ME IMAGINO!

Es el otro gran talento de Suki como presentadora: hablar con todo el mundo como si se dirigiera a los bañistas de la playa de Weston-super-Mare un día de fiesta.

—Sí, un poco nervioso sí que estoy.

—¡VENGA YAAAA, HOMBREEE!

Le rodea la cabeza con un brazo, y se la aguanta como una pelota de futbol. Suki Meadows es guapa, y menuda, como se decía antes, con una efervescencia, un burbujeo dignos de un termoventilador tirado en la tina. Últimamente han coqueteado un poco, si es que se puede llamar coquetar a que Suki le apriete así la cara en un seno. Ha habido cierta presión para que formen pareja, como entre el delegado y la delegada de una clase, y algo de lógica sí tiene, al menos desde el punto de vista profesional, que no emocional. Suki le aprieta la cabeza con el brazo («VAS A ESTAR GENIAL»), y de pronto le agarra las orejas y le estira la cara hacia ella.

—ESCUCHA: ESTÁS MATADOR, YA LO SABES, Y VAMOS A FORMAR UN EQUIPO GENIAL, TÚ Y YO. ESTA NOCHE HA VENIDO MI MADRE, QUE QUIERE CONOCERTE DESPUÉS DEL PROGRAMA. NO SE LO DIGAS, PERO CREO QUE LE GUSTAS. SI ME GUSTAS A MÍ, TAMBIÉN TIENES QUE GUSTARLE A ELLA. ¡QUIERE UN AUTÓGRAFO, PERO TIENES QUE PROMETERME QUE NO TE METERÁS CON ELLA!

—Haré lo que pueda, Suki.

—¿VINO ALGUIEN DE TU FAMILIA?

—No…

—¿AMIGOS?

—No…

—¿QUÉ TE PARECE ESTE VESTIDO? —Se ha puesto un top y una falda cortísima, y lleva la botella de agua obligatoria—. ¿SE ME VEN LOS PEZONES?

¿Estará coqueteando?

—Sólo si te fijas —coquetea él a su vez, maquinalmente, con una sonrisa débil.

Suki nota algo. Le toma las dos manos y berrea íntimamente:

—¿QUÉ TE PASA, CARIÑO?

Dexter se encoge de hombros.

—Ha venido Toby a ponerme nervioso…

No tiene tiempo de acabar la frase, porque Suki lo levanta a la fuerza y le rodea la cintura con los brazos, estirando compasivamente el elástico de los calzoncillos.

—TÚ IGNÓRALO, ESTÁ CELOSO PORQUE LO HACES MEJOR QUE ÉL. —Le mira desde abajo, clavándole la barbilla en el pecho—. LO TUYO ES UN DON. YA LO SABES.

Está en la puerta el jefe del set.

—Bueno, chicos, todo listo.

—¿VERDAD QUE SOMOS GENIALES, LOS DOS JUNTOS? SUKI Y DEX, DEX Y SUKI. LOS VAMOS A DEJAR ALUCINADOS. —De repente Suki le da un beso a Dexter, con mucha fuerza, como si le pusiera un sello a un documento—. LUEGO MÁS, CAMPEÓN —le dice

al oído.

Recoge su botella de agua y se va saltando al estudio.

Dexter dedica un momento a mirarse al espejo. «Campeón». Suspira, se aprieta el cráneo con los diez dedos e intenta no acordarse de su madre. Aguanta. No la cagues. Hazlo bien. Haz algo bien. Pone la sonrisa que reserva especialmente para usarla en la tele, agarra su botella de agua y se va al estudio.

Suki, que le espera al borde del enorme set, le toma la mano y se la aprieta. Pasa corriendo el equipo, dándole palmadas en los hombros y puñetazos de colega en el brazo. Por encima de sus cabezas, irónicas bailarinas a gogó en biquini y botas de vaquero estiran las pantorrillas dentro de sus jaulas. Toby Moray está calentando al público, que encima se ríe mucho. De repente los presenta a ellos dos: ¡por favor, un gran aplauso para los presentadores de esta noche, Suki Meadows y Dexter Mayhew!

Dexter no quiere salir. Brota música a toda pastilla por los altavoces: *Start the Dance*, de Prodigy. Él querría quedarse entre bambalinas, pero Suki le tira de la mano. De pronto Suki irrumpe bajo las fuertes luces del set, berreando:

—¡QUÉPASSSSSAAAAAAA!

La sigue Dexter, la mitad cortés y refinada del dúo de presentadores. En el set hay muchos andamios, como siempre. Van subiendo por rampas, hasta tener el público a sus pies, y todo sin que Suki pare ni un momento de cotorrear.

—¡PERO BUENO, QUÉ GUAPOS! ¿PREPARADOS PARA PASAR UN BUEN RATO? ¡VAMOS, QUE SE LES OIGA!

Dexter se queda a su lado en la grúa, mudo, con el micro en la mano, dándose cuenta de que está borracho. Su gran debut nacional y está empapado de vodka, mareado. La grúa se ve altísima, mucho más que en los ensayos. Tiene ganas de tumbarse en el suelo, pero correría el riesgo de que se fijasen dos millones de personas, así que hace su pose y se arranca con un:

—¡Quépasachavoscómoestán!

Una voz masculina sube hasta la grúa.

—¡Mamón!

Dexter busca al alborotador con la mirada: es un mequetrefe flaco, con el pelo a lo Wonder Stuff, que sonríe de oreja a oreja, pero la gente se ríe, y mucho. Se ríen hasta los camarógrafos.

—Señoras y señores, mi agente —replica Dexter.

Un murmullo divertido, pero nada más. Deben de haber leído la prensa. ¿El hombre más odioso de la televisión? Madre mía, es verdad, piensa Dexter. Me odian.

—¡Un minuto! —grita el jefe del set.

De pronto Dexter tiene la impresión de estar subido a un andamio. Busca una cara amable en el público, pero no hay ninguna. Vuelve a lamentarse de que no esté Emma. Con Emma podría lucirse. Si estuvieran Emma o su madre, daría lo mejor de sí, pero no están; sólo hay una multitud de caras burlonas y llenas de malicia, muchísimo más jóvenes que él. De algún sitio tiene que sacar algo de chispa, algo de

gracia. Con la lógica láser de los borrachos, decide que podría ayudarle el alcohol. ¿Por qué no? El daño ya está hecho. Dentro de las jaulas, las bailarinas ya hacen poses. Las cámaras se ponen en su sitio. Dexter desenrosca el tapón de su botella ilícita, la levanta, traga y hace una mueca. Agua. En la botella de agua hay agua. Alguien le cambió el vodka de su botella de agua por…

Su botella la tiene Suki.

Treinta segundos para salir en directo. Suki se equivocó de botella. La tiene en la mano, como un pequeño accesorio.

Veinte segundos para salir al aire. Suki está desenroscando el tapón.

—¿Te la vas a quedar? —Grazna Dexter.

—SE PUEDE, ¿NO?

Suki salta de puntillas, como un boxeador.

—Me equivoqué de botella. Tengo la tuya.

—¿Y QUÉ? ¡LIMPIA LA BOCA DE LA BOTELLA!

Diez segundos para salir al aire. El público empieza a rugir y aplaudir. Las bailarinas se sujetan a los barrotes de sus jaulas y empiezan a hacer piruetas, mientras Suki se lleva la botella a la boca.

—Siete, seis, cinco…

Dexter intenta agarrarla, pero ella le aparta la mano, riéndose.

—¡QUÍTATE, DEXTER, TÚ YA TIENES UNA!

Cuatro, tres, dos…

—Es que no es agua —dice él.

Ella se lo traga.

Títulos.

Suki tose y se atraganta, con la cara roja, entre guitarras que revientan altavoces, baterías que retruenan, bailarinas que se retuercen y una cámara que baja del techo con un cable, como un ave rapaz, volando hacia los presentadores por encima del público, haciendo que a la gente, desde casa, le parezca que hay trescientos jóvenes aplaudiendo a una mujer atractiva que tiene arcadas encima de un andamio.

La música baja de volumen, y sólo se oye la tos de Suki. Dexter se quedó de piedra, seco, sin aire, estrellándose borracho en su propio vehículo. El avión baja en picada. El suelo sube a su encuentro.

—Di algo, Dexter —dice una voz por el auricular—. ¿Hola? ¿Dexter? Di algo.

Pero no le funciona el cerebro, ni la boca. Se queda ahí plantado, tonto y mudo. Se alargan los segundos.

Menos mal que está Suki, una profesional de verdad, que se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¡QUE NO DIGAN QUE NO ESTAMOS EN VIVO! —Se oye un murmullo de risas aliviadas en el público—. DE MOMENTO TODO VA MUY BIEN, ¿NO, DEX?

Le clava un dedo en las costillas. Dexter salta como un resorte.

—Perdonen por lo de Suki… —dice—. ¡Lo de la botella es vodka!

Hace el cómico vaivén de la muñeca con el que se alude a los borrachos clandestinos. Se oye otra risa. Empieza a estar mejor. Suki también se ríe, le da un golpecito, levanta el puño y dice:

—A ver si te doy…

A lo Tres Chiflados. Dexter es el único que se da cuenta del desprecio que se esconde bajo la efervescencia. Se aferra a la seguridad del teleprómpter.

—Bienvenidos a *El After*. Soy Dexter Mayhew…

—¡… Y YO SUKI MEADOWS!

Ya están lanzados otra vez, presentando el gran festín de humor y música del viernes por la noche, guapos e interesantes, como los dos chicos más interesantes del colegio.

—Y ahora, sin perder más tiempo, que se les oiga… —Echa los brazos hacia atrás, como el jefe de pista de un circo—. ¡…Y démosle una gran bienvenida de *El After* a Shed… Seven!

La cámara se aleja de ellos dos, como si ya no le interesaran. En la cabeza de Dexter, se superpone a la música el parloteo de las voces de los técnicos.

«¿Todo bien, Suki?», dice el productor.

Dexter dirige a Suki una mirada suplicante. La de ella es dura. Podría decir: Dexter está pedo, está borracho, es un desastre, un aficionado en el que no se puede confiar.

—Perfecto —dice—. Es que se me fue por el otro lado, pero no pasa nada.

«Ahora te mandamos a alguien para que te arregle el maquillaje. Dos minutos. Y tú, Dexter, no te desconcentres, ¿de acuerdo?».

Eso, no te desconcentres, se dice él, pero los monitores le dicen que faltan cincuenta y seis minutos y veintidós segundos, y no está muy seguro de poder.

¡Aplausos! Más de los que ha oído en toda su vida, rebotando en las paredes del gimnasio. Es verdad que el grupo de música ha estado soso, y los cantantes gritones, y que ha habido algunos problemas técnicos, de utilería que faltaba y decorados que se caían; también es verdad que hay pocos públicos así de benévolos, pero no deja de ser un triunfo. La muerte de Nancy hace llorar incluso al señor Routledge, de Química, y la persecución por los tejados de Londres, con los actores en silueta, es un golpe de efecto espectacular, recibido con murmullos y exclamaciones de sorpresa como los que suelen provocar los grandes fuegos artificiales. Se ha cumplido lo previsto: Sonya Richards se ha lucido, y se empapa de más aplausos que nadie, mientras Martin Dawson rabia, apretando los dientes. Ha habido ovaciones y encores. Ahora hay gente pateando los bancos, y colgándose a los aparatos, y Emma es arrastrada al escenario por Sonya, que llora, Dios mío, llora de verdad, apretándole la mano y diciéndole felicidades, señorita, increíble, increíble. Una función escolar, el menor triunfo imaginable, pero a Emma le late con fuerza el corazón, y no puede

parar de sonreír mientras la banda de música toca un cacofónico *Consider Yourself*, y ella, agarrando manos de catorceañeros, se deshace en reverencias. Experimenta la euforia de haber hecho algo bien, y por primera vez en diez semanas no tiene ganas de darle una patada al autor del musical.

Luego, a la hora de las copas, la coca-cola de confección propia corre como el vino. También hay cinco botellas de sidra de pera para los adultos. Ian está sentado en un rincón del gimnasio, con un plato de croquetitas y un vaso de plástico con polvos para el resfriado que se ha traído especialmente a la fiesta. Se frota los senos nasales, sonríe y espera pacientemente a que Emma reciba los elogios.

—¡Digno del West End! —dice alguien con poco realismo.

A Emma ni siquiera le molesta que Rodney Chance, su Fagin, medio borracho de Panda Pops con un chorrito de algo, le diga que está «en bastante buena forma para ser profesora». El señor Godalming («llámame Phil, por favor») la felicita ante la mirada de aburrimiento y mal humor de Fiona, que por sus mejillas sonrosadas podría ser la mujer de un granjero.

—En septiembre deberíamos hablar de tu futuro aquí —dice Phil al acercarse y despedirse con un beso, haciendo gritar «¡uuuuu!» a algunos jovencitos, y a parte del personal.

A diferencia de la mayoría de las fiestas de actores, a las 21:45 se acabó todo, y en vez de limusina, Emma e Ian toman el 55, el 19 y la línea Piccadilly.

—Estoy tan orgulloso… —dice Ian, apoyando su cabeza en la de Emma—. Aunque creo que me ha saltado a los pulmones.

Emma huele las flores en cuanto entró en el departamento: un ramo enorme de rosas rojas, inclinado en una olla, sobre la mesa de la cocina.

—¡Pero Ian, qué bonitas!

—No son mías —masculla él.

—Ah… Pues ¿de quién son?

—Supongo que del superestrella. Las han traído esta mañana. A mí me parece una exageración, qué quieres que te diga. Me voy a dar un baño bien caliente, a ver si consigo que se me pase.

Emma se quita el saco y abre la tarjetita. «Perdona por el enojo. Espero que esta noche salga todo bien. Muchos besos, Dx». Nada más. Lo lee dos veces, mira su reloj y enciende enseguida la tele para ver el gran debut de Dexter.

Tres cuartos de hora más tarde, cuando salen los créditos, frunce el ceño y le busca alguna lógica a lo que acaba de ver. Ella no sabe mucho de televisión, pero está casi segura de que Dexter no se ha lucido. Estaba inseguro, y a ratos incluso asustado. Se le olvidaban los diálogos, se equivocaba de cámara… Parecía un aficionado, un inepto. Los entrevistados —el rapero de gira, los cuatro gallitos de Manchester— debían de notar que estaba incómodo, porque reaccionaban con desdén, o sarcasmo. El público del set también lo miraba mal, como adolescentes hoscos en una pantomima, con los brazos cruzados en lo alto del pecho. Por primera vez desde que

se conocen, parece que esté haciendo un esfuerzo. ¿Estará… este… borracho? Emma no sabe mucho del mundo audiovisual, pero sí que sabe reconocer un accidente de coche. Cuando acaba de tocar el último grupo, tiene la cara tapada con la mano, y sabe bastante de televisión para darse cuenta de que no es lo ideal. Son tiempos en que la ironía flota en el ambiente, pero seguro que no hasta el extremo de que sea beneficioso que te abucheen.

Apaga la tele. En el cuarto de baño se oye a Ian sonándose con una toallita. Emma cierra la puerta y toma el teléfono, formando en la boca una sonrisa de felicidades. En un departamento vacío de Belsize Park, salta la contestadora. «¡Bueno, ya puedes hablar!», dice Dexter. Emma empieza a interpretar.

—¡Eh, qué pasa! ¡Hola! Nada, que ya sé que estás en la fiesta. Sólo quería decirte, pues primero que gracias por las flores. Son preciosas, Dex. Te has pasado. Pero sobre todo que ¡fe-li-ci-da-des! Has estado fabuloso: relajado y divertido. A mí me ha parecido fabuloso. Un programa muy muy muy muy bueno, en serio. —Vacila. No repitas tanto «muy», que si lo dices demasiado parece lo contrario. Sigue hablando—. Lo de la camiseta debajo del saco de vestir sigue sin convencerme, y siempre es refrescante ver bailar a mujeres en jaulas, pero aparte de eso, Dexter, ha salido de primera. En serio. Estoy muy muy orgullosa de ti, Dex. Por si te interesa, *Oliver!* También salió bien.

Como empieza a oírse poco convencida, decide poner punto final a su actuación.

—Bueno, pues eso. ¡Ya tenemos los dos algo que celebrar! Gracias otra vez por las rosas. Que te la pases bien esta noche. Mañana hablamos. Nos vemos el martes, ¿no? Y felicidades. En serio. Felicidades. Adiós.

En la fiesta de después, Dexter está solo en la barra, con los brazos cruzados y los hombros encorvados. Pasa gente para felicitarlo, pero no se quedan mucho tiempo. Las palmadas en el hombro ya parecen de consuelo, o en el mejor de los casos de felicitación por haber fallado el penalti. Ha seguido bebiendo sin parar, pero se nota el champán rancio en la boca, y parece que nada logre disipar su sensación de decepción, anticlímax y vergüenza insidiosa.

—Uala —le dice Suki Meadows, pensativa; la que ha pasado claramente de copresentadora a estrella ahora está sentada a su lado—. ¡Pero qué tristón y serio estás!

—Hola, Suki.

—¡Bueno! ¡A mí me pareció que salía bien!

Dexter no está convencido. Aun así, entrechocan las copas.

—Perdona por lo… lo de la botella. Te debo una disculpa.

—La verdad es que sí.

—Sólo era para soltarme un poco, ¿sabes?

—De todos modos, deberíamos hablarlo. Algún día de éstos.

—De acuerdo.

—Porque yo, si estás drogado, no vuelvo a salir contigo al escenario, Dex.

—Ya lo sé. No volverá a pasar.

Suki apoya un hombro en el de Dexter, y le pone la barbilla encima.

—¿La semana que viene?

—¿La semana que viene?

—Me invitas tú a cenar. Ojo, pero que sea caro, ¿eh? El martes que viene.

Ahora son las frentes las que están en contacto, y Suki le ha puesto una mano en el muslo. El martes, Dexter había quedado para cenar con Emma, pero sabe que con ella siempre puede anularlo, porque no se molestará.

—Bien, el martes que viene.

—Ya estoy impaciente. —Suki le pellizca la pierna—. Bueno, ¿te animas o no?

—Lo intentaré.

Suki Meadows se inclina y le da un beso en la mejilla. Después le acerca la boca a la oreja, muy muy cerca.

—¡Y AHORA VEN A SALUDAR A MI MAMÁÁÁÁÁÁ!

Capítulo 9

Cigarros y alcohol

SÁBADO 15 DE JULIO DE 1995

Walthamstow y el Soho

Retrato en carmesí
por Emma T. Wilde

Capítulo 1

La inspectora jefe Penny Noséqué ya había visto varios asesinatos, pero ninguno tan… como aquél.
—¿Han movido el cadáver? —soltó a bocajarro.

En la pantalla del procesador de textos, las palabras brillaban verdes como la bilis: el fruto de toda una mañana de trabajo. Sentada en el minúsculo pupitre de colegio del minúsculo cuarto trasero del minúsculo departamento nuevo, leyó las palabras y las releyó, mientras el calentador de inmersión hacía gárgaras burlonas a sus espaldas.

Los fines de semana, o antes de acostarse, si tenía fuerzas, Emma escribía. Tenía dos novelas empezadas —una de ellas ambientada en un gulag, y la otra en un futuro postapocalíptico—, un libro infantil con ilustraciones propias sobre una jirafa con el cuello corto, una película para televisión dura y concienciada sobre trabajadores sociales, titulado *Hay que joderse*, una obra de teatro alternativo sobre las complejas vidas emocionales de los jóvenes de menos de treinta años, una novela juvenil fantástica con profesores robot malvados, una obra de flujo de conciencia para la radio sobre la agonía de una sufragista, un cómic y un soneto. No había terminado ninguno, ni tan siquiera los catorce versos del soneto.

Aquellas palabras, las de la pantalla, representaban su último proyecto, una serie de novelas policiacas comerciales, y discretamente feministas. A los once años se había leído todo Agatha Christie, y más tarde, mucho Chandler y James M. Cain. No veía motivos para no tratar de escribir algo intermedio. Sin embargo, estaba descubriendo una vez más que leer y escribir no eran lo mismo. No podías impregnarte, y exprimirlo otra vez. No se le ocurría ningún nombre para la detective, y menos aún un argumento coherente y original. Hasta el seudónimo era malo: ¿Emma T. Wilde? Se preguntó si no estaría condenada a ser de los que se pasan toda

la vida intentando cosas. Ella había intentado tocar en un grupo, escribir obras de teatro y libros infantiles, ser actriz y encontrar trabajo en el sector editorial. Quizá la novela negra fuera otro proyecto fracasado como el trapecio, el budismo y el español. Usó la herramienta de contar palabras de la computadora. Treinta y cinco, incluida la página de título y la birria de seudónimo. Gimió y, levantando la palanca hidráulica del lado de la silla de oficina, se hundió un poco más hacia la alfombra.

Llamaron a la puerta, de triplay.

—¿Qué, cómo va en el ala Ana Frank?

Otra vez la misma frase. Para Ian, los chistes no eran artículos de un solo uso, sino algo a lo que recurrir una y otra vez hasta que se desmontase en las manos, como un paraguas barato. Al empezar a salir con Emma, aproximadamente noventa por ciento de lo que decía quedaba incluido en el epígrafe «humor», en el sentido de que comportaba un juego de palabras, una voz graciosa y alguna intención cómica. Con el paso del tiempo, Emma había tenido la esperanza de reducirlo a cuarenta por ciento, por ser cuarenta un margen manejable, pero al cabo de casi dos años, el porcentaje estaba en setenta y cinco, y la vida doméstica seguía con el ruido de fondo de la hilaridad. ¿Era posible que alguien estuviera casi dos años actuando? ¿De verdad? Emma ya había eliminado las sábanas negras y los portavasos; le había seleccionado los calzoncillos en secreto, y había reducido el número de sus famosos «guisos de verano», pero aun así, se aproximaba al límite en que es posible cambiar a un hombre.

—¿Una tacita de té *pa* la señora? —dijo Ian, con voz de asistenta *cockney*.

—No, gracias, amor.

—¿Unos panes franceses? —Ahora, acento escocés—. ¿Te hago unos panes franceses, chochín mío?

«Chochín» era una aportación reciente. Ante las presiones para que se justificase, Ian había aducido que el mote le sentaba como un guante. Se había insinuado la posibilidad de que ella le correspondiese llamándole «pochín»: pochín y chochín, chochín y pochín, pero no había prosperado.

—¿… Un panecito francés? ¿Para tener algo en la barriga esta noche?

«Esta noche». Allí estaba. Cuando Ian hacía una demostración dialectal, a menudo era porque algo le rondaba la cabeza, algo que no podía decir con voz natural.

—Qué gran noche la de hoy. De juerga con el as de la pantalla.

Emma decidió ignorar el comentario, pero Ian no se la ponía fácil. Con la barbilla apoyada en su cabeza, leyó lo que escribía en la pantalla.

—Retrato en carmesí…

Emma tapó la pantalla con la mano.

—No leas por encima de mi hombro, por favor.

—Emma T. Wilde. ¿Quién es Emma T. Wilde?

—Mi seudónimo. Ian…

—¿Sabes de qué es inicial la T?

—De torpe.

—De talentosa. De tigresa.

—De tediosa.

—Si alguna vez quieres que lo lea…

—¿Por qué ibas a querer leerlo? Si es una porquería.

—Tú nunca haces porquerías.

—Pues esto lo es.

Emma apartó la cabeza, apagó el monitor, y supo sin girarse que Ian había puesto su cara de perro apaleado. Con Ian le pasaba demasiado a menudo: iba y venía de la irritación a los remordimientos.

—¡Perdona! —dijo, tomándole la mano por los dedos, y sacudiéndola.

Él le dio un beso en la coronilla, y dijo con la boca en su pelo:

—¿Sabes de qué me parece que es inicial? De «tope», como en «tope maravillosa». Emma T. G. Wilde.

Dicho lo cual, se fue: la clásica técnica del piropo y la huida. Decidida a no ceder de inmediato, Emma ajustó la puerta, volvió a encender el monitor, cerró el archivo y lo arrastró al icono del bote de la basura. Un sonido electrónico de papel arrugado: el sonido de escribir.

El pitido del detector de humos indicó que Ian estaba cocinando. Emma se levantó y siguió por el pasillo el olor a mantequilla quemada, hasta llegar a la cocina comedor, que no era una sala independiente, sino sólo el rincón más grasiento de la sala del departamento que se habían comprado juntos. Emma no había estado muy segura de la compra; le parecía de esos sitios donde llaman a la policía, pero Ian había acabado por vencer su resistencia. Vivir de alquiler era una tontería, de todos modos se veían casi todas las noches, quedaba cerca del colegio de ella, ya habría tiempo para mejorar, etcétera. En suma, que se habían rascado los bolsillos para pagar el enganche, y se habían comprado algunos libros sobre decoración de interiores, como el que enseñaba a pintar triplay para que pareciera mármol italiano. Habían tenido conversaciones estimulantes sobre volver a poner la chimenea, libreros, clósets a medida, soluciones de almacenamiento… ¡Duela a la vista! Ian alquilaría una lijadora y dejaría los tablones a la vista, como estaba mandado por la ley. Un sábado lluvioso de febrero, habían levantado la alfombra, y tras una mirada de consternación al amasijo de conglomerado enmohecido, base de alfombra medio deshecha y periódicos viejos, la habían vuelto a clavar en su sitio, como quien hace desaparecer un cadáver. Aquellos intentos de construirse un hogar tenían algo de poco convincentes y poco duraderos, como si fueran niños haciéndose una cabaña, y aunque hubieran pintado todo el departamento, aunque hubieran puesto grabados en las paredes y comprado muebles nuevos, todo conservaba un aire destartalado y provisional.

Ian estaba en la cocina, dentro de una columna de sol y humo, dando su ancha

espalda a Emma, que lo miró desde la puerta, fijándose en la camiseta gris de siempre, llena de agujeros, y en los centímetros de calzoncillo que asomaban por encima de los pantalones deportivos. Al leer las palabras Calvin Klein contra el pelo café de la base de la espalda, se dijo que probablemente no fuera ésa la intención de Calvin Klein.

Dijo algo, para romper el silencio.

—¿No se te está quemando un poco?

—No está quemado, está crujiente.

—Yo digo quemado, tú dices crujiente.

—Parecemos Louis Amstrong y Ella Fitzgerald cantando *Let's call the whole thing off!*

Silencio.

—Te veo la parte de arriba de los calzoncillos —dijo Emma.

—Sí, es adrede. —Una voz ceceante, afeminada—. Es lo que llaman moda, corazón.

—Pues la verdad es que es muy provocativo.

Nada. Sólo ruido de comida quemándose.

Esta vez, sin embargo, fue Ian quien cedió.

—Bueno, ¿adónde te lleva el rey del mambo? —dijo sin voltear.

—Pues no sé, a algún sitio del Soho. —En realidad sí lo sabía, pero era un restaurante que se había puesto muy de moda como paradigma de cocina actual y cosmopolita, y no quiso empeorar las cosas—. Ian, si no quieres que salga esta noche…

—No, para nada, sal y diviértete…

—O si quieres venir…

—¡Qué dices! ¿Harry, Sally y yo? No lo veo muy bien. ¿Tú sí?

—Serías más que bienvenido.

—Ustedes dos toda la noche con bromitas, y sin dejarme decir nada…

—Eso no lo hacemos.

—¡La última vez sí!

—¡Mentira!

—¿Seguro que no quieres pan francés?

—¡No!

—Además, esta noche tengo una presentación, ¿no? En la Casa del Ja Ja Ja de Putney.

—¿Una presentación… pagada?

—¡Sí, una presentación pagada! —replicó él—. O sea, que me las arreglo, gracias. —Se puso a buscar un frasco de salsa inglesa en la alacena, haciendo mucho ruido—. Por mí no te preocupes.

Emma suspiró irritada.

—Si no quieres que vaya, dímelo y ya está.

—Em, que no somos siameses. Si quieres ir, pues vas. Diviértete. —El frasco de salsa resolló tuberculosamente—. Pero no te enredes con él, ¿de acuerdo?

—Hombre, lo veo un poco difícil, ¿no?

—Bueno, eso dices.

—Sale con Suki Meadows.

—¿Y si no salieran?

—Si no salieran, daría exactamente lo mismo, porque yo te quiero a ti.

Aún no era suficiente. Ian no dijo nada. Emma suspiró, cruzó la cocina haciendo ruido sobre el linóleo, y al anudarle los brazos en la cintura, notó que metía la barriga. Después le puso la cara en la espalda, aspiró su olor corporal, tan cálido y conocido, y le dio un beso en la tela de la camiseta, antes de murmurar:

—No digas tonterías.

Se quedaron un momento así, hasta que a Ian se le notaron las ganas de empezar a comer.

—Bueno, será cuestión de ir corrigiendo los exámenes —dijo ella, y se fue.

Veintiocho opiniones sobre la perspectiva narrativa en *Matar a un ruiseñor*, como para aturdir a cualquiera.

—¿Em? —le dijo Ian cuando ya estaba en la puerta—. ¿Esta tarde qué haces? ¿Hacia las diecisiete cero cero?

—En principio ya habré terminado. ¿Por qué?

Se subió a la mesa de la cocina de mármol, con el plato en las piernas.

—Pensaba que podríamos acostarnos, para darnos un gustito, ya me entiendes.

Lo quiero, pensó ella; lo que pasa es que no estoy enamorada; y que tampoco lo quiero. Me he esforzado en quererlo, pero no puedo. Estoy haciendo una vida con un hombre a quien no quiero, y no sé cómo arreglarlo.

—Quizá —dijo desde la puerta—. Quizá.

Puso los labios como para besar, sonrió y cerró la puerta.

Ya no había mañanas, sino mañanas de después.

Con el pulso acelerado, empapado de sudor, Dexter se despertó justo después de mediodía por culpa de un hombre que gritaba en la calle, pero resultó que eran los M People. Se había vuelto a quedar dormido delante de la tele. *Search for the Hero*, cantaban: busca al héroe que llevas dentro.

Los sábados de después de *El After* siempre los pasaba así, con olor a cerrado y las persianas bajadas para que no entrase el sol. Si aún viviera su madre, le habría gritado por la escalera que se levantase y aprovechase el día. En vez de eso, Dexter se quedó fumando en el sofá de cuero negro, con los calzoncillos de la noche anterior, jugando a *Ultimate Doom* con el PlayStation, y procurando no mover la cabeza.

A media tarde, sintiéndose invadir por la melancolía de los fines de semana, decidió practicar con las mezclas. Dexter, que era DJ aficionado, tenía toda una pared

de CD y discos de vinil de coleccionista en estanterías de pino a medida, dos tornamesas y un micrófono (todo lo cual desgravaba), y se le veía a menudo en tiendas de discos del Soho, con unos auriculares enormes, como mitades de coco. En calzoncillos, como antes, empezó a hacer mezclas para distraerse, en sus nuevas mesas de mezclas de CD, preparándose para el siguiente reventón en casa con sus colegas, pero echaba algo en falta, y paró al poco rato.

—Los CD no son como el disco de vinil —anunció.

Se dio cuenta de que se lo había dicho a una habitación totalmente vacía.

Suspiró, en otro acceso de melancolía, y fue a la cocina, moviéndose despacio como si se recuperase de una operación. El enorme refrigerador estaba a rebosar de botellas de una nueva marca de sidra de lujo que era la bomba. Aparte de presentar el programa («telebasura», lo llamaban, por lo visto para bien), últimamente también se dedicaba a hacer voces en *off*. Decían que era «desclasado», también, por lo visto, para bien: el representante de un nuevo tipo de varón británico, urbanita, con dinero y sin complejos por su masculinidad, su libido ni su afición a los coches, los relojes de titanio grandes y los aparatitos de acero mate. De momento había prestado su voz para aquella sidra de lujo y para un nuevo tipo de maquinillas de afeitar que era alucinante, como de ciencia ficción, con muchas hojas y una tira lubricante que dejaba un rastro mucoso, como si te hubieran estornudado en la barbilla.

Incluso había hecho pinitos de modelo, un mundo al que ambicionaba dedicarse desde hacía mucho tiempo (aunque nunca se hubiera atrevido a decirlo en voz alta); pinitos que se apresuraba él mismo a atribuir a simples «ganas de reírme un poco». No hacía ni un mes que había salido en un reportaje de moda de una revista masculina, con tema «gánster chic»: nueve páginas mascando puros o yaciendo acribillado con diversos trajes cruzados a medida. Había ejemplares de la revista distribuidos como por casualidad por todo el departamento, para que pudieran encontrárselos los invitados. Hasta en el lavabo había uno, y a veces Dexter se sorprendía sentado y mirando una foto en la que salía despatarrado en el cofre de un Jaguar, muerto, pero impecablemente vestido.

Para una temporada estaba bien presentar telebasura, pero a partir de un momento la basura apesta demasiado. En algún momento del futuro tendría que hacer algo bueno, en contraposición a algo que de tan malo es bueno. Intentando ganarse algo de credibilidad, había fundado su propia productora, Mayhem TV. De momento sólo existía como logo de diseño en un lujoso papel de cartas de mucho gramaje, pero seguro que no sería siempre así; ni lo sería, ni podía serlo, porque como decía su agente, Aaron, «tú eres muy buen presentador para chavos, Dexy; el inconveniente es que no eres un chavo». ¿De qué más podía ser capaz, si tenía ocasión? ¿De ser actor? Conocía a muchos, tanto profesional como socialmente. Con algunos jugaba al póquer, y la verdad, si lo podían hacer ellos…

Sí: profesional y socialmente, los últimos dos años habían sido una época llena de oportunidades, colegas nuevos y estupendos, canapés y estrenos, viajes en helicóptero

y mucha charla sobre futbol. También habían tenido sus momentos bajos, por supuesto: una sensación de angustia y aprensión paralizante, uno o dos casos de vómito en público… Por alguna razón, su presencia en los bares o los clubes daba ganas a los otros hombres de insultarlo a gritos, y hasta de pegarle. No hacía mucho que le habían echado del escenario a botellazos cuando presentaba un concierto de los Kula Shaker, cosa sin la menor gracia. Últimamente, en una columna de qué está de moda y qué no, le habían incluido en la lista de lo que no. El no estarlo le había afectado bastante, aunque él intentaba atribuirlo a mera envidia. Era el precio del éxito, la envidia.

También había hecho otros sacrificios. Por desgracia no había tenido más remedio que prescindir de algunos viejos amigos de la universidad, puesto que a fin de cuentas ya no estaban en 1988. Su ex compañero de departamento, Callum, aquel con quien tenía que haber montado una empresa, seguía dejándole mensajes cada vez más sarcásticos, aunque Dexter esperaba que tarde o temprano lo encontrara. ¿Qué había que hacer, vivir todos juntos en una casa grande el resto de la vida? No, los amigos eran como la ropa: mientras durase, genial, pero siempre acababa gastándose, o quedándose pequeña. Era lo que había tenido en cuenta al adoptar su política del tres más y uno menos: en sustitución de los viejos amigos que dejaba atrás, había hecho treinta, cuarenta, cincuenta amigos nuevos, con más éxito y más guapos. En términos de pura cantidad, su volumen de amigos era indiscutible, aunque él no estuviera seguro de que todos le cayeran bien. Dexter tenía fama, o mejor dicho mala fama, por sus cocteles, su alocada generosidad, sus sesiones de DJ y las fiestas post-programa que hacía en su departamento. Más de una mañana, al despertarse con todo revuelto y lleno de humo, había descubierto que le habían robado la cartera.

Daba igual. Nunca había habido mejor época para ser joven, varón, con éxito y británico. Londres era un hervidero, y él tenía la sensación de ser en cierto modo el responsable: un profesional liberal que tenía módem, reproductor de *minidisk*, novia famosa y muchas muchas mancuernillas, así como un refrigerador lleno de sidra de lujo y un lavabo lleno de maquinillas multihoja; y aunque no le gustara la sidra, y le irritasen la piel las maquinillas, se vivía bastante bien con las persianas bajadas en plena tarde, en pleno año, en plena década, cerca del centro de la ciudad más divertida del planeta.

Tenía toda la tarde por delante. Faltaba poco para la hora de llamar a su dealer. Por la noche había una fiesta en una casa enorme, al lado de Ladbroke Grove. Primero tenía que salir a cenar con Emma, pero probablemente se la podría quitar de encima a las once.

En la bañera de esquina, Emma oyó que se cerraba la puerta, al salir Ian para el largo trayecto a la Casa del Ja Ja de Putney, donde interpretaría sus monólogos: un triste cuarto de hora sobre diferencias entre gatos y perros. Tanteó el suelo para agarrar la

copa de vino, que aguantó con las dos manos, y miró con mala cara las llaves de agua fría y caliente. Parecía mentira lo deprisa que se había diluido la satisfacción de tener una casa en propiedad, y lo insustancial y mísero que se veía la suma de las pertenencias de los dos en aquel departamento tan pequeño, de paredes finas y alfombra ajena. No es que estuviera sucio (habían frotado todas las superficies con un cepillo de alambre), pero conservaba una irritante pegajosidad, y un olor a cartón viejo que parecía imposible de eliminar. La primera noche, cerrada la puerta y abierto el champán, Emma había tenido ganas de llorar. Tiene que pasar un tiempo para que nos sintamos en casa, le había dicho Ian, al abrazarla en la cama. Al menos era un primer paso. Sin embargo, la idea de ir subiendo juntos por el escalafón inmobiliario, peldaño a peldaño, año tras año, la deprimía horriblemente. ¿Qué había en lo más alto?

Pero basta. Tenía que ser una velada especial, una celebración. Salió de la tina, se cepilló los dientes y se pasó hilo dental hasta irritarse las encías. Se roció con generosidad de aromas vigorizadores a madera y flores, y buscó en su escaso vestuario algo que no le diera imagen de profesora de lengua que sale a cenar con su amigo famoso. Se decidió por unos zapatos que le hacían daño, y un vestidito negro de coctel que se había comprado borracha en Karen Millen.

Miró su reloj, y como aún tenía tiempo, puso la tele. En su búsqueda a escala nacional de la mascota con más talento de toda Gran Bretaña, Suki Meadows estaba en el paseo marítimo de Scarborough, presentándoles a los telespectadores a un perro que tocaba la batería, con baquetas pegadas con celo a las patas delanteras. En vez de sentirse turbada por la imagen, Suki Meadows se reía, toda efervescencia ella, y hubo un momento en que Emma se planteó llamar por teléfono a Dexter, ponerle una excusa y volver a la cama. ¿Qué sentido tenía, en el fondo?

Y no sólo por la efervescente novia, sino porque a decir verdad Em y Dex ya no se llevaban muy bien. Él casi siempre cancelaba las citas en el último minuto, y cuando sí se veían, parecía distraído, incómodo. Se hablaban con voz rara, forzada, y como habían perdido el truco de hacerse reír mutuamente, se arrojaban sarcasmos con tono de rencor. Su amistad era como un ramo mustio al que Emma se empecinaba en echar agua. ¿Por qué no dejar que se muriese, y punto? Era poco realista esperar que una amistad durase toda la vida. Tenía muchos otros amigos: el grupo de la universidad, el del colegio, e Ian, claro. Pero ¿a quién podía hacerle confidencias sobre Ian? A Dexter ya no. El perro tocaba el tambor. Suki Meadows se reía sin parar. Emma apagó la tele.

Se examinó en el espejo del pasillo. Su esperanza había sido dar una imagen de sofisticación discreta, pero tenía la sensación de haber sido objeto de un cambio de imagen a medias. Nunca se había imaginado que se pudiera comer tanto salami como el que comía últimamente. Ahí estaba el resultado: un poco de barriga. Si hubiera estado Ian, le habría dicho que estaba guapísima, pero lo único que veía Emma era el bulto de la barriga a través del raso negro. Se puso una mano encima, cerró la puerta

y emprendió el largo trayecto desde un antiguo departamento de protección oficial en E17 a WC2.

—¡UALA!

Una calurosa noche de verano en la calle Frith, y él hablando por teléfono con Suki.

—¿LO HAS VISTO?

—¿El qué?

—¡EL PERRO! ¡TOCANDO EL TAMBOR! ¡ERA INCREÍBLE!

Dexter estaba frente al Bar Italia, elegante con su camisa y traje negros mate, con una especie de sombrerito tirolés echado hacia atrás, y el teléfono móvil a diez centímetros de la oreja. Tenía la sensación de que si colgaba, seguiría oyendo a Suki.

—¡… UNAS BAQUETAS PEQUEÑAS EN LAS PATITAS!

—Era comiquísimo —dijo él.

En realidad no había tenido fuerzas para verlo. Para Dexter, la envidia no era un sentimiento cómodo, pero estaba al corriente de los rumores (de que Suki era la que tenía talento de verdad, y que lo llevaba a él a rastras), y se consolaba pensando que la prominencia actual de Suki, su alto salario y su atractivo popular eran una especie de compromiso artístico. ¿La mascota con más talento de Gran Bretaña? Él nunca se vendería así. Aunque se lo pidieran.

—NUEVE MILLONES DE ESPECTADORES, CALCULAN ESTA SEMANA. PUEDE QUE DIEZ…

—Suki, ¿me dejas que te explique algo sobre el teléfono? No hace falta que grites, que de eso ya se encarga él.

Suki se enojó y colgó. Al otro lado de la calle, Emma dedicó un momento a observar a Dexter, que decía palabrotas con el teléfono en la mano. Seguía estando guapísimo con traje. Lástima de sombrero, pero al menos no llevaba sus absurdos cascos. Viendo que se alegraba de reconocerla, le dio un ataque de cariño y de esperanzas sobre la velada.

—Te iría mejor no tenerlo —dijo, señalando el teléfono con la cabeza.

Él se lo metió en el bolsillo, y le dio un beso en la mejilla.

—Imagínate que tienes que elegir entre telefonearme a mí, a mí personalmente, o telefonear a un edificio donde en ese momento puedo estar o no…

—Telefonear al edificio.

—¿Y si no oigo la llamada?

—¿Tú, no oír una llamada? ¡No, por Dios!

—Ya no estamos en 1988, Em…

—Sí, ya lo sé…

—Seis meses. Calculo que en seis meses cederás…

—Jamás…

—¿Nos apostamos algo?

—Bueno, de acuerdo: si me compro un teléfono celular alguna vez en la vida, te invitaré a cenar.

—Ah, pues no estaría mal, para variar.

—Además, perjudican al cerebro…

—¡Qué van a perjudicar al cerebro…!

—¿Cómo lo sabes?

Se quedaron un rato sin decirse nada, ambos con la vaga sensación de que la noche no había empezado bien.

—Me parece mentira que ya me estés regañando —dijo él, malhumorado.

—Bueno, es que es mi trabajo. —Ella sonrió y le dio un abrazo, juntando sus mejillas—. Yo no te regaño. Perdona, perdona.

Tenía la mano de Dexter en la nuca.

—Hacía siglos.

—Demasiado.

Dexter se apartó.

—Por cierto, estás preciosa.

—Gracias, tú también.

—Bueno, precioso no…

—Pues entonces guapo.

—Gracias. —Le tomó las manos y se las apartó hacia los lados—. Deberías ponerte más vestidos. Casi se te ve femenina.

—Muy bonito, el sombrero, pero ya te lo puedes quitar.

—¡Y los zapatos!

Emma dobló el tobillo hacia él.

—Son los primeros zapatos de tacón ortopédicos del mundo.

Se abrieron paso hacia la calle Wardour. Emma agarró el brazo de Dexter, y después pellizcó la tela de su traje entre el pulgar y el índice, para frotar su extraña pelusilla.

—Por cierto, ¿qué es? ¿Terciopelo? ¿Velur?

—Piel de topo.

—Yo de esa tela tuve unos pants.

—Vaya par que somos, ¿eh? Dex y Em…

—Em y Dex. Como Rogers y Astaire…

—Burton y Taylor…

—María y José…

Dexter se rio y le tomó la mano. Pronto estuvieron en el restaurante.

Poseidon era un búnker gigantesco excavado en los restos de un estacionamiento subterráneo. Se entraba por una escalinata enorme y teatral que parecía flotar como por arte de magia sobre la sala principal, sometiendo a permanente distracción a la clientela de abajo, que se pasaba gran parte de la noche evaluando la belleza o fama de los que llegaban. Emma, que no se sentía ni bella ni famosa, bajó encorvada, con

una mano en el barandal y la otra en la barriga, hasta que Dexter le tomó la segunda y se paró a observar la sala con el mismo orgullo que si fuera el arquitecto.

—¿Qué, qué te parece?

—El Club Tropicana —dijo ella.

El diseño de interiores se inspiraba en los transatlánticos de lujo de los años veinte: bancos de terciopelo, meseros de uniforme con cocteles, y ojos de buey decorativos sin vistas a nada, y esa falta de luz natural le daba un aspecto submarino, como si ya hubiera chocado con el iceberg, y se estuviera yendo a pique. Las pretensiones de elegancia zozobraban aún más por culpa del bullicio y ostentación de la sala: un ambiente de juventud, sexo, dinero y fritura que lo impregnaba todo. Ni todo el terciopelo burdeos y los manteles color durazno sin una arruga del mundo podían acallar el ruido tumultuoso de la cocina a la vista, una confusión de acero inoxidable y manchas blancas. Conque aquí están finalmente, pensó Emma: los ochenta.

—¿Lo pensaste bien? Esto parece un poco caro.

—Ya te lo dije: invito yo.

Dexter le metió la etiqueta por detrás del vestido, no sin echarle un vistazo. Después le tomó la mano y la acompañó por el resto de la escalera, a un trotecillo como de Fred Astaire, hacia el meollo de todo aquel dinero, sexo y juventud.

Un hombre guapo y elegante, con absurdas insignias de marino, les dijo que tendrían la mesa preparada en diez minutos. Así pues, se abrieron paso hacia el bar de cocteles, donde otro falso marinero se afanaba en hacer malabarismos con botellas.

—¿Tú qué quieres, Em?

—¿Un *gin-tonic*?

Dexter la reprendió con un chasquido de la lengua.

—Que no estás en el bar Mandela. Tienes que tomarte algo serio. Dos martinis de Bombay Sapphire, muy secos, con una rodaja de limón. —Emma estaba a punto de hablar, pero Dexter levantó un dedo autocrático—. Hazme caso. Los mejores martinis de Londres.

Emma obedeció, y mientras ella profería aaahs y ooohs de admiración por el desempeño del barman, Dexter le fue haciendo comentarios.

—El truco es tenerlo todo muy muy frío antes de empezar. Agua helada en el vaso, y la ginebra en el congelador.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo enseñó mi madre cuando tenía… ¿Cuántos años? ¿Nueve?

Entrechocaron las copas, en un brindis silencioso por Alison. Los dos volvían a tener esperanzas, de cara a la velada y de cara a su amistad. Emma se llevó el martini a los labios.

—Nunca lo había probado.

El primer sorbo era delicioso, helado, embriagador desde el primer momento. Se estremeció, intentando no derramarlo. Justo cuando iba a dar las gracias a Dexter, él

le puso su copa en la mano, después de haberse bebido como mínimo la mitad.

—Voy al baño. Los de aquí son increíbles. Los mejores de Londres.

—¡Ya tengo ganas de verlos! —dijo ella, pero Dexter se había ido.

Se quedó sola con dos copas en la mano, intentando exudar un aura de confianza y de *glamour*, para no parecer una mesera.

De pronto vio a su lado a una mujer alta, con corsé de piel de leopardo, medias y liguero; fue una aparición tan brusca y sorprendente, que se le escapó un pequeño grito, a la vez que se tiraba el martini en la muñeca.

—¿Cigarrillos?

Era una mujer de una belleza excepcional, voluptuosa, casi desnuda, como la imagen del fuselaje de un B-52, con unos pechos que parecían apoyados en una bandeja colgante de puros y cigarrillos.

—¿Desea usted algo? —repitió, sonriendo a través de la base de maquillaje, mientras se ajustaba con un dedo su gargantilla de terciopelo negro.

—No, no, no fumo —dijo Emma, como si fuera un defecto personal que tenía pensado remediar.

La chica, sin embargo, ya había redirigido su sonrisa por encima del hombro de Emma, agitando el encaje negro y pegajoso de sus pestañas.

—¿Cigarrillos, caballero?

Dexter sonrió y sacó la cartera del interior de su saco, echando un vistazo a los artículos expuestos bajo los pechos de la vendedora. Con un gesto teatral de hombre avezado, se decidió por un paquete de Marlboro Lights. La cigarrera asintió con la cabeza, como si el caballero hubiera hecho una magnífica elección.

Dexter le dio un billete de cinco libras doblado a lo largo.

—Quédate el cambio —dijo, sonriendo.

¿Existía alguna frase que diera tanto poder como «quédate el cambio»? Antes a Dexter le cohibía decirlo, pero ya no. La cigarrera le obsequió con una sonrisa increíblemente afrodisiaca, y en un momento de crueldad, Dexter deseó que quien le acompañase a cenar fuese ella, en vez de Emma.

Míralo, qué mono, pensó Emma al fijarse en su atisbo de complacencia. En otros tiempos, no muy lejanos, todos los chicos querían ser el Che Guevara. Ahora todos querían ser Hugh Hefner. Con una consola de videojuegos. Mientras la cigarrera se contoneaba multitud adentro, llegó a parecer que Dexter quisiera darle una palmada en el trasero.

—Tienes baba en la piel de topo.

—¿Cómo?

—¿Qué ha sido eso?

—La cigarrera. —Dexter se encogió de hombros, metiéndose en el bolsillo el paquete sin abrir—. Este sitio es famoso por esto. Es *glamour*, un poco de teatro.

—¿Y por qué va vestida de prostituta?

—No lo sé, Em; puede que tenga los leotardos de lana negros en la lavadora. —

Agarró su martini y se lo acabó—. Postfeminismo, ¿no?

Emma puso cara de escepticismo.

—Ah, ¿ahora lo llaman así?

Dexter señaló con la cabeza el trasero de la cigarrera.

—Si quisieras, podrías parecerte.

—No hay nadie como tú para no enterarse de las cosas, Dex.

—Lo que quiero decir es que es una elección. Da poder.

—Qué cerebro privilegiado…

—¡Mientras decida ella, que se vista como quiera!

—Pero si se negara, la despedirían.

—¡Sí, y a los meseros! Además, igual le gusta ir así; igual es divertido, y la hace sentirse *sexy*. Eso es feminismo, ¿no?

—Bueno, no es la definición de diccionario…

—¡No me tomes por una especie de machista, que yo también soy feminista! —Emma chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco, recordándole a Dexter lo pesada y moralista que podía ser—. ¡Que sí, que soy feminista!

—… Y yo lucharía a muerte, pero a muerte, ¿eh?, por el derecho de las mujeres a enseñar los senos para que les den propina.

Esta vez fue él quien puso los ojos en blanco y se rio condescendientemente.

—Que no estamos en 1988, Em.

—¿Y eso qué quiere decir? Lo repites todo el rato, pero aún no sé qué quiere decir.

—Quiere decir que no sigas luchando por causas perdidas. ¡El movimiento feminista debería centrarse en la igualdad de salarios y la igualdad de oportunidades y derechos civiles, no sobre decidir lo que se puede poner una mujer los sábados por la noche por decisión propia, y lo que no!

La boca de Emma se abrió de indignación.

—No es lo que he…

—¡Además, invito yo! ¡No me agobies!

Era en momentos así cuando Emma tenía que recordarse que estaba enamorada de él, o lo había estado hacía mucho tiempo. Estaban a punto de embarcarse en una discusión tan larga como estéril, que Emma tenía la sensación de poder ganar, pero que les estropearía toda la velada. En vez de eso, escondió la cara detrás de la copa, mordió el cristal y contó lentamente, hasta que dijo:

—Cambiemos de tema.

Él, sin embargo, no escuchaba; estaba mirando sobre el hombro de Emma, al *maître*, que les hacía señas.

—Vamos, conseguí que nos den un banco.

Tomaron asiento en el banco de terciopelo morado, y examinaron las cartas en silencio. Emma se esperaba algo refinado y francés, pero era más que nada comida de cafetería cara: croquetas de pescado, pastel de carne, hamburguesas… Vio que

Poseidon era el tipo de restaurante donde te traen la catsup en bandeja de plata.

—Es cocina británica moderna —explicó pacientemente Dexter, como si pagar tanto dinero por unas salchichas con puré fuera muy moderno y muy británico.

—Yo me comeré unas ostras —dijo Dexter—. Las del país, creo.

—¿Son más simpáticas? —dijo Emma con poca convicción.

—¿Qué?

—Que si las ostras del país son más simpáticas que las otras —perseveró ella, pensando: Dios mío, me estoy volviendo como Ian.

Dexter frunció el ceño, sin entenderlo, y siguió mirando la carta.

—No, sólo son más dulces; nacaradas, dulces y más finas. Pediré una docena.

—De repente sabes mucho.

—Me encanta la comida. Siempre me han encantado la comida y el vino.

—Me acuerdo del salteado de atún que me hiciste aquella vez. Todavía tengo el regusto en la garganta. Amoniaco…

—No, cocinar no, los restaurantes. Ahora casi siempre como fuera. De hecho, me han propuesto hacer críticas para la prensa dominical.

—¿De restaurantes?

—De coctelerías. Una columna semanal con el título «De bares», en plan hombre de mundo.

—¿Y la escribirías tú mismo?

—¡Pues claro que la escribiría yo mismo! —dijo Dexter, pese a haber recibido garantías de que le escribirían los textos.

—¿Qué se puede decir de los cocteles?

—Te sorprendería. Ahora están muy de moda. Una especie *de glamour* retro. De hecho… —Acercó la boca al vaso vacío de martini—. Yo también soy un poco *mixólogo*.

—¿Misógino?

—Mixólogo.

—Perdona, creía que habías dicho «misógino».

—Pregúntame cómo se hace algún coctel, el que quieras.

Emma se apretó la barbilla con un dedo.

—Vale. Mmm… ¡Cerveza con limón!

—Lo digo en serio, Em. Es todo un arte.

—¿Qué?

—La mixología. Se hacen cursos especiales.

—Pues podrías haberlo elegido como especialidad.

—Está claro que me habría servido de algo más el puto título.

Fue un comentario tan beligerante y tan amargo, que Emma se estremeció visiblemente, y hasta Dexter pareció algo sorprendido. Escondió la cara en la carta de vinos.

—¿Qué quieres, tinto o blanco? Yo me voy a pedir otro martini, y luego

empezaremos con un Muscadet bien cremoso para las ostras, seguido por algo del tipo Margaux. ¿Qué te parece?

Después de pedir, se fue otra vez al baño, llevándose el segundo martini, cosa que a Emma le pareció poco habitual, y vagamente inquietante. Se alargaron los minutos. Leyó la etiqueta del vino. La releyó, miró al vacío y se preguntó en qué momento se había vuelto Dexter tan… tan… mixólogo. ¿Y ella? ¿Por qué tenía un tono tan punzante, despechado y triste? No le importaba lo que llevase la cigarrera; en el fondo no mucho. ¿Por qué, entonces, ese tono tan puritano y crítico? Decidió relajarse, y disfrutar. Al fin y al cabo era Dexter, su mejor amigo, a quien quería mucho. ¿O no?

En los baños más increíbles de todo Londres, Dexter pensaba poco menos que lo mismo al inclinarse sobre la cisterna. Quería mucho a Emma Morley, suponía que sí, pero cada vez le daban más rabia sus aires de superioridad moral, de centro cívico, de cooperativa teatral, de 1988. Era tan… subvencionada… No era lo adecuado, y menos en un ambiente así, expresamente diseñado para sentirse como un agente secreto. Por fin, después del sórdido gulag ideológico de una educación de mediados de los ochenta, con su sentimiento de culpa y su izquierdismo, le dejaban divertirse un poco. ¿Y tan malo era que te gustara un coctel, un cigarrillo y coquetear con una chica guapa?

Y las bromas. ¿Por qué Emma se metía todo el rato con él, recordándole sus fallos? Él no se había olvidado de ellos. Tanto hablar de que si todo es «de niños bien», de que si mi trasero gordo, mis zapatos de tacón ortopédicos, y así constantemente, dejándose a la altura del suelo… Dios me libre de las comediantes, pensó, con sus indirectas, sus apartes ingeniosos, sus inseguridades y su odio a sí mismas. ¿Por qué no podían tener las mujeres un poco de gracia, de elegancia y de seguridad, en vez de adoptar constantemente una actitud de comediante que enchincha al público?

¡Y la clase! De eso mejor no hablar. La invita a cenar a un restaurante de primera, y ella, ¡a ponerse la gorra de obrero! Su numerito de heroína de la clase trabajadora exudaba una especie de vanidad y amor propio que a Dexter lo ponía nervioso. ¿Por qué sigue con el mismo rollo de que fue a un instituto, nunca se iba de vacaciones al extranjero y nunca había comido ostras? Casi tiene treinta años. Desde entonces ha pasado mucho mucho tiempo, y va siendo hora de que se responsabilice de su propia vida. Le dio una libra al nigeriano que le entregó la toalla, y al salir al restaurante, y ver a Emma al fondo de la sala, tocando los cubiertos con su vestido de entierro de postín, sintió rebrotar su irritación. En la barra, a su derecha, vio sola a la cigarrera. Ella también lo vio, y sonrió. Dexter decidió dar un rodeo.

—Un paquete de Marlboro Lights, por favor.

—¿Qué? ¿Otra vez?

Ella se rio, tocándole la muñeca.

—¿Qué quieres que te diga? Soy como uno de esos *beagles*, que no cejan en su

empeño.

Volvió a reírse. Dexter se la imaginó a su lado, en el banco. Se imaginó poniéndole una mano en el muslo, por debajo de la mesa. Sacó la cartera.

—No, es que más tarde iré a una fiesta con aquella amiga de la universidad… —Pensó que lo de amiga era un buen toque—. Y no quiero quedarme sin tabaco. —Le dio un billete de cinco libras, doblado limpiamente a lo largo, tomándolo entre el índice y el corazón—. Quédate el cambio.

La cigarrera sonrió. Dexter se fijó en que tenía una manchita de pintalabios rojo oscuro en el blanco de los incisivos. Tuvo muchas ganas de agarrarle la barbilla y quitarle la mancha con el pulgar.

—Tienes lápiz labial…

—¿Dónde?

Alargó el brazo, hasta tener el dedo a cinco centímetros de su boca.

—A… quí.

—¡Soy un desastre! —Ella se pasó varias veces la punta de su lengua rosada por los dientes—. ¿Mejor? —dijo, sonriendo mucho.

—Mucho mejor.

Dexter sonrió, se fue y se giró.

—Oye, por curiosidad —dijo—, ¿esta noche cuándo acabas?

Ya habían traído las ostras, relucientes y extrañas en su lecho de hielo medio derretido. Para pasar el rato, Emma había bebido mucho, con la sonrisa fija de alguien a quien han dejado solo, y a quien en el fondo no le importa. Finalmente, vio a Dexter abriéndose camino por el restaurante, con paso no muy seguro. Se metió rápidamente entre la mesa y el banco.

—¡Creía que te habías caído dentro!

Lo decía su abuela. Emma estaba usando material de su abuela.

—Perdona —dijo él. Nada más. Empezaron con las ostras—. Oye, que esta noche hay una fiesta. Mi colega Oliver, el que juega al póquer conmigo. Ya te había hablado de él. —Inclinó la ostra para comérsela—. Es baronet.

Emma sintió correr agua de mar por su muñeca.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿En qué sentido?

—Lo de que sea baronet.

—Por decir algo. Es buen hombre. ¿Un poco de limón?

—No, gracias. —Emma se tragó la ostra, tratando de entender si había sido invitada a la fiesta o sólo informada de que había una fiesta—. ¿Y dónde es, la fiesta? —dijo.

—En Holland Park. Una casa antigua y muy grande.

—Ah. Bien.

Nada, que no estaba segura. ¿Dexter la estaba invitando, o era una excusa para irse temprano? Se comió otra ostra.

—Si quieres venir, yo encantado —dijo él finalmente, cogiendo el tabasco—. ¿Sí?

—De verdad. —Emma le vio desatascar el tapón pegajoso de la botella de salsa tabasco con una púa del tenedor—. Lo que pasa es que no conocerás a nadie, pero bueno.

No la invitaba, estaba claro.

—Te conoceré a ti —dijo ella, sin convicción.

—Sí, supongo. ¡Y a Suki! También viene Suki.

—¿No está rodando en Scarborough?

—La traen esta noche.

—Le va muy bien, ¿no?

—Bueno, a los dos —dijo Dexter, deprisa y demasiado alto.

Emma decidió no ensañarse.

—Sí, es lo que quería decir, a los dos. —Agarró una ostra, y después la dejó—. Me cae muy bien, Suki —dijo, pese a que la había visto una sola vez, durante una fiesta intimidatoria con tema de Studio 54 en un club privado de Hoxton.

Era verdad que le había caído bien, sin poder evitar la sensación, de todos modos, de que Suki la trataba como a un personaje un poco pintoresco, una de las amigas chapadas a la antigua de Dexter, como si sólo hubiera ido a la fiesta por haber ganado un concurso telefónico.

Dexter se zampó otra ostra.

—¿Verdad que es genial? Suki, digo.

—Sí que lo es, sí. ¿Cómo les va?

—Ah, bien. Aunque tiene su intríngulis pasarte el día siendo el centro de atención…

—¡Qué me vas a decir! —contestó Emma, sin que él pareciera fijarse.

—Y a veces tengo la sensación de salir con un sistema de megafonía, pero está muy bien, en serio. ¿Sabes lo mejor de nuestra relación?

—¿Qué?

—Que Suki sabe lo que es. Salir por la tele. Lo entiende.

—Dexter… Es lo más romántico que he oído en mi vida.

Ya estamos otra vez con los comentarios insolentes, pensó Dexter.

—Pues es verdad. —Se encogió de hombros, decidiendo poner fin a la velada en cuanto pudiera pagar la cuenta. Luego añadió, como si se le acabara de ocurrir—: Ah, sí, lo de la fiesta. Lo único que me preocupa es cómo volverás a casa.

—Dex, que Walthamstow no es Marte, sólo el noreste de Londres. Reúne las condiciones necesarias para la vida humana.

—¡Ya lo sé!

—¡Está en la línea de Victoria!

—Pero queda muy lejos en transporte público, y la fiesta no empieza hasta las doce. Llegarás y ya tendrás que irte. A menos que te dé dinero para el taxi…

—Tengo dinero, ¿eh? Me pagan.

—Pero ¿de Holland Park a Walthamstow?

—Si te resulta incómodo que vaya…

—¡No, qué va! De incómodo nada. Yo quiero que vengas. Lo decidimos luego, ¿de acuerdo?

Se fue otra vez al baño, sin pedir permiso, llevándose la copa como si tuviese otra mesa en el servicio. Emma encadenó copas de vino, y siguió calentándose hasta que rompió a hervir.

Y así continuó la diversión. Dexter volvió justo cuando traían los segundos. Emma examinó su bacalao rebozado a la cerveza con puré de chícharos a la menta. Las papas fritas eran gruesas, cortadas a máquina en óvalos perfectos, y amontonadas como bloques de construcción, con el pescado rebozado en equilibrio precario sobre ellas, a quince centímetros del plato, como a punto de arrojarse a la alberca de pasta verde. ¿Cómo se llamaba el juego? ¿Bloques de madera apilables? Extrajo cuidadosamente una papa de las de arriba. Dura y fría por dentro.

—¿Cómo está el Rey de la Comedia?

Desde su regreso del baño, el tono de Dexter se había vuelto aún más provocador y beligerante.

Emma se sintió una traidora. Podría haber sido la oportunidad de confesarle a alguien el desastre de su relación, y lo confusa que estaba respecto a cómo actuar, pero no se lo podía decir a Dexter. Tal como estaban las cosas, no. Se tragó la papa cruda.

—Ian está muy bien —dijo con énfasis.

—¿Funciona la cohabitación? El departamento bien, ¿no?

—Fantástico. Aún no lo has visto, ¿verdad? ¡A ver si vienes!

No hubo entusiasmo en la invitación; tampoco compromiso en el «mm» de respuesta, como si Dexter dudase de la existencia del placer más allá de la zona 2 del metro. Se quedaron callados, concentrados en sus platos.

—¿El bistec qué tal? —acabó preguntando ella.

Parecía que a Dexter se le hubiera pasado el hambre: diseccionaba la carne roja y sanguinolenta, pero sin comérsela.

—Sensacional. ¿Y el pescado?

—Frío.

—¿Ah, sí?

Tras un vistazo al plato de Emma, sacudió sabiamente la cabeza.

—Está opaco, Em. Es como se tiene que hacer el pescado: que se vuelva opaco, pero nada más.

—Dexter… —El tono de Emma era duro, cortante—. Está opaco porque está congelado. No lo han descongelado.

—¿No? —Dexter clavó el dedo con rabia en la capa de rebozado—. ¡Pues les decimos que se lo lleven!

—No pasa nada. Me como las papas.

—¡Carajo! ¡Devuélvelo! ¡Yo no pago por un puto pescado congelado! ¡Ni que estuviéramos en el súper de la esquina! Ya pediremos otra cosa.

Le hizo señas a un mesero. Emma lo vio hacerse valer, afirmando que la calidad no era la que tenía que ser, que en la carta ponía pescado fresco, y que quería que lo quitasen de la cuenta y les sirviesen gratis otro segundo plato. Emma trató de insistir en que ya no tenía hambre, mientras Dexter, a su vez, insistía en que se comiera un segundo plato con todas las de la ley, porque era gratis. No hubo más remedio que mirar y remirar la carta, mientras el mesero y Dexter ponían mala cara, y el bistec de Dexter seguía descuartizado pero sin comer. Al final se pusieron de acuerdo: le trajeron una ensalada verde gratis. Volvieron a quedarse solos.

Guardaron silencio entre las ruinas de la velada, frente a dos platos que nadie se quería comer. Emma se sentía al borde de las lágrimas.

—Bueno, bueno; va bien, la cosa —dijo él, tirando la servilleta.

Emma tenía ganas de irse: saltarse el postre, dejarse de fiestas (de todos modos, estaba claro que Dexter no quería que fuese) y volver a su casa. Tal vez hubiera vuelto Ian, amable, atento y enamorado de ella. Podrían quedarse hablando, o mirar la tele acurrucados.

—Bueno. —Dexter hablaba mirando la sala—. ¿Qué tal de profesora?

—Muy bien, Dexter —dijo ella, con cara de enfado.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —contestó él, indignado, clavando otra vez la mirada en ella.

Emma no se alteró.

—Si no te interesa, no me lo preguntes.

—¡Sí me interesa! Es que… —Dexter se sirvió más vino—. ¿No tenías que escribir un libro, o algo así?

—Ya estoy escribiendo un libro o algo así, pero también tengo que ganarme la vida. ¡Además, Dexter, la cuestión es que me gusta, y que soy una profesora increíble!

—¡Ya, ya me lo imagino! Pero bueno… Ya sabes lo que dicen: «Los que pueden…».

Emma se quedó boquiabierta. Tranquila.

—No, Dexter, no lo sé. Dímelo tú. ¿Qué dicen?

—Ya me entiendes…

—No, Dexter, en serio, dímelo.

—No tiene importancia.

Dexter empezaba a poner cara de arrepentimiento.

—Me gustaría saberlo. Acaba la frase. «Los que pueden…».

Suspiró, con la copa de vino en la mano, y habló sin entonación.

—Los que pueden hacen y los que no enseñan…

—Y los que enseñan te dicen que te vayas a la mierda —escupió Emma.

De pronto la copa de vino estaba en las piernas de Dexter, mientras Emma apartaba la mesa, saltaba de la silla y agarraba su bolsa, tirando botellas y haciendo chocar platos al deslizarse fuera del banco y cruzar como una furia aquel sitio tan tan odioso. La estaban mirando, pero le daba igual. Lo único que quería era irse. No llores; no vas a llorar, se ordenó. Al mirar hacia atrás, vio que Dexter se secaba los pantalones como loco, aplacaba al mesero y salía tras ella. Emma se giró y echó a correr. Y ¿quién se acercaba sino la cigarrera, con una sonrisa en su roja boca, bajando por la escalera a toda velocidad con sus piernas largas y sus tacones? Pese a haberse jurado no llorar, Emma sintió en los ojos un escozor caliente de lágrimas de humillación. Se cayó por la escalera, tropezando por culpa de los estúpidos tacones. Al caerse de rodillas, cortó audiblemente la respiración del público de comensales a sus espaldas. La cigarrera estaba al lado, sujetándola por el codo con una exasperante mirada de preocupación sincera.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias, muy bien…

Pero ya la había alcanzado Dexter, que la estaba ayudando a levantarse. Al final Emma logró quitárselo de encima.

—¡Déjame, Dexter!

—No grites, tranquilízate…

—No quiero tranquilizarme…

—Bien, lo siento, lo siento, lo siento. ¡No sé por qué te has enojado, pero lo siento!

Se giró hacia él, echando chispas por los ojos.

—¿Qué? ¿Que no lo sabes?

—¡No! ¡Vuelve a la mesa y me lo explicas! —Pero Emma ya se estaba yendo; ya cruzaba la puerta basculante, y al empujarla le dio un golpe en la rodilla a Dexter con el borde metálico. Él la siguió, cojeando—. Es una tontería. Lo único que pasa es que estamos un poco borrachos.

—¡No, el borracho eres tú! Siempre que nos vemos, estás borracho o te metiste algo. ¿Te das cuenta de que llevo literalmente unos… tres años sin verte sobrio? Ya no me acuerdo de cómo eras sobrio. Estás demasiado ocupado soltándome rollos sobre ti o tus nuevos colegas, o yéndote al baño cada diez minutos; no sé si es por disentería o por demasiada coca, pero el caso es que es de mala educación, carajo, y lo peor es que me aburres. Aunque me hables, siempre estás mirando por encima de mi hombro, por si hay alguna opción mejor…

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad, Dexter! Pues mira, que te vaya bien. Tú eres presentador de tele, Dex. No has inventado la penicilina; es tele, y encima telebasura. ¿Sabes qué? Que estoy harta. A la mierda.

Estaban fuera, entre la multitud de la calle Wardour, en la última luz de un día de verano.

—Vamos a algún sitio y lo hablamos.

—No quiero hablarlo. Sólo quiero irme a mi casa.

—Emma, por favor…

—Déjame en paz, Dexter, ¿está bien?

—Te estás poniendo histérica. Ven.

Dexter volvió a tomarle el brazo, e intentó abrazarla, idiota de él. Emma le empujó, pero él no la soltó. Los estaban mirando: otra pareja peleándose una noche de sábado en el Soho. Al final, Emma cedió y se dejó arrastrar a una calle más estrecha.

Después de un rato, habló en voz baja, de cara a la pared.

—¿Por qué lo haces, Dexter?

—¿Que por qué hago qué?

—Ya lo sabes.

—¡Yo hago las cosas como soy, y ya está!

Se giró a mirarle.

—Mentira. Yo sé cómo eres, y no eres así. Así eres horrible. Eres detestable, Dexter. Bueno, a ratos siempre has sido un poco detestable, un poco pagado de ti mismo, pero también eras gracioso, amable a veces, y te interesaban los demás. En cambio, ahora estás descontrolado. Con el alcohol, las drogas…

—¡Es por diversión!

Hizo una mueca y le miró a la cara, con los ojos manchados de rímel.

—Y a veces me paso sin querer, pero ya está. Si tú no fueras siempre tan… crítica…

—¿Crítica yo? No creo. Intento no serlo, pero es que… —Se quedó callada, sacudiendo la cabeza—. Ya sé que estos últimos años te ha pasado de todo, y he intentado ser comprensiva, de verdad; con lo de tu madre, y todo… Pero…

—Sigue —dijo él.

—Pues mira, me parece que ya no eres el que conocía. Ya no eres mi amigo. Así de simple.

Como a Dexter no se le ocurría qué contestar, se quedaron en silencio, hasta que Emma tendió una mano, le tomó dos dedos y se los apretó en la palma.

—Puede que…, puede que ya esté —dijo—. Puede que se haya acabado.

—¿Acabado? ¿Qué?

—Lo nuestro. Tú y yo. La amistad. Mira, Dex, yo necesitaba explicarte una serie de cosas. Sobre Ian y yo. Si eres amigo mío, debería poder explicártelo, pero no puedo; y si no puedo hablar contigo…, entonces ¿qué sentido tiene? ¿Qué sentido tienes?

—«¿Qué sentido?».

—Lo has dicho tú mismo: la gente cambia. Es una tontería ponerse sentimentales.

La vida sigue. Hay que buscarse a otros.

—Ya, pero no me refería a nosotros…

—¿Por qué no?

—Porque somos… nosotros. Somos Dex y Em. ¿No?

Emma se encogió de hombros.

—Puede que hayamos evolucionado por caminos diferentes.

Dexter no habló hasta después de un rato.

—¿Y tú qué dirías, que me he apartado del tuyo, o tú del mío?

Emma se sonó con el dorso de la mano.

—Creo que te parezco… sosa. Creo que crees que te limito. Creo que ya no te intereso.

—Em, a mí no me pareces sosa.

—¡Ni a mí! ¡A mí tampoco! ¡Lo que creo es que soy maravillosa, carajo, aunque no sepas verlo, y creo que antes tú también lo pensabas! Pero si ya no lo piensas, o no lo sabes valorar, por mí perfecto. A lo que no estoy dispuesta es a dejar que me sigas tratando de esta manera.

—¿Tratándote de qué manera?

Suspiró, y tardó un poco en volver a hablar.

—Como si siempre quisieras estar en otro sitio, con otra persona.

Dexter lo habría negado, pero en ese momento le estaba esperando en el restaurante la cigarrera, con su número de celular metido en la liga. Más tarde se preguntaría si habría podido decir algo más para salvar la situación; tal vez un chiste, pero no se le ocurría nada, y Emma le soltó la mano.

—Bueno, de acuerdo, vete —dijo—. Ve a tu fiesta. Te me has quitado de encima. Eres libre.

Dexter intentó reírse, aunque le falló un poco la pose.

—¡Parece que me estés dejando!

Ella sonrió con tristeza.

—Supongo que un poco sí. Ya no eres el que eras, Dex. El de antes me gustaba mucho mucho. Me gustaría recuperarlo, pero de momento, lo siento pero creo que no deberías volver a llamarme por teléfono.

Se giró y echó a caminar hacia Leicester Square, tambaleándose un poco.

Dexter tuvo un recuerdo pasajero, pero de una nitidez absoluta: el día del entierro de su madre, hecho un ovillo en el suelo del baño, mientras Emma lo abrazaba, acariciándole el pelo. Sin saber cómo, había conseguido no darle la menor importancia, y tirarlo todo a la basura. La siguió a cierta distancia.

—¡Vamos, Em! Aún somos amigos, ¿no? Ya sé que he estado un poco raro, pero es que… —Ella se paró un momento, pero no se giró. Dexter supo que lloraba—. ¿Emma?

Entonces ella volteó muy deprisa, se acercó y le agarró la cara, juntando sus mejillas (la de ella, húmeda y caliente), mientras le hablaba deprisa al oído. Durante

un momento luminoso, Dexter pensó que le iba a perdonar.

—Dexter, te quiero mucho. Tanto, pero tanto… Y probablemente siempre te quiera. —Los labios de Emma le tocaron la mejilla—. Lo que pasa es que ya no me gustas. Lo siento.

Y se fue; y Dexter se quedó en la calle, solo en aquella callejuela, sin saber qué hacer.

Al volver, justo después de medianoche, Ian se encuentra a Emma acurrucada en el sofá, viendo una peli antigua.

—Sí volviste pronto. ¿Cómo te ha ido con el rey del mambo?

—Fatal —murmura ella.

Ian no deja traslucir ninguna alegría en su voz.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No tengo ganas de explicarlo. Esta noche no.

—¿Por qué no? ¡Cuéntamelo, Emma! ¿Qué te dijo? ¿Discutieron…?

—Ian, por favor, esta noche no. Ven aquí, ¿de acuerdo? Emma se aparta para dejarle sitio en el sofá. Él se fija en lo que lleva, el tipo de vestido que nunca se pone para él. —¿Ibas vestida así?

Emma agarra el dobladillo entre el pulgar y el índice.

—Me equivoqué.

—Yo te veo muy guapa.

Se acurruca contra él, apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Cómo te fue con la presentación?

—No muy bien.

—¿Hiciste lo de los gatos y los perros?

—Ajá.

—¿Te abuchearon?

—Un poquito.

—Puede que no sea tu mejor material.

—Y me silbaron.

—Bueno, pero es normal, ¿no? A todo el mundo lo abuchean en algún momento.

—Supongo. Supongo que es que a veces tengo miedo de…

—¿De qué?

—No sé…, de no ser muy gracioso.

Ella habla con la boca en su pecho.

—Ian…

—¿Qué?

—Eres un hombre muy muy gracioso.

—Gracias, Em.

Ian apoya la cabeza en ella, pensando en la cajita, roja por fuera y de seda

arrugada por dentro, que contiene el anillo de compromiso. Lleva dos semanas dentro de una bola de calcetines, esperando su momento. Todavía no. Dentro de tres semanas estarán en Corfú, en la playa. Se imagina un restaurante con vistas al mar, luna llena, Emma con su vestido de verano, morena y sonriente, y quizá un plato de calamares entre medias. Se imagina dándole el anillo de alguna manera graciosa. Lleva semanas ideando situaciones de comedia romántica: echárselo en la copa de vino cuando se vaya al baño, encontrárselo él en la boca de su pescado a la brasa, y quejarse con el mesero… Mezclarlo con los aros de calamar: eso podría estar bien. Al final, puede que se lo dé sin más. Ensaya mentalmente las palabras: Cásate conmigo, Emma Morley. Cásate conmigo.

—Te quiero un montón, Em —dice.

—Yo también te quiero —dice Emma—. Yo también te quiero.

La cigarrera está sentada en el bar, gastando sus veinte minutos de descanso con el saco encima del disfraz, mientras escucha entre sorbos de whisky lo que dice este hombre sobre su amiga, esa pobre chica guapa que se ha caído en la escalera. Parece que se han peleado. La cigarrera escucha a medias el monólogo, entre gestos de asentimiento y miradas de reojo a su reloj de pulsera. Faltan cinco minutos para medianoche. Tiene que volver al trabajo. La hora entre las doce y la una es la mejor para las propinas, el punto culminante de deseo y estupidez por parte de la clientela masculina. En cinco minutos se irá. Total, si casi no se tiene en pie, el pobre…

Le reconoce de aquella tontería de programa de la tele. ¿No sale con Suki Meadows? Pero no se acuerda del nombre. De hecho, ¿el programa lo ve alguien? Tiene el traje manchado, bultos de paquetes de cigarrillos sin fumar en los bolsillos, un brillo aceitoso en la nariz y mal aliento. Es más: ni siquiera se ha molestado en preguntarle cómo se llama de verdad.

La cigarrera se llama Cheryl Thomson. Casi todos los días trabaja de enfermera, que es algo agotador, pero de vez en cuando echa aquí unas horitas porque fue al colegio con el director, y las propinas son increíbles, si estás dispuesta a coquetear un poco. En su departamento de Kilburn la espera su novio, Milo, italiano, metro ochenta y cinco, ex futbolista, y ahora enfermero, como ella. Muy guapo. Se casan en septiembre.

Si él se lo preguntase, se lo contaría, pero como no se lo pregunta, dos minutos antes de la medianoche del día de san Suituno, ella se despide (tengo que seguir trabajando; no, a la fiesta no puedo ir; sí, ya tengo tu teléfono; espero que te arregles con tu amiga) y le deja solo en el bar, pidiéndose otra copa.

Tercera parte

1996-2001

Treinta y pocos

«A veces uno es consciente de cuándo están produciéndose los grandes momentos de su vida y a veces los descubre al mirar el pasado. Tal vez suceda lo mismo con las personas».

JAMES SALTER, *Quemar los días*

Capítulo 10

Carpe diem

LUNES 15 DE JULIO DE 1996

Leytonstone y Walthamstow

Emma Morley está de espaldas en el suelo del despacho del director, con el vestido subido hasta la cintura, exhalando despacio por la boca.

—Ah, por cierto, en el noveno grado necesitan nuevos ejemplares de *Sidra con Rosie*.

—A ver qué puedo hacer —dice el director, abrochándose la camisa.

—Bueno, ¿quieres comentarme algo más, aprovechando que me tienes en tu alfombra? ¿Algo del presupuesto, o de las inspecciones? ¿Algo que quieras repasar?

—Yo lo que quiero es repasarte a ti —dice él echándose otra vez en el suelo y haciéndole arrumacos en el cuello.

Es el tipo de insinuaciones sin sentido en las que el señor Godalming (Phil) es especialista.

—¿Y eso qué quiere decir? No quiere decir nada.

Emma chasquea con la lengua, y al zafarse de él se extraña de que el sexo la deje de tan mal humor, incluso cuando lo disfruta. Se quedan un momento sin decir nada. Son las seis y media de una tarde de finales de curso, y en el instituto de Cromwell Road reina el fantasmagórico silencio de los colegios cuando ya no hay clase. Ya han pasado los equipos de limpieza, y la puerta del despacho está cerrada por dentro; aun así, Emma está inquieta, nerviosa. ¿No debería quedarles un regusto dulce, algún tipo de comunión o bienestar? Lleva nueve meses haciendo el amor sobre alfombra institucional, sillas de plástico y mesas de triplay. Phil, siempre atento con el personal, ha quitado el cojín de hule espuma del sillón, y ahora Emma lo tiene bajo las caderas; incluso, le gustaría hacer algún día el amor en muebles no apilables.

—¿Sabes qué? —dice el director.

—¿Qué?

—Que me encantas. —Lo enfatiza apretándole un pecho—. No sé qué haré seis semanas sin ti.

—Al menos se te podrá curar la irritación de hacerlo sobre la alfombra.

—Seis semanas enteras sin ti. —Le rasca el cuello con la barba—. Me volveré loco de deseo…

—Bueno, siempre tienes a la señora Godalming como último recurso —dice ella, consciente de su tono amargo y cruel. Se sienta, y se estira el vestido por debajo de

las rodillas—. Además, creía que las vacaciones largas eran una de las ventajas de ser profesor. Fue lo que me dijiste. En la entrevista de trabajo.

Él la mira, dolido, desde la alfombra.

—No te pongas así, Em.

—¿Cómo?

—Haciendo el numerito de mujer burlada.

—Perdona.

—A mí me gusta tan poco como a ti.

—Yo creo que sí que te gusta.

—Pues no. No lo estropeemos, ¿de acuerdo? —Le pone una mano en la espalda, como para consolarla—. Es nuestra última vez hasta septiembre.

—Bueno, ya te dije que me perdones, ¿está bien?

Para cambiar de tema, Emma se gira por la cintura y le da un beso. Justo cuando va a apartarse, él le pone una mano en la nuca y le da otro beso, de suave acción de lija.

—Caray, cómo te voy a echar de menos.

—¿Sabes qué creo que deberías hacer? —dice ella, con su boca en la de él—. Es bastante radical.

Él la mira con ansia.

—Dime.

—Este verano, en cuanto se acabe el curso…

—Dilo.

Emma le pone un dedo en la barbilla.

—Creo que deberías afeitarte todo esto.

Él se incorpora.

—¡Ni hablar!

—¡En tanto tiempo, todavía no sé cuál es tu verdadero aspecto!

—¡Mi verdadero aspecto es éste!

—Pero tu cara, tu auténtica cara… Hasta podrías ser muy guapo. —Emma le coge el antebrazo, y lo echa otra vez en el suelo—. ¿Quién hay detrás de la máscara? Déjame entrar, Phil. Déjame conocer a tu verdadero yo.

Se ríen un momento. Vuelven a estar cómodos.

—Te llevarías una decepción —dice él, acariciándose la barba como si fuera su mascota preferida—. Además, la alternativa es afeitarse tres veces al día. Antes me afeitaba por la mañana, pero a la hora de comer parecía un delincuente, y al final decidí dejármela, como distintivo.

—¡Ah, un distintivo!

—Es informal. A los chavos les gusta. Me hace parecer contestatario.

Emma vuelve a reírse.

—Phil, que no estamos en 1973. Hoy en día la barba significa otra cosa.

Él se encoge de hombros, a la defensiva.

—A Fiona le gusta. Por el contrario dice que si no tengo poca barbilla —sigue un silencio, como siempre que se nombra a su mujer. Para aligerarlo, se burla de sí mismo—. Ya sabrás que todos los chavos me llaman el Barbas.

—No, no estaba al tanto. —Phil se ríe. Emma sonríe—. Además, no es el Barbas; es Barbas, a secas. Sin determinante, Simio.

Él se incorpora de golpe, muy ceñudo.

—¿Simio?

—Es como te llaman.

—¿Quién?

—Los chavos.

—¿¿Simio??

—¿No lo sabías?

—¡No!

—Huy. Perdona.

Se deja caer otra vez, serio y molesto.

—¡No me creo que me llamen Simio!

—Sólo de broma —lo aplaca ella—. Es con cariño.

—No suena muy cariñoso. —Phil se frota la barbilla, como si consolara a un animal—. Es porque tengo demasiada testosterona.

El uso de la palabra «testosterona» basta para animarlo. Hace que Emma vuelva a tumbarse, y le da otro beso. Sabe a café de la sala de profesores, y a la botella de vino blanco que tiene en el archivero.

—Me saldrán ronchas.

—¿Y qué?

—Pues que se enterará la gente.

—Se ha ido todo el mundo a casa.

Ya tiene la mano en el muslo de Emma cuando suena el teléfono de la mesa. Da un respingo, como si lo hubieran mordido, y se tambalea al levantarse.

—¡No lo contestes! —Gruñe Emma.

—¡No puedo no contestar!

Se empieza a subir los pantalones, como si hablar con Fiona desnudo de cintura para abajo ya fuera traicionarla demasiado, y le diera mucho miedo que se le notasen las piernas desnudas en la voz.

—¡Qué tal! ¡Hola, cariño! ¡Sí, ya lo sé! Ahora mismo salía por la puerta…

Hablan de temas domésticos (pasta o un salteado, la tele o un DVD). Emma se distrae de la vida casera de su amante recogiendo de debajo de la mesa la ropa interior, enrollada y tirada entre clips y tapas de bolígrafos. Se viste y se acerca a la ventana. En las listas de la persiana hay polvo. Fuera, el salón de ciencias recibe luz rosada, y de pronto tiene ganas de estar en un parque, en una playa, o en alguna plaza de ciudad europea; en cualquier sitio menos donde está, en un despacho institucional falto de ventilación, con un hombre casado. ¿Cómo es posible que de golpe te

despiertes con treinta años y siendo la amante de alguien? Es una palabra repulsiva, servil; preferiría no tenerla presente en la cabeza, pero no se le ocurre ninguna otra. Es la amante del jefe, y lo mejor que puede decirse de las circunstancias es que al menos no hay niños de por medio.

La aventura —otra palabra horrible— empezó en septiembre pasado, después de las desastrosas vacaciones en Corfú, y del anillo de compromiso entre los calamares. «Creo que queremos cosas diferentes» fue la mejor frase que se le ocurrió. El resto de las interminables dos semanas fue una borrosa sucesión de piel quemada, malas caras, autocompasión y preocupación por si en la joyería aceptarían el anillo. No podía existir en el mundo nada más melancólico que aquel anillo de compromiso rechazado. Estaba en el hotel, dentro de la maleta, emanando tristeza como si fuera radiación.

Emma volvió de vacaciones morena y triste. Su madre, que estaba al corriente de la petición, y prácticamente ya se había comprado el vestido para la boda, estuvo semanas rabiando y lamentándose con Emma, que acabó dudando de su negativa a la proposición; pero decir que sí le habría dado la sensación de ceder, y las novelas le habían enseñado que el matrimonio nunca tenía que ser una concesión.

El asunto había zanjado su aventura con el director. Durante una reunión de rutina, había roto a llorar en el despacho de Phil que, rodeando el escritorio, le había puesto un brazo en la espalda y la boca en la cabeza, casi como diciendo: «Por fin». A la salida del trabajo la había llevado a un sitio que conocía de oídas, un gastropub, donde se podía tomar una cerveza, pero también se comía bien. Habían comido filete de res y ensalada con queso de cabra. Al rozarse sus rodillas bajo la mesa grande de madera, Emma se había dejado llevar. Después de la segunda botella de vino, ya era todo pura formalidad; el abrazo convertido en beso en el taxi de vuelta, y el sobre café en su casilla («respecto a lo de anoche, no paro de pensar en ti; hace años que siento lo mismo; tenemos que hablar; ¿podemos hablar?»).

Todo lo que sabía Emma sobre el adulterio lo había aprendido con las series de los setenta. Lo asociaba al Cinzano, a los Triumph TR7 y a fiestas con queso y vino; le parecía algo propio de personas de mediana edad, principalmente de clase media; golf, yates y adulterio. Ahora que era ella quien tenía una aventura (con su parafernalia de miradas secretas, manos tocándose debajo de la mesa y manoseos en el clóset del material), le sorprendía la familiaridad de todo, y que el deseo pudiera ser una emoción tan poderosa al aliarse con el sentimiento de culpa y el desprecio hacia una misma.

Una noche, después de hacerlo en el escenario del montaje navideño de *Grease*, Phil le había hecho solemne entrega de una caja con papel de regalo.

—¡Es un teléfono celular!

—Por si necesito oír tu voz.

Sentada en el cofre del Greased Lightning, mirando la caja fijamente, Emma había suspirado.

—Bueno, supongo que en algún momento tenía que pasar.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—No, para nada, está muy bien. —Sonrió al acordarse—. Es que perdí una apuesta.

A veces, en claras tardes otoñales de paseo y de conversación por una parte escondida de los Hackney Marshes, o entre risitas en el concierto navideño del colegio, borrachos de vino con especias, y tocándose las caderas, creía estar enamorada de Phillip Godalming. Era buen profesor, apasionado, con principios, aunque podía ser un poco pretencioso. Tenía los ojos bonitos, y sabía hacer reír. Por primera vez en su vida, Emma era objeto de una fijación sexual casi obsesiva. Naturalmente que a sus cuarenta y cuatro años Phil era demasiado mayor, y por debajo del pelaje su piel ya se notaba fofa y mantecosa, pero era un amante entregado e intenso, a veces demasiado para el gusto de Emma; de los que hacen muecas y hablan. A ella no acababa de cuadrarle ese lenguaje en la misma persona que los reunía para hablar de la carrera de beneficencia. A veces, mientras lo hacían, le daban ganas de pararse y decir: «¡Señor Godalming, dijo una palabrota!».

Pero han pasado nueve meses, la emoción ya no es la misma, y a Emma cada vez le cuesta más entender qué hace merodeando en un pasillo de colegio una tarde soleada de verano. Debería estar con amigos, o con una pareja de la que estuviera orgullosa, a quien pudiera mencionar en presencia de otros. Hosca de culpa y de vergüenza, espera a la salida del baño de chicos a que Phil se lave con jabón institucional. Su directora de Estudios Literarios y Teatrales y amante. Madre de Dios.

—¡Listo! —dice él al salir.

Le toma la mano (la suya aún está mojada de habérsela lavado), y la suelta, discreto, al salir al aire libre. Cierra con llave la puerta principal, pone la alarma y se van a su coche, en el crepúsculo, separados por una distancia profesional, aunque de vez en cuando la cartera de piel de Phil choque con la pantorrilla de Emma.

—Te llevaría al metro, pero…

—… Más vale prevenir.

Siguen caminando un poco más.

—¡Quedan cuatro días! —dice él alegremente, para llenar el silencio.

—¿Esta vez adónde van? —pregunta ella, aunque ya lo sepa.

—A Córcega. A caminar. A Fiona le encanta caminar. Caminar, caminar, caminar… Siempre caminando. Es como Gandhi. Luego, por la noche, se quita las botas de montaña y se apaga como una lámpara.

—Phil… No, por favor.

—Perdona, perdona. —Para cambiar de tema, él pregunta—: ¿Y tú?

—Puede que a Yorkshire, a ver a la familia. Más que nada, estaré aquí trabajando.

—¿Trabajando?

—Sí, escribiendo, vamos.

—Ah, sí, escribir. —Lo dice como si no se lo creyera, igual que todo el mundo—. No tratará sobre nosotros dos, ¿verdad?, el famoso libro.

—No. —Ya han llegado al coche de él. Emma tiene ganas de irse—. Tampoco sé si somos muy interesantes.

Él, que estaba apoyado en su Ford Sierra azul, preparándose para la gran despedida, y va ella y lo estropea. Frunce el ceño, con el labio inferior asomando rosado por la barba.

—¿Y eso cómo hay que entenderlo?

—No sé; es que…

—Sigue.

—Esto, Phil, lo nuestro. No me hace feliz.

—¿No estás contenta?

—Bueno, ideal no es, ¿verdad? Una vez a la semana en una alfombra institucional…

—Pues a mí me parecías bastante contenta.

—No me refiero a satisfecha. ¡No es una cuestión sexual, hombre! Son las… circunstancias.

—Pues a mí me hace feliz…

—¿Ah, sí? ¿Seguro?

—Que yo recuerde, antes también te hacía feliz.

—Supongo que al principio me hacía ilusión.

—¡Pero Emma, por Dios! —Pone cara de ogro, como si la hubiera sorprendido fumando en el baño de las chicas—. ¡Tengo que irme! ¿Por qué lo sacas justo ahora que me tengo que ir?

—Lo siento. Me…

—¡Carajo, Emma, si es que…!

—¡Eh! ¡A mí no me hables así!

—No te hablo de ninguna manera. Es que… Mira, vamos a pasar las vacaciones, ¿de acuerdo? Y luego ya lo arreglaremos.

—No creo que podamos arreglar nada. O paramos, o seguimos, y a mí no me parece que tengamos que seguir.

Phil baja la voz.

—También podríamos hacer otra cosa… Yo, al menos. —Mira a su alrededor, y al comprobar que no hay peligro, le toma la mano—. Se lo podría decir este verano a ella.

—Yo no quiero que se lo digas, Phil.

—Cuando estemos de viaje; o antes, incluso, la semana que viene…

—No quiero que se lo digas. No tiene sentido.

—¿Ah, no?

—¡No!

—Pues yo creo que sí. Yo creo que podría tenerlo.

—¡Muy bien! Pues lo hablamos el curso que viene. No sé… Podríamos quedar para algún día, de momento.

Reconfortado, se moja los labios y vuelve a comprobar que no los vea nadie.

—Te quiero, Emma Morley.

—No —suspira ella—. En el fondo no.

Él baja la barbilla, como si la mirase por encima de unos anteojos imaginarios.

—¿No debería decidirlo yo?

Este tono, esta expresión de director, Emma los odia. Le entran ganas de darle una patada en la espinilla.

—Más vale que te vayas —dice.

—Te echaré de menos, Em…

—Si no hablamos, buenas vacaciones.

—No te imaginas cuánto te echaré de menos…

—Qué bonito, Córcega…

—Todos los días…

—Pues nada, ya nos veremos…

—Ven… —Phil levanta la cartera y la usa como escudo para darle un beso. Muy discreto, piensa ella, impasible. Luego él abre la puerta y sube. Un Sierra azul marino, un coche de director como Dios manda, lleno de mapas del Instituto Cartográfico en la guantera—. Aún no creo que los chavos me llamen Simio… —masculla, sacudiendo la cabeza.

Emma se queda un momento en el estacionamiento vacío, viendo irse a Phil. Treinta años y casi enamorada de un hombre casado, aunque al menos no hay niños de por medio.

Veinte minutos después, está al pie de la ventana del edificio ancho y bajo de ladrillo rojo que contiene su departamento, y ve que hay luz en la sala de estar. Ha vuelto Ian.

Se le ocurre irse y esconderse en el pub, o ir a ver a algún amigo y volver tarde, pero sabe que Ian se quedará sentado en el sillón, con la luz apagada, esperando como un asesino. Respira hondo y busca las llaves.

Desde que Ian se mudó, el departamento parece mucho más grande. Sin las cajas de videos, los cargadores, los adaptadores, los cables y los discos de vinil en funda desplegable, parece que hayan entrado hace poco a robar. Para Emma, es otro recordatorio de lo poco que puede mostrar de los últimos ocho años. Oye un susurro en el dormitorio y va sin hacer ruido hacia la puerta.

El contenido de la cómoda está desperdigado por el suelo: cartas, extractos bancarios, sobres de papel rotos con fotos y negativos… Se queda un momento en la puerta, sin decir nada ni ser vista, observando a Ian, que jadea por el esfuerzo de meter la mano hasta el fondo del cajón. Lleva tenis con los lazos desatados,

pantalones deportivos y una camisa sin planchar. Es un conjunto estudiado a conciencia para indicar el máximo trastorno emocional. Se ha vestido para preocupar.

—¿Qué haces, Ian?

Se sobresalta, pero le dura poco; luego la mira indignado, como un ladrón con la razón de su parte.

—Vuelves tarde a casa —le dice, acusador.

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Nada, simple curiosidad por saber por dónde andabas.

—Tenía ensayo. Ian, creía que habíamos quedado en que no puedes entrar de esta manera.

—¿Por qué? ¿Vienes con alguien, o qué?

—Ian, que no estoy de humor. En absoluto. —Emma deja la bolsa y se quita el abrigo—. Si buscas un diario, o algo así, pierdes el tiempo. Hace años que no escribo un diario…

—Sólo recojo cosas mías, para que lo sepas. Mías, ¿eh? De mi propiedad.

—Lo tuyo ya lo tienes todo.

—Mi pasaporte. No tengo mi pasaporte.

—Pues te puedo decir que en mi cajón de la ropa interior no está. —Ian improvisa, por supuesto. Emma sabe que él tiene su pasaporte. Sólo quería meter las narices en las cosas de ella, y demostrarle que no está bien—. ¿Para qué necesitas el pasaporte? ¿Te vas a alguna parte? ¿Qué pasa, emigras?

—Huy, te encantaría, ¿no? —dice él con desprecio.

—Bueno, no me importaría —dice ella, pasando por encima del desorden para sentarse en la cama.

Él pone voz de detective.

—Pues la tienes difícil, mona, porque yo de aquí no me muevo. —Como amante despechado, Ian ha encontrado una entrega y una agresividad que nunca había tenido como comediante de monólogos. Lo de esta noche está claro que es un espectáculo con mayúsculas—. Tampoco me lo podría permitir.

A Emma le dan ganas de molestarlo.

—O sea, Ian, que ahora mismo no estás haciendo muchos monólogos…

—¿A ti qué te parece, mona? —dice él, levantando los brazos para referirse a que va sin afeitar, con el pelo sucio y la piel amarillenta: su look de mira lo que me has hecho.

Convierte su autocompasión en espectáculo: un monólogo de soledad y rechazo en el que lleva seis meses trabajando, y para el que Emma no tiene tiempo, al menos esta noche.

—¿De dónde sale lo de «mona», Ian? No sé si me gusta.

Él reanuda la búsqueda, mascullando algo en el cajón, quizá «vete a la mierda, Em». ¿Estará borracho?, se pregunta Emma. En la mesita de noche hay una lata abierta de cerveza barata de alta graduación. Emborracharse: eso sí es buena idea.

Decide emborracharse lo antes posible. ¿Por qué no? Parece que a los otros les funciona. Entusiasmada por el proyecto, va a ponerlo en marcha a la cocina.

Él la sigue.

—¿Y qué, dónde estabas?

—Ya te lo dije: ensayando en el colegio.

—¿Qué ensayabas?

—*Bugsy Malone*. Es divertidísima. ¿Por qué, quieres entradas?

—No, gracias.

—Hay ametralladoras de espuma.

—Yo creo que has estado con alguien.

—¡Por favor! Ya estamos otra vez. —Emma abre el refrigerador. Hay media botella de vino, pero en momentos así sólo sirven los alcoholes duros—. Ian, ¿por qué estás tan obsesionado con que esté «con alguien»? ¿Por qué es tan imposible que no estemos hechos el uno para el otro?

Rompe el sello de hielo del congelador con un fuerte estirón. Se caen trocitos al suelo.

—¡Es que sí que estamos hechos el uno para el otro!

—¡Ah, pues entonces perfecto! Si tú lo dices, ya podemos volver. —Detrás de unas empanadas de ternera hay una botella de vodka—. Toma, las empanadas. Te cedo la custodia. —Da un portazo al refrigerador y agarra un vaso—. Además, Ian, ¿y si he estado con alguien? ¿Qué pasa? Te recuerdo que hemos roto.

—Caliente, caliente. ¿Y quién es?

Se está sirviendo el vodka: tres dedos.

—¿Quién es quién?

—Tu nuevo novio. Vamos, dímelo, que no me afectará —se burla él—. Seguimos siendo amigos, después de todo.

Emma bebe del vaso a trago limpio. Luego se agacha un momento, acodada en el mármol, apretándose los ojos con las bases de las manos al sentir cómo le corre el líquido helado por la garganta. Pasa un momento.

—Es el señor Godalming. El director. Llevamos nueve meses, aunque yo creo que es más que nada sexual. Si te soy sincera, es un poco degradante para los dos. A mí me da un poco de vergüenza. Me entristece un poco. ¡Pero bueno, es lo que digo siempre: al menos no hay hijos! Pues nada. —Habla en el vaso—. Ya lo sabes.

La cocina queda en silencio, hasta que…

—Es broma.

—Mira por la ventana y lo verás tú mismo. Está esperando en el coche. Un Sierra azul marino.

Ian, incrédulo, aspira por la nariz.

—Carajo, Emma, que no tiene gracia.

Emma deja el vaso vacío en el mármol, y exhala despacio.

—No, ya lo sé. La situación no se podría describir como graciosa de ninguna de

las maneras. —Se gira para mirarlo—. Ya te dije que no salgo con nadie, Ian. No estoy enamorada de nadie, ni quiero estarlo. Sólo quiero que me dejen en paz.

—¡Tengo una teoría! —dice él con orgullo.

—¿Qué teoría?

—Sé quién es.

Ella suspira.

—A ver, ¿quién, Sherlock?

—¡Dexter! —dice él, triunfante.

—¡Dios mío!

Emma se acaba el vaso.

—¿Verdad que tengo razón?

Se ríe amargamente.

—Sí me gustaría, ya…

—¿Eso qué quiere decir?

—Nada. Ian, sabes perfectamente que hace meses que no hablo con Dexter…

—¡Eso es lo que tú dices!

—No digas tonterías, Ian. ¿Qué te crees, que es un amor secreto, sin que lo sepa nadie?

—Es lo que parecen indicar las pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

Es la primera vez que a Ian se le ve algo avergonzado.

—Tus cuadernos.

Un momento. Luego Emma aparta el vaso, para evitar la tentación de tirarlo.

—¿Has estado leyendo mis cuadernos?

—Alguna que otra ojeada, con los años.

—Desgraciado…

—Los trocitos en verso, los diez días mágicos en Grecia, tantas ansias y deseo…

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a espiarme así!

—¡Si los dejabas tirados por el piso! ¿Qué esperas?

—Esperaba un poco de confianza, y esperaba que tuvieras algo de dignidad…

—Carajo, además no me hacía falta leerlos; lo de ustedes dos era tan obvio…

—¡… Pero mis reservas de compasión son limitadas, Ian! Todos estos meses contigo por la casa, lamentándote, poniendo cara de perro apaleado, lloriqueando… Si te presentas otra vez de esta manera y me revuelves los cajones, te juro que llamo a la puta poli…

—¡Anda! ¡Llama, anda! —Ian se acerca separando los brazos, que llenan la pequeña habitación—. Te recuerdo que también es mi departamento.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? ¡Si nunca has pagado la hipoteca! ¡La pagaba yo! Nunca has hecho nada que no fuera quedarte aquí tirado, compadeciéndote de ti mismo…

—¡No es verdad!

—Y lo que ganabas te lo gastabas en videos de porquería y comida a domicilio.

—¡Sí aportaba algo! Cuando podía…

—¡Pues no era bastante! Dios, cómo odio este departamento, y cómo odio mi vida en este departamento… Tengo que salir de aquí o me volveré loca…

—¡Era nuestra casa! —protesta él, desesperado.

—Yo aquí nunca he sido feliz, Ian. ¿Por qué no te dabas cuenta? Lo que pasa es que… me quedé aquí atascada. Como tú. Seguro que lo sabes.

Él no la ha visto nunca así, ni la ha oído decir cosas así. Azorado, con los ojos muy abiertos, como un niño con pánico, se acerca a tropezones.

—¡Cálmate! —Le agarra el brazo—. No digas esas cosas.

—¡Suéltame, Ian! ¡Lo digo en serio, Ian! ¡Vete!

Se están gritando. Emma piensa: ay, Dios mío, nos hemos convertido en una de esas parejas de locos que se oyen de noche a través de las paredes. En algún sitio hay alguien pensando: ¿llamo a la policía? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

—¡Sal! —grita, mientras Ian intenta abrazarla desesperadamente—. Dame las llaves y vete, no quiero volver a verte.

Y de manera igual de repentina empiezan los dos a llorar, derrumbados en el suelo del estrecho pasillo del piso que con tantas esperanzas se compraron juntos. Ian se tapa la cara con la mano. Intenta hablar entre fuertes sollozos, respirando a bocanadas.

—No lo aguanto. ¿Por qué me tiene que pasar a mí? Es un infierno. ¡Estoy en el infierno, Em!

—Ya lo sé. Lo siento.

Emma le pasa un brazo por los hombros.

—¿Por qué no me puedes querer, y ya está? ¿Por qué no puedes estar enamorada de mí? Antes sí lo estabas, ¿no? Al principio.

—Pues claro que lo estaba.

—Pues entonces ¿por qué no puedes volver a enamorarte?

—Es que no puedo, Ian. Lo he intentado, pero no puedo. Lo siento. Lo siento tanto, tanto…

Poco después están tirados por el suelo, en el mismo sitio, como traídos por el oleaje. Con la cabeza apoyada en el hombro de Ian, y el brazo encima de su pecho, Emma respira su olor, ese olor cálido y confortable al que tanto se había acostumbrado. Al final, él dice algo.

—Tendría que irme.

—Creo que sí.

Apartando la cara, roja e hinchada, Ian se incorpora y señala con la cabeza el amasijo de papeles, cuadernos y fotos del suelo del dormitorio.

—¿Sabes qué me da pena?

—¿Qué?

—Que no haya más fotos de nosotros. Quiero decir juntos. Hay miles de tú y

Dex, y casi ninguna de tú y yo solos; al menos recientes. Es como si hubiéramos parado de hacer fotos.

—Por falta de una buena cámara —dice ella, poco convencida, aunque él decide aceptarlo.

—Perdona por… pues eso, que se me haya ido la cabeza y te haya revuelto las cosas. Totalmente inaceptable.

—No pasa nada, pero no vuelvas a hacerlo.

—Por cierto, algunos cuentos están bastante bien.

—Gracias. Aunque no eran para enseñarlos.

—¿Y eso qué sentido tiene? Algún día se los tienes que enseñar a alguien. Darte a conocer.

—Bueno, pues de todas maneras lo hago. Algún día.

—Las poesías no. Enséñales los cuentos, no las poesías. Son buenos. Eres buena escritora. Inteligente.

—Gracias, Ian.

Se le empieza a arrugar la cara.

—Tan mal no estaba, ¿no? Vivir aquí conmigo.

—Estaba muy bien. Lo único que pasa es que te he hecho pagar el pato.

—¿Quieres contármelo?

—No hay nada que contar.

—Pues nada.

—Pues nada.

Se sonríen. Ian ya está en la puerta, con una mano en la manija. Parece que no puede marcharse aún.

—Sólo una cosa más.

—Dime.

—¿De verdad que no sales con él? Con Dexter, digo. Son paranoias mías.

Emma suspira y sacude la cabeza.

—Ian, te lo juro por que me muera ahora mismo. No estoy saliendo con Dexter.

—Es que vi en el periódico que rompió con su novia, y he pensado que al haber roto tú y yo, y estar él libre…

—A Dexter hace que no lo veo… siglos.

—Pero ¿pasó algo? ¿Cuando estábamos juntos? ¿Entre tú y Dexter, a mis espaldas? Es que no soporto la idea…

—Ian… Entre Dexter y yo no pasó nada —dice ella, esperando que se vaya sin hacer la siguiente pregunta.

—Pero ¿tú querías que pasara?

¿Que si quería? Sí, a veces. A menudo.

—No. No, no quería. Sólo éramos amigos.

—Bien. Me alegro. —Ian la mira, intentando sonreír—. Te echo tanto de menos, Em…

—Ya lo sé.

Se pone una mano en la barriga.

—Me mareo y todo.

—Ya se te pasará.

—¿Sí? Es que creo que me estoy volviendo un poco loco.

—Ya lo sé, pero no puedo ayudarte, Ian.

—Siempre podrías… pensártelo mejor.

—No puedo. No lo pensaré. Lo siento.

—Bien, de acuerdo. —Se encoge de hombros y sonríe con los labios hacia dentro, su sonrisa de Stan Laurel—. En fin. Por preguntar no pierdo nada, ¿no?

—Supongo que no.

—Ojo, que me sigues pareciendo una bomba, ¿eh?

Emma sonríe porque él quiere que sonría.

—No, el que es una bomba eres tú.

—¡Bueno, bueno, no me voy a quedar a discutirlo! —Ian suspira, sin poder seguir fingiendo, y agarra la manija de la puerta—. Pues nada. Recuerdos a la señora Morley. Ya nos veremos.

—Ya nos veremos.

—Adiós.

—Adiós.

Se gira y abre la puerta de golpe, dándole una patada por la parte inferior para que parezca que le da en la cara. Como es de rigor, Emma se ríe. Ian respira hondo y se va. Ella se queda sentada en el suelo otro minuto. Después se levanta de golpe y, sintiendo una nueva determinación, toma las llaves y sale dando zancadas del piso.

Ruidos de noche de verano en Walthamstow, voces y gritos resonando por los edificios, y algunas banderas de san Jorge que aún cuelgan fláccidas. Cruza rápidamente el patio. ¿No debería tener un círculo de amigos íntimos medio chiflados para ayudarla a superarlo? ¿No debería estar sentada en un sofá bajo y desfondado con seis o siete urbanitas atractivos y estrafalarios? ¿No es eso, en principio, vivir en la ciudad? Sin embargo, o viven a dos horas de viaje, o tienen familia o novio; por suerte, a falta de colegas medio chiflados, está la tienda de bebidas alcohólicas, cuyo desconcertante y deprimente nombre es Booze’R’Us[3].

Cerca de la entrada hay unos chavos en bicicleta y con pinta peligrosa, dibujando lentos círculos, pero en este momento a Emma no le da miedo nada; cruza por el centro sin girarse. En la tienda, elige la botella de vino menos sospechosa y se pone a la cola. El de delante tiene una telaraña tatuada en la cara. Mientras espera a que cuente cambio para dos litros de sidra fuerte, Emma se fija en la botella de champán que hay en una vitrina cerrada con llave. Tiene polvo, como si fuera una reliquia de un pasado de lujos inimaginables.

—Y póngame también el champán, por favor —dice.

El dependiente la mira con recelo, pero ahí está el dinero, en el puño de Emma.

—Qué, una fiesta, ¿no?

—Exacto. Una fiesta muy muy grande. —Luego, un capricho—: Y un paquete de Marlboro.

Sale de la tienda con las botellas en una bolsa de plástico fino, que choca con su cadera, a la vez que se embute un cigarrillo entre los labios como si fuera el antídoto de algo. Oye inmediatamente una voz.

—¿Señorita Morley?

Mira a su alrededor con cara de culpable.

—¿Señorita Morley? ¡Aquí!

Quien se acerca deprisa, sobre largas piernas, es Sonya Richards, su protegida, su proyecto. La niña flaca y tensa que hacía de Jack Dawkins se ha transformado. Ahora está espectacular: alta, con el pelo recogido, segura de sí misma. Emma tiene una visión perfecta de cómo debe de verla Sonya: encorvada, con los ojos rojos, fumándose un cigarro a la salida de Booze'R'Us. Un modelo, una inspiración. Esconde el cigarro encendido en la espalda, aunque sea absurdo.

—¿Qué tal, señorita?

Ahora a Sonya se le ve un poco incómoda, mirando a los lados, como si se arrepintiese de haberse acercado.

—¡Estupendamente! Muy bien. ¿Y tú, Sonya?

—Bien, señorita.

—¿Y el bachillerato? ¿Todo bien?

—Sí, la verdad es que sí.

—Y el año que viene los exámenes preuniversitarios, ¿no?

—Exacto.

Sonya mira furtivamente la bolsa de plástico que hace ruido de botellas junto a Emma, y la cinta de humo que forma volutas a su espalda.

—¿El año que viene a la universidad?

—Espero que a Nottingham. Si saco buenas calificaciones…

—Seguro que sí. Seguro que sí.

—Gracias a usted —dice Sonya, pero no muy convencida.

Se quedan en silencio. Emma, desesperada, levanta las botellas en una mano y el tabaco en la otra, y los agita.

—¡LA COMPRA DE LA SEMANA! —dice.

Sonya parece confusa.

—Bueno, me tengo que ir.

—Bien, Sonya. Me alegro mucho de haberte visto. Oye, Sonya, buena suerte, ¿eh? Muy buena suerte.

Pero Sonya ya está dando zancadas sin girarse, y Emma, una profesora de esas de *carpe diem*, la ve irse.

Por la noche pasa algo raro. Medio dormida en el sofá, con la tele encendida y la botella vacía a sus pies, la despierta la voz de Dexter Mayhew. No entiende del todo lo que dice; algo de FPS, y opciones de multijugador, y no parar de disparar. Confusa, preocupada, abre los ojos a la fuerza, y se lo encuentra justo delante.

Se incorpora, sonriendo. Ya había visto el programa, *Game On*. Se emite tarde, y es un resumen de lo último en el panorama de los videojuegos. El set es un castillo con luz roja, compuesto de bloques de poliestireno, como si jugar a videojuegos fuera una especie de purgatorio. Dentro del castillo hay jugadores paliduchos encorvados ante una pantalla gigante, a los que Dexter Mayhew incita a apretar cada vez más deprisa los botones: rápido, rápido, dispara, dispara.

Los juegos, los «torneos», alternan con entrevistas serias en las que Dexter y una mujer con el pelo naranja (para cumplir la cuota femenina) comentan las novedades de la semana. Puede que sea un efecto del minúsculo televisor de Emma, pero últimamente a Dexter se le ve un poco inflado, un poco gris. Quizá no sea más que el tamaño de la pantalla, pero algo falta. Ya no tiene la gracia que ella recuerda. Está hablando de *Duke Nukem 3D*, y se le ve inseguro, por no decir un poco incómodo. Aun así, Emma se siente henchida de cariño hacia Dexter Mayhew. No ha pasado un solo día en ocho años sin pensar en él. Le echa de menos, y quiere recuperarlo. Quiero recuperar a mi mejor amigo, piensa, porque sin él nada vale la pena, y todo falla. Le llamaré, piensa al dormirse.

Mañana. Mañana a primera hora le llamo.

Capítulo 11

Dos reuniones

MARTES 15 DE JULIO DE 1997

Soho y South Bank

—Bueno, la mala noticia es que cancelan *Game On*.

—¿Ah, sí? ¿En serio?

—Pues sí.

—Ya. De acuerdo. Bueno. ¿Han dado alguna razón?

—No, Dexy; es que no tienen la impresión de haber encontrado la manera de transmitirle al público de madrugada el romanticismo picante de los videojuegos. A la cadena le parece que los ingredientes no son los que deberían ser. Por eso cancelan el programa.

—Ya.

—… Y lo sacan otra vez con otro presentador.

—¿Y otro nombre?

—No, siguen llamándolo *Game On*.

—Ah. O sea… o sea, que el programa sigue siendo el mismo.

—Van a hacer muchos cambios importantes.

—Pero ¿se sigue llamando *Game On*?

—Sí.

—El mismo set, el mismo formato y lo demás.

—A grandes rasgos.

—Pero con otro presentador.

—Sí, con otro presentador.

—¿Quién?

—No lo sé, pero tú no.

—¿No han dicho quién?

—Han dicho que más joven. Alguien más joven. Que bajaban la edad. Es lo único que sé.

—Vaya… Dicho de otra manera, me han despedido.

—Bueno, supongo que también podría verse como que en este caso… pues sí, han decidido cambiar de dirección. Apartándose de ti.

—Bien. Bien. ¿Y la buena noticia?

—¿Perdón?

—Como has dicho «la mala noticia es que cancelan el programa»… ¿Cuál es la

buena noticia?

—Ya está. No hay más. Son todas las noticias que tengo.

Justo en ese momento, a tres kilómetros, cruzando el Támesis, Emma Morley sube en elevador con su vieja amiga Stephanie Shaw.

—Lo principal, no me cansaré de repetirlo, es… que no te sientas intimidada.

—¿Por qué iba a intimidarme?

—Es una leyenda del mundo editorial, Em. Tiene fama.

—¿Fama? ¿De qué?

—De tener… mucha personalidad. —Pese a estar solas en el elevador, la voz de Stephanie Shaw se reduce a un susurro—. Como editora es una maravilla; lo que ocurre es que es un poco… excéntrica, pero bueno.

Los siguientes veinte pisos los suben en silencio. A su lado, a Stephanie Shaw se le ve menuda y elegante, con una camisa de un blanco inmaculado (no, camisa no, blusa), falda negra de tubo y pulcra media melena, a años de distancia de la gótica huraña con quien hace mucho tiempo compartía mesa en los seminarios. A Emma la sorprende sentirse intimidada por su vieja amiga; su actitud profesional, su forma de ir al grano… Es probable que Stephanie Shaw haya despedido gente. Es probable que diga cosas como «¡Hazme fotocopias de esto!». Si Emma hiciera lo mismo en el colegio, se le reirían en la cara. Dentro del elevador, con las manos entrelazadas por delante, de pronto Emma tiene ganas de reír. Parece que están jugando a un juego que se llama «oficinas».

El elevador se abre en el piso trece, una gran planta abierta con ventanas altas de cristal tintado que dan al Támesis y a Lambeth. Cuando llegó a Londres, Emma había mandado cartas llenas de esperanza y desinformación a las editoriales, imaginándose que las abrían secretarias mayores con lentes de media luna, con abrecartas de marfil, en casas de época destartaladas y caóticas; pero esto es elegante, luminoso y juvenil, el paradigma del nuevo espacio de trabajo de los medios de comunicación. Lo único que la tranquiliza son las pilas de libros por el suelo y las mesas, montañas a punto de caerse, como acumuladas de cualquier manera. Stephanie camina deprisa. Emma la sigue. En los despachos, tras muros de libros, aparecen caras que hacen un repaso a la recién llegada, enfrascada en quitarse el saco sin dejar de caminar.

—Mira, no te puedo garantizar que lo haya leído todo; ni todo ni una parte, la verdad, pero ya es mucho que haya pedido verte, Em; de verdad que ya es mucho.

—Te lo agradezco muchísimo, Stephanie.

—Está muy bien escrito, Em. Te lo digo yo. Si no, no se lo habría dado. No me conviene presentarle porquerías.

Era una novela de colegio, una historia de amor para adolescentes, ambientada en un

instituto de Leeds; una especie de «Torres de Malory» en más realista y cruda, en torno a un montaje de *Oliver!*, narrada desde el punto de vista de Julie Criscoll, la chica atrevida e irresponsable que interpreta a Jack Dawkins. También había ilustraciones, garabatos, caricaturas y sarcásticos globos de cómic, como las de los diarios de las adolescentes, todo mezclado con el texto.

Tras enviar las primeras veinte mil palabras, había esperado con paciencia hasta tener una carta de rechazo de todas las editoriales, todas; el juego completo. «No es nuestra línea, lamentamos no poder ayudarla, esperamos que tenga más suerte en otras editoriales», decían. Lo único alentador de tantas negativas era su vaguedad; se notaba que no estaban leyendo mucho el manuscrito, y que no hacían sino rechazarlo con una carta modelo. De todo lo que había escrito y dejado a medias, era lo primero que no tenía ganas de arrojar a la otra punta de la habitación después de leerlo. Sabía que estaba bien. Estaba claro que tendría que recurrir a las relaciones prominentes.

Pese a contar con varios contactos influyentes en la universidad, se había jurado no recurrir jamás a los favores; acudir a sus coetáneos de más éxito se parecía demasiado a pedirle dinero a un amigo. Sin embargo, ya acumulaba toda una carpeta de cartas de rechazo, y como «su madre no se cansaba de recordarle», más joven no se haría. Un día, a la hora de comer, se había buscado un aula tranquila y, respirando hondo, había llamado por teléfono a Stephanie Shaw. Llevaban tres años sin hablar, pero al menos se caían bien, y después de un rato agradable de ponerse al día, se lo había soltado: ¿estaba dispuesta a leer algo suyo? Una cosa que he escrito. Unos cuantos capítulos y un resumen de un libro tonto para adolescentes. Trata sobre un musical en un colegio.

Y aquí está, ni más ni menos que reunida con una editora, una editora de verdad. Se siente temblorosa, por exceso de café, mareada de nervios, y en un estado febril que no contribuye a aliviar el no haber tenido más remedio que irse de pinta. Es el día de una reunión importantísima del personal, la última antes de vacaciones. Por la mañana, al despertarse, como un alumno díscolo, llamó por teléfono a la secretaría escolar y, taponándose la nariz, ha graznado algo sobre gripe intestinal. Incluso por teléfono se le notaba la incredulidad a la secretaria. Con el señor Godalming también tendrá problemas. Phil estará furioso.

Ahora mismo no tiene tiempo de preocuparse de eso, porque han llegado al despacho de la esquina, un cubículo acristalado de espacio comercial cotizadísimo, en el que ve una figura femenina esbelta, de espaldas a ella, y más allá una vista pasmosa desde Saint Paul al Parlamento.

Stephanie le indica un sillón bajo, al lado de la puerta.

—Bueno, espera aquí. Luego me vienes a ver y me cuentas cómo te fue. Y acuérdate de no tener miedo…

—¿Te han dado algún motivo? ¿Para despedirme?

—La verdad es que no.

—Vamos, Aaron, dímelo.

—Pues… la frase exacta ha sido…, la frase exacta ha sido que eres un poquitín 1989.

—Uau. Uau. Ya. Bien. Bueno, de acuerdo… pues que se jodan, ¿eh?

—Exacto. Es lo que les dije.

—¿Ah, sí?

—Les dije que a mí no me encanta.

—Bueno, de acuerdo, y ahora ¿qué?

—Nada.

—¿Nada?

—Hay una cosa de robots que luchan, y tú tienes que presentarlos, como si dijéramos…

—¿Por qué luchan los robots?

—A saber. Supongo que porque son así. Son robots agresivos.

—No lo veo muy claro.

—Bueno. ¿Un programa de coches en *Hombres y motores*?

—¿Qué? ¿Vía satélite?

—El satélite y el cable son el futuro, Dex.

—Pero ¿y en televisión abierta?

—Ahí no hay mucho movimiento.

—Para Suki Meadows sí hay movimiento, y para Toby Moray también. No puedo pasar cerca de una tele sin ver al pesado Toby Moray.

—La tele es así, Dex: va por modas. Toby es una simple moda. Antes lo eras tú, y ahora lo es él.

—¿Yo era una moda?

—No, tú no eres una moda. Sólo he querido decir que es normal tener altibajos, pero que no pasa nada. Yo creo que deberías ir pensando en un cambio de orientación. Necesitamos cambiar la percepción que tiene de ti la gente. Tu reputación.

—Un momento. ¿Tengo reputación?

En el sillón bajo de cuero, Emma espera y espera, observando la oficina en pleno funcionamiento mientras siente —y se avergüenza un poco de ello— envidia de este mundo empresarial, y de los profesionales jóvenes y con estilo que lo habitan. Envidia del dispensador de agua, es lo que es. La oficina no tiene nada de especial, nada que la distinga, pero en comparación con el instituto de Cromwell Road es puro futurismo; un contraste muy marcado con su sala de profesores, con sus tazas manchadas de taninos, sus muebles agujereados, sus malos humores por las guardias,

y en general su ambiente cascarrabias, quejumbroso, insatisfecho. Los chavos son geniales, claro —algunos, y a veces—, pero parece que los enfrentamientos son cada vez más frecuentes y alarmantes. Le han dicho por primera vez «no me hable», con un movimiento de la mano, una nueva actitud con la que le cuesta razonar. O puede que ya esté perdiendo su motivación y su energía… Está claro que la situación con el director no ayuda.

¿Y si la vida hubiera tomado otro camino? ¿Y si a los veintidós años hubiera perseverado con las cartas a las editoriales? ¿Podría haber sido ella la que se comiese bocadillos de Pret A Manger llevando falda de tubo, y no Stephanie Shaw? Hace un tiempo que está convencida de que su vida va a cambiar, aunque sólo sea por necesidad, y tal vez sea el momento; quizá el cambio de rumbo lo marque esta reunión. Su estómago sufre otro vuelco en el momento en que la asistente personal cuelga el teléfono y se acerca. Marsha la recibirá ahora. Emma se levanta, se alisa la falda porque lo ha visto por la tele, y entra en la caja de cristal.

Marsha —¿señora Francomb?— es alta, imponente, con facciones aguileñas que le prestan un aire a lo Virginia Woolf que intimida. Poco más de cuarenta años, pelo gris corto y peinado hacia delante, al estilo soviético, voz ronca y autoritaria, se levanta y tiende la mano.

—Ah, tú debes de ser la de las doce y media.

Emma grazna una respuesta, que sí, exacto, las doce y media, aunque técnicamente deberían haber sido las doce y cuarto.

—*Setzen Sie, bitte hin* —dice inexplicablemente Marsha.

¿En alemán? ¿Por qué en alemán? En fin, más vale seguirle la corriente.

—*Danke* —vuelve a graznar Emma.

Mira a su alrededor, toma asiento en el sofá y observa el despacho: premios en libreros, portadas de libros enmarcadas… Recuerdos de una carrera ilustre. Emma tiene la insoportable sensación de que no le corresponde estar ahí, de que no es su sitio, y le está haciendo perder el tiempo a esta temible mujer; ella publica libros, libros de verdad, que la gente compra y lee. Está claro que Marsha no se la está poniendo fácil. Flota un silencio, mientras baja la persiana y la ajusta para que no se vea la oficina exterior. Se quedan sentadas en penumbra, y de pronto Emma tiene la sensación de que la van a interrogar.

—Perdona que te haya hecho esperar; es que estamos de trabajo hasta el cuello. Te he encontrado un hueco de milagro. Pero no quiero meter prisa. En estas cosas es tan importante decidir bien… ¿Verdad?

—Vital. Está clarísimo.

—A ver, dime, ¿cuánto tiempo llevas trabajando con niños?

—Mmm… A ver… Desde el 93. Unos cinco años.

Marsha se inclina, fervorosa.

—¿Y te gusta mucho?

—Sí; bueno, casi siempre. —Emma tiene la sensación de estar un poco rígida y

formal—. Cuando no me la ponen difícil.

—¿Los niños te la ponen difícil?

—Si te soy sincera, a veces son un poco complicados.

—¿En serio?

—Bueno, ya me entiendes: insolentes, alborotadores…

Marsha se apoya en el respaldo, molesta.

—Y entonces ¿cómo impones disciplina?

—¡Ah, bueno, lo normal, tirándoles sillas! ¡No, es broma! Nada, lo típico: expulsándolos, y esas cosas. —Ajá. Ajá.

Marsha no dice nada más, pero emana una profunda desaprobación. Vuelve a posar la vista en los papeles de la mesa, y Emma se pregunta cuándo empezarán a hablar del libro.

—Bueno —dice Marsha—, tengo que decir que hablas mucho mejor inglés de lo que me esperaba.

—¿Perdón?

—Vaya, que te expresas muy bien. Parece que hayas vivido en Inglaterra toda la vida.

—Es que… es verdad.

Marsha pone cara de irritación.

—Según tu currículum, no.

—¿Perdón?

—¡En tu currículum pone que eres alemana!

¿Cómo puede hacer Emma que se lo perdonen? ¿Y si se hace pasar por alemana? Imposible. No habla alemán.

—No, soy inglesa de pura cepa.

Además, ¿qué currículum? Ella no ha mandado ningún currículum.

Marsha sacude la cabeza.

—Perdona, pero no parece que hablemos de lo mismo. Eres la de las doce y media, ¿no?

—¡Sí! Creo que sí… ¿O no?

—¿La niñera? ¿Vienes por el trabajo de niñera?

—¿Tengo reputación?

—Un poco. En el sector.

—¿De qué?

—Pues de… poco fiable, pero bueno…

—¿Poco fiable?

—Poco profesional.

—¿En qué sentido?

—En el de emborracharte; de salir drogado al aire.

—Oye, que yo nunca he estado…

—… Y arrogante. La gente te ve arrogante.

—¿Arrogante? Yo soy seguro de mí mismo, pero no arrogante.

—Oye, Dex, que yo sólo te cuento lo que dice la gente.

—¡«La gente»! ¿Y quién es «la gente»?

—Gente con la que has trabajado…

—¿En serio? Madre mía…

—Yo sólo digo que si te parece que tienes un problema…

—Que no lo tengo…

—… Podría ser un buen momento para resolverlo.

—No, es que no lo tengo.

—Pues entonces perfecto. Mientras tanto, creo que también te convendría vigilar tus gastos. Al menos un par de meses.

—Cuánto lo siento, Emma…

Camina hacia los elevadores con picor en los ojos, violenta, seguida de cerca por Marsha, y ésta por Stephanie. Se asoman cabezas de los cubículos, mientras pasan en procesión. Seguro que piensan que así aprenderá a no hacerse grandes ideas.

—Me sabe tan mal haberte hecho perder el tiempo… —dice Marsha para congraciarse—. En principio tenían que haber llamado para cancelarlo…

—No pasa nada; no es culpa tuya —masculla Emma.

—Me va a oír mi asistente, eso está claro. ¿Estás segura de no haber recibido el mensaje? Yo odio cancelar reuniones, pero es que no había podido leer el material. Le echaría un vistazo ahora mismo, pero es que parece que me está esperando en la sala de reuniones la pobre Helga…

—Lo entiendo perfectamente.

—Stephanie me ha asegurado que tienes muchísimo talento. No veo el momento de leer lo que escribes…

Al llegar a los elevadores, Emma aprieta a fondo el botón de llamada.

—Bueno, pues nada…

—En fin, al menos tendrás una anécdota divertida. Algo es algo.

¿Una anécdota divertida? Clava el dedo en el botón como si lo clavara en un ojo. Ella no quiere anécdotas divertidas; ella lo que quiere es un cambio, una ruptura. Su vida ha estado repleta de anécdotas, ristras y ristras de putas anécdotas; ahora quiere que le salga algo bien, por una vez. Quiere tener éxito, o como mínimo la esperanza de tenerlo.

—Para la semana que viene lo veo imposible. Luego ya me voy de vacaciones, o sea, que quizá tarde un poco; pero me comprometo para antes de que se acabe el verano.

¿Antes de que se acabe el verano? Un mes, y otro, anodinos, sin cambios…

Vuelve a clavar el dedo en el botón del elevador, sin decir nada, como una adolescente huraña, haciéndolas sufrir. Ellas esperan. Marsha, que no parece inmutarse, la examina con sus azules y penetrantes ojos.

—Oye, Emma, ahora ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora de lengua y literatura. En un instituto de Leytonstone.

—Tendrás mucho trabajo. ¿De dónde sacas el tiempo para escribir?

—Por la noche. Los fines de semana. A veces por la mañana temprano.

Marsha contrae los párpados.

—Debe de apasionarte mucho.

—Es lo único que realmente quiero hacer.

Emma se sorprende, no sólo de lo seria que debe de sonar, sino por darse cuenta de haber dicho una verdad. Se abre el elevador a sus espaldas. Mira por encima del hombro. Ahora casi le gustaría quedarse.

Marsha le tiende la mano.

—Bueno, señorita Morley, adiós. Ya tengo ganas de hablar contigo más a fondo.

Emma coge sus largos dedos.

—Y yo espero que encuentres niñera.

—Yo también lo espero. La última era una psicópata de armas tomar. No querrás hacerlo tú, ¿verdad? Me imagino que lo harías bastante bien.

Marsha sonríe. Emma también. Detrás de Marsha, Stephanie se muerde el labio inferior, articula perdón-perdón-perdón e imita un pequeño teléfono. «¡Llámame!».

El elevador se cierra. Emma se derrumba contra la pared, durante treinta pisos en caída libre, sintiendo que se le cuaja el entusiasmo en la barriga, convertido en amarga decepción. A las tres de la mañana, sin poder dormir, fantaseaba con una comida improvisada con su nueva editora. Se veía bebiendo vino blanco seco en la torre Oxo, y seduciendo a su compañera de mesa con simpáticas anécdotas sobre la vida escolar. Ahora está aquí, escupida al South Bank en menos de veinticinco minutos.

Es donde en mayo celebró el resultado de las elecciones, pero de esa euforia ya no queda nada. Al haber dicho que tenía gripe intestinal, ni siquiera puede ir a la reunión. Intuye que por ahí se fraguará otra discusión, con sus reproches y sus comentarios malintencionados. Decide dar un paseo para despejarse la cabeza, y va hacia Tower Bridge.

Pero ni siquiera el Támesis logra animarla. Están reformando este tramo del South Bank: un embrollo de andamios y lonas, con la central eléctrica cerniendo su opresiva dejadez sobre este día de pleno verano. Emma tiene hambre, pero no hay donde comer, ni con quien comer. Suena su teléfono. Lo busca en la bolsa, con muchas ganas de desahogarse, y se da cuenta demasiado tarde de quién debe de estar llamando.

—Conque gripe intestinal, ¿eh? —dice el director.

Ella suspira.

—Exacto.

—Y en la cama, ¿no? Pues por el ruido no parece que estés en la cama. A mí me parece que estás al aire libre, disfrutando del sol.

—Phil, por favor, no me la pongas peor de lo que está.

—¡No, no, señorita Morley! Las dos cosas no las puedes tener. No puedes cortar conmigo y esperar algún tipo de trato especial… —Es su tono de los últimos meses, una oficiosa cantinela de rencor. A Emma se le despierta otra vez toda la rabia, por las trampas que se tiende ella solita—. ¡Si quieres que lo nuestro sea puramente profesional, tendremos que ceñirnos a lo profesional! Asi que, si no te importa, ¿podrías decirme por qué no estás en esta reunión tan importante?

—Phil, por favor, que no estoy de humor.

—Porque no me gustaría tener que convertirlo en una cuestión disciplinaria, Emma…

Se aparta el teléfono de la oreja, mientras el director sigue soltándole el rollo. Es el teléfono que le compró como regalo de amor, para poder «oír su voz siempre que lo necesitara», y que ahora se ha quedado grande y anticuado. Dios, si hasta lo habían usado para sexo telefónico, al menos él…

—Se te informó expresamente de que era una reunión obligatoria. Por si no lo sabes, aún no se ha acabado el curso.

… Y por un momento se imagina el placer de tirar al Támesis el maldito aparato, viéndolo chocar contra el agua como medio ladrillo. Pero antes tendría que sacar la tarjeta SIM, lo cual amortiguaría un poco el simbolismo; además, esos gestos dramáticos son cosas del cine y de la tele. Por otro lado, no se puede permitir comprar otro teléfono.

Y menos ahora, que ha decidido dimitir.

—¿Phil?

—Llámame señor Godalming, ¿te parece?

—De acuerdo. ¿Señor Godalming?

—Dígame, señorita Morley.

—Dimito.

Él se ríe, con esa risa falsa tan exasperante que tiene. Es como si le viera, sacudiendo despacio la cabeza.

—No puedes irte, Emma.

—Sí puedo. Ya lo he hecho. Y otra cosa, señor Godalming…

—¿Qué, Emma?

Se le forma el insulto en los labios, pero al final no es capaz de pronunciarlo, y lo articula con deleite antes de colgar, meterse el teléfono en la bolsa y seguir caminando hacia el este por la orilla del Támesis, mareada de euforia y de miedo al futuro.

—O sea, lo siento, pero no puedo invitarte a comer. Es que he quedado con otro cliente…

—Bien. Gracias, Aaron.

—Otra vez será, Dexy. ¿Qué te pasa? Te veo un poco desanimado, hombre.

—No, nada, es que estoy un poco preocupado.

—¿Por qué?

—Bueno, pues… por el futuro. Mi carrera. No es lo que esperaba.

—Claro, es que nunca lo es. El futuro. ¡Caray, por eso es tan EMOCIONANTE! Oye, ven aquí. ¡Que vengas, te digo! Tengo una teoría sobre ti. ¿Quieres oírla?

—Dime.

—Tú a la gente le encantas, Dex, en serio; el problema es que les encantas de una manera irónica y con segundas intenciones, en plan «me encanta odiarlo». Lo que hace falta es que alguien te quiera sinceramente…

Capítulo 12

Diciendo «te quiero»

MIÉRCOLES 15 DE JULIO DE 1998

Chichester, Sussex

De repente, sin saber cómo fue, Dexter se descubre enamorado, y de golpe la vida son unas largas minivacaciones.

Sylvie Cope. Se llama Sylvie Cope, bonito nombre. Si le pidieran que la describiera, sacudiría la cabeza, resoplaría y diría que es genial, simplemente genial, simplemente… ¡increíble! Es guapa, claro, pero no de la misma forma que las otras; no es una pizpireta de revista masculina como Suki Meadows, ni una modelo como Naomi, Ingrid o Yolande, sino de una belleza serena y clásica; en una encarnación previa como presentador de tele, Dexter podría haberla calificado de «con clase», e incluso de «con una clase que te mueres». Pelo largo, lacio, rubio, con severa raya en medio; facciones menudas, bien formadas, distribuidas a la perfección por una cara de piel blanca, en forma de corazón. Le recuerda a una mujer de un cuadro cuyo título no logra recordar, alguien de la Edad Media, con flores en el pelo. Sylvie Cope es así, el tipo de mujer que no desentonaría rodeando un unicornio con los brazos. Alta, delgada, un poco austera, a menudo bastante seria, con una cara que no se mueve mucho, salvo para fruncir el ceño o poner los ojos en blanco por alguna tontería que haya dicho o hecho él; Sylvie es perfecta, y exige perfección.

Tiene las orejas un poco salidas, sólo un poquitín, lo justo para que la luz de detrás les dé un brillo de coral; la misma luz que permite ver un vello finísimo y aterciopelado en sus mejillas y su frente. Son detalles —las orejas luminosas, la frente peluda— que a Dexter, en otras etapas de su vida, le habrían podido repeler, pero ahora que la mira, sentada al otro lado de la mesa sobre un césped inglés, en pleno verano, apoyando su barbilla, pequeña y perfecta, en su mano de dedos largos, con golondrinas en el cielo y unas velas que iluminan su cara igual que en los cuadros de aquel tipo de las velas, la encuentra absolutamente hipnótica. Sylvie le sonríe desde el otro lado de la mesa. Dexter decide que será la noche en que le diga que la quiere. Él nunca ha dicho «te quiero», al menos sobrio y con plena intención. Dijo «te quiero… coger», pero eso es diferente. Siente que ha llegado el momento de usar las palabras en su forma más pura. Le absorbe tanto el plan, que por unos instantes no puede concentrarse en la conversación.

—Y tú exactamente ¿a qué te dedicas, Dexter? —pregunta en la otra punta de la mesa la madre de Sylvie, Helen Cope, que es como un pájaro, altiva, de cachemira

beis.

Dexter, sordo a sus palabras, sigue contemplando a Sylvie, que arquea las cejas para avisarle.

—¿Dexter?

—¿Mm?

—Mamá te ha preguntado algo.

—Perdona, estaba en otro planeta.

—Es presentador de televisión —dice Sam, uno de los hermanos gemelos de Sylvie: diecinueve años, con espalda de remero de universidad, y un nazi en ciernes pagado de sí mismo, como su hermano Murray.

—¿Es o era? ¿Aún presentas algo? —se sonríe Murray.

Intercambian sacudidas de flequillo rubio. Deportistas, de piel clara y ojos azules, parecen criados en un laboratorio.

—Mamá no te lo preguntaba a ti, Murray —replica Sylvie.

—Bueno, sigo siendo una especie de presentador —dice Dexter, pensando: ya me las pagarán, cabroncetes.

En Londres ya tuvieron algún encontronazo, Dexter y los Gemelos. Ellos ya han dado a entender con sonrisitas y guiños su mala opinión sobre el nuevo novio de su hermana; creen que ella podría aspirar a más. Los Cope son una familia de Triunfadores, y sólo toleran a Triunfadores. Dexter sólo es un seductor, una vieja gloria, un donjuán de capa caída. La mesa queda en silencio. ¿Había que seguir hablando?

—Perdón, ¿cuál era la pregunta? —dice Dexter, que ha perdido de forma pasajera el hilo, pero está decidido a rendir de nuevo al máximo.

—Quería saber con qué te ganas actualmente la vida —repite con paciencia la señora Cope, dejando claro que es una entrevista de trabajo para el puesto de novio de Sylvie.

—Pues la verdad es que he estado preparando un par de nuevos programas. Estamos esperando a ver qué encargan al final.

—¿Y de qué tratan, esos programas?

—Pues uno es sobre la noche londinense, una especie de guía del ocio de la capital, y el otro es de deportes. Deportes de riesgo.

—¿Deportes de riesgo? ¿Qué son «deportes de riesgo»?

—Mmm… Pues *mountain bike, snowboard, skateboard…*

—¿Y tú haces algún «deporte de riesgo»? —se sonríe Murray.

—Practico un poco el *skateboard* —dice Dexter a la defensiva, fijándose en que al otro lado de la mesa Sam se ha metido la servilleta en la boca.

—¿Puede que te hayamos visto por la BBC? —dice Lionel, el padre, guapo, entrado en carnes, satisfecho de sí mismo, y por raro que parezca, todavía rubio a sus casi sesenta años.

—Lo dudo. Se transmite todo bastante tarde, si queréis que os diga la verdad.

«Se transmite bastante tarde, si quieren que les diga la verdad». «Practico un poco el *skateboard*». Pero bueno, ¿a qué suenas?, se pregunta Dexter. Por alguna razón, cuando está con la familia Cope actúa como en una obra de teatro de época. A fe que transmítese bastante tarde. De todos modos, si es lo que hay que hacer…

El siguiente en intervenir es Murray, el otro gemelo (¿o será Sam?), con la boca llena de ensalada.

—Nosotros veíamos aquel programa nocturno donde salías tú, *marcha loca*: palabrotas sin ton ni son, y tipas bailando en jaulas. ¿Te acuerdas de que no te gustaba que lo viéramos, mamá?

—¡Dios mío! ¿Aquello? —La señora Cope, Helen, frunce el ceño—. Sí me acuerdo, vagamente.

—No lo podías aguantar —le dice Murray, o Sam.

—Siempre gritabas: ¡apáguenlo! —dice el otro—. ¡Apáguenlo, que les estropeará el cerebro!

—¡Qué gracia! Mi madre decía exactamente lo mismo —dice Dexter, pero nadie parece escuchar su comentario.

Toma la botella de vino.

—O sea, que eras tú… —dice Lionel, el padre de Sylvie, levantando las cejas como si el caballero sentado a su mesa hubiera resultado ser alguien de bastante baja estofa.

—Bueno, sí, pero no era todo así. Yo sólo me ocupaba de los grupos y las estrellas de cine.

Tiene miedo de sonar pretencioso, con lo de los grupos y las estrellas de cine, pero, tranquilos, que aquí están los gemelos, para no dejarle levantar cabeza.

—¿Y qué, aún te ves con muchas estrellas de cine? —dice uno de ellos con falsa admiración, el monstruito ario pasado de vueltas.

—La verdad es que no. Ya no. —Dexter decide contestar sinceramente, pero sin nostalgias, y sin compadecerse—. Son cosas que… ya han ido pasando.

—Dexter lo dice por modestia —dice Sylvie—. Recibe ofertas constantemente. Lo que pasa es que es muy selectivo para salir en pantalla. Lo que de verdad quiere hacer es producir. ¡Tiene su propia productora! —dice, orgullosa.

Sus padres asienten, satisfechos. Un empresario, un hombre de negocios… Eso ya está mejor.

Dexter también sonríe, aunque lo cierto es que la vida, últimamente, se ha vuelto mucho más tranquila. Mayhem TV aún no ha conseguido ni un solo encargo, ni se ha reunido con ningún cliente, y de momento sólo existe en forma de papel caro con membrete. Aaron, su agente, ya no quiere representarlo. No hay voces en *off* ni promociones; y estrenos, bastantes menos. Ya no es la voz de la sidra de lujo; lo han expulsado discretamente de la escuela de póquer, y hasta ha dejado de llamarle el de las congas de Jamiroquai. Pese a todo, pese a su bajón profesional, ahora está muy contento, porque se ha enamorado de Sylvie, la hermosa Sylvie, y ahora tienen sus

minivacaciones.

Muchos fines de semana empiezan y terminan en el aeropuerto de Stansted, de donde salen hacia Génova, o Bucarest, o Roma, o Reikiavik: viajes que Sylvie planea con la precisión de un ejército invasor. Pareja de guapos urbanitas europeos, se alojan en hoteles exclusivos y andan, compran, compran, andan, beben tazas minúsculas de café solo a pie de calle y, al final del día, se encierran en su dormitorio gris oscuro, de un minimalismo chic, con tina a ras de suelo y una sola y larga caña de bambú en un florero alto y estrecho.

Cuando no exploran tiendecitas independientes en alguna gran ciudad europea, pasan el tiempo en West London con los amigos de ella: chicas menudas, guapas y severas, y sus novios de mejilla sonrosada y culo gordo, todos los cuales, al igual que Sylvie, trabajan en marketing, o en publicidad, o en la City. La verdad es que estos supernovios hiperseguros de sí mismos no acaban de ser del tipo de Dexter. Le hacen pensar en los prefectos y delegados que conoció en el colegio; desagradables no es que sean, pero tampoco muy interesantes. Da lo mismo. Lo interesante no da para ganarse la vida, y este estilo menos caótico y más ordenado tiene sus ventajas.

En el fondo, la serenidad no cuadra con la borrachera; por eso, a excepción de alguna copa de champán o vino a la hora de la cena, Sylvie no bebe alcohol. Tampoco fuma, ni se droga, ni come carne roja, ni pan, ni azúcar refinada, ni papas. Y algo más importante: no le interesa Dexter borracho. Sus habilidades como afamado mixólogo no le dicen nada. La ebriedad la incomoda, le parece degradante y, más de una vez, al final de la velada, él se ha encontrado solo por culpa del tercer martini. Le han dado a elegir, aunque sin formularlo explícitamente: o te quitas de todo y pones orden en tu vida, o me pierdes. Últimamente, en consecuencia, hay menos resacas, menos hemorragias nasales y menos mañanas retorciéndose de asco y de vergüenza. Ya no se acuesta con una botella de vino tinto por si le entra sed durante la noche, lo cual se agradece. Se siente un hombre nuevo.

Pero lo más increíble de Sylvie es que le gusta mucho más que él a ella. Le gusta que sea tan directa, que tenga tanto aplomo y esté tan segura de sí misma. Le gustan su ambición, feroz y sin complejos, y sus gustos, caros e inmaculados. Le gusta su aspecto, por supuesto, y lo buena pareja que hacen, pero también le gusta su falta de sentimentalismo; es dura, luminosa y deseable como un diamante, y por primera vez en su vida, le toca a él engastarlo. Al salir con ella por primera vez —un restaurante francés de Chelsea, ruinosamente caro—, Dexter le preguntó en voz alta si estaba disfrutando. Ella dijo que muchísimo, pero que no le gustaba reírse en compañía porque no le gustaba la cara que ponía al reír. Y aunque Dexter se quedó un poco espeluznado, por otra parte le admiró su dedicación.

Esta visita, la primera a casa de sus padres, forma parte de un fin de semana largo, una parada en Chichester antes de seguir por la M3 hasta una casa de alquiler en Cornualles, donde Sylvie le enseñará a hacer surf. Está claro que Dexter no debería tomarse tanto tiempo libre, sino trabajar, o buscar trabajo, pero la perspectiva de ver a

Sylvie seria y con las mejillas sonrosadas, con traje de baño y el pelo recogido, es casi irresistible. La mira, para saber si lo está haciendo bien, y ella sonríe a la luz de las velas para tranquilizarlo. De momento todo bien. Dexter se sirve la última copa de vino. No le conviene beber demasiado. Con esta gente hay que estar lúcido.

Después del postre (un sorbete hecho con fresas propias, elogiado hasta el exceso por Dexter), ayuda a Sylvie a llevar los platos dentro de la casa, una mansión de ladrillo rojo que parece una casa de muñecas de las caras. Están en la cocina, victoriana y campestre, llenando el lavavajillas.

—Con tus hermanos nunca sé quién es quién.

—Una buena manera de acordarse es que Sam es odioso y Murray, vil.

—Me parece que no les caigo muy bien.

—Ellos sólo se caen bien a sí mismos.

—Creo que les parezco un poco ostentoso.

Sylvie le toma la mano por encima de la cesta para los cubiertos.

—¿Tiene alguna importancia lo que piense de ti mi familia?

—Depende. ¿A ti te importa lo que piense de mí tu familia?

—Supongo que un poco.

—Pues entonces a mí también —dice Dexter con gran sinceridad.

Sylvie para de llenar el lavavajillas y lo mira atentamente. De la misma manera que no es muy aficionada a las risas en público, a Sylvie no le gustan las manifestaciones de cariño espectaculares, con abrazos y arrumacos. Con ella, el sexo es como un partido de *squash* especialmente duro, que lo deja dolorido, y con la sensación general de haber perdido. El contacto físico es escaso, y cuando lo hay, tiende a surgir sin previo aviso, de manera brusca y rápida. De repente Sylvie le pone una mano en la nuca y lo besa con fuerza, a la vez que le toma la otra mano y se la mete entre las piernas. Él la mira a los ojos, muy abiertos, concentrados, y ajusta sus facciones para expresar deseo, no incomodidad por que se le clave la puerta del lavavajillas en las espinillas. Oye entrar a la familia en formación, y las groseras voces de los gemelos en el recibidor. Intenta apartarse, pero tiene el labio inferior fuertemente sujeto entre los dientes de Sylvie, que se lo estira de manera cómica, como en los dibujos animados de la Warner Brothers. Gime. Ella se ríe. Después le suelta el labio, que vuelve de golpe a su sitio, como una cortina enrollable.

—No puedo esperar a que nos vayamos a la cama —musita, mientras Dexter se pasa el dorso de la mano por la boca para ver si hay sangre.

—¿Y si nos oye tu familia?

—Me da igual. Ya soy mayor.

Dexter se plantea decírselo ahora, que la quiere.

—Pero Dexter, por Dios, las ollas no se meten directamente en el lavavajillas, primero hay que enjuagarlas.

Sylvie se va al salón, y Dexter se queda enjuagando los cacharros.

No es hombre que se deje intimidar por cualquiera, pero esta familia tiene algo,

una autosuficiencia, un estar pagados de sí mismos, que le hace sentirse a la defensiva. Cuestión de clase no es, eso seguro; él viene de un entorno igual de privilegiado, aunque mucho más liberal y bohemio que los Cope, conservadores del ala dura. Lo que le pone nervioso es la obligación de demostrar que es un triunfador. Los Cope son de los que se levantan temprano, salen a caminar por la montaña y nadan en los lagos; sanos, robustos, superiores. Él está decidido a no dejarse apabullar.

Cuando entra en el salón, se giran a plantarle cara las potencias del Eje, y se hace un rápido silencio, como si hubieran estado hablando de él. Dexter sonríe con aplomo y se deja caer en uno de los sofás bajos con estampado de flores. Tal como está decorado el salón, se respira un ambiente de hotel rural, incluido el abanico de *Country Life*, *Private Eye* y *The Economist* en la mesita de centro. Hay un silencio pasajero. Se oye el tictac de un reloj. Justo cuando Dexter va a agarrar *The Lady*…

—Ya sé: vamos a jugar a *¿Estás aquí, Moriarty?* —dice Murray, recibiendo la aquiescencia de toda la familia, incluida Sylvie.

—¿Qué es? —pregunta Dexter.

Todos los Cope menean la cabeza al unísono por la ignorancia del intruso.

—¡Es un juego de salón fantástico, fantástico! —dice Helen, más animada que en toda la tarde—. ¡Lo jugamos desde hace años! —Mientras tanto, Sam ya está enrollando el *Daily Telegraph* para obtener un bastón largo y rígido—. Le vendas los ojos a uno de los jugadores, le das un periódico enrollado y le pones de rodillas delante de otro…

—… Que también tiene los ojos vendados —sigue Murray, a la vez que rebusca en los cajones del escritorio antiguo en busca de un rollo de cinta adhesiva—. El del periódico enrollado dice: «¿Estás aquí, Moriarty?».

Le tira la cinta a Sam.

—El otro se tiene que retorcer para esquivarlo, y luego contesta ¡sí!, o ¡aquí! —Sam empieza a formar una porra muy dura con el periódico—. Fijándose en la procedencia de la voz, el primer jugador tiene que darle un golpe con el periódico enrollado.

—Tienes tres intentos. Si fallas los tres, tienes que esperar a que te dé el siguiente jugador —dice Sylvie, eufórica ante la perspectiva de un juego victoriano de salón—; en cambio, si aciertas, puedes elegir al siguiente jugador. Al menos nosotros jugamos así.

—Bueno, a ver… —dice Murray, golpeándose la palma de la mano con la cachiporra de papel—. ¿A quién le gusta hacer deportes de riesgo?

Se decide que Sam se enfrentará con Dexter, el intruso, y que (¡sorpresa!) la porra la tendrá Sam. El campo de batalla es una alfombra grande y descolorida, en el centro del salón. Sylvie conduce a Dexter hasta su posición, y se pone detrás para taparle los ojos con una servilleta grande y blanca: una princesa otorgando su favor a su fiel caballero. Lo último que ve Dexter es a Sam de rodillas, enfrente, sonriendo por

debajo de la venda y dándose golpes en la mano con la porra. De pronto, el deseo de ganar, y de demostrarle a la familia lo que vale, es más fuerte que él.

—Enséñales cómo se hace —le susurra Sylvie, calentándole la oreja con su aliento.

Dexter se acuerda del momento en la cocina, de su mano entre las piernas de ella. Sylvie lo agarra por el codo y le ayuda a arrodillarse. Los adversarios quedan frente a frente, en silencio, como gladiadores en la arena de la alfombra persa.

—¡Que empiecen los juegos! —dice Lionel, como un emperador.

—¿Estás aquí, Moriarty? —dice Sam, y se le escapa la risa.

—Aquí —dice Dexter.

Luego, como quien baila el limbo, se inclina hábilmente hacia atrás.

Recibe el primer golpe justo debajo del ojo, con un chasquido de lo más satisfactorio que reverbera por la sala. «¡Oooh!», «¡Aaah!», dicen los Cope, riéndose de su dolor.

—Eso debe doler mucho —es el exasperante comentario de Murray.

Dexter siente una honda punzada de humillación, mientras se ríe afablemente, con una risa campechana de «felicidades».

—¡Me diste! —Reconoce, frotándose la mejilla; pero Sam ha olido sangre, y ya está preguntando:

—¿Estás aquí, Moriarty?

—S…

Dexter recibe el segundo golpe en una nalga, antes de poder moverse. Le hace perder el equilibrio y tambalearse de lado. Otra vez risas de la familia, y un «¡bien!» en voz baja de Sam.

—Muy buena, Sammy —dice la madre, orgullosa de su hijo.

De pronto a Dexter le entra un odio profundo a esta mierda de juego, a esta tontería que parece una especie de estrambótico rito familiar de humillación.

—Dos de dos —se ríe Murray—. Muy bien, hermano.

… Y cállate, enano, piensa Dexter, que está que echa chispas, porque si hay algo que odia es que se rían de él, especialmente éstos, que obviamente lo consideran un fracasado, uno que no vale para nada, y que no está a la altura de ser el novio de su adorada Sylvie.

—Creo que ya le agarré el truco —se ríe, aferrándose al sentido del humor al mismo tiempo que arde en ganas de emprenderla a puñetazos con la cara de Sammy…

—Preparados para la lucha… —dice Murray, con la misma voz.

… O una sartén, una sartén de hierro colado…

—Allá va; me parece a mí que serán tres de tres…

… Un martillo de bola, o un mazo…

—¿Estás aquí, Moriarty? —dice Sam.

—¡Aquí! —dice Dexter, y se retuerce por la cintura como un ninja, agachándose

hacia la derecha.

El tercer golpe es un insolente pinchazo en el hombro con la punta roma, que hace chocar de espaldas a Dexter con la mesa de centro. Es un pinchazo tan impertinente y preciso, que está seguro de que Sam hace trampas, pero al arrancarse la venda lo que encuentra es el rostro risueño de Sylvie; risueño, sí, aunque la desfigure.

—¡A eso lo llamo yo un golpe! —Berrea el idiota de Murray.

Dexter se levanta como puede, haciendo una mueca de alegría. Se oyen aplausos condescendientes.

—¡Biennnnnn! —Exulta Sam, enseñando los dientes y crispando su cara sonrosada, a la vez que se lleva los dos puños hacia el pecho, lentamente, en señal de victoria.

—¡La próxima vez te saldrá mejor! —Ganguea Helen, la pérfida emperatriz romana.

—Ya le encontrarás el truco —gruñe Lionel.

Dexter, rabioso, se da cuenta de que los gemelos se han puesto el pulgar y el índice en la frente, dibujando la ele de *loser*, fracasado.

—Bueno, yo todavía estoy orgullosa de ti —dice Sylvie con un mohín, alborotándole el pelo y acariciándole la rodilla, mientras él se hunde a su lado en el sofá.

¿No debería estar de su parte? Dexter piensa que en lo que a lealtad respecta, sigue formando parte de ellos.

Continúa el torneo. Murray gana a Sam, y Lionel, a Murray, y luego a Lionel le gana Helen, y es todo muy simpático y jovial, con suaves toquecitos de periódico enrollado, mucho más simpático que cuando era Dexter el que recibía cachiporrazos en la cara, y tenía la sensación de que le daban con un trozo de andamio. Observa desde las profundidades del sofá, con mala cara, y parte de su venganza empieza a vaciar discretamente una botella del magnífico Burdeos de Lionel. Son cosas que en otra época sabía hacer. Si volviera a tener veintitrés años, se sentiría seguro de sí mismo, suelto, encantador, pero sin saber cómo ha perdido el don, y su estado de ánimo empeora cuanto más se vacía la botella.

Luego Helen gana a Murray, y Sam, a Helen, y le toca a Sam intentar darle a su hermana. Al menos ahora es motivo de cierto placer y orgullo ver lo bien que se le da el juego a Sylvie, que esquiva sin esfuerzo las desesperadas estocadas de su hermano pequeño, retorciéndose y doblándose por la cintura, flexible y atlética, su chica dorada. Dexter mira sonriendo desde las profundidades del sofá; y justo cuando se creía que le habían olvidado…

—¡Vamos, te toca!

Sylvie le está tendiendo la porra.

—¡Pero si acabas de ganar!

—Ya lo sé, pero aún no has tenido la oportunidad de pegar, pobre —dice ella, con

un mohín—. Ven, inténtalo. ¡Contra mí!

A todos los Cope les encanta la idea; se oye una especie de rumor pagano de entusiasmo, extrañamente, vagamente sexual. Es evidente que no hay escapatoria. Está en juego su honor, el honor de los Mayhew. Solemnemente, deja la copa, se levanta y agarra la porra.

—¿Estás segura? —pregunta, arrodillándose en la alfombra a un brazo de distancia—. Te advierto que se me da bastante bien el tenis.

—Muy segura, sí —dice ella con una sonrisa provocativa, sacudiendo las manos como los gimnastas en el momento en que le vendan los ojos.

—Y creo que esto también se me podría dar bastante bien.

A sus espaldas, Sam le aprieta la venda como un torniquete.

—Ya veremos, ¿no?

Cae el silencio en la arena.

—Bueno, ¿estás preparada? —dice Dexter.

—Sí, sí.

Agarra fuertemente la porra con ambas manos, con los brazos al nivel de los hombros.

—¿Estás segura?

—Cuando tú quie…

Una imagen parpadea en el cerebro de Dexter (la de un jugador de béisbol sobre el montículo) en el momento en que su bate corta el aire en diagonal, con una fuerza tremenda que lo hace silbar. Desde detrás de la venda, el impacto le da una sensación fantástica, propagando un temblor por los brazos y el pecho. Sigue un momento de silencio impresionado. Durante unos instantes, Dexter tiene la seguridad de haberlo hecho muy muy bien. Luego oye un choque, y un grito de espanto se eleva al unísono de toda la familia.

—¡SYLVIE!

—¡Ay, Dios mío!

—Cariño, cielo, ¿estás bien?

Al arrancarse la venda, ve que por alguna razón Sylvie se ha visto transportada a la otra punta del salón, y está tirada en la chimenea, como una marioneta con los hilos cortados. Parpadea, con los ojos muy abiertos, y aunque se aplique una mano a la cara, ya se ve el reguero de sangre oscura que corre por debajo de su nariz. Gime en voz baja.

—¡Dios mío! ¡Cuánto lo siento! —exclama él, horrorizado.

Se lanza inmediatamente hacia ella, pero la familia ya ha formado un corro.

—Pero Dexter, por amor de Dios, ¿en qué carajo estabas pensando? —brama Lionel, con la cara roja, irguiéndose en toda su estatura.

—¡NI SIQUIERA LE HAS PREGUNTADO SI ESTABA AQUÍ, MORIARTY! —chilla su madre.

—¿No? Lo siento…

—¡No, le has dado un golpe a lo bestia!

—Como un loco…

—Perdón. Perdón, no me acordé. Estaba…

—¡… Borracho! —dice Sam. La acusación queda en el aire—. Tú estás borracho. ¡Estás ebrio!

Se giran todos, fulminándole con la mirada.

—De verdad que ha sido un accidente. Es que te di en la cara en un ángulo raro.

Sylvie estira a Helen de la manga.

—¿Qué pinta tiene? —pregunta, llorosa, mientras se aparta discretamente la mano ahuecada de la nariz.

Parece que se la haya llenado de sorbete de frambuesa.

—No demasiado mal, en serio —dice Helen sin aliento, tapándose la boca de espanto.

A Sylvie se le crispa aún más la cara, hasta llorar.

—¡A ver, a ver! ¡El baño! —gimotea.

La familia la ayuda a levantarse.

—Ha sido un estúpido accidente… —Sylvie pasa corriendo del brazo de su madre, mirando fijamente hacia delante—. ¿Quieres que te acompañe? ¿Sylvie? ¿Sylv?

No hay respuesta. Dexter la mira, abatido, mientras su madre la lleva hasta el recibidor, y la ayuda a subir por la escalera para ir al baño.

Oye apagarse los pasos.

Se han quedado solos, Dexter y los Cope varones: una escena primitiva de miradas asesinas que no cesan. Dexter nota que su mano se cierra instintivamente alrededor de su arma, el *Daily Telegraph* de hoy muy enrollado, y dice lo único que se le ocurre:

—Caraj…

—¿Qué, crees que he dado buena impresión?

Dexter y Sylvie están acostados en la cama doble del cuarto de invitados, grande y mullida. Sylvie voltea a mirarle, sin mover la cara, salvo una palpitación acusadora en su nariz, pequeña y bien formada. Aspira por ella, sin decir nada.

—¿Quieres que vuelva a pedirte perdón?

—Dexter, no pasa nada.

—¿Me perdonas?

—Te perdono —replica.

—¿Y tú crees que les parezco bien, que no me consideran una especie de psicópata violento, ni nada por el estilo?

—Creo que les pareces maravilloso. ¿Qué tal si lo olvidamos?

Se pone de lado, dándole la espalda, y apaga su lámpara.

Pasa un momento. Como un colegial avergonzado, Dexter tiene la impresión de

que no dormirá si no recibe algo más de consuelo.

—Perdona por… cagarla —dice, apenado—. ¡Otra vez!

Sylvie vuelve a girarse y le pone una mano en la cara, cariñosamente.

—No digas tonterías. Lo hiciste todo bien hasta que me pegaste. Les has gustado mucho mucho, en serio.

—¿Y a ti? —dice él, sin darse por satisfecho.

Sylvie suspira, y sonríe.

—A mí también me gustas.

—Entonces ¿hay alguna posibilidad de un beso?

—No puedo. Me pondría a sangrar. Te compensaré mañana.

Vuelve a voltearse. Dándose por satisfecho, Dexter se hunde más en la cama, con las manos detrás de la cabeza. Es una cama enorme, suave, con olor a sábanas recién lavadas, y las ventanas dan a la quietud de una noche de verano. Han quitado la colcha y las mantas. Sólo les cubre una sábana de algodón blanca, que permite apreciar la prodigiosa línea de las piernas y las estrechas caderas de Sylvie, y la curva de su espalda, larga y tersa. El potencial sexual de la noche se ha evaporado en el momento del impacto y con la posibilidad de conmoción. Aun así, se gira hacia ella y mete una mano por debajo de la sábana para apoyársela en el muslo. La piel es tibia, suave.

—Mañana habrá que conducir mucho —masculla ella—. Vamos a dormir.

Dexter le mira la cabeza por detrás, cómo se aparta de la nuca el pelo largo y fino, revelando debajo remolinos más oscuros. Piensa que es tan bonito que daría para una buena foto. Título: «Texturas». Se pregunta si aún hay alguna posibilidad de decirle que la quiere, o siendo menos rotundo, que «me parece que puedo haberme enamorado de ti», a la vez más conmovedor y menos comprometedor; pero está claro que no es el momento, y menos con la bola de papel ensangrentado en la mesita de noche de Sylvie.

De todos modos, tiene la sensación de que algo debería decir. Inspirado, le da un beso en el hombro y susurra:

—Bueno, ya sabes lo que dicen. —Hace una pausa teatral—. ¡Quien bien te quiere te hará llorar!

Le parece como muy ingenioso, como muy adorable. Deja pasar un rato de silencio, arqueando las cejas con expectación, en espera de que se entienda lo que implican sus palabras.

—Vamos a descansar un poco, ¿de acuerdo?

Derrotado, se acuesta y escucha el suave zumbido de la A259. Justo en ese momento, en algún sitio de la casa, los padres de Sylvie lo están haciendo pedazos. Le horroriza darse cuenta de que bruscamente tiene ganas de reír. Primero es una risita, que se convierte en una risa franca. Intenta no hacer ruido mientras empieza a temblar todo su cuerpo, sacudiendo el colchón.

—¿Te estás riendo? —murmura Sylvie en su almohada.

—¡No! —dice Dexter, tensando la cara para disimular, pero ahora la risa es en oleadas.

Nota que se le empieza a formar en el estómago otro ataque de histeria. Hay un punto del futuro en el que hasta el peor desastre se empieza a remansar en una anécdota, y Dexter se da cuenta de que esto tiene potencial para contarlo. Es el tipo de cosa que le gustaría explicar a Emma Morley. Sin embargo, no sabe dónde está Emma Morley, ni qué hace; ya hace más de dos años que no la ve.

Pues nada, tendrá que memorizar la anécdota. Y contársela otro día.

Se empieza a reír otra vez.

Capítulo 13

La tercera ola

JUEVES 15 DE JULIO DE 1999

Somerset

Ya han empezado a llegar. Un alud incesante de sobres lujosamente acolchados que hacen ruido al chocar con el tapete de la entrada. Las invitaciones de boda.

No ha sido la primera ola de bodas. Hasta hubo algunos de su edad que se casaron en la universidad, pero eran bodas conscientemente excéntricas y festivaleras, parodias teatrales, como las «cenas de gala» de estudiantes a las que se iba de etiqueta para comer pasta gratinada con atún. Los banquetes de estudiantes eran picnics en el parque más cercano, con trajes de Oxfam y vestidos largos de segunda mano, y luego al pub. En las fotos de boda se veía a los novios brindando a la cámara con cervezas, y un cigarro colgando del labio pintado de la recién casada. Los regalos de boda eran modestos: una recopilación especialmente buena en casete, un fotomontaje con marco de clip, una caja de velas… Casarse en la universidad era un número gracioso, un acto benévolo de rebelión, como el minúsculo tatuaje que no ve nadie, o raparse la cabeza para alguna ONG.

La segunda ola, las bodas sobre los veinticinco, aún conservaba un poco de ese aspecto burlón y artesanal. Los banquetes se hacían en centros sociales y jardines familiares, las fórmulas matrimoniales eran de confección propia, rigurosamente laicas, y parecía que siempre hubiera alguien leyendo aquel poema de E. E. Cummings sobre lo pequeñas que son las manos de la lluvia. Sin embargo, ya aparecían insidiosamente tintes fríos y duros de profesionalismo. Ya empezaba a vérsele el cobre a la idea de la «lista de bodas».

En algún punto del futuro se espera una cuarta ola: las Segundas Bodas. Historias agridulces, con un toque de disculpa, que a las nueve y media ya se han acabado por los niños. «No será nada del otro mundo —dirán—, sólo una excusa para hacer una fiesta». De momento, sin embargo, este año es el de la tercera ola, y esta tercera ola está resultando ser la más potente y espectacular, la más devastadora. Son bodas de gente de entre treinta y treinta y cinco, y ya no se ríe nadie.

La tercera ola es imparable. Parece que no pasa una semana sin que llegue un nuevo sobre de suntuoso color crema, que encierra una complicada invitación —todo un triunfo de la técnica papelera— y un completo dosier de números de teléfono, direcciones de correo electrónico, páginas web, cómo llegar, qué ponerse y dónde comprar los regalos. Se reservan en bloque hoteles rurales, se escalfan grandes

bancos de salmones y de la noche a la mañana aparecen grandes carpas como ciudades beduinas de tiendas. Se alquilan sedosos chaqués grises y sombreros de copa, y se visten con cara de absoluta seriedad. Es una época dorada, embriagadora, para las floristerías y las empresas de *catering*, los cuartetos de cuerda, los directores de *ceilidh*[4], los escultores de hielo y los fabricantes de cámaras desechables. Los buenos grupos de versiones de la Motown acaban exhaustos. Vuelven a estar de moda las iglesias, y lo último es que la feliz pareja cubra el breve tramo entre el lugar del culto y el banquete en un autobús londinense con el piso de arriba descubierto, o en un globo aerostático, o a lomos de dos corceles blancos conjuntados, o en un ultraligero. Para que salga bien una boda se precisan reservas enormes de amor, entrega y tiempo libre, también (o sobre todo) por parte de los invitados. El confeti sale a ocho libras por caja. Las bolsas de arroz de la tienda de la esquina ya no engañan a nadie.

El señor Anthony Killick y su esposa invitan a Emma Morley y acompañante al enlace entre su hija, Tilly Killick, y Malcolm Tidewell.

En el área de servicio, dentro de su coche nuevo —el primero, un Fiat Panda de cuarta mano—, Emma contempló la invitación con la certeza absoluta de que habría hombres con puros, y algún inglés con *kilt*.

Emma Morley y acompañante.

Su atlas de carreteras era una edición antigua, donde faltaban varias conurbaciones importantes. Lo giró ciento ochenta grados, y luego noventa en sentido contrario, pero era como intentar orientarse con una edición del Domesday Book[5]. Lo tiró al asiento de al lado, donde debería haber estado su acompañante imaginario.

Como conductora, Emma era un espanto, una mezcla de despiste y petrificación. Durante los primeros ochenta kilómetros había conducido distraídamente con anteojos y lentes de contacto a la vez, con el resultado de que el resto de los coches surgían amenazadores de la nada como naves espaciales de otro planeta. Necesitaba parar a descansar con frecuencia para estabilizar su presión arterial y secarse el sudor del labio de arriba. Agarró la bolsa y se miró al espejo para verse el maquillaje, intentando sorprenderse a sí misma para evaluar el efecto. El lápiz labial era más rojo y sensual de lo que se sentía capaz de llevar, y ahora el poco rubor que se había puesto en las mejillas le parecía absurdo y estridente, como de comedia de la Restauración. ¿Por qué —se preguntó— siempre parezco una niña probándose el maquillaje de su madre? También había cometido el error elemental de cortarse el pelo el día antes (bueno, de «arreglárselo»), y aún formaba por sí solo una cuidada composición de capas y ondas, lo que su madre habría llamado un «peinado».

La frustración le hizo estirarse bruscamente el borde del vestido, una cosa chinesca de seda azul intenso, o sucedáneo de seda, con el que parecía la mesera

rechoncha y antipática del chino a domicilio Dragón de Oro. Al sentarse se abolsaba y se le jalaba, y la combinación de algo de la «seda» con los nervios de la autopista le estaba haciendo sudar. El aire acondicionado del coche tenía dos posiciones, túnel de viento y sauna, y los últimos restos de elegancia se habían evaporado en algún punto de las afueras de Maidenhead, sustituidos por dos oscuros semicírculos de sudor debajo de los brazos. Levantando los codos hacia la cabeza, se miró las manchas, y se planteó volver a casa para cambiarse. O simplemente volver. Quedarse en casa y trabajar en el libro. A fin de cuentas, tampoco se podía decir que ella y Tilly Killick mantuvieran una gran amistad. La sombra de los días negros de cuando Tilly era su casera en el minúsculo departamento de Clapton era muy larga, y en el fondo no habían acabado de zanjar la riña por la no devolución de la fianza. Un poco difícil, felicitar a los recién casados cuando la novia aún te debe quinientos billetes.

Por otro lado, habría viejas amistades: Sarah C., Carol, Sita, las gemelas Watson, Bob, Mari la Pelos, Stephanie Shaw, de su editorial, Callum O'Neill, el magnate de los bocadillos… Estaría Dexter. Dexter y su novia.

Y fue en ese momento exacto, mientras Emma, preguntándose qué hacer, orientaba las axilas hacia las salidas del aire acondicionado, cuando pasó Dexter sin ser visto en su Mazda deportivo, con Sylvie Cope al lado.

—¿Y quién asistirá? —preguntó Sylvie, bajando la música: Travis, elegido por ella, para variar; la música no le gustaba especialmente, pero con Travis hacía una excepción.

—Pues nada, mucha gente de la universidad. Paul, Sam, Steve O'D, Peter y Sarah, las Watson… Y Callum.

—Callum. Qué bien. Es simpático.

—… Mari la Pelos, Bob… ¡Caray! Gente que no he visto en años. Mi vieja amiga Emma.

—¿Otra ex?

—No, no es ninguna ex…

—Un ligue.

—Tampoco. Una amiga de hace mucho mucho tiempo.

—¿Profesora de lengua?

—Antes era profesora, y ahora escritora. Hablaste con ella en la boda de Bob y Mari, ¿te acuerdas? En Cheshire.

—No mucho. Bastante atractiva.

—Supongo. —Dexter se encogió mucho de hombros—. Estuvimos un tiempo distanciados. ¿Te acuerdas de que te lo conté?

—Los confundo. —Sylvie se giró hacia la ventanilla—. Pero ¿estuvieron liados o no?

—No, no estuvimos liados.

—¿Y la novia?

—¿Tilly? ¿Qué le pasa?

—¿Te acostaste alguna vez con la novia?

Diciembre de 1992, aquel horrible departamento en Clapton que siempre olía a cebolla frita. Un masaje de pies que se le había ido de las manos, mientras Emma estaba en Woolworths.

—Pues claro que no. ¿Por quién me tomas?

—Es que parece que cada semana vayamos a una boda con todo un autobús de gente con quien te acostaste…

—No es verdad.

—… Toda una carpa. Como una convención.

—No es verdad, no es verdad…

—Sí es verdad.

—Oye, para mí ahora sólo existes tú.

Conduciendo con una sola mano en el volante, Dexter le puso la otra a Sylvie en la barriga, que seguía plana por debajo del satén tornasolado color durazno de su vestido corto, y luego en el muslo desnudo.

—No me dejes sola hablando con gente que no conozco, ¿de acuerdo? —dijo Sylvie, antes de subir la música.

Ya era media tarde cuando Emma llegó —tarde y exhausta— a la verja de seguridad de la mansión, sin saber si la dejarían entrar. Algún inversionista sagaz había convertido Morton Manor Park, una gran finca de Somerset, en una especie de complejo integral para bodas, dotado de capilla propia, sala de fiestas, laberinto privado, spa y una serie de dormitorios para invitados con regadera de doble entrada, todo ello rodeado por un muro alto rematado con una alambrada de cuchillas: un campamento nupcial. Con caprichos, grutas artificiales, fosos y cenadores, un castillo de verdad y otro inflable; una Disneylandia marital de gama alta, disponible para fines de semana completos a precios astronómicos. Parecía un sitio un poco raro para la boda de un antiguo miembro del Partido Socialista de los Trabajadores. Emma recorrió el gran camino de grava en un estado de perplejidad y desconcierto.

Cuando ya se veía la capilla, se le echó encima un hombre con peluca empolvada y casaca de lacayo, que le hizo señas con sus puños de encaje y se asomó a la ventanilla.

—¿Algún problema? —preguntó ella, a punto de añadir «agente».

—Necesito las llaves, señora.

—¿Las llaves?

—Para estacionar el coche.

—¡Vaya por Dios! ¿En serio? —dijo ella, avergonzada por el musgo que crecía alrededor del caucho de los cristales, y por la cantidad de mapas y planos desencuadernados y botellas de plástico vacías que cubrían el suelo—. Bueno, de acuerdo. No se cierran las puertas. Tiene que usar este desarmador para ajustarlas.

Tampoco hay freno de mano, o sea, que estaciónelo donde no haya desnivel, o arrimado a un árbol, o con la marcha puesta, que será lo más fácil, ¿está bien?

El lacayo tomó las llaves con el pulgar y el índice, como si le hubieran dado un ratón muerto.

Emma había conducido descalza. Descubrió que tenía que dar patadas en el suelo para embutir los pies en los zapatos, como una hermanastra fea. La ceremonia ya había empezado. Ya se oía salir de la capilla los acordes de *La llegada de la reina de Saba*, tocados por cuatro, o tal vez cinco, manos enguantadas. Se acercó por la gravilla, a tropezones, levantando los brazos para evaporar un poco el sudor, como un niño jugando a ser un avión; después, con un último estirón al borde del vestido, cruzó discretamente la gran puerta de roble y se incorporó a la última fila de los fieles, que eran muchos. Ahora cantaba un grupo a capela, chasqueando los dedos como locos al entonar *I'm into Something Good*, mientras que la feliz pareja, con los ojos empañados, se enseñaba los dientes, sonriendo. Emma nunca había visto al novio: pinta de jugador de rugby, guapo, con frac gris claro y la cara roja de afeitarse, le hacía muecas a Tilly con su cara grande, ejecutando diversas variaciones sobre «mi momento más feliz». Emma se fijó en el inusual detalle de que la novia hubiera optado por un modelo de María Antonieta: seda y encaje rosas, falda de aros, todo el pelo en alto y un lunar. Se preguntó si no se habría quedado corta con su titulación en Historia y Francés. En todo caso, se le veía muy contenta, y a él también, muy contento, y todos los asistentes parecían muy pero muy contentos.

Con tanta sucesión de canciones y números, la boda empezaba a parecer la gala anual de la reina. Dexter notó que se estaba desconcentrando. Ahora leía un soneto de Shakespeare la sobrina de Tilly, una niña de cachetes rojos: algo de que el matrimonio de dos almas fieles no admite impedimento. Hizo un esfuerzo por estar atento a la línea argumental del poema, y aplicar su sentimiento romántico a lo que sentía él por Sylvie. Su atención, en seguida, derivó hacia cuántas de las presentes se habían acostado con él; sin regodearse en ello, o no del todo, pero sí con una especie de nostalgia. «A amor no mudan breves horas y semanas…», leía la sobrina de la novia, mientras Dexter lo dejaba en cinco. Cinco ex ligues en una sola y pequeña capilla. ¿Sería algún tipo de récord? ¿Se daban puntos extra por la novia? De Emma Morley, de momento, ni rastro. Con Emma, cinco y medio.

Al fondo de la iglesia, Emma vio cómo Dexter contaba con los dedos, y tuvo curiosidad por saber qué hacía. Llevaba traje negro y corbata fina del mismo color: la manía actual, entre los hombres, de parecer gánsters. De perfil, se le veía un principio de papada, pero seguía estando guapo; absurdamente guapo, de hecho, y mucho menos gris e hinchado que antes de conocer a Sylvie. Desde la pelea, Emma lo había visto tres veces, siempre en bodas, y él, las tres, le había echado los brazos al cuello y le había dado un beso como si todo siguiera igual, diciendo «tenemos que hablar, tenemos que hablar», pero sin llegar a hacerlo, la verdad. Siempre estaba con Sylvie, ocupados los dos en estar guapos. Allá estaba ella, poniéndole una mano en la rodilla

en señal de posesión, con la cabeza y el cuello como alguna especie de flor de tallo largo, girándolos para no perderse nada.

Ahora las promesas. Emma miró justo a tiempo para ver que Sylvie tomaba la mano de Dexter y le apretaba los cinco dedos, como solidarizándose con la feliz pareja. Le susurró algo al oído. Él la miró a la cara, con una gran sonrisa que a Emma le pareció un poco de tonto. Después articuló algo en respuesta, y aunque Emma tuviera poca práctica en leer los labios, consideró que había bastantes posibilidades de que fuera «yo también te quiero». Cohibido, miró a su alrededor, y al encontrarse con la mirada de Emma, sonrió como si le hubieran atrapado haciendo algo prohibido.

Se acabó el cabaret. Sólo quedaba tiempo para una vacilante interpretación de *All You Need is Love*, cuyo compás de siete por cuatro puso en aprietos a los asistentes. Después, los invitados salieron de la iglesia detrás de la feliz pareja, y empezó de verdad la reunión. Entre una multitud de abrazos, gritos y apretones de manos, Dexter y Emma se buscaron, hasta que de pronto allí estaban, el uno frente al otro.

—Vaya —dijo él.

—Vaya.

—¿Yo a ti no te conozco?

—Está claro que me parece familiar tu cara.

—A mí la tuya también, aunque te veo diferente.

—Sí, soy la única mujer de aquí empapada de sudor —dijo Emma, estirándose la tela debajo de los brazos.

—Querrás decir «transpiración».

—No, esto de aquí es sudor. Parece que me hayan sacado de un lago. ¿Seda natural? ¡Y un cuerno!

—Un poco oriental, el tema, ¿no?

—Yo lo llamo mi look Caída de Saigón. Técnicamente, chino. ¡Claro, que el problema de estos vestidos es que a los cuarenta minutos quieres otro! —dijo Emma, con la sensación, a media frase, de que más habría valido no empezarla. ¿Eran imaginaciones suyas, o Dexter había puesto los ojos un poco en blanco?—. Perdona.

—No pasa nada. La verdad es que el vestido me gusta mucho. Gustal mucho, de veldad.

Ahora los ojos en blanco los puso ella.

—¿Lo ves? Ya estamos empatados.

—Lo que quería decir es que estás guapa. —Dexter le estaba mirando la coronilla —. ¿Esto no es…?

—¿Qué?

—¿No es lo que llaman «corte Rachel»?

—Tampoco te pases, Dex —dijo ella, despeinándose inmediatamente con las puntas de los dedos.

Miró hacia donde Tilly y su flamante marido posaban para las fotos, ella con un

abanico, que agitaba coqueta ante la cara.

—Por desgracia, no estaba al corriente de que fuera una fiesta con el tema de la Revolución Francesa.

—¿Lo de María Antonieta? —dijo Dexter—. Bueno, al menos sabemos que habrá *brioche*.

—Parece que en el banquete pusieron un cadalso.

—¿Qué es un cadalso?

Se miraron.

—No has cambiado, ¿eh? —dijo ella.

Dexter levantó un poco de grava con el pie.

—Pues sí, un poco sí.

—Me intrigas.

—Ya te lo contaré después. Mira…

Tilly estaba en el estribo del Rolls-Royce Silver Ghost con el que cubrirían los cien metros hasta el banquete, el ramo entre las manos, como un lanzador de troncos preparándose.

—¿Quieres ir a ver si hay suerte, Em?

—Se me dan mal los deportes —dijo ella, poniéndose las manos en la espalda justo cuando el ramo era lanzado por los aires y recogido por una anciana y quebradiza tía, lo cual pareció enojar un poco a la multitud, como si acabaran de dilapidarse las últimas posibilidades de felicidad futura de alguien.

Emma señaló con la cabeza a la avergonzada tía, de cuya mano colgaba tristemente el ramo.

—Ésa soy yo con cuarenta años más —dijo.

—¿En serio? ¿Cuarenta? —dijo Dexter. Emma le clavó el tacón en la punta del pie. Mirando por encima del hombro de Emma, Dexter vio a Sylvie cerca, buscándolo—. Tengo que irme. La verdad es que Sylvie no conoce a nadie. Tengo órdenes estrictas de no apartarme de ella ni un minuto. ¿Vienes a saludarla?

—Luego. Ahora mejor que vaya a hablar con la feliz novia.

—Pregúntale por la fianza que te debe.

—¿Tú crees? ¿En este día?

—Nos vemos luego. Quizá nos hayan sentado juntos en el banquete.

Cruzó los dedos y los levantó. Ella hizo lo mismo con los suyos.

Las nubes de la mañana se habían abierto, y hacía una tarde preciosa, con nubes altas corriendo por un enorme cielo azul, mientras los invitados seguían en procesión al Silver Ghost hacia el prado, para el champán y los canapés. Fue ahí donde Tilly pegó un grito al ver a Emma. Se abrazaron todo lo que permitía la ancha falda de aros de la novia.

—¡Cuánto me alegro de que hayas podido venir, Emma!

—Yo también, Tilly. Estás fantástica.

Tilly sacudió el abanico.

—¿No te parece demasiado?

—En absoluto. Estás impresionante. —Se le fue otra vez la mirada hacia el falso lunar, que parecía una mosca posada en el labio—. La ceremonia también ha sido muy bonita.

—¡Huuyyy! ¿De verdad? —Era típico de Tilly anteponer a cada frase un compasivo «huy», como si Emma fuera un gatito que se hubiera hecho daño en una patita—. ¿Has llorado?

—Como una huérfana…

—¡Huuyyy! Me alegro tanto, pero tanto, de que hayas podido venir… —Le dio unos golpecitos regios en el hombro con el abanico—. Y estoy impaciente por conocer a tu novio.

—Pues mira, yo también; lástima que no tenga.

—¡Huuyyy! ¿No?

—No, hace tiempo que no.

—¿De verdad? ¿Seguro?

—Creo que me habría dado cuenta, Tilly.

—¡Huuyyy! Cuánto lo siento. ¡Pues búscate uno! ¡¡¡RÁPIDO!!! ¡No, en serio, los novios están muy bien! ¡Y los maridos, mejor! ¡Hay que encontrarte uno! —ordenó —. ¡Esta noche! ¡Esto lo vamos a arreglar! —Emma sintió que verbalmente le daban palmaditas en la cabeza—. Huuyyy. ¿Y qué, ya has visto a Dexter?

—Sí, un momento.

—¿Has conocido a su novia? ¿La de los pelos en la frente? ¿Verdad que es guapa? Muy parecida a Audrey Hepburn. ¿O era Katharine? Nunca me acuerdo de la diferencia.

—Audrey. Decididamente, es una Audrey.

Corría el champán, y por el prado se extendía un sentimiento de nostalgia a medida que se reencontraban viejas amistades, y que las conversaciones pasaban a girar en torno a lo que cobraba cada uno y cuántos kilos había ganado.

—Bocadillos. Son el futuro —decía Callum O'Neill, que últimamente cobraba y pesaba bastante más—. Ingredientes precocinados de calidad, con un enfoque ético. Es la clave, amigo mío. ¡La comida es el nuevo *rock and roll*!

—Yo creía que el nuevo *rock and roll* era el humor.

—Sí, antes, pero ahora el *rock and roll* es la comida. ¡Ponte al día, Dex!

En pocos años, el antiguo compañero de departamento de Dexter había cambiado hasta extremos casi irreconocibles. Próspero, grande y dinámico, había cambiado de sector, aprovechando los beneficios de la venta de su negocio de reciclaje de computadoras para abrir la cadena de bocadillos Natural Stuff. Ahora, con su barba de chivo recortada y su pelo muy corto, era la viva encarnación del empresario joven, con buena imagen y seguro de sí mismo. Al verlo estirar los puños de un espléndido

traje a medida, Dexter se preguntó si realmente podía ser el mismo irlandés flaco que se puso cada día los mismos pantalones durante tres años.

—Todo es orgánico y recién hecho. Hacemos jugos y batidos de frutas al momento, y trabajamos con café de comercio justo. Tenemos cuatro sucursales, que siempre están llenas, siempre, en serio. A las tres ya tenemos que cerrar porque no queda nada de comer. Te digo yo que en este país está cambiando la cultura alimentaria, Dex; la gente quiere más nivel. Ya nadie quiere una lata de Tango y una bolsa de papas. Quieren rollos de hummus, jugo de papaya, cangrejos de río…

—¿Cangrejos de río?

—Con pan de pita y arúgula. En serio: los cangrejos de río son los bocadillos de huevo de nuestra época, y la rúcula es la lechuga iceberg. Los cangrejos de río son fáciles de criar, se reproducen a una velocidad que te dejaría alucinado, y son deliciosos: ¡la langosta del pobre! Oye, deberías venir un día, y hablaríamos del tema.

—De los cangrejos de río.

—Del negocio. Creo que para ti habría muchas oportunidades.

Dexter hurgó en el césped con el tacón.

—¿Me estás ofreciendo trabajo, Callum?

—No, sólo te digo que vengas y…

—Me parece mentira que un amigo me esté ofreciendo trabajo.

—¡… Y que comamos juntos! Pero no cangrejos de río, ni toda esa mierda, ¿eh? En un restaurante de verdad. Invito yo. —Callum le pasó por los hombros un brazo corpulento, y le dijo, bajando la voz—: Últimamente no te he visto mucho por la tele.

—Eso es porque no ves tele por cable o por satélite. Trabajo mucho por cable y por satélite.

—¿Por ejemplo?

—Pues estoy haciendo un nuevo programa que se llama *Sport Xtreme,* Xtreme, con equis. Clips de surf, entrevistas con gente que hace *snowboard*… Cosas así. De todo el mundo.

—O sea, que viajas mucho…

—Yo sólo presento los clips. El estudio está en Morden; o sea, que sí que viajo mucho, pero sólo a Morden.

—Bueno, lo dicho: si te dan ganas alguna vez cambiar de sector… De comida y bebida sabes bastante. También tienes don de gentes, cuando te lo propones. Negocios y gente son la misma cosa. Yo lo único que digo es que me parece que encajarías bien. Eso es todo.

Dexter suspiró por la nariz y miró a su viejo amigo, intentando sentir antipatía.

—Cal, que llevaste cada día los mismos pantalones durante tres años…

—Ya hace tiempo.

—Te pasaste todo un curso comiendo sólo carne molida de lata.

—¿Qué quieres que te diga? ¡La gente cambia! Bueno, ¿qué, qué me dices?

—Bueno, de acuerdo, te dejo que me invites a comer, pero te aviso de que yo de

negocios no sé nada.

—Tranquilo. Al menos así nos ponemos al día. —Le dio un golpecito en el codo, como regañándole un poco—. Tú estuviste una buena temporada sin dar señales de vida.

—¿Sí? Es que estaba ocupado.

—Pero tampoco tanto.

—¡Oye, también podrías haberme llamado tú!

—Yo lo hice; muchas veces, y nunca me devolvías la llamada.

—¿Ah, no? Lo siento. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Me enteré de lo de tu madre. —Callum miró su vaso—. Lo siento. Era encantadora, tu madre.

—No pasa nada. Ya hace mucho tiempo.

Durante un silencio cómodo y afectuoso, miraron a las viejas amistades que hablaban y se reían por el césped, bajo el sol de finales de la tarde. La última novia de Callum estaba cerca: una joven española menuda y muy guapa, bailarina de videos de *hip hop*, que estaba hablando con Sylvie, encorvada para oírla.

—Me gustará volver a hablar con Luisa —dijo Dexter.

—No debería tomarle demasiado cariño. —Callum se encogió de hombros—. Creo que ya no le queda mucho.

—Pues entonces es que hay cosas que no cambian.

Se acercó una mesera guapa, muy pendiente de su cofia, para rellenarles las copas. Los dos le sonrieron de oreja a oreja, y al sorprenderse mutuamente sonriendo, brindaron.

—Once años que ya no vivimos juntos. —Dexter sacudió incrédulamente la cabeza—. Once años. ¿Cómo diablos puede ser?

—Veo a Emma Morley —dijo Callum, sin venir a cuento.

—Ya lo sé.

Al mirarla, vieron que hablaba con Miffy Buchanan, una antigua enemiga jurada. Incluso de tan lejos se dieron cuenta de que Emma apretaba los dientes.

—Me dijeron que se habían peleado, tú y Emma.

—Sí, es verdad.

—Pero ¿ya están bien?

—No estoy seguro. Ya veremos.

—Es muy buena chica, Emma.

—Sí.

—Y está hecha una belleza.

—Sí es verdad, sí.

—¿Tú alguna vez…?

—No. Casi. Un par de veces.

—¿Casi? —Callum resopló—. ¿Eso qué quiere decir?

Dexter cambió de tema.

—Pero tú bien, ¿no?

Callum bebió un poco de champán.

—Mira, Dex, tengo treinta y cuatro años, una novia guapa, casa propia y negocio propio. Trabajo mucho en algo que me gusta, y gano bastante dinero. —Le puso una mano en el hombro—. ¡Y tú… tú tienes un programa de tele nocturno! La vida nos ha tratado bien a todos.

Por orgullo herido, en parte, pero también por un sentimiento renacido de rivalidad, Dexter decidió contárselo.

—Oye, ¿quieres oír algo gracioso?

Emma oyó el grito de Callum O'Neill en la otra punta del prado, y al mirar hacia esa parte lo vio con la cabeza de Dexter entre los brazos, clavándole los nudillos en el cuero cabelludo. Sonrió, antes de volver a concentrarse de lleno en odiar a Miffy Buchanan.

—Oye, me acabo de enterar de que estás sin trabajo —decía Miffy.

—Bueno, yo prefiero verlo como que trabajo por mi cuenta.

—¿De escritora?

—Sólo uno o dos años. Un periodo sabático.

—Pero ¿aún no te han publicado nada?

—Todavía no, aunque sí que me han pagado un pequeño anticipo por…

—Mm —dijo con escepticismo—. Harriet Bowen ya lleva publicadas tres novelas.

—Sí, ya me lo han dicho. Varias veces.

—Y encima tiene tres hijos.

—Pues ya ves.

—¿Tú no has visto a los dos míos?

Cerca había dos niños inmensos, vestidos con un conjunto de tres piezas, restregándose mutuamente canapés en la cara.

—IVÁN, NO MUERDAS.

—Son muy lindos.

—¿Verdad que sí? ¿Y tú, ya tuviste algún hijo? —dijo Miffy, como si se excluyeran entre sí: o novelas, o hijos.

—No…

—¿Sales con alguien?

—No…

—¿Nadie?

—No…

—¿Alguien en perspectiva?

—No…

—Pues se te ve mucho mejor que antes. —Miffy la observó de los pies a la

cabeza, como si se estuviera planteando comprarla en una subasta—. ¡De hecho, aquí eres de los pocos que han perdido peso! ¡Vaya, tampoco es que hayas sido nunca gorda, gorda; sólo tenías grasa adolescente, pero se te ha ido!

Emma notó que se le tensaban los dedos en torno a la copa de champán.

—Ah, pues me alegro de saber que me han servido de algo estos últimos once años.

—Antes también tenías mucho acento del norte, pero ahora hablas como todo el mundo.

—¿Ah, sí? —dijo Emma, horrorizada—. Pues qué pena. No lo perdí adrede.

—Yo, francamente, siempre he pensado que lo exagerabas; que era pose, ya me entiendes.

—¿¿Qué??

—Tu acento. Sabes, ¿no? ¡Mineros unidos, no nos moverán! Me parecía que con los demás siempre hacías un poco bandera de tu acento. ¡En cambio ahora vuelves a hablar normal!

Emma siempre había envidiado a las personas que dicen lo que piensan y tal como lo sienten, al margen de las convenciones. Ella nunca había sido así. No obstante, sintió formarse una palabrota en su labio inferior.

—… Y siempre estabas tan enojada por todo…

—No, Miffy, si todavía me enojo.

—Dios mío, pero si es Dexter Mayhew… —Miffy había pasado a susurrarle al oído, apretándole un hombro con la mano—. ¿Sabes que estuvimos liados?

—Sí, ya me lo habías dicho. Muchas muchas veces.

—Sigue muy guapo. ¿Verdad que sigue muy guapo? —Suspiró como si fuera a desmayarse—. ¿Cómo es que nunca salieron?

—No sé. ¿Por mi acento? ¿Por la grasa adolescente?

—Tan mal no estabas. Oye, ¿has visto a su novia? ¿Verdad que es guapa? ¿Tú no la ves preciosa?

Al girarse para oír la respuesta, le sorprendió ver que Emma ya se había ido.

Los invitados estaban confluyendo hacia la carpa, apiñándose nerviosos frente al plano de las mesas como si hubieran salido las notas de los exámenes. Dexter y Emma coincidieron en la multitud.

—Mesa cinco —dijo Dexter.

—Yo en la veinticuatro —dijo Emma—. La mesa cinco está bastante cerca de la novia. La veinticuatro, cerca de los baños químicos.

—No te lo tomes como algo personal.

—¿Qué hay de plato principal?

—Según los rumores, salmón.

—Salmón. Salmón, salmón, salmón, salmón. En estas bodas como tanto salmón, que me dan ganas de nadar río arriba dos veces al año.

—Ven a la mesa cinco. Cambiaremos las tarjetas.

—¿Modificar la distribución de las mesas? Por menos de eso te fusilan. La guillotina la tienen al fondo.

Dexter se rio.

—Luego hablamos, ¿de acuerdo?

—Ven a buscarme.

—O ven tú a buscarme.

—O vienes tú a buscarme.

—O me buscas tú a mí.

En castigo por algún desaire del pasado, a Emma la habían puesto entre los ancianos tíos neozelandeses del novio, y las expresiones «paisaje muy bonito» y «calidad de vida altísima» alternaron durante sus buenas tres horas. De vez en cuando la distraía una explosión de risas proveniente de la mesa cinco: Dexter, Sylvie, Callum y su novia Luisa, la mesa del *glamour*. Emma se sirvió otra copa de vino, y volvió a preguntar por el paisaje y la calidad de vida. Ballenas. ¿Habían visto ballenas vivas?, preguntó, mirando de reojo y con envidia la mesa cinco.

En la mesa cinco, Dexter miraba de reojo y con envidia la mesa veinticuatro. Sylvie se había inventado un nuevo juego: poner rápidamente la mano sobre la copa de vino de Dexter cada vez que él agarraba la botella, convirtiendo la larga comida en un severo test de reflejos.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? —le susurraba cada vez que él marcaba un punto.

Él le aseguraba que sí, pero el resultado era de cierto aburrimiento, y de envidiar cada vez más la exasperante soltura de Callum. En la mesa veinticuatro, veía conversar a Emma educada y seriamente con una pareja mayor y morena, fijándose en su manera atenta de escuchar, en cómo le había puesto la mano en el brazo a él, y en cómo se reía de sus chistes, cuando no les hacía una foto con la cámara desechable, o se arrimaba para salir con ellos en la foto. Reparó en su vestido azul, de un tipo que diez años antes jamás se habría puesto; también reparó en que el cierre de la espalda se le había bajado casi diez centímetros, y la falda se le había subido hasta la mitad del muslo. Fue el origen de un recuerdo fugaz, pero que conservaba una gran nitidez: Emma en un dormitorio de Edimburgo, en la calle Rankeillor. La luz del alba por las cortinas, una cama individual baja, la falda de Emma subida en la cintura y sus brazos por encima de la cabeza. ¿Qué había cambiado desde entonces? Tampoco tanto. Se le formaban las mismas arrugas en los lados de la boca al reír, aunque las tuviera un poco más marcadas. Seguía teniendo los mismos ojos, brillantes y perspicaces, y se seguía riendo con la boca apretada, como si se guardara algún secreto. En varios aspectos, era mucho más atractiva que a los veintidós años. Para empezar, ya no se cortaba el pelo ella misma, y había perdido algo de su palidez de biblioteca, de su estar siempre irritada, enfurruñada, mirándose los zapatos. Dexter se preguntó qué sentiría si viera su cara por primera vez; si le hubiera tocado en la mesa veinticuatro, y al sentarse se hubiera presentado. Pensó que de todos los que estaban allí, sólo habría tenido ganas de hablar con ella. Agarró la copa y apartó la silla.

Sin embargo, ya se oían golpes de cuchillo en el cristal. Los discursos. Tal como exigía la tradición, el padre de la novia estuvo borracho y rústico, y el padrino, borracho y sin gracia, además de olvidar mencionar a la novia. A cada copa de vino tinto, Emma se sentía con menos fuerzas. Empezó a pensar en la habitación de hotel del edificio principal, el albornoz blanco y limpio y la reproducción de cama con dosel. Seguro que había una de esas regaderas con doble entrada por las que todo el mundo andaba como loco, y un número exagerado de toallas para una sola persona. Justo entonces empezó a prepararse el grupo musical, como si la incitase a tomar una decisión: el bajista tocó el *riff de Another One Bites the Dust*, y Emma resolvió que era el momento de dar por concluida la velada, llevarse su trozo de pastel nupcial en la bolsa especial de terciopelo con cordón, irse a su habitación y dormir durante la boda.

—Perdona, ¿no te conozco de algo?

Una mano en su brazo, y una voz a sus espaldas. Dexter estaba en cuclillas a su lado, con sonrisa de borracho y una botella de champán en la mano.

Emma levantó la copa.

—Supongo que podría ser.

Empezó a tocar el grupo, con un ruido de interferencia, y toda la atención quedó volcada en la pista, donde Malcolm y Tilly daban pasos de baile de los sesenta al compás de su canción especial, *Brown-Eyed Girl*, girando reumáticamente las caderas con los cuatro pulgares en alto.

—Virgen santa. ¿Cuándo hemos empezado a bailar todos como viejos?

—Habla por ti —dijo Dexter, sentado al borde de una silla.

—¿Tú sabes bailar?

—¿No te acuerdas?

Emma sacudió la cabeza.

—No digo en un podio, con silbato y sin camisa; digo bailar de verdad.

—Pues claro que sé. —Dexter le tomó la mano—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Luego, quizá.

Ahora tenían que gritar. Dexter se levantó y la jaló de la mano.

—Vamos a algún sitio. Los dos solos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Parece que hay un laberinto.

—¿Un laberinto? —Transcurrido un momento, Emma se levantó—. ¿Y por qué no me lo habías dicho?

Tomaron dos copas y salieron discretamente de la carpa. Fuera era de noche, y aún hacía calor. Bajo un revoloteo de murciélagos por un aire negro y estival, cruzaron el rosedal del brazo, yendo hacia el laberinto.

—¿Qué, cómo se siente? —preguntó ella—. Que otro hombre te quite a una

antigua novia.

—Tilly Killick no es una antigua novia.

—Ay, Dexter… —Emma sacudió despacio la cabeza—. ¿Cuándo aprenderás?

—No sé de qué hablas.

—Debió de ser… Déjame que piense… Diciembre de 1992, en aquel departamento de Clapton, el que olía a cebolla frita.

Dexter hizo una mueca.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Hombre, cuando salí para Woolworths se estaban dando masajes en los pies con mi mejor aceite de oliva, y cuando volví de Woolworths, ella estaba llorando, y había huellas de aceite de oliva por toda mi mejor alfombra, y por el sofá, y por la mesa de la cocina, y me acuerdo de que también había alguna en la pared. Total, que examiné atentamente las pruebas forenses y llegué a esa conclusión. Ah, también te dejaste tu dispositivo anticonceptivo en la cocina, sobre el bote de la basura, que fue todo un detalle.

—¿De verdad? Lo siento.

—Sin contar con que ella me lo contó.

—¿Ah, sí? —Dexter, traicionado, sacudió la cabeza—. ¡Tenía que ser un secreto entre los dos!

—Ya, pero es que las mujeres hablan de estos temas. No sirve de nada hacer un pacto de silencio, porque tarde o temprano sale a relucir.

—A partir de ahora lo tendré en cuenta.

Ya habían llegado a la entrada del laberinto, hecha de setos muy bien recortados, de no menos de tres metros de altura, con una puerta de madera maciza. Emma puso la mano en el tirador de hierro y se detuvo.

—¿Es buena idea?

—Tampoco puede ser muy difícil.

—¿Y si nos perdemos?

—Nos orientaremos por las estrellas, o por algo. —La puerta chirrió al abrirse—. ¿A la derecha o a la izquierda?

—A la derecha —dijo Emma.

Entraron en el laberinto. Los setos estaban iluminados desde el suelo con luces de colores. El aire olía a verano, un olor denso, embriagador, casi oleoso por las hojas calientes.

—¿Dónde está Sylvie?

—No te preocupes por ella, que está experimentando el efecto Callum: el alma de la fiesta, el irresistible millonario irlandés. Me ha parecido mejor dejarlos solos. Con él ya no puedo competir. Cansa demasiado.

—Pues le va muy bien.

—Es lo que me ha dicho todo el mundo.

—Cangrejos de río, parece.

—Ya lo sé. Acaba de ofrecerme trabajo.

—¿De pastor de cangrejos?

—Aún no lo sé. Quiere hablarme de «oportunidades». Dice que negocios y gente son la misma cosa, lo que eso signifique.

—Pero ¿y *Sport Xtreme*?

—Ah. —Dexter se rio, rascándose con una mano la cabeza—. O sea, que lo has visto.

—No me pierdo ni un programa. Ya me conoces: de madrugada, no hay nada que me guste tanto como ver bicicleta BMX. Mi parte favorita es cuando dices que algo es «radical»…

—Me lo hacen decir.

—«Radical» y «extremo». «Échenle un vistazo a estos movimientos tan extremos…».

—Creo que me sale bien.

—No siempre, colega. ¿A la izquierda o a la derecha?

—Creo que a la izquierda. —Caminaron un poco en silencio, escuchando el ritmo sordo del grupo tocando *Superstition*—. Lo de escribir ¿qué tal?

—Ah, bien, cuando escribo; la mayor parte del tiempo me la paso comiendo galletas.

—Dice Stephanie Shaw que te dieron un anticipo.

—Sí, pero no mucho; lo justo para aguantar hasta Navidad. Luego ya veremos. Probablemente vuelva a dar clases todo el día.

—¿Y de qué se trata? El libro.

—Aún no estoy segura.

—¿No irá de mí?

—Sí, Dexter, es un ladrillo que trata todo sobre ti. Se llama *Dexter Dexter Dexter Dexter Dexter*. ¿A la derecha o a la izquierda?

—Ahora a la izquierda, a ver qué pasa.

—La verdad es que es un libro para niños. Para adolescentes. Los chicos, las relaciones, y todo eso. Trata de una obra de teatro en el colegio, aquel montaje de *Oliver!* que hice hace muchos años. Una comedia.

—Pues te sienta muy bien.

—¿Ah, sí?

—Clarísimamente. Hay gente que mejora de aspecto, y gente que empeora. Tú, decididamente, has mejorado.

—Me dijo Miffy Buchanan que al final se me ha ido la grasa adolescente.

—Envidia que tiene. Estás muy bien.

—Gracias. ¿Quieres que te diga que también has mejorado?

—Si te ves capaz…

—Pues es verdad. ¿Izquierda?

—Izquierda.

—En todo caso, mejor que en tus años de juerga, cuando te destrampabas, o no sé qué. —Caminaron un poco en silencio, hasta que Emma siguió hablando—. Me preocupabas. —¿Sí?

—A todos.

—Sólo era una fase. Son fases que hay que tener, ¿no? Descontrolarse un poco.

—¿Sí? Pues yo no la he tenido. Oye, espero que hayas dejado de llevar aquella boina tan tonta.

—Hace años que no llevo nada en la cabeza.

—Me alegro. Ya estábamos pensando en desintoxicarte.

—Bueno, ya sabes cómo va: empiezas con las gorras, por probar, y luego, sin darte cuenta, ya te metes en el mundo de las boinas, los sombreros tiroleses, los bombines…

Otro cruce.

—¿Derecha o izquierda? —dijo Emma.

—Ni idea.

Miraron en ambas direcciones.

—¿Verdad que es curioso lo deprisa que ha perdido la gracia este laberinto?

—¿Nos sentamos? Allá.

Habían metido una banca de mármol en un seto, iluminada por debajo con un fluorescente azul. Se sentaron en la piedra fría, llenaron las copas y las hicieron chocar, al igual que los hombros.

—¡Casi me olvido!

Dexter metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó con gran cuidado una servilleta doblada. Se la puso en la palma, como un prestidigitador, y fue abriendo las esquinas. Dentro de la servilleta, como huevos en un nido, había dos cigarrillos arrugados.

—De Cal —susurró, sobrecogido—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. Llevo años sin tocarlos.

—Felicidades. Yo, oficialmente, también lo he dejado, pero aquí me siento a salvo… —Encendió el churro, con un temblor de manos teatral—. Aquí ella no puede encontrarme…

Emma se rio. El champán y la soledad los habían puesto de buen humor. Ahora los dos estaban de ánimo sentimental, nostálgico, exactamente como hay que estar en una boda. Se sonrieron a través del humo.

—Dice Callum que somos la «generación Marlboro Light».

—Qué deprimente, por Dios. —Emma resopló por la nariz—. Toda una generación definida por una marca de tabaco. Esperaba más, no sé… —Sonrió y se giró hacia Dexter—. Bueno, ¿tú cómo andas?

—Muy bien. Un poco más sensible.

—¿Ha perdido su encanto agridulce el sexo en los cubículos de los baños?

Él se rio, y examinó la punta del cigarrillo.

—No, sólo es que tenía que sacarme algo del organismo.

—¿Y ya ha salido?

—Creo que sí. Casi todo.

—¿Gracias al amor verdadero?

—En parte. También porque ya tengo treinta y cuatro años. A los treinta y cuatro se te empiezan a acabar las excusas.

—¿Excusas?

—Bueno, a los veintidós, si la cagas, puedes decirte que no pasa nada, sólo tengo veintidós años. Sólo tengo veinticinco, sólo tengo veintiocho… Pero ¿«sólo tengo treinta y cuatro»? —Bebió un poco de la copa y se recostó en el seto—. Es como si en todas las vidas hubiera un dilema central, y el mío fuera: ¿se puede tener una relación de amor adulta, comprometida y madura y que te sigan invitando a tríos?

—¿Y cuál es la respuesta, Dex? —preguntó ella con solemnidad.

—La respuesta es que no, que no se puede. Cuando ya lo tienes claro, se vuelve todo mucho más sencillo.

—Es verdad; las orgías no te dan calor por la noche.

—Las orgías no te cuidarán cuando seas viejo. —Dexter bebió otro sorbo—. De todos modos, tampoco es que me invitaran a ninguna; sólo hacía el tonto y la cagaba en todo. La cagué con mi trabajo, la cagué con mamá…

—… Hombre, eso no es verdad…

—… Y la cagué con todas mis amistades. —Lo subrayó apoyándose en el brazo de Emma, que se apoyó en el de él—. Es muy fácil: he pensado que ya era hora de hacer las cosas bien, por una vez. Y ahora he conocido a Sylvie, que es estupenda, de verdad, y ella me lleva por el buen camino.

—Es muy guapa.

—Sí. Es verdad.

—Muy guapa. Serena.

—A veces da un poco de miedo.

—Tiene un encanto y una calidez que me recuerdan a Leni Riefenstahl.

—¿Lenny qué?

—Da igual.

—Claro que no tiene ni pizca de sentido del humor.

—Pues mira, es un alivio. Yo creo que el sentido del humor está sobrevalorado —dijo Emma—. Hacer todo el día el payaso es un aburrimiento. Como Ian. Lo que pasa es que Ian no tenía gracia. No, es mucho mejor tener a alguien que te guste de verdad, alguien que te haga masajes en los pies.

Dexter intentó imaginarse a Sylvie tocándole los pies, pero no lo consiguió.

—Un día me dijo que nunca se ríe porque no le gusta la cara que se le pone.

Emma se rio en voz baja.

—Uau —fue lo único que pudo decir—. Uau. Pero tú la quieres, ¿no?

—La adoro.

—La adoras. Pues «adorar» aún es mejor.

—Sylvie es sensacional.

—Sí que lo es, sí.

—Y me ha cambiado la vida. Ahora ya no me drogo, ya no bebo y ya no fumo. —Emma echó un vistazo a la botella que tenía Dexter en la mano, y al cigarrillo que tenía en la boca. Él sonrió—. Una ocasión especial.

—O sea, que al final te ha llegado el amor verdadero.

—Algo así. —Le llenó la copa—. ¿Tú qué tal?

—Ah, muy bien. Estoy muy bien. —Como distracción, Emma se levantó—. ¿Seguimos caminando? ¿Izquierda o derecha?

—Derecha. —Dexter se levantó suspirando—. ¿Todavía estás con Ian?

—No, ya hace años.

—¿Algún otro en perspectiva?

—No empieces, Dexter.

—¿Qué?

—A compadecerte de la solterona. Estoy más que satisfecha, gracias. Y me niego a que me definan por mi novio.

—O por mi falta de novio. —Empezaba a hablar con auténtico celo—. Una vez que decides no preocuparte de esas cosas, de salir, las relaciones, el amor y todo eso, es como si quedaras libre para seguir viviendo la vida de verdad. Además, tengo mi trabajo, y me encanta. Calculo que me falta un año más para empezar a tener éxito. Cobro poco, pero soy libre. Por las tardes voy al cine. —Hizo una breve pausa—. ¡Nadar! Nado mucho. Nado, nado y nado, kilómetros y kilómetros. Carajo, cómo odio nadar… Ahora a la izquierda, creo.

—¿Sabes que a mí me pasa lo mismo? No es que nade, ¿eh? Quiero decir con no tener que ligar. Desde que estoy con Sylvie, es como si me hubiera quedado libre mucho tiempo, mucha energía y mucho espacio mental.

—¿Y en qué lo usas, todo ese espacio mental?

—Más que nada en jugar a *Tomb Raider*.

Emma se rio y caminó un poco más en silencio, temiendo estar dando una imagen menos autónoma y dueña de sí misma de lo que pretendía.

—Tampoco te creas, ¿eh?, que ni soy tan sosa, ni es todo desamor. Tengo mis asuntos. Estuve liada con un tal Chris, que se creía dentista, pero resultó que sólo era higienista.

—¿Y qué ha sido de Chris?

—No duró. Mejor. Yo estaba convencida de que me miraba todo el rato los dientes. Siempre dándome la lata: hilo dental, Emma, hilo dental… Salir con él era como hacerse una revisión. Demasiada presión. Y antes de eso, el señor Godalming. —Se estremeció—. El señor Godalming. Qué desastre.

—¿Quién era el señor Godalming?

—Otro día te lo cuento. Ahora a la izquierda, ¿no?

—A la izquierda.

—De todos modos, si alguna vez estoy desesperada de verdad, siempre tengo el recurso de tu oferta.

Dexter dejó de caminar.

—¿Qué oferta?

—¿Te acuerdas de que siempre me decías que si seguía soltera a los cuarenta te casarías conmigo?

—¿Yo decía eso? —Dexter hizo una mueca—. Un poco condescendiente.

—Sí, a mí también me lo parecía, pero no te preocupes, que no creo que sea vinculante ante la ley, ni nada por el estilo. No te lo reclamaré. Además, aún faltan siete años. Tiempo de sobra.

Emma echó otra vez a caminar, pero Dexter se quedó atrás, rascándose la cabeza como un niño a punto de revelar que rompió el mejor jarrón.

—Lo siento, pero creo que tendré que retirar la oferta, como quien dice.

Ella se paró y se giró.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —dijo, aunque algo en ella lo sabía.

—Estoy comprometido.

Parpadeó una sola vez, muy lentamente.

—¿Comprometido a qué?

—A casarme. Con Sylvie.

Durante un momento, tal vez medio segundo, sus caras expresaron lo que sentían. Al momento siguiente, Emma era toda sonrisas, risas y brazos al cuello.

—¡Es increíble, Dexter! ¡Felicidades!

Fue a darle un beso en la mejilla, justo cuando él giraba la cabeza, y sus bocas se rozaron, haciéndoles notar el sabor del champán en los labios del otro.

—¿Estás contenta?

—¿Contenta? ¡Estoy destrozada! No, en serio: es una noticia fabulosa.

—¿Tú crees?

—Más que fabulosa; es… es… ¡radical! Es radical y extrema.

Dexter se apartó un poco y hurgó en el saco.

—De hecho, por eso te he traído aquí. Esto te lo quería dar personalmente…

Un sobre gordo, de papel lila grueso. Emma lo tomó con cuidado, y miró qué contenía. Por dentro, el sobre estaba forrado con papel de seda. La invitación tenía los bordes desgarrados a mano, y parecía de algún tipo de papiro o pergamino.

—¡Vaya! Esto sí que… —Emma la equilibró sobre las yemas de los dedos, como una mesa—. Esto sí que es una invitación de boda.

—¿Verdad?

—Qué papel más elaborado.

—A ocho billetes cada una.

—Ya vale más que mi coche.

—Vamos, huélela…

—¿Que la huela? —Se la acercó con cautela a la nariz—. ¡Está perfumada! ¿Tus invitaciones de boda están… perfumadas?

—Tendría que ser lavanda.

—No, Dex: es dinero. Huele a dinero. —Abrió con cuidado la tarjeta. Viendo leer a Emma, Dexter se acordó de cuando se apartaba el flequillo de la frente con las puntas de los dedos—. Los señores Cope le invitan al enlace de su hija Sylvie y el señor Dexter Mayhew… No puedo creer que lo esté viendo impreso. Sábado 14 de septiembre. Eh, pero si sólo faltan…

—Siete semanas.

Dexter siguió observando su cara, su fabulosa cara, para ver cómo cambiaba al oírlo.

—¿Siete semanas? Pero ¿estas cosas no se tardaba años en organizarlas?

—Bueno, normalmente sí, pero creo que es lo que llaman una boda de penalti…

Emma frunció el ceño, sin haber acabado de entenderlo.

—Con trescientos cincuenta invitados. Y *ceilidh*.

—¿Quieres decir…?

—Digamos que Sylvie está embarazada. Bueno, digamos no. Lo está. Embarazada. Está embarazada de verdad. Espera un hijo.

—¡Dexter! —Otra vez sus caras juntas—. ¿Conoces al padre? ¡Es broma! Felicidades, Dex. Pero bueno, ¿no podrías espaciar un poco los bombazos, en vez de tirarlos todos a la vez? —Le tomó la cara con las manos, y se quedó mirándola—. ¿Te vas a casar?

—¡Sí!

—¿… Y vas a ser padre?

—¡Ya lo sé, ya! Caray… ¡Padre!

—¿Y eso está permitido? Quiero decir, ¿te dejarán?

—Parece que sí.

—Oye, ¿no tendrás el cigarrillo de antes? —Dexter metió la mano en el bolsillo —. ¿Y Sylvie? ¿Cómo se lo toma?

—¡Está encantada! Bueno, preocupada de que le haga parecer gorda.

—Sí, supongo que entra dentro de lo posible.

Le encendió el cigarrillo.

—… Pero quiere seguir, casarse, tener hijos y formar una familia. No quiere acabar sola a los treinta y cinco…

—¡¡¡Como YO!!!

—¡Exacto, no quiere acabar como tú! —Le tomó la mano—. Evidentemente, no es lo que quería decir.

—Ya lo sé. Lo digo en broma. Felicidades, Dexter.

—Gracias. Gracias. —Una breve pausa—. ¿Me das una fumada? —dijo, quitándole de la boca el último cigarrillo y poniéndoselo entre los labios—. Mira. —Se sacó de la cartera un recuadro de papel manchado, y lo acercó a la lámpara de

sodio—. Es el ultrasonido de las doce semanas. ¿Verdad que es increíble?

Emma agarró el papelito y cumplió su obligación de mirarlo. La belleza de los ultrasonidos es algo que sólo pueden entender los padres; sin embargo, no era la primera vez que lo veía, y ya sabía lo que se esperaba de ella.

—Qué lindo —suspiró, aunque a decir verdad podría haber sido una Polaroid del interior del bolsillo de Dexter.

—Mira, esto de aquí es la columna vertebral.

—Muy bonita.

—Se distinguen hasta los deditos.

—Huuyyy. ¿Niño o niña?

—Espero que niña. O niño. Me da igual. Pero ¿a ti te parece bien?

—Más que bien. Me parece maravilloso. ¡Diablos, Dexter, carajo, te doy un minuto la espalda…!

Emma se le echó otra vez al cuello. Se sentía borracha, llena de cariño y también de cierta pena, como si se estuviese terminando algo. Tenía ganas de hacer un comentario en esa línea, pero le pareció mejor decirlo en broma.

—Acabas de destruir todas mis posibilidades de felicidad futura, por supuesto, pero me alegro muchísimo por ti, de verdad.

Él torció el cuello para mirarla, y de repente había algo moviéndose entre ellos dos, algo vivo, que vibraba en el pecho de Dexter.

Emma puso una mano en el sitio.

—¿Es tu corazón?

—Es mi celular.

Se apartó un poco y le dejó sacar el teléfono del bolsillo interior. Al mirar la pantalla, Dexter sacudió un poco la cabeza para serenarse y le dio el cigarrillo con cara de culpable, como si fuera una pistola recién disparada. Recitó rápidamente: «No parezcas borracho no parezcas borracho».

Adoptó una sonrisa de televenta y contestó:

—¡Hola, amor!

Emma oyó a Sylvie por el aparato.

—Pero ¿dónde estás?

—Es que me perdí un poco.

—¿Perdido? ¿Cómo puedes haberte perdido?

—Bueno, es que estoy en un laberinto…

—¿Un laberinto? ¿Y qué haces en un laberinto?

—Bueno…, nada…, pasar el rato. Nos ha parecido gracioso.

—Pues mira, Dexter, mientras tú te diviertes, yo estoy aquí que no me muevo, con una ancianita que me está soltando un rollo sobre Nueva Zelanda…

—Ya, ya lo sé; llevo siglos intentando salir, pero es que…, bueno…, ¡que esto parece un laberinto! —Soltó una risita, pero el teléfono quedó en silencio—. ¿Hola? ¿Sylvie? ¿Me oyes?

—¿Estás con alguien, Dexter? —dijo Sylvie en voz baja.

Dexter echó un vistazo a Emma, que aún se fingía cautivada por la ecografía. Pensó un poco. Después le dio la espalda y dijo una mentira.

—Pues la verdad es que somos todo un grupo. Esperamos un cuarto de hora más y empezamos a cavar un túnel. Si no funciona, nos comeremos a alguien.

—Ah, ya veo a Callum. ¡Menos mal! Voy a hablar con Callum. Date prisa, ¿está bien?

—Bien, ahora salgo. ¡Adiós, cariño, adiós! —Colgó—. ¿Qué, parecía borracho?

—En absoluto.

—Tenemos que salir ahora mismo.

—Por mí perfecto. —Emma miró a ambos lados, desesperanzada—. Deberíamos haber dejado un rastro de migas.

Como en respuesta, se oyó un zumbido y un clic, y se fueron apagando una por una todas las lámparas que iluminaban el laberinto, dejándolos a oscuras.

—Muy oportuno —dijo Dexter.

Se quedaron un momento quietos, mientras se les acostumbraban los ojos a la oscuridad. El grupo estaba tocando *It's Raining Men*. Escucharon atentamente la música, como si pudiera darles alguna pista sobre su situación.

—Deberíamos volver —dijo Emma—. Antes de que empiece a llover hombres.

—Buena idea.

—Hay un truco, ¿no? —dijo Emma—. Si mal no recuerdo, pones la mano izquierda en la pared, y si no la despegas, al final sales.

—¡Pues vamos a hacerlo!

Dexter sirvió las dos últimas copas de champán y dejó la botella vacía en la hierba. Emma se quitó los tacones y puso las puntas de los dedos en el seto. Empezaron a caminar por el pasillo de hojas en penumbra, primero con cautela.

—Bueno, ¿vendrás o no? A mi boda.

—Pues claro. Lo que ya no te puedo prometer es que no interrumpa la ceremonia.

—¡Debería haber sido yo!

Se rieron en la oscuridad, y siguieron caminando.

—De hecho, iba a pedirte un favor.

—Por favor, por favor, no me pidas que sea el padrino, Dex.

—No es eso. Es que hace siglos que intento escribir un discurso, y quería preguntarte si me echarías una mano.

—¡No! —se rio Emma.

—¿Por qué?

—Pues porque creo que si lo escribo yo, tendrá menos hondura emocional. Tú escribe lo que sientes de verdad.

—Bueno, no sé si es muy buena idea… «Quiero dar las gracias al *catering*; por cierto, estoy cagado de miedo». —Dexter escudriñó la oscuridad—. ¿Estás segura de que funciona? Parece que nos estamos internando aún más.

—Confía en mí.

—Oye, que tampoco es que quiera que lo escribas todo, sólo que lo arregles un poco…

—Perdona, pero eso lo tienes que hacer solo.

Se pararon en una confluencia de tres pasillos.

—Tú confía en mí. Sigamos.

Caminaron en silencio. El grupo había encadenado la última canción con el *1999* de Prince, coreado por los invitados.

—La primera vez que oí esta canción —dijo Emma—, pensé que era ciencia ficción. 1999. Coches flotantes, comida en pastillas y vacaciones en la Luna. Ahora que ya estamos aquí, todavía conduzco un Fiat Panda. No ha cambiado nada.

—Menos que ahora soy padre de familia.

—Padre de familia. ¡Dios mío! ¿No te da miedo?

—A veces, pero luego, si te fijas en los idiotas que consiguen criar a sus hijos… Yo siempre me digo lo mismo: si puede hacerlo Miffy Buchanan, tampoco puede ser tan difícil.

—¿Sabes que en las coctelerías no se puede entrar con bebés? Te miran raro.

—No pasa nada. Aprenderé a que me guste quedarme en casa.

—Pero ¿eres feliz?

—¿Feliz? Creo que sí. ¿Y tú?

—Un poco más. Tirando a feliz.

—Tirando a feliz. Bueno, no está mal.

—Es a lo máximo que podemos aspirar.

Las yemas de los dedos de la mano izquierda de Emma pasaron por la superficie de una estatua que le pareció familiar. Ya se situaba. Si giraban primero a la derecha, y después a la izquierda, saldrían al rosedal: de vuelta a la fiesta, de vuelta a la prometida de Dexter, y a sus amigos, y ya no tendrían tiempo de hablar. De pronto sintió una tristeza sorprendente, y se paró un momento, girándose hacia Dexter para tomarle las manos.

—¿Te puedo decir algo? ¿Antes de volver a la fiesta?

—Dime.

—Estoy un poco borracha.

—Yo también. No pasa nada.

—Sólo que… pues que te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

—Pero mucho, Dexter, mucho. Me encantaría contarte tantas cosas, y no estabas…

—Yo igual.

—También me siento un poco culpable por haberme ido corriendo.

—¿Eso hiciste? No te lo tuve en cuenta. A veces me ponía un poco… detestable.

—Más que un poco. Eras espantoso.

—Ya lo sé…

—Egoísta, y creído; y aburrido, mira qué te digo…

—Ya, bueno, ya lo entendí…

—Pero bueno, de todos modos debería haber aguantado un poco más. Con lo de tu madre, y todo eso…

—Bueno, tampoco es excusa.

—No, de acuerdo, pero era normal que te afectara.

—Aún tengo la carta que me escribiste. Es muy bonita. Me alegré de recibirla.

—Sí, pero creo que debería haberme esforzado más en seguir en contacto. Con los amigos hay que estar en las duras y en las maduras, ¿no? Y aguantar el golpe.

—Yo no te lo reprocho.

—Sí, pero bueno…

Se dio cuenta, avergonzada, de que se le habían empañado los ojos.

—¡Eh, eh! ¿Qué te pasa, Em?

—Nada, perdona; es que he bebido demasiado…

—Ven aquí.

Dexter la abrazó, tocando su cara contra la piel desnuda de su cuello, que olía a champú y seda húmeda. Ella respiró en el cuello de él: *aftershave*, sudor, alcohol, y el olor de su traje. Se quedaron abrazados hasta que Emma contuvo la respiración y habló.

—Voy a decirte lo que pasa. Es que… cuando no te veía, todos los días pensaba en ti por algo. Pero todos los días, ¿eh?

—Yo igual…

—… Aunque sólo fuera: «Ojalá que esto lo viera Dexter», «Y ahora ¿dónde estará Dexter?», o «Pero qué tonto es Dexter, por Dios…». Ya me entiendes. Y hoy, al verte… pues he pensado que te había recuperado. A mi mejor amigo. Y ahora, con todo esto, la boda, el bebé… Me alegro muchísimo por ti, muchísimo, pero tengo la sensación de haberte perdido otra vez.

—¿Perdido? ¿En qué sentido?

—Ya sabes lo que pasa: cuando tienes familia, cambian tus responsabilidades; pierdes el contacto con la gente…

—No necesariamente…

—En serio, siempre pasa. Yo ya lo sé. Tendrás otras prioridades. Nuevos amigos, parejas jóvenes simpáticas del curso de preparación al parto, que también tendrán hijos y te entenderán, o estarás cansado de no dormir en toda la noche…

—Pues mira, no, porque tendremos un bebé de los que no dan mucho trabajo. Creo que los dejas en un cuarto y ya está. Con un abrelatas y una hornilla.

Notó en el pecho que Emma se reía. En ese momento, pensó que no había ninguna sensación mejor que hacer reír a Emma Morley.

—No pasará. Te lo prometo.

—¿Sí?

—Por lo que quieras.

Ella se apartó a mirarle.

—¿Me lo juras? ¿No volverás a desaparecer?

—Si tú no desapareces, yo tampoco.

Ahora eran sus labios los que estaban en contacto: las bocas muy cerradas y los ojos abiertos, quietos los dos como estatuas. Fue un momento que se prolongó, una especie de gloriosa confusión.

—¿Qué hora es? —dijo Emma, apartando la cara con pánico.

Dexter se subió la manga y miró su reloj de pulsera.

—Casi las doce.

—¡Vamos! Ya tendríamos que volver.

Caminaron en silencio, sin saber muy bien qué había pasado, ni qué pasaría a continuación. Con dos giros, volvieron a la salida del laberinto, y a la fiesta. Justo cuando Emma iba a abrir la puerta de roble macizo, Dexter le tocó la mano.

—Em…

—¿Qué, Dex?

Quería tomarle la mano y volver al laberinto. Apagaría el teléfono, y se quedarían hasta el final de la fiesta, perdidos, hablando de todo lo ocurrido.

—¿Otra vez amigos? —acabó diciendo.

—Otra vez amigos. —Em le soltó la mano—. Bueno, vamos a buscar a tu prometida, que quiero felicitarla.

Capítulo 14

Paternidad

SÁBADO 15 DE JULIO DE 2000

Richmond, Surrey

Jasmine Alison Viola Mayhew.

Al haber nacido al final de la tarde del tercer día del nuevo milenio, siempre tendría la misma edad que el siglo. Dos kilos novecientos gramos menuditos pero sanos, y según el parecer de Dexter, de una belleza indescriptible. Se supo dispuesto a sacrificar la vida por ella, a la vez que bastante seguro de que había pocas posibilidades de que se presentara la ocasión.

Aquella noche, sentado en la silla de vinil del hospital, con el paquetito de cara roja entre los brazos, Dexter Mayhew tomó una decisión solemne. Resolvió que en adelante iría por el buen camino. Aparte de algunos imperativos biológicos y sexuales, todas sus palabras y actos serían dignos de los oídos y los ojos de su hija. Viviría como si en todo momento estuviera sometido al examen de Jasmine. Jamás haría nada que pudiera provocarle a ella dolor, ansiedad o vergüenza, y en su vida ya no habría nada, absolutamente nada, de qué avergonzarse.

Esta solemne resolución se mantuvo en pie aproximadamente noventa y cinco minutos. Sentado en un inodoro, intentando soplar el humo del cigarrillo dentro de una botella vacía de Evian, debió de escapársele un poco, porque se disparó el detector, despertando a sus exhaustas mujer e hija de un sueño muy necesario; y al ser llevado fuera del baño, sin soltar la botella de tapón de rosca llena de humo gris amarillento, la mirada de los ojos cansados y entornados de su esposa lo decía todo: Dexter Mayhew no estaba a la altura, y punto.

El creciente antagonismo entre los dos se vio exacerbado por el hecho de que Dexter, con el cambio de siglo, se encontró sin trabajo, y sin perspectivas de tenerlo. La franja de emisión de *Sport Xtreme* se había deslizado inexorablemente hacia el amanecer, hasta que quedó claro que nadie podía trasnochar tanto entre semana, ni siquiera los que practicaban bicicleta BMX, por muy radicales y extremos que fueran los movimientos. El programa se arrastró hasta morir del todo, y el permiso de paternidad derivó en una situación con menos estilo, como era la del desempleo.

El cambio de casa supuso una distracción temporal. Tras mucha resistencia, el piso de soltero de Belsize Park fue alquilado por una fortuna mensual, y sustituido por una casita adosada muy bonita en Richmond, que le dijeron que tenía muchas posibilidades. Dexter alegó ser demasiado joven para irse a vivir a Surrey (unos

treinta y cinco años), pero no se podía discutir la calidad de vida, los buenos colegios, la red de transporte y los ciervos que corrían por el parque. Quedaba cerca de los padres de ella, y los Gemelos vivían por la zona. En consecuencia, ganó Surrey, y en mayo dieron inicio a una tarea interminable, un pozo sin fondo en lo económico: lijar todas las superficies de madera existentes, y derribar hasta el último tabique. También desapareció el deportivo Mazda, sacrificado por una miniván de segunda mano de la que no había forma de borrar el olor a vómito comunitario de la anterior familia.

Era un año importante para la familia Mayhew, a pesar de lo cual Dexter averiguó que disfrutaba mucho menos de lo esperado construyéndose un nido. Él se había imaginado la vida familiar como una especie de anuncio de hipoteca alargado: una pareja guapa en overol azul, con rodillos en la mano, sacando la vajilla de un antiguo arcón, y dejándose caer en un sofá grande y viejo. Se imaginaba llevando a pasear perros peludos por el parque, y de noche, dando biberones hasta la extenuación, pero contento. A medio plazo, llegaría el momento de los días en la playa, las fogatas en la arena, y los arenques a la brasa con madera traída por las olas. Se inventaría juegos ingeniosos, y haría libreros. Sylvie se pondría las camisas viejas de él, con las piernas al aire. Él llevaría mucha ropa de punto y, como cabeza de familia, velaría por el bienestar de sus seres queridos.

En vez de eso, lo que había era discusiones por cualquier pretexto, mezquindad y miradas de rencor a través de una fina niebla de polvo de yeso. Sylvie pasaba cada vez más tiempo en casa de sus padres, con la excusa de alejarse de los albañiles, aunque lo hacía más que nada para evitar a su apático e ineficaz marido. De vez en cuando llamaba para sugerirle que fuera a ver a su mutuo amigo Callum, el magnate de los cangrejos de río, y aceptara su oferta de trabajo, pero Dexter se resistía. No había que descartar que su carrera de presentador recuperara fuelle, o que encontrase trabajo como productor, o que se reciclara en camarógrafo, o en editor. Mientras tanto, podía ayudar a los constructores, con el consiguiente recorte de los costos de mano de obra. Tal era la finalidad con la que preparaba té, iba a buscar galletas, aprendía rudimentos de polaco y jugaba al PlayStation con el rotundo acompañamiento sonoro de la pulidora de suelos.

En otros tiempos, se había preguntado qué era de los viejos en la industria televisiva. Ya tenía la respuesta. Los editores y camarógrafos con formación tenían veinticuatro o veinticinco años, y él carecía de experiencia como productor. Mayhem TV, su compañía independiente —y mucho—, ya no era tanto una empresa como una coartada para su inactividad. A finales del año fiscal, desapareció oficialmente para ahorrar gastos contables, y veinte resmas de hojas con optimista membrete fueron relegadas vergonzosamente al desván. Lo único bueno era volver a ver a Emma, con escapadas al cine cuando debería haber estado aprendiendo a poner mastique en las ventanas con Jerzy y Lech; pero el sentimiento de melancolía de salir de un cine en pleno día, un martes por la tarde, se había vuelto insoportable. ¿Y sus votos de paternidad perfecta? Ahora tenía responsabilidades. A principios de junio, finalmente,

cedió, fue a ver a Callum O'Neill y lo iniciaron en la familia de Natural Stuff.

Por eso este día de san Suituno se encuentra a Dexter Mayhew con camisa beige de manga corta y corbata café claro, supervisando la entrega de la enorme partida diaria de arúgula en la nueva sucursal de la estación Victoria. Hace el recuento de cajas de verdura mientras el camionero, que espera al lado con un sujetapapeles, lo mira sin disimular. Dexter ya lo ve venir.

—¿Usted no salía por la tele?

Ya estamos.

—Sí, en tiempos inmemoriales —responde, campechano.

—¿Cómo se llamaba? *Marcha loca*, o algo así.

No levantes la vista.

—Sí, ése era uno. Bueno, qué, ¿firmo la nota de remisión?

—Y salía con Suki Meadows.

Sonríe, sonríe, sonríe.

—Ya le digo que hace mucho mucho tiempo. Una caja, dos, tres…

—Ahora ella sale en todas partes, ¿no?

—Seis, siete, ocho…

—Es guapísima.

—Muy simpática. Nueve, diez.

—¿Y qué tal estaba, lo de salir con ella?

—Mucho ruido.

—¿Y qué, a usted qué le pasó?

—La vida. Me pasó la vida. —Le quita el sujetapapeles—. Firmo aquí, ¿verdad?

—Eso mismo. Firme aquí.

Dexter pone su autógrafo en la nota de remisión e introduce la mano en la primera caja para agarrar un puñado de arúgula y comprobar que esté fresca. «Arúgula, la lechuga iceberg de nuestra época», le gusta decir a Callum, pero Dexter la encuentra amarga.

La auténtica central de Natural Stuff está en una nave industrial de Clerkenwell, limpia y moderna, con máquinas de jugo, pufs de bolas, baños unisex, internet de alta velocidad *y pin ball*; en las paredes hay gigantescos lienzos a lo Warhol de vacas, pollos y cangrejos de río. Es medio espacio de trabajo, medio cuarto de quinceañero. Los arquitectos no le han puesto la etiqueta de oficina, sino la de «espacio de sueños», en Helvética y minúsculas. Pero antes de que a Dexter le dejen acceder al espacio de sueños, tiene que aprender el oficio. Como Cal insiste mucho en que todos sus directivos se ensucien las manos, Dexter está haciendo un mes de prácticas como segundo encargado del puesto de avanzada más reciente del imperio. Lleva tres semanas limpiando las máquinas de jugos, poniéndose una redecilla en el pelo para hacer bocadillos, moliendo café y sirviendo a los clientes; y la sorpresa es que no le

ha disgustado. A fin de cuentas, de eso se trata; negocios y gente es lo mismo, como suele decir Callum.

Lo peor es que lo reconozcan, la compasión fugaz en la cara de los clientes al ver sirviendo sopa a un ex presentador de la tele. Los peores son los de su generación, la de los treinta y tantos. Haber sido famoso, aunque sólo fuera un poco, y haber dejado de serlo, haberse hecho mayor, y haber ganado acaso algunos kilos, es una especie de muerte en vida. Se quedan mirando a Dexter al otro lado de la caja como quien mira a un preso haciendo trabajos forzados. «En persona se te ve más bajo», dicen a veces; y es verdad, se siente más bajo. «Pero no pasa nada —tiene ganas de decir, mientras sirve sopa de lentejas al estilo de Goa con el cucharón—. Está bien. Estoy tranquilo. Aquí me encuentro a gusto, y sólo es provisional. Estoy aprendiendo un nuevo oficio, y estoy dando de comer a mi familia. ¿Quiere un poco de pan con la sopa? ¿Integral o multicereales?».

El turno de mañana de Natural Stuff va de las seis y media a las cuatro y media de la tarde. Después de cortar caja, se sube en el tren de Richmond con los que vuelven de las compras del sábado. Por último, veinte aburridos minutos a pie hasta la hilera de casas victorianas que por dentro son muchísimo más grandes de lo que parecen por fuera, y llega a Villa Cólicos. En el camino del jardín (tiene camino de jardín; ¿cómo es posible?), ve a Jerzy y Lech cerrando la puerta principal, y adopta el tono llano y el acento popular de rigor cuando se habla con pueblerinos, aunque sean polacos.

—*Cześć! Jak siemasz?*

—Buenas tardes, Dexter —dice Lech con indulgencia.

—¿La señora Mayhew está en la casa?

El verbo tiene que ir siempre detrás del sujeto, por norma.

—Sí, está en casa.

Baja la voz.

—¿Ellas cómo están hoy?

—Un poco… cansadas, creo.

Dexter frunce el ceño, y finge quedarse sin respiración.

—¿Me tendría que preocupar?

—Quizá un poco.

—Tomen. —Dexter mete la mano en el bolsillo interior y les da dos barritas de cereales y dátiles con miel de Natural Stuff, de contrabando—. Es robado, pero no se lo digan a nadie, ¿está bien?

—De acuerdo, Dexter.

—*Do widzenia*.

Sube por los escalones de entrada, y saca la llave a sabiendas de que es muy probable que en la casa haya alguien llorando. A veces parece que se turnen.

Jasmine Alison Viola Mayhew le espera en el recibidor, precariamente sentada en las láminas de plástico que protegen del polvo las planchas de madera recién pulidas.

Con sus facciones pequeñitas y perfectas en medio de su cara ovalada, es su madre en miniatura. Dexter revive una vez más la sensación de amor intenso mezclado con un terror abyecto.

—Hola, Jas. Perdón por el retraso —dice al levantarla sobre su cabeza, rodeando su barriga con las manos—. ¿Cómo has pasado el día, Jas?

Una voz en el salón.

—Preferiría que no la llamaras así. Es Jasmine, no *Jazz*. —Sylvie está tumbada en el sofá cubierto con un plástico antipolvo, leyendo una revista—. Jazz Mayhew suena fatal. Parece una saxofonista de un grupo funk de lesbianas. *Jazz*.

Dexter se echa al hombro a su hija y llega hasta la puerta.

—Es que si le pones de nombre Jasmine, la llamarán Jas.

—No se lo he puesto yo. Se lo pusimos los dos. Además, ya sé que la llamarán así. Sólo digo que no me gusta.

—Perfecto, pues voy a cambiar del todo mi manera de hablar con mi hija.

—Yo encantada.

Dexter se sienta en el extremo del sofá, mirando su reloj con exageración, y piensa: ¡Nuevo récord mundial! ¿Cuánto hace que llegué a casa, cuarenta y cinco segundos? ¡Pues ya hice algo mal! Es un comentario con la mezcla justa de autocompasión y hostilidad; como le gusta, está a punto de decirlo en voz alta, pero entonces Sylvie se sienta y frunce el ceño, con los ojos húmedos, abrazándose las rodillas.

—Lo siento, cariño; es que he tenido un día horrible.

—¿Qué pasa?

—Que no quiere dormir nada de nada. Lleva todo el día despierta, desde las cinco de la mañana. Ni un minuto.

Dexter se pone un puño en la cintura.

—Bueno, cariño, es que si le dieras descafeinado, como te dije…

Pero es un tipo de broma que no le sale con naturalidad, y Sylvie no sonríe.

—Ha estado llorando y quejándose todo el día. Fuera hace tanto calor, y dentro me aburro tanto, con Jerzy y Lech dando golpes… En fin, que estoy agobiada, nada más. —Dexter se sienta, le pasa un brazo por los hombros y le da un beso en la frente —. Te juro que si salgo otra vez a dar un paseo por el puto parque, me pondré a gritar.

—Ya falta poco.

—Una vuelta al lago, otra vuelta al lago… Luego a los columpios, y otra vuelta al lago. ¿Sabes qué ha sido lo mejor del día? Creía que se me habían acabado los pañales. Ya me veía yendo a Waitrose a comprar más, pero entonces los encontré. Encontré cuatro pañales, y me emocioné tanto…

—Bueno, pero el mes que viene vuelves al trabajo.

—¡Menos mal! —Sylvie se deja caer de lado, apoyando la cabeza en el hombro de Dexter, y suspira—. No sé si ir, esta noche.

—¡Tienes que ir! ¡Si hace semanas que lo esperas!

—La verdad es que no estoy de humor. Una despedida de soltera… Soy demasiado vieja para despedidas de soltera.

—No digas tonterías.

—Además, me da miedo.

—¿Miedo por qué? ¿Por mí?

—Por dejarte solo.

—Sylvie, tengo treinta y cinco años; no es la primera vez que estoy solo en una casa. Además, no estaré solo. Me cuidará Jas. ¿Verdad que estaremos bien, Jas? Min. Jasmine.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

No confía en mí —piensa Dexter—. Cree que beberé. Pues no, no beberé.

La despedida de soltera es para Rachel, la más flaca y ruin de las amigas de su mujer. Han reservado un hotel para quedarse a dormir, y un mesero guapo al que pueden dar el uso que prefieran. Limusina, restaurante, mesa en un club nocturno, *brunch* al día siguiente… Todo planeado mediante una serie de *e-mails* autoritarios para eliminar cualquier posibilidad de espontaneidad o alegría. Sylvie no volverá hasta el día siguiente por la tarde. Es la primera vez que Dexter se queda toda la noche al frente de la casa. Sylvie está en el cuarto de baño, maquillándose y vigilando cómo baña él a Jasmine.

—La acuestas sobre las ocho, ¿está bien? O sea, dentro de cuarenta minutos.

—Perfecto.

—Hay leche en polvo de sobra, y ya he hecho el puré de verduritas. —«Verduritas»: es irritante su manera de decir «verduritas»—. Está en el refrigerador.

—La verdurita en el refrigerador. Eso ya lo sé.

—Si no le gusta, en la alacena hay frascos de comida, pero sólo son para emergencias.

—¿Y papas fritas? Le puedo dar papas fritas, ¿verdad? Si aparto la sal…

Sylvie chasquea la lengua, sacude la cabeza y se pone lápiz labial.

—Aguántale la cabeza.

—¿… Y cacahuates salados? Ya es bastante mayor, ¿no? ¿Un plato de cacahuates?

Dexter se gira para mirarla por encima del hombro, por si se diera el milagro de que sonriese, y como tantas veces, le sorprende lo guapa que está, sencilla pero elegante, con un vestido negro corto y tacones, y el pelo todavía un poco mojado de la regadera. Saca una mano del baño de Jasmine y la pone en la morena pantorrilla de su mujer.

—Por cierto, estás impresionante.

—Tienes las manos mojadas.

Ella aparta la pierna. Ya hace seis semanas que no hacen el amor. Dexter se

esperaba algo de frialdad e irritabilidad después del parto, pero ha pasado bastante tiempo, y a veces ella le miro de una manera como…, no, con desprecio no, pero con…

—Me gustaría que volvieras esta noche —dice él.

… Decepción. Eso, con decepción.

—Ten cuidado con Jasmine. ¡Aguántale la cabeza!

—¡Sé hacerlo! —replica—. ¡Pero bueno!

Otra vez: la mirada. No cabe duda de que si Sylvie tuviera un ticket de compra, a estas alturas ya le habría devuelto: éste no funciona. No es lo que quería.

Llaman al timbre.

—Es mi taxi. Si hay algo urgente, llámame al celular, no al hotel, ¿de acuerdo?

Sylvie se inclina y roza con los labios la coronilla de Dexter. Después se agacha hacia la tina y le da otro beso, más convincente, a su hija.

—Buenas noches, cielo mío. Cuida a papá por mí…

Jasmine se enfurruña. Cuando su madre sale del cuarto de baño, pone cara de pánico. Dexter lo ve, y se ríe.

—¿Adónde vas, mamá? —susurra—. ¡No me dejes con este idiota!

En el piso de abajo se cierra por fin la puerta. Sylvie se ha ido. Ya está solo, libre finalmente para realizar toda una serie de actos idiotas.

Todo empieza con el televisor de la cocina. Jasmine ya está gritando cuando Dexter pugna por atarle las correas de la sillita. Con Sylvie también lo hace, pero ahora se retuerce y chilla a grito pelado, como un paquete compacto de músculos y ruido, que se debate con una fuerza descomunal, y aparentemente sin motivo. Dexter se sorprende pensando: Aprende a hablar, ¿de acuerdo? Aprende a hablar algún puto idioma, y dime qué hago mal. ¿Cuánto tardará en hablar? ¿Un año? ¿Dieciocho meses? Esto de negarse a dominar el lenguaje cuando más se necesita es demencial, un absurdo error de diseño. Deberían salir hablando. No para dar conversación, ni decir ocurrencias, sino información práctica básica. Padre, tengo gases. Este centro de actividades me agota. Sufro de cólicos.

Por fin la encajó en la silla, pero ahora alterna gritos y lloros. Dexter le mete la comida en la boca cuando puede. De vez en cuando, se para a quitarle los restos de puré con el borde de la cuchara, como si la afeitase con espuma. Con la esperanza de calmarla, enciende el pequeño televisor portátil de la mesa de la cocina, el que a Sylvie no le parece bien que tengan. Al ser sábado, en horario de máxima audiencia, ve inevitablemente a Suki Meadows, cuya cara le sonríe efusivamente, en vivo desde los estudios centrales, donde brama los resultados de la lotería para todo un país expectante. Dexter siente que se le contrae el estómago con un pequeño espasmo de envidia. Luego chasquea la lengua y sacude la cabeza, y justo cuando va a cambiar de canal, se da cuenta de que Jasmine está callada y quieta, hipnotizada por cómo berrea «uala» la ex novia de su padre.

—¡Mira, Jasmine, es la ex novia de papi! ¿Verdad que habla muy fuerte? ¿Verdad

que es una chica muy pero muy ruidosa?

Ahora Suki es rica, y cada vez más pizpireta, famosa y querida por el público; y aunque nunca congeniasen del todo, y no tuvieran nada en común, Dexter siente nostalgia de su antigua novia, y de los años locos de antes de los treinta, cuando su foto salía en los periódicos. Se pregunta qué hará esta noche Suki.

—Puede que hubiera sido mejor que papá se quedara con ella —dice en voz alta, traicioneramente, recordando las noches en taxis negros y coctelerías, bares de hotel y viaductos, los años de antes de pasar los sábados con redecilla de pelo, rellenando rollos mediterráneos.

Jasmine vuelve a llorar, porque sin saber cómo se le metió papa en un ojo. Al limpiárselo, Dexter siente la necesidad de un cigarrillo. ¿Por qué no, después del día que ha tenido? ¿Por qué no darse el lujo? Le duele la espalda, se le está despegando la tirita azul del pulgar, le huelen los dedos a cangrejo de río y café viejo, y llega a la conclusión de que lo necesita. Necesita regalarse nicotina.

Dos minutos después se está poniendo la mochila portabebés, con la suave emoción del macho que domina las hebillas y correas, como si fuera una mochila cohete. Se embute por delante a Jasmine (que todavía llora) y se encamina con gran resolución entre los árboles de la aburrida y larga calle hacia la aburrida y corta galería comercial. Se pregunta cómo puede estar un sábado por la noche en una galería comercial de Surrey. Ni siquiera es propiamente Richmond, sino los alrededores de los alrededores. Vuelve a pensar en Suki, que habrá salido de juerga con sus amigas guapas. Podría llamarla cuando Jasmine duerma, sólo para saludarla: tomarse una copa y llamar por teléfono a una vieja amiga. ¿Por qué no?

En la tienda de bebidas experimenta un cosquilleo de emoción al empujar la puerta y toparse de inmediato con toda una pared de botellas de alcohol. Desde el embarazo, la política es no tener alcohol en casa, como medida disuasoria del consumo cotidiano. «Es que me aburro sentada un martes por la noche en el sofá mientras te emborrachas solo», dice Sylvie; él se lo ha tomado como un reto, y prácticamente ya no bebe. Ahora, sin embargo, está rodeado de cosas con tan buena pinta que parece una tontería no aprovecharse. Bebidas fuertes, cervezas, vinos blancos y tintos… Lo mira todo y acaba por comprar dos botellas de Burdeos del bueno, para no arriesgarse, y un paquete de tabaco. Luego —por qué no— pasa por el tailandés de comida para llevar.

En poco tiempo se va poniendo el sol, y con Jasmine medio dormida contra el pecho, camina por calles agradables, hacia la cuidada casita que será preciosa cuando esté acabada. Va a la cocina y, sin sacar de la mochila al bebé dormido, abre la botella y se sirve una copa, rodeando torpemente el bulto con los brazos como un bailarín de ballet. Tras una mirada casi ritual a la copa, se la bebe de un trago y piensa: sería mucho más fácil no beber si no estuviera tan bueno. Cierra los ojos y se apoya en la mesa de la cocina, mientras desaparece la tensión de sus hombros. En otros tiempos usaba el alcohol como estimulante, para animarse y tener más energía. Ahora, en

cambio, bebe como todos los padres: como una especie de sedante al principio de la noche. Más tranquilo, recuesta al bebé dormido en el sofá, sobre un nidito de cojines, y sale al pequeño jardín suburbano: un tendedero giratorio rodeado por planchas de madera y bolsas de cemento. Se dejó puesta la mochila, que cuelga como un arnés de pistola y casi le da aspecto de poli de homicidios descansando, uno romántico y hastiado, taciturno pero peligroso, que complementa sus ingresos con unas horas de niñero en Surrey. Para redondear la imagen sólo falta un cigarrillo. Es el primero en dos semanas. Lo enciende con veneración, saboreando la primera y deliciosa calada, con tal fuerza que oye crepitar el tabaco. Hojas quemadas y petróleo: sabe a 1995.

Poco a poco su cabeza se vacía de trabajo, rollos de falafel y galletas de avena. Empieza a tener esperanzas para la velada. Quizá alcance el estado de plácida inactividad que es el nirvana de los padres exhaustos. Clava la colilla en un montón de arena y va en busca de Jasmine. Sin hacer ruido, sube hasta su habitación con ella en brazos y baja la persiana. Va a cambiarle el pañal sin despertarla, como un maestro en abrir cajas fuertes.

En cuanto la deposita en el cambiador, Jasmine se despierta y empieza otra vez a llorar, con esos gritos suyos tan horribles y estridentes. Respirando por la boca, Dexter la cambia con la mayor rapidez y eficacia posibles. Parte de la buena prensa de ser padre era lo inofensivo de las caquitas de bebé: las caquitas y la pipí dejaban de ser algo sucio para convertirse, si no en divertidos, al menos en inocuos. Su hermana había llegado al extremo de decir que las «caquitas» en cuestión eran tan benignas y fragantes que se podían «untar en el pan tostado».

Ahora bien, bajo las uñas es mejor no tenerlas. Por otro lado, la llegada de la leche en polvo y de los alimentos sólidos les han dado unas características decididamente más adultas. A la pequeña Jasmine parece que le hayan salido doscientos cincuenta gramos de mantequilla de cacahuate, y se las ha arreglado para restregárselos por toda la espalda. Dexter, que está un poco mareado de beber con el estómago vacío, lo recoge y lo rasca como buenamente puede con medio paquete de toallitas húmedas, y cuando se le acaban, con el borde de su pase de un día para el tren. El paquetito, que aún está caliente, lo mete en una bolsa para pañales, de olor químico, y la bolsa en un bote de los de pedal, estremeciéndose al ver condensación en la tapa. Jasmine no para de llorar durante todo el proceso. Cuando ya está bien limpia, Dexter la abraza y se la pone contra el hombro, saltando de puntillas hasta que le duelen las pantorrillas. Milagrosamente, al final se calla.

Se la lleva a la cuna, y al acostarla, ella se pone a llorar. Dexter la levanta. Ella se calla. La acuesta y grita. Hay una pauta, él ya se da cuenta, pero le parece tan poco razonable, tan mal hecho que Jasmine le exija tanto ahora que se le están enfriando los rollitos de primavera, que tiene el vino abierto y que el cuartito huele tan intensamente a caquitas calientes… «Amor incondicional» es una expresión que ha circulado mucho, pero ahora mismo él tiene ganas de imponer condiciones.

—Vamos, Jas, no seas injusta. Pórtate bien. Te recuerdo que papá lleva despierto

desde las cinco.

Vuelve a estar callada, respirando contra el cuello de Dexter con un aliento caliente y regular. Él intenta acostarla una vez más, despacio, bailando absurdamente el limbo con una transición imperceptible de lo vertical a lo horizontal. Aún lleva puesta su mochila de macho. Ahora se imagina como un experto en desactivar bombas. Suave, suave, suave…

Vuelve a llorar.

Aun así, Dexter cierra la puerta y trota escaleras abajo. Hay que ser duro. Hay que ser implacable. Es lo que pone en el libro. Si ella tuviera algún tipo de lenguaje, él se lo podría explicar: Jasmine, es que los dos necesitamos tiempo para nosotros. Cena viendo la tele, pero vuelve a llamarle la atención lo difícil que es ignorar a un bebé que llora. Llanto controlado, lo llaman, pero él ya no se controla; tiene ganas de llorar, y se indigna victorianamente con su esposa: ¿qué fulana irresponsable es la que deja solo a un bebé con su padre? ¿Cómo se ha atrevido? Sube el volumen de la tele, y al querer servirse otra copa de vino, le sorprende encontrar vacía la botella.

Da igual. No hay problema paterno que no pueda solucionarse con un poco de leche. Prepara otro biberón y sube, algo ofuscado y con la sangre zumbando en los oídos. La carita feroz se dulcifica al recibir el biberón entre sus manos. Luego, sin embargo, arrancan de nuevo los berridos, un lamento salvaje, a la vez que él se da cuenta de que se le olvidó enroscar el tapón, y se le ha derramado la leche, empapando mantas y colchón, y metiéndose en los ojos y la nariz de Jasmine, que ahora sí grita de verdad. ¿Cómo no va a gritar, si papá la encerró en su cuarto y le vertió en la cara un cuarto de litro de leche caliente? Presa del pánico, Dexter toma una gasa —aunque lo que encuentra es el mejor suéter de cachemira de la niña, sobre un montón de ropa limpia—, y le limpia el pelo y los ojos de grumos de leche en polvo, sin parar de darle besos y de insultarse a sí mismo: «Idiota, idiota, idiota, perdona, perdona, perdona». Mientras tanto, su otro brazo inicia el proceso de cambiar la ropa de cama impregnada de leche en polvo, y la ropa de la niña, y el pañal, y de amontonarlo todo en el suelo. Ahora es un alivio que Jasmine no hable, porque entonces diría: «Eres un idiota; ni a un bebé sabes cuidar». Al volver al piso de abajo, Dexter prepara otro biberón con una mano y se lo lleva arriba. Se lo da a Jasmine con la habitación a oscuras, hasta que ella le apoya la cabeza en el hombro, tranquila, dormida.

Cierra la puerta sin hacer ruido, y baja de puntillas por la madera sin barnizar de la escalera, como un ladrón en su propia casa. En la cocina está la segunda botella de vino, abierta. Se sirve otra copa.

Casi son las diez. Intenta ver la tele, algo que se llama *Big Brother*, pero no entiende de qué se trata, y siente una desaprobación de viejo cascarrabias por cómo está el sector televisivo.

—No lo entiendo —dice en voz alta.

Pone música, una antología pensada para que al oírla en casa te sientas como en

el vestíbulo de un hotel exclusivo europeo. Luego intenta leer la revista que se ha dejado Sylvie, pero ya no es capaz ni de eso. Entonces enciende la videoconsola, pero no hay nada que le tranquilice: ni *Metal Gear Solid*, ni *Quake*, ni *Doom*, ni tan siquiera *Tomb Raider*. Necesita compañía humana adulta, conversación con alguien que haga algo más que berrear, lloriquear y dormir. Levanta el teléfono. En honor a la verdad, está borracho, y con la borrachera ha vuelto su vieja compulsión: decirle tonterías a una mujer guapa.

Stephanie Shaw tiene un nuevo tiraleches: el más caro, finlandés. Le zumba y traquetea bajo la camiseta como un pequeño motor fuera borda, mientras intentan ver *Gran Hermano* en el sofá.

Emma estaba convencida de que iba a una cena, pero al llegar a Whitechapel ha descubierto que Stephanie y Adam están demasiado agotados para cocinar; esperan que no le importe. En vez de cenar, se han sentado a hablar y ver la tele, mientras zumba y traquetea el tiraleches, haciendo que el salón parezca un ordeñadero. Otra noche gloriosa en la vida de una Madrina.

Hay conversaciones que Emma preferiría ahorrarse, y todas versan sobre los bebés. Las primeras se beneficiaban del factor novedad, y sí tenía algo de intrigante, gracioso y conmovedor ver las facciones de tus amigos fundidas y en miniatura. Por otro lado, siempre es bonito ver felices a los demás, claro…

Pero tampoco hay que pasarse. Parece que este año no pueda salir de casa sin que le pongan otro recién nacido en las narices. Siente la misma aprensión que cuando alguien saca todo un ladrillo de fotos tomadas durante las vacaciones: está muy bien que te hayas divertido, pero ¿yo qué tengo que ver? Para estas ocasiones, Emma tiene una cara de fascinación que pone cuando alguna amiga le cuenta lo mal que la pasó en el parto, qué medicamentos le pusieron, si cedieron y optaron por la epidural, el sufrimiento, la felicidad…

Sin embargo, ni el milagro de dar a luz ni la paternidad en general tienen nada de transferibles. A Emma no le dan ganas de hablar sobre el estrés de dormir a ratos. ¿No habían oído rumores con antelación? Tampoco le dan ganas de tener que hacer comentarios sobre la sonrisa del bebé, ni sobre que al principio se parecía a la madre, pero ahora se parece al padre, o empezó pareciéndose al padre, pero ahora tiene la boca de la madre. ¿Y a qué viene toda esta obsesión con el tamaño de las manos, las minúsculas manos, con las minúsculas, minúsculas uñitas, si en cierto modo lo que llamaría la atención sería que fueran grandes? «¡Mira qué manos más enormes, cómo le cuelgan!». De eso sí que valdría la pena hablar.

—Me estoy durmiendo —dice Adam, el marido de Stephanie, que se aguanta la cabeza con el puño en el sillón.

—Creo que debería irme —dice Emma.

—¡No! ¡Quédate! —dice Stephanie, sin alegar ningún motivo.

Emma se come otra papa Kettle. ¿Qué les ha pasado a sus amigos? Con lo divertidos que eran antes, les encantaba salir, eran sociables, interesantes… Pero ya son demasiadas noches sentada con parejas pálidas, irritables y ojerosas, en cuartos malolientes, maravillándose de que el bebé esté creciendo, y no menguando, con el tiempo; Emma está cansada de gritar de entusiasmo al ver gatear a un bebé, como si lo de gatear fuese una novedad completamente inesperada. ¿Qué esperaban, que volase? Le es indiferente cómo les huela la cabeza a los bebés. Lo probó con una y olía como una correa de reloj por detrás.

Suena su teléfono, dentro de la bolsa. Lo saca y ve el nombre de Dexter en la pantalla, pero no se molesta en contestar. No, no quiere hacer todo el viaje de Whitechapel a Richmond para verle hacer pedorretas en la barriga de Jasmine. Es algo que le aburre especialmente, lo de que sus amigos hombres le vengan con el numerito de padre joven: agobiados pero sin perder el buen humor, cansados pero modernos con su uniforme de saco y jeans, barrigones bajo la camiseta elástica, y con esa miradita de orgullosos de sí mismos al lanzar y recoger al pequeñín. Pioneros audaces, los primeros hombres de la historia a quienes se les manchan con un poco de pipí los pantalones de pana, y con un poco de vómito el pelo.

Eso en voz alta no lo puede decir, claro. Tiene algo de antinatural que a una mujer le aburran los bebés, o más concretamente hablar de bebés. Les parecería una amargada, una envidiosa, una solitaria. Por otro lado, también le aburre que todo el mundo le diga la suerte que tiene de poder dormir tanto, de tener tanta libertad y tiempo libre, poder salir con alguien, o viajar a París de repente porque le dan ganas. Suena como si la consolasen. A ella le molesta. Lo ve condescendiente. ¡Pero si ni siquiera va a París! Algo que le aburre muy especialmente son los chistes sobre el reloj biológico, de sus amigos, de su familia, en el cine y en la tele. La palabra más estúpida y necia de la lengua inglesa es «solterona», seguida de cerca por «chocoadicta». Emma se niega a formar parte de ningún fenómeno sociológico de suplemento dominical. Entiende el debate, sí, y los imperativos prácticos, pero es una situación que no depende en nada de ella. Sí, de vez en cuando sí que intenta imaginarse con bata azul de hospital, sudando y pasándola pésimo, pero la cara del hombre que le toma la mano se empecina en no definirse, y es una fantasía en la que prefiere no pensar mucho.

Cuando pase, si le pasa, adorará al bebé, y hará comentarios sobre lo diminuto de sus manos, e incluso sobre cómo huele su cabecita; hablará de epidurales, falta de sueño y cólicos, que a saber qué diablos son. Hasta es posible que llegue a embelesarse por unas botitas. De momento, sin embargo, mantendrá las distancias, la calma y la serenidad, sin dejarse afectar; dicho lo cual, al primero que la llame «tía Emma» le dará un puñetazo en la cara.

Stephanie ya ha acabado de exprimirse, y le está enseñando su leche a Adam, acercándola a la luz como si fuera un gran vino. Todos convienen en que es un tiraleches maravilloso.

—¡Ahora me toca a mí! —dice Emma; pero nadie se ríe, y justo entonces se despierta el bebé en el piso de arriba.

—Lo que tendrían que inventar —dice Adam— son toallitas cloroformizadas.

Stephanie suspira, y sale extenuada. Emma decide que no tardará en irse a su casa. Puede acostarse tarde, y trabajar en el manuscrito. Vibra otra vez el teléfono. Un mensaje de Dexter, que le pide que vaya hasta Surrey para hacerle compañía.

Lo apaga.

—… Ya sé que está muy lejos, pero es que me parece que puedo tener depresión posparto. Toma un taxi, que lo pago yo. ¡Sylvie no está! Ya, ya sé que da lo mismo, pero… si quieres quedarte a dormir, tenemos cuarto de invitados. Bueno, cuando oigas el mensaje dime algo. Adiós.

Vacila, repite «adiós» y cuelga. Un mensaje sin sentido. Parpadea, sacude la cabeza y se sirve más vino. Luego baja por la lista de contactos del teléfono, hasta llegar a la S de Suki Móvil.

Al principio no contesta. Le alivia, porque a fin de cuentas ¿puede salir algo bueno de llamar a una ex novia? Justo cuando va a colgar, oye el característico bramido.

—¿DIGA?

—¡Hola!

Desempolva su sonrisa de presentador.

—¿QUIÉN ES?

Se oye una fiesta, quizá en un restaurante.

—¡Haz algo de ruido!

—¿QUÉ? ¿QUIÉN ES?

—¡Tienes que adivinarlo!

—¿QUÉ? ¡NO TE OIGO BIEN!

—Dije que lo adivines.

—¿QUIÉN ES?

—DIJE QUE TIENES QUE… —Como ya le cansa el juego, dice sencillamente—: ¡Soy Dexter!

Una pausa.

—¿Dexter? ¿¿Dexter Mayhew??

—¿A cuántos Dexter conoces, Suki?

—No, si ya sé qué Dexter eres; lo que pasa es que… ¡UALA, DEXTER! ¡Hola, Dexter! Espera un momento… —Oye el ruido de una silla. Se la imagina seguida por miradas de curiosidad al levantarse de la mesa y meterse por un pasillo del restaurante—. ¿Qué tal, Dexter?

—Muy bien, muy bien; sólo llamaba…, nada, para decirte que te vi esta noche

por la tele, y empecé a pensar en los viejos tiempos. Se me ha ocurrido llamarte y saludar. Por cierto, estabas muy guapa. Por la tele. Me ha gustado el programa. Muy buen formato. —¿Buen formato? Payaso…—. ¿Y tú qué tal, Suki?

—¿Yo? Muy bien, muy bien.

—¡Sales por todas partes! ¡Estás triunfando! ¡En serio!

—Gracias. Gracias.

Hay un momento de silencio. El pulgar de Dexter acaricia el botón de colgar. Cuelga. Haz ver que se ha cortado. Cuelga, cuelga, cuelga…

—¿Cuánto hace, Dex, cinco años?

—Sí, ya lo sé; me acordé de ti al verte por la tele; que por cierto, estabas muy guapa. ¿Qué tal todo? —No digas eso, que ya lo has dicho. ¡Concéntrate!—. Oye, que… ¿dónde estás? Hay mucho ruido…

—En un restaurante. Estoy cenando con unos colegas en un restaurante.

—¿Alguien que conozca?

—No creo. Digamos que son nuevas amistades.

«Nuevas amistades». ¿Será hostilidad?

—Ah, ya.

—Oye, Dexter, ¿y tú dónde estás?

—¿Yo? En casa.

—¿En casa? ¿Un sábado por la noche? ¡Qué raro en ti!

—Bueno, es que…

Está a punto de contarle que está casado, que tiene una hija y que vive en un suburbio, pero como le parece que podría ser una manera de subrayar lo absolutamente fútil de la llamada, se queda callado. La pausa se alarga. Se fija en que tiene un galón de mocos en el suéter de algodón que una vez se había puesto en Pacha. También se da cuenta del nuevo olor que tiene en la punta de los dedos, un coctel contranatural de bolsas de tirar pañales y cáscaras de camarones.

Habla Suki.

—Oye, que acaban de traer los segundos platillos…

—Ah, está bien; ¡bueno, pues eso, que estaba pensando en los viejos tiempos, y en que me gustaría volver a verte! Para comer, no sé, o tomar una copa…

El volumen de la música de fondo disminuye, como si Suki se hubiera metido en algún rincón privado. Se le endurece el tono al decir:

—¿Sabes qué te digo, Dexter? Que no me parece muy buena idea.

—Ah, de acuerdo.

—Quiero decir, que hace cinco años que no te veo, y me parece que en esos casos suele haber algún motivo, ¿no?

—Sólo pensaba…

—Quiero decir, que tampoco es que me trataras muy bien, ni que te interesara mucho; total, estabas drogado casi todo el rato…

—¡Oye, eso no es verdad!

—¡Carajo, si ni siquiera me fuiste fiel! Siempre ibas a coger con alguna asistente de producción, o mesera, o lo que fuese. Ahora no sé a qué viene llamarme por teléfono como si fuéramos amigos de toda la vida, y ponerte nostálgico sobre los «viejos tiempos», esos seis meses dorados que, la verdad, para mí fueron una mierda.

—Bien, Suki, ya te entendí.

—Además, estoy con otro, buen hombre de verdad, y soy muy feliz. De hecho, me está esperando.

—¡Pues anda, vete! ¡VETE!

En el piso de arriba, Jasmine rompe a llorar, quizá de vergüenza.

—¡No puedes agarrar una borrachera, llamarme después de siglos y esperar que…!

—No, si no… Yo sólo… ¡Carajo! ¡Bueno, de acuerdo, no he dicho nada!

Los berridos de Jasmine resuenan por la escalera de madera decapada.

—¿Qué es ese ruido?

—Un bebé.

—¿De quién?

—Mío. Tengo una hija. Una hija pequeña. De siete meses.

Un silencio, que dura lo justo para que Dexter se arrugue visiblemente. Luego Suki dice:

—Pues entonces ¿por qué diablos me pides que salgamos?

—Bueno, no sé… Una copa entre amigos…

—Yo ya tengo amigos —dice Suki, en voz baja—. Creo que deberías ir a ver a tu hija, ¿no, Dex?

Cuelga.

Al principio, Dexter se queda sentado, escuchando la señal. Después baja la mano, mira fijamente el teléfono y sacude con fuerza la cabeza, como si le hubieran dado una bofetada. Y se la han dado.

—Pues sí que salió bien —murmura.

Contactos, Editar contacto, Borrar contacto. «¿Seguro que desea borrar Suki Móvil?», pregunta el teléfono. ¡Diablos, que sí, que sí, bórrala! Clava el dedo en los botones. Contacto borrado, pone en el teléfono, pero no es suficiente; Contacto erradicado, Contacto vaporizado, es lo que necesita. Como el llanto de Jasmine está llegando al ápice del primer ciclo, Dexter se levanta bruscamente y tira el teléfono contra la pared, dejando una marca negra en la pintura Farrow and Ball. Vuelve a tirarlo, y deja otra marca.

Insultando a Suki, y a sí mismo por imbécil, prepara un biberón pequeño, enrosca al máximo el tapón, se lo mete en el bolsillo, agarra el vino al vuelo y sube corriendo hacia el llanto de Jasmine, que se ha convertido en un sonido horrible, ronco, áspero, como si se estuviera destrozando la garganta. Irrumpe en el cuarto.

—¡Por amor de Dios, Jasmine, haz el favor de callarte! —vocifera.

Se tapa enseguida la boca con la mano, de vergüenza al verla de pie en la cuna,

con los ojos muy abiertos de angustia. La toma en brazos y se sienta con la espalda en la pared, absorbiendo su llanto en el pecho; después se la pone en el regazo y le acaricia la frente con mucha ternura; como no funciona, empieza a acariciarle suavemente la nuca. ¿No debería haber algún punto secreto de presión, para frotarlo con el pulgar? Dibuja círculos en la palma de la mano de Jasmine, que se abre y se cierra de rabia. Todo es inútil: sus dedos, grandes, gruesos, intentando esto y aquello sin que nada funcione. Tal vez, piensa, la niña no esté bien, o simplemente es que no soy su madre. Inútil como padre, inútil como marido, inútil como novio e inútil como hijo.

Pero ¿y si le pasa algo? Piensa que podría ser un cólico. O que le estén saliendo los dientes; ¿le estarán saliendo los dientes? Empieza a cundir el nerviosismo. ¿Y si la lleva al hospital? Es una posibilidad, pero claro, ahora está demasiado borracho para conducir. Inútil, inútil, inútil.

—Vamos, concéntrate —dice en voz alta.

En el botiquín hay un medicamento, con las palabras «puede causar somnolencia», las más bonitas del idioma. Antes eran «¿tienes una camiseta que me puedas prestar?». Ahora son «puede causar somnolencia».

Hace saltar a Jasmine sobre la rodilla, hasta calmarla un poco. Luego le pone en los labios la cuchara llena, hasta que considera que ya se ha tomado cinco mililitros. Los veinte minutos siguientes giran en torno a un cabaret demencial, en el que agita como loco animales parlantes. Explota al máximo su limitado repertorio de voces graciosas, suplicando con tono agudo o grave, y diversos acentos regionales, que no haga más ruido, anda, anda, a dormir. Le pone libros delante de la cara, levantando y estirando solapas, y clavando el dedo en la página a la vez que dice:

—¡Pato! ¡Vaca! ¡Tren *chu chú*! ¡Mira, mira qué tigre más divertido!

Monta espectáculos disparatados de marionetas. Un chimpancé de plástico canta sin parar la primera estrofa de *El patio de mi casa*; Tinky Winky interpreta *En la vieja fábrica*, y sin saber por qué, un cerdito de peluche le dedica a Jasmine *Into the Groove*. Se meten debajo de los arcos de la manta de actividades, y hacen ejercicio los dos juntos. Dexter le pone en sus manitas el teléfono celular, y le deja apretar botones, babear en el teclado y escuchar la voz del reloj, hasta que afortunadamente Jasmine se tranquiliza; ahora sólo gime un poco; sigue totalmente despierta, pero está contenta.

En el cuarto hay un reproductor de CD, un Fisher Price panzudo con forma de locomotora de vapor. Apartando los libros y juguetes del suelo con los pies, Dexter aprieta el *play. Clásicos relajantes para bebés*, una parte del proyecto de control mental integral de Sylvie. Por unos altavoces diminutos suena la *Danza del hada de azúcar*.

—¡A bailar! —exclama Dexter, subiendo el volumen con la chimenea de la locomotora, y empieza a ejecutar un vals ebrio por la habitación, con Jasmine cerca del pecho.

Ella se despereza, cerrando y flexionando sucesivamente sus afilados dedos, y por primera vez mira a su padre sin cara de enfado. Por un momento, Dexter ve su propia cara sonriéndole. Jasmine hace ruidos con la boca, abriendo mucho los ojos. Se está riendo.

—¡Así me gusta! —dice él—. Muy bien, preciosa.

Se anima, y tiene una idea.

Echándose al hombro a Jasmine, y chocando con los marcos de las puertas, baja corriendo a la cocina, donde guarda provisionalmente todos sus CD hasta que estén hechos los libreros. Hay miles, sobre todo discos gratis, herencia de cuando se le consideraba influyente. Verlos le hace volver a su época de DJ, cuando se paseaba por el Soho con aquellos auriculares tan ridículos. Se pone de rodillas, y busca en la caja con una mano. El truco no es hacer que Jasmine duerma, el truco es intentar que esté despierta, y para eso van a hacerse una fiesta, sólo para ellos dos; una fiesta mil veces mejor que lo que pueda ofrecer cualquier club de Hoxton. A la mierda Suki Meadows. Va a hacer de DJ para su hija.

Revigorizado, excava a mayor profundidad en los estratos geológicos de los CD que representan diez años de modas, seleccionando algún que otro disco que amontona en el suelo, y entusiasmándose con su plan. El *acid jazz*, los *breakbeats, el funk* de los setenta y el *acid house* dejan paso al *deep house* y al *progressive house*, a la electrónica, al *big beat*, a lo ibicenco y a antologías con la palabra «chill»; incluso a una selección, corta y poco convincente, de *drum and bass*. Buscar música vieja debería ser un placer. No obstante, le sorprende descubrir que sólo de ver las carátulas se pone nervioso y le da miedo, por lo ligadas que están a recuerdos de noches de insomnio y paranoia con desconocidos en su departamento, conversaciones idiotas con amigos a quienes ya no conoce. La música de baile le pone nervioso. Ahora sí ya está, piensa; señal de que me estoy haciendo viejo.

Entonces ve el lomo de un CD, con letra de Emma. Es una antología que le hizo con su nueva computadora, en agosto pasado, justo antes de la boda, cuando él cumplió los treinta y cinco. La antología se titula «Once años», y en la carátula, hecha a mano, hay una foto; como la impresora de Emma es de las baratas, la foto está borrosa, pero no tanto como para no reconocerlos a los dos sentados en la ladera de una montaña, la cumbre de Arthur’s Seat, el volcán extinto que domina Edimburgo. Debió de ser la mañana después de licenciarse. ¿Cuántos años han pasado, doce? En la foto, Dexter, con camisa blanca, está apoyado en una roca, con un cigarrillo colgando del labio. Emma está un poco más lejos, con las rodillas contra el pecho y la barbilla en las rodillas. Lleva unos 501 muy ceñidos en la cintura, y está un poco más rechoncha que ahora; desgarbada, incómoda, con los ojos medio tapados por un flequillo irregular teñido con *henna*. Es la expresión que desde entonces pone en todas las fotos: media sonrisa, con la boca cerrada. Al fijarse en su cara, Dexter se pone a reír. Se la enseña a Jasmine.

—¡Mira! ¡Es tu madrina, Emma! Fíjate qué delgado estaba tu papá. Mira,

pómulos. Antes tu papá tenía pómulos. Jasmine se ríe en silencio.

Al volver al cuarto de Jasmine, Dexter la deja en el rincón y saca el CD de la caja. Dentro hay una postal con letra muy pequeña, su tarjeta de cumpleaños del año pasado.

1 de agosto de 1999. Aquí tienes un regalo casero. Repítete que lo que cuenta es la intención, lo que cuenta es la intención. Esto es una reproducción muy cuidada en CD de un casete recopilatorio que te hice hace siglos. Canciones de verdad, no esa porquería de chill out. Espero que te guste. Feliz cumpleaños, Dexter, y felicidades por tantas buenas noticias. ¡Marido! ¡Padre! Las dos cosas las harás genial.

Me alegro de haberte recuperado. Acuérdate de que te quiero mucho.

Tu vieja amiga,

Emma.

Sonríe y pone el disco en el reproductor con forma de locomotora de vapor.

Empieza con Massive Attack, *Unfinished Sympathy*. Agarra a Jasmine y la hace saltar en las rodillas con los pies plantados en el suelo, mascullando la letra al oído de su hija. La música pop antigua, las dos botellas y la falta de sueño se combinan para hacerle sentir a la vez mareado y sentimental. Sube al máximo el volumen del tren Fisher Price.

Luego suenan los Smiths, *There is a Light That Never Goes Out*. A él nunca le han gustado especialmente los Smiths; aun así, sigue dando brincos con la cabeza inclinada. Vuelve a tener veinte años, y a estar borracho en una discoteca de estudiantes. Canta muy alto; es vergonzoso, pero le da igual. En el dormitorio pequeño de una casa adosada, bailando con su hija la música de un tren de juguete, de pronto siente una profunda satisfacción. Más que satisfacción, euforia. Gira, y al pisar un perro de madera con ruedas, tropieza como los borrachos por la calle. Se aguanta con una mano en la pared.

—¡Eh, chavo, cuidado! —dice en voz alta.

Mira a Jasmine, para comprobar que esté bien, y se la encuentra riendo: su hija, su propia hija, tan tan guapa. *There is a light that never goes out*. Hay una luz que nunca se apaga.

La siguiente es *Walk On By*, una canción que su madre solía poner cuando era niño. Se acuerda de Alison bailándola en la sala de estar, con un cigarrillo en una mano y una copa en la otra. Se pone a Jasmine en el hombro, sintiendo en el cuello su respiración, y le toma la otra mano, apartando los escombros con los pies en un baile lento a la antigua. En medio del agotamiento, y del vino tinto, de pronto tiene ganas de hablar con Emma, de contarle lo que está escuchando. Justo entonces suena el teléfono, a la vez que se acaba la canción. Busca entre los juguetes y libros desechados; quizá sea Emma, que le devuelve la llamada. En la pantalla pone

«Sylvie». Suelta una palabrota. Tiene que ponerse. Sobrio, sobrio, sobrio, se dice. Se apoya en la cuna, se pone a Jasmine en el regazo y contesta.

—¡Hola, Sylvie!

Justo entonces salta por el Fisher Price el *Fight the Power* de los Public Enemy. Se lanza a apretar los botones redondeados.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, música. Es que Jasmine y yo estamos haciendo una fiestecita, ¿verdad, Jas? Jasmine, quiero decir.

—¿Aún está despierta?

—Pues la verdad es que sí.

Sylvie suspira.

—¿Qué han hecho?

He fumado, me he emborrachado, he dopado a nuestra hija, he llamado a ex novias, he dejado la casa hecha un asco y he bailado murmurando solo. Me he caído como un borracho por la calle.

—No, nada, estar por aquí viendo la tele. ¿Y tú? ¿Te diviertes?

—No está mal. Lógicamente, aquí todas andan ebrias…

—Menos tú.

—Yo estoy demasiado agotada para emborracharme.

—No se oye nada. ¿Dónde estás?

—En mi habitación del hotel. Voy a acostarme un poco, y luego vuelvo para la siguiente tanda.

Mientras escucha, Dexter mira el desastre del cuarto de Jasmine: las sábanas empapadas de leche, los juguetes y libros por el suelo, la botella de vino vacía y la copa sucia.

—¿Cómo está Jasmine?

—Sonriendo. ¿Verdad que sí, cielo? Es mamá al teléfono.

Se lo pone en la oreja, como es de rigor, pero ella se queda callada. Como nadie se divierte, se lo quita.

—Vuelvo a ser yo.

—Pero te las has arreglado.

—Claro. ¿Por qué, tenías alguna duda? —Una breve pausa—. Deberías volver a la fiesta.

—Sí, puede que sí. Mañana nos vemos. Alrededor de la hora de comer. Volveré a…, no sé, hacia las once.

—Perfecto. Pues buenas noches.

—Buenas noches, Dexter.

—Te quiero —dice él.

—Yo a ti también.

Sylvie está a punto de colgar, pero Dexter siente el impulso de decirle algo más.

—Oye, Sylvie… ¿Sylvie? ¿Me oyes?

Ella vuelve a contestar.

—¿Mm?

Dexter traga saliva y se humedece los labios.

—Sólo quería decirte que…, quería decirte que ya sé que ahora mismo no se me da muy bien todo esto de ser padre y marido, pero que me estoy esforzando, y que estoy poniendo todo de mi parte. Mejoraré, Sylv. Te lo prometo.

Parece que ella lo piensa, porque hay una pausa corta antes de que vuelva a hablar, con la voz un poco ahogada.

—Dex, lo haces muy bien. Lo que pasa es que… vamos a tientas, pero no pasa nada.

Él suspira. En el fondo se esperaba algo más.

—Será mejor que vuelvas a la fiesta.

—Mañana nos vemos.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Sylvie cuelga.

La casa parece muy silenciosa. Dexter se queda todo un minuto sentado, con su hija dormida en el regazo, escuchando zumbar la sangre y el vino en la cabeza. Experimenta una palpitación momentánea de miedo y soledad, pero se la sacude. Luego se levanta y se pone a su hija delante de la cara, desmadejada como un gatito. Aspira su olor: a leche, casi dulce, su propia sangre. Su propia sangre. Es un tópico, pero hay momentos fugaces en que se reconoce en la cara de Jasmine, y al tomar conciencia de ello no acaba de creerlo. Para bien o para mal, forma parte de mí. La deja suavemente en la cuna.

Pisa un cerdo de plástico, afilado como un pedernal, que se le clava dolorosamente en el talón. Apaga la luz del cuarto, diciendo una palabrota en voz baja.

En una habitación de hotel de Westminster, a quince kilómetros al este por el Támesis, su mujer está sentada al borde de la cama, desnuda, con el teléfono colgando en la mano, y empieza a llorar en silencio. En el cuarto de baño se oye el ruido de la regadera. Como a Sylvie no acaba de gustarle su cara cuando llora, en cuanto se apaga el ruido se apresura a secarse los ojos con el dorso de la mano y deja caer el teléfono en la ropa amontonada en el suelo.

—¿Todo bien?

—Bueno, la verdad es que no del todo. Me ha parecido bastante borracho.

—Seguro que está bien.

—No, en serio, borracho de verdad. Tenía una voz rara. Creo que debería irme a casa.

Callum se cierra la bata, vuelve al dormitorio y se inclina para darle un beso en el

hombro desnudo.

—Como te he dicho, estoy seguro que está bien. —En vista de que Sylvie no contesta, se sienta y le da otro beso—. Intenta pensar en otra cosa. Diviértete. ¿Quieres otra copa?

—No.

—¿Te quieres acostar?

—¡No, Callum! —Sylvie le aparta el brazo—. ¡Por Dios!

Resistiéndose a la tentación de decir algo, él se gira y vuelve al baño para lavarse los dientes, viendo desaparecer sus expectativas para la noche. Tiene la horrible sensación de que Sylvie querrá hablar: «Es injusto, no podemos seguir, quizá sea mejor que se lo diga», y todo ese tipo de cosas. Pero por amor de Dios, piensa indignado, si ya le dio trabajo, al hombre ese. ¿No es bastante?

Escupe, se enjuaga la boca, vuelve a la habitación y se deja caer en la cama. Luego agarra el control de la televisión y va pasando enojado los canales por cable, mientras la señora Sylvie Mayhew se queda sentada, mirando las luces del Támesis por la ventana, y preguntándose qué hacer con su marido.

Capítulo 15

Jean Seberg

DOMINGO 15 DE JULIO DE 2001

Belleville, París

Estaba previsto que llegara el 15 de julio, en el tren de Waterloo de las 15:55.

Emma Morley logró estar a tiempo a la zona de llegadas de la Gare du Nord, y se sumó a la multitud: enamorados nerviosos con flores, choferes aburridos y sudorosos, con traje y letreros escritos a mano… ¿Sería gracioso sostener un cartelito con el nombre de Dexter?, se preguntó. ¿Mal escrito, quizá? Supuso que a Dexter le haría reír, pero ¿valía la pena esforzarse? Además, ya estaba entrando el tren, y la gente se acercaba impaciente a la salida. Un largo paréntesis antes de que silbaran las puertas al abrirse. Luego empezaron a derramarse pasajeros por el andén, y Emma se apretujó contra los amigos, parientes, enamorados y choferes, que torcían el cuello para ver las caras de los que llegaban.

Compuso la suya en la sonrisa pertinente. La última vez que lo había visto, se habían dicho cosas. La última vez que lo había visto, había pasado algo.

En el vagón de cola del tren parado, Dexter esperó en su asiento a que bajasen los otros pasajeros. Él no tenía maleta, sólo una bolsa con una muda en el asiento de al lado. En la mesa de delante había un libro de bolsillo de colores vivos; en portada, un garabato de la cara de una chica, bajo el título *La gran Julie Criscoll contra el mundo entero*.

Había acabado el libro justo cuando el tren entraba en los suburbios de París. Era la primera novela que terminaba en varios meses, aunque el sentido de proeza mental quedase un poco mitigado por tratarse de un libro para chavitos de entre once y catorce años, con dibujos. Mientras esperaba a que se vaciara el vagón, miró una vez más el interior de la contraportada, y la foto en blanco y negro de la autora; la estudió atentamente, como si se aprendiera su cara de memoria. Con blusa muy blanca, de aspecto caro, se le veía un poco incómoda al borde de una silla de madera curvada, tapándose la boca con la mano justo en el momento en que se le escapaba la risa. Reconociendo la expresión y el gesto, Dexter sonrió y se guardó el libro en la bolsa, antes de levantarla y sumarse a los últimos pasajeros que esperaban para bajar al andén.

La última vez que la había visto, se habían dicho cosas. Había pasado algo. ¿Qué

le diría? ¿Qué diría ella? ¿Que sí o que no?

Durante la espera, Emma se tocó el pelo, con ganas de tenerlo más largo. Poco después de llegar a París, se había armado de valor y, diccionario en mano, había ido a una peluquería (*un coiffeur*) para que le cortasen el pelo muy corto. Aunque le diera vergüenza decirlo en voz alta, quería parecerse a Jean Seberg en *Sin aliento*, porque con la idea de ser novelista en París, más vale hacerlo como Dios manda. Tres semanas después, ya no le daban ganas de llorar al verse en el espejo. Aun así, se le escapaban las manos hacia la cabeza, como si se ajustase una peluca. Hizo el esfuerzo consciente de volcar su atención en los botones de su blusa nueva gris perla, comprada esa misma mañana en una tienda —no, *boutique*— de la Rue de Grenelle. Dos botones desabrochados daban una imagen demasiado mojigata, y tres dejaban ver el escote. Se desabrochó el tercero, chasqueó la lengua y se fijó otra vez en los pasajeros. Ahora no había tanta gente. Empezaba a preguntarse si se había equivocado de tren cuando lo vio.

Estaba hecho polvo: demacrado, cansado, con la sombra de una barba medio rala que no le quedaba nada bien, una barba de presidiario. Emma se acordó del potencial de desastre que contenía la visita. Al verla, sin embargo, Dexter empezó a sonreír y caminar más deprisa, y ella también sonrió, antes de cohibirse al esperar en la salida, sin saber qué hacer con las manos ni con los ojos. La distancia entre ambos parecía inmensa. ¿Sonreír y mirar, sonreír y mirar cincuenta metros? Cuarenta y cinco metros. Miró al suelo, y después a las vigas. Cuarenta metros. Volvió a mirar a Dexter, y otra vez al suelo. Treinta y cinco metros…

Al cubrir tan vasta distancia, a Dexter le sorprendió darse cuenta de lo mucho que había cambiado Emma durante las ocho semanas que llevaban sin verse, los dos meses transcurridos desde todo aquello. Se había cortado el pelo muy corto, y tenía más color en la cara; la cara de verano que recordaba él. También iba mejor vestida: zapatos de tacón, una falda elegante de color oscuro y una blusa gris claro un poco desabrochada, que enseñaba piel morena y un triángulo de pecas oscuras bajo la garganta. Por lo visto seguía sin saber dónde poner las manos, ni adónde mirar. Él también empezaba a sentirse intimidado. Diez metros. ¿Qué diría, y cómo lo diría? ¿Era un sí o un no?

Apretó el paso, y finalmente se abrazaron.

—No hacía falta que vinieras a buscarme.

—Pues claro que hacía falta. Turista.

—Me gusta. —Dexter le pasó el pulgar por el flequillo corto—. Tiene un nombre, ¿no?

—¿Rapado?

—*Gamine*. Se te ve *gamine*.

—¿Rapada no?

—En absoluto.

—Deberías haberlo visto hace dos semanas. ¡Parecía una colaboracionista! —A Dexter no se le movió la cara—. Fui por primera vez a una peluquería parisina. ¡Terrorífico! Me senté en la silla pensando: *Arrêtez-vous, arrêtez-vous!* Lo curioso es que en París te preguntan por las vacaciones. Piensas que te van a hablar de danza contemporánea, o de si el ser humano puede ser libre de verdad, pero te dicen: «*Que faites-vous de beau pour les vacances? Vous sortez ce soir?*».

La cara de Dexter seguía inmutable. Emma estaba hablando demasiado, y esforzándose en exceso. Tranquila. No te hagas la graciosa. *Arrêtez-vous*.

La mano de él tocó el pelo corto de su nuca.

—Pues a mí me parece que te queda bien.

—No sé si tengo las facciones indicadas.

—Sí, sí tienes las facciones indicadas. —Se apartó un poco sin soltarla, mirándola de los pies a la cabeza—. Es como si hicieran una fiesta de disfraces, y tú hubieras venido de Parisina Sofisticada.

—O de Chica de Alterne.

—Pero Chica de Alterne de Clase Alta.

—Todavía mejor. —Emma le tocó la barbilla con los nudillos, rascando la barba —. Entonces ¿tú de qué viniste?

—Yo he venido de Divorciado Suicida Jodido.

Era una respuesta facilona, de la que Dexter se arrepintió enseguida. Acababa de bajar al andén y ya lo estaba estropeando.

—Bueno, al menos no estás amargado —dijo ella, echando mano del primer comentario a su alcance.

—¿Quieres que suba otra vez al tren?

—Dentro de un rato. —Emma le tomó la mano—. Anda, vamos. ¿De acuerdo?

Salieron de la Gare du Nord a un aire irrespirable y contaminado; el típico día de verano en París, turbio, con nubes gruesas y grises que amenazaban lluvia.

—He pensado que podríamos ir a tomar un café, cerca del canal. Es un cuarto de hora a pie. ¿Te parece bien? Luego, un cuarto de hora más hasta mi departamento, aunque te aviso de que no es nada especial. Lo digo por si te imaginabas suelo de parqué y ventanales con cortinas al viento, o algo así. Sólo son dos habitaciones que dan a un patio interior.

—Una buhardilla.

—Exacto, una buhardilla.

—Una buhardilla de escritor.

En previsión de la visita, Emma había memorizado un paseo pintoresco, o todo lo pintoresco que permitían el polvo y el tráfico del noreste. Me instalo en París para escribir. En abril le había parecido una idea caprichosa y cursi hasta extremos casi vergonzosos, pero estaba tan aburrida de que las parejas casadas le dijeran que se podía ir a París cuando quisiese, que al final se había decidido. Con Londres

convertido en una guardería gigante, ¿por qué no alejarse durante una temporada de los hijos ajenos, y vivir una aventura? La ciudad de Sartre y Beauvoir, de Beckett y Proust; y ahora también estaba ella, escribiendo novelas juveniles no sin éxito comercial, todo fuera dicho. La única manera de que la idea le pareciera menos cursilona era instalarse lo más lejos que pudiera del París de los turistas, en el 19e *arrondissement*, en la frontera entre Belleville y Ménilmontant. Ninguna atracción turística, pocos sitios conocidos…

—… Pero es un barrio con mucha vida, y barato, y multicultural, y… ¡Dios mío, estaba a punto de decir que es muy «auténtico»!

—¿En qué sentido? ¿Violento?

—No, no sé… El París de verdad. ¿Verdad que hablo como una estudiante? Con treinta y cinco años y viviendo en un departamentito de una habitación, como si acabara de salir de la universidad y me tomara un año antes de trabajar.

—Yo creo que París te sienta bien.

—Sí, es verdad.

—Tienes muy buen aspecto. —¿Sí?

—Has cambiado.

—No, para nada.

—En serio. Estás muy guapa.

Emma frunció el ceño y mantuvo la mirada al frente. Después de caminar un poco más, bajaron por unos escalones hacia el canal Saint Martin, y un bar pequeño al borde del agua.

—Parece Ámsterdam —fue el comentario insípido de Dexter, que agarró una silla.

—Pues es el antiguo enlace industrial con el Sena. —Pero si parezco una guía turística, por Dios—. Pasa por debajo de la Place de la République, de la Bastilla, y luego sale al río. —Cálmate de una vez. Te recuerdo que es un amigo de toda la vida, y nada más.

Se quedaron un momento sentados, contemplando el agua. Emma se arrepintió enseguida de haber elegido a conciencia algo tan pintoresco. Era tremendo, como una cita a ciegas. Buscó desesperadamente algo que decir.

—¿Qué, tomamos vino o…?

—Mejor no. Se podría decir que ya no bebo.

—Ah. ¿En serio? ¿Cuánto tiempo hace?

—Más o menos un mes. No es que vaya a Alcohólicos Anónimos. Sólo procuro evitarlo. —Dexter se encogió de hombros—. Nunca me trajo nada bueno, eso es todo.

—Ya. Bien. Pues ¿un café?

—Sólo un café.

Llegó la mesera, morena, guapa y con las piernas largas, pero él ni siquiera levantó la mirada. Algo grave le tiene que pasar para que ni siquiera se quede mirando a la mesera, pensó Emma. Pidió en un francés ostentosamente coloquial, y al

ver que Dexter arqueaba las cejas, sonrió cohibida.

—He estado yendo a clases.

—Ya lo noto.

—Seguro que no ha entendido ni jota. ¡Probablemente nos traiga un pollo asado!

Nada. Lo único que hacía Dexter era moler granos de azúcar en la mesa metálica con el pulgar. Emma lo intentó otra vez con algo inocuo.

—¿Cuánto hacía que no estabas en París?

—Hará tres años. Vine una vez con mi mujer en una de nuestras famosas escapadas. Cuatro noches en el George Cinq. —Dexter tiró un terrón de azúcar al canal—. O sea, que fue un puto derroche.

Emma abrió la boca, y la cerró. No había nada que decir. El comentario de «al menos no estás amargado» ya lo había hecho.

Dexter, sin embargo, parpadeó con fuerza, sacudió la cabeza y le empujó la mano.

—Mira, he pensado que durante este par de días podrías enseñarme los monumentos, y yo estar tristón, haciendo comentarios tontos.

Emma sonrió, y también le dio un empujoncito en la mano.

—No me extraña. Con lo que has pasado, y lo que estás pasando…

Puso la suya encima. Al cabo de un momento, él se la tapó con la otra; ella le imitó, cada vez más deprisa, como niños jugando; pero también como actores, forzados, incómodos. Violenta, decidió fingir que tenía que ir al baño.

En el tocador, pequeño y maloliente, se miró al espejo con mala cara, y se estiró el flequillo como si intentara sacarse más pelo de la cabeza. Suspiró y se aconsejó tranquilidad. Lo que había pasado, el acontecimiento, era algo aislado que no había que dramatizar; sólo es un amigo de siempre, de toda la vida. Tiró de la cadena, por una cuestión de verosimilitud, y salió otra vez a la tarde calurosa y gris. Delante de Dexter, en la mesa, había un ejemplar de su novela. Se sentó, cautelosa, y la empujó con el dedo.

—¿De dónde sale esto?

—Lo compré en la estación. Había montones. Está por todas partes, Em.

—¿Ya lo leíste?

—No consigo pasar de la tercera página.

—No tiene gracia, Dex.

—Me ha parecido una maravilla, Emma.

—Bueno, sólo es una tontería para niños.

—En serio, estoy muy orgulloso de ti. Vaya, no es que yo sea un adolescente ni nada, pero la verdad es que me ha hecho reír. Lo leí de un tirón. Te lo dice alguien que hace quince años que está con *Howards' Way*.

—Querrás decir *Howards' End*. *Howards' Way* es una serie de la tele.

—Pues como se llame. Es la primera vez que leo algo de un tirón.

—Bueno, es que tiene una letra muy grande.

—Sí, fue lo que más me gustó, la letra grande. Y los dibujos. Las ilustraciones

son muy graciosas, Em. Me han sorprendido.

—Ah, pues gracias…

—Y encima es emocionante y divertido. Estoy muy orgulloso de ti, Em. De hecho… —Se sacó un bolígrafo del bolsillo—. Quiero que me lo firmes.

—No digas tonterías.

—No, de verdad, me lo tienes que firmar. Eres… —Leyó la contraportada—. «La escritora juvenil más interesante desde Roald Dahl».

—Dijo la sobrina de nueve años del editor. —Dexter pinchó a Emma con el bolígrafo—. No, Dex, no te lo firmo.

—Vamos. Insisto. —Se levantó, fingiendo tener que ir al baño—. Voy a dejarlo aquí, y tú me tienes que escribir algo; algo personal, con fecha de hoy, por si te haces famosa de verdad y me hace falta dinero.

En el cubículo, pequeño y apestoso, Dexter se preguntó durante cuánto tiempo podría seguir así. En algún momento tendrían que hablar. Era de locos ir constantemente de puntillas para no tocar el tema. Tiró de la cadena para ser más convincente. Después se lavó las manos y se las secó en el pelo, antes de salir a la acera justo cuando Emma cerraba el libro. Quiso leer la dedicatoria, pero ella puso una mano en la portada.

—Cuando no esté yo, por favor.

Se sentó y lo guardó en la bolsa. Ella se inclinó sobre la mesa, con actitud de ir al grano.

—Bueno, te lo tengo que preguntar: ¿cómo va todo?

—Ah, pues de fábula. El divorcio nos lo dan en septiembre, justo antes de nuestro aniversario. Casi dos años de dicha conyugal.

—¿Hablas mucho con ella?

—Si puedo evitarlo, no. Bueno, ya no nos insultamos a gritos, ni nos tiramos cosas; ahora sólo es sí, no, hola y adiós; que de hecho es más o menos lo único que nos decíamos de casados. ¿Te enteraste de que ella y Callum viven juntos? Se ha instalado en su ridícula mansión de Muswell Hill, donde nos invitaba antes a «cenas»…

—Sí, ya lo sabía.

Dexter la miró.

—¿Por quién? ¿Por Callum?

—¡Claro que no! Por… gente, ya sabes.

—Gente compadecida de mí.

—No, compadecida no; sólo… preocupada. —Dexter arrugó la nariz con desagrado—. No es nada malo que se preocupen por ti, Dex. ¿Has hablado con Callum?

—No. Él sí lo ha intentado. Me va dejando mensajes, como si no hubiera pasado nada. «¡Qué pasa, hombre! Llámanos». Le parece que deberíamos salir a tomar una cerveza y «hablarlo». Quizá me conviniera. Técnicamente, aún me debe tres semanas

de sueldo.

—¿Ya trabajas?

—Trabajar, trabajar no. Tenemos alquilada la puta casa de Richmond, y el departamento. Es de lo que vivo. —Apuró el café y se quedó mirando el canal—. No sé, Em. Hace dieciocho meses tenía familia y una carrera profesional; no es que fuera ninguna maravilla de carrera, pero tenía oportunidades; aún me hacían ofertas. Una miniván, una casita en Surrey…

—Que odiabas…

—No, odiar no la odiaba.

—La miniván sí la odiabas.

—Bueno, eso sí, pero era mío; y ahora de repente vivo en Kilburn, en un estudio, con la mitad de mi lista de bodas, y tengo… no tengo nada; sólo a mí mismo, y Le Creuset a montones. Estoy acabado, se mire como se mire.

—¿Sabes qué creo que tendrías que hacer?

—¿Qué?

—Podrías… —Emma respiró hondo, y levantó los dedos de una mano—. Podrías suplicarle a Callum que te diera otra vez el trabajo. —Dexter la fulminó con la mirada, apartando la mano de golpe—. ¡Es broma, es broma! —dijo ella, echándose a reír.

—Pues me alegro de que le veas tanta gracia a la carnicería de mi matrimonio, Em.

—No le veo ninguna gracia; lo que pasa es que no creo que la solución sea compadecerse.

—No es compadecerse; son los hechos.

—¿«Estoy acabado, se mire como se mire»?

—Lo digo en el sentido de que…, no sé…, pues que… —Dexter miró el canal, y suspiró teatralmente—. De joven, parecía que todo fuera posible. Ahora parece que no lo sea nada.

Emma, a quien le había sucedido lo contrario, se limitó a decir:

—Tan mal no estás.

—Ah, porque hay un lado positivo, ¿no? Te engaña tu mujer con tu mejor amigo…

—Además, tampoco era tu «mejor amigo»; llevaban años sin hablar. Vaya, que… Yo lo que digo… Mira, para empezar no es un estudio en Kilburn, es un departamento lindo de una habitación en West Hampstead. Yo, por un departamento así, habría matado. Y sólo es provisional, hasta que recuperes el de antes.

—¡Pero dentro de dos semanas cumplo treinta y siete! ¡Estoy prácticamente en la madurez!

—¡Treinta y siete sigue siendo treinta y pocos! Más o menos. ¿Que ahora mismo no tienes trabajo? Bien, pero tampoco se puede decir que vivas de la caridad. Tienes rentas de una casa, que a mí me parece una suerte increíble, qué quieres que te diga…

Además, hay mucha gente que cambia de vida cuando ya tiene una cierta edad. Entiendo que te quedes hecho polvo, pero tampoco es que fueras tan feliz de casado, Dex. Te lo digo yo, que tenía que escucharlo todo el rato. «Nunca hablamos, nunca nos divertimos, nunca salimos…». ¡Ya sé que es duro, pero puede que a partir de un momento te lo plantees como un nuevo punto de partida! Volver a empezar. Puedes hacer montones de cosas. Sólo hace falta que te decidas.

—¿Como qué?

—No sé… ¿Los medios de comunicación? ¿Y si intentaras volver a ser presentador? —Dexter gimió—. Bueno, de acuerdo, pues sin salir por la tele; productor, director o algo así. —Hizo una mueca—. O… ¡O fotógrafo! Antes siempre hablabas de fotografía. O comida; no sé, podrías hacer algo relacionado con comida. Y si no sale nada de eso, siempre tienes el último recurso de tu humilde «bien» en antropología. —Emma dio énfasis a sus palabras con una palmadita en el dorso de la mano de Dexter—. Antropólogos siempre harán falta. —Él sonrió, y entonces se acordó de que no tenía que sonreír—. Eres un padre sano y en uso de sus facultades, económicamente estable y moderadamente atractivo, de entre treinta y cinco y cuarenta años. Eres… Estás muy bien, Dex. Lo único que te hace falta es recuperar la confianza.

Suspiró y miró el canal.

—¿Ya está? ¿Ya me has arengado?

—Sí, ya está. ¿Qué te ha parecido?

—Sigo teniendo ganas de tirarme al canal.

—Pues entonces, es mejor que nos movamos. —Emma puso dinero encima de la mesa—. Mi casa queda hacia allá, a veinte minutos. Podemos ir caminando o en taxi…

Iba a levantarse, pero Dexter no se movió.

—Lo peor de todo es que echo mucho de menos a Jasmine. —Emma volvió a sentarse—. Me desquicia, en serio; y ni siquiera es que fuera buen padre, ¿eh?

—Vamos ya…

—No, Em, que era un inútil total. Me crispaba. Tenía ganas de estar en otro sitio. Todo ese tiempo, aunque hiciéramos ver que éramos una familia perfecta, yo siempre pensaba: me he equivocado, esto no es para mí. Pensaba en lo genial que sería poder volver a dormir, irme de fin de semana, o simplemente salir de juerga hasta muy tarde y divertirme. Ser libre, sin responsabilidades. Y ahora que lo he recuperado todo, lo único que hago es quedarme sentado con todas mis cosas en cajas de cartón, y echar de menos a mi hija.

—Pero aún la ves.

—Sí, cada quince días; sólo una noche, que es una miseria.

—Ya, pero podrías verla más; podrías pedir más tiempo…

—¡Si fuera por mí, lo haría! Pero le ves la mirada de miedo cuando se va su mami en coche: ¡no me dejes sola con este tipo tan raro y tan soso! Le compro tal cantidad

de regalos, que es patético. Cada vez que viene, se encuentra una montaña, como si siempre fuera Navidad, porque si no abrimos regalos no sé qué hacer con ella. Si no abrimos regalos, se pone a llorar y a preguntar por su mami, refiriéndose a mami y al cabrón de Callum. Ni siquiera sé qué comprarle, porque cada vez que la veo está cambiada. ¡Estás una semana o diez días sin verla, y ya ha cambiado todo! ¡Que ya ha empezado a caminar, carajo, y no lo he visto! ¿Cómo es posible? ¿Cómo me puedo estar perdiendo algo así? Quiero decir, ¿es mi trabajo, no? De repente, sin haber hecho nada malo… —Le tembló un momento la voz. Cambió rápidamente de tono, aferrándose a la rabia—. Y mientras tanto está con ellas el cabrón de Callum, en su puto pedazo de mansión de Muswell Hill…

Sin embargo, el ímpetu de la rabia no bastó para impedir que le fallara la voz. Se calló de golpe, apretándose la nariz con las dos manos, y abrió mucho los ojos como si intentara aguantarse un estornudo.

—¿Estás bien? —dijo ella, poniéndole una mano en la rodilla.

Él asintió.

—Te prometo que no estaré todo el fin de semana así.

—A mí no me molesta.

—Pues a mí sí. Es… degradante. —Se levantó de golpe y recogió la bolsa—. Vamos a hablar de otra cosa, Em, por favor. Cuéntame algo. Explícame qué haces.

Siguieron el canal, bordeando la Place de la République. Después giraron hacia el este por la Rue du Faubourg Saint Denis, mientras Emma hablaba de su trabajo.

—La segunda es una secuela. Si es que tengo imaginación… Ya he escrito unas tres cuartas partes. Julie Criscoll se va a París de viaje de fin de curso, se enamora de un chico francés y corre todo tipo de aventuras. ¡Sorpresa! Es mi excusa para estar aquí. Estoy investigando.

—¿Y la primera está teniendo éxito?

—Me han dicho que sí; suficientemente bien como para que me paguen dos más.

—¿En serio? ¿Dos secuelas más?

—Eso me temo. Julie Criscoll es lo que llaman una franquicia. Parece que es con lo que se gana dinero. ¡Hay que tener una franquicia! Ahora estamos en conversaciones con la tele, para hacer una serie; unos dibujos animados para niños basados en mis ilustraciones.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Ya, ya lo sé: qué tontería, ¿no? ¡Ahora trabajo en los «medios de comunicación»! ¡Soy productora asociada!

—¿Qué quiere decir?

—Nada de nada. No es que me importe, ¿eh? Me encanta, pero algún día me gustaría escribir algo para adultos. Es lo que siempre he querido escribir: la gran novela de denuncia que retrate todo el país, algo salvaje, atemporal, que deje al desnudo el alma humana, no una sarta de tonterías sobre besuqueos con franceses en la disco.

—Pero no trata sólo de eso, ¿no?

—Puede que no. Puede que sean así las cosas: empiezas queriendo cambiar el mundo a través del lenguaje, y te acabas conformando con contar un par de chistes buenos. ¡Pero bueno, qué parezco! ¡«Autobiografía de una artista»!

Dexter le dio un empujoncito.

—¿Qué pasa?

—No, nada, que me alegro por ti. —Le rodeó los hombros con el brazo, y se los apretó—. Escritora. Escritora de verdad. Por fin haces lo que siempre has querido hacer.

Siguieron caminando así, un poco tensos y cohibidos. Cuando Dexter se hartó de darse golpes en la pierna con la bolsa que tenía en la otra mano, soltó a Emma.

Poco a poco los animó el paseo. Se había roto el manto de nubes, y con el atardecer empezaba a cobrar nueva vida el Faubourg Saint Denis: feo, ruidoso y vital. Emma iba mirando de reojo a Dexter, con nervios de guía turística. Cruzaron el Boulevard de Belleville, ancho y bullicioso, y siguieron hacia el este por el límite entre el 19e y el 20e. Al subir por la cuesta, Emma señaló los bares que le gustaban, y habló de la historia del barrio: Piaf, la Comuna de 1871, las comunidades china y magrebí… Dexter escuchaba a medias, preguntándose qué pasaría al llegar al departamento. Oye, Emma, lo que pasó la otra vez…

—Es un poco como el Hackney de París —decía ella.

Dexter sonrió, con esa sonrisa exasperante.

Ella le dio un codazo.

—¿Qué pasa?

—Eres la única capaz de ir a París y encontrar lo que más se parece a Hackney.

—Es interesante. Al menos a mí me lo parece.

Acabaron por meterse en una callecita tranquila, hasta lo que parecía la entrada de un garaje. Emma tecleó un código y empujó con el hombro la pesada puerta. Entraron en un patio viejo lleno de trastes y rodeado de departamentos. En los oxidados balcones había ropa tendida, y macetas de plantas que se marchitaban al sol de la tarde. Se oía el eco de varias teles a la vez, y de niños jugando al futbol con una pelota de tenis. Dexter contuvo un escalofrío de irritación. Ensayando el momento, se había imaginado una plaza con árboles frondosos, ventanas con postigos y posibles vistas a Notre-Dame. Todo aquello estaba muy bien, y hasta tenía su chic, un chic urbano e industrial, pero algo más de romanticismo le habría facilitado las cosas.

—Te dije que no es nada del otro mundo. Quinto piso. Lo siento.

Emma apretó el interruptor de la luz, que era de los de temporizador. Empezaron a subir por una escalera empinada de hierro forjado, que a ratos parecía despegarse del muro. De pronto Emma se dio cuenta de que los ojos de Dexter estaban a la altura de su trasero, y empezó a tocarse la falda por detrás, con nerviosismo, para alisar arrugas inexistentes. Al llegar al pasillo del tercer piso, el temporizador de la luz se apagó con un clic, y se quedaron un momento a oscuras. Emma tanteó hacia atrás,

hasta encontrar la mano de Dexter y llevarlo escaleras arriba. Llegaron a una puerta. Se sonrieron, a la débil luz de la ventana.

—Ya hemos llegado. *Chez moi!*

Emma sacó de la bolsa un manojo de llaves enorme, y empezó a afanarse en una compleja secuencia de cerraduras. Al cabo de un rato se abrió la puerta, dando entrada a un departamento pequeño pero agradable, con suelo gastado de madera pintada de gris, un sofá grande y desfondado y un escritorio pequeño y bonito que daba al patio, entre paredes llenas de libros en francés de aspecto austero, con todos los lomos del mismo color amarillo claro. Al lado había una cocina pequeña, con rosas frescas y fruta en la mesa. A través de otra puerta, Dexter vislumbró el dormitorio. Aún no habían hablado de cómo dormirían, pero él ya había visto la única cama del departamento: grande, de hierro forjado, pintoresca y voluminosa, como salida de una granja. Un solo dormitorio, y una sola cama. Por las ventanas entraba el sol de la tarde, subrayándolo. Miró de reojo el sofá, para asegurarse de que no era desplegable. No.

Una cama. Sintió palpitar la sangre en el pecho, aunque tal vez sólo fuera por la larga subida.

Emma cerró la puerta. Se quedaron callados.

—¡Bueno, aquí estamos!

—Está genial.

—Está correcto. Por aquí se entra en la cocina.

Entre la escalera y los nervios, a Emma le había dado sed. Fue al refrigerador, lo abrió y sacó una botella de agua con gas. Cuando ya estaba bebiendo, a tragos largos, de repente notó en el hombro la mano de Dexter. Luego, sin saber muy bien cómo, lo tuvo delante, dándole un beso. Como aún tenía la boca llena de agua efervescente, apretó mucho los labios para no arrojársela a la cara como un sifón. Después se apartó y se señaló los cachetes, absurdamente hinchados, como un pez globo. Sacudió las manos e hizo un ruido de cierta similitud con «espera un momento».

Dexter se apartó caballerosamente para dejarla tragar.

—Perdona.

—No pasa nada. Es que me agarraste por sorpresa.

Emma se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Mejor?

—Sí, Dexter, pero tengo que decirte…

Ya la estaba besando otra vez, con una presión torpe y excesiva, mientras ella se inclinaba hacia atrás, hacia la mesa de la cocina, que de pronto dio unos brincos ruidosos por el suelo, obligándola a girarse por la cintura para agarrar a tiempo el jarrón de rosas.

—Huy.

—Mira, Dex, la cuestión…

—Perdona; es que…

—Bueno, pero la cuestión…

—Estoy un poco tímido…

—Digamos que he conocido a alguien.

Dexter retrocedió literalmente un paso.

—Has conocido a alguien.

—A un hombre. A un chico. Estoy saliendo con un tipo.

—Un tipo. Ah, muy bien. ¿Y quién es?

—Se llama Jean-Pierre. Jean-Pierre Dusollier.

—¿Es francés?

—No, Dex, galés.

—No, sólo estoy sorprendido, nada más.

—¿Te sorprende que sea francés, o te sorprende que yo salga con alguien?

—No, pero es que… que un poco rápido, ¿no? Vaya, que llevando sólo un par de semanas… ¿Deshiciste primero la maleta, o…?

—¡Dos meses! Llevo aquí dos meses, y a Jean-Pierre lo conocí hace un mes.

—¿Y dónde le conociste?

—En un *bistrot* pequeño cerca de aquí.

—Un *bistrot* pequeño. Ya. ¿Cómo?

—¿Cómo?

—… Lo conociste.

—Pues… mmm… Estaba cenando sola, con un libro. Había un grupo de amigos, y uno me preguntó qué leía… —Dexter gimió y sacudió la cabeza, como un artesano burlándose de las manualidades ajenas. Emma fue a la sala de estar sin hacerle caso —. Total, que empezamos a hablar…

Él la siguió.

—¿Cómo, en francés?

—Sí, en francés; nos caímos bien, y ahora… ¡estamos saliendo juntos! —Emma se dejó caer en el sofá—. ¡Bueno, ya lo sabes!

—Ya. Claro, claro. —Las cejas de Dexter subieron y volvieron a bajar, a la vez que se contorsionaban sus facciones, investigando maneras de estar enfurruñado y sonreír al mismo tiempo—. Pues me alegro mucho, Emma. Está muy bien, en serio.

—No te pongas paternalista, Dexter, como si fuera una solterona…

—¿Yo? ¡Para nada! —Se giró a mirar el patio de abajo por la ventana, fingiendo indiferencia—. ¿Y qué tal es, este Jean…?

—Jean-Pierre. Simpático. Muy guapo, y muy encantador. Cocina increíblemente. Lo sabe todo de comida, de vinos, de arte, de arquitectura… Vamos, como muy muy… francés.

—¿En qué sentido? ¿Maleducado?

—No…

—¿Sucio?

—¡Dexter!

—Con una ristra de cebollas, y una bicicleta…

—Pero qué insoportable puedes llegar a ser…

—¡Carajo, ya dime qué significa eso de «muy francés»!

—No sé; tranquilo, relajado y…

—¿Sexy?

—Yo no he dicho «sexy».

—No, pero sí que te has vuelto muy *sexy*: las manos en el pelo, la blusa desabrochada…

—Qué palabra más tonta, «sexy»…

—Pero el sexo lo practican mucho, ¿no?

—Dexter, ¿por qué te pones tan…?

—No hay más que verte: estás brillante. Tienes como un brillito de sudor…

—Tampoco es para ponerse así… ¿Por qué lo haces, a ver?

—¿El qué?

—Ponerte tan… ¡cruel, como si hubiera hecho algo malo!

—No soy cruel; es que pensaba… —Dexter se calló y se giró a mirar por la ventana, apoyando la frente en el cristal—. Lástima que no me lo contaras antes de venir. Habría reservado un hotel.

—¡Puedes quedarte! Yo esta noche duermo con Jean-Pierre. —Emma le vio dar un respingo, aunque estuviera de espaldas—. En casa de Jean-Pierre. —Se inclinó, tomándose la cara con las manos—. ¿Qué creías que iba a pasar, Dexter?

—No lo sé —le masculló él a la ventana—. Esto no.

—Pues lo siento.

—¿Por qué crees que he venido a verte, Em?

—Para hacer una escapada. Para no pensar en nada. ¡Y ver los monumentos!

—He venido a hablar de lo que pasó. Lo de que al final estuviéramos juntos. —Dexter rascó el mastique de la ventana con una uña—. Es que creía que le habrías dado más importancia. Sólo eso.

—Dexter, sólo nos hemos acostado una vez.

—¡Tres veces!

—No me refiero al número de coitos, Dex; me refiero al momento, a la noche. Hemos pasado juntos una noche.

—¡Sí, pero me parecía digno de algún comentario! De repente me entero de que te has fugado a París, y de que te has echado en brazos del primer francés que…

—No me «fugué». ¡Ya había comprado el boleto! ¿Por qué crees que todo lo que pasa es por ti?

—¿Y no me podías llamar por teléfono, antes de…?

—¿Para qué, para pedirte permiso?

—¡No, para ver cómo lo tomaba!

—Un momento, un momento. ¿Estás molesto porque no hemos examinado nuestros… sentimientos? ¿Estás molesto porque te parece que debería haberte…

esperado?

—No lo sé —masculló él—. ¡Puede ser!

—Pero Dexter, Dios mío, ¿estás…? ¿Estás celoso?

—¡Pues claro que no!

—Entonces ¿por qué pones esa cara?

—No pongo ninguna cara.

—¡Pues mírame!

Lo hizo, malhumorado, con los brazos cruzados. A Emma se le escapó la risa.

—¿Qué pasa? ¿¿Qué pasa?? —preguntó él, indignado.

—Supongo que te das cuenta de que es un poco irónico, Dex.

—¿Qué tiene de irónico?

—Que de repente te hayas vuelto tan convencional, y tan… monógamo.

Estuvo un momento sin decir nada. Luego se volteó otra vez hacia el cristal.

Ella dijo, más conciliadora:

—Mira, estábamos los dos un poco borrachos.

—Yo no tanto…

—¡Dex, te quitaste los pantalones antes que los zapatos! —Él seguía sin querer voltear—. No te quedes en la ventana. Ven aquí a sentarte, haz el favor.

Emma puso en el sofá los pies descalzos y se sentó sobre las piernas. Dexter dio un par de golpes con la frente en el cristal, y luego, sin mirarla, cruzó la habitación y se dejó caer a su lado, como un niño expulsado del colegio. Emma le puso los pies en los muslos.

—Bueno, de acuerdo, ¿quieres que hablemos de esa noche? Pues hablamos.

Él no dijo nada. Ella le clavó un poco los dedos de los pies. Finalmente, Dexter la miró. Entonces ella dijo:

—Venga, empiezo yo. —Respiró hondo—. Yo creo que estabas muy disgustado, y un poco borracho, y que esa noche, cuando me viniste a ver… pues pasó. Yo creo que con toda la tristeza de haber roto con Sylvie, y de irte de casa y no ver a Jasmine, te encontrabas un poco solo, y necesitabas un paño de lágrimas. Uno que se acostara contigo. Que es lo que fui yo, un paño de lágrimas que se acostó contigo.

—O sea, que tú lo ves así…

—Sí, lo veo así.

—¿… Y sólo te acostaste conmigo para que estuviera mejor?

—¿Te quedaste mejor?

—Sí, mucho.

—Pues yo igual, o sea, que ya ves que funcionó.

—… Pero la cuestión no es ésa.

—Hombre, por cosas peores se acuesta la gente. Ya deberías saberlo.

—Ya, pero… ¿sexo por lástima?

—No, lástima no, compasión.

—No me friegues, Em.

—No te molesto; es que… de lástima no tenía nada, ya lo sabes. Ahora bien, es… complicado. Lo nuestro. Ven aquí, haz el favor.

Volvió a empujarlo con el pie. Al cabo de un momento, él se ladeó como un árbol talado, y apoyó la cabeza en su hombro.

Emma suspiró.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, Dex.

—Ya lo sé, pero bueno, me pareció buena idea: Dex y Em, Em y Dex, los dos juntos. Probarlo durante una temporada, a ver qué tal. Pensaba que tú también querías.

—Sí quiero. Quise. Antes, a finales de los ochenta.

—Y ahora ¿por qué no?

—Pues porque no. Porque es demasiado tarde. Ya no estamos para eso. Yo estoy demasiado cansada.

—¡Si tienes treinta y cinco años!

—Ya, pero es que tengo la sensación de que se nos ha pasado el momento —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes, sin haberlo probado?

—Dexter… ¡Conocí a otro!

Se quedaron un momento sin decir nada, escuchando los gritos de los niños en el patio, y el rumor lejano de los televisores.

—¿Y te gusta, el tipo ese?

—Sí. Me gusta mucho mucho.

Dexter bajó la mano y le agarró el pie derecho, que aún tenía polvo de la calle.

—No soy muy oportuno, ¿eh?

—No mucho, no.

Examinó el pie que tenía en la mano. Las uñas estaban pintadas de rojo, pero melladas; la más pequeña deformada, casi inexistente.

—Tienes unos pies que dan asco.

—Ya lo sé.

—El dedo pequeño parece un grano de maíz.

—Pues ya no lo toques.

—Oye, y esa noche… —Le clavó el pulgar en la dura piel de la planta—. ¿Tan mal estuvo, de verdad?

Ella le dio un buen golpe en la cadera con el otro pie.

—No hurgues, Dex.

—En serio, dímelo.

—No, Dexter, no estuvo tan mal; de hecho fue una de las noches más memorables de mi vida. De todos modos, creo que es mejor dejar las cosas como están. —Bajó las piernas del sofá y resbaló hasta que se tocaron sus caderas. Tomó la mano de Dexter y le apoyó la cabeza en el hombro. Se quedaron mirando los libreros, hasta que Emma suspiró—. ¿Por qué no dijiste todo esto…, no sé, hace ocho años?

—No sé; supongo que estaba demasiado enfrascado en… intentar divertirme.

Levantó la cabeza para mirarle de lado.

—Y ahora que ya no te diviertes, vas y piensas: «Vamos a probar con la buena de Em…».

—No quería decir eso…

—No soy ningún premio de consolación, Dex. No soy un último recurso. Por si te interesa, me valoro mucho más.

—Y yo también te valoro mucho más. Por eso he venido. Eres una maravilla, Em.

Al cabo de un rato, Emma se levantó bruscamente, agarró un cojín, se lo tiró con fuerza a la cabeza y se fue al dormitorio.

—Cállate, Dex.

Él le tomó la mano al pasar, pero Emma se soltó.

—¿Adónde vas?

—A bañarme y cambiarme. ¡No vamos a quedarnos toda la noche aquí sentados! —dijo en voz alta desde la otra habitación, mientras sacaba con rabia ropa del clóset, y la tiraba a la cama—. ¡Llegará en veinte minutos!

—¿Quién llegará?

—¿Tú quién crees? ¡Mi NUEVO NOVIO!

—¿Que va a venir Jean-Pierre?

—Ajá. A las ocho. —Se empezó a desabrochar los botones de la falda, que eran minúsculos, pero al final se rindió, se la quitó impacientemente por la cabeza y la tiró al suelo—. ¡Saldremos a cenar! ¡Los tres!

Dexter dejó caer la cabeza hacia atrás, con un largo gemido.

—Dios mío. ¿Tenemos que ir?

—Pues sí, lo siento, ya está organizado. —Emma estaba desnuda, y enfadada: consigo misma, y por la situación—. ¡Te vamos a llevar al restaurante donde nos conocimos! ¡El famoso *bistrot*! ¡Estaremos sentados en la misma mesa, tomados de la mano, contándotelo a ti! Va a ser todo muy pero que muy romántico. —Dio un portazo, y gritó por la puerta del cuarto de baño—: ¡Y no tendrá nada de violento!

Dexter oyó el ruido de la regadera. Se recostó en el sofá, mirando al techo, avergonzado por la absurda expedición. Había creído que tenía la solución, que podrían rescatarse mutuamente, cuando lo cierto era que Emma estaba bien desde hacía años. Si alguien necesitaba que le rescatasen, era él.

Quizá tuviera razón ella: quizá sólo fuera un poco de soledad. Oyó borbotear las cañerías antiguas al pararse la regadera. Otra vez la misma horrible y vergonzosa palabra: solo. Y lo peor era saber que era verdad. Jamás en la vida se habría imaginado que se encontraría solo. Para su fiesta de los treinta años, había llenado todo un club al lado de Regent Street, con la gente haciendo cola en la acera para entrar. En la tarjeta SIM del teléfono celular que llevaba en el bolsillo casi no cabían los números telefónicos de los centenares de personas que había conocido en los últimos diez años; y sin embargo, la única persona con quien había tenido ganas de

hablar en todo ese tiempo estaba ahora en la habitación de al lado.

¿Podía ser verdad? Analizó otra vez la idea, y al corroborar su exactitud, se levantó de golpe, con la intención de decírselo enseguida. Dio unos pasos hacia el cuarto de baño, y se paró.

La veía por el resquicio de la puerta. Estaba sentada frente a un pequeño tocador de los años cincuenta, con el pelo corto mojado del baño, llevaba un vestido de seda negra a la antigua, que le llegaba a las rodillas. Tenía el cierre abierto hasta la base de la espalda, lo suficiente para ver la sombra de debajo de los omóplatos. Estaba inmóvil, erguida, la mar de elegante, como si esperase a que viniera alguien a subirle el cierre. Era una idea tan seductora, tenía algo tan íntimo y satisfactorio aquel sencillo gesto, a la vez conocido y novedoso, que Dexter estuvo a punto de entrar directamente en el cuarto. Le abrocharía el vestido; luego le daría un beso en la curva entre el cuello y el hombro, y se lo diría.

En vez de eso, lo que hizo fue observarla en silencio, viendo que tomaba un libro del tocador, un diccionario francés/inglés grande y muy usado. Después de hojearlo un poco, Emma se detuvo bruscamente, dejando caer la cabeza hacia delante, y gruñendo de rabia a la vez que se apartaba el flequillo. Dexter se rio de su exasperación; creía no haber hecho ruido hasta que la vio mirar hacia la puerta, y retrocedió rápidamente. Hizo crujir los tablones del suelo al lanzarse absurdamente en dirección a la cocina, para abrir las dos llaves y empezar a mover inútilmente tazas en el fregadero, como coartada. Al cabo de un rato, oyó el timbre del teléfono antiguo del dormitorio al ser descolgado del soporte, y cerró las dos llaves para poder espiar la conversación con el tal Jean-Pierre. Un murmullo en francés, de enamorados. Aguzó el oído, pero no entendía una sola palabra.

Volvió a sonar el teléfono. Poco después, Emma estaba en la puerta.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Dexter por encima del hombro, como si nada.

—Con Jean-Pierre.

—¿Y cómo estaba Jean-Pierre?

—Bien, muy bien.

—Me alegro. Bueno, debería cambiarme. ¿Cuándo has dicho que vendrá?

—No vendrá.

Se giró.

—¿Qué?

—Le dije que no venga.

—¿De verdad? ¿Se lo dijiste?

Tuvo ganas de reír…

—Le dije que tengo amigdalitis.

… Unas ganas locas de reír, pero aún no era el momento. Se secó las manos.

—¿Cómo se dice? Amigdalitis. En francés.

Emma se puso los dedos en el cuello.

—*Je suis très désolée, mais mes glandes sont gonflées* —dijo sin fuerzas, con voz ronca—. *Je pense que je peux avoir l'amygdalite*.

—*¿L'amy…?*

—*L'amygdalite.*

—Tienes un vocabulario increíble.

—Bueno… —Encogió los hombros con modestia—. Lo he tenido que buscar.

Se sonrieron. Después, como si se le acabara de ocurrir una idea, Emma cruzó la habitación en tres zancadas, le agarró la cara entre las manos y le dio un beso. Él le puso las manos en la espalda, descubriendo que el cierre seguía sin cerrar, y tocando la piel desnuda, fresca y húmeda del baño. Estuvieron un momento besándose así. Después ella le miró atentamente, sin soltarle la cara.

—Como me hagas perder el tiempo, Dexter…

—Que no…

—Lo digo en serio: como me des falsas esperanzas, o me falles, o me engañes a escondidas, te asesinaré. Juro por Dios que te comeré el corazón.

—No haré nada de eso, Em.

—¿No?

—Te juro que no.

Frunció el ceño, sacudió la cabeza y volvió a pasarle los brazos por la espalda, hundiendo la cara en su hombro, y haciendo un ruido que casi parecía de rabia.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Nada. No, nada. Es que… —Lo miró—. Es que creía que al final me había librado de ti.

—No creo que puedas —dijo él.

Cuarta parte

2002-2005

Cuarenta y tantos

«Hablaron muy poco de sus sentimientos mutuos, pues las frases bonitas y las expresiones cálidas eran acaso innecesarias entre amigos tan íntimos».

THOMAS HARDY, *Lejos del mundanal ruido*

Capítulo 16

Lunes por la mañana

LUNES 15 DE JULIO DE 2002

Belsize Park

El radiodespertador suena a la hora de siempre, las 07:05. Fuera ya es de día, y no hay nubes, pero todavía no se mueve ninguno de los dos. Se quedan acostados, el brazo de él en la cintura de ella, los tobillos enredados, en la cama doble de Dexter en Belsize Park, en lo que hace muchos años era un departamento de soltero.

Dexter lleva un rato despierto, ensayando mentalmente un tono de voz y unas palabras que aúnen elocuencia y naturalidad. Al notar que Emma se mueve, habla.

—¿Puedo decir una cosa? —le dice en la nuca, sin abrir los ojos, con la boca pegada de sueño.

—Dime —dice ella con cierto recelo.

—Creo que es una locura que tengas tu propio departamento.

Ella sonríe, dándole la espalda.

—Bien.

—Total, duermes aquí casi todas las noches.

Abre los ojos.

—No tengo por qué.

—No, es que quiero yo.

Se gira en la cama, y ve que él aún tiene los ojos cerrados.

—Dex, ¿me estás…?

—¿Qué?

—¿Me estás pidiendo que seamos compañeros de departamento?

Él sonríe. Sin abrir los ojos, toma su mano por debajo de la sábana y se la aprieta.

—Emma, ¿quieres ser mi compañera de departamento?

—¡Por fin! —masculla ella—. Dexter, llevo toda la vida esperándolo.

—Entonces, ¿qué? ¿Sí?

—Déjame pensarlo.

—Pero me dirás algo, ¿no? Porque si no te interesa, se lo ofrezco a otra persona.

—Te dije que lo pensaré.

Él abre los ojos. Se esperaba un sí.

—¿Qué hay que pensar?

—Bueno, no sé… Vivir juntos.

—En París vivíamos juntos.

—Ya lo sé, pero era París.

—Ahora vivimos más o menos juntos.

—Ya lo sé, pero es que…

—Además, es una tontería que rentes; tal como está el mercado inmobiliario, rentar es tirar el dinero.

—Hablas como si fueras mi asesor financiero. Es muy romántico. —Emma frunce los labios y le da un beso, un cauto beso matinal—. ¡No lo dirás sólo por planificación financiera!

—Bueno, eso sería lo principal, pero también creo que estaría… bien.

—Bien.

—Que vivieras tú aquí.

—¿Y Jasmine?

—Ya se acostumbrará. Además, sólo tiene dos años y medio. No depende de ella, ¿verdad? Ni de su madre.

—¿Y no estaríamos un poco…?

—¿Qué?

—Estrechos. Los tres aquí, los fines de semana.

—Ya nos las arreglaremos.

—¿Dónde trabajaré?

—Aquí, si quieres, cuando yo estoy fuera.

—¿Y tú dónde te llevarás a tus amantes?

Dexter suspira, un poco aburrido del chiste después de un año de fidelidad casi maniaca.

—Iremos a hoteles, por la tarde.

Vuelven a enmudecer, mientras la radio sigue parloteando. Emma cierra otra vez los ojos, intentando verse abriendo cajas de cartón y buscando sitio para su ropa y sus libros. A decir verdad, prefiere el ambiente de su departamento, un ático acogedor y vagamente bohemio al lado de Hornsey Road. Belsize Park es demasiado lindo, demasiado fino, y a pesar de los esfuerzos de ella, y de la colonización gradual por parte de sus libros y su ropa, el departamento de Dexter conserva el aire de los años de soltero: la videoconsola, el televisor gigante, la ostentosa cama…

—Siempre pienso que abriré un clóset y me quedaré enterrada debajo de… no sé, un alud de tangas, o algo así.

Pero, ya que Dexter ha hecho la propuesta, se siente en la obligación de ofrecer algo a cambio.

—Igual deberíamos plantearnos comprar algo en otro sitio —dice—. Algo más grande.

Ya han vuelto a topar con el gran tema del que no se habla. Sigue un largo silencio, en el que Emma se pregunta si Dexter se habrá vuelto a dormir, hasta que él dice:

—Bien, pues lo hablamos esta noche.

Y así empieza otra semana, como la anterior, como las que vendrán. Se levantan y se visten. Emma recurre a las limitadas reservas de ropa que a duras penas caben en su porción de clóset. Dexter se baña primero, y Emma, después. Él, mientras tanto, va a comprar el periódico, y leche, si hace falta. Lee las páginas de deportes, y ella, las noticias. Luego, después del desayuno (el cual transcurre en su mayor parte en un silencio cómodo), Emma recoge su bicicleta del pasillo y la empuja con Dexter hacia el metro. Cada día se despiden con un beso a las ocho y veinticinco, aproximadamente.

—Sylvie pasará a dejar a Jasmine a las cuatro —dice él—. Yo volveré a las seis. ¿Seguro que no te importa estar aquí?

—Claro que no.

—¿Y estarás bien con Jasmine?

—Perfecto. Igual vamos al zoológico. Ya veremos.

Se dan otro beso, y ella se va a trabajar, y él se va a trabajar, y así pasan los días, más rápidos que nunca.

Trabajo. Dexter vuelve a tener su propia empresa, aunque de momento «empresa» parece una palabra un poco fuerte para este pequeño café delicatessen de una calle residencial entre Highgate y Archway.

La idea se fraguó en París, durante el largo y extraño verano en que desmantelaron la vida de él entre los dos y la volvieron a armar. Fue idea de Emma, en la terraza de un café cerca del Parc des Buttes Chaumont, en el noreste.

—Te gusta la comida —dijo—. Sabes de vinos. Podrías vender café del bueno a granel, quesos importados y todas esas cosas lujosas que le gustan a la gente de hoy en día. Nada pretencioso ni lujoso; una tiendecita linda, con mesas fuera en verano.

A Dexter, al principio, le molestaba la palabra «tienda»; no acababa de verse de «tendero», ni, peor aún, al frente de una tienda de ultramarinos. Lo que ya sonaba mejor, en cambio, era «especialista en alimentos importados». Mejor verlo como un bar restaurante que también vendía comida. De ese modo sería un empresario.

Y así, a finales de septiembre, en el momento en que París empezaba, finalmente, a perder algo de lustre, volvieron juntos en tren. Algo morenos, con ropa nueva, caminaban del brazo en el andén con la impresión de llegar a Londres por primera vez, llenos de planes y proyectos, resoluciones y ambiciones.

Sus amigos asentían sabia y sentimentalmente, como si lo supieran desde siempre. Emma volvió a ser presentada al padre de Dexter («pues claro que me acuerdo; me llamaste fascista»), a quien explicaron la idea del nuevo negocio con la esperanza de que estuviera dispuesto a ayudarlos con la financiación. Desde la muerte de Alison, existía el acuerdo tácito de que, a su debido tiempo, Dexter recibiría algo de dinero. Parecía un buen momento. Interiormente, Stephen Mayhew seguía pensando que su hijo perdería hasta el último céntimo, pero todo era poco a cambio

de estar seguro de que nunca jamás volvería a salir en la televisión. También ayudaba la presencia de Emma. Al padre de Dexter le gustaba Emma, y por primera vez en varios años, sintió que le gustaba su hijo a causa de ella.

El local lo encontraron juntos. Un videoclub, que con sus estantes de VHS polvorientos ya era una anomalía, había acabado por rendir el alma. Tras un último empujón de Emma, Dexter presentó una oferta, y lo alquiló por un año. Durante un largo y húmedo enero arrancaron los estantes de metal y repartieron los videos de Steven Seagal por las tiendas de beneficencia de la zona. Rascaron las paredes, las pintaron de un blanco roto, las revistieron de madera oscura y se pasearon por otros restaurantes y bares en quiebra en busca de una cafetera industrial decente, congeladores y refrigeradores con puerta de cristal. Cada negocio fracasado le recordaba a Dexter lo que se jugaba, y lo fácil que era fracasar.

Pero siempre estaba Emma con él, impulsándolo a seguir, alimentando su convicción de ir por buen camino. Era un barrio con futuro, decían las inmobiliarias; un barrio que se iba poblando lentamente de jóvenes profesionales, conocedores del valor de la palabra «artesano», y deseosos de tarros de confit de pato; clientes a quienes no les importaba pagar dos libras por una barra de pan irregular, o por un trozo de queso de cabra del tamaño de una pelota de *squash*. Sería el tipo de establecimiento al que iría la gente para que se notara que estaban escribiendo una novela.

El primer día de primavera, en plenas reformas, se sentaron en la acera de enfrente de la tienda y redactaron una lista de posibles nombres (combinaciones cursis de palabras como *magasin, vin, pain* y París, pronunciado «Paguí»), hasta que se decidieron por Belleville Café, que aportaba algo del sabor del 19e *arrondissement* justo al sur de la A1. Dexter constituyó una sociedad limitada, la segunda después de Mayhew TV, con Emma como secretaria de la empresa, y también coinversora, gracias a una aportación pequeña pero importante. Los primeros dos libros de Julie Criscoll empezaban a dar dinero. Ya estaba en proyecto la segunda serie de dibujos animados, y se empezaba a hablar de *merchandising*: cajas de lápices, tarjetas de felicitación e incluso una revista mensual. Incuestionablemente, estaba «bien situada», como habría dicho su madre. Tras cierta cantidad de carraspeos, se vio en la extraña (y levemente turbadora) circunstancia de poder ofrecer ayuda económica a Dexter; y él, tras cierta cantidad de cambios de postura, aceptó.

Abrieron en abril. Dexter se pasó los seis primeros meses detrás del mostrador de madera oscura, viendo entrar a gente, echar un vistazo, resoplar y salir. Luego, sin embargo, se empezó a correr la voz, la cosa se fue animando, y él estuvo en situación de contratar dependientes. Empezó a tener clientes habituales, e incluso a disfrutar.

Ahora es un sitio de moda, aunque en un sentido más manso y sosegado de lo que él estaba acostumbrado. La nueva fama de Dexter se limita al barrio, y no se debe a nada más que a su selección de tés, pero algo queda del viejo rompecorazones que ruboriza las futuras mamás que entran a comerse unas pastas después de la clase de

gimnasia preparto. Casi vuelve a tener éxito, casi, aunque a pequeña escala. Abre el grueso candado que sujeta la persiana metálica, caliente al tacto en esta radiante mañana de verano. La sube, abre la puerta con llave y se siente… ¿qué? ¿Satisfecho? ¿Tirando a feliz? No, feliz. Secretamente, y por primera vez en muchos años, está orgulloso de sí mismo.

Claro que hay martes largos y tediosos en que le gustaría bajar la persiana y beberse metódicamente todo el vino tinto, pero no es el caso de hoy. Hoy es un día de calor, por la noche verá a su hija, y se pasará con ella gran parte de los ocho días siguientes, mientras Sylvie y el cabrón de Callum se van a otra de sus constantes vacaciones. Por algún extraño misterio, ahora Jasmine tiene dos años y medio, y es una niña serena, guapa como su madre. Puede entrar en el café, jugar a tiendas y ser objeto de las monerías de los empleados. Y por la noche, cuando Dexter vuelva a casa, estará Emma. Por primera vez en muchos años, está más o menos donde quiere estar. Tiene una pareja por quien siente amor y deseo, y que también es su mejor amiga. Tiene una hija guapa e inteligente. Le va bien. Todo irá bien a condición de que nada cambie.

A tres kilómetros, justo al lado de Hornsey Road, Emma sube el tramo de escaleras, abre con llave la puerta principal y respira el aire frío y enrarecido de un departamento donde hace cuatro días que no vive nadie. Se prepara un té, se sienta en su escritorio, enciende la computadora y se queda mirándola casi una hora. Hay mucho que hacer: leer y dar el visto bueno a guiones para la segunda serie de Julie Criscoll, escribir quinientas palabras del tercer volumen y trabajar en las ilustraciones. Tiene cartas y *e-mails* de jóvenes lectores, notas personales serias, desconcertantes en bastantes casos, que requieren cierta atención, sobre la soledad y el acoso, y este chico que me gusta tanto, pero tanto.

Pero no se le va de la cabeza la propuesta de Dexter. Hace un año, durante el largo y extraño verano en París, tomaron una serie de decisiones sobre su futuro en común —si realmente llegaban a tener un futuro en común—, y uno de los grandes ejes del plan era no vivir juntos: vidas separadas, departamentos separados y amigos separados. Se esforzarían por estar juntos, y ser fieles, por supuesto, pero no de una manera convencional. Nada de pasarse los fines de semana de inmobiliaria en inmobiliaria, ni de ir juntos a cenar a casa de nadie, ni de regalarse flores el día de San Valentín; nada de la parafernalia de las parejas y de lo doméstico. Ya lo habían intentado, y a ninguno de los dos le había salido bien.

Emma se lo imaginaba como una solución sofisticada y moderna, un nuevo tipo de vida, pero hay que esforzarse tanto por disimular que quieren estar juntos, que últimamente parecía inevitable que se derrumbase alguno de los dos. Lo que no se esperaba era que fuese Dexter. Hay un tema del que casi no han hablado, y ahora parece imposible eludirlo. Tendrá que respirar hondo y decir la palabra: hijos. No,

«hijos» no; mejor no asustarlo; mejor usar el singular. Quiere tener un hijo.

Ya lo han hablado alguna vez, con circunloquios humorísticos, y él se ha pronunciado vagamente en el sentido de que tal vez, en un futuro, cuando se haya asentado todo un poco… Pero ¿se puede asentar mucho más? Allá está el tema, en medio de la sala, y chocan constantemente con él. Está presente cada vez que llaman por teléfono los padres de Emma, y está presente cada vez que ella y Dexter hacen el amor —con bastante frecuencia, aunque menor que en la depravación del departamento de París. Le impide conciliar el sueño. A veces ve posible hacer un mapa de su vida a partir de lo que le preocupa a las tres de la madrugada: primero los niños, luego— durante demasiado tiempo —el dinero, luego el trabajo, luego su relación con Ian, y luego su infidelidad. Ahora, esto. Tiene treinta y seis años, lo que quiere es un hijo, y si él no lo quiere, tal vez sea mejor…

¿Qué? ¿Dejarlo? Dar ese tipo de ultimátums parece algo melodramático y degradante. Por otra parte, la idea de cumplir la amenaza le resulta inconcebible, al menos de momento. Aun así, decide sacar el tema por la noche. No, esta noche no, que se queda Jasmine a dormir, pero pronto.

Tras perder el tiempo toda la mañana, a la hora de comer va a la alberca, cuyos carriles recorre laboriosamente sin que se le despeje la cabeza. Luego vuelve en bicicleta al piso de Dexter, con el pelo mojado, y al llegar se encuentra un cuatro por cuatro negro, enorme, vagamente siniestro. Es un coche de gánsters, con dos siluetas visibles por el parabrisas: una de ellas, ancha y baja, y la otra, alta y delgada. Son Sylvie y Callum, que gesticulan como locos en otra de sus discusiones. Emma los oye desde el otro lado de la calle. Al acercarse con la bici, ve el rostro crispado de Callum, y a Jasmine en el asiento trasero, con la mirada fija en un libro ilustrado, que le sirve de pantalla contra el ruido. Emma da unos golpecitos en la ventanilla más próxima a Jasmine, y la ve alzar la mirada, sonreír —diminutos dientes blancos en una boca ancha— y presionar el cinturón de seguridad para salir.

A través del parabrisas, Emma y Callum se saludan con la cabeza. La etiqueta de la infidelidad, la separación y el divorcio resulta un poco infantil. El caso es que hay lealtades declaradas y enemistades juradas, y aunque Emma conozca a Callum desde hace veinte años, ya no puede hablar directamente con él. En cuanto a la ex mujer, Sylvie y Emma ya han encontrado un tono, de alegría forzada, sin rencores. Aun así, la antipatía hace temblar el aire entre las dos, como el calor.

—¡Perdona! —dice Sylvie al desplegar sus largas piernas y sacarlas del coche—. ¡Es que no nos ponemos de acuerdo sobre la cantidad de equipaje!

—A veces las vacaciones estresan un poco —dice Emma, por decir algo.

Una vez desabrochada la sillita, Jasmine trepa a los brazos de Emma, le hunde la cara en el cuello y le abraza en las caderas con unas piernas flacas. Emma sonríe, un poco incómoda, como diciendo: «¿Qué le voy a hacer?»; también Sylvie, con una sonrisa tan rígida y forzada que lo sorprendente es que no tenga que usar los dedos.

—¿Dónde está papá? —dice Jasmine en el cuello de Emma.

—Trabajando. Llegará muy pronto.

Emma y Sylvie sonríen un poco más.

—¿Qué, cómo le va? —Consigue decir Sylvie—. El café.

—La verdad es que muy bien.

—Bueno, siento no verlo. Dale un beso de mi parte.

Más silencio. Callum arranca, como una manera de meter prisa.

—¿Quieren entrar? —pregunta Emma, sabiendo la respuesta.

—No, tenemos que irnos.

—¿Adónde van, que no me acuerdo?

—A México.

—México. Qué bonito.

—¿Has estado?

—No, pero una vez trabajé en un restaurante mexicano.

Sylvie chasquea la lengua. Se oye el vozarrón de Callum en el asiento delantero.

—¡Vamos, que no quiero encontrarme con tráfico!

Jasmine es devuelta al coche para las despedidas, los pórtate bien y los no veas demasiado la tele. Emma mete discretamente en casa el equipaje de la niña: una maleta de vinil rosa chicle, con ruedas, y una mochila en forma de oso panda. Al salir, se encuentra a Jasmine en la acera, esperando muy formal, con un montón de libros ilustrados contra el pecho. Está guapa, chic, inmaculada, un poco triste: la viva imagen de su madre, y en absoluto la de Emma.

—Nos tenemos que ir. Últimamente registrarse es una pesadilla.

Sylvie vuelve a encajar sus largas piernas en el coche, como una especie de navaja plegable. Callum mira fijamente hacia delante.

—Bueno, que se la pasen muy bien en México. Que se diviertan con el *snorkel*.

—No, *snorkel* no, submarinismo. El *snorkel* es para los niños —dice Sylvie, con una dureza involuntaria.

Emma se molesta.

—Perdona. ¡Submarinismo! ¡No se ahoguen!

Sylvie arquea las cejas, formando una pequeña O con los labios. ¿Qué quiere que le diga? ¿«Lo he dicho en serio, Sylvie; no se ahoguen, por favor, no quiero que se ahoguen»? Demasiado tarde. Lo hecho, hecho está. Se ha roto la ilusión de fraternidad. Sylvie estampa un beso en la coronilla de Jasmine, da un portazo y se va.

Emma y Jasmine se quedan saludando con la mano.

—Bueno, Min, tu papi no vuelve hasta las seis. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé.

—Es temprano. ¿Y si vamos al zoológico?

Jasmine asiente vigorosamente. Emma tiene un pase familiar para el zoológico. Entra, dispuesta a prepararse para una tarde más con la hija de otro.

Dentro del coche grande y negro, la ex señora Mayhew tiene los brazos cruzados, la cabeza apoyada en el cristal tintado y los pies en el asiento, mientras Callum suelta palabrotas a causa del tráfico de Euston Road. Últimamente casi no se hablan; sólo se gritan y se enseñan los dientes. Estas vacaciones, como las demás, son una tentativa de arreglar las cosas.

El último año de su vida no ha sido ningún éxito. Callum ha resultado ser un bruto y un mezquino. Lo que a Sylvie le parecía ímpetu y ambición ha demostrado ser poca disposición a pasar las noches en casa. Ella sospecha que la engaña. Parece que a Callum le moleste la presencia de Sylvie en «su» casa, y también la de Jasmine. Le grita por el mero hecho de que se comporta como una niña; eso cuando no evita por completo su presencia. Le suelta máximas absurdas: «Jasmine, *quid pro quo*». ¡Pero si tiene dos años y medio, por amor de Dios! Aunque Dexter fuera un inepto y un irresponsable, al menos le ponía ganas (a veces demasiadas). En cambio Callum trata a Jasmine como a un trabajador que no está dando buenos resultados. En cuanto a la familia de Sylvie, si recelaba de Dexter, a Callum lo desprecia sin rodeos.

Ahora, cada vez que ve a su ex marido se lo encuentra sonriente, siempre sonriente, publicitando su felicidad como si fuera de alguna secta. Dexter lanza a Jasmine por los aires, le hace cosquillas y aprovecha cualquier ocasión para enseñar lo maravilloso que se ha vuelto como padre. Sólo faltaba la tal Emma. De lo único que habla Jasmine es de que si Emma esto, que si Emma lo otro, y de que su mejor amiga, la mejor de todas, es Emma. Trae a casa trozos de pasta pegados en cartulinas de colores, y cuando Sylvie le pregunta qué es, contesta que Emma. Luego habla sin parar de que se han ido juntas al zoológico. Se ve que tienen un pase familiar. ¡Pero qué pagados de sí mismos, por Dios! Es insufrible. Dex y Em, Em y Dex, él con su mísera tiendita de la esquina —por cierto, Callum ya tiene cuarenta y ocho sucursales de Natural Stuff—, y ella con su bici, su cintura que engorda, sus maneras de estudiante y su actitud jodidamente irónica. A su modo de ver, tiene algo de siniestro y de calculador el que Emma se haya visto ascendida de madrina a madrastra, como si hubiera estado al acecho desde siempre, dando vueltas en espera del momento justo. ¡No se ahoguen! Bruja descarada…

A su lado, Callum suelta palabrotas a causa del tráfico de Marylebone Road. Sylvie siente un gran resentimiento por la felicidad ajena, sumada a la tristeza de verse por una vez en el equipo perdedor; pena, también, por lo desagradables, descorteses y rencorosos que son todos estos pensamientos. A fin de cuentas, fue ella quien dejó a Dexter, y le partió el corazón.

Ahora Callum está soltando palabrotas a causa del tráfico en la Westway. A Sylvie le gustaría tener pronto otro hijo, pero ¿cómo? Le espera una semana de submarinismo en un hotel de lujo mexicano, y ya sabe que no bastará.

Capítulo 17

Discursodelgrandía.doc

MARTES 15 DE JULIO DE 2003

North Yorkshire

La casa rural no tenía nada que ver con las fotos. Era pequeña, oscura, con el típico olor de casa rural —a ambientador y clósets cerrados—, y parecía retener el frío del invierno en sus paredes de piedra, con el resultado de que el ambiente era fresco y húmedo hasta en un día tórrido de julio.

Pero bueno, no pasaba nada. Era funcional, quedaba lejos de todo, y tenía una vista impresionante de los North Yorkshire Moors, incluso por unas ventanas tan minúsculas. Salían casi todos los días a caminar, o en coche por la costa, a visitar centros de turismo playero anticuados, que Emma recordaba de sus excursiones de la infancia: pueblos polvorientos que parecían atascados en 1976. Era el cuarto día de viaje. Estaban en el ancho paseo marítimo de Filey, con vistas a la extensa playa, que, al ser martes y no haberse terminado el curso, aún estaba bastante vacía.

—¿Ves aquello de allá? Es donde a mi hermana la mordió un perro.

—¡Qué interesante! ¿Cómo era el perro?

—Perdona, ¿te aburro?

—Sólo un poco.

—Pues mala suerte. Aún quedan cuatro días.

Por la tarde tenían programada una ambiciosa excursión en bicicleta, planeada por Emma, a una cascada, pero al cabo de una hora se encontraron en medio del campo, mirando el mapa del Instituto Cartográfico sin entender nada. Al final se rindieron y se tendieron en el brezo seco a echar la siesta bajo el sol. Emma se había traído una guía de pájaros y unos enormes prismáticos del ejército, del tamaño y el peso de un motor diésel. Se los puso en los ojos, no sin esfuerzo.

—Mira hacia arriba. Creo que es un aguilucho pálido.

—Mmmm.

—Ya verás. ¡Mira, mira! Allá arriba.

—No me interesa. Estoy durmiendo.

—¿Cómo puede no interesarte? Es precioso.

—Soy demasiado joven para observar pájaros.

Emma se rio.

—Eso es una tontería, ya lo sabes.

—Perdidos como estamos, sólo me falta eso. Lo próximo será la música clásica.

—Demasiado moderno para observar pájaros…

—Luego la jardinería, y al final te comprarás los jeans en Marks & Spencer y querrás irte a vivir al campo. Nos diremos «cariño». He visto casos, Em. Cuando empieza, no hay quien lo pare.

Ella se apoyó en un brazo, se inclinó y le dio un beso.

—Vuelve a recordarme por qué vamos a casarnos.

—No es demasiado tarde para anularlo.

—¿Aún nos devolverían la fianza?

—No creo.

—Bien. —Le dio otro beso—. Déjame pensarlo.

La boda sería en noviembre: una boda de invierno, discreta y con pocos invitados, en el registro civil, seguida por un banquete pequeño y sin excesos para los amigos íntimos y la familia, en uno de sus restaurantes favoritos del barrio. Ellos insistían en que no era una boda de verdad, sino una excusa para una fiesta. Los votos matrimoniales serían laicos, no demasiado sentimentales, y aún no los habían redactado. Casi les parecía demasiado violento sentarse frente a frente a componer las promesas que se intercambiarían.

—¿Y no podríamos aprovechar las que le escribiste a tu ex?

—Pero obediencia sí me prometerás, ¿no?

—Sólo si tú me prometes no aficionarte al golf jamás de los jamases.

—¿Y tú te pondrás mi apellido?

—«Emma Mayhew». Podría ser peor, supongo.

—Podrías juntarlo al tuyo con un guión.

—Morley-Mayhew. Suena a pueblo de los Cotswolds. «Tenemos una casita justo en las afueras de Morley-Mayhew».

Y así se acercaban al gran día: con frivolidad, pero también con una euforia íntima y discreta.

Aquella semana en Yorkshire era su última oportunidad de irse de vacaciones antes del modesto y discreto gran día. Emma tenía un plazo de entrega que cumplir, y a Dexter le ponía nervioso ausentarse toda una semana del negocio, pero al menos el viaje les permitía pasar por casa de los padres de Emma, visita que su madre se había tomado como si se quedara la familia real a dormir. Había servilletas de tela en vez del papel de cocina de siempre; también *trifle*, con brillante fruta y gelatina, y una botella de Perrier en el refrigerador. Después de la ruptura de Emma con Ian, parecía que Sue Morley no podría volver a enamorarse, pero sí: su fijación por Dexter era aún mayor, si cabía, y coqueteaba con él poniendo una voz rara, afectada, como un servicio de información horaria teñido de coquetería. Dexter, como era de rigor, correspondía al coqueteo, mientras al resto de la familia Morley no le quedaba otra que mirar fijamente las baldosas del suelo, intentando no reírse. A Sue le daba igual;

para ella era como si por fin se hiciese realidad una antigua fantasía: su hija iba a casarse de verdad con el príncipe Andrés.

Mirando a Dexter a través de los ojos de su familia, Emma se había enorgullecido de él: encantador con Sue, juvenil y divertido con los primos, y aparentando un interés sincero por la carpa *koi* de su padre y las posibilidades de que el Manchester United ganara la liga. La única que parecía dudar del atractivo y la sinceridad de Dexter era la hermana pequeña de Emma. Divorciada y con dos hijos —ambos niños —, resentida y perpetuamente exhausta, Marianne no estaba de humor para otra boda. Hablaron por la noche, al lavar los platos.

—A mí lo que me gustaría saber es por qué mamá pone una voz tan tonta.

—Porque Dexter le gusta. —Emma clavó el codo en el brazo de su hermana—. A ti también, ¿verdad?

—Es simpático. Sí me gusta. Sólo que pensaba que tenía fama de coger con todo el mundo.

—Eso sería hace tiempo. Ahora no.

Marianne hizo una mueca, y se notó que se aguantaba un comentario sobre los leopardos y sus manchas.

Abandonando la búsqueda de la cascada, volvieron en coche al pub del pueblo, y se pasaron la tarde comiendo papas fritas y jugando partidas muy igualadas de billar.

—Me parece que a tu hermana no le caigo muy bien —dijo Dexter al juntar las bolas para la partida decisiva.

—Claro que le caes bien.

—Casi no me habló.

—Bueno, es que es tímida, y un poco cascarrabias. Es su forma de ser.

Dexter sonrió.

—Tu acento.

—¿Qué le pasa?

—Desde que estamos aquí arriba, te has vuelto más del norte que nadie.

—¿Ah, sí?

—Nada más salir a la M1.

—Pero ¿te molesta? No, ¿verdad?

—En absoluto. ¿A quién le toca?

La partida la ganó Emma. Volvieron caminando a la casita, mientras anochecía, mareados y afectuosos por beber cerveza sin nada en el estómago. Mitad vacaciones, mitad trabajo: el plan era pasar el día juntos y que Emma trabajara por las noches, pero dado que el viaje coincidía con los días más fértiles de su ciclo, no podían desaprovechar la ocasión.

—¿Qué? ¿Otra vez? —masculló Dexter cuando Emma cerró la puerta y le dio un beso.

—Sólo si quieres.

—No, si querer sí que quiero, pero es que tengo la sensación de estar…, no sé, en una granja de sementales…

—Es que lo estás. Lo estás.

A las nueve, Emma dormía en la cama, grande, incómoda. Fuera aún quedaba luz. Dexter escuchó un momento su respiración, con la vista en el pequeño recuadro de brezo lila que se veía por la ventana del dormitorio. Como estaba intranquilo, se deslizó de la cama, se puso algo encima y bajó sin hacer ruido a la cocina, donde se dio el lujo de una copa de vino y se preguntó qué harían a partir del día siguiente. Acostumbrado a la campiña de Oxfordshire, le ponía nervioso tanto aislamiento. No esperaba tanto como una conexión de banda ancha, pero el folleto, encima, proclamaba con orgullo que en la casa no había tele, y a él le crispaba el silencio. Seleccionó en su iPod algo de Thelonious Monk —últimamente le apetecía más escuchar jazz—. Luego se apoltronó en el sofá, levantando una nube de polvo, y agarró su libro. Emma le había comprado, medio en broma, una edición de *Cumbres borrascosas*, para que la leyera durante las vacaciones. Juzgándola casi ilegible, tomó su computadora portátil, la abrió y miró fijamente la pantalla.

En una carpeta titulada «Documentos personales» había una subcarpeta titulada «Varios», y dentro de ella, un archivo de sólo 40 Kb titulado discursodelgrandía.doc: el texto de su alocución de novio. Como aún tenía grabado el horror de su discurso de la boda anterior (tonto, incoherente y medio improvisado), había resuelto que esta vez le saldría bien, y que se lo prepararía con bastante antelación.

De momento, el discurso en su integridad rezaba así:

Mi discurso de bodas

¡Tras un vertiginoso noviazgo…! Etc.

Cómo nos conocimos. En la misma universidad, pero no sabía quién era. La conocía de vista. Siempre enfadada por algo, un pelo horrible. ¿Enseñar fotos? Yo le parecía un presumido. Overol de mezclilla, o me lo invento. Nos acabamos conociendo. Llamó fascista a papá.

Muy amigos, a temporadas. Yo era idiota. A veces no veo lo que tengo delante de las narices. (Cursi).

Cómo describir a Em. Sus muchas virtudes. Graciosa. Inteligente. Baila poco pero bien, en cambio cocina pésimo. Gustos musicales.

Discutimos. Pero siempre sabe hacer bromas. Guapa, pero no siempre lo sabe etc. etc. Genial con Jas, ¡se lleva bien hasta con mi ex mujer! Ja, ja, ja. Le cae bien a todo el mundo.

Perdimos el contacto. Hablar un poco de París.

Por fin juntos, noviazgo vertiginoso de casi 15 años, por fin

tiene sentido. Todos los amigos: te lo dije. Más feliz que nunca.

Pausa mientras los invitados vomitan al unísono.

Reconocer segunda boda. Esta vez hacerlo bien. Gracias al *catering*. Gracias Sue Jim por acogerme bien. Sensación de ser norteño honorario aquí chistes etc. ¿Telegramas? Amigos ausentes. Lástima que no esté mamá. Le habría gustado. ¡Por fin!

Brindis a mi guapa esposa bla bla bli bla bla bla.

Por algo se empezaba. La estructura ya estaba hecha. Se puso a trabajar en serio, cambiando la tipografía de Courier a Arial, de Arial a Times New Roman y vuelta atrás; luego lo puso todo en cursiva, contó las palabras y ajustó los párrafos y márgenes para que se le viera más sustancia.

Por último, empezó a leerlo en voz alta, usando el texto como apuntes, e intentando recuperar la fluidez de cuando salía por la tele.

—Sólo quería darles las gracias a todos por haber venido…

Un crujido de tablones sobre su cabeza le hizo cerrar con rapidez la tapa de la computadora portátil, deslizarla furtivamente debajo del sofá y agarrar *Cumbres borrascosas*.

Emma, desnuda y con cara de sueño, se paró a media escalera y se sentó con los brazos en torno a las rodillas. Bostezó.

—¿Qué hora es?

—Cuarto para las diez. Lo que se llama trasnochar, Em.

Volvió a bostezar.

—Me has agotado. —Se rio—. Semental.

—Ve a vestirte un poco, ¿no?

—Oye, ¿y tú qué estás haciendo? —Dexter levantó *Cumbres borrascosas*. Emma sonrió—. «¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!». ¿O era «amar sin mi vida»? ¿O «vivir sin mi amor»? No me acuerdo.

—A esa parte todavía no he llegado. Aún voy por el rollo de una que se llama Nelly.

—Luego mejora. Te lo prometo.

—Explícame otra vez por qué no hay tele.

—Tenemos que crearnos nuestras propias diversiones. Vuelve a la cama y habla conmigo.

Dexter se levantó y cruzó la sala hasta apoyarse en el barandal y darle un beso.

—Prométeme que no me obligarás a otra sesión sexual.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Ya sé que suena raro —dijo él, un poco avergonzado—, pero no me molestaría jugar una partida de Scrabble.

Capítulo 18

El medio

JUEVES 15 DE JULIO DE 2004

Belsize Park

A la cara de Dexter le estaba pasando algo raro.

Le habían empezado a salir gruesos pelos negros en la parte superior de las mejillas, sumándose a algún que otro pelo largo y gris que bajaba solitario de las cejas. Por si fuera poco, le empezaba a brotar un fino vello de color claro alrededor de los orificios de las orejas, y por debajo de los lóbulos; un pelo que parecía proliferar de la noche a la mañana como las malas hierbas, y cuya única utilidad parecía ser llamar la atención sobre el hecho de que se aproximaba a la madurez. De que ya era un hombre maduro.

Luego estaban las entradas, especialmente llamativas después del baño: dos caminos paralelos que se ensanchaban gradualmente hacia la coronilla, donde acabarían uniéndose algún día; y ese día, estaría acabado. Se secó el pelo con la toalla y se lo despeinó con las puntas de los dedos, cubriendo el camino.

Al cuello de Dexter le estaba pasando algo raro. Se le abolsaba la piel debajo de la barbilla, con una carnosidad, una excrecencia vergonzosa que parecía un suéter de cuello alto color carne. Desnudo ante el espejo del lavabo, se puso una mano en el cuello, como si pretendiera moldearlo hasta devolverle su forma original. Era como vivir en una casa que se hunde: cada mañana, al despertarse, hacía una inspección en busca de las grietas y los desniveles que hubieran podido aparecer durante la noche. En cierto modo, era como si la carne se estuviera despegando del esqueleto: el típico cuerpo de alguien cuyo abono al gimnasio lleva mucho tiempo caducado. Empezaba a salirle barriga, pero lo más grotesco era que les estaba pasando algo raro a sus pezones. Ahora había prendas que casi no se atrevía a llevar, camisas ajustadas y suéteres de lana elásticos, porque se le veían como lapas, femeninos y repulsivos. También quedaba ridículo con cualquier prenda dotada de capucha. La semana pasada se había sorprendido a sí mismo en trance al oír el programa de jardinería de Radio 4. Le faltaban dos semanas para cumplir cuarenta años.

Sacudió la cabeza, diciéndose que tampoco era tan desastroso. Si se giraba y se miraba por sorpresa, levantando la cabeza en un ángulo determinado, y aspirando, aún podía aparentar… ¿cuántos, treinta y siete? Conservaba suficiente vanidad como para saber que seguía siendo un hombre más guapo de lo normal, pero ya no le dedicaban tantos piropos, y él siempre había pensado que envejecería mejor. Había

tenido la esperanza de envejecer como una estrella de cine: enjuto, aguileño, con las sienes plateadas y sofisticado. En vez de eso, envejecía como un presentador de tele. Un ex presentador de tele. Un ex presentador de tele casado dos veces que comía demasiado queso.

Emma salió del dormitorio, desnuda. Dexter se empezó a lavar los dientes, otra obsesión; tenía la sensación de que su boca estaba vieja, como si ya no fuera a estar limpia nunca más.

—Estoy engordando —masculló con la boca llena de espuma.

—Mentira —dijo ella, sin mucha convicción.

—Sí, mira.

—Pues no comas tanto queso —dijo ella.

—Creía que habías dicho que no estoy engordando.

—Si a ti te lo parece, es que es verdad.

—Tampoco como tanto queso. Lo que pasa es que se me está ralentizando el metabolismo.

—Pues haz ejercicio. Vuelve al gimnasio. Ven conmigo a nadar.

—No tengo tiempo. —Recibió un beso de consuelo, mientras el cepillo era extraído de su boca—. Mira, estoy hecho un asco —masculló.

—Cariño, ya te dije alguna vez que tienes las tetillas bonitas.

Emma se rio, le pinchó en las nalgas y se metió en la regadera. Dexter se enjuagó la boca y se sentó a mirarla en la silla del baño.

—Esta tarde deberíamos ir a ver aquella casa.

Emma gimió, sobre el ruido del agua.

—¿No nos lo podemos saltar?

—Bueno, no sé de qué otra manera podremos encontrar…

—Bien. ¡Bien! Iremos a ver la casa.

Siguió bañándose de espaldas a Dexter, que se levantó y salió ofendido, para vestirse en el dormitorio. Ya volvían a estar belicosos e irritables. Se dijo que era por la tensión de buscar casa. El departamento ya estaba vendido, y gran parte de sus pertenencias, en un almacén, para que cupieran ellos dos. O encontraban algo pronto, o tendrían que irse de alquiler. Todo ello comportaba tensiones y agobios.

Sin embargo, sabía que algo más pasaba. En efecto: mientras Emma esperaba que hirviese el agua y leía el periódico, dijo de sopetón:

—Acaba de venirme la regla.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Ahora mismo —dijo ella, con una calma estudiada—. Ya empezaba a notarlo.

—Bueno —dijo él.

Emma siguió de espaldas, preparando el café.

Dexter se levantó, le rodeó la cintura con los brazos y le dio un besito en la nuca, que aún estaba mojada del baño. Ella no levantó la vista del periódico.

—No pasa nada. Ya lo volveremos a intentar, ¿no? —dijo él.

Se quedó un momento con la barbilla en el hombro de Emma. Era una postura ingenua e incómoda. Cuando ella pasó de página, él aprovechó para volver a la mesa.

Se sentaron a leer —Emma la actualidad política y Dexter los deportes—, tensos los dos de irritación, mientras Emma chasqueaba la lengua y sacudía la cabeza de esa manera exasperante que tenía a veces. Los titulares estaban dominados por la comisión Butler sobre el origen de la guerra. Dexter intuyó que se estaba fraguando algún comentario político. Se concentró en los últimos resultados de Wimbledon, pero…

—Qué raro, ¿no? Que haya una guerra y no proteste casi nadie… Vamos, uno esperaría manifestaciones o algo así, ¿no?

También el tono era irritante. Lo recordaba de hacía muchos años: su voz de estudiante, llena de superioridad moral. Hizo un ruido neutro, ni de cuestionamiento ni de aceptación, con la esperanza de que bastase. Avanzó el tiempo. Se pasaron más páginas del periódico.

—Vaya, uno esperaría algo como el movimiento anti-vietnam, o lo que fuese, pero nada; sólo la manifestación aquella, y luego todos a encogerse de hombros y a volver a casa. ¡Si no protestan ni los estudiantes!

—¿Qué tienen que ver los estudiantes? —dijo él, consideró que afablemente.

—Es una tradición, ¿no? Que los estudiantes estén comprometidos políticamente. Nosotros, si aún estudiásemos, protestaríamos. —Emma siguió leyendo el periódico —. Yo, en todo caso, sí.

Lo estaba provocando. Pues bueno, si era lo que buscaba…

—Entonces ¿por qué no lo haces?

Ella lo miró con dureza.

—¿Qué?

—Protestar. Si tanto te indigna…

—Claro, es lo que digo. ¡Quizá debería protestar! ¡Es justo lo que acabo de decir! Si hubiera algún tipo de movimiento unificado…

Dexter siguió leyendo el periódico, decidido a estar callado, pero incapaz de estarlo.

—Puede que sea porque a la gente le da igual.

—¿Qué?

Ella entornó los ojos al mirarlo.

—La guerra. Quiero decir que si a la gente le indignase de verdad, habría manifestaciones, pero puede que la gente se alegre de que ya no esté Saddam. No sé si te fijaste, Em, pero muy buena persona no era, el hombre…

—Se puede estar contento de que ya no esté Saddam y estar en contra de la guerra.

—Por eso lo digo. Es ambiguo, ¿no?

—¿Qué pasa, que te parece una guerra «un poco» justa?

—No necesariamente a mí. A la gente.

—Pero ¿y a ti? —Emma cerró el periódico. Dexter tuvo una marcada sensación de incomodidad—. ¿A ti qué te parece?

—¿Que qué me parece?

—¿Qué te parece?

Suspiró. Demasiado tarde. No había marcha atrás.

—A mí lo único que me parece es que tiene su gracia que muchos de izquierda estuvieran contra la guerra cuando la gente asesinada por Saddam era justo del tipo que habría tenido que apoyar la izquierda.

—¿Por ejemplo?

—Sindicalistas, feministas… Homosexuales. —¿Podía decir los kurdos? ¿Era correcto? Decidió arriesgarse—. ¡Los kurdos!

Emma hizo una mueca de suficiencia.

—Ah, ¿crees que esta guerra es para proteger a los sindicalistas? ¿Crees que Bush ha invadido Irak porque le preocupaba la situación de las mujeres iraquíes? ¿O de los gays?

—¡Yo lo único que digo es que la marcha contra la guerra habría tenido un poco más de credibilidad moral si la misma gente hubiera empezado protestando contra el régimen iraquí! Si protestaron contra el *apartheid*, ¿por qué no contra Irak?

—¿… E Irán? ¡Y China, y Rusia, y Corea del Norte, y Arabia Saudita! No se puede protestar contra todos.

—¿Por qué no? ¡Tú antes lo hacías!

—¡Eso no tiene nada que ver!

—¿No? Cuando te conocí, te pasabas todo el día boicoteando. No podías comerte ni una maldita barrita Mars sin echar un sermón sobre la responsabilidad personal. No es culpa mía que te hayas vuelto complaciente…

Reanudó la lectura de sus ridículas noticias deportivas con una sonrisita de satisfacción. Emma sintió que empezaba a enrojecer.

—Yo no me he vuelto… ¡No cambies de tema! La cuestión es que es absurdo presentar esta guerra como algo relacionado con los derechos humanos, o las armas de destrucción masiva, o algo en esa línea. Se trata de una sola cosa, de una sola…

Dexter gimió. Ya era inevitable. Emma iba a decir «petróleo». Por favor, por favor, no digas «petróleo»…

—… Nada que ver con los derechos humanos. ¡Es todo por el petróleo!

—Ah, ¿y no es una buena razón? —dijo, haciendo chirriar la silla adrede al levantarse—. ¿Qué pasa, Em, que tú no usas petróleo?

Como última palabra, le pareció bastante eficaz, pero era difícil cortar una discusión en aquel departamento de soltero que de pronto parecía demasiado pequeño, abarrotado y gastado. Estaba claro que Emma no dejaría sin respuesta un comentario tan fatuo. Lo siguió al pasillo, pero él ya la estaba esperando, y se le enfrentó con una ferocidad que los desazonó a los dos.

—Voy a decirte qué pasa de verdad. ¡Te ha venido la regla, estás enfadada y te

desahogas conmigo! ¡Pues a mí no me gusta que me sermoneen mientras intento desayunar!

—Yo no te sermoneo…

—Bueno, pues que discutan conmigo…

—No discutíamos, hablábamos…

—¿Sí? Pues yo discuto…

—Tranquilízate, Dexter…

—¡La guerra no es idea mía, Em! Yo no ordené la invasión, y lo siento, pero no me indigna tanto como a ti. Puede que tuviera que indignarme; en algún momento puede que me indigne, pero ahora mismo no. No sé por qué. Igual soy demasiado tonto, no sé…

Emma puso cara de sorpresa.

—¿De dónde sale eso? Yo no he dicho que seas…

—Pero me tratas como si lo fuera. O como a un tarado de derecha, sólo porque no voy soltando banalidades sobre la guerra. Te juro que como vaya a otra cena y oiga que alguien dice «es todo por el petróleo»… Pues quizá sí. ¿Y qué? ¡Protesta, o deja de usar petróleo, y si no, acéptalo y cállate, carajo!

—A mí no te atrevas a decirme que me…

—¡Que no, que no te lo decía a ti…! En fin, da igual.

Arrimándose para pasar junto a la puta bici de Emma, que no dejaba sitio en su pasillo —suyo, de él—, entró en el dormitorio. Aún estaban cerradas las persianas, y la cama, deshecha. Había toallas mojadas por el suelo, y el olor de sus cuerpos, de la noche anterior. Empezó a buscar sus llaves en la oscuridad. Emma lo observaba desde la puerta, con esa mirada suya de preocupación, tan irritante. Dexter rehuía su mirada.

—¿Por qué te violenta tanto hablar de política? —dijo ella con calma, como si Dexter fuera un niño que tenía una rabieta.

—No es que me violente, es que… me aburre. —Él estaba hurgando en la cesta de la ropa sucia, sacando prendas y buscando las llaves en los bolsillos de los pantalones—. Me aburre la política. Ya está, ya lo he dicho. ¡Ya lo he sacado!

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Incluso en la universidad?

—¡Especialmente en la universidad! Lo disimulaba porque estaba mal visto. Solía escuchar a Joni Mitchell a las dos de la mañana, mientras algún payaso soltaba un rollo sobre el *apartheid*, o el desarme nuclear, o la cosificación de la mujer, y pensaba: carajo, pero qué aburrimiento, ¿no podríamos hablar…, no sé, de la familia, o de música, o de sexo, o de algo, de gente, o de algo…?

—¡Pero si la política es la gente!

—¿Eso qué significa, Em? No tiene sentido. Es hablar por hablar.

—¡Significa que hablábamos de muchas cosas!

—¿Ah, sí? Yo el único recuerdo que tengo de esa época gloriosa es de gente,

sobre todo hombres, que se hacían los graciosos soltando rollos sobre el feminismo para poder meterle mano a alguna chica. Y diciendo unas obviedades absurdas. Que si Nelson Mandela es muy simpático, que si la guerra nuclear es malísima, que si qué rabia que haya gente que no tiene bastante para comer…

—¡La gente no decía eso!

—… Ahora es exactamente igual, pero con otras obviedades absurdas. ¡Ahora es el cambio climático, y que si Blair es un traidor!

—¿No estás de acuerdo?

—¡Sí que estoy de acuerdo! ¡Sí! Lo que pasa es que me parecería refrescante oírle decir a alguno de nuestros conocidos, aunque sólo fuera uno, que Bush tampoco puede ser tan tonto, y que menos mal que hay alguien que le planta cara a ese dictador fascista; y que por cierto, me encanta tener un coche grande. ¡Porque se equivocarían, pero al menos se podría hablar de algo! Al menos no se darían palmaditas en la espalda a sí mismos. Al menos sería descansar un poco de las armas de destrucción masiva y los colegios y el puto precio de los departamentos.

—¡Tú también hablas del precio de los departamentos!

—¡Ya lo sé! ¡Y me aburro a mí mismo, carajo!

Dexter arrojó a la pared la ropa del día anterior, mientras se apagaba el eco de su grito. Se quedaron en el dormitorio a oscuras, con las persianas bajadas y la cama deshecha.

—¿Y yo? ¿También te aburro? —dijo ella, sin alterarse.

—¡No digas tonterías! Yo no dije eso.

Dexter se sentó en la cama. De repente estaba exhausto.

—Pero ¿te aburro o no?

—No, no me aburres. ¿Y si cambiáramos de tema?

—Bueno. ¿De qué quieres hablar? —dijo ella.

Dexter se quedó encorvado al borde del colchón, apretándose la cara con las manos, y exhalando a través de los dedos.

—Sólo hace dieciocho meses que lo intentamos, Em.

—Dos años.

—Bueno, pues dos años. No sé, es que odio esa… manera de mirarme que tienes.

—¿Qué manera?

—Cuando no sale bien, como si fuera culpa mía.

—¡No es verdad!

—Pues lo parece.

—Lo siento. Perdóname. Es que… me he llevado una decepción. Tenía tantas ganas…

—¡Yo también!

—¿Sí?

Puso cara de ofendido.

—¡Pues claro!

—Porque al principio no.

—Pues ahora sí. Te quiero. Ya lo sabes.

Emma cruzó la habitación y se sentó a su lado. Se quedaron un momento tomados de la mano, con los hombros caídos.

—Ven aquí —dijo ella, cayéndose de espaldas en la cama.

Él hizo lo mismo. Se quedaron con las piernas colgando por el borde. La persiana filtraba una luz turbia.

—Perdona por haberme desahogado contigo —dijo ella.

—Y tú a mí por… no sé.

Levantó una mano, y le puso el dorso en los labios.

—¿Sabes qué? Que creo que deberíamos hacernos una revisión. Ir a una clínica de fertilidad o algo así. Los dos.

—Pero si no nos pasa nada…

—Ya lo sé. Es lo que nos confirmarán.

—Dos años tampoco es tanto. ¿Por qué no esperamos seis meses más?

—Es que tengo la sensación de que ya no me quedan otros seis meses.

—Estás loca.

—En abril cumpliré treinta y nueve, Dex.

—¡Y yo cuarenta en dos semanas!

—Exacto.

Dexter espiró despacio, viendo flotar tubos de ensayo ante sus ojos. Cubículos deprimentes, enfermeras poniéndose guantes de látex… Revistas…

—Bueno, de acuerdo, pues nos hacemos unos análisis. —Se giró a mirarla—. Pero ¿y la lista de espera?

Emma suspiró.

—Supongo que al final quizá tendremos que… no sé, que ir a la privada.

Él tardó un poco en hablar.

—Dios mío. Eso sí que no creía que te lo oiría decir.

—No, yo tampoco —dijo ella—. Yo tampoco.

Una vez establecida una paz frágil, Dexter se arregló para irse a trabajar. Por culpa de la absurda pelea llegaría tarde, pero al menos el Belleville Café funcionaba bastante bien. Había contratado a una encargada lista y de confianza, Maddy, con quien tenía una buena relación de trabajo, y con quien coqueteaba un poco. Ahora ya no tenía que abrir él por la mañana. Emma lo acompañó hasta la calle. Salieron a un día gris y anodino.

—Y la casa, ¿dónde queda?

—En Kilburn. Te mandaré la dirección. Parece bonita. En las fotos.

—En las fotos todas parecen bonitas —masculló Emma, oyéndose a sí misma, hosca y abúlica.

Dexter prefirió no decir nada. Pasó un momento antes de que Emma se sintiera capaz de abrazarse a él por la cintura.

—Hoy no estamos muy finos, ¿eh? Yo, al menos, no. Perdona.

—No pasa nada. Esta noche nos quedamos en casa, y hago yo la cena; o si no, salimos al cine, o a donde sea. —Dexter le puso la cara sobre la cabeza—. Te quiero, vamos a arreglar esto, ¿de acuerdo?

Emma se quedó en el umbral, sin decir nada. Lo correcto habría sido decirle que ella también lo quería, pero tenía ganas de quedarse triste un poco más. Decidió estar enfurruñada hasta la hora de comer, y resarcirlo por la noche. Si mejoraba un poco el tiempo, quizá podrían ir a sentarse en Primrose Hill, como antes. Lo importante es que estará aquí, y que estaremos bien.

—Ya es hora de irte —masculló en el hombro de Dexter—. Llegarás tarde con Maddy.

—No empieces.

Le miró, con una sonrisa burlona.

—Esta noche estaré más animada.

—Haremos algo divertido.

—Divertido.

—Aún nos divertimos, ¿no?

—Pues claro que sí —dijo ella, y le dio un beso de despedida.

Sí se divertían aún, pero de otra manera. Toda el ansia, la angustia, la pasión, habían dejado paso a un pulso constante de placer, satisfacción y alguna vez irritación, que no parecía un mal cambio; si bien la vida de Emma había tenido momentos de mayor euforia, no los había tenido de mayor regularidad.

A veces, pensaba, echaba en falta la intensidad, no sólo de su noviazgo, sino de los primeros tiempos de su amistad. Se recordaba escribiendo cartas de diez páginas hasta altas horas de la noche; unas cosas demenciales, apasionadas, llenas de un sentimentalismo absurdo y de insinuaciones mal veladas, con signos de exclamación y subrayados. Durante una temporada también le había escrito una postal diaria, además de la hora por teléfono justo antes de acostarse. La noche en el departamento de Dalston, hablando y oyendo discos hasta la salida del sol, o el día de Año Nuevo en casa de los padres de él, yendo a nadar al río, o la tarde en un bar secreto de Chinatown, bebiendo absintio… Todos esos momentos, y muchos más, estaban registrados y guardados en cuadernos, cartas y fajos de fotografías, un sinfín de fotos. Durante una época (principios de los noventa, debía de ser) casi no podían pasar al lado de una cabina fotográfica automática sin entrar juntos, porque aún no daban por supuesta la presencia permanente del otro.

Pero mirar a alguien, sin más; estar sentado, mirando y hablando, hasta darse cuenta de que ya ha amanecido… Hoy en día, ¿quién tenía tiempo, ganas o energía de

pasar la noche en vela? ¿De qué hablar? ¿Del precio de la vivienda? Antes Emma anhelaba esas llamadas telefónicas a medianoche. Ahora, si sonaba el teléfono en plena noche era por un accidente. ¿Y fotos? ¿Necesitaban alguna más, si ya se sabían las caras de memoria y tenían cajas de zapatos llenas, un archivo de casi veinte años? En estos tiempos, ¿quién escribe cartas largas, y a qué se le da tanta importancia?

A veces tenía curiosidad por saber qué habría pensado su yo de veintidós años de la actual Emma Mayhew. ¿La habría considerado una egocéntrica? ¿Una vendida? ¿Una burguesa traidora a la causa, por sus ganas de tener casa propia, de viajar al extranjero, de comprarse modelos de París y de gastarse mucho dinero en la peluquería? Quizá, pero tampoco podía decirse que la Emma Morley de veintidós años fuera un dechado de virtudes: pretenciosa, malhumorada, perezosa, siempre echando sermones y juzgando a los demás… Autocompasión, autosuficiencia, autocomplacencia… Todos los «autos» menos la autoconfianza, la virtud de la que siempre había estado más necesitada.

No; le parecía que el mundo en que vivía era el mundo real. ¿Que ya no tenía la curiosidad ni el apasionamiento de antes? Eso entraba en lo previsible. A los treinta y ocho años, habría sido inoportuno e indecoroso tomarse las amistades y los amores con el mismo ardor e intensidad que a los veintidós. ¿Enamorarse como entonces? ¿Escribir poesías y llorar con canciones? ¿Arrastrar a la gente a las cabinas fotográficas, dedicar todo un día a un casete recopilatorio, proponerle a alguien dormir en la misma cama que ella sólo para estar acompañados? Ahora, si citabas a Bob Dylan, T. S. Eliot o Brecht (¡no, por Dios!), la gente se apartaba discretamente, con una sonrisa educada. ¿Y cómo reprochárselo? A los treinta y ocho años era ridículo esperar que un libro o una película te cambiase la vida. No, todo se había sosegado y asentado, y ahora se vivía con un rumor de fondo general de comodidad, satisfacción y familiaridad. Aquellos crispantes altibajos no se repetirían. Los amigos de ahora serían los mismos que tuvieran dentro de cinco, diez, veinte años. No esperaban enriquecerse ni empobrecerse de manera drástica. Esperaban conservar durante cierto tiempo la salud. Todo en el medio: clase media, mediana edad… Felices de no ser felices en exceso.

Por fin Emma estaba enamorada de alguien, y bastante segura de que ese alguien le correspondía. Cuando le preguntaban —en fiestas, por ejemplo— cómo había conocido a su marido, ella contestaba:

—Crecimos juntos.

Así que se fueron como siempre a trabajar. Emma se sentó a la computadora al lado de la ventana que daba a la calle con árboles, a escribir la quinta y última novela de Julie Criscoll; irónicamente, su personaje de ficción se quedaba embarazada y tenía que decidir entre ser madre o ir a la universidad. No le estaba saliendo muy bien; el tono era demasiado grave e introspectivo, y los chistes, forzados. Tenía muchas ganas

de acabarla, a la vez que muchas dudas sobre qué haría después, y adónde llegaban sus capacidades; quizá un libro para adultos, algo serio y muy fundamentado sobre la Guerra Civil española, o sobre el futuro próximo, con vagos aires a lo Margaret Atwood; algo que hubiera respetado y admirado la Emma de antes. Al menos era la idea. De momento ordenó el departamento, preparó té, pagó algunas facturas, puso una lavadora de ropa de color, guardó CD en sus cajas, preparó más té, y por último, encendió la computadora y se quedó mirándola fijamente, para enseñarle quién mandaba.

En el café, Dexter coqueteó un poco con Maddy y se fue al almacén (minúsculo, con un olor a queso que casi no dejaba respirar), a intentar terminar la declaración trimestral del IVA; pero no se quitaba de encima la tristeza y el sentimiento de culpa de su exabrupto matinal, y cuando ya no pudo concentrarse, descolgó el teléfono. Antes siempre era Emma la que hacía las llamadas de reconciliación, y suavizaba las cosas, pero en los ocho meses que llevaban casados parecía que se hubieran invertido los papeles. Ahora era Dexter el que se sentía incapaz de hacer alguna actividad sabiendo que Emma no estaba contenta. Mientras marcaba el número, se la imaginó en la mesa, mirando su teléfono celular, y apagándolo al ver aparecer su nombre. Lo prefería así; era mucho más fácil ser sentimental cuando no contestaba nadie.

—Oye, estoy aquí, con la declaración del IVA, y me acuerdo todo el rato de ti. Sólo quería decirte que no te preocupes. He quedado para que vayamos a ver la casa a las cinco. Te mandaré la dirección por SMS. A ver qué pasa. Es una finca de época, con las habitaciones bastante grandes. Parece que tiene una barra para desayunar; sé que siempre has soñado con una. Nada más, sólo que te quiero, y que no te preocupes; no te preocupes por nada. Bueno, ya está. Nos vemos allí a las cinco. Te quiero. Adiós.

Cumpliendo con la rutina, Emma trabajó hasta las dos, comió y se fue a la alberca. En julio, a veces le gustaba ir a la de mujeres de Hampstead Heath, pero el día se había ido cubriendo con una nubosidad precaria, así que hizo frente a los adolescentes de la alberca cubierta. Fueron veinte minutos de no disfrutar, esquivando chavos que se tiraban en bomba, buceaban y coqueteaban entre sí, enloquecidos por la libertad del fin del curso. Después se sentó en el vestuario, escuchó el mensaje de Dexter y sonrió. Memorizó la dirección de la finca y devolvió la llamada.

—Hola, soy yo. Sólo quería decirte que ahora salgo para allá, y que me muero de ganas de ver la barra para desayunar. Puede que llegue cinco minutos tarde. Ah, gracias por tu mensaje. Quería decirte… que perdona que haya estado tan brusca, y que hayamos discutido por una tontería. No tiene nada que ver contigo. Es que ahora mismo estoy un poco desquiciada. Lo importante es que te quiero mucho. ¡Ahí tienes! ¡Suertudo! Creo que eso es todo. Adiós, amor mío. Adiós.

A la salida del polideportivo, las nubes se habían hecho más oscuras. Acabó lloviendo: goterones sueltos, grises, de lluvia caliente. Maldiciendo el tiempo y el

sillín mojado de la bicicleta, cruzó el norte de la ciudad en dirección a Kilburn, improvisando un recorrido por un laberinto de calles residenciales, hacia Lexington Road.

Cada vez llovía más fuerte, gotas aceitosas de agua urbana de color café; al ir de pie en los pedales, con la cabeza gacha, Emma apenas se dio cuenta de que se movía algo a su izquierda, por la callejuela. No es tanto una sensación de volar por los aires como de ser llevada a cuestas. Al ser depositada en el arcén, con la cara en el asfalto mojado, su primer impulso es buscar la bicicleta, que por alguna razón ha desaparecido de debajo de ella. Intenta mover la cabeza, pero no puede. Quiere quitarse el casco, porque hay gente mirándola, caras cerniéndose sobre ella, y los cascos de bicicleta le quedan ridículos; pero la gente en cuclillas a su lado parece asustada, y le preguntan sin parar te encuentras bien, te encuentras bien. Hay alguien que llora. Emma se da cuenta por primera vez de que no está bien. Parpadea, con la lluvia en la cara. Ahora seguro que llegará tarde. Dexter la esperará.

Piensa en dos cosas con gran nitidez.

La primera es una foto de ella a los nueve años, con traje de baño rojo en una playa, no se acuerda de cuál, tal vez Filey o Scarborough. Está con sus padres, que la columpian hacia la cámara, contrayendo de risa sus caras quemadas por el sol. Después piensa en Dexter, protegido de la lluvia en las escaleras de la nueva casa, mirando su reloj con impaciencia; va a preguntarse dónde estoy, piensa ella. Se va a preocupar.

Después Emma Mayhew se muere, y cuanto ha pensado y sentido se esfuma y desaparece para siempre.

Quinta parte

Tres aniversarios

«Recordaba filosóficamente las fechas conforme llegaban con el transcurso del año; […] la de su propio nacimiento; y cada día de aquellos que se habían distinguido por algún incidente en que ella participara. Una tarde, estando contemplando en el espejo su hermosura, asaltola el pensamiento de que aún había otra fecha más importante que las otras: la de su muerte, cuando se hubieran desvanecido ya todos sus encantos, un día que se esconde, traicionero, entre los demás del año, que pasa anualmente sin armar ruido, pero que no es por ello menos fatal. ¿Cuándo llegaría aquel día nefasto?».

THOMAS HARDY, *Tess, la de los d'Urberville*

Capítulo 19

La mañana de después

VIERNES 15 DE JULIO DE 1988

Rankeillor Street, Edimburgo

Cuando abrió otra vez los ojos, aún estaba el chico flaco, precariamente sentado al borde de la vieja silla de madera, de espaldas a ella, intentando no hacer ruido al ponerse los pantalones. Echó un vistazo al radiodespertador: las nueve y veinte. Habían dormido unas tres horas. Ahora él se iba a escondidas. Lo vio poner la mano en el bolsillo de los pantalones, para que no tintinearan las monedas. Luego se levantó y se empezó a poner la camisa blanca de la noche anterior. Un último atisbo de su espalda, larga y morena. Guapo. Era de un guapo absurdo, la verdad. Ella tenía muchas ganas de que se quedara, quizá tantas como las que manifestaba él de irse. Llegó a la conclusión de que tendría que hablar.

—¡No te irás sin despedirte!

Él se giró, sorprendido *in fraganti*.

—No quería despertarte.

—¿Por qué?

—Es que estabas tan guapa, dormida…

Les pareció a los dos muy poco convincente.

—Ah. Claro, claro.

Se oyó a sí misma, necesitada e irritada. No dejes que se crea que te importa, Em. Sé displicente. Sé… curtida.

—Te iba a dejar una nota de despedida, pero…

Él hizo el movimiento de buscar un bolígrafo, sin darse cuenta de que en la mesa había un bote lleno de ellos.

Ella levantó la cabeza de la almohada, y la apoyó en una mano.

—Me da igual. Si quieres irte, puedes. La vida nos junta y nos separa, y todo eso. Muy… ¿Cómo se dice? Agridulce.

Él se sentó en la silla y siguió abrochándose los botones de la camisa.

—Emma…

—¿Qué, Dexter?

—Me la he pasado muy bien, de verdad.

—Se te nota en la manera de buscar los zapatos.

—No, en serio. —Dexter se inclinó en la silla—. Me alegro mucho de que al final hayamos hablado. Y de lo otro también. Después de tanto tiempo… —Arrugó la cara

al buscar las palabras indicadas—. Eres un encanto, Em, de verdad.

—Ya, ya, ya…

—Sí, en serio.

—Bueno, tú también eres un encanto. Ya te puedes ir.

Le concedió una sonrisita forzada. La reacción de él fue acercarse de golpe. En previsión de lo que pasaría, Emma levantó la cara, pero se lo encontró buscando un calcetín debajo de la cama. Él se fijó en que había levantado la cabeza.

—Un calcetín debajo de la cama —dijo.

—Ya.

Se sentó incómodamente en el box spring, y adoptó un tono de alegría forzada al ponerse los calcetines.

—¡El gran día! ¡Vuelta a casa!

—¿Adónde, a Londres?

—A Oxfordshire. Es donde viven mis padres. Bueno, la mayor parte del tiempo.

—Oxfordshire. Qué bonito —dijo ella, mortificada para sus adentros por la rapidez con que se esfuma la intimidad, dejando paso a palabras banales. Con todo lo que habían dicho y hecho por la noche, y ahora eran como dos desconocidos en la fila del autobús. Su error había sido dormirse, rompiendo el encanto. Si se hubieran quedado despiertos, quizá aún se estarían besando. Ahora, en cambio, ya había pasado todo. Se oyó decir—: ¿Y cuánto tardas? Hasta Oxfordshire.

—Unas siete u ocho horas. Mi padre es muy buen conductor.

—Ah.

—¿Tú no vuelves a…?

—Leeds. No, me quedo a pasar el verano. Ya te lo dije, ¿no te acuerdas?

—Perdona, pero es que ayer por la noche estaba bastante borracho.

—Señoría, solicito que el acusado sea declarado inocente.

—No es una excusa; es… —Él se giró a mirarla—. ¿Estás enfadada conmigo, Em?

—¿Em? ¿Quién es Em?

—Pues Emma.

—No estoy enfadada, pero es que… preferiría que me hubieras despertado, y no que quisieras irte así, tan furtivamente…

—¡Te iba a escribir una nota!

—¿Y qué habrías puesto, en tu famosa nota?

—Iba a poner: «Me llevé tu bolsa».

Emma se rio, una risa grave de recién despierta que se le atragantó un poco. Su sonrisa tenía algo tan gratificante, los dos hondos paréntesis en las comisuras de su boca, y aquel no despegar los labios, como si se callase algo, que Dexter casi se arrepintió de haberle dicho una mentira. No tenía ninguna intención de irse a la hora de comer. Sus padres se quedaban a dormir en Edimburgo. Saldrían juntos a cenar, y se irían por la mañana. Había sido una mentira instintiva, para facilitar una huida

rápida y limpia; sin embargo, al inclinarse para darle un beso se preguntó si había alguna forma de anular el engaño. La boca de Emma era suave. Ella se recostó en la cama, que aún olía a vino, a su cuerpo caliente y a suavizante de ropa. Dexter pensó que en el futuro debería esforzarse en ser más sincero.

Emma rodó, apartándose del beso.

—Me voy un momento al cuarto de baño —dijo al levantar los brazos de Dexter, para pasar por debajo.

Se levantó, metiendo dos dedos por el elástico de los calzones para taparse las nalgas.

—¿Hay teléfono, para hacer una llamada? —preguntó él, mientras la veía cruzar descalza el cuarto.

—En el pasillo. Lo siento, pero es un teléfono de broma. Muy estrafalario. Tilly lo encuentra «hilarante». Sírvete tú mismo. No te olvides de dejar diez peniques.

Salió al pasillo y se fue al baño.

Ya estaba abierta la llave, para uno de los épicos baños calientes de verano de su compañera de departamento, que duraban todo el día. Tilly Killick, en bata, esperaba a Emma con los ojos muy abiertos tras los grandes cristales empañados de sus lentes rojos, formando una O escandalizada con la boca.

—¡Vaya con la mosquita muerta de Emma Morley!

—¿Qué?

—¿Tienes a alguien en tu cuarto?

—¡Puede ser!

—No será quien yo creo…

—¡Sólo Dexter Mayhew! —dijo Emma con indiferencia; y las dos chicas se empezaron a reír, a reír, a reír…

Dexter encontró en el pasillo el teléfono con forma de hamburguesa, de un realismo sorprendente. Se quedó con el panecillo de ajonjolí abierto en la mano, escuchando los susurros del baño, con la satisfacción que experimentaba siempre que hablaban de él. A través del tabique se oían palabras y frases sueltas: «¿Qué, sí o no?». «¡No!». «Pues ¿qué ha pasado?». «Sólo hemos hablado, y cosas». «¿Cosas?». «¿Qué quiere decir eso de cosas?». «¡Nada!». «¿Y se queda a desayunar?». «No lo sé». «Pues procura que se quede a desayunar».

Miró pacientemente la puerta, en espera de que reapareciese Emma. Marcó 123, el servicio de información horaria. Después se apretó el panecillo a la oreja y habló a través de la ternera molida.

«… la hora, patrocinada por Accurist, será las nueve horas, treinta y dos minutos, veinte segundos».

Esperó a la tercera señal para iniciar su interpretación.

—Hola, mamá, soy yo… ¡Sí, un poco cansado! —Se despeinó con la mano, gesto

que creía entrañable—. No, me quedé a dormir en casa de un amigo…

Miró a Emma, que estaba cerca, con camiseta y calzones, fingiendo leer el correo.

«… la hora, patrocinada por Accurist, será las nueve horas, treinta y tres minutos, cero segundos».

—Escucha, me ha surgido algo. Quería preguntarles si no podríamos dejar la vuelta para mañana a primera hora, en vez de salir hoy… Es que he pensado que así papá no se cansaría tanto… No, si a ti te parece bien, a mí también… ¿Papá está contigo? Pues pregúntaselo ahora.

Esperó treinta segundos, dejando hablar al servicio horario, mientras le sonreía a Emma con todo su afecto. Ella también le sonrió, pensando: qué simpático, cambia de planes sólo para mí. Quizá lo haya juzgado mal. Sí, es un idiota, pero no necesariamente. No siempre.

—¡Perdona! —articuló él con los labios.

—No quiero que cambies de planes por mí… —dijo ella, en tono de disculpa.

—No, es que me dan ganas…

—En serio que si tienes que irte a casa…

—No, para nada, mejor así…

«… a la tercera señal, la hora patrocinada por Accurist será las nueve, treinta y cuatro minutos, cero segundos».

—No me molesta, ¿eh? No estoy ofendida, ni nada…

Dexter levantó la mano para que se callase.

—¿Hola? ¿Mamá?… —Una pausa; crea expectación, pero sin exagerar—. ¿De verdad? ¡Ah, pues perfecto! ¡Bien, paso luego a verlos por la casa! De acuerdo. Hasta ahora. Adiós.

Cerró de golpe la hamburguesa, como una castañuela. Se quedaron donde estaban, sonriéndose.

—Muy lindo, el teléfono.

—Deprimente, ¿verdad? Cada vez que lo uso me dan ganas de llorar.

—¿Todavía quieres los diez peniques?

—Para nada. Te invito.

—¡Bueno! —dijo él.

—Bueno —dijo Emma—, ¿cómo aprovechamos el día?

Capítulo 20

Primer aniversario

Una celebración

VIERNES 15 DE JULIO DE 2005

Londres y Oxfordshire

Divertirse, divertirse y divertirse. La solución es divertirse. Siempre adelante, sin permitirse ni una pausa, ni mirar alrededor, ni pensar, porque el truco es no ponerse morboso, divertirse y ver el día, este primer aniversario, como… ¿qué? ¡Una celebración! De la vida de ella, y de los buenos tiempos, los recuerdos. Las risas. Tantas risas.

Con esta idea, ignorando las protestas de Maddy, su encargada, ha tomado doscientas libras de la caja del café y ha invitado a salir a sus tres empleados —Maddy, Jack y Pete, que trabaja los sábados—, para recibir a lo grande este día especial. A fin de cuentas, es lo que habría querido ella.

Por eso los primeros momentos de este día de san Suituno lo encuentran en un bar de Camden, por debajo del nivel de la calle, con su quinto martini en una mano y un cigarrillo en la otra, porque… ¿Por qué no? ¿Por qué no divertirse un poco, y celebrar la vida de ella? Es lo que les dice, lo que se le traba en la lengua frente a sus amigos, que le sonríen sin mucha convicción, bebiendo tan despacio de sus copas que Dexter se empieza a arrepentir de haber venido con ellos. Son tan estirados, tan aburridos… Acompañándolo de bar en bar, pero no como colegas, sino como auxiliares sanitarios, siguiéndole la corriente, procurando que no choque con nadie ni se abra la cabeza al caerse del taxi… Pues ya está harto. Él lo que quiere es relajarse, y soltarse el pelo; se lo merece, después del año que ha tenido. Con esta idea, les propone ir a un club que conoce de hace tiempo, de una despedida de soltero. Un club de *strippers*.

—¡Venga, Maddy! ¿Por qué no? —dice, rodeándole los hombros—. ¡Es lo que habría querido! —Riéndose de lo que ha dicho, levanta el vaso otra vez, y al buscarlo con la boca se queda un poco corto y se le manchan los zapatos de ginebra—. ¡Será divertido!

Maddy tantea a sus espaldas, en busca del abrigo.

—¡Eres una sosa, Maddy! —brama Dexter.

—Creo que te tendrías que ir a casa, Dexter. De verdad —dice Pete.

—¡Pero si sólo son las doce y pico!

—Buenas noches, Dex. Ya nos veremos.

Dexter sigue a Maddy hasta la puerta. Él quiere que se divierta, pero se le ve llorosa y disgustada.

—¡Quédate y toma otra copa! —Le exige, tirándole del codo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Por favor.

—¡No te vayas, que eres la única chica!

—Tengo que irme. Te recuerdo que por la mañana abro yo. —Maddy se gira, y le toma las manos de esa manera exasperante que tiene, cariñosa y compasiva—. Y tú… ten cuidado.

Pero Dexter no quiere compasión, él lo que quiere es otra copa, así que le suelta las manos de golpe y vuelve a la barra. No tardan nada en servirle. Sólo hace una semana que explotaron bombas en el transporte público. Extraños que matan indiscriminadamente, y a pesar de las agallas, a pesar de las declaraciones de entereza, esta noche la ciudad tiene un ambiente como de estado de sitio. Como la gente tiene miedo de salir, Dexter no tiene problemas en parar un taxi para que los lleve a Farringdon Road. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, oye que Pete y Jack se rajan, con las típicas excusas: que es tarde y que por la mañana trabajan.

—¡Estoy casado y tengo hijos! —dice Pete en broma.

Son como rehenes implorando su liberación. Dexter nota que la fiesta se cae a trozos, pero como no tiene fuerzas para evitarlo, para el taxi en King’s Cross y los suelta.

—Dex, hombre, ven con nosotros, ¿sí? —dice Jack, mirando por la ventanilla con cara de tonto preocupado.

—No, para nada, estoy bien.

—Siempre te puedes quedar a dormir en mi casa —dice Pete—. En el sofá.

Pero Dexter sabe que no lo dice en serio. Él mismo ha dicho que está casado y tiene hijos. ¿Para qué iba a querer en su casa a semejante monstruo? Despatarrado en el sofá, inconsciente, apestoso, llorando mientras los hijos de Pete intentan prepararse para ir al colegio… Dexter Mayhew vuelve a hacer el ridículo por culpa del dolor. ¿De qué sirve hacérselo pagar a sus amigos? Esta noche es mejor no estar con nadie conocido. En consecuencia, se despide con la mano y da instrucciones al taxista para que se meta por una callejuela sórdida, al lado de Farringdon Road y lo deje en el club Nero.

Por fuera tiene columnas de mármol negro, como una funeraria. Al caerse del taxi, Dexter teme que los guardias de seguridad no lo dejen entrar, pero lo cierto es que es su cliente perfecto: bien vestido y borracho perdido. Con una sonrisa halagadora al gigante rapado y con barba de chivo, entrega su dinero y le hacen pasar por la puerta, a la sala principal. Se adentra en la penumbra.

En otros tiempos, no muy lejanos, ir a un club de *strippers* habría parecido algo atrevido y posmoderno, irónico y excitante al mismo tiempo, pero no esta noche; esta

noche el club Nero recuerda a la zona de salidas de la clase *business* de un aeropuerto de principios de los ochenta. Con sus decorados plateados, sus sofás bajos de piel negra y sus plantas de plástico en macetas, encarna una visión particularmente suburbana de la decadencia. La pared del fondo está cubierta por un mural de esclavas que llevan racimos de uvas, copiado de un libro de texto de primaria por algún aficionado. De vez en cuando surgen columnas romanas de poliestireno; y distribuidas por la sala, en conos de luz anaranjada que no las favorecen, sobre lo que parecen mesas de centro, están las *strippers*, las bailarinas, las artistas, que bailan —cada cual a su manera— música negra a toda velocidad: ésta con lánguidos saltitos, aquélla con una especie de mimo narcoléptico, aquella otra con unas patadas espectaculares al aire, como de aerobic… Todas desnudas, o casi. A sus pies están los hombres, la mayoría con traje y el nudo de la corbata flojo, desplomados en los asientos resbaladizos de los reservados, balanceando la cabeza hacia atrás como si les hubieran partido el cuello en seco: sus semejantes. La vista de Dexter se enfoca y desenfoca, mientras sonríe como un tonto al sentir que el deseo y la vergüenza se combinan en un subidón narcótico. Tropieza por la escalera y, tras sujetarse en el barandal cromado (que está sucio), se yergue, se estira los puños y se abre paso entre los podios hasta la barra, donde una mujer muy seria le dice que no se sirven copas, sólo botellas, de vodka o champán a cien billetes cada una. Riéndose por la impudicia del atraco, le tiende su tarjeta de crédito con una floritura, como si los retase a lo peor.

Agarra su botella de champán —una marca polaca, servida en una cubeta de agua tibia—, con dos copas de plástico, y se va a un reservado de terciopelo negro, donde enciende un cigarrillo y se pone a beber en serio. El «champán» es dulzón como un caramelo, con sabor a manzana y casi sin burbujas, pero da igual. Ya se han ido sus amigos, y no queda nadie que le quite la copa de la mano o lo distraiga con su conversación. A la tercera copa, el propio tiempo empieza a adquirir una elasticidad extraña, con aceleraciones, desaceleraciones y momentos borrados en que se le va la vista. Justo cuando va a quedarse dormido, o inconsciente, nota una mano en el brazo, y ve delante a una chica flaca, con un vestido rojo transparente cortísimo y el pelo largo, rubio, virando al negro junto al cuero cabelludo.

—¿Te importa si me tomo una copa de champán? —dice ella, metiéndose en el reservado.

La gruesa capa de base de maquillaje esconde una piel pésima. Tiene acento sudafricano, por el que Dexter la felicita.

—¡Tienes una voz preciosa! —grita él, con la música a tope.

Ella hace una mueca, arruga la nariz y se presenta como Barbara, de una manera que parece indicar que es el primer nombre que se le ha ocurrido. Es menuda, con los brazos huesudos y unos pechos pequeños que Dexter mira con descaro, aunque a ella no parece molestarle. Cuerpo de bailarina de ballet.

—¿Haces ballet? —dice él.

Ella hace una mueca y se encoge de hombros. Dexter ha decidido que Barbara le cae muy pero muy bien.

—¿Y qué, por qué has venido? —pregunta ella maquinalmente.

—¡Por mi aniversario! —dice él.

—Felicidades —dice ella ausentemente, mientras se pone un poco de champán y levanta la copa de plástico.

—¿No me vas a preguntar de qué es el aniversario? —dice él, aunque debe de farfullar mucho, porque ella le pide que se lo repita tres veces. Mejor ser más directo —. Hace exactamente un año que mi mujer tuvo un accidente.

Barbara sonríe con nerviosismo, y empieza a mirar a todas partes como si se arrepintiera de haberse sentado. Tratar con borrachos forma parte de su trabajo, pero está claro que éste es muy raro: salir a celebrar un accidente, y empezar luego a quejarse incoherentemente, sin parar, de un conductor que no miraba por dónde iba, y de un juicio del que ella no entiende nada ni quiere entender…

—¿Quieres que baile para ti? —dice, aunque sólo sea para cambiar de tema.

—¿Qué? —Él se cae hacia ella—. ¿Qué has dicho?

Tiene mal aliento. La salpica de saliva.

—Que si quieres que baile para ti, y así te animas un poco. Parece que te hace falta.

—Ahora no. Puede que más tarde —dice, poniéndole una mano en la rodilla, dura e inflexible como un barandal.

Ya vuelve a hablar; no con normalidad, sino encadenando los mismos comentarios inconexos, empalagosos y amargados de antes: sólo treinta y ocho años intentaba quedarse embarazada el conductor se fue sin decir nada a saber qué estará haciendo mira que quitarme a mi mejor amiga espero que sufra sólo treinta y ocho ya me dirás si es justo y yo ahora yo qué hago Barbara dímelo qué tengo que hacer… Se calla de golpe.

Barbara tiene la cabeza inclinada, y la mirada fija en las manos, devotamente unidas en su regazo, como si rezase. Al principio Dexter piensa que la ha conmovido con su historia, a la bella desconocida; que por algo le ha llegado al alma. Quizá esté rezando por él. Puede incluso que esté llorando. Pobre, la ha hecho llorar. Siente un profundo afecto por la tal Barbara. Al ponerle una mano en las suyas, en un gesto de gratitud, se da cuenta de que está escribiendo un SMS. Mientras él hablaba de Emma, ella tenía el teléfono celular en las piernas y está escribiendo un mensaje. Sufre un ataque de rabia y repulsión.

—¿Qué haces? —pregunta con voz temblorosa.

—¿Qué?

Se pone a gritar.

—Te he preguntado que qué diablos haces. —Un brusco manotazo hace salir disparado el celular por el suelo—. ¡Te estaba hablando!

Pero ahora también grita ella, llamándole loco, diciéndole que está como una

cabra y haciéndole gestos al guardia de seguridad. Es el mismo ropero con barba de chivo que tan amable estuvo en la puerta, aunque ahora se limita a rodear los hombros de Dexter con un brazo enorme, tomarlo de la cintura con el otro, levantarlo como si fuera un niño y llevárselo por la sala. Se giran cabezas, divertidas, mientras Dexter berrea por encima de su hombro «burra, más que burra, no entiendes nada», y lo último que ve de Barbara es que le enseña el dedo del medio, riéndose de él. De una patada se abre la salida de incendios, y Dexter vuelve a estar en la calle.

—¡Mi tarjeta de crédito! ¡Tienen mi tarjeta de crédito, carajo! —grita; pero el guardia de seguridad se limita a reírse de él, como todo el mundo, y cierra la salida de incendios.

Dexter, que ahora está furioso, baja de la acera y agita sus brazos a los muchos taxis negros que van hacia el oeste, pero no se paran, y menos para uno que hace eses en plena calle. Respira hondo, sube otra vez a la acera y se apoya en la pared para buscar en los bolsillos. Ya no tiene la cartera. Tampoco las llaves, ni las del departamento ni las del coche. Quien se haya quedado las llaves y la cartera también tendrá su dirección, que figura en la licencia de conducir. Tendrá que cambiar la cerradura, y a la hora de comer ha quedado con Sylvie, que vendrá a traer a Jasmine. Da patadas en la pared, y apoya la cabeza en los ladrillos. Al buscar otra vez en los bolsillos, se encuentra en los pantalones un billete de veinte libras arrugado, mojado por su propia orina. Veinte dan para llegar a casa sin problemas. Puede despertar a los vecinos, pedirles la llave de repuesto y dormir.

Pero veinte también dan para ir al centro, y el cambio, para una o dos copas más. ¿A casa o al olvido? Levantándose a la fuerza, para un taxi y lo hace ir al Soho.

Por una puerta roja sin letrero en un callejón que da a la calle Berwick, encuentra un sótano ilegal que hace diez o quince años era su último recurso. Es una sala sucia, sin ventanas, oscura, llena de humo y de gente que bebe latas de Red Stripe. Se acerca a la mesa de formaica que sirve de barra, apoyándose en la gente, pero descubre que no tiene dinero, que le ha dado al taxista todo lo que le quedaba, y ha perdido el cambio. Tendrá que hacer lo que solía hacer cuando se quedaba sin dinero: agarrar la copa que tenga más cerca y bebérsela de un trago. Se aleja de la barra, sin hacer caso a los insultos que provoca al chocar con los demás. Toma una lata que parece que se haya olvidado alguien y se bebe lo que queda. Después toma otra, descaradamente, y se encaja en un rincón, sudando, con la cabeza apoyada en un altavoz y los ojos cerrados, manchándose de cerveza la barbilla y la camisa. De repente una mano lo empuja por el pecho, pegándolo contra la pared, y alguien quiere saber a qué diablos se cree que está jugando, bebiéndose lo de los demás. Abre los ojos: es un viejo con los ojos rojos y cuerpo cuadrado de sapo.

—Creo que si preguntas te dirán que es mío —dice Dexter, y se ríe de lo poco convincente de su propia mentira.

El otro gruñe, le enseña los dientes amarillos y levanta el puño. Dexter se da cuenta de qué quiere: quiere que le peguen.

—Suéltame, viejo de mierda —farfulla.

Un movimiento borroso, y un ruido como de estática. Dexter se encuentra de bruces en el suelo, tapándose la cara con las manos mientras el otro le da patadas en la barriga y pisotones en la espalda. Le llueven golpes, mientras nota en la boca el asqueroso sabor de la alfombra. De repente está flotando, boca abajo, agarrado de piernas y brazos por seis hombres, como en el colegio, cuando era su cumpleaños y todos sus colegas le tiraron a la alberca; grita y se ríe, dejándose llevar por un pasillo, una cocina de restaurante y, por último, al callejón, donde aterriza en un montón de botes de basura. Rueda entre risas hasta el suelo, duro y sucio; reconoce el sabor de la sangre, un regusto de hierro caliente, y piensa: bueno, es lo que habría querido ella. Es lo que habría querido.

15 de julio de 2005

¡Hola, Dexter!:

Espero que no te moleste que te escriba. Qué raro, ¿no? ¡Escribir cartas ahora que todo es Internet! Pero lo he visto más pertinente. Quería sentarme, hacer algo especial en esta fecha, y me ha parecido lo mejor.

¿Qué, cómo estás? ¿Cómo la llevas? Hablamos un poco en el entierro, pero no quise molestar. Estaba claro que para ti era un día muy duro. Brutal, ¿verdad? Llevo todo el día pensando en Emma; como tú, seguro. La verdad es que siempre me sorprendo pensando en ella, pero hoy es especialmente duro; ya sé que para ti también lo será mucho, pero quería escribirte unas palabras, con mis pensamientos, por el interés que puedan tener (¡¡¡¡o sea, no mucho!!!!). Allá van.

Hace años, cuando Emma me dejó, pensé que me destrozaba la vida, y la verdad es que la tuve destrozada un par de años. Para serte sincero, creo que me volví un poco loco. Pero luego, en la tienda donde trabajaba, conocí a una chica, y al salir con ella por primera vez la invité a verme en unos monólogos. Después, ella me dijo que no me lo tomara mal, por favor, pero que yo era un comediante muy malo, y que lo mejor que podía hacer era dejarlo y ser yo mismo. Fue el momento en que me enamoré de ella. Ahora llevamos cuatro años casados, y tenemos tres hijos increíbles (¡uno de cada! Ja ja). Vivimos en Taunton, esa metrópolis que nunca duerme, para estar cerca de mis padres (¡¡¡o sea, niñera gratis!!!). Ahora trabajo en una compañía de seguros de las grandes, en el departamento de Atención al Cliente. Seguro que te suena un poco soso, pero se me da bien, y la verdad es que nos reímos mucho. Bien mirado, soy feliz de verdad. Tenemos un niño y dos niñas. Sé que tú también tienes una hija. Qué agotador, ¿eh?

Pero ¿por qué te cuento todo esto? Nunca hemos sido especialmente amigos, y probablemente no te importe mucho lo que hago. Supongo que si te

escribo por alguna razón, es por lo siguiente.

Después de que me abandonara Emma, me sentí acabado, pero no lo estaba, porque conocí a Jacqui, mi mujer. Ahora tú también has perdido a Emma, aunque en este caso no puedes recuperarla, ni tú ni nadie. Sólo quería animarte a que no te rindas. Emma siempre te quiso, mucho mucho. Es algo que a mí, durante años, me provocó mucho dolor y muchos celos. La oía hablar contigo por teléfono, los veía juntos en las fiestas, y siempre estaba radiante, cosa que conmigo no le pasaba. Aunque me dé vergüenza, reconozco que cuando Emma no estaba en casa yo leía sus cuadernos, y me ponía muy mal, porque casi todo era sobre ti y vuestra amistad. Si te soy sincero, no creo que te la merecieras, hombre, pero bueno, en el fondo tampoco creo que se la mereciera nadie. Siempre habría sido la persona más lista, más buena, más divertida y más leal que conociéramos, y que no esté aquí… pues no está bien, qué quieres que te diga.

En fin, lo dicho: no creo que te la merecieras, pero sé, por mi breve contacto con Emma, que eso al final cambió. Primero eras un mierda y luego ya no. Sé que durante los años que acabaron pasando juntos la hiciste muy muy feliz. ¿Verdad que estaba radiante? Luminosa, toda ella. Eso quiero agradecértelo, hombre; y aprovechar para decirte que no te guardo rencor, y que te deseo lo mejor de lo mejor el resto de tu vida.

Perdona que la carta se esté poniendo sensiblera. Estos aniversarios son difíciles para todos, especialmente para su familia y para ti, pero yo es una fecha que odio, y a partir de ahora, cada año, siempre la odiaré. Hoy te tengo en el pensamiento. Sé que tienes una hija preciosa, y espero que ella te consuele y te dé muchas alegrías.

¡Bueno, tengo que ir acabando! ¡A ser feliz, a ser bueno, y a seguir viviendo! Carpe diem y todo eso. Creo que es lo que habría querido Emma.

Un saludo (o esforzándome un poco, supongo que un abrazo),

Ian Whitehead

—Dexter, ¿me oyes? Pero ¿qué has hecho, por Dios? ¿Me oyes, Dex? ¡Haz el favor de abrir los ojos!

Al despertarse ve a Sylvie. Sin saber cómo, está en el suelo de su casa, entre el sofá y la mesa. Ella está de pie a su lado, intentando desencajarlo, y sentarlo. Dexter tiene la ropa mojada y pegajosa. Comprende que al dormir se ha vomitado encima. Le horroriza, y le avergüenza, pero no puede moverse, mientras Sylvie gruñe y jadea, agarrándolo por las axilas.

—Ay, Sylvie —dice, intentando ayudarla—, perdona. La he vuelto a cagar.

—Tú siéntate, cariño. Hazme ese favor, ¿de acuerdo?

—Estoy jodido, Sylvie. Estoy tan jodido…

—Ya se te pasará. Sólo es cuestión de que duermas. No, Dexter, no llores… Vamos, escúchame. —Sylvie se ha puesto de rodillas. Le toma la cara entre las manos, con una ternura en la mirada que cuando estaban casados casi nunca demostraba—. Ahora te lavas, te vas a la cama y descansas, ¿de acuerdo?

Al girar la cabeza, Dexter ve a alguien en la puerta: su hija. Gime, y le parece que va a volver a vomitar, de lo fuerte que es el espasmo de vergüenza.

Sylvie sigue su mirada.

—Jasmine, cielo, por favor, espera en la habitación de al lado —dice, con toda la serenidad que puede—. Papá no se encuentra muy bien. —Jasmine no se mueve—. ¡Te he dicho que te vayas a la habitación de al lado! —dice Sylvie, con algo de pánico.

Dexter tiene muchas ganas de tranquilizar a Jasmine, pero tiene la boca hinchada y amoratada, y no parece que le salgan las palabras. Lo que hace es acostarse, derrotado.

—No te muevas —dice Sylvie—. Tú quédate tal como estás.

Sale de la habitación, llevándose a la niña. Dexter cierra los ojos y espera, rezando por que pase todo. Se oyen voces en el pasillo, y llamadas telefónicas.

Lo siguiente que tiene claro es que está en el asiento trasero de un coche, debajo de una manta a cuadros, encogido e incómodo. Al arrebujarse —parece que no pueda parar de temblar, pese al calor—, se da cuenta de que es la vieja manta de picnic que le recuerda a excursiones en familia, como el olor de la tapicería granate desgastada. Levanta la cabeza con algo de dificultad, para mirar por la ventanilla. Van por la autopista. En la radio suena algo de Mozart. Ve la nuca de su padre, con el pelo gris plata bien cortado, menos el de las orejas.

—¿Adónde vamos?

—Te llevo a casa. A que duermas.

Su padre lo ha raptado. Al principio se le ocurre protestar: llévame otra vez a Londres, que estoy bien y ya no soy un niño. Pero el cuero, en su cara, está caliente, y no tiene fuerzas para moverse, y menos para discutir. Siente otro escalofrío. Se sube la manta hasta la barbilla y se queda dormido.

Lo despierta el ruido de los neumáticos en la grava de la casa familiar, grande y maciza.

—Vamos, adentro —dice su padre, abriendo la puerta del coche como un chofer —. ¡De cena, sopa!

Al caminar hacia la casa, lanza las llaves al aire y las recoge con desenvoltura. Está claro que ha decidido fingir que no ha pasado nada fuera de lo normal. Dexter se lo agradece. Encorvado, inestable, baja del coche, encoge los hombros para quitarse de encima la manta de picnic y entra detrás de su padre.

En el baño de la planta baja, se inspecciona la cara en el espejo. Tiene el labio

inferior cortado e inflado, y un moratón grande, entre amarillo y café, en todo un lado de la cara. Intenta girar los hombros, pero le duele la espalda; tiene toda la musculatura estirada y desgarrada. Hace una mueca y se examina la lengua, ulcerada, mordida por los lados y revestida de un moho gris. Se pasa la punta por los dientes. Últimamente nunca se los nota limpios. Reconoce el olor de su aliento, que rebota en el espejo. Tiene un toque fecal, como si se le estuviera pudriendo algo por dentro. En su nariz y su mejilla hay venas rotas. Está bebiendo con una entrega renovada, de noche, y a menudo de día, y ha ganado mucho peso; tiene la cara fofa y rechoncha, y los ojos constantemente rojos y legañosos.

Apoya la cabeza en el espejo y suspira. En sus años con Emma, a veces, por pensar algo, se preguntaba cómo sería vivir sin ella; no de manera morbosa, sino por puro pragmatismo, por especular, como todos los enamorados, ¿no? ¿Que cómo sería sin ella? Ahora tiene la respuesta en el espejo. El luto no lo ha imbuido de ningún tipo de grandeza trágica; sólo lo ha vuelto estúpido y banal. Sin ella, no tiene mérito, virtud ni sentido; es un borracho de mediana edad, desharrapado y solo, emponzoñado de tristeza y de vergüenza. Se acuerda sin querer de esta mañana, de su propio padre y su ex mujer desvistiéndolo y ayudándolo a meterse en la tina. Le faltan dos semanas para cumplir cuarenta y dos años, y su padre lo ayudó a meterse en la tina. ¿Y no podían llevarlo al hospital, para un vaciado de estómago? Habría sido más digno.

Oye a su padre en el pasillo, hablando a gritos con su hermana por teléfono. Se sienta en el borde de la tina. No hay que esforzarse para espiar. De hecho, es imposible no oírlo.

—Despertó a los vecinos intentando reventar su propia puerta a patadas. Lo dejaron entrar… Lo encontró Sylvie en el suelo… Parece que bebió demasiado, pero ya está… Sólo cortadas y moretones… Ni la menor idea. Pero bueno, lo lavamos. Por la mañana estará bien. ¿Quieres venir a saludarlo? —En el cuarto de baño, Dexter reza por un no, pero está claro que su hermana tampoco le ve ninguna gracia—. Lo entiendo, Cassie. Pero ¿le llamarás por la mañana?

Una vez seguro de que su padre ya no está, Dexter sale al pasillo y va descalzo a la cocina. Bebe agua caliente de la llave en un vaso grande cubierto de polvo, y ve ponerse el sol en el jardín. La alberca está vacía, tapada con una lona azul que se hunde por el centro; la pista de tenis, descuidada y llena de hierbajos. En la cocina también huele a moho. La gran casa familiar se ha ido cerrando cuarto por cuarto; ahora su padre sólo ocupa la cocina, la sala de estar y su dormitorio, y aun así es demasiado grande para él. La hermana de Dexter dice que a veces duerme en el sofá. Como están preocupados, le han propuesto irse a vivir a otro sitio, comprarse algo más manejable, un departamentito en Oxford o Londres, pero él se mantiene firme. «Si no les importa, tengo la intención de morirme en mi propia casa», dice, argumentación demasiado emotiva para refutarla.

—¿Qué, ya estás mejor?

Su padre está detrás.

—Un poco.

—¿Qué es? —Señala el vaso de Dexter con la cabeza—. ¿Ginebra?

—Sólo agua.

—Me alegro. He pensado que al ser una ocasión especial, esta noche podríamos cenar sopa. ¿Te atreves con una lata de sopa?

—Creo que sí.

Levanta dos latas.

—¿Mulligatawny o crema de pollo?

Y se empiezan a arrastrar por la cocina, grande y con olor a humedad: dos viudos desordenando más de lo necesario para calentar dos latas de sopa. Desde que su padre vive solo, su dieta ha vuelto a ser la de un *boy-scout* ambicioso: frijoles con jitomate, salchichas y palitos de pescado. Hasta parece que hizo gelatina.

Suena el teléfono en el pasillo.

—¿Lo contestas tú? —dice su padre, aplastando mantequilla sobre rebanadas de pan blanco. Dexter titubea—. Que no muerde, Dexter.

Dexter sale al pasillo y contesta. Es Sylvie. Se sienta en la escalera. Ahora su ex mujer vive sola. Su relación con Callum acabó explotando justo antes de Navidad. Su común infelicidad y las ganas de proteger de ello a Jasmine les han dado una extraña intimidad. Por primera vez desde que se casaron, casi son amigos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno, mira… Un poco avergonzado. Lo siento.

—Tranquilo.

—Me parece recordar que tú y papá me metieron en la tina.

Sylvie se ríe.

—No ha perdido la compostura ni un momento. «¡No tiene nada que no haya visto antes!».

Dexter sonríe y hace una mueca al mismo tiempo.

—¿Jasmine está bien?

—Creo que sí. No te preocupes. Le he dicho que habías comido algo en mal estado.

—La resarciré. Lo dicho, lo siento.

—Son cosas que pasan; pero no lo hagas nunca, nunca más, ¿de acuerdo?

Dexter hace un ruido como si dijera: «No; bueno, ya veremos…». Se quedan callados.

—Tengo que colgar, Sylvie, se me quema la sopa.

—Hasta el sábado por la noche, ¿no?

—Hasta entonces. Dale un beso a Jasmine. Y perdona.

La oye ajustar el receptor.

—Todos te queremos, Dexter.

—No tienen por qué —masculla él, avergonzado.

—Puede que no, pero te queremos.

Al cabo de un rato, cuelga el teléfono y se reúne con su padre ante el televisor, a beber agua de cebada con limón diluida en proporciones homeopáticas. Comen la sopa en bandejas especialmente acolchadas por debajo para comer cómodamente con ellas en las piernas, innovación reciente que a Dexter le resulta un poco deprimente, quizá porque es un tipo de cosa que su madre jamás habría permitido en casa. La sopa, caliente como lava, le da pinchazos en el labio cortado al tomársela a sorbitos. Las rebanadas de pan blanco que compra su padre están mal untadas de mantequilla, destrozadas, convertidas en pasta de color masa. Lo curioso es que están deliciosas. El tajo de mantequilla se derrite en la sopa pegajosa. Se la toman mirando *EastEnders*, otra de las últimas compulsiones de su padre, que en el momento en que salen los créditos deja en el suelo la bandeja acolchada, aprieta el botón de silencio del control y se gira para mirar a Dexter.

—Bueno, ¿y esto va a ser una celebración anual, o qué?

—Aún no lo sé. —Pasa un rato. Su padre se gira otra vez hacia el televisor silenciado—. Lo siento —dice Dexter.

—¿Qué?

—Bueno, has tenido que meterme en la tina…

—Sí, eso, si no te importa, preferiría no tener que repetirlo. —Su padre empieza a hacer *zapping*, sin poner el sonido de la tele—. De todos modos, pronto empezarás a hacerlo tú por mí.

—Dios mío, espero que no —dice Dexter—. ¿No puede hacerlo Cassie?

Su padre sonríe y lo mira.

—La verdad es que no tengo ganas de confidencias. ¿Y tú?

—No muchas, no.

—Pues nada. Lo único que te diré es que me parece que lo mejor que puedes hacer es vivir como si aún estuviera Emma. ¿No te parece que sería lo mejor?

—No sé si puedo.

—Pues tendrás que intentarlo. —Agarra el control de la televisión—. ¿Qué crees que he estado haciendo yo los últimos diez años? —Encuentra lo que buscaba en la tele, y se acomoda en el sillón—. Ah, *The Bill*.

Se quedan sentados, viendo la tele en el crepúsculo de verano, dentro de una sala llena de fotos de familia. A Dexter le avergüenza descubrir que vuelve a estar llorando, sin hacer ruido. Se lleva discretamente una mano a los ojos, pero su padre le oye aguantarse la respiración y lo mira.

—¿Todo bien?

—Perdona —dice Dexter.

—¡No será por cómo cocino!

Dexter se ríe y resopla.

—Creo que aún estoy un poco borracho.

—No pasa nada —dice su padre, girándose otra vez hacia la tele—. A las nueve

dan *Silent Witness*.

Capítulo 21

Arthur's Seat

VIERNES 15 DE JULIO DE 1988

Rankeillor Street, Edimburgo

Dexter se dio un baño en el cuarto de baño, destartalado y lleno de humedades. Después se puso la camisa de la noche anterior. Como olía a sudor y a cigarrillos, también se puso la chamarra, para que no saliesen los olores. Finalmente, se echó pasta de dientes en el índice y se frotó los dientes.

Fue a la cocina, donde estaban Emma Morley y Tilly Killick, bajo un cartel sucio de *Jules y Jim* de Truffaut que ocupaba toda la pared. Debajo de la risa de Jeanne Moreau, compartieron incómodos un desayuno de retortijón seguro: pan integral tostado con margarina de soya y una especie de muesli en grumos. Al ser una ocasión especial, Emma había lavado la cafetera italiana, de esas que siempre parece que tengan moho dentro, y tras la primera taza de líquido negro y aceitoso, Dexter empezó a encontrar algo mejor. Sin decir nada, escuchó las bromitas que se hacían las dos compañeras de piso, ambas con lentes grandes que llevaban como una insignia, y tuvo la vaga sensación de haber sido hecho rehén por una compañía de teatro *underground*. Quizá sí hubiera sido un error quedarse. En todo caso, lo había sido salir del dormitorio. ¿Cómo besar a Emma con Tilly Killick ahí sentada, hablando por los codos?

A Emma, por su parte, la presencia de Tilly la estaba empezando a desquiciar. Pero ¿no tenía nada de discreción, o qué? Todo el rato sentada, con la barbilla apoyada en una mano, tocándose el pelo y chupando la cucharita… Emma había cometido el error de bañarse con un bote de gel de frambuesa de Body Shop sin haberlo probado antes, y era penosamente consciente de que olía como un yogur de frutas. Se moría de ganas de ir a quitárselo, pero no se atrevía a dejar a Dexter a solas con Tilly, cuya bata abierta daba un buen panorama de su mejor ropa interior, un body rojo a cuadros de Knickerbox. A veces era tan transparente…

Volver a la cama: eso era lo que quería de verdad, y estar otra vez parcialmente vestida, pero ya era demasiado tarde; ya estaban todos demasiado sobrios. Impaciente por marcharse, se preguntó en voz alta qué harían hoy, en su primer día de licenciados.

—¿Y si vamos al pub? —propuso Dexter sin mucha convicción.

Emma gruñó de asco.

—¿Y a comer? —dijo Tilly.

—Demasiado caro.

—¿Y al cine? Pago yo —se brindó Dexter.

—No, hoy no. Demasiado buen día. Mejor algo al aire libre.

—Bueno, pues a la playa, a North Berwick.

Emma se estremeció. Significaba llevar traje de baño en presencia de Dexter, tortura para la que no tenía bastantes fuerzas.

—Yo para la playa soy una negada.

—Pues entonces ¿qué?

—Podríamos subir a Arthur's Seat —dijo Tilly.

—Nunca he estado —dijo Dexter como si nada.

Se quedaron mirándolo, boquiabiertas.

—¿Nunca has subido a Arthur's Seat?

—No.

—¿Has estado cuatro años en Edimburgo y nunca has…?

—¡Estaba ocupado!

—¿Haciendo qué? —dijo Tilly.

—Estudiando antropología —dijo Emma.

Se rieron cruelmente las dos.

—¡Pues tenemos que ir! —dijo Tilly.

Fue el preludio de un breve silencio, en que los ojos de Emma destellaron de advertencia.

—No tengo el calzado adecuado —dijo Dexter.

—Si sólo es una montañita, no el K2.

—¡No puedo ir de excursión con zapatos de vestir!

—Tranquilo, que no cuesta nada.

—¿Con traje?

—¡Sí! ¡Podríamos hacer picnic!

Emma, sin embargo, sintió que empezaba a decaer el entusiasmo, hasta que finalmente Tilly dijo:

—Ahora que lo pienso, es mejor que vayan ustedes solos. Yo tengo… que hacer unas cosas.

Al mirarla de reojo, Emma captó el final de un guiño, y pensó que sería capaz de acercarse y darle un beso.

—¡De acuerdo, pues vamos ya! —dijo Dexter, también más animado.

Un cuarto de hora después, salieron a una mañana brumosa de julio, con los Salisbury Crags erguidos al final de Rankeillor Street.

—¿En serio que vamos allí arriba?

—Podría subir hasta un niño. Hazme caso.

Compraron las cosas para el picnic en el supermercado de Nicolson Street, un poco incómodos los dos con el rito extrañamente doméstico de compartir la cesta de las compras, y cohibidos a la hora de elegir. ¿Las aceitunas eran demasiado lujosas?

¿Tenía gracia llevarse Irn Bru, el refresco de cola escocés? ¿Era ostentoso comprar champán? Tras llenar la mochila militar de Emma con los víveres —los de ella en broma, los de Dexter con ínfulas de refinamiento—, volvieron hacia Holyrood Park y empezaron a subir por la base del risco.

Dexter iba rezagado, sudando por dentro del traje, y resbalando por culpa de los zapatos. Tenía un cigarrillo entre los labios, y dolor de cabeza por el vino tinto y el café del desayuno. Se daba vaga cuenta de que había que fijarse en el esplendor de las vistas, pero él lo que miraba era las nalgas de Emma, con unos 501 azules descoloridos, muy apretados en la cintura, y unas botas Converse All-Star negras.

—Eres muy ágil.

—¿Yo? Una cabra montesa. En casa de mis padres hacía muchas excursiones, durante mi fase Cathy: ¡venga a caminar por los páramos salvajes! Era de un profundo… «¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!».

Dexter, que escuchaba a medias, supuso que era alguna cita, pero le distrajo una franja oscura de sudor que se estaba formando entre los omóplatos de Emma, y el atisbo de una tira de brasier en el cuello ancho de su camiseta. Se le apareció otra imagen fugaz de la última noche en la cama, pero justo entonces ella se giró a mirarle, como si se lo reprochase.

—¿Qué, cómo va, *sherpa* Tenzing?

—Muy bien. Si no fuera por estos zapatos, que ya podrían tener un poco de agarre… —Emma se estaba riendo—. ¿De qué te ríes?

—No, nada, es que nunca había visto a nadie de excursión y fumando.

—¿Qué más tengo que hacer?

—¡Mirar las vistas!

—Una vista es una vista es una vista.

—¿Eso es de Shelley o de Wordsworth?

Dexter suspiró y se detuvo, con las manos en las rodillas.

—Bien, bien, ya estoy mirando.

Al girarse, vio los bloques de protección oficial, los campanarios y almenas del casco viejo al pie de la gran mole gris del castillo, y al fondo de todo, en una neblina de calor, el Firth of Forth. Dexter tenía por norma general no mostrarse impresionado por nada, pero sí que era un panorama espléndido, que reconoció por las postales. Le extrañó no haberlo visto antes.

—Muy bonito —se permitió decir.

Siguieron caminando hacia la cumbre, preguntándose qué pasaría al llegar.

Capítulo 22

Segundo aniversario

Abriendo cajas

SÁBADO 15 DE JULIO DE 2006

Norte de Londres y Edimburgo

A las seis y cuarto de la tarde baja la persiana metálica del Belleville Café y pone en su sitio el candado macizo. Maddy está al lado, esperándolo. La toma de la mano al ir hacia el metro.

Por fin, por fin se ha cambiado de departamento; lleva un tiempo instalado en un dúplex de tres habitaciones de Gospel Oak, nada vistoso, pero acogedor. Como Maddy vive un poco lejos, en Stockwell, en la otra punta de la Línea Norte, a veces lo más lógico es que se quede a dormir, pero esta noche no; sin melodramas de por medio, sin altisonancias, esta noche a Dexter le gustaría tener tiempo para sí mismo. Esta noche se ha impuesto una tarea, y sólo puede hacerla solo.

Se separan a la entrada del metro de Tufnell Park. Maddy, que es algo más alta que él, con pelo negro, largo y liso, tiene que agacharse un poco para el beso de despedida.

—Luego, si quieres, me llamas.

—Puede que sí.

—Y si lo piensas mejor, y quieres que venga…

—Estaré bien.

—Bien. ¿Nos vemos mañana, o qué?

—Ya te llamaré.

Se dan otro beso de buenas noches, corto pero cariñoso, antes de que Dexter siga cuesta abajo hacia su nuevo domicilio.

Hace dos meses que sale con Maddy, la encargada del café. Aún no se lo han dicho oficialmente al resto del personal, aunque sospechan que probablemente ya lo sepan. No ha sido nada apasionado, sino una aceptación gradual, durante el último año, de una situación inevitable. A Dexter le ha parecido todo demasiado práctico, demasiado normal. En su fuero interno le incomoda un poco la transición que ha hecho Maddy de confidente a pareja; desluce un poco la relación el haber empezado con tanta tristeza.

Aunque es verdad que se llevan muy bien, lo dice todo el mundo; Maddy es buena, sensata y atractiva, alta, delgada, un poco torpe. Tiene aspiraciones de pintora, y Dexter le ve talento; en el café hay cuadros pequeños, que de vez en cuando se venden. También es diez años menor que él —se imagina los ojos en blanco de Emma—, pero es una persona inteligente, que sabe de la vida y ha pasado sus malos tragos: un divorcio de joven y varias relaciones infelices. Es callada, reservada, reflexiva, con un toque de melancolía que ahora mismo a Dexter le viene bien. También es compasiva, y de una lealtad a prueba de bombas; fue ella quien salvó el negocio en la época en que Dexter se bebía los beneficios y no iba a trabajar, algo que él le agradece. A Jasmine le gusta. Se llevan muy bien, al menos de momento.

Es una agradable tarde de sábado. Caminando a solas por calles residenciales, llega a su casa: el semisótano y la planta baja de una casa de época, no muy lejos de Hampstead Heath. Conserva el olor y el papel de pared de los anteriores inquilinos, un matrimonio mayor. Dexter sólo ha desembalado un par de cosas esenciales: la tele con DVD y el equipo de música. Da cierta impresión de viejo, al menos en su estado actual, con sus molduras, su espantoso cuarto de baño y su cantidad de cuartitos pequeños, pero Sylvie jura y perjura que cuando estén tirados los tabiques y lijado el suelo, tendrá muchas posibilidades. Hay una habitación grande, para cuando se queda Jasmine a dormir, y un jardín. Un jardín. Al principio Dexter decía en broma que lo pavimentaría, pero ahora ha decidido aprender jardinería, y se ha comprado un libro sobre el tema. En lo más profundo de su conciencia, ha aprehendido el concepto de cobertizo. Pronto será el golf, y dormir en pijama.

Una vez dentro, cruzado el pasillo atestado de cajas, se baña, va a la cocina y pide comida tailandesa a domicilio. Después se tumba en el sofá del salón y empieza a elaborar una lista mental de lo que tiene que hacer antes de poner manos a la obra.

Para un círculo pequeño y dispar de personas, una fecha que hasta entonces era inocua ha adquirido un peso melancólico, y ahora se impone una serie de llamadas. Empieza por Sue y Jim, los padres de Emma, en Leeds. Es una conversación agradable y bastante directa. Les cuenta cómo le va el negocio, y lo que hace Jasmine en el colegio; lo explica por partida doble, una vez para la madre y otra para el padre.

—La verdad es que no tengo nada más que contar —le dice a Sue—. Sólo llamaba…, bueno, pues para decir que me acuerdo de ustedes, y que espero que estén bien.

—Lo mismo digo, Dexter. Cuídate, ¿de acuerdo? —dice ella antes de colgar, con voz trémula.

Dexter sigue con la lista: habla con su hermana, con su padre, con su ex mujer y con su hija. Son conversaciones cortas, en las que se hace ostentación de alegría, y nulas referencias a lo que representa el día. El subtexto, sin embargo, es siempre el mismo: «Estoy bien». Llama a Tilly Killick, y la encuentra sensiblera y demasiado emocionada.

—Pero ¿tú cómo estás de verdad, cariño? De verdad, ¿eh? ¿Estás solo? ¿Te viene

bien estarlo? ¿Quieres que vayamos?

La tranquiliza, irritado, y corta la llamada lo más deprisa y educadamente que puede. Luego llama a Ian Whitehead, en Taunton, pero está acostando a los niños, vaya joda, y no es buen momento. Ian le promete llamar durante la semana. Hasta le propone pasar a verlo alguna vez, y Dexter dice que muy buena idea, a sabiendas de que no lo hará. Como en todas las llamadas, se palpa que ha pasado lo peor de la tormenta. Probablemente Dexter no vuelva a hablar con Ian. Y no será ningún trauma para ninguno de los dos.

Cena con la tele puesta, cambiando de canal, y limitándose a la única cerveza que le han regalado al traerle la comida; pero tiene algo de triste comer solo, encorvado en el sofá, en esta casa ajena, y por primera vez en lo que va de día sufre un ataque de desesperación y soledad. Últimamente, el luto parece como caminar por un río helado: Dexter no se siente casi nunca en peligro, pero siempre existe el riesgo de que se abra el hielo. Lo está oyendo crujir, y es una sensación tan intensa, tan de pánico, que tiene que levantarse un momento, ponerse las manos en la cara y tomar aire. Espira lentamente a través de los dedos. Luego corre a la cocina y empieza a tirar platos sucios en el fregadero, haciendo ruido. De repente le abruman las ganas de beber, y no parar. Busca el teléfono.

—¿Qué pasa? —dice Maddy con tono de preocupación.

—Nada, un poco de pánico.

—¿Seguro que no quieres que vaya?

—Ahora estoy bien.

—Si quieres tomo un taxi. Llegaría en…

—No, de verdad, prefiero estar solo.

Dexter se da cuenta de que la voz de Maddy es suficiente para tranquilizarle. Tras repetir que está bien, cuelga. Una vez seguro de que no puede llamarle nadie por nada, desconecta el teléfono, baja las cortinas, sube al departamento de arriba y empieza.

El dormitorio de invitados sólo contiene un colchón, una maleta abierta y siete u ocho cajas de cartón, dos de ellas con las etiquetas «Emma 1» y «Emma 2», escritas por Emma con rotulador negro de punta gruesa. Estas cajas, las últimas pertenencias de Emma que quedaban en el departamento de Dexter, contienen cuadernos, cartas y sobres de fotos. Se las lleva al salón, y se pasa el resto de la tarde abriéndolas y separando los papeles sin valor —extractos bancarios de hace mucho tiempo, facturas, menús viejos de comida para llevar…, cosas, todas, que tira a una bolsa de basura negra— de lo que les enviará a sus padres, y de lo que quiere quedarse él.

El proceso, que dura lo suyo, es realizado con gran pragmatismo, sin una sola lágrima, y muy pocas interrupciones. Evita leer los diarios y cuadernos, con sus versos juveniles y sus obras de teatro. Le parece injusto —se imagina a Emma poniendo mala cara a sus espaldas, o corriendo a quitárselos de las manos—; en vez de eso se concentra en las cartas y las fotos.

Está guardado todo de tal modo que al sacarlo se sigue un orden cronológico inverso, excavando a través de los estratos: sus años de pareja, después los noventa, y finalmente, al fondo de la caja 2, los ochenta. Lo primero son pruebas de portada para las novelas de Julie Criscoll, correspondencia con Marsha, su editora, y recortes de prensa. La siguiente capa revela postales y fotos de París, incluida una del famoso Jean-Pierre Dusollier, moreno y muy guapo (la que se salvó). Dentro de un sobre con boletos de metro, cartas de restaurante dobladas y un contrato de alquiler en francés, se topa con algo tan sorprendente y que le afecta tanto que está a punto de caérsele al suelo.

Es una Polaroid, hecha en París durante aquel verano, de Emma desnuda en una cama, con los tobillos cruzados y los brazos lánguidamente tendidos sobre la cabeza. La hicieron una noche de amor y borrachera, después de ver *Titanic* en francés en una tele en blanco y negro. A él le parecía muy bonita, pero Emma se la quitó, asegurándole que la destruiría. El hecho de que la guardase, y en lugar secreto, debería complacerlo, como indicación de que le gustaba más de lo que dijo, pero también es otro choque con la ausencia de Emma. Necesita un momento para respirar. Vuelve a meter la Polaroid en el sobre y se sienta en silencio, para recuperarse. Debajo cruje el hielo.

Sigue. De finales de los noventa encuentra una colección de participaciones de nacimientos e invitaciones de boda, una carta gigante de despedida del personal y los alumnos del instituto de Cromwell Road, y dentro del mismo sobre, una serie de cartas de un tal Phil, de tanta fijación sexual y tan suplicantes, que las dobla enseguida y las vuelve a meter en el sobre. Hay folletos de las noches de improvisación de Ian, y tediosos documentos jurídicos sobre la compra del departamento en E17. Encuentra una colección de postales tontas que mandó él a principios de los noventa, durante sus viajes: «Ámsterdam es una LOCURA», «Dublín, JUERGA a tope». Le recuerdan las cartas que recibió en respuesta, maravillosos paquetitos de papel azul claro para correo aéreo que relee de vez en cuando, y se avergüenza como el primer día de lo insensible que era a los veinticuatro años: «¡¡¡¡VENECIA TOTALMENTE INUNDADA!!!!». Hay una copia en fotostato del programa de «*Cargamento cruel* —obra de teatro para jóvenes de Emma Morley y Gary Nutkin —», seguida por exámenes viejos, trabajos sobre «Las mujeres en Donne» y «Eliot y el fascismo», y un fajo de postales de obras de arte marcadas con los agujeritos de los corchos de las residencias universitarias. Encuentra un tubo de cartón, y dentro, muy enrollado, el título de licenciada de Emma, se imagina que intacto desde hace casi veinte años. Lo verifica mirando la fecha: 14 de julio de 1988. Ayer se cumplieron dieciocho años.

En una carpeta de papel rota, encuentra las fotos de la graduación y las hojea sin mucha nostalgia: Emma casi no aparece, porque las hizo ella, y de la mayoría de los otros alumnos ya ni se acuerda. En esa época no se movían en los mismos ambientes. Aun así, le impresiona lo jóvenes que son las caras, así como el hecho de que Tilly

Killick tenga el don de irritarle incluso en fotos, y a diecinueve años de distancia. Una foto de Callum O'Neill, flaco y pagado de sí mismo, se ve rápidamente partida en dos y arrojada a lo más hondo de la bolsa de basura.

En algún momento, sin embargo, Emma debió de darle la cámara a Tilly, porque al final sí sale poniendo caras heroicas con su birrete, su toga y los lentes en la punta de la nariz, a lo intelectual. Dexter sonríe. Luego gime de vergüenza y risa, al verse en una foto tal como era entonces.

Sale con una absurda cara de modelo, chupando las mejillas y haciendo mohínes, mientras Emma le pasa un brazo por detrás, con la cara muy cerca de la suya, los ojos muy abiertos y una mano en la mejilla, como si viera a un famoso. Después de la foto se fueron a la recepción de licenciatura, luego al pub y más tarde a aquella fiesta en casa de alguien. Dexter no se acuerda de quién vivía en la casa; sólo de que no cabía un alfiler, de que se quedó prácticamente destrozada, y de que la fiesta se extendió por la calle y el jardín trasero. Ellos dos, huyendo del caos, encontraron un hueco en un sofá de la sala de estar, y ya no se movieron en toda la noche. Fue donde Dexter le dio el primer beso. Vuelve a examinar la foto de licenciatura: Emma con lentes de gruesa montura negra, el pelo teñido de rojo y mal cortado, la cara un poco más rechoncha de como la recuerda, la boca abierta en una gran sonrisa, y la mejilla pegada a la de él. La aparta, y mira la siguiente.

Es la mañana siguiente. Están sentados en una ladera, Emma con unos 501 muy ceñidos en la cintura y unas Converse All-Star negras, y él un poco apartado, con la camisa blanca y el traje negro que llevaba el día anterior.

Los decepcionó encontrar la cumbre de Arthur's Seat llena de turistas y otros recién licenciados, macilentos e inestables a causa de las fiestas de la última noche. Dex y Em saludaron con la mano a unos cuantos conocidos, pero procuraron mantener las distancias, y evitar los chismorreos aunque fuera demasiado tarde.

Se pasearon sin rumbo por el llano, pedregoso y herrumbroso, viendo el panorama desde todos los puntos de vista. En la columna de piedra que marcaba la cima, hicieron los comentarios de rigor en esas situaciones: que cuánto habían caminado y que desde ahí se veía su casa. La columna estaba llena de grafitis: chistes privados, «DG ha estado aquí», «Viva Escocia», «Fuera Thatcher»…

—Deberíamos grabar nuestras iniciales —propuso Dexter, poco convencido.

—¿Como: «Dex + Em»?

—«Para siempre».

Emma hizo una mueca de escepticismo y examinó el grafiti que más llamaba la atención: un pene grande, dibujado con tinta verde indeleble.

—Qué tal, subir hasta aquí sólo para dibujar esto… ¿Tú crees que el rotulador se lo trajo? «La vista es muy bonita, y la naturaleza y todo eso, pero lo que de verdad le hace falta a este sitio es una buena verga con unos buenos huevos».

Dexter se rio maquinalmente, pero empezaba a cohibirse otra vez; ahora que estaban arriba, tenía la impresión de haberse equivocado. Se preguntaron, cada uno por su lado, si no era mejor saltarse el picnic, bajar e irse a su casa; pero como ninguno de los dos estaba del todo dispuesto a proponerlo, encontraron una hondonada cerca de la cumbre, donde parecía que las rocas proporcionasen mobiliario natural, y se instalaron para descargar la mochila.

Dexter abrió el champán, que como ya se había calentado, le llenó la mano de espuma y se perdió tristemente en el brezo. Se pasaron la botella para ir bebiendo de ella, pero el ambiente no era muy festivo, y al cabo de un momento de silencio Emma recurrió otra vez a los comentarios sobre la vista.

—Muy bonito.

—Mm.

—¡Ni gota de lluvia!

—¿Mm?

—Dijiste que hoy era san Suituno. «Si por san Suituno llueve…».

—Exacto. Ni gota de lluvia.

El tiempo. Emma estaba hablando del tiempo. Avergonzada de su banalidad, guardó silencio, hasta probar con un enfoque más directo.

—¿Qué, Dex, cómo te sientes?

—Un poco cansado.

—No, digo por lo de esta noche. Lo nuestro.

Dexter la miró sin saber qué respuesta esperaba. Prefería evitar enfrentamientos, por falta de una vía inmediata de escape (como no fuera tirarse montaña abajo).

—¡Yo estoy muy bien! ¿Y tú? ¿Cómo te sientes por lo de esta noche?

—Bien. Supongo que con un poco de vergüenza por el rollo que te solté; lo del futuro, ¿sabes? Cambiar el mundo, y todo eso. Un poco cursi, visto así, de día. En todo caso debía de sonar cursi, sobre todo para alguien sin principios ni ideales…

—¡Oye, yo tengo ideales!

—Acostarse con dos mujeres a la vez no es ningún ideal.

—Bueno, eso lo dirás tú…

Emma chasqueó la lengua.

—¿Sabes que a veces eres de lo más sórdido?

—No lo puedo evitar.

—Pues deberías intentarlo. —Arrancó un puñado de brezo y se lo tiró sin fuerzas —. Cuando lo intentas eres mucho más simpático. Pero bueno, la cuestión es que no quería parecer tan insufrible.

—No parecías insufrible. Era interesante. Además, ya te dije que me la pasé muy bien. Lástima que no sea el momento más oportuno.

La sonrisa de consuelo de Dexter era irritante. Emma arrugó la nariz, molesta.

—¿Qué quieres decir?, ¿que si no seríamos «novios»?

—No lo sé. A saber.

Dexter tendió la palma de una mano. Emma la miró con desagrado, hasta que suspiró y se resignó a tomarla. Se quedaron agarrados de la mano, con la impresión de hacer el tonto, hasta que se les cansaron los brazos y se soltaron los dos a la vez. Dexter llegó a la conclusión de que lo mejor era hacerse el dormido hasta la hora de marcharse. Con esa intención, se quitó la chamarra, la dobló en forma de cojín y cerró los ojos contra el sol. Le dolía el cuerpo, le palpitaba el alcohol en la cabeza, y empezaba a quedarse inconsciente. En ese momento oyó la voz de Emma.

—¿Puedo decir una cosa? Sólo para tranquilizarte la conciencia.

Abrió los ojos, aturdido. Emma tenía las piernas contra el pecho y el mentón en las rodillas.

—Dime.

Respiró, como si ordenase sus ideas, y habló.

—No quiero que creas que estoy disgustada, ni nada por el estilo. Vaya, ya sé que lo de anoche sólo fue porque estabas borracho…

—Emma…

—¿Me dejas acabar? De todos modos, me la pasé muy bien. No es que haya hecho mucho ese… tipo de cosas; no lo tengo estudiado, como tú, pero estuvo bien. Creo que eres simpático, Dex, cuando quieres. No sé, puede que no sea el momento más oportuno, pero yo creo que harás bien en irte a China, o a la India, o a donde sea, y encontrarte a ti mismo. Mientras tanto, yo me quedaré aquí tan tranquila, con mis cosas. No quiero acompañarte, ni una postal cada semana; ni siquiera tu número de teléfono. Tampoco quiero casarme y tener hijos. Por no querer, no quiero ni otro rollo. Lo hemos pasado muy muy bien una noche, y ya está. Siempre me acordaré. Y si nos encontramos algún día, en una fiesta, o lo que sea, pues perfecto. Tendremos una conversación agradable, y punto. No pasaremos vergüenza porque tú me metieras la mano en el top; no será nada incómodo; nos lo tomaremos como lo más natural, ¿de acuerdo? Tú y yo. Seremos sólo… amigos. ¿Trato hecho?

—De acuerdo, trato hecho.

—Listo. Ahora…

Emma buscó algo en la mochila, y después de hurgar un poco sacó una Pentax SLR maltrecha.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? Sacar una foto. Algo para acordarme de ti.

—Tengo una pinta horrible —dijo él.

Ya empezaba a arreglarse el pelo.

—No me vengas con rollos, que te encanta.

Encendió un cigarrillo, como elemento escenográfico.

—¿Para qué quieres una foto?

—Para cuando seas famoso. —Emma estaba equilibrando la cámara sobre una piedra, y enmarcando la foto en el visor—. Quiero poder decirles a mis hijos: ¿ven a este de aquí? Pues una vez le metió mano a mamá por debajo de la falda en una

habitación llena de gente.

—¡Empezaste tú!

—¡No, empezaste tú!

Giró el temporizador de cuerda y se alborotó el pelo con las puntas de los dedos, mientras Dexter se ponía el cigarrillo primero en un lado de la boca y después en el otro.

—Bien, treinta segundos.

Dexter refinó su pose.

—¿Qué decimos? *¿Cheese?*

—No, *cheese* no. ¡Vamos a decir «rollo de una noche»! —Emma apretó el botón, y la cámara empezó a zumbar—. ¡O «promiscuo»!

Pasó por encima de las piedras.

—O «cacos que pasan de noche».

—Lo que pasa en la noche son barcos, no cacos.

—¿Los cacos qué hacen?

—Los ladrones se juntan.

—¿Y qué tiene de malo decir *cheese*?

—Mejor no decir nada. Vamos a sonreír y a salir naturales. Salir jóvenes y llenos de ideales elevados y de esperanza o lo que sea. ¿Listo?

—Listo.

—Bueno, pues sonríe y…

Capítulo 23

Tercer aniversario

El verano pasado

DOMINGO 15 DE JULIO DE 2007

Edimburgo

Ring, ring. Ring, ring.

Le despierta el dedo índice de su hija, apretándole la nariz como si fuera un timbre.

—Ring, ring. Ring, ring. ¿Quién llama a la puerta? ¡Jasmine llama a la puerta!

—¿Qué haces, Jas?

—Despertarte. Ring, ring… —Le pone el pulgar en el ojo, levantándole el párpado—. ¡Despierta, holgazán!

—¿Qué hora es?

—¡De día!

Maddy, que está al lado, en la cama del hotel, agarra su reloj de pulsera.

—Las seis y media —gruñe contra la almohada.

Jasmine se ríe, pérfida. Al abrir los dos ojos, Dexter ve la cara de su hija encima de la almohada, con la nariz a pocos centímetros.

—¿No tienes algún libro para leer, o alguna muñeca para jugar, o alguna otra cosa?

—No.

—Pues ponte a colorear, ¿está bien?

—Tengo hambre. ¿Podemos pedir algo en la habitación? ¿A qué hora abren la alberca?

El hotel de Edimburgo es un hotel de lujo, tradicional y majestuoso, con las paredes de roble y los baños de porcelana. Una vez estuvieron sus padres, cuando se licenció. Es un poco más anticuado y caro de lo que le gustaría, pero ha pensado que ya que van a hacerlo, mejor que sea a lo grande. Se quedarán dos noches —Dexter, Maddy y Jasmine— antes de alquilar un coche e ir a una casa rural cerca del lago Lomond. Queda más cerca Glasgow, claro, pero Dexter lleva quince años sin ir a Edimburgo, desde un fin de semana de disipación en el que presentó un programa de la tele desde el Festival. Parece muy muy lejos, como en otra vida. Hoy tiene la idea,

propia de un padre, de que podría enseñarle la ciudad a su hija. Maddy, consciente de la fecha, ha decidido dejarlos solos.

—¿Seguro que no te importa? —le pregunta él en la intimidad del cuarto de baño.

—Claro que no. Iré a la galería, a ver la exposición aquella.

—Sólo quiero enseñarle algunos sitios. Un viaje por la memoria. No hace falta que tú también sufras.

—Te digo que no me importa, en serio.

La mira atentamente.

—¿Y no te parece que estoy loco?

Ella sonríe un poco.

—No, no creo que estés loco.

—¿No te parece morboso, ni raro?

—En absoluto. —Si a Maddy le molesta, está claro que lo disimula muy bien. Dexter le da un besito en el cuello—. Tienes que hacer lo que quieras.

En otro momento, la idea de que pudiera llover cuarenta días seguidos podía parecer descabellada, pero este año no. Ya hace semanas que diluvia cada día en todo el país, con calles enteras inundadas, y el verano se está presentando tan fuera de lo normal que casi podría ser una nueva estación. Una estación de los monzones. Sin embargo, cuando salen a la calle, aún hace un día despejado, con nubes altas, y sin lluvia, al menos de momento. Hacen planes para comer con Maddy, y se separan.

El hotel está en el casco viejo, justo al lado de la Royal Mile. Dexter se lleva a Jasmine al típico *tour* atmosférico, por callejones y escaleras secretas, hasta que salen a Nicolson Street, alejándose del centro por el sur. La recuerda como una calle muy animada, brumosa por el humo de los autobuses, pero al ser domingo por la mañana está tranquila, un poco triste. Ahora que se han apartado de la ruta turística, Jasmine empieza a estar inquieta y aburrida. Dexter, que siente cómo aumenta el peso de la mano de su hija, sigue caminando. Ha encontrado la dirección en una de las cartas de Emma. No tarda en ver la placa de una calle. Rankeillor Street. Es una calle tranquila, residencial, por la que se meten.

—¿Adónde vamos?

—Estoy buscando algo. El número diecisiete.

Ya están delante. Dexter mira la ventana del tercer piso, tapada por cortinas sin ningún estampado ni nada especial.

—¿Ves aquel departamento? Es donde vivía Emma cuando íbamos juntos a la universidad. De hecho, se podría decir que es donde nos conocimos.

Jasmine mira obedientemente hacia arriba, pero no hay nada que distinga aquella simple casa adosada de las de al lado. Dexter empieza a cuestionar el acierto de la expedición. Es indulgente, morbosa y sentimental. ¿Qué esperaba encontrar? Aquí no hay nada que recuerde, y el placer que procura la nostalgia es débil y fútil. Por un momento se plantea dejar el recorrido a medias, llamar por teléfono a Maddy y quedar un poco antes, pero Jasmine está señalando el final de la calle, donde un risco

de granito se cierne incongruentemente sobre las casas de la base.

—¿Eso qué es?

—Salisbury Crags. Por donde se sube a Arthur's Seat.

—¡Arriba hay gente!

—Es que se puede subir. No cuesta nada. ¿Qué te parece? ¿Lo intentamos? ¿Te ves capaz?

Se dirigen a Holyrood Park. Lo deprimente es que su hija de siete años y medio sube por la montaña con mucha más energía que el padre, y casi no se para si no es para girarse y burlarse de él, que jadea y suda más abajo.

—Es porque llevo zapatos sin adherencia —protesta Dexter.

Siguen cuesta arriba, saliendo del camino principal, y al otro lado de unas rocas topan con el llano pedregoso y herrumbroso que hay en la cima de Arthur's Seat. Encuentran la columna de piedra que marca el punto más alto. Dexter inspecciona los garabatos, con cierta esperanza de encontrar sus propias iniciales: «Lucha antifascista», «Alex M 5/5/07», «Fiona, para siempre».

Para distraer a Jasmine de los grafitis más obscenos, la levanta y la sienta sobre la columna, pasándole un brazo por la cintura a la vez que le señala los puntos importantes, y ella mece las piernas.

—Aquello es el castillo, cerca del hotel. Aquello, la estación. Aquello, el Firth of Forth, que desemboca en el Mar del Norte. Por allá al fondo quedará Noruega. Leith, y aquello es New Town, donde vivía yo. Ya hace veinte años, Jas. El siglo pasado. Y aquello de allá, lo de la torre, es Calton Hill. Si quieres, esta tarde también podemos subir.

—¿No estás demasiado cansado? —pregunta ella, sardónica.

—¿Yo? Lo dirás en broma. Soy un atleta nato. —Jasmine imita sus jadeos, con una mano en el pecho—. Qué bromista.

La baja de la columna, tomándola por las axilas, y finge arrojarla por la montaña, antes de columpiarla bajo el brazo, mientras ella grita y se ríe.

Al apartarse un poco de la cumbre, encuentran una hondonada natural con vistas a la ciudad. Dexter se tumba con las manos en la nuca, mientras Jasmine, sentada al lado, come papas fritas con sabor a sal y vinagre y se bebe el jugo con gran concentración. Dexter recibe el calor del sol en la cara, pero empieza a resentirse de haber empezado el día tan temprano, y en cuestión de minutos se siente invadido por el sueño.

—¿Aquí también venía Emma? —pregunta Jasmine.

Dexter abre los ojos y se apoya en los codos.

—Sí. Vinimos juntos. En casa tengo una foto de los dos. Te la enseñaré. Es de cuando papá estaba flaco.

Jasmine le mira hinchando los cachetes y se empieza a chupar la sal de los dedos.

—¿La echas de menos?

—¿A quién? ¿A Emma? Claro. Todos los días. Era mi mejor amiga. —Dexter le

da un golpecito con el codo—. ¿Y tú?

Jasmine frunce el ceño al recordar.

—Creo que sí. Sólo tenía cuatro años, y tampoco me acuerdo muy bien, menos cuando veo fotos. Me acuerdo de la boda. Pero era simpática, ¿no?

—Mucho.

—Y ahora ¿quién es tu mejor amiga?

Dexter pone una mano en la nuca de su hija, con el pulgar en el hueco.

—Tú, claro. ¿Por qué? ¿Tu mejor amigo quién es?

La frente de Jasmine se arruga al reflexionar.

—Supongo que Phoebe —dice.

Chupa por el popote del jugo vacío, que hace un ruido grosero.

—¿Sabes que se puede ser muy antipático? —dice él. Ella se ríe, aguantando el popote con los labios—. Ven aquí —gruñe Dexter, y se lanza sobre ella para echarla hacia atrás.

Jasmine se apoya en el hueco del brazo, con la cabeza en el hombro. Dexter vuelve a cerrar los ojos, sintiendo en los párpados el calor del sol de media mañana.

—Qué buen día —masculla—. Hoy no llueve. Todavía.

Y vuelve a invadirlo lentamente el sueño. Reconoce el olor del champú del hotel en el pelo de Jasmine. Siente su aliento en el cuello, sal y vinagre, lento y regular, al quedarse dormido.

Llevará unos dos minutos inconsciente cuando se le clavan en el pecho los huesudos codos de su hija.

—Papá, me aburro… ¿Nos podemos ir, por favor?

Emma y Dexter pasaron el resto de la tarde en la montaña, riéndose y hablando, y dando información sobre sí mismos: lo que hacían sus padres, cuántos hermanos tenían, sus anécdotas favoritas… En medio de la tarde, como de mutuo acuerdo, se durmieron, y se quedaron castamente en paralelo hasta que a las cinco Dexter se despertó sobresaltado. Entonces recogieron las botellas vacías y los restos del picnic y empezaron a bajar por la montaña, mareados, hacia la ciudad y sus respectivas casas.

Al acercarse a la salida del parque, Emma se dio cuenta de que pronto se despedirían, y de que lo más probable era que no volvieran a verse. Supuso que habría fiestas, pero no tenían el mismo grupo de amigos; además, Dexter saldría de viaje en poco tiempo. Aunque se vieran, sería algo fugaz y formal. Él no tardaría en olvidar lo de esa madrugada en el cuartito de alquiler. Al bajar de la montaña a tropezones, se empezó a angustiar, y comprendió que aún no quería que se fuera Dexter. Una noche más. Como mínimo quería una noche más, para acabar lo que habían empezado. ¿Cómo podía decírselo? De ninguna manera, por supuesto. Siempre pusilánime, había dejado pasar el momento. En el futuro seré más valiente,

se dijo. En el futuro siempre diré lo que piense, con elocuencia y pasión. Ya estaban en la puerta del parque, donde probablemente habría que despedirse.

Dio una patada a la grava del camino y se rascó la cabeza.

—Bueno, creo que será cuestión…

Dexter la agarró de la mano.

—Oye, una cosa: ¿por qué no te vienes a tomar algo?

Emma ordenó a sus facciones que no manifestasen alegría.

—¿Ahora?

—¿O al menos me acompañas a mi casa?

—¿No iban a venir tus padres?

—Más tarde, por la noche. Sólo son las cinco y media.

Dexter le estaba frotando el nudillo del índice con el pulgar. Emma fingió tomar una decisión.

—Está bien, vamos.

Se encogió de hombros con indiferencia. Dexter le soltó la mano y echó a caminar.

Al cruzar las vías del tren en North Bridge y entrar en la parte neoclásica, se le empezó a formar un plan en la cabeza. En cuanto llegó a su casa, a las seis, llamaría a sus padres al hotel y quedaría con ellos en el restaurante, a las ocho, en vez de en el departamento a las seis y media. Así tendría casi dos horas enteras. Callum estaría con su novia. Tendrían el departamento para ellos solos durante dos horas enteras, y él podría volver a besarla. En las habitaciones, de techo alto y paredes blancas, sólo quedaban sus maletas, unos pocos muebles, el colchón de su cuarto y la vieja *chaise-longue*. Con un par de sábanas para el polvo, parecería el escenario de una obra de teatro rusa. Sabía lo suficiente de Emma como para tener la certeza de que le encantaría. Así, casi seguro que él podría darle un beso, aunque estuviera sobria. Independientemente de lo que pudiera suceder entre los dos en un futuro, de las peleas y repercusiones que asomaran en el horizonte, Dexter sabía que en aquel momento tenía muchas ganas de besarla. Aún les quedaba un cuarto de hora a pie. Empezaba a costarle respirar. Deberían haber tomado un taxi.

Tal vez Emma tuviera la misma idea, porque estaban bajando francamente deprisa por la fuerte pendiente de Dundas Street, rozándose los codos de vez en cuando, con el Firth of Forth deshecho en brumas en la lejanía. Después de tantos años, Emma seguía exaltándose al ver el río, azul de hierro, entre hileras de casas antiguas y lujosas.

—Debería haberme imaginado que vivías aquí —dijo, crítica pero envidiosa.

Al hablar, sintió que le faltaba el aliento. Pronto estaría en el departamento de Dexter, dotado de todas las comodidades. Iban a hacerlo. Le avergonzó notar que se le sonrojaba el cuello sólo de pensarlo. Se pasó la lengua por los dientes, en una vana tentativa de limpiárselos. ¿Tenía que cepillarse los dientes? Después de beber champán, siempre le apestaba el aliento. ¿Y si se paraban a comprar chicle? O

condones. ¿Dexter tenía condones? Pues claro; era como preguntar si tenía zapatos. Pero ¿qué era mejor, lavarse los dientes o echársele encima en cuanto cerraran la puerta? Intentó acordarse de qué calzones y brasier llevaba, hasta que recordó que eran los especiales para las excursiones. Demasiado tarde para preocuparse de eso. Ya iban por Fettes Row.

—Falta poco —dijo él, y sonrió.

Emma no sólo sonrió, sino que se rio, tomándole la mano, en reconocimiento de lo que estaba a punto de pasar. Ahora casi corrían. Dexter dijo que vivía en el número treinta y cinco. Emma se sorprendió contando mentalmente al revés. Setenta y cinco, setenta y tres, setenta y uno. Casi llegaban. Empezó a dolerle el pecho. Tenía ganas de vomitar. Cuarenta y siete, cuarenta y cinco, cuarenta y tres. Tuvo un pinchazo en un lado del cuerpo, y un calambre en la punta de los dedos. Ahora Dexter la jalaba de la mano. Corrían por la calle, riéndose los dos. Sonó la bocina de un coche. No hagas caso, sigue corriendo, no pares pase lo que pase.

Pero una voz de mujer gritaba:

—¡Dexter, Dexter!

De golpe se quedó sin esperanzas. Tuvo la sensación de haber chocado contra una pared.

El Jaguar del padre de Dexter estaba estacionado frente al número treinta y cinco. Su madre acababa de salir, y le hacía señas desde el otro lado de la calle. Dexter nunca se había imaginado que pudiera alegrarse tan poco de ver a sus padres.

—¡Ya era hora! ¡Te estábamos esperando!

Emma se fijó en que Dexter le soltaba la mano, poco menos que arrojándola al cruzar la calle para abrazar a su madre. Con otro espasmo de irritación, observó que la señora Mayhew era extremadamente guapa y vestía con estilo; no así el padre, un hombre alto, serio y descuidado, que no parecía muy contento de que le hubieran hecho esperar. La madre vio a Emma por encima del hombro de su hijo y le dirigió una sonrisa indulgente y consoladora, como si algo supiera. Era la cara que podría haber puesto una duquesa al encontrar a su hijo díscolo besando a la doncella.

A partir de ese momento, las cosas se precipitaron demasiado para el gusto de Dexter. Acordándose de la falsa llamada, se dio cuenta de que lo iban a atrapar mintiendo, a menos que hiciera entrar a sus padres lo antes posible en el departamento, pero su padre le estaba preguntando dónde podía aparcar, su madre quería saber dónde había estado todo el día, y por qué no había llamado, y Emma seguía un poco apartada, en su papel de doncella, deferente y superflua, preguntándose cuánto tardaría en aceptar la derrota e irse a casa.

—Creía que ya te habíamos dicho que vendríamos a las seis…

—Las seis y media.

—Esta mañana te dejé un mensaje en la contestadora…

—Mamá, papá… ¡Les presento a mi amiga Emma!

—¿Seguro que aquí puedo estacionarme? —dijo su padre.

—Mucho gusto, Emma. Alison. Les ha dado el sol. ¿Dónde han estado todo el día?

—… Porque si me ponen una multa, Dexter…

Dexter se giró hacia Emma, disculpándose con la mirada.

—Oye, ¿quieres entrar a tomar una copa?

—O a cenar —dijo Alison—. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros?

Emma miró a Dexter, y al verlo con los ojos muy abiertos lo interpretó como que le chocaba la idea. A menos que fuera para darle ánimos… En cualquier caso, ella iba a decir que no. Parecía gente muy agradable, pero lo que quería ella no era inmiscuirse en ninguna reunión familiar. Irían a un sitio de lujo, y Emma parecía una leñadora; además, ¿qué sentido tenía? Quedarse sentada, mirando a Dexter, mientras le preguntaban a qué se dedicaban sus padres y a qué colegio había ido… Ya empezaba a sentirse menos, lo notaba, ante la impúdica seguridad de esa familia, su ostentación de mutuo afecto, su dinero, su estilo, su elegancia… Estaría tímida, o se emborracharía, que era peor, y no le beneficiaría ni lo uno ni lo otro. Más valía renunciar. Sonrió a la fuerza.

—Creo que es mejor que me vaya.

—¿Estás segura? —dijo Dexter, que se había puesto ceñudo.

—Sí, es que tengo cosas que hacer. Ve tú. Igual nos vemos algún día.

—Ah. De acuerdo —dijo él, decepcionado.

Emma podría haber ido, si hubiera querido; pero «¿igual nos vemos algún día?»… A ver si al final no estaba tan interesada… Hubo un momento de silencio. Su padre fue a mirar por enésima vez el parquímetro.

Emma levantó la mano.

—Bueno, adiós.

—Nos vemos.

Se giró hacia Alison.

—Encantada.

—Lo mismo digo, Emily.

—Emma.

—Ah, sí, Emma. Adiós, Emma.

—Y… —Miró a Dexter, encogiéndose de hombros en presencia de su madre—. Feliz vida, supongo.

—Feliz vida a ti también.

Se giró y se fue. La familia Mayhew la vio alejarse.

—Perdona, Dexter, pero ¿hemos interrumpido algo?

—No, en absoluto. Emma sólo es una amiga.

Alison Mayhew se sonrió al mirar atentamente al guapo de su hijo. Después levantó las manos, agarró las solapas de la chamarra y se las estiró con suavidad, para ponérsela bien en los hombros.

—Dexter, ¿esto no lo llevabas ayer?

Y así volvió a su casa Emma Morley, a la luz del atardecer, arrastrando su desilusión. Ya empezaba a refrescar. Algo en el aire la hizo tiritar, un inesperado escalofrío de ansiedad que recorrió toda su espalda, con una intensidad que la obligó a pararse. Miedo al futuro, pensó. Había llegado al imponente cruce de George Street y Hanover Street, rodeada de gente con prisas por volver a casa del trabajo, o que había quedado con amigos, o parejas… Gente, toda, con algún destino, alguna ocupación; menos ella, con veintidós años, desorientada, volviendo con desgana a un departamento feo, vencida una vez más.

«¿A qué te vas a dedicar?». Parecía que se lo hubieran preguntado desde siempre, de alguna que otra manera: profesores, padres, amigos a las tres de la madrugada… Pero nunca tan acuciantemente como en ese momento, cuando seguía igual de lejos la respuesta. Ante ella se cernía el futuro, una sucesión de días vacíos, a cuál más sobrecogedor e ignoto. ¿Cómo llenarlos todos?

Reanudó sus pasos hacia el sur, hacia The Mound. «Vive como si cada día fuera el último», era el consejo convencional, pero a ver quién tenía fuerzas para eso. ¿Y si llueve o te duele la garganta? Francamente, no era práctico. Mucho mejor, con diferencia, esforzarse por ser buena, valiente, audaz y aportar algo. No exactamente cambiar el mundo, pero sí la pequeña parte que nos rodea. Echarse a la calle con su pasión, su máquina de escribir eléctrica y trabajar duro… en algo. Cambiar vidas a través del arte, tal vez. Cuidar las amistades, ser fiel a los principios, vivir apasionadamente, bien, con plenitud… Experimentar cosas nuevas. Querer, y ser querida, si se tiene ocasión.

Era su teoría general, aunque no hubiera empezado con buen pie. Se había despedido con un simple encogimiento de hombros de alguien que le gustaba de verdad, el primer chico que le había atraído en serio; y ahora tendría que resignarse a no verlo nunca más, con toda probabilidad. No tenía número de teléfono, ni dirección; y ¿de qué le habrían servido, aunque los tuviera? Tampoco él le había pedido su número, y Emma era demasiado orgullosa para sumarse a la lista de chicas soñadoras que dejaban mensajes no deseados. Lo último que había dicho era *feliz vida*. ¿No era capaz de nada mejor? ¿De verdad?

Siguió caminando. Justo cuando aparecía el castillo, oyó los pasos: suelas de zapatos elegantes impactando con fuerza en el asfalto, a sus espaldas; y sonrió antes de oír su nombre y girarse, segura de que sería él.

—¡Creía que te había perdido! —dijo Dexter, pasando de correr a caminar, rojo y sin aliento, e intentando recuperar cierta desenvoltura.

—No, estoy aquí.

—Perdona por lo de antes.

—No, para nada, si no pasa nada.

Se apoyó en las rodillas, jadeando.

—A mis padres no los esperaba hasta más tarde. Se han presentado tan de

sopetón, que me distrajeron, y de repente me he dado cuenta…, espera un momento…, me he dado cuenta de que no tenía ninguna manera de localizarte.

—Ah, está bien.

—A ver… Yo no tengo bolígrafo. ¿Tú tienes bolígrafo? Alguno tendrás.

Emma se puso en cuclillas y rebuscó en la mochila, entre los restos del picnic. Encuentra un bolígrafo, por favor, ten un bolígrafo, seguro que tienes uno…

—¡Hurra! ¡Un bolígrafo!

¿«Hurra»? Gritaste «¡hurra!», idiota. Tranquila. Ahora no la cagues.

Hurgó en la cartera, buscando un trocito de papel. Al encontrar un ticket de supermercado, se lo dio a Dexter y le dictó su número, el de sus padres en Leeds, la dirección de ellos y la suya en Edimburgo, con especial énfasis en el código postal correcto. Él, a su vez, le anotó la suya.

—Aquí me tienes. —Le tendió el preciado papelito—. Llámame, o te llamo; pero que llame alguno de los dos, ¿de acuerdo? Quiero decir que no es una competencia. No pierde el que llame primero.

—Lo entiendo.

—Yo hasta agosto estaré en Francia, pero luego volveré, y he pensado que a lo mejor te gustaría venir y quedarte.

—¿Quedarme contigo?

—No para siempre. Un fin de semana. En mi casa. La de mis padres, vaya. Sólo si quieres.

—Ah. De acuerdo. Sí. Está bien. Sí. Sí. De acuerdo. Sí.

—Bueno, tengo que regresar. ¿Seguro que no quieres venir a tomar algo? ¿O a cenar?

—Creo que mejor no —dijo ella.

—Sí, yo también creo que mejor no.

Dexter puso cara de alivio. Emma volvió a sentirse ofendida. ¿Por qué no?, pensó. ¿Se avergonzaba de ella?

—Ah. Ya. ¿Y eso?

—Es que creo que me desquiciaría un poco. Quiero decir de frustración. Teniéndote sentada al lado. Porque no podría hacer lo que quiero.

—¿Por qué? ¿Qué quieres? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Él le puso suavemente una mano en la nuca, a la vez que ella le ponía suavemente la suya en la cadera, y se dieron un beso en la calle, rodeados de gente con prisa por volver a casa, en la luz de verano; y sería, para ambos, el beso más dulce de su vida.

Aquí empieza todo. Empieza todo aquí, hoy.

Y se acabó.

—Bueno, ya nos veremos —dijo él, caminando lentamente hacia atrás.

—Eso espero —dijo ella, sonriendo.

—Y yo. Adiós, Em.

—Adiós, Dex.

—Adiós.
—Adiós. Adiós.

DAVID NICHOLLS. Nació en 1966 en la ciudad inglesa de Hampshire. Tras estudiar literatura inglesa y teatro en la Universidad de Bristol, inició una brillante carrera como guionista para la BBC. En 2003 escribió su primera novela, *No hay mas preguntas*, que adaptó él mismo para la gran pantalla.

Al mismo tiempo que se prodigaba cada vez más como guionista de cine, publicó su segunda novela, *Understudy*, en 2005. *Siempre el mismo día* es la primera novela suya que se publica en nuestro país y ha sido un gran éxito tanto en Gran Bretaña como en otros países europeos donde ya se ha editado.

Notas

[1] El gran movimiento de protesta contra el impuesto de capitación (*Poll Tax*) que trató de imponer Margaret Thatcher, y que ante los graves disturbios tuvo que ser retirado. *(N. del T.)* <<

[2] Versos de *Someone to Watch over Me*, canción de los hermanos George e Ira Gershwin: «Espero que / resulte ser / alguien que me cuide». *(N. del T.)* <<

[3] «Booze» es como se designa coloquialmente a las bebidas alcohólicas. *(N. del T.)* <<

[4] La palabra gaélica *ceilidh* designa una celebración a base de música y bailes tradicionales, con la que se amenizan también muchas bodas. *(N. del T.)* <<

[5] Este libro, compilado en 1086 para el rey Guillermo I, es el censo o registro catastral más antiguo que se conserva en Inglaterra. *(N. del T.)* <<